

DAD
CIÓN



MAZO
—
HISTORIA
DE LA RELIGION

BR145

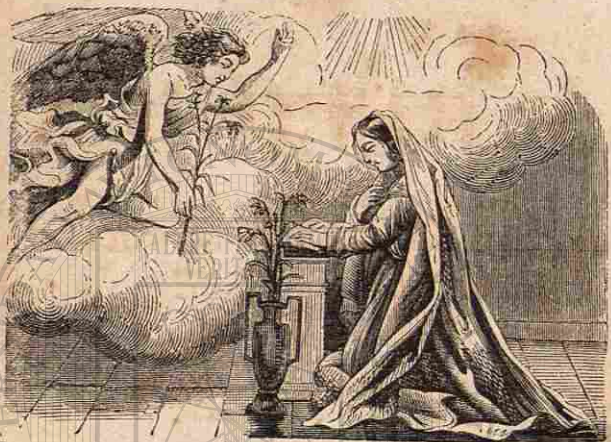
M3

V. 4

C. 1



1080046433



HISTORIA
DE
LA RELIGION

QUE DEBE LEER EL CRISTIANO
DESDE LA NIÑEZ HASTA LA VEJEZ

SACADA DE LOS LIBROS SANTOS

por el licenciado

D. SANTIAGO JOSÉ GARCÍA MAZO

Magistral de la Santa Iglesia Catedral de Valladolid.

OBRA ADOPTADA POR LA DIRECCION GENERAL DE ESTUDIOS PARA LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA
SAGRADA EN LAS UNIVERSIDADES E INSTITUTOS DE ESPAÑA.

CUARTA EDICION, CORREGIDA CON ESmero.



110522

LIBRERÍA DE CARNIER HERMANOS

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

1837

38406

BRI4S
M34
V.



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



HISTORIA DE LA RELIGION

QUE DEBE LEER EL CRISTIANO

DESDE LA NIÑEZ HASTA LA VEJEZ.

PROMESA DEL MESÍAS.

En el principio crió Dios el cielo y la tierra para servicio del hombre, y al hombre para servicio de Dios; pero el hombre, apenas salió de las manos de su Criador, cuando se hizo un rebelde, y desde este instante no debía contar ya sino con las venganzas del Cielo, pues no tenía con que satisfacer la injuria y merecer el perdón. Entonces, movido el Señor de las entrañas de su misericordia infinita, al verle en tan deplorable estado, le prometió un Mediador omnipotente, le prometió a su santísimo Hijo, y desde esta promesa hasta su cumplimiento, aceptó ya, por anticipación, las satisfacciones que este Mediador omnipotente le había de dar en lo porvenir; admitió el culto de los hombres, derramó sobre la tierra socorros de misericordia y dispensó gracias de salud. Abusaron de ellas los hombres, y después de castigos sin enmienda, el abuso pasó a ser general.

BRI4S
M34
V.



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



HISTORIA DE LA RELIGION

QUE DEBE LEER EL CRISTIANO

DESDE LA NIÑEZ HASTA LA VEJEZ.

PROMESA DEL MESÍAS.

En el principio crió Dios el cielo y la tierra para servicio del hombre, y al hombre para servicio de Dios; pero el hombre, apenas salió de las manos de su Criador, cuando se hizo un rebelde, y desde este instante no debía contar ya sino con las venganzas del Cielo, pues no tenía con que satisfacer la injuria y merecer el perdón. Entonces, movido el Señor de las entrañas de su misericordia infinita, al verle en tan deplorable estado, le prometió un Mediador omnipotente, le prometió a su santísimo Hijo, y desde esta promesa hasta su cumplimiento, aceptó ya, por anticipación, las satisfacciones que este Mediador omnipotente le había de dar en lo porvenir; admitió el culto de los hombres, derramó sobre la tierra socorros de misericordia y dispensó gracias de salud. Abusaron de ellas los hombres, y después de castigos sin enmienda, el abuso pasó a ser general.

Pueblo escogido.

Entonces el Señor se escogió para sí un pueblo, al que hizo objeto de una providencia particular. Preparó este pueblo para que diese al mundo de la sangre de sus patriarcas y sus reyes el Mediador que le había prometido. Lo confió la tradición de las verdades saludables y le entregó el tesoro de las promesas. Le encargó las revelaciones del Cielo, le hizo el depositario de sus oráculos, y le condujo á la tierra donde el Mediador había de obrar la salud del género humano. Este pueblo de su particular providencia, testigo y parte al mismo tiempo de las mas famosas revoluciones, gime al fin bajo la dominacion de los Romanos y ya no tiene mas reyes que los Césares. Queda abolida su soberania, y esta es la señal de la venida del Mediador, esperado por cuarenta siglos con el nombre de *Mesias*. Se sabe y se publica que no estan léjos los dias de la reconciliacion del hombre con Dios, y se reconoce la sangre de la cual debe traer su origen y la ciudad donde debe nacer.

Venida del Mesias.

En fin, las nubes se preparan para llover al Justo, los tiempos se aceleran, las naciones esperan con ansia la llegada de su Deseado, el pueblo de Dios le ve ya bajar de los cielos... pero este Justo por esencia, este Mediador omnipotente, este Hijo del eterno Padre habia de tener, segun los decretos de Dios, un Precursor, que le preparase el camino, que le anunciase á los hombres y que le señalase con el dedo. Este Precursor era Juan, hijo de Zacarías y de Elisabet ó Isabel, al que el profeta Isaías habia llamado, cerca de ochocientos años antes de su nacimiento, *Voz del que clama en el desierto*, y el profeta Malaquias, cerca de cuatrocientos, *Angel del*

Señor enviado delante de él para preparar su camino.

Nacimiento de Juan su Precursor.

Nació Juan en el tiempo de Herodes, primer rey extranjero de Judá, y por cuyas venas no corría la sangre real de David. Le habia preparado el Señor un padre y una madre de la familia de Aaron; y ciertamente que convenia á la dignidad de Precursor del Hijo de Dios, que trajese su origen de esta sagrada familia, que habia mas de mil y quinientos años que daba sacerdotes al altar y pontífices al santuario.

Zacarías é Isabel padres de Juan.

David lleno del deseo de la magnificencia del culto del Señor, y á fin de que no hubiese confusion en su divino servicio, habia distribuido en veinte y cuatro clases los sacerdotes, descendientes de Eleázar é Itamar, que eran los únicos hijos de Aaron que habian dado descendencia al pueblo de Dios. Esta distribucion de clases, cuyos jefes ó cabezas se llamaban príncipes del santuario, seguía con buen orden en el tiempo de Zacarías. Pertenece este á la clase del príncipe Abías, que era octava de las diez y seis que se habian formado de los descendientes de Eleázar, dando los de Itamar las ocho restantes. Estas veinte y cuatro clases debían servir por su turno en los santos misterios. No se puede asegurar á punto fijo en qué pueblo se habia establecido Zacarías con su esposa Isabel, aunque se cree que era en Hebron, ciudad famosa en la tribu de Judá. Mas lo que no se puede dudar es, que vivían en las montañas de Judá. Eran ambos justos delante de Dios, andando irreprehensibles en todos los mandamientos y estatutos del Señor; pero estaban afligidos, porque no tenían hijos. Isabel

era estéril y ambos avanzados en edad; sin embargo, como justos, vivían enteramente resignados en la voluntad del Señor, hasta que llegó el tiempo de ser premiada su resignación. Dios, para dar á su pueblo un Isaac, un Jacob, un Josué, un Sansón, un Samuel... habia escogido madres estériles, á fin de que estos grandes hombres fuesen hijos de milagros. Ahora, para dar al mundo el Precursor de su santísimo Hijo, escogió también una madre estéril, que no solo le concibiese por milagro, sino que fuese anunciado por milagro, y por el mismo ángel san Gabriel, que poco despues habia de anunciar á María santísima la concepcion de su divino Hijo.

Servicio de Zacarias en el templo.

Se hallaba en Jerusalem el virtuoso Zacarias, de donde nunca faltaba, cuando le llegaba el turno de hacer las funciones sacerdotales delante del Señor. Eran muchos los sacerdotes que se empleaban en desempeñar las diversas ocupaciones del templo. Unos presidían á los sacrificios; otros cuidaban de las ofrendas de los panes de la proposición; estos encendían á sus horas las lámparas; aquellos quemaban los inciensos sobre el altar de los perfumes, y todos se ocupaban en cumplir sus ministerios. La función que tocó en esta ocasión á Zacarias, fué la de preparar los inciensos y ponerlos sobre el altar de los perfumes para que fuesen consumidos en la presencia del Señor. Este altar estaba delante del velo interior, que dividía el santuario del *Sancta Sanctorum*, Santísimo. La ceremonia de quemar el incienso se practicaba dos veces al día, una por la mañana, cuando se apagaban las lámparas, porque estas solo ardían de noche; y otra por la tarde, cuando se encendían.

Un ángel le anuncia el nacimiento de Juan.

El pueblo, que nunca entraba en el santuario, porque le estaba prohibido, no por eso dejaba de asistir en el recinto del templo á las horas de las ceremonias, donde esperaba que el sacerdote, cumplido su respectivo ministerio, se presentase á la puerta del santuario y le bendijese, segun esta forma prescrita por Moises: *El Señor te bendiga y te guarde: te muestre su rostro y tenga misericordia de ti; vuelva su rostro hacia ti y te dé paz.* Con esta bendición se finalizaban los ejercicios del día. En uno de los del turno de Zacarias, cuando el pueblo oraba y esperaba la bendición á la puerta del templo, y Zacarias ponía en el altar el incienso, se le apareció el ángel del Señor de pié á la diestra del altar. Zacarias se tornó al verle y el temor se apoderó de él; mas el ángel le dijo: No temas, Zacarias, porque tu oración ha sido oída, y tu mujer Isabel te parirá un hijo, al que que llamarás *Juan* (*Juan* significa gracioso). Tendrás gazo y alegría, y serán muchos los que se alegrarán en su nacimiento, porque será grande delante del Señor; no beberá vino, ni bebida que embriague, y será lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre. Convertirá á muchos de los hijos de Israel á su Dios, porque el Señor irá delante de él en espíritu y virtud de Elías para convertir el corazón de los padres á los hijos, y los incrédulos á la prudencia de los justos, y para preparar al Señor un pueblo perfecto.

Queda mudo Zacarias por no creer al ángel.

Y dijo Zacarias al ángel, ¿en qué conoceré yo esto? Porque ya soy anciano y mi mujer está avanzada en sus días. Entonces, respondiendo el ángel, le dijo: Yo soy Gabriel que asisto delante de Dios, y he sido enviado á

hablarte y darte feliz nueva, y tú quedarás mudo, y no podrás hablar hasta el día en que esto sea hecho, porque no creiste á mis palabras, las cuales se cumplirán á su tiempo.

Concibe Isabel, mujer de Zacarias.

El pueblo estaba esperando á Zacarías y se maravillaba de que se detuviese tanto en el templo; pero cuando salió, no les podía hablar, y luego entendieron, que habia visto vision en el templo. Zacarías quedó mudo, y solo por señas daba á entender lo que le habia sucedido. Cuando se cumplieron los dias de su ministerio, se retiró á su casa, é Isabel concibió, y se estuvo escondida cinco meses en ella, porque la daba vergüenza que la viesen embarazada, siendo ya tan anciana. Honrados Zacarías y su esposa con tan singular prodigio, solo esperaban que aquel hijo del milagro apareciese en el mundo.

El arcángel san Gabriel anuncia á la santísima Virgen su concepcion.

Entretanto la Virgen de Israel continuaba en hacerse la criatura mas preciosa y santa del mundo con el ejercicio de todas las virtudes en el mas alto grado, y con esto digna, en cuanto podia serlo una pura criatura, de que encarnase en sus purísimas entrañas el Hijo de Dios. Cuando llegó el dia en que se habia de cumplir sobre la tierra esta maravilla, la mayor que habia obrado jamás el Omnipotente, dia esperado por cuatro mil años, en el que una hija de Jacob habia de llegar á ser madre, sin dejar de ser vírgen, y en el que un Dios habia de ser hombre sin dejar de ser Dios, el arcángel san Gabriel, por una eleccion digna de la envidia de todos los espíritus celestiales, fué enviado por el Señor á anunciar á

esta Virgen de Israel su inmensa dicha. Ya principiaba Isabel á entrar en el sexto mes de su embarazo, cuando este ministro del Altísimo fué enviado á Nazareth, ciudad pequeña de la Galilea. Allí vivia en su retiro la santísima Virgen, esperando, y pidiendo con las mas fervorosas súplicas, la venida del Redentor de Israel, cuando el arcángel, bajando del cielo á la tierra, entró, penetrado de la mas profunda veneracion, en el lugar de su retiro, y la saludó diciendo: Dios te guarde, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres.

Turbacion de la santísima Virgen.

Turbada la humildísima Virgen al oír estas palabras, quedó sobrecogida, y pensando qué salutación podia ser esta. Entonces el arcángel, conociendo por su silencio el embarazo en que se hallaba: No temas, María, la dijo, porque has hallado gracia delante de Dios. Hé aquí que concebirás en tu seno y parirás un hijo, y llamarás su nombre JESUS. Este será grande y se llamará Hijo del Altísimo. El Señor Dios le colocará sobre el trono de David su padre, y reinará en la casa de Jacob eternamente y su reino no tendrá fin.

Profecias de Daniel é Isaías.

Esto era puntualmente lo que anunciaba el profeta Daniel quinientos años antes de este tiempo, diciendo á Nabucodonosor: que cuando se acabasen los imperios que se habian de formar de las ruinas del de Babilonia, el Dios del cielo levantaria un reino que jamás seria destruido. Aun mas extensa y expresamente se habia explicado el profeta Isaías cien años antes, diciendo: Un niño nos ha nacido; un hijo se nos ha dado. Su nombre

será Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo venidero, Príncipe de paz. Se extenderá su imperio, y la paz no tendrá fin. Se sentará sobre el solio de David y sobre su reino para afirmarlo y fortalecerlo en el juicio, y la justicia desde ahora para siempre. Nada mas semejante que lo que habian dicho estos dos profetas tantos años antes, á lo que ahora dice el ángel á la santísima Virgen.

Consentimiento de la santísima Virgen.

¿ Y cómo podrá hacerse esto? dijo la Virgen al ángel; porque yo no conozco varon. El Espíritu Santo se derramará sobre ti, dijo el ángel, y la virtud del Altísimo te hará sombra, y por eso el Santo que nacerá de ti, será llamado Hijo de Dios: y hé aquí que Isabel tu parienta ha concebido en su senectud un hijo, y que este es el mes sexto del embarazo de aquella que llaman estéril, porque no hay cosa imposible para Dios.

Ya solo faltaba que la santísima Virgen manifestase su consentimiento y su profundo agradecimiento á los favores que la dispensaba el Rey de la gloria. Lo hizo, y fué con el modo mas grande, porque lo hizo con el modo mas humilde. Aquí está, respondió, la sierva del Señor. Hágase en mí segun tu palabra. Y luego el ángel del Señor, que solo esperaba esta respuesta, voló al cielo.

Encarnacion del Hijo de Dios.

Para dar el Señor al mundo un Hombre Dios por medio de una Madre Virgen, habia exigido la profesion que hizo María santísima de su profunda humildad y de su rendida obediencia. Mas apenas habló, cuando de sierva del Señor, vino á ser su Madre. En aquel momento se formó por virtud del Espíritu Santo en su cas-

tísimo seno y de su purísima sangre un cuerpo humano el mas perfecto que jamás hubo en el mundo. Por esta misma virtud fué criada de la nada en el mismo instante un alma racional perfectísima y unida con aquel perfectísimo cuerpo, y en el mismo momento el Hijo de Dios se unió personalmente á este cuerpo y alma, quedando el Hijo de Dios hecho hombre sin dejar de ser Dios. En este instante se cumplieron tambien las promesas que en cuarenta siglos se habian venido haciendo á los patriarcas y anunciando al mundo por los profetas. En este momento bajó á la tierra el Deseado de las gentes, el Padre del siglo venidero, el Mediador de la nueva alianza, el Primogénito de todos los hijos de los hombres, su Redentor, su Salvador, su Glorificador y su todo.

Visita de la santísima Virgen á su prima santa Isabel.

La admirable mudanza, sucedida en la persona de la santísima Virgen, en nada varió la sencillez de su conducta. ¡Ejemplo que debe confundir á tantos cristianos, que á la menor elevacion de su estado, ó aumento de su favor ó fortuna, luego se engrién y hacen insufribles, no solo á sus inferiores, sino tambien á sus iguales y á la vez á sus superiores! Al anunciarla el ángel que sería Madre de Dios, la dijo tambien, que su parienta Isabel se hallaba embarazada de seis meses, y aunque María se veía Madre del Hijo de Dios y Reina de todo lo criado, no se desdenó de hacerla una visita á las montañas de Judea, donde se hallaba, y que distaban cuatro jornadas de Nazareth.

No esperaba Isabel esta visita, ni creía que su prima fuese sabedora de su secreto, y la santísima Virgen, tan cuidadosa de guardar el suyo, que ni á su esposo le habia revelado, á nada venia menos dispuesta que á descubrirle; pero el Señor para la ejecucion de sus prodigios

y el consuelo de las dos madres, quiso que no solo la santísima Virgen fuese sabedora del embarazo de su prima, sino que esta lo fuese también del de la santísima Virgen.

Salutación de la santísima Virgen á santa Isabel.

Luego que entró la hija de Israel en la casa de Zacarías, corrió á saludar á su prima y manifestarla lo que se interesaba en su dicha; mas apenas oyó Isabel la salutación de María, cuando el Precursor, que llevaba en sus entrañas, saltó de gozo en su vientre, rindiendo los primeros trasportes de su alegría al que había de preparar los primeros caminos. A este movimiento milagroso del hijo, fué llena del Espíritu Santo la madre, y exclamando en alta voz, dijo: Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. ¿Y de dónde á mí tanta dicha, que la Madre de mi Dios venga á visitarme? Porque hé aquí que luego que llegaron las palabras de tu salutación á mis oídos, el niño que llevo en mis entrañas, saltó de contento. ¡Madre dichosa! ¡Madre bienaventurada que creíste! porque cumplidas serán aquellas cosas que te fueron dichas de parte del Señor.

Cántico de la santísima Virgen que principia Magnificat.

Aquí la santísima Virgen, trasportada de gozo, prorumpió, no en acciones de gracias á su bendita prima, sino en un cántico divino que entonó á la gloria de Dios, y que encierra los mas soberanos afectos de amor, reconocimiento y alabanza; cántico que repite todos los dias la Iglesia con el nombre de *Magnificat*, tomado de la primera palabra con que da principio, y del que voy á dar una traducción, no literal, porque me es imposible, sino libre.

Magnífica mi alma al Señor, dijo, y mi espíritu se regocija en Dios, mi Salvador, porque ha mirado la pequeñez de su sierva, y ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones; porque ha hecho en mí cosas grandes El que es poderoso, cuyo nombre es Santísimo y cuya misericordia se extiende de generación en generación sobre todos los que le temen. Manifestó su poder en su brazo, y disipó á los soberbios del pensamiento de su corazón. Arrojó del trono á los poderosos, y levantó á los humildes. Llenó de bienes á los hambrientos, y dejó vacíos á los ricos. Recibió á Israel su siervo, acordándose de su misericordia, como lo había prometido á Abraham y á su descendencia en todos los siglos.

Cesó aquí la santísima Virgen, como si volviera de un éxtasis ó de un arrebato, en el que había hablado un lenguaje mas celestial que el de los mas sublimes profetas. Cerca de tres meses estuvo la santísima Virgen en casa de su prima, tiempo precioso, en el que estas dos admirables Madres se comunicaron los pensamientos de sus benditos corazones y fomentaron el amor de Dios en sus santas almas. No se sabe que Zacarías fuese participante del secreto de la Virgen, ni que la Virgen le comunicase un secreto, que aun no había descubierto á san José, su esposo; mas si en esta ocasión nada supo Zacarías, es sin duda que al nacimiento de su hijo san Juan ya estaba instruido de todo, como se ve en el cántico del *Benedictus*.

Vuelta de la santísima Virgen á su ciudad de Nazareth.

Fácilmente se puede conocer el empeño que tendría santa Isabel en detener por mas tiempo á la santísima Virgen en su casa y la violencia que tendría que hacerse para dejar que se separase de ella una parienta, que verisimilmente solo Isabel sabía que era la Madre de Dios; mas al fin la fué preciso condescender, y después

de cerca de tres meses, se volvió la santísima Virgen á su ciudad de Nazareth.

Nacimiento de san Juan.

No tardó en llegar el tiempo de dar á luz santa Isabel su precioso hijo, y luego que nació al mundo, se extendió por las montañas de Judá la noticia de este prodigioso nacimiento. Oyeron los vecinos y parientes que el Señor había señalado con Isabel su misericordia, y vinieron de todas partes á felicitarla. Recibió Isabel estas demostraciones con toda la efusion de su corazón, y no fué menor el agradecimiento de su esposo Zacarías, aunque no podía expresarle sino con señas por el impedimento de su lengua. Cuando llegó el octavo día del nacimiento del niño, volvieron los parientes y vecinos á celebrar la circuncisión; porque esta ceremonia, entre los hijos de Abraham, se hacía con mucho aparato, y Zacarías no quería omitir cosa alguna de cuanto pudiera señalar este día y hacer solemne esta ceremonia.

Recobra Zacarías el habla.

Era costumbre poner nombre al niño al tiempo que se le circuncidaba, y se dudó mucho sobre el que se le había de poner. Toda la parentela quería que se llamase Zacarías como su padre; pero su madre, instruida de la voluntad de Dios, y de la revelación hecha por el ángel á su marido, se empeñaba en que el niño se había de llamar Juan y no Zacarías. Representábanla que Juan no era nombre de su familia, pero ella se mantenía firme en que se había de llamar Juan. Tomaron el partido de acudir á su padre, y le rogaron que declarase por señas el nombre que se había de poner á su hijo, y pidiendo una tablilla, escribió en ella diciendo: *Juan es su nom-*

bre, y todos quedaron admirados. Al momento fué abierta la boca de Zacarías, y desatada su lengua, hablaba, bendiciendo á Dios. Mas cuando principió á hablar, fué lleno del Espíritu Santo, y tomando el tono de profeta, pronunció aquel bello cántico, que todo enteró es una predicción de la venida del Mesías y del empleo de su precursor; cántico que entona todos los días la Iglesia en los Maitines, con el nombre de *Benedictus*, como el *Magnificat* en las Vísperas.

Cántico de Zacarías que principia: Benedictus.

Bendito, exclamó Zacarías, bendito el Señor Dios de Israel, que visitó y obró la redención de su pueblo, y que nos alcanzó la fuerza de la salud en la casa de David su siervo, como lo había prometido por boca de los santos, que han sido sus profetas en todos los tiempos, concediéndonos la salud de mano de nuestros enemigos y de todos los que nos aborrecen, llenando de misericordia á nuestros padres, trayéndonos á la memoria su santo Testamento. Jurado había á nuestro padre Abraham, que se daría á nosotros, para que libres de las manos de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor en santidad y justicia y en su presencia todos los días de nuestra vida: y tú, niño, te llamarás profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor á preparar sus caminos; para dar ciencia de salud á su pueblo en remisión de sus pecados por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, en las que nos visitó. Bajando de lo alto, para alumbrar á los que están de asiento en las tinieblas y sombras de la muerte, y para enderezar nuestros pies por el camino de la paz. Aquí concluyó el santo Zacarías su profético cántico.

Se retira san Juan al desierto.

Mucho tiempo habia que no resonaba en Israel este lenguaje de consuelo, y todos los que oian estas cosas, las ponian en su corazon y decian : Mano del Señor estaba con él. La fama de este admirable suceso pasó de la casa de Zacarias á todas las montañas de Judá. El temor del Señor se apoderó de todos los corazones, y no se hablaba por todas partes sino del niño prodigioso, que habia nacido á Isabel. Esta le criaba con el cuidado que pedian su cariño y ternura, y su padre ponía en su educación toda la vigilancia que exigía la grandeza de su destino. Entretanto que se ocupaban sus padres en formarle, el Espíritu Santo, que le habia santificado en el seno de su madre, era su primer maestro. El niño, dice el Evangelista san Lucas, crecía y se fortificaba en espíritu, y estuvo en los desiertos hasta el día que se manifestó á Israel.

Se ignora el tiempo fijo en que se retiró á los desiertos, pero se cree que fué en el de su infancia. Luego que se halló en estado de dejar la casa de sus padres, la guía interior, cuyas impresiones seguía fielmente, le apartó de la compañía de los hombres y le dirigió á las montañas mas ásperas de Judá. Zip, Maon, Engadi y otras soledades ocultaron al Precursor del Mesias por muchos años, hasta que llegó el tiempo en que pedía su vocación que se manifestase. En estos retiros santos fué donde entregado el nuevo Elías á los ejercicios de una vida austera, y admitido al trato familiar con Dios, practicó la mas rigurosa penitencia. ¡ Disposición necesaria para predicarla á los hombres y convertir á los pecadores !

Vida de la santísima Virgen en Nazareth.

Vivia la santísima Virgen retirada en Nazareth con

su esposo san José, desde que volvió de visitar á su prima en las montañas de Judá, ocupada en la vida mas santa que se hacia sobre la tierra, y esperando el gran día del nacimiento del Hijo de los cielos; mas no llegó este sin que se hallase expuesta al mas vivo sufrimiento, y su esposo á la mas terrible prueba.

Sospechas de san José acerca de la santísima Virgen.

Se adelantaba el embarazo y san José ya no podia dudar del estado de su esposa. El sabia que debía ser virgen, y segun las señales, que ya no se podian ocultar, no lo era. Maria santísima estaba viendo la aflicción en que se hallaba un hombre, á quien honraba como amigo de Dios, y amaba como esposo; pero no se resolvía á explicarse. Conocía que las razones misteriosas que tenia que decirle, debían serle reveladas por el Cielo, y que no debían ser creídas solo por el dicho de la persona interesada. Continuó la santísima Virgen en esperar, callando y dejando este gravísimo negocio en las manos de Dios, confiada en que su infinita bondad no podia dejar de remediarle. Veía san José que su esposa estaba en cinta; pero no sabia que era este un prodigio de la Omnipotencia. Por mas estimación en que hubiese tenido hasta allí á la santísima Virgen, no halla principio por donde juzgar ya de ella favorablemente, y hasta su mismo silencio parecia condenarla.

Trata de dejarla.

Era José un varón justo y temeroso de Dios : estudiaba la ley santa y era muy observante de ella. Esta prohibía al marido toda sociedad con su mujer adúltera y le permitía delatarla á los jueces y llevar la causa adelante, hasta imponerla el castigo; pero san José habia

visto en su esposa una juventud toda irrepreensible, veía una parienta enlazada con su sangre, y costaba una gran pena á su noble y tierno corazón juzgarla reprehensible, y mucho mas entregarla al castigo. En este apuro tomó un medio y fué conformarse con la ley, separándose de la que miraba como adúltera, y no usando del derecho del castigo. No queriendo acusarla en juicio como adúltera, ni repudiarla, trató de dejarla ocultamente.

Un ángel le descubre en sueños el estado de su Esposa.

Ocupado José de estos pensamientos, hé aquí que el ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo : José hijo de David, no temas vivir con María tu esposa, porque lo que ha concebido, obra es del Espíritu Santo. Dará á luz un Hijo, al que llamarás JESUS, porque él salvará á su pueblo de sus pecados. Entonces despertó José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y se dió por mil veces dichoso de poseer en su santísima Esposa un tesoro, cual jamás poseyó hombre sobre la tierra.

Había dudado san José antes del sueño, si la santísima Virgen era digna de su persona; ahora se halla tan inferior, que si la orden del Señor y la precision de concurrir á sus designios no le hubieran obligado, habria temido mucho encargarse de un depósito tan santo. Vivian juntos José y la santísima Virgen, manteniendo entre sí el trato mas dulce y la sociedad mas pura y santa. Guardaba la santísima Virgen para con su esposo el mas profundo respeto, la mas acendrada amistad, y la mas firme confianza, y su esposo correspondia con una veneracion que le hacia mirarla mas como á su Reina que como á su Esposa.

Edicto de César, mandando un empadronamiento.

Para cumplimiento de las Escrituras habia de nacer el Mesías, no en Nazareth, donde vivian los dos esposos, sino en Belén, ciudad de la tribu de Judá, de donde era originaria la familia real de David. Estaba Belén á la sazón bajo la dominacion de César Augusto; pues aunque Herodes, hijo de Antipatro, y primer rey extranjero de Judá, mandaba en esta porcion de la Palestina, no poseía el reino sino por concesion del emperador romano, y con la condicion de que en la muerte de Herodes volviese este reino á unirse con el imperio.

Habiéndose reservado Augusto de este modo la soberanía de Judá, publicó un edicto, pocos meses despues del nacimiento de san Juan, hijo de Isabel y Zacarías, para que fuese empadronado todo el orbe sujeto al imperio romano, y comprendió al reino de Judá. Este primer empadronamiento fué hecho por Cirino, gobernador de la Siria (se hizo otro diez años despues, siendo gobernador Saturnino). La situacion en que se hallaba la familia de David pedia que José y su Esposa fuesen á empadronarse á Belén. San José se hallaba en la rama primogénita y heredero en línea recta de los derechos de David, y María santísima tenia derechos en cabeza propia, como hija única de Joaquin, heredero de la rama menor de Zorobabel, de Salomon y de David.

Nace en Belén el Hijo de Dios hecho hombre.

Quando les fué necesario ponerse en camino, ya se hallaba la santísima Virgen cercana á su parto. Toda la Judea y parte de la Galilea estaba en movimiento. No se veian sino cabezas de familia que caminaban á los diversos pueblos de donde traian su origen. En estas circunstancias fué en las que los amables esposos María

y José salieron de Nazareth, y despues de haber andado treinta leguas, llegaron por fin á Belén. Su viaje fué feliz, pero al llegar á esta ciudad de su origen, se hallaron en un desamparo. Las casas estaban llenas de forasteros, y los dos esposos no hallaron una siquiera donde poder alojarse. No hay duda que esta era una disposicion del Cielo, que los fieles adoran con el mas profundo reconocimiento. ¡ Ah! Si los Judíos carnales hubieran querido entender que Jesucristo, aunque Rey de Israel é Hijo de Dios, no venia á conquistar imperios terrenos, sino á morir en el desamparo de una cruz por nuestros pecados, no se habrian escandalizado de tanta pobreza. María y José, conformes en todo con la voluntad del Señor, no se quejaron de este desamparo. Excluidas estas dos Prendas, las mas amables del mundo, de todas las posadas de la ciudad, solo hallaron un establo ó portal desmantelado, donde poder recogerse. En aquel desabrigo, tan propio para nacer un niño que habia de morir en una cruz, fué en el que nació el Hijo de Dios hecho hombre.

El veinte y cinco de diciembre del año cuatro mil de la creacion del mundo y cuarenta del imperio de César Augusto, hallándose la santísima Virgen con su esposo san José en el establo ó portal de Belén, estando toda la tierra en aquel silencio y paz universal anunciados tantos siglos antes, cuando la noche se encontraba en medio de su carrera, segun estaban predicho en el libro de la *Sabiduría*, llegó el tiempo de dar á luz á su Hijo santísimo, y este Hijo eterno del eterno Padre nació, en cuanto hombre, á los nueve meses de haber encarnado en las purísimas entrañas de la santísima Virgen. Como esta Madre purísima no padeció aquellas debilidades á que estan sujetas las otras madres, se halló desde luego en estado de hacer por sí misma con su querido Hijo los oficios de la mas tierna y cariñosa madre. Le tomó trasportada de gozo en sus brazos; imprimió en su divino rostro sus purísimos labios; le envolvió en sus pobres

pañales; le fomentó en su regazo; le aplicó á sus pechos virginales para sustentar con su leche al que sustenta el universo con su palabra, y no teniendo cuna en que reclinarle ¡ qué pobreza! le reclinó en un pesebre. Allí con su amado esposo le adoró, como Hijo eterno de Dios, y le arrulló como Hijo de sus entrañas.

Visita de los pastores.

El primer suceso que refieren los Evangelistas despues del nacimiento del divino Niño, es la primera visita que le hicieron los hombres. Habia, dice san Lúcas, en los contornos de Belén unos pastores, que velaban y ciudaban de su ganado, y hé aquí que de repente se presentó junto á ellos un ángel. Al mismo tiempo les rodeó la claridad del Señor y tuvieron gran temor; pero el ángel les animó diciendo: No temais porque vengo á anunciaros una nueva, que será de gran gozo para todo el pueblo. Sabed que hoy os ha nacido el Salvador en la ciudad de David. Y ved aquí la señal para conocerle. Hallaréis un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre. Al acabar estas palabras el ángel, se juntó con él una multitud de ángeles que alababan á Dios y decian: Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.

Quando los ángeles cesaron de celebrar el nacimiento del Hijo de Dios, los pastores, volviendo del enajenamiento en que habían estado al oírlos, se dijeron los unos á los otros: Vamos á Belén, y veamos esta maravilla que se nos acaba de anunciar. Corrieron, pues, á Belén, y hallaron en un establo á la santísima Virgen, á san José y al divino Niño reclinado en un pesebre, y conociendo por esto que era el Salvador que el ángel les habia anunciado, postrándose, le adoraron y le ofrecieron sus pobres y humildes dones con toda la ternura de sus sencillos corazones. Despues de una visita que

no habrá cristiano que no envidie, se volvieron á sus ganados, alabando y glorificando á Dios, y publicando lo que habian oido y visto, y todos se maravillaban al oír la relacion que les hacian los pastores.

Circuncision del Niño Dios.

Despues de esta visita pastoril, es decir, de la clase mas humilde y sencilla de los hombres, nos refiere el mismo Evangelista la dolorosa circuncision del divino Niño. Aunque el Inocente por esencia no estaba sujeto á esta penosa ley, impuesta á los pecadores, quiso no obstante cumplirla como Redentor de los pecadores, y principiar derramando por ellos en la cuna aquella preciosísima sangre, cuyas últimas gotas habia de verter por ellos en la cruz. A los ocho dias de haber nacido, fué circuncidado en cumplimiento de la ley, y se le puso por nombre JESUS, como lo habia prevenido el ángel á la santísima Virgen antes de concebirle en sus purísimas entrañas, diciéndola : Tendrás un hijo, y le llamarás *Jesus*, esto es, *Salvador*, porque salvará á su pueblo de sus pecados.

Visita de los reyes.

Apenas habian pasado cinco dias despues de la circuncision, cuando tres reyes del oriente, guiados por aquella milagrosa estrella que habia anunciado el profeta Balaan hacia ya mas de catorce siglos, llegaron á Jerusalem, preguntando : ¿Dónde está el que ha nacido Rey de los Judíos? Porque hemos visto su estrella en el oriente, y venimos á adorarle. Oyendo esto el rey Herodes, se turbó y con él toda Jerusalem, y reuniendo á los principes de los sacerdotes, y á los escribas ó doctores de la ley, les preguntó dónde habia de nacer Cristo. En

Belén de Judá le respondieron : así está escrito por el profeta. Entonces Herodes, llamando aparte á los reyes del oriente, se informó cuidadosamente del tiempo en que se les habia aparecido la estrella, y despidiéndolos para Belén, les dijo : Id, buscad con toda diligencia al Niño, y luego que le halleis, avisádmelo para ir yo tambien á adorarle.

Los reyes, despues de haber oido á Herodes, se despidieron, y apenas salieron de Jerusalem, volvió á presentarse delante de ellos la estrella que les guiaba en su viaje, y que se les habia ocultado al entrar en la ciudad. Al verla, se alegraron sobremanera, y la siguieron atentos, hasta que se paró sobre el establo donde estaba el divino Niño. Entraron en este palacio extraordinario, en que habia nacido el Rey del cielo, y le hallaron envuelto en pobres pañales, reclinado en un pesebre, y sin otro acompañamiento, ni otra corte, que una jovencita y tierna madre, y un venerable varon, que parecia ser su padre. Á pesar de tanto desamparo y de tan extremada pobreza, ellos, alumbrados con la luz de lo alto, reconocieron en aquel Niño desamparado al Hijo del eterno Padre, y postrándose, le adoraron y ofrecieron dones preciosos y misteriosos ; á saber : oro como á Rey, incienso como á Dios, y mirra como á Hombre. Cumplida y consolada su esperanza con el divino hallazgo, satisfecha su piedad con el ofrecimiento de sus dones, y concluida con tanta felicidad la mas dichosa visita que jamás hicieron los reyes, trataron de volver á su tierra por Jerusalem, pero avisados en sueños por un ángel de que no se viesen con Herodes, tomaron otro camino y se volvieron á su patria sin tocar en la corte.

Purificacion de la santísima Virgen y presentacion de su divino Hijo.

La sagrada Familia permaneció en Belén despues de la visita de los reyes hasta los cuarenta dias del parto de la santísima Virgen, y pasados, subieron á Jerusalem á dar cumplimiento, como buenos Israelitas, á las leyes de la purificacion de la Madre y presentacion del Hijo. Es bien cierto que no tenia que purificarse la que era la pureza misma, y que habia dado á luz á su divino Hijo, quedando virgen despues del parto. Tampoco tenia necesidad de ser ofrecido este Hijo divino, que se habia ofrecido á su eterno Padre desde el momento de su Encarnacion: sin embargo, Hijo y Madre quisieron sujetarse á estas leyes, para darnos un ejemplo del respeto y obediencia que se merecen, y para evitar el escándalo que la falta de su cumplimiento podria ocasionar al pueblo de Israel, que ignoraba la exencion del Hijo y el privilegio de la Madre. La santísima Virgen, acompañada de su esposo san José, y con su divino Niño en los brazos, se presentó á la entrada del templo, y entregó al sacerdote su ofrenda, que era, segun la ley, dos tórtolas ó dos palominos. Como pobre no ofreció cordero, pero presentó en su querido Hijo el Cordero sin mancha, que venia á quitar los pecados del mundo. Entraron en el templo, y llegando al altar destinado para la consagracion de los primogénitos, presentaron el divino Niño á su eterno Padre, y dieron cinco siclos (como unas cinco pesetas) por su reseate.

Lo que pasaba ahora en el templo era una ceremonia comun y diaria á los ojos de los hombres, pero á los de Dios y los ángeles era un espectáculo divino. Entraba por primera vez en el templo el Dios del templo, hecho un Dios Niño. Una madre Virgen le llevaba en sus brazos virginales, y le colocaba sobre el ara; y este Unigénito del eterno Padre, se ofrecia á su Padre eterno como

una vietima destinada al sacrificio por los pecados del mundo. Mas como todo esto era oculto á los ojos de los hombres, y los mismos sacerdotes no conocieron al Salvador que tenian á la vista, su eterno Padre cuidó de darle á conocer por medio de dos almas sencillas.

Visita del anciano Simeon y Ana la profetisa.

Habia á la sazón en Jerusalem un anciano venerable, llamado Simeon, hombre justo y temeroso de Dios, que esperaba con ansia la llegada del Consolador de Israel, y á quien el Espíritu Santo habia prometido que no moriría sin ver al Cristo del Señor. Este Justo vino entonces al templo, se acercó á la sagrada Familia con el mas profundo respeto, y tomando al Niño Dios en sus brazos, levantó los ojos al cielo, y exclamó: Ahora, Señor, dejad que vaya en paz vuestro siervo, porque ya vieron mis ojos vuestra salud... Cuando así bendecía á Dios el venerable anciano, estrechando con su pecho al divino Niño, llegó Ana profetisa. Era esta santa anciana de ochenta y cuatro años de edad, y estaba viuda desde el sétimo de su matrimonio. Vivía dedicada enteramente á la virtud y no se apartaba del templo, sirviendo á Dios dia y noche en ayunos y oraciones. Esta piadosa Israelita, trasportada de gozo al ver con sus ojos al Salvador del mundo, principió á alternar con Simeon en las divinas alabanzas, y glorificaba al Señor con toda la efusion de su corazón. Simeon, despues de haber tenido el consuelo incomparable de estrechar entre sus brazos al divino Niño, le entregó á su tierna Madre, y se retiró á acabar en paz sus dias. También se retiró la profetisa publicando la venida del Mesías á todos los que esperaban la redencion de Israel; y la sagrada Familia, habiendo cumplido con todo lo que ordenaba la ley, se volvió, no á Belén, sino á la ciudad de su nacimiento, que era Nazareth.

Manda Herodes degollar los niños de dos años y abajo.

Lo que en esta ocasión había pasado en el templo hizo ruido, y la noticia llegó á Herodes. Este rey, celoso y cruel, había resuelto en su corazón la muerte del recién nacido Rey de Israel desde el momento en que se le anunciaron los Magos. Con este fin les había encargado que se informasen bien del tiempo de su nacimiento, y esperaba que á su vuelta le dijese el paraje en que le habían encontrado; pero como los Magos no volvieron, creyó que todo había sido una credulidad de estos reyes, y que al verse burlados no se habían atrevido á pasar por su corte. Mas ahora que se habla tanto otra vez del recién nacido Rey, conoce que no fueron ellos los burlados, sino él. Con esto se irrita sobremanera, y en su furor da una orden aun más cruel que la de Faraon en Egipto. Manda que sean degollados, sin excepción, todos los niños que se hallen en Belén y toda su comarca de dos años de edad y de ahí abajo, contando con que en esta matanza general perecería necesariamente el Rey recién nacido; pero no hay consejos contra Dios.

Huida de la sagrada Familia á Egipto.

Apenas había llegado á Nazareth la sagrada Familia, cuando un ángel se apareció en sueños á san José, y le dijo: Levántate, toma al Niño y su Madre, huye á Egipto y estate allí hasta que yo avise, porque sucederá, que Herodes busque al Niño para matarle. Inmediatamente se levantó José, y tomando al Hijo y á la Madre, huyó á Egipto y permaneció allí hasta la muerte de Herodes.



Degollacion de los niños.

La órden de este rey cruel se puso en ejecucion, y todo rebosaba sangre en Belén y sus contornos. La matanza era horrorosa. Cerca de catorce mil niños fueron degollados. Los clamores de los padres, los alaridos de las madres, los gritos de los hermanos y los llantos de los parientes, resonaban á un mismo tiempo por todas partes, mientras que los tiernos niños eran segados como botones de rosas, y encharcaban con su sangre inocente las casas, las calles y las plazas de Belén y sus comarcas. Así se cumplía á la letra lo que habia profetizado Jeremias seis siglos antes: En lo alto se oyó una voz de lamento y de llanto de Raquel, que llora sus hijos, y que no quiere ser consolada sobre ellos, porque no existen.

Muerte de Herodes.

No sobrevivió mucho el tirano á esta carnicería. Aun humeaba la sangre de esta multitud de tiernas é inocentes víctimas, cuando le asaltó la enfermedad de la muerte. Su cuerpo comenzó á podrirse y á brotar por todas partes (hasta por la cara, dice Josefo) un hormiguero de gusanos, que cebados en su carne, medio podrida, le comian vivo. Sus dolores eran tan crueles que, no pudiendo sufrirlos, quiso matarse muchas veces; y la hediondez que exhalaba, era tan insoportable, que nadie podia acercarse á él. Devorado en vida por asquerosos insectos, murió en fin desesperado, despues de haber sufrido cerca de dos mes tan horribles tormentos.

Vuelta de la sagrada Familia.

Muerto Herodes, el ángel del Señor, que habia preve-

nido á san José, que se estuviere en Egipto hasta que le avisase, volvió á presentarse, y le dijo : que tomase al Hijo y á la Madre, y se volviese á la tierra de Israel, porque habian muerto los que buscaban al Niño para quitarle vida. No nos dice el santo Evangelista el tiempo que la sagrada Familia estuvo en Egipto, y los santos Padres estan muy divididos en este punto. Lo que parece cierto es, que no fueron mas de siete años ni menos de cuatro. Tampoco nos dice lo que la sucedió en su ida y permanencia en Egipto; pero cuida de notar que á su vuelta se cumplieron á la letra estas palabras que Dios habia puesto muchos siglos antes en boca de uno de sus profetas : *De Egipto llamé á mi Hijo*. San José emprendió luego su viaje; mas habiendo sabido que en Judea reinaba Arquelaos, en lugar de su padre Herodes, temió ir allá, y avisado en sueños por el ángel, se dirigió á la Galilea, y fué á establecerse en Nazareth. En esta ciudad habian vivido san José y la santísima Virgen; en ella encarnó el Hijo de Dios, y en ella vivió despues esta sagrada Familia hasta los treinta años de Jesucristo para que tambien se cumpliese lo que habian dicho los profetas : que se llamaria Nazareo, esto es, morador de Nazareth.

Pierden al Niño sus padres y le hallan en el templo.

Todos los años iban sus padres á celebrar la Pascua en Jerusalem, y cuando el divino Niño llegó á los doce, fué tambien con ellos. Concluidos los siete dias que duraba la solemnidad, y volviéndose sus padres á Nazareth, el divino Infante se quedó en Jerusalem, sin que aquellos lo advirtiesen. Creyendo que iba en la comitiva, anduvieron camino de un dia, hasta que por la tarde, se encontraron con la falta de su querido Hijo. Esto parecerá un descuido muy notable en los padres de Jesus, pero así lo queria este Dios Niño, y á él tocaba ordenar y dirigir los sucesos. Fuera de que, esta pérdida del Niño no fué un

descuido. En la ida y vuelta de esta solemnidad caminaban separados los hombres de las mujeres (¡ pluguiese al Cielo que se conservase tan bella costumbre entre los cristianos !), y no se reunian los matrimonios y familias hasta la tarde, al entrar en la posada. Como el tierno Infante por su su edad podia ir en la tropa de los hombres, ó de las mujeres, la santísima Virgen pensó sin duda que el Niño iba con su padre, y éste que iba con su Madre, y así no advirtieron la falta hasta que se reunieron. Entonces, afligidos en extremo, principiaron á buscarle entre los parientes y conocidos, y no hallándole, se volvieron presurosos y asustados á Jerusalem, donde le hallaron, despues de tres dias, sentado en el templo en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles, y teniendo á todos asombrados con su prudencia y respuestas.

Solo sus queridos padres podrian hacer la pintura, tanto de la inmensa pena que anegaba sus corazones mientras duró la pérdida de su amado Hijo, cuando del inmenso gozo de que fueron inundados cuando volvieron á hallarle. Reunida ya tan felizmente la sagrada Familia, se volvieron á Nazareth, donde el divino Infante vivió sometido á sus padres, como el Hijo mas humilde y obediente, hasta la edad de treinta años que principió la carrera de su predicacion, sin que de todo este tiempo nos hablen ni una sola palabra los sagrados Evangelistas.

Porqué no principió Jesucristo su predicacion hasta los treinta años de su vida.

Admira ciertamente que habiendo venido el Hijo de Dios, á iluminar el mundo con su celestial doctrina, á desagrar á su eterno Padre con sus profundas humillaciones y á reconciliarle con los pecadores, padeciendo y muriendo por ellos; admira, repito, que pasase treinta años sin poner mano en la obra á que habia sido enviado. Mas es preciso confesar que así convenia, puesto que

se portaba el Hijo del Altísimo; y tambien es necesario conocer que esta vida retirada que hacia en Nazareth, no era menos agradable á su eterno Padre, que la vida pública con que habia de asombrar despues á Jerusalem. Por otra parte, conviene tener presente que era costumbre, pero luego que llegó á esta edad, que era el tiempo señalado en los decretos eternos, para predicar á los hombres el reino de Dios, salió de su precioso retiro, y principió su vida pública.

Su principal mision era á los hijos de Israel.

En los consejos del eterno Padre estaba decretado que la predicacion de su santísimo Hijo no se oyese, durante el curso de su vida mortal, fuera de la tierra escogida; ni sus prodigios se viesen fuera de sus límites. El Salvador de los hombres no era enviado á recoger por sí mismo sino las ovejas perdidas de la casa de Israel. Yo no he sido enviado, nos dice por san Mateo, sino á las ovejas que perecieron de la casa de Israel. Jesucristo era el ministro de la Circuncision, y si alguna vez se le vió salir del término de la tierra prometida, esto solo fué de paso y como para indiciar que todos los hombres eran un rebaño que le pertenecia.

Como se conocian Jesucristo y Juan antes de la predicacion.

Juan y el Hijo de Dios hecho hombre, habian dado señales desde el principio de su mutuo conocimiento, pero no se habian hablado, ni aun visto. Es verdad que el Maestro santificó al discípulo en el seno de su madre, y que el discípulo adoró al Maestro en el seno de la suya, mas despues permanecieron retirados, el uno en la casa de sus padres, y el otro en la soledad de los desiertos,

donde cada uno se preparaba á su modo para la ejecucion de los designios de Dios. Estos eran, que Juan como Precursor fuese delante, preparando los caminos al Redentor que habia de seguirle.

Principia Juan su ministerio.

El año décimoquinto del imperio de Tiberio César, cuatro mil veinte y nueve y seis meses de la creacion del mundo, veinte y nueve y seis meses de Jesucristo, y treinta de san Juan; siendo Poncio Pilatos procurador de la Judea; Herodes hijo del primer Herodes, tetrarca ó gobernador de la Galilea; Filipo, hermano de este segundo Herodes, tetrarca de la Iturea y de la Traconítide; y Lisaniás, tetrarca de la Abilina, siendo Anás y Caifás príncipes de los sacerdotes, vino la palabra del Señor sobre Juan, hijo de Zacarias, en el desierto. Juan debia manifestarse al público antes que Jesucristo, de quien era Precursor, y luego que llegó el tiempo de cumplir su ministerio, salió de las soledades del desierto para disponer al pueblo á recibir el Evangelio ó buena nueva por medio de la penitencia.

Su comida, bebida y vestido.

Nada mas á propósito para conseguir esta, que el lugar que escogió para persuadirla, y el traje en que la predicaba. No eligió Juan un gran teatro, como lo seria Jerusalem para dar principio á su celo, sino aquella parte de la Judea, llamada comunmente campiñas del desierto, donde se contaban pocas ciudades, pocos lugares grandes, y muchas aldeas, casi despobladas. En esta especie de soledades, extendidas por la ribera occidental del Jordán, fué donde se vió aparecer el enviado del Cielo, bien semejante á los antiguos profetas, pero superior

á ellos. Su vestido era un áspero cilicio, tejido de pelos de camello, y ajustado á su cintura con una correa de cuero. (Á este modo habia sido el vestido del gran profeta Elías, de quien tenia Juan el espíritu.) Se abstenia de comer carne y pescado, y su alimento se reducía á algunas langostas, que le suministraban los bosques y las cavidades de las rocas, y á un poco de miel silvestre, que corria por las aberturas de los árboles. Su bebida era el agua del Jordán, de donde apenas se apartaba, y la escasez de su sustento era tal, que se dice en san Matto, que Juan no comia ni bebia.

Tanta austeridad y retiro no es siempre necesario á los predicadores, y algunas veces aun no es conveniente, como lo vemos en el ejemplo del mismo Jesucristo, que comia y bebia hasta con los pecadores: sin embargo es una verdad, hablando generalmente, que la frecuencia del mundo desacredita casi siempre á los que anuncian la palabra del Señor. Como la disposicion de los Judios era á la sazón tan mala, convenia que Juan la moviese con este aparato de penitencia, y no era poco, si la austeridad del predicador lograba atraer algunos pecadores á la penitencia.

Su predicacion y bautismo.

Revestido de esta austeridad, y abrasado de celo, se adelantó el nuevo Elías á las márgenes del Jordán, donde dió principio su predicacion. Apenas hablaba mas que de conversion y penitencia, pues por la reforma de los corazones convenia abrir la puerta al Evangelio. Reprendia á los pecadores sus desórdenes, y los exhortaba á que recibiesen el bautismo, que habia establecido, no sin orden del Señor, para que fuesen como una profesion pública de su fe y esperanza, y un empeño de mudar de costumbres. Animaba á los que se llegaban arrepentidos á confesar sus pecados, y rogaba al Señor que

apartase de ellos los castigos que merecian y se dignase perdonarlos.

La costumbre de confesar los pecados era muy antigua en la nacion, como se ve en el *Levítico* y en los *Números*, y san Juan no hizo sino fomentarla.

Su sobrenombre de Bautista.

Acabada la confesion de los pecadores que se acercaban á él, los bautizaba, les daba las instrucciones convenientes á su estado, y les animaba á esperar del Señor el perdon. De esta ceremonia tomó Juan el sobrenombre de *Bautista*, y con él fué conocido despues en toda la nacion. Sus discursos nada tenian de estudiados. Sencillos y eficaces al mismo tiempo, solo se dirigian á convertir el corazon con la humillacion del espíritu. La pintura de los castigos del pecador, junta con la esperanza del perdon, eran el medio de la mudanza que esperaba causar en sus oyentes. Su moral era pura y exacta, sin que tuviese nada de imprudente ú ofensiva, y la conclusion de sus discursos era siempre: *Haced penitencia.*

Dirige una correccion terrible á los fariseos y saduceos.

Como el santo Precursor advirtiese, que no solo el pueblo, sino tambien los soberbios fariseos y los corrompidos saduceos se mezclaban entre la muchedumbre para oírle y le pedian tambien el bautismo, enardecido contra su hipocresia; raza de víboras, les decia, ¿quién os ha enseñado á huir de la ira venidera? Si estais verdaderamente movidos de la penitencia, haced frutos de penitencia. No os ensoberbeçais, diciendo en vuestro corazon: Nosotros somos hijos de Abraham, y Dios nos librárá; porque poderoso es el Señor para formar de

estas piedras hijos de Abraham, á quienes salve, dejando que perezcáis vosotros. Velad, pues, con mas cuidado que nunca; porque la segur está ya puesta á la raíz del árbol, y todo árbol que no lleve buenos frutos, será cortado y arrojado en el fuego. Estas terribles amenazas, si no hacían una grande impresion en la soberbia de los fariseos y saduceos, la hacían en la muchedumbre y hasta en los pecadores públicos, y se veían venir hombres metidos en las profesiones mas peligrosas á pedir la penitencia y el bautismo. Penetrados de un santo temor, se acercaban despues del sermón al Predicador; ¿y qué es, le preguntaban con ansia, que es lo que nos conviene hacer para aplacar al Señor? Entonces el santo Bautista, lleno de bondad y de amabilidad, les daba las mas santas instrucciones, y concluía diciendo: El que tiene dos vestidos, dé al que no tiene; y el que tiene alimentos, haga lo mismo.

Toda clase de gentes viene á pedirle reglas para vivir bien.

Llamaban publicanos los Israelitas á aquellos Judíos que recogían los caudales que el pueblo pagaba al Estado, y venían á ser los alcabaleros de la nacion. Los Israelitas, celosos en gran manera de su independencia, aborrecían á estos cobradores, no porqué este empleo fuese malo en sí mismo, sino por el odio que profesaban á los señores que los comisionaban, que eran los Romanos. Estos publicanos vinieron á ser bautizados, y dijeron al santo Bautista: Y nosotros ¿qué harémos? Nada exijais mas, les contestó, de lo que os está ordenado. También vinieron los soldados diciendo: Y nosotros ¿qué harémos? Á nadie ultrajeis ni calumnieis, les dijo: y estad contentos cada uno con su estipendio. En una palabra, toda clase de gentes que venían á proponerle las dudas de su conciencia y á pedirle reglas

para vivir bien, eran recibidas con amabilidad; á todos respondía con dulzura y á todos despachaba contentos. Ellos se volvían bendiciendo al Señor; y muchos, enamorados de tan bello maestro, se quedaban con él de discípulos.

Sospecha el pueblo que Juan es Jesucristo, y Juan le desengaña.

Fueron las cosas tan adelante en este punto, que llegó á juzgar el pueblo y á sospechar cada uno en su corazón si san Juan sería el Mesías; pero esta opinion, tan favorable á su persona, fué lo mas insoportable que sufrió el santo Bautista en toda su vida. No pudo tolerar que se hiciese comparacion entre un Hombre Dios, y un puro hombre, aunque fuese un Bautista, y todo el tiempo se le hacia largo para desengañarlos. No, exclamó en medio del concurso; no, hermanos míos, no soy yo el Mesías á quien esperais. No os engañeis, no paséis mas adelante. Vendrá despues de mí otro mas poderoso que yo, cuyo calzado no soy digno de llevar en mis manos, ni aun de desatar, postrado, las correas de sus zapatos, Yo os he bautizado en agua, mas Él os bautizará en el Espíritu Santo. Discernirá los buenos de los malos, y semejante á un labrador, traerá el hieldo en la mano, limpiará su era, juntará el trigo en su granero (en su eterna gloria) y arrojará la paja á un fuego inextinguible (á un fuego eterno). Ese es el Mesías. Así daba á conocer san Juan á Jesucristo á los que venían á oírle. Se le representaba como soberano Dispensador de bienes y males, como distribuidor de castigos y premios; y en suma, como Hijo único de Dios á quien su amado Padre habia dado todo el poder de juzgar á los hombres y de salvarlos ó condenarlos. En estas ocupaciones continuó el Precursor cerca de seis meses. Anunciaba al Mesías, preparaba á los Judíos para que le recibiesen.

Á este tiempo aun estaba Jesucristo en casa de sus padres.

Durante este tiempo permanecia Jesucristo en Nazareth, desconocido de los hombres, y empleado en obedecer las órdenes de José, su padre putativo, y de María, su benditísima Madre. Ya se acercaba el momento en que debía manifestarse este Hijo del Altísimo, hecho hombre, y emprender su carrera; mas antes de entrar en ella, quiso prepararse para dar un grande ejemplo, particularmente á los ministros del Evangelio. Yo no le conocia, dice san Juan, hablando de Jesucristo, pero el que me envió á bautizar en agua, me dijo: Aquel sobre quien vieres que baja el Espíritu Santo (en figura de paloma) y que permanece sobre él, ese es el que bautiza en el Espíritu Santo (ese es el Mesías). Con impaciencia santa esperaba el Precursor esta visita divina; y á la verdad ¿con qué avenida de gozo no debía esperar que fuese inundada su alma, cuando viesé por primera vez al que desde el seno de su madre habia reconocido por su Santificador, y adorado por su Dios? No sabia Juan el dia fijo en que habia de tener esta dicha; pero no ignoraba que Jesucristo se acercaba á los treinta años, en cuya edad habia de manifestarse y tendria la dicha de verle.

Va al Jordán y es bautizado por san Juan.

El último mes del año veinte y nueve de su edad partió el divino Redentor de la ciudad de Nazareth, distante como unas veinte leguas de los desiertos de Judá, donde san Juan predicaba y bautizaba, y llegó á las riberas del Jordán sin dar señal alguna que le distinguiese. Se acercó á san Juan y le pidió el bautismo. No conocia san Juan al que se le acercaba, pero luego vió que el Espíritu Santo bajaba sobre Él en figura de paloma, y

entonces, sobrecogido de asombro, exclamó: Yo, Señor, debo ser bautizado por vos, ¿y quereis que yo os bautice? San Juan lo resiste, pero Jesucristo le dijo: Deja ahora, porque así conviene cumplir toda justicia; y san Juan, sin volver á desplegar sus labios, le bautiza. Bautizado Jesus y puesto en oracion, el cielo se abre y el Espíritu Santo vuelve á bajar sobre Él en figura corporal, como de paloma, y se oye una voz del cielo, que dice: Tú eres mi amado Hijo, en quien tengo mis complacencias.

Se retira á un desierto, ora y ayuna.

Lleno Jesus del Espíritu Santo, se volvió del Jordán, y fué llevado por el mismo Espíritu á un desierto, donde no habia otra compañía que la de las bestias. Su ocupacion en este tiempo fué la mas elevada oracion, y un ayuno tan riguroso, que nada comió en cuarenta dias y cuarenta noches. Sin un milagro, habria muerto de desfallecimiento, pero el que sostiene el orbe, no habia de permitir que la humanidad de su santísimo Hijo se rindiese al peso de la necesidad, y mucho menos cuando así lo habia ya hecho con Moises y Elías sus siervos.

El diablo desea saber si es Hijo de Dios.

Al fin de los cuarenta dias Jesus tuvo hambre, y entonces el diablo se acercó á Él para tentarle. Temia el espíritu infernal á este Hombre extraordinario, cuya vida habia observado desde los prodigios de su nacimiento. Él habia visto su misteriosa presentacion en el templo, y oido los elogios que habian hecho de Él los justos Simeon y Ana profetisa. No se le ocultaba el cuidado que un ángel habia tenido de su vida, diciendo á José, que huyese con Él y su Madre al reino de Egipto, y que se

estuviese allí hasta que le mandase volver, porque el rey Herodes le buscaría para matarle. Tampoco ignoraba que, muerto Herodes, el mismo ángel se había vuelto á presentar á José y le había dicho, que tomase al Niño y su Madre y se volviese á la tierra de Israel, porque había muerto Herodes, y que, temiendo José ir allá, porque reinaba en Judea Arquelao en lugar de Herodes, su difunto padre, le mandó retirarse á Galilea á la ciudad de Nazareth. Tambien veria la paloma, en cuya figura bajó el Espíritu Santo sobre la cabeza de Jesucristo, y oiria la voz del cielo que dijo : Este es mi Hijo muy amado. Todos estos prodigios y otros muchos que habria visto verificados en Jesucristo, le harian temer que Jesus fuese verdaderamente Hijo de Dios, y previendo la caída de su imperio infernal, si efectivamente lo era, deseaba ardientemente salir de esta duda terrible, y á este descubrimiento dirigió aquí todas sus astucias para impedir su ruina, si le era posible.

Para esto le tienta.

Revestido á este fin de la apariencia de hombre, se acercó á Jesucristo, á quien suponía con mucha necesidad de alimento, y le dijo : Si sois Hijo de Dios, haced que estas piedras se conviertan en panes. Nada contestó Jesucristo sobre ser ó no Hijo de Dios, que era lo que deseaba saber el tentador, y se limitó á responder : Escrito está : No de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios. Una respuesta tan prudente, en que, sin descubrirse Jesus, contestaba al tentador con la palabra de Dios, debiera haberle desanimado; pero era mucho el deseo que tenía de descubrir el misterio, y llevó su temeridad adelante. Echó mano de Jesus el atrevido y lo llevó por los aires á la ciudad santa. Le puso sobre el pináculo ó sitio mas alto del templo, y le dijo : Si sois Hijo de Dios, échaos

de aquí abajo; porque escrito está, que Dios os tiene entregado al cuidado de sus ángeles para que no tropiece vuestro pié contra la piedra. Tambien está escrito, le dijo Jesus : No tentarás á Dios, tu Señor. Viendo el tentador que nada podia averiguar acerca de la divinidad de Jesucristo, varió la situación peligrosa en que había puesto al Señor; pero no la intencion. Le tomó del pináculo del templo y le llevó á la cima de un monte muy alto. Figuró en un momento la imagen mas brillante de todos los reinos del mundo y de toda su gloria, y volviéndose á Jesucristo, le dijo : Todo esto os daré, si postrándoos, me adoráis.

Huye el diablo confundido, y los ángeles vienen y le sirven.

La blasfemia era horrible y solamente digna del príncipe del infierno. Al oirla Jesucristo, tomando el tono de indignación que convenia al Hijo de Dios : Retírate, Satanás, le dijo con un enojo insoportable. Retírate, y acuérdate que está escrito : Á tu Señor y Dios adorarás, y á él solo servirás. Entonces el diablo huyó confundido de su divina presencia, y hé aquí que los ángeles vinieron y sirvieron al Señor. Estos celestiales espíritus bajaron luego cerca de su divina persona, y despues de adorarle profundamente, humillados en su presencia, le sirvieron la comida. El Señor la recibió de sus manos angelicales, y concluida una mesa en que el servido era el Hijo de Dios y los sirvientes los ángeles, estos se volvieron al cielo, de donde habian venido, y Jesucristo se quedó en el lugar de su retiro.

El Bautista, perseguido por los escribas y fariseos, pasa el Jordán, y Jesucristo sale del desierto y va á Cafarnaun.

Entretanto que Jesucristo era tentado por el diablo en el desierto, su Precursor, el Bautista, era perseguido en las riberas del Jordán por los escribas y fariseos; y fuese por evitar la persecucion ó porque juzgase que los habitantes de aquellas campiñas podrian estar ya suficientemente instruidos al cabo de mas de medio año que les administraba el bautismo y predicaba la penitencia, se pasó á la otra parte del rio y fué á predicar y á bautizar á los habitantes de aquellas otras comarcas. Las noticias de la persecucion que sufría el Bautista, y de su mudanza de terreno, llegaron á Jesucristo cuando salía de su soledad. No se detuvo en la Judea, ni en Nazareth, ni entró por esta vez en Jerusalem, donde los que dominaban sobre el pueblo se hallaban muy mal preparados para el reino de Dios. Se encaminó, pues, á la Galilea, y fué á morar á Cafarnaun, ciudad marítima en los confines de las tribus de Zabulon y Neptalí, para que se cumpliese lo que habia dicho el profeta Isaias: Tierra de Zabulon y tierra de Neptalí, camino del mar trás del Jordán, Galilea de las gentes... Este pueblo, que estaba sentado en tinieblas, vió una gran luz, y luz nació á los que moraban en la región de las sombras de la muerte.

Jesucristo principia á leer y explicar las sagradas Escrituras en las sinagogas.

Cafarnaun fué la residencia mas ordinaria de Jesucristo, y como el centro de sus misiones. Desde esta ciudad pasaba, especialmente en las solemnidades, á enseñar en Jerusalem, y en los lugares y aldeas depen-

dientes de la capital; y despues de dar pruebas por todas partes de su poder soberano, y señales de una misericordia sin limites, se volvía á vivir entre sus Cafarnaitas. El lugar ordinario de sus sermones eran los pequeños templos, que llamaban sinagogas, y estaban diseminados por la tierra de Israel, en los que oraban los Judíos y explicaban los escribas y fariseos las santas Escrituras. Los particulares de reputacion, habilidad y virtud, aun cuando no fuesen ni escribas ni fariseos, podian presentarse en ellas á explicarlas, ya voluntariamente, ó ya invitados por el que presidia la instruccion.

Jesucristo, aunque no era ni escriba ni fariseo, se presentaba en ellas y explicaba las santas Escrituras. Sus discursos juntaban con una hermosa sencillez, una nobleza inimitable, y en la majestad de su lenguaje se veian aquellos modos que encantan, aquellas atenciones que obligan, y aquella compasion para con los infelices que no deja lugar á la resistencia. Aun no se sabía que Jesucristo fuese un Hombre Dios; pero se conocia que era mas que hombre. Permaneció en Cafarnaun bastante tiempo, y señaló su predicacion con un gran número de milagros que hicieron célebre su nombre en el pais. Su fama se extendió luego por todas partes y tambien por Nazareth. Esta ciudad se reputaba por su patria; pues aunque no habia nacido en ella, sino en Belén, se habia criado allí desde su tierna edad, habia pasado en ella toda su juventud, y parecia no haber salido de allí sino para ir á los desiertos de Judá á recibir el bautismo de san Juan.

Las lee y explica en Nazareth, su patria.

Jesucristo pasó de Cafarnaun á Nazareth, su patria, y entró en la sinagoga el dia de sábado á leer y explicar la sagrada Escritura. Cualquiera que trataba de interpretarla, leía en pié los textos que elegía ó que se le se-

ñalaban; en seguida se sentaba, los explicaba, y luego exhortaba á practicar la doctrina que contenían; y así lo hizo Jesucristo. Luego que se acabaron los ejercicios ordinarios, fué á presentarse al que presidía la junta, ofreciéndose á leer y explicar algun texto de la ley ó los profetas. Se admitió su oferta y se le dió el libro del profeta Isaías, uno de los mas difíciles de explicar, acaso por hacer prueba de su capacidad y talento.

Los libros entonces eran unas membranas ó pergaminos, arrollados en un cilindro, ó palo redondo, y por eso se llamaban volúmenes ó envoltorios, de la palabra envolver. Jesucristo desarrolló el libro, y el primer pasaje que se le presentó, fué en el que dice Isaías: El Espíritu del Señor sobre mí, por eso me ungió; para evangelizar á los pobres me envió; para sanar á los contritos de corazón; para predicar á los cautivos la redencion y dar visita á los ciegos; para poner en libertad á los aprisionados; para publicar el año acepto al Señor, y el día de la retribucion... Leído el sagrado texto, envolvió Jesucristo el libro y le entregó al presidente de la sinagoga.

Su explicacion llena á todos de asombro, y piensan si será el Mesias.

Se sentó y empezó la explicacion de la profecía, que habia leído con aquel aire de autoridad y dulzura que habia recibido del Cielo. Todos los presentes tenían puestos los ojos en Él, y acaso jamás se habia excitado tanto la curiosidad de un auditorio, como en esta ocasion. Le escuchaban con suma atencion, y se maravillaban de las palabras de gracia que salían de su boca. Todos le daban el testimonio de alabanza, ensalzándole y publicando la sabiduría y eficacia de sus palabras, y todos se preguntaban, ¿pues qué no es este el hijo de José? El gozo de los Nazareos al contar entre sus ciudadanos un hombre tan admirable era sumo.

Pero no era rico y poderoso, y por eso le desconocen.

Llegaron á creer que Jesucristo era el Mesias prometido hacia ya mas de cuatro mil años; pero una reflexion desdichada, que hicieron sobre su condicion y educacion, bastó para sofocar todos aquellos preciosos sentimientos. ¿Cómo es posible, principiaron á decirse los unos á los otros, cómo es posible que este hijo de José, de aquel carpintero, morador de nuestra ciudad, que vivía de su trabajo y que nunca pudo enseñar á su hijo otra ciencia que la de su oficio; cómo puede este hijo de un carpintero ser el Mesias á quien nosotros esperamos lleno de majestad, poder y sabiduría? ¿Y porqué, añadian, porqué no ha de hacer aquí tantos y aun mas y mayores milagros que en Cafarnaun y en otros pueblos que no son su patria?

Ninguno es profeta en su patria.

Jesucristo, que oía sus discursos, ya veo, les dijo, que me reconvenís con el antiguo proverbio: Médico, cúrate á tí mismo, haciendo en tu patria cuanto hemos oido que has hecho en Cafarnaun; pero yo os aseguro, que ningun profeta es acepto en su patria (y por eso no hace en ella prodigios). Muchas viudas habia en Israel en los días de Elías, cuando se cerró el cielo por tres años y seis meses, y hubo una grande hambre en toda la tierra; mas á ninguna de ellas fué enviado, sino á una mujer viuda de Sarepta de Sidonia; y muchos leprosos habia en Israel en tiempo de Eliséo profeta, y ninguno de ellos fué curado sino Naaman Siro.

Celo falso y arrebatado de los Nazareos.

Los Nazareos se picaron vivamente de la comparación que Jesucristo hacia de ellos con los idólatras de la Siria, y de la preferencia que sobre ellos daba á los extranjeros de Sidon. Aquí se dejaron arrebatado de un falso celo; rodearon á Jesucristo, y le echaron, no solo de la sinagoga, sino tambien de la ciudad. Ni pararon en esto. Le llevaron hasta la cumbre del monte, en que estaba edificada, y trataron de despeñarle. Este intento arrojado, é injusto por si mismo, era tambien contra la autoridad del gobierno, y pudiera traerles funestas consecuencias; pero el furor popular, ó no ve, porque llega á cegarse, ó no teme, porque llega á hacerse insensible. Jesucristo, que sentia mas su ceguedad, que temia su aborrecimiento, porque sabia que aun no habia llegado su hora, les dejaba obrar con una tranquilidad admirable. En el momento en que estaban mas acalorados, se desprendió suavemente de sus manos, y bien que se les hiciese invisible, ó bien que quedasen inmóviles Jesucristo, pasando por medio de ellos sin que nadie se opusiese, salió de entre ellos, y se fué á Cafarnaun su morada.

Jesucristo dejó á Nazareth admirada, particularmente con este último suceso, pero no convertida. Continuó enseñando en Cafarnaun y en los pueblos de sus contornos por algunos meses, y todos le miraban como un enviado de Dios, y un maestro del cielo. Llenaba todo el país del buen olor de sus virtudes y de la admiración de sus milagros. El tema de sus discursos era la necesidad de hacer penitencia y creer al Evangelio, pues se acerca, decia, el reino de Dios. Su acompañamiento ordinario eran los pobres, los afligidos, los enfermos, los penitentes y los pecadores que trataban de convertirse, porque todas estas clases eran el objeto principal de sus misericordias. No sabemos con mas individualidad sus

trabajos evangélicos, durante el primer año de su predicación. Como no habia juntado aun discípulos que le siguiesen, no pudieron estos ser testigos de sus acciones, ni oír sus palabras para recogerlas, y dejar á la Iglesia tan precioso depósito. Despues de un año que empleó en recorrer las ciudades y campiñas de la Galilea, determinó llamar á los que destinaba para el apostolado, y con esta mira, se acercó á aquel paraje del rio donde se habia retirado el Bautista para continuar su ministerio de Precursor.

Se aumenta la fama del Bautista y se duda si será el Mesias.

En vez de haberse debilitado el fervor del segundo Elías, y disminuido su fama con la mudanza del lugar de su predicación, se aumentaba cada día, y creció el número de sus oyentes en términos que los escribas y fariseos creyeron que debian averiguar muy circunstanciadamente quién era este Juan; porque llegaron á dudar si seria el Mesias. La circunstancia de aparecer precisamente en el tiempo en que se iban á cumplir las profecías de la venida de Jesucristo; la penitente y santa vida de Juan, su modo de obrar, y la veneración con que le miraban y trataban los pueblos, todo se reunia á persuadir que lo era. Solo habia un tropiezo para reconocerle ya por Mesias, y era el mismo que les impedía reconocer á Jesucristo, á saber: que no era rico y poderoso. Ellos no esperaban, ni querian un Mesias que solo fuese santo y reformador; sino que fuese tambien señor y dominador de todo el universo.

Envían los escribas y fariseos á averiguar quién es el Bautista.

Para salir de sus dudas, enviaron una embajada de sacerdotes y levitas á saber del mismo san Juan, quién era. Los enviados pasaron el Jordán y se presentaron en Betania, donde bautizaba y predicaba; se acercaron á él y le preguntaron: ¿Tu quién eres? Nosotros venimos encargados de saber de tu boca, quién eres. Nuestros escribas y fariseos ven que juntas el pueblo, que tomas discípulos, que predicas y bautizas, y dudan si eres tú Cristo; y Juan confesó y no negó, que no era Cristo. ¿Qué pues? ¿Eres tú Elías? y dijo: No soy. ¿Eres tú profeta? y respondió: No. ¿Pues quién eres, para que respondamos á los que nos han enviado? ¿Qué dices de ti mismo? Yo soy, respondió, la voz del que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías.

Los sacerdotes y levitas de la embajada eran fariseos, esto es, unos hombres tenidos por los mas hábiles en la ley, y que efectivamente lo eran en ciertos puntos capitales, como en el de la espiritualidad de las almas y en el de la resurrección de los cuerpos; mas por otra parte eran unos hombres soberbios y desdenosos. Todo habia de pasar por su censura, y nada era útil sino lo que ellos hacian ó autorizaban. La mas interesante instruccion era reprobada por ellos, si el que la ofrecia, no se ponía á sus órdenes, ó se confesaba por su discípulo. Así se portaron aquí con el Bautista. En vez de quedar satisfechos con las respuestas del santo Precursor, entraron en disputas. Tú dices, le replicaron, que no eres Cristo, ni Elías, ni aun profeta. ¿Pues con qué título bautizas? Es verdad que yo bautizo, respondió san Juan, pero en agua solamente. En medio de vosotros está el que vosotros no conoceis, el que bautiza en agua y Espíritu Santo. Este es el que ha de venir en pos de mí,

que ha sido engendrado antes de mí, y de quien yo no soy digno de desatar la correa del calzado.

Esto sucedió en Betania, dice el texto sagrado, al otro lado del Jordán, donde estaba Juan bautizando. Los sacerdotes y levitas se volvieron á dar cuenta de su embajada, y no sabemos que la declaracion del Bautista causase otro efecto en los escribas y fariseos que calmar las inquietudes que tenian, sobre si Juan, este hombre extraordinario, podria ser el Mesías; mas luego que por su misma confesion se aseguraron de que no lo era, en nada menos pensaron que en saber si aquel de quien decia el Bautista que no era digno de desatar la correa del calzado, y que bautizaba en agua y Espíritu Santo, podria ser el Mesías, como en efecto lo era.

Se muestra Jesucristo á san Juan, quien da testimonio de su divinidad.

Al otro dia de haberse vuelto los sacerdotes y levitas á dar cuenta de su embajada, vió san Juan á Jesucristo que venia hácia él, y dijo á su auditorio y discípulos: Hé allí el Cordero de Dios. Hé allí el que quita el pecado del mundo, este es aquel de quien dije: En pos de mí viene un Varon que fué engendrado antes de mí, porque era primero que yo. Antes que se presentase á recibir mi bautismo, yo no le conocia. Si yo he sido enviado, y si he bautizado con agua, ha sido para que sea manifestado á Israel su Salvador, y su Rey bautizado en agua y Espíritu Santo: y desapareció el Señor al fin de este discurso de su Precursor. Al dia siguiente volvió san Juan á presentarse en el mismo sitio que habia estado el dia anterior, pero acompañado de solos dos discípulos, y viendo á Jesus que se paseaba por la ribera del rio, les dijo: Hé allí el Cordero de Dios.

Dos discípulos de san Juan siguen á Jesucristo.

Los dos discípulos que acompañaban á san Juan, temiendo que hoy tambien se les ausentase, dejaron inmediatamente á su maestro, corrieron á juntarse con Jesucristo, y le siguieron, aunque sin atreverse á hablarle ni á interrumpirle, mientras se paseaba. Volvió el Señor hácia ellos sus divinos ojos, y viendo que siempre le seguian, les dijo : ¿Qué es lo que buscáis? Maestro, dijeron, ¿dónde habitáis? Que fué tanto como decir : en sabiendo vuestra morada, nosotros buscaremos tiempo oportuno para oír y tomar vuestras instrucciones sobre el reino de Dios que nos anunciáis, y que nosotros deseamos. Venid, les dijo entonces el Señor. Venid y ved. Siguiéron á Jesucristo los dos discípulos de Juan á la aldea inmediata; vieron donde moraba, y se quedaron con Él aquel dia. Eran cerca de las diez, hora que en nuestro modo de contar correspondía á las cuatro de la tarde. Su Majestad pasó con ellos en la mas dulce conversacion hasta la noche, oyendo con suma bondad sus preguntas, y respondiendo á ellas con suma dulzura. ¡ Dichosos discípulos que lograron ser admitidos á la audiencia del Hijo de Dios! ¡ Qué breves les parecerian los momentos en tan divina compañía!

Eran Andrés y Juan el Evangelista.

Uno de estos discípulos se llamaba *Andrés*, y se cree que el otro era *Juan el Evangelista*, que escribió este suceso; y calló aquí por modestia su nombre, como lo hace en otras varias partes de sus Libros sagrados. Eran de Betsáida; y por lo que mira á Andrés, le vemos salir de la conversacion del Salvador lleno de celo y ansioso de adquirir discípulos á su nuevo y divino Maestro, y sobre todo de los de su familia.

Les imita Simon, y Jesucristo le pone el nombre de Pedro.

El primero con quien se encontró fué su hermano *Simon*, y como estaba inundado de gozo, sin otro saludo, le dijo : ¿Sabes que hemos hallado al Mesías? Era Simon uno de aquellos Israelitas que deseaban con ansia la llegada del Salvador. Su carácter naturalmente vivo y vehemente se descubria en la primera ocasion y á la primera vista. Era de noche cuando su hermano Andrés le habló del Mesías, y su viveza no le permitió esperar el dia para ir á verle y conocerle, sino que partió inmediatamente, guiado de su hermano, á presentarse y conocer á su ansiado Mesías. Su diligencia fué dichosa. Jesucristo no habia de permanecer allí el dia siguiente, y la vocacion de Pedro estaba fundada en su pronta correspondencia. Al momento que se presentó á Jesucristo, le miró el Señor, y ¡quién podrá decir cuáles fueron los efectos de esta primera mirada del Salvador sobre un hombre que destinaba para Principe de los Apóstoles, Maestro de sus discípulos, Pastor de todas sus ovejas y su Vicario en la tierra! Tú eres Simon, hijo de Jonás, le dijo su Majestad; tú serás llamado *Cefús* (que quiere decir *Pedro*). Mucho anunciaba el Señor á su nuevo discípulo con la mudanza de nombre, pues con el de *Pedro*, que le ponía, habia de ser nombrado en todos los tiempos y en toda la tierra.

Jesucristo encuentra á Felipe, paisano de Andrés y Pedro, y dice que le siga.

Jesucristo quiso ir el dia siguiente á Galilea, y sus discípulos tuvieron buen cuidado de acompañarle y no perderle de vista. Cuando iban caminando, encontraron á *Felipe*, vecino de la ciudad de Betsáida, de donde eran tambien Andrés y Pedro, y le dijo Jesus : Sígueme,

y Felipe le signió. Tal es el poderio de la palabra del Señor sobre las almas dóciles y humildes. ¡ Cuántas veces habló su Majestad con mayor fuerza y mas alto tono á los grandes y sabios de Jerusalem sin conseguir que le atendiesen !

Tambien Natanael, amigo de Felipe, sigue á Jesucristo.

Tenia Felipe un amigo llamado *Natanael*, á quien quiso hacer participante de tan dichoso encuentro, y luego le buscó con aquella diligencia que emplea un amigo que quiere hacer dichoso á su amigo que quiere hacer dichoso á su amigo. No tardó en hallarle, y le dijo : Hemos hallado á aquel de quien escribió Moises en la ley y los profetas ; á Jesus, hijo de José el de Nazareth. ¿ Pues qué, dijo Natanael, de Nazareth puede salir cosa buena ? Estaba esta ciudad en descrédito entre los Judíos, y por otra parte se sabia que el que había de mandar en Israel, había de nacer en Belén. Felipe no se detuvo en defender la estimacion de la ciudad, y se contentó con decir : Ven y vé. No se resistió Natanael á esta invitacion de su amigo, y fueron juntos á ver á Jesus.

Vió Jesus á Natanael que venia, y dijo de él : Ved ahí un verdadero Israelita, en el cual no hay engaño. Oyó Natanael lo que había dicho Jesucristo, y le preguntó : ¿ De dónde me habeis conocido ? Te vi, respondió Jesucristo, cuando estabas bajo de la higuera, antes que Felipe te llamase. Conoció Natanael que esta vision no había podido ser natural, y tocado al mismo tiempo de la gracia, no dudó que Jesucristo era el Mesías prometido, y exclamó : Maestro, ¡ Vos sois el Hijo de Dios ! ¡ Vos sois el Rey de Israel ! Al oír Jesucristo de boca de Natanael una confesion tan sencilla de su divinidad ; tú has creído, le dijo, porque te he revelado que te vi bajo de la higuera ; pues aun verás cosas mayores ; y

entonces, dirigiendo sus palabras á todos, porque á todos miraba lo que iba á añadir, en verdad os digo, exclamó, que veréis abierto el cielo, y á los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre. No sabemos á cuál de las veces que se abrieron los cielos sobre su divina cabeza haga aqui relacion Jesucristo, ó si hablaba de alguna vision particular de la que fuesen testigos sus discípulos y que no haya llegado á nuestra noticia.

Jesucristo y su santísima Madre son convidados á las bodas de Caná.

De allí á tres dias se celebraron en Caná de Galilea de la tribu de Zabulon, distinta de la Caná de los Sidonios, unas bodas, y estaba allí la Madre de Jesus. Se cree que la santísima Virgen, despues de la muerte de san José, su benditísimo esposo, había mudado de Nazareth á Caná su habitacion ; por lo menos en esta ocasion se hallaba allí, y ya por amistad, ó bien por parentesco, fué convidada á honrar con su presencia esta funcion. Su modo sencillo de vivir nada tenia de espantadizo ; antes por el contrario, era afable y lleno de amabilidad. La santísima Virgen era un modelo perfecto de todas las virtudes, que forman los mayores santos y los mejores ciudadanos. Rogaron, pues, á la Señora que asistiese á las bodas, y la Señora condescendió con su peticion.

Su santísimo Hijo Jesucristo, tan célebre en todo el pais por su predicacion y por los milagros que había obrado en el año anterior, estaba convidado tambien á las bodas con sus discípulos, y no era ya tiempo de que viese como un particular. La gloria de su Padre celestial y la salvacion de los hombres, pedian que se manifestase. Dejóse, pues, ver en Caná, como un maestro de Israel que juntaba discípulos para instruirlos y partir con

ellos los trabajos del Evangelio. Admitió el convite á las bodas, y llevó consigo á sus discípulos. Por estos principalmente quiso conceder su divina presencia á unos recogidos, que contenidos en sus debidos límites, nada tienen que no sea puesto en razon, pero que por desgracia no se moderan en ellos los hombres, y apenas hay alguno que no venga á serles dañoso por los excesos; de donde proviene que es preciso quitar muchas veces las costumbres, aunque sean buenas, para evitar los abusos. No había que temerlos en un convite á que asistían el santísimo Jesus y su benditísima Madre; sin embargo, un incidente imprevisto estuvo, no para malograr las bodas, sino para turbar su alegría.

Falta el vino en las bodas.

Se creyó haber hecho bastante y aun sobrado acopio de vino, pero este llegó á faltar antes de concluirse la función. María santísima, que estaba al lado de su divino Hijo, y le pidió un milagro para remediarla, y sacar principalmente á los esposos de este conflicto. No tienen vino, le dijo, volviéndose hácia su divina persona. ¿Y qué nos va á mí y á ti en eso? ¡ó mujer! le dijo el Señor. Aun no ha llegado mi hora. Esto es, la hora de que todos los convidados conozcan la falta del vino, y el milagro de la conversion del agua. Amaba Jesucristo sin límites, si así puede decirse, á su querida Madre, y deseaba complacerla y darla gusto en todo, mas no parece que la santísima Virgen hizo su petición en unos términos demasadamente respetuosos en una Madre tan querida. No usó de la palabra *Hijo* como acostumbraba, y acaso el Señor no usó por eso la de *Madre*. Sin embargo la santísima Virgen estuvo tan ajena de mirar como reprension esta respuesta de su querido Hijo, que sin dudar ni un momento de que había sido atendida su advertencia, dijo á los sirvientes del banquete: Haced cualquiera cosa que os mande.

Jesucristo suple la falta convirtiendo el agua en vino.

Era costumbre entre los Judios tener sobre sus aparadores grandes vasos por sus purificaciones y abluciones legales. Ordenaba algunas de estas la ley, y la supersticion habia introducido otras. Se hallaban colocadas en la sala del convite seis de estas vasijas, que llamaban hidrias, y hacian cada una como unas cinco arrobas, y por consiguiente las seis hidrias contenian unas treinta arrobas. Estaban vacías, y dijo Jesucristo á los sirvientes: Llenad de agua esas hidrias; y las llenaron de agua hasta que rebosaba, de modo que todas podian ver el agua que revertia. Sacad ahora agua, dijo el Señor, y llevad al arquitectino (superintendente del convite); y llevaron del agua que habia ya convertido en vino Jesucristo. Lo probó el arquitectino, y halló que era sumamente delicioso y que jamás se habia bebido semejante. Como no sabía de dónde era, aunque no lo ignoraban los criados que habian echado el agua, lleno de admiracion y de sorpresa, llamó al esposo y le dijo: Todo hombre pone primero el vino superior (esta era allí la costumbre), y cuando los convivados van satisfechos, saca el inferior; mas tú has guardado el mejor vino hasta ahora. La Madre de Jesus, que con su caridad habia conseguido este prodigio, fué la menos admirada, y la mas reconocida; pero ¡cuál debió ser la alegría de los esposos al ver el milagro y saber que habian logrado la honra de tener á su mesa al Hijo y á la Madre de Dios! ¡Qué bendiciones del Cielo no debian esperar de unas bodas que Jesucristo acababa de aprobar con su asistencia, y su santísima Madre con un milagro de su santísimo Hijo.

Los que comunmente se llamaban hermanos de Jesus, por ser parientes muy cercanos, debieron ser testigos del prodigio; mas no era tanto á ellos á quienes dirigia el Señor su portentoso, cuanto á sus discípulos que le habian de acompañar durante su vida, y continuar testificando su

divinidad despues de su muerte. Por esto convenia imprimir profundamente en ellos la idea de su divinidad, y con este fin sin duda los detuvo en Caná, donde queria tener la ocasion de obrar el primer milagro público á súplicas de su benditísima Madre.

Jesucristo se vuelve á Cafarnaun, y los discípulos á sus tareas domésticas.

Habiendo concluido Jesucristo con lo que queria hacer en Caná, ya no se detuvo mas en ella. Partió, pues, de allí, acompañado de su santísima Madre, de los que se llamaban sus hermanos, y de sus primeros discípulos, y bajó á Cafarnaun, ciudad que habia elegido por su morada ordinaria. Aquí se estuvo algunos días, y sus discípulos, que aun no se le habian unido inseparablemente, se volvieron á sus casas y ocupaciones domésticas. Algunos de ellas apenas no se apartaron de Jesucristo, porque queria el Señor tener en la Judea, no solo testigos de sus milagros, sino tambien cooperadores de su santo Evangelio. Felipe y Natanael regularmente se volverian á Betsáida, pues no vemos que acompañasen á su divino Maestro en el viaje que hizo á Jerusalem; mas Simon, conocido ya con el nombre de Pedro, su hermano Andrés y Juan Evangelista, permanecieron en Cafarnaun.

Llama á Pedro, Andrés, Santiago y Juan para que le acompañen á Jerusalem.

Sobre estos tres discípulos puso ahora su Majestad los ojos, y estos tres con *Santiago*, que era hermano de Juan, y segun san Epifanio, discípulo tambien del Bautista, tuvieron la dicha de acompañarle en su viaje. Todos cuatro eran pescadores, y como Cafarnaun estaba vecina al lago de Genesar, llamado antiguamente mar de Gali-

lea, ejercian en él su profesion. Ocupados en sus inocentes trabajos, y acaso cuando menos pensaban en volverse á unir con su divino Maestro, les llamó el Señor para que le siguiesen. Los primeros que llamó en esta ocasion, fueron los dos hermanos Pedro y Andrés, que estaban tendiendo sus redes en el mar. Seguidme, les dijo, y os haré pescadores de hombres. Habia poco tiempo que Pedro y Andrés se habian apartado del Señor, y luego conocieron al que tan recientemente habia obrado á su vista el milagro de los bodas de Caná, y dejando sus redes, se juntaron á su Majestad y le siguieron. Pasó el Señor con ellos adelante por la ribera del mar, y vió otros dos hermanos, á Santiago, hijo de Zebedeo, y á Juan su hermano, que con su padre estaban repasando en la nave sus redes, y los llamó; y ellos, dejando al momento sus redes y padre, siguieron al Señor.

Llega á la ciudad pocos dias antes de la Pascua.

Partió, pues, el divino Maestro de las riberas del mar de Genesar ó Galilea, acompañado de sus cuatro discípulos, Pedro, Andrés, Santiago y Juan, y llegó á Jerusalem pocos dias antes de la Pascua. No habia visto Jerusalem á Jesucristo, despues que se habia declarado por su rey y Mesias, ni le conocia sino por el testimonio de su Precursor, el Bautista, y por los milagros que ya habia hecho en la Galilea; mas esto debia bastar para que aprovechase de su presencia y recibiese su doctrina; pero Jerusalem desde el principio fué una ingrata y despues una obstinada. Bien la conocia Jesucristo; no ignoraba el tratamiento que podia esperar de ella, y cuando se determinó á llevar allá la luz del Evangelio, no fué tanto en consideracion al fruto que habia de dar cuanto por cumplir en toda extension su ministerio, y dar lugar á que las profecias tuviesen su cumplimiento.

Téngase presente que los Galileos celebraban la Pascua el día catorce y los Judíos el quince.

En aquellos días que estuvo en ella Jesucristo con sus discípulos antes de la Pascua, se veían venir en tropas los Galileos á sacrificar en el templo el cordero pascual el día catorce del primer mes, que era el destinado para celebrar la Pascua aquella parte de pueblo de Dios que no habitaba en el territorio de la Judea; porque conviene tener siempre presente, cuando se trata de la celebracion de la Pascua, que los Galileos la celebraban un día antes que los Judíos; division que debió ocasionar la multitud de víctimas, cuya multitud no era posible sacrificar en un solo día. Aunque Jesucristo habia nacido en Belén, se reputaba por natural de la ciudad de Nazareth, donde habia sido concebido y vivido veinte y cuatro años, teniendo al presente su domicilio en Cafarnaun. Esta ciudad y la de Nazareth estaban en la Galilea, y contando con que Jesucristo no dejaria de celebrar la Pascua estando en Jerusalem, aunque esta ceremonia de ningun modo le obligaba, creemos que la celebró el día catorce con sus Galileos; pero lo que no tiene duda es, que antes de la celebracion de la Pascua quiso darse á conocer por un rasgo de autoridad muy ruidoso.

Jesucristo echa de los atrios del templo á los que negociaban en ellos.

Subió con sus discípulos al templo, y el primer espectáculo que vió fué un abuso, ó mas bien una gran profanacion. Se permitia en sus atrios una especie de mercado ó de feria, y en ella se vendian bueyes, carneros y palomas para los sacrificios; y además habia banqueros cambiando dinero. Esto habia pasado á costumbre con pretexto de la pública comodidad. Mas aun cuando

fuera permitido á los que concurrían al templo comprar las víctimas y proporcionarse los sáculos para las ofrendas pecunarias, no lo era á los sacerdotes, ni á los intendentes del templo, ni á los magistrados permitir semejante negociacion en la casa de Dios. Jesucristo no pudo sufrir esta profanacion. Hizo un como látigo de cordeles, y les echó á todos de allí á latigazos. Sacó á golpes los bueyes y carneros; trastornó las mesas de los cambistas y derramó el dinero por el suelo. Por último, se dirigió á los que vendían palomas, y les dijo: Quitad estas cosas de aquí, y no queráis hacer la casa de mi Padre casa de negociacion.

Nadie se atrevió á oponerse á lo que hacia Jesucristo, lo que prueba que en esta ocasion obraba su omnipotencia, á la que nadie podia resistir. Sus discípulos al ver lo que pasaba, se acordaron de estas palabras del Salmo: Et celo de vuestra casa me consumió, y las consideraron cumplidas en la persona de su divino Maestro. Los Judíos se escandalizaron de la autoridad que Jesucristo se habia tomado, y como si los milagros que ya habia hecho no fueran testimonios suficientes para probar su mision y su poder, le pidieron nuevas pruebas. ¿Qué señal nos mostrais, le dijeron, para hacer esto? ¿Ó qué prueba nos dais para justificar la autoridad que os tomáis entre nosotros?

Dice que puede reedificar el templo en tres días.

Destruid este templo, les dijo, y yo le reedificaré en tres días. Con que ¿se gastaron cuarenta y seis años en edificarle, le replicaron con indignacion, y tú dices que le levantarás en tres días? En efecto, en cuarenta y seis años no continuos, sino interrumpidos y contados desde su principio hasta su conclusion, fué reedificado por Zorobabel este edificio, de que hablaban aquí los Judíos, y que habia sido edificado la primera vez en siete años

por Salomon, y destruido casi en un momento, cuatrocientos y cuarenta años despues por Nabucodonosor; pero no era este el templo de que hablaba Jesucristo, sino del de su propio cuerpo, que sería destruido en su muerte y reedificado en su resurreccion á los tres dias, como lo confesaron los discípulos cuando le vieron resucitado. Entonces, dice el Evangelista san Juan, se acordaron los discípulos que por esta resurreccion lo habia dicho Jesucristo, y creyeron á la Escritura y á la palabra que el Señor habia dicho.

Hace multitud de milagros en la Pascua.

Todo esto sucedió en aquellos pocos dias que Jesucristo y sus discípulos estuvieron en Jerusalem antes de la Pascua. No parece que se podia dudar que lo que habia pasado á este tiempo en la casa de Dios causaria ruido; sin embargo, ninguna novedad se advirtió hasta el dia de la Pascua. Mas luego que principió la fiesta, hizo el Señor tantos y tan grandes milagros, que á todos llamó la atencion, y por mas ciega y endurecida que estuviese esta soberbia ciudad, hubo muchos de sus moradores que se rindieron á la fuerza de los prodigios y reconocieron á Jesucristo por el verdadero Mesías, Hijo de Dios, y enviado de su eterno Padre. Era muy difícil que las palabras del divino Maestro, llenas de sabiduria, y sus acciones que no respiraban sino majestad y grandeza, y que caminaban acompañadas de la brillante luz de los prodigios, dejasen de hacer impresion en el espíritu de la multitud. Creyeron muchos en el nombre de Jesucristo, dice el Evangelista; pero añade, que Jesucristo no se creía á ellos; esto es, no se fiaba de ellos, ni les confiaba los secretos del reino de Dios, porque cono cía la debilidad de su fe, y que no tardarian en pedir su sangre y su vida, como lo hicieron delante de Pilatos en el tiempo de su santísima Pasion.

Nicodemo va á ver á Jesus de noche, y el Señor le instruye largamente.

Determinó Jesucristo salir de Jerusalem luego que se concluyese la Pascua, que duraba ocho dias; pero antes de verificarlo, un hombre llamado *Nicodemo*, de la secta de los fariseos, príncipe de los Judíos, doctor de la ley y miembro del sanedrin, ó supremo consejo de la nacion, vino á verle de noche y le dijo: Sabemos que sois un Maestro, venido de Dios, porque ninguno puede hacer estos prodigos que vos haceis, si el Señor no estuviere con él. En verdad, en verdad te digo (modo de hablar para dar la mayor seguridad de una verdad) le respondió Jesucristo, que no puede ver el reino de Dios el que no renaciere de nuevo. Jesucristo hablaba aqui del renacimiento por la gracia; pero Nicodemo lo entendió de un renacimiento natural, y replicó: ¿Cómo puede nacer un hombre siendo anciano? ¿Por ventura puede volver á entrar en el vientre de su madre para nacer otra vez? En verdad, en verdad te digo, le respondió Jesucristo, á no ser que cualquiera renaciere del agua y el Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles porque he dicho, que es preciso nacer de nuevo (para entrar en el reino de Dios). El Espíritu inspira donde quiere y sientes su impresion, mas no sabes de dónde viene, ni adónde va: así es todo aquel que ha nacido del Espíritu. Este es, dicen los santos Padres, el Espíritu Santo, que se comunica á quien quiere, y como le place, y aunque se ignore por qué camino entra en el alma, se conoce su divina presencia por la mudanza admirable de aquel en quien habita.

Despues de la explicacion de Jesucristo, ya no insistió Nicodemo en la idea del renacimiento corporal; ¿Pero cómo puede hacerse, preguntó, esa regeneracion

espiritual que decís? ¿Y qué, respondió Jesucristo, tú eres maestro en Israel é ignoras estas cosas? Que fué decirte: ¿tú que enseñas á los hijos del pueblo de Israel, que es el mas instruido de todos los pueblos, tú no entiendes mas que si fueras un gentil? ¡Luego tú ignoras que un hombre renace espiritualmente cuando pasa del estado de la culpa al estado de la gracia! ¡De ser enemigo de Dios á ser su amigo! ¡Luego tú no tienes presente que vosotros los hijos de Abraham despues de haber entrado por el nacimiento natural en una vida animal, como los hijos de las naciones, habeis sido reengendrados en una vida espiritual por la fe de la Divinidad y por el sello de una adopcion celestial! Ved ahí lo que un hombre de vuestra clase debia entender, y porqué yo te he dicho, que para entrar en el reino de Dios es preciso nacer segunda vez. En verdad, en verdad te digo, que lo que sabemos, hablamos, y lo que vimos, atestiguamos; y si lo que os he dicho de la regeneracion espiritual que se obra en la tierra, y de la que tenéis testimonio en vosotros mismos, no lo creéis, ¿cómo creeréis las cosas del cielo, si os las revelase y os dijese lo que pasa en el seno de Dios?

Continuando Jesucristo su celestial doctrina, ninguno, dijo, sube al cielo (para traer la ciencia de Dios á la tierra) sino el Hijo del hombre, que bajó á la tierra (para la enseñanza y salud de los hombres), sin dejar por eso de estar en el cielo. Así como levantó Moisés en el desierto una serpiente de metal (para que mirándola los hijos de Israel no muriesen de las mordeduras que recibian de las serpientes vivas que el Señor habia enviado para castigar su idolatria), así conviene que sea levantado el Hijo del hombre (en la cruz) para que todo el que cree en él, no perezca, sino que consiga la vida eterna, porque Dios de tal modo amó al mundo, que dió (no á un ángel, ó á un arcángel; no á un querubín, ó á un serafín), sino á su unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él, no perezca, sino que tenga

la vida eterna. No ha enviado Dios ahora á su único Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que por Él sea salvado el mundo. El que no cree, ya está juzgado, porque no cree en el nombre del unigénito Hijo de Dios. Mas este es el juicio (el cargo): que la luz (el Hijo de Dios) vino al mundo, y los hombres han amado mas las tinieblas que la luz, porque eran malas sus obras, y todo hombre que obra mal, aborrece la luz, y no quiere venir á la luz, para que no sean reprendidas sus obras; pero el que obra bien, viene á la luz para que se manifiesten sus obras, porque son hechas en Dios.

Como Nicodemo eran un hombre sincero y de buenas costumbres, no tenia motivo para temer que fuese de aquellos hombres que huyen de la luz y prefieren apagar la antorcha, mas bien que verse precisados á reconocer con su resplandor la indignidad de los vicios que los dominan. Nicodemo, á pesar del recelo con que dió los primeros pasos para buscar al Señor, mereció empezar á instruirse desde su primera leccion en los mas sublimes misterios de la religion. No se dice que penetrase desde luego su fondo, ni se hallase enteramente instruido en su admirable doctrina. Estaba reservado al Espíritu Santo darla á conocer á los hombres con mayor claridad cuando fuese enviado á la tierra despues de la Ascension de Jesucristo á los cielos. El divino Maestro no la enseñaba sino de un modo proporcionado á las personas que instruía. Poco á poco sus lecciones eran mas claras, y las verdades aparecian tanto mas creibles, cuanto sus pruebas se presentaban mas eficaces.

La fe de Nicodemo siguió estos progresos comunes de la revelacion. Creyó en Jesucristo como en Hijo enviado de Dios, y le reconoció como Mesías anunciado por los profetas. Se llenó del celo de su honra y su gloria, y favoreció, no ya secretamente y de noche, la predicacion del Evangelio, sino públicamente y en medio del dia; y el celo con que se declaró por Jesucristo en su

muerte, procurando su honrosa sepultura, cuando hasta los apóstoles estaban intimidados, nos hace ver el grande amor que profesó á su querido Maestro desde que se declaró su discípulo.

Sale Jesucristo de Jerusalem y va á predicar en los pueblos de sus contornos.

Una vez ganado para el Evangelio este hombre grande en su clase y empleos, y mucho mas grande por su fe y su virtud; este hombre que habia de servir para justificar la condenacion de tantos otros de la misma clase que habian de contribuir á su muerte, pidiendo su sangre; una vez hecha, repito, esta insigne conquista, Jesucristo no se detuvo ya en Jerusalem, sino que se ausentó de ella, como tenia determinado, aunque no de la Judea. Las ciudades pequeñas, las aldeas y lugares de esta porcion de la Palestina ofrecian mas abundante cosecha, y estaban mejor preparadas que la soberbia Jerusalem, para llevar frutos abundantes. Por eso Jesucristo condujo sus discípulos á estos pueblos humildes y predicó en ellos el reino de Dios.

Institucion del Sacramento del Bautismo.

En este tiempo fué, segun se cree, cuando instituyó el santo Bautismo, cuya necesidad habia manifestado á Nicodemo en su divina instruccion. Este Bautismo no era una simple ceremonia, ni una profesion exterior de penitencia como el de san Juan, era ya un Sacramento de la nueva ley que borraba los pecados, perdonaba su pena, conferia la gracia santificante y pedia por disposiciones la fe en Jesucristo, Mesias prometido, nuevo Legislador é Hijo y enviado de Dios, y el aborrecimiento de los pecados. En los pueblos y aldeas adonde el Señor

se habia retirado, encontró, como tenia previsto, hombres sencillos y exentos de aquella soberbia de entendimiento que apartaba de sus lecciones á los habitantes de la capital y les prevenia contra su doctrina.

La humildad afirma la fe y la soberbia la derriba.

El Señor instruía á estos hombres sencillos con afebilidad, y ellos le oían con docilidad y creían sin dudar. Los impíos, que no pudieron ignorar por largo tiempo las conquistas que hacia Jesucristo en los pueblos, tuvieron lástimas de esta buena gente, pareciéndoles que se dejaban engañar por apariencias, cuando al contrario se movían á creer por el cumplimiento de las profecías, por la santidad de la doctrina, por la edificacion de la conducta del predicador y por la multitud y evidencia de los milagros que hacia. El carácter de la impiedad ha sido siempre mirar con desprecio á los que creen sobre los fundamentos mas sólidos, siendo ellos los que deben ser mirados con desprecio á pesar de la sabiduría que afectan, porque no creen sobre fundamentos, ó por decir mejor, porque no creen. Hombres superficiales, que para ser trastornados y desconcertados en sus ideas de religion, bastaria un humilde fiel que les preguntase: cuáles eran las razones que tenían para no creer.

Jesucristo catequiza y predica, y los discípulos bautizan.

Se aprovechó Jesucristo de la humilde sencillez que debe componer la verdadera imagen de los adoradores de Dios y discípulos del Evangelio. Continuó en cultivar estas rústicas plantas, y se complacia en su cultivo. Reservaba para sí el cuidado de catequizar y predicar, de curar los enfermos, consolar á los tristes y aliviar á los afligidos, y dejaba á los discípulos el de administrar

el Bautismo. Se dice que Jesucristo bautizaba, porque santificaba interiormente, dice san Agustín; pero Jesucristo no administraba el Sacramento, sino sus discípulos, dice el texto sagrado. Jesucristo, pues, no bautizaba, ya fuese para evitar las quejas de aquellos fieles á quienes no pudiese bautizar por sí mismo, ó ya porque queria acostumbrarles á que le mirasen, no como ministro, sino como autor del Sacramento.

Disputa entre los discípulos de Jesucristo y san Juan
sobre los dos Bautismos.

Á este tiempo no se hallaba ya san Juan en Betania. Acaso una nueva persecucion de los escribas y fariseos le habia obligado á retirarse á Ennon, ciudad de la Galilea, comprendida en la tetrarquía de Herodes y fuera de la jurisdiccion de Jerusalem. Allí bautizaba porque habia muchos manantiales de aguas y nadie se lo estorbaba. Sin embargo, el Bautismo de Jesucristo vino á ser bien presto motivo de una disputa, ó por mejor decir, de una conferencia entre los Judíos que recibían el bautismo de san Juan y los que recibían el de Jesucristo. La cuestion estaba reducida á saber: cuál era la diversidad de frutos que producian estos dos bautismos, siendo en el exterior tan parecidos. Claro estaba que los frutos del Bautismo de Jesucristo habian de ser incomparablemente superiores á los del bautismo de san Juan, siéndolo su Autor, del que habia dicho el mismo san Juan: que no era digno de desatar la correa de su zapato. Esto lo sabian sus discípulos; pero el espíritu de partido siempre es tenaz y porfiado, y no vemos que se decidiese la cuestion, solo si que desde entonces todos generalmente acudian al Bautismo de Jesucristo, aun cuando continuaba san Juan bautizando. Los discípulos de este, poco satisfechos con el efecto que habia producido la conferencia, acudieron á su maestro y le dijeron:

Sabe que el que estaba contigo á la otra parte del Jordán, y del que tú diste testimonio, bautiza tambien, y que todos vienen á Él. Tuvo compasion el Bautista del falso celo de sus discípulos. Ellos pensaban que se afligiria con esta noticia, y no podian dársela de mayor consuelo.

Discurso elevado y misterioso de san Juan.

No puede el hombre, les dijo, recibir algo (celestial) si no le fuere dado del Cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que yo he dicho que no soy Cristo, sino un enviado delante de Él. Á quien se da la esposa, ese es el esposo. El amigo del esposo que está con él y le oye, se regocija con oír la voz del esposo, y este regocijo se ha cumplido en mí. Conviene, pues, que Él crezca y yo mengüe. El que de arriba viene (como Jesus), sobre todos es. El que de la tierra (como yo), terreno es, y de la tierra habla. El que del cielo viene sobre todos es. Lo que vió y lo que oyó, ese testifica; pero son tan pocos los verdaderos creyentes, que se puede decir que ninguno recibe su testimonio. El que ha recibido su testimonio ha confirmado que Dios es verdadero; porque el que Dios envió, habla las palabras de Dios, porque no le da Dios el espíritu por medida. El Padre ama al Hijo, y todas las cosas ha puesto en sus manos. El que cree en el Hijo, tiene la vida eterna, pero el que no da crédito al Hijo, no verá la vida (eterna) sino que la ira de Dios permanecerá (siempre) sobre él. Este discurso de san Juan encerraba grandes misterios, bajo de expresiones algo oscuras que el Espíritu Santo habia de aclarar en su venida; pero entretanto este discurso servia para disponer los corazones á recibir de lleno la luz y acreditar en los pueblos el ministerio de Jesucristo, que era el objeto principal del Precursor.

Jesucristo se retira á la Galilea para evitar la persecucion de los escribas y fariseos.

Cuando se oyó en Jerusalem tan de cerca la reputacion del Predicador divino, y los efectos que causaba su Evangelio, los escribas y fariseos, llenos de indignacion y de odio, dispusieron detener y sofocar la que ellos llamaban nueva doctrina. Ya estaba para romper la tempestad; mas como no habia llegado la hora de Jesucristo, el Señor la conjuró con una sábia retirada. Entre las instrucciones que el divino Maestro destinaba á sus apóstoles y sucesores en el santo ministerio, una era la conducta que debian observar en el tiempo de las persecuciones. Esta conducta que habia de enseñar algún dia con sus palabras, la enseñó aquí con sus obras. Dejó á la Judea y subió á la Galilea, donde se ponía fuera de los tiros de la sinagoga, porque salia de su jurisdiccion. Para ir camino derecho á la Galilea, era preciso pasar por la pequeña provincia de Samaria, adonde tampoco alcanzaba la autoridad de Jerusalem.

Descripcion de los Samaritanos.

Los moradores de esta provincia, llamados Samaritanos, del nombre de su capital Samaria, eran aborrecidos de los Judios, y no querian tener con ellos comercio alguno de religion; porque los Samaritanos pretendian, aunque erradamente, que no estaban obligados á ir á adorar y ofrecer sus sacrificios en el templo de Jerusalem. Se cree que descendian en parte de una pequeña porcion de Cuteos, enviados por Salmanasar cuando conquistó la provincia de Samaria á poblar el país; y en parte de un número mas considerable de Israelitas de las diez tribus, que habiendo podido huir la cautividad de la Asiria, se juntaron con ellos en la capital de Samaria y sus contor-

nos. Allí conservaron la fe del verdadero Dios, la esperanza del Mesías, y el uso de la Circuncision y los Libros de Moises, y levantaron un templo sobre el monte Garizim, contiguo á la ciudad, el cual subsistió doscientos años, hasta que fué destruido por Hircano, ciento veinte y seis años antes de Jesucristo.

La Samaritana halla á Jesucristo.

Emprendió, pues, Jesucristo su viaje á la Galilea y se dirigió por una de las ciudades de Samaria, que se llamaba Sicar, cerca del campo que dió Jacob en mejera á su hijo José. Allí habia un pozo ó manantial, que aun conserva el nombre de Fuente de Jacob. Jesus, pues, cansado del camino y sediento (era como al medio dia) se habia sentado sobre el brocal del pozo. Sus discipulos fueron á la ciudad á comprar comida, y entretanto vino una mujer á tomar agua, y la dijo el Señor: Dáme de beber. Admirada la Samaritana al oír estas palabras, ¿cómo, dijo á Jesus, siendo tú Judío, me pides de beber, siendo yo Samaritana? Pues no ignoras que no tienen trato los Judios con los Samaritanos. Si conocieras el don de Dios, la dijo Jesucristo, y quien es el que te dice: Dáme de beber, acaso tú se la pedirias, y te daria agua viva. Mas admirada que antes con esta respuesta, Señor, dijo, el pozo es hondo, y vos no teneis con qué sacarla; ¿dónde, pues, teneis esta agua viva? ¿Sois acaso vos mayor que nuestro padre Jacob, el cual nos dejó este pozo, del que bebió él, sus hijos y sus ganados? Es verdad, dijo el Señor, que todo el que bebiere de esta agua volverá á tener sed, pero el que bebiere del agua que yo le daré, nunca volverá á tener sed, porque el agua que yo le daré, será para él una agua que saltará hasta la vida eterna. Dadme, Señor, de esa agua, dijo la mujer alborozada, dadme de esa agua, para que no tenga sed, ni venga á sacarla aqui.



Jesucristo antes de satisfacer á su peticion, la envió á que llamara á su marido y volviera con él á su presencia. Vé, la dijo, llama á tu marido y vuelve aqui. No tengo marido, respondió la mujer. Has dicho bien, la dijo Jesucristo, que no tienes marido. Cinco has tenido, y el que ahora tienes no es tuyo. Nada mas capaz, que esta contestacion de Jesucristo, para sobrecoger á una mujer, que á lo menos guardaba un buen exterior, observaba una conducta regular y ereia muy secreto su ilícito trato. Ella, sin embargo, se portó con rectitud, y la sinceridad de su confesion la dispuso para el perdon de su mala vida. ¡ Vos, Señor, vos, segun veo, sois profeta! Deseaba esta Samaritana saber con seguridad dónde debia adorar al Señor, y aprovechando la ocasion de hablar con un profeta, pues por tal le tuvo desde entonces, le hizo esta pregunta. Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalem está el lugar; ¿dónde conviene adorar? Esta pregunta de la Samaritana dió ocasion á una de las aclaraciones capitales que habia de hacer Jesucristo acerca de la diferencia de adoracion en la ley antigua y la nueva. Mujer, créeme, la dijo el Señor, que viene la hora en que, ni en este monte (ya habia sido destruido el templo Garizin) ni en el templo de Jerusalem adorareis al Padre, y fué decirle: que llegaba el tiempo en que las ceremonias y sacrificios, tanto de los Judíos como de los Samaritanos, serian abóidos, y el culto de Dios no estaria ceñido á este ó el otro lugar, porque la fe de la nueva alianza se extenderia por todas partes, y Dios seria adorado en toda la redondez de la tierra, particularmente en los templos que se dedicarian, y recibiria en ellos un culto mas perfecto que el que habia recibido hasta entonces en el de Jerusalem. Vosotros, continuó Jesucristo, adorais lo que no sabeis. Nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salud viene de los Judíos (segun la carne). Mas viene la hora, y es esta, en los adoradores verdaderos adorarán al Padre, no in víctimas carnales, sino en espíritu y verdad, porque á estos

busea el Padre, para que le adoren. Dios es Espíritu, y es menester que aquellos que le adoran, le adoren en espíritu y verdad.

La descubre que es el Mesias.

Encontró la Samaritana dificultad en admitir lo que la decia aquel que habia reconocido por profeta, acerca de un nuevo culto que muy luego se habia de establecer para todos los hombres, sin distincion de Samaritanos, Judíos ni gentiles, y la pareció que no bastaba que lo dijese el profeta que tenia presente, sino que debia decidirse por el gran Profeta que esperaban, esto es, por el Mesias. Poseida de estas ideas, yo sé, dijo al que tenia por profeta, yo sé que el Mesias, que se llama Cristo, viene, y cuando llegare, sabrémos de Él todas las cosas, *Pues yo soy que estoy hablando contigo*, la dijo Jesucristo. Cual fuese la sorpresa y el asombro de la Samaritana al oír estas palabras del mismo Mesias, ella sola podria haberlo dicho; pero nada nos dijo, ni aun pudo decir, de la impresion que hicieron en su alma, porque apenas habian salido de los divinos labios de Jesucristo, cuando llegaron sus discípulos de comprar la comida.

Quedaron estos muy sorprendidos de encontrar á su divino Maestro hablando con una mujer, pues no acostumbraba, dice san Cipriano, á conversar con mujeres, y los apóstoles huian toda familiaridad con ellas. También pudieron admirarse, dice san Agustin, al ver la humildad de su divino Maestro, que no se desdenaba de conversar con una pobre mujer, y mujer samaritana; pero era tan profunda la veneracion que los discípulos profesaban á su Maestro, que ninguno se atrevió á preguntarle, ¿ qué hablais con ella? La Samaritana, en cuya alma habian quedado grabadas profundamente las últimas palabras de Jesucristo, viendo llegar á sus discípulos, se retiró humildemente, dejando el cántaro (sin

duda lleno de agua para excusarles el trabajo de sacarla) y abrasada de aquel fuego divino que enciende en las almas bien dispuestas la conversacion con Jesucristo, fué apresurada á comunicarlo á los habitantes de Sicar. El soberano Maestro, que sabia que no tardaria en volver su convertida, se aprovechó de su corta ausencia, no para satisfacer su necesidad corporal, sino para dar á sus discipulos lecciones importantes. Habian dejado estos á su querido Maestro tan debilitado por el hambre y el cansancio, que nada les parecia mas necesario que alimentarle. Comed, Maestro, le rogaban con las instancias que se dejan conocer del grande amor que le tenian; pero les dijo el Señor: Yo tengo paro alimentarme un manjar que vosotros no conoceis.

Al oír esto, se decian mutuamente: ¿Si le habrán traído de comer? Ellos no entendian el lenguaje de su divino Maestro, porque aun no estaban acostumbrados á oír como pasaba el Señor de las cosas de la tierra á las del cielo. Mi alimento, les dijo, es hacer la voluntad de aquel que me ha enviado para que cumpla su obra. ¿Por ventura no decís vosotros que aun hay cuatro meses hasta la siega? (Este modo de hablar era un proverbio entre los Judíos, con el que daban á entender que las cosas no corrian prisa.) Pues yo os digo, añadió, que aleeis vuestros ojos y veais, que los campos estan ya blancos y en sazón para segarlos; que fué lo mismo que decirles, que ya era llegado el tiempo de derramar la luz del Evangelio por todas partes. El que siega, reúne frutos para la vida eterna, y el que siembra, prepara estos frutos para que se gocen juntamente el que siembra y el que siega.

Anuncia á Jesucristo la Samaritana en su ciudad de Sicar, y creen muchos por su dicho.

Mientras que el divino Maestro, en vez de tomar le

alimento corporal que le presentaban sus discipulos, les sustentaba con el alimento espiritual que pedia su ministerio, la Samaritana recorria su ciudad de Sicar con un celoso apresuramiento. Venid, decia á cuantos encontraba, venid y veréis un hombre que me ha dicho cuantas cosas he hecho; y como se hablaba ya tanto de la próxima venida del Mesías, y aun se decia que habia ya venido, los Samaritanos salieron atropelladamente de la ciudad, y corrieron á ver al que con tanto fervor les anunciaba su paisana. No sabemos individualmente lo que pasó en esta primera visita que hicieron al Señor los Samaritanos; solamente sabemos, que creyeron muchos en Él por lo que decia la mujer, la que no cesaba de repetir: *Me ha dicho todo lo que he hecho*. Los nuevos creyentes rogaron al Señor que fuese á su ciudad y se estuviese con ellos; pero el ministerio de Salvador, que debia ejercer en otras muchas ciudades, no permitió que concediese á estas buenas gentes todo lo que pedian. Sin embargo, su celo y su caridad le obligaron á no negarlo todo. Se fué con ellos á Sicar, donde estuvo dos dias instruyendo y predicando el reino de Dios, y fueron muchos mas los que creyeron por su predicacion, diciendo á la mujer: Ya no creemos por tu dicho; nosotros mismos le hemos oido, y conocido que es verdaderamente el Salvador del mundo.

Continúa su camino el Señor á la Galilea.

Despues de dos dias salió el Señor de la ciudad de Sicar con gran sentimiento de los Samaritanos, y continuó su viaje á la Galilea. Habian concurrido, como ya hemos dicho, grand número de Galileos á celebrar la Pascua en Jerusalem. Allí habian sido testigos de los muchos y grandes milagros que habia hecho el Señor en presencia del pueblo durante la solemnidad; y como era tenido por Galileo, la gloria que se merecia por la

santidad de su vida y de su doctrina, y por su milagroso poder, la miraban los Galileos como gloria de su patria. Marchaba el Señor á este pais con el consuelo de la buena disposicion de sus habitantes, y á poco de haber entrado en él, tuvo la ocasion de conceder un favor que en pocos momentos ganó para el Evangelio una familia entera.

Llega á Caná y sana al hijo de un régulo que estaba espirando en Cafarnaun.

Llegó á Caná (donde habia convertido el agua en vino) en ocasion que habia en Cafarnaun un régulo ó señor, cuyo hijo estaba enfermo de mucho peligro. Como supiese este padre afligido que Jesucristo habia entrado en Caná, corrió allá, y le rogaba llorando que bajase á Cafarnaun y sanase á su hijo, porque se estaba muriendo. Segun parece, no se sabia que Jesucristo obraba los milagros desde léjos lo mismo que desde cerca; que su presencia no era necesaria para hacerlos, y que bastaba su querer para esto. A lo menos el régulo no lo sabia, y por eso instaba con tanto empeño que bajase á Cafarnaun y curase allí á su hijo. Vosotros, le dijo Jesucristo, no creéis si no veis milagros y prodigios. Bajad, Señor, dijo el régulo afligido en extremo. Venid antes que se muera mi hijo. Anda, le dijo el Señor, tu hijo vive. Creyó el régulo sin dudar lo que dijo el Señor, y rebotando alegría, tomó la vuelta para su casa. Cuando se acercaba, sus criados le salieron al encuentro gritando: Tu hijo vive (y está sano). El contento de este tierno padre fué cual habia sido su pena. Todo lo queria saber, todo lo preguntaba, todo le parecia poco para regocijarse en la salud de su hijo. ¿Y á qué hora, les preguntó entre otras mil cosas, y á qué hora descansó mi hijo, á qué hora le dejó la calentura? Ayer, le dijeron, á la una del dia; y conoció entonces que era aquella puntualmente

la hora en que la habia dicho Jesucristo: Tu hijo vive. No es de admirar que habiendo sabido esto el padre y habiéndolo referido á su hijo, criados y familia, creyesen todos en el Médico milagroso. En efecto, todos reconocieron á Jesucristo, no solo como un gran profeta, sino como el verdadero Mesías enviado por Dios para salud de los hombres.

Sana á un endemoniado.

El primer sábado en que concurrió Jesucristo á la sinagoga de Cafarnaun, despues de esta milagrosa curativa, halló en ella un hombre poseido del espíritu inmundo, pues en todos tiempos ha procurado este espíritu infernal dañar á los hombres. Y parece que en el de Jesucristo tuvo un poder mas cumplido de Dios para ofrecer materia mas abundante á las victorias de su santísimo Hijo. Estaba el Señor hablando al pueblo con aquella autoridad y dulzura que arrebatava la atencion de los oyentes, cuando prorumpió de repente el espíritu infernal por boca del poseido, diciendo con una voz espantosa: Déjanos, Jesus Nazareno. ¿Qué tienes tú con nosotros? ¿Has venido á perdernos? Sé quien tú eres. Eres el Santo de Dios.

Esto no lo decia el espíritu infernal, escribe san Gregorio, porque tuviese un conocimiento claro de la divinidad de Jesucristo, sino porque tenia una gran sospecha. Entonces Jesucristo le reprendió y amenazó, diciendo: Enmudece y sal de ese hombre; y el espíritu inmundo, dando horribles alaridos, salió del hombre, maltratándole reciamente y arrojándole en medio del concurso. Se temió que le hubiese quitado la vida; pero solo alcanzó á manifestar su rabia y poco poder contribuyendo con esto á la confusion del infierno y gloria de Jesucristo; porque el hombre poseido se halló sin lesion alguna, y tan sano, como libre del demonio. El milagro era tal y

tan público, que nadie podia dudar de él; y por otra parte Jesucristo le habia hecho con semblante tan sosegado y tranquilo, y se habia portado de un modo tan seguro del buen suceso, que esto mismo parecia tan milagroso como el milagro mismo. Sin alteracion despues del prodigio, como sin inquietud antes de él y en él mismo, llenó á todos de una admiracion que crecia en todos, al paso que Jesucristo ninguna mostraba. En fin, se advirtió en el Señor *un no sé qué* de grande y majestuoso, que no dejaba duda que obraba en virtud de un poder propio de su mision y de la dignidad de su divina persona.

Cuando vieron los Galileos, que los milagros acompañaban á los discursos, que el Doctor que enseñaba era tan poderoso en las palabras como en las obras, y que no le costaba mas hacerse obedecer del infierno que enseñar el camino del cielo, quedaron poseidos de un asombroso y saludable temor. ¿Qué es esto? se decian los unos á los otros. ¿Qué nueva doctrina es esta? ¿Cuál es el poder del Maestro que la enseña, que hasta á los espíritus inmundos manda, y estos le obedecen?

Sana á la suegra de san Pedro.

La fama de la curacion del endemoniado, y la admiracion que habia causado su prodigioso Médico, se extendió luego por toda la ciudad de Cafarnaun, y el Salvador se habria visto rodeado de una multitud de afligidos, si la circunstancia de ser sábado no les hubiera detenido. Jesucristo se valió de esta inaccion para retirarse con sus discipulos Pedro, Andrés, Santiago y Juan á la casa de Pedro sin ser detenido. Se hallaba en cama la suegra de este, padeciendó recias calenturas. Todos pidieron á Jesucristo por ella, y el Señor, siempre compasivo y misericordioso, se acercó á la cama de la enferma, mandó á la calentura que la dejase, y al mo-

mento la dejó y se halló repentinamente curada, y tan perfectamente sana, que levantándose de la cama, tuvo el consuelo de servir la comida á Jesucristo y á sus cuatro discipulos.

Pocas horas despues de esta curativa milagrosa, que acaso no fué tan conocida como la del endemoniado, porque no fué tan pública, se puso el sol, y cesó la observancia del sábado, que se guardaba de una á otra tarde. Con impaciencia se esperaba este instante, y luego se pusieron en movimiento las familias que tenían enfermos, endemoniados, ó afligidos de cualquiera dolencia ó enfermedad, y corrieron á ponerlos á los piés de Jesucristo. Era el número tan grande, que toda la ciudad se habia conmovido, dice el santo Evangelista, pero teniendo, como tenia Jesucristo, poder y deseo de hacer bien, no le era importuna la multitud de los suplicantes.

Sigue sanando á toda clase de enfermos.

Jesucristo iba poniendo sus divinas manos sobre cada uno de ellos y todos quedaban curados. Mandaba á los demonios que dejaran los cuerpos que poseian, y ninguno se atrevió á resistirse. Su contacto y sus palabras eran igualmente eficaces. Los enfermos curados le bendecian, y los demonios arrojados de los cuerpos, gritaban al salir: Tú eres el Hijo de Dios. Recibia Jesucristo con agradecimiento el testimonio que le daban los hombres; pero imponia silencio á los demonios y no les permitia que dijesen como cierto, lo que solo sabian como dudoso. Siguió Jesucristo empleado en una ocupacion tan conforme á las inclinaciones de su misericordiosísimo corazon, hasta que muy entrade la noche se retiró la multitud ya socorrida para dejarle tomar algun reposo; mas la libertad que le dejaron los hombres la empleó el Señor por la mayor parte en vacar á la oracion, ó por decirlo mejor, en hacer de la oracion su descanso.

Se levantó muy temprano, y se dirigió á un lugar solitario, y allí continuó su oracion. Entretanto la multitud volvió á reunirse á la puerta de la casa de Pedro, y pedia con instancia volverle á ver. Mas cuando supieron que Jesucristo no estaba en la casa de Pedro, se derramaron por todas partes buscándole; y los cuatro discípulos que le encontraron los primeros, mirad, Señor, le decían, que todos os buscan; y les dijo el Señor: Irémos á las ciudades y aldeas para predicar tambien en ellas, pues para eso he sido enviado. Poco despues llegaron las tropas que le buscaban, y le detenian para que no les dejase, y el Señor volvió á decir lo que habia dicho á sus apóstoles: Conviene que yo evangelice en otras ciudades el reino de Dios, pues para eso he sido enviado. Consolóse la multitud con la esperanza de poder ver, oír y acudir al Señor en otras ciudades, aldeas ó pueblos, y se volvió satisfecha á Cafarnaun. El Señor siguió su intencion y predicaba en las sinagogas y en toda la Galilea. Instruía á los ignorantes, curaba á los enfermos, y arrojaba á los demonios de los cuerpos.

Debió ser muy abundante la cosecha de este viaje de Jesucristo en milagros y conversiones, pero nada en particular nos dicen los Evangelistas. Tampoco nos dicen el tiempo que duró esta predicacion por aquellos países y solo sabemos, que luego que el Señor volvió á acercarse á Cafarnaun, y se divulgó la noticia de su vuelta, corrian de todas partes á verle, oírle y suplicarle el remedio de todos los males. Antes de entrar en la ciudad se halló ya rodeado de la multitud, y viendo que no podia ser oído, subió con sus discípulos á un monte que estaba contiguo á ella, y sentado en su cima, predicó un sermon al que los cristianos debemos citar á todos los enemigos de nuestra santa religion, pues él solo es la prueba mas admirable de su santidad y su mas bella apología. Fué él sermon de las ocho Bienaventuranzas, y un legislador que da tales leyes, no puede dejar de ser un legislador divino.

Bienaventuranzas.

Desde luego, y sin género alguno de preámbulo, presentó el Señor un retrato de la verdadera felicidad, que debió sorprender á las personas mas ajustadas, y al que nosotros los cristianos, á pesar de la profesion que hacemos de imitarle, apenas podemos acomodarnos.

Primera.

Bienaventurados, dijo el divino Maestro, bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Pobres de espíritu son los que aman la pobreza, siendo ricos, y los que la aman, siendo pobres.

Segunda.

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Los humildes, porque poseerán la tierra de los vivientes, que es el cielo.

Tercera.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Los que lloran sus pecados con espíritu de verdadera penitencia.

Cuarta.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos. Los que tienen hambre y sed de hacer, y de que se haga lo que es justo.

Quinta.

Bienaventurados de los misericordiosos, porque ellos

alcanzarán misericordia. Los que usan misericordia con los necesitados, afligidos y desamparados.

Sexta.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios. Los que tienen un corazón, puro y libre de pecados.

Sétima.

Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios. Los que conservan la paz en sí mismos y la procuran en otros.

Octava.

Bienaventurados, concluyó el divino Maestro, *Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.* Los que padecen persecucion por hacer lo que es justo y por no permitir lo que es injusto. Los que sufren calumnias, ultrajes, prisiones, tormentos y hasta la muerte por no faltar á la fe y al cumplimiento de la ley. Los que son despreciados por no dejar la virtud ni manchar la santidad.

Esto es lo que hace verdaderamente dichosos, no solo para la vida eterna, sino tambien para la temporal. La privacion de las conveniencias y comodidades, un sacrificio continuo de sí mismo por la paz y la caridad, la afliccion y las lágrimas de verdadera penitencia, el alivio y consuelo de los desdichados y menesterosos, la inocencia del corazón, la negacion á los placeres de los sentidos, las persecuciones y los trabajos tolerados por obrar la justicia... tales son las diversas virtudes, de cuya reunion viene á resultar la felicidad verdadera, esto es, la felicidad temporal y eterna.

En ellas consiste la felicidad verdadera.

Era necesaria una religion divina para hacer bienaventurados á los hombres por este género de vida ; pero contando con esta, cesan todas las dificultades ; y por mas que discurra el mundo, y por mas que aseguren sus ciegos adoradores, que esta vida es imposible, la experiencia junta con la fe nos muestran, no solamente que que es posible, sino que no hay hombres verdaderamente contentos, ni sólidamente felices, sino en esta vida de virtudes ; en esta vida que señala y enseña la divina religion ; por mas que parezca estar sembrada de abrojos y espinas, y por mas que se vea abandonada de todos los que buscan su felicidad en el cumplimiento de sus pasiones, y solo seguida de un corto número, que buscan entrar por la puerta estrecha en el reino de los cielos. Así es, que entre los verdaderos discípulos de Jesucristo, no vemos verdaderos infelices, y es porque la desdicha de la vida no es obra de los trabajos, que nosotros nos tomamos por virtud, ó que nos envía Dios por prueba, sino fruto amargo de las pasiones que nos dominan.

Jesucristo da instrucciones á los ministros y predicadores del Evangelio.

Conviene notar aquí, que como la última de las Bienaventuranças, que consiste principalmente en las persecuciones sufridas por la fe, miraba particularmente á los ministros y predicadores del Evangelio, Jesucristo les hace una particular aplicacion de ella, diciendo : Bienaventurados seréis (discípulos míos) cuando os aborrecieren los hombres, os separaren de sí, os ultrajaren, y mintiendo, dijeren todo mal contra vosotros y despreciaren vuestro nombre, como malo, por causa del Hijo del hombre. Alegraos en aquel día y saltad de gozo, porque

vuestro premio es grande en el cielo; pero cuidad de cumplir vuestro ministerio, porque vosotros sois la sal de la tierra, y si la sal se disipase ¿con qué será ella salada? Para nada vale despues, sino para ser arrojada á la calle y pisada por los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. No puede ser escondida la ciudad que está puesta sobre un monte; y nadie enciende una vela y la pone bajo del celemin, sino sobre un candelero para que alumbré á todos los que estan en la casa. Así ha de brillar vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos.

Las da tambien á todos los fieles.

No penseis que he venido á derogar la ley ó los profetas. No he venido á derogarlos, sino á darles cumplimiento; porque os aseguro, que hasta que pase el cielo y la tierra, no pasará ni una tilde de la ley, sin que todo sea cumplido. El que quebrantare el mas pequeño de mis Mandamientos (por desprecio) y le enseñare así á los hombres, pequeño será llamado en el reino de los cielos (excluido será de él, dice san Augustin): mas el que enseñare y guardare mis Mandamientos, este será llamado grande en el reino de los cielos. Aun os digo mas, y es, que si vuestra justicia no fuere mas cumplida que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. La justicia de los escribas y fariseos consistia en no cometer pecados exteriores, particularmente si les deshonoraban; mas la justicia de los que han de entrar en el reino de los cielos, se ha de extender á no cometer pecados interiores, como son los de pensamiento y deseo. Oísteis que se dijo á los antiguos: no matarás; y que aquel que matare, será reo del juicio; pues yo os digo: que todo aquel que se irritare con su hermano (su prójimo) será reo del juicio, y quien llamare á su hermano *Raca* (desjuiciado) será reo del concilio. Este concilio era

el tribunal que los Judíos llamaban sanedrin y constaba de setenta y dos jueces. El juicio era un tribunal subalterno, que se componia de tres jueces, y de este se podia apelar al concilio. Quien llamare, continuó Jesucristo, quien llamare á su hermano *Fátuo* (tonto, necio, impio) será reo de la gehena del fuego. La gehena era un valle hondo, cercano á Jerusalem, donde algunos Israelitas crueles y desapiadados quemaban sus hijos en sacrificio al ídolo de Moloc, y de aquí viene el aplicarse á este nombre gehena el lugar y fuego del infierno.

Habla de la reconciliacion, del deseo impuro, del adulterio, del repudio y del divorcio.

Si, pues, presentando tu ofrenda al altar, continuó el Señor, te acordares allí que tu hermano tiene contra ti alguna cosa (alguna queja justa y grave), deja tu ofrenda al pié del altar y anda á reconciliarte primero con él, y entonces ven á presentar tu ofrenda (porque primero es la ofrenda del corazon, que la de la victima). Confirmó Jesucristo esta doctrina, diciendo: Acomólate, pues, con tu contrario, mientras que estás en el camino, no sea que tu contrario te ponga ante el juez, y el juez te entregue al ministro y seas echado en la cárcel; porque en verdad te digo, que no saldrás de allí hasta que pagues el último maravedí. Oísteis que se dijo á los antiguos: no adulterarás. Pues yo os digo, que todo aquel que pusiere los ojos en una mujer para desearla, ya cometió adulterio en su corazon.

Aquí vuelve Jesucristo á condenar los malos deseos, y como la virtud de la pureza es tan delicada y necesaria para entrar en el cielo, puesto que nada manchado ha de entrar en él, Jesucristo en seguida exhorta á que se pierda todo antes que perderla. Si tu ojo derecho te escandaliza (te hace pecar por mirar, como queda dicho, á una mujer para desearla), arráncatele y arrójale de ti;

porque mejor te es entrar en la vida eterna con un solo ojo, que teniendo dos ojos ser arrojado en el fuego eterno : y si tu mano derecha te escandaliza (te hace pecar) córtala y arrójala de ti; porque te conviene perder uno de tus miembros antes que todo tu cuerpo vaya al fuego del infierno. Debemos, pues, perder todas las cosas antes que perder nuestra alma, y esto es en suma lo que nos enseña aquí Jesucristo. También se dijo, continuó el Señor : cualquiera que repudiare á su mujer, déla libelo de repudio; mas yo os digo, que todo el que repudiare á su mujer, excepto por causa de infidelidad, la hace ser adúltera, y el que tomare la repudiada, comete adulterio.

Cuando las mujeres eran infieles, ó se hacian deformes ó aborrecibles, la ley toleraba que se las repudiase, dándolas libelo de repudio, y entonces la mujer repudiada podia pasar á casarse con otro, quedando el marido en libertad de hacer lo mismo; pero Jesucristo revoca la tolerancia del repudio, le prohíbe absolutamente, restituye el lazo matrimonial á su fuerza y vigor y declara que el matrimonio es absolutamente indisoluble. También prohíbe el divorcio á no ser por causa de infidelidad, y en ningun caso permite á los divorciados contraer otro matrimonio mientras viva uno de ellos.

Habla del juramento.

Mas de una vez habeis oido, continuó Jesucristo, que se dijo á los antiguos : no perjurarás, mas cumplirás al Señor tus juramentos (tus votos jurados); pero yo os digo que de ningun modo juréis; ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es la peana de sus piés; ni por Jerusalem, porque es la ciudad del gran Rey; ni por vuestra cabeza, porque no podeis hacer un cabello blanco ú negro. Sea, pues, vuestra palabra, sí, sí, no, no; porque lo que pasa de ahí, de malo pro-

cede, esto es, ó de la desconfianza de los que sin derecho piden juramento, ó de la mala fe de los que le dan, ó del malo que es el diablo, que procura hacer perjuros y ultrajar de este modo el santo Nombre de Dios. Bueno y santo es jurar; es un acto de religion, porque en el juramento se confiesa la sabiduria infinita de Dios, á quien no puede engañar el que jura, y por eso los hombres recurren á Dios, poniéndole por testigo de que es verdad lo que se dice ó promete. Mas es necesario que el juramento, para que no sea un delito, y si un acto bueno y de religion, tenga tres condiciones : que sea verdadero, justo y necesario. Cuando se jura con estas tres condiciones, se verifica aquel dicho tan comun, como verdadero : *Quien bien jura, á Dios alaba*. Sin embargo, como el juramento está tan cerca del perjurio, conviene escasearle lo mas posible, y así dijo aquí Jesucristo, que de ningun modo jurásemos (no siendo preciso).

De los preceptos.

Por muy necesarias que fuesen las doctrinas que Jesucristo acababa de enseñar, con todo eso, hasta aqui no habia hecho sino corregir abusos groseros y abolir tolerancias antiguas. No ofender al prójimo y darle satisfaccion, cuando se le ha ofendido; huir el adulterio y evitar todas las ocasiones de cometerle; vivir prevenido contra toda especie de tentaciones privándose de las cosas mas amadas para no caer en ellas; no separarse el casado de su mujer, sino en el caso de infidelidad legítimamente probada, y quedando ambos incapaces de otro matrimonio mientras vivan los dos consortes; no jurar sin verdad, sin justicia y sin necesidad... todos estos eran preceptos mandados en la ley de Dios. El único que la ley de Moises habia permitido dejar de cumplir en algunos casos sobre la indisolubilidad del matrimonio, merecia bien, por su importancia, volver á todo su

vigor y fuerza en la ley evangélica, fundada sobre la mas exquisita pureza, y á él lo volvió el nuevo Legislador Jesucristo.

De los consejos.

De las leyes pasa el Salvador á los consejos. Generalmente hablando, ninguno de estos obliga al cristiano en particular, pero son una parte esencial del Evangelio y deben observarse por un número de fieles y conservarse su práctica en la Iglesia. No son preceptos evangélicos, pero contienen la perfeccion del Evangelio. Ningun precepto pone la ley sobre los consejos, porque entonces dejarían de ser consejos, pero en ciertas circunstancias los consejos pasan á ser preceptos. Por eso el Padre Astete en su admirable *Catecismo de la Doctrina cristiana*, hablando de las obras de misericordia, pregunta : *¿Cuándo obligan de precepto?* y responde : *En necesidades que á juicio de hombres discretos sean graves.*

Habéis oído, continuó Jesucristo hablando de los consejos, habéis oído que se ha dicho : ojo por ojo, y diente por diente; mas yo te digo (alma fiel) que no resistas al mal (que se te quiere hacer); antes por el contrario, si alguno te diere una bofetada en la mejilla derecha, preséntale tambien la izquierda, y á aquel que quiere ponerte pleito y tomarte la túnica, déjale tambien la capa; y si alguno te obligare á ir cargado mil pasos, vé con él otros dos (mil). Da al que te pidiere, y al que de ti quiera prestado, no le vuelvas la espalda.

Del amor á los enemigos.

Aun no habia tocado Jesucristo un punto muy esencial por lo que miraba al prójimo. Los escribas y fariseos no solo habian oscurecido en esta materia el consejo,

sino desfigurado lastimosamente el precepto; y era necesario restablecer y volver á toda su fuerza el precepto y poner en claridad el consejo. Oísteis, añadió el Señor, que se dijo : Amará á tu prójimo, y aborrecerás á tu enemigo; mas yo os digo : Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian, para que seais (verdaderos) hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace que nazca su sol sobre buenos y malos, y que (lluevan sus nubes) sobre justos é injustos; porque si amais á los que os aman, ¿qué recompensa esperais? ¿Por ventura no hacen tambien esto los publicanos? Y si saludais solamente á vuestros hermanos, ¿haréis algo de mas? ¿Acaso no hacen tambien esto los paganos? Sed, pues, vosotros perfectos como lo es vuestro Padre celestial.

Los Israelitas debian tratarse entre sí como hermanos y amigos, pero ningun trato de religion debian tener con los idólatras sus enemigos. Les estaba mandado que aborreciesen siempre sus idolatrias y abominaciones, pero nunca sus personas, porque esto seria obrar contra la ley natural. La ley de Moises no permitia este aborrecimiento á las personas de los enemigos; pero no mandaba amarlas. Esto quedaba para el nuevo Legislador Jesucristo, que con su autoridad soberana venia á corregir y perfeccionar la ley de Moises. Amar á nuestros enemigos, rogar por ellos, hacerles bien... esto es propio de la ley evangélica, que es toda de amor. Despues que el Hijo de Dios se hizo hombre por amor á los hombres, y para redimirles á costa de su sangre y su vida, los hombres deben amarse mutuamente, no solo como criaturas de un mismo Criador, sino tambien como redimidos por un mismo Redentor, como miembros de un mismo cuerpo, cuya cabeza es Jesucristo, y como hermanos, cuyo primogénito es el Hijo de Dios. Es verdad que amar á los enemigos es harto difícil, pero lo ordenó asi nuestro amante Jesus y dió El primero su ejemplo.

De la limosna y oracion.

Despues de haber enseñado Jesucristo una doctrina tan santa y de tan alta virtud, pasa á prevenir, que se cuida mucho de que la vanidad no inutilice los frutos de la virtud y de la santidad. *Cuidad*, les dijo, de no hacer vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; pues si lo hiciéreis así, no tendréis premio de vuestro Padre, que está en los cielos. Cuando haces limosna, no quieras que se toque la trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en los barrios para ser honrados de los hombres; porque os aseguro que estos recibieron ya su premio. Mas tú cuando haces limosna (procura que) no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha, para que tu limosna sea en escondido, y tu Padre (celestial) que ve en lo escondido, te dará el premio. Cuando oráreis, no seréis como los hipócritas que desean orar de pié en las sinagogas y en los ángulos de las plazas para que los vean los hombres. Os aseguro que estos recibieron ya su premio. Mas tú, cuando orares, entra en tu aposento, y, cerrada la puerta, ora á tu Padre en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará. Cuando oráreis, no queráis hablar mucho como los gentiles, que piensan que hablando mucho, serán oídos. No queráis asemejaros á ellos, porque vuestro Padre sabe lo que habeis menester antes que se lo pidais. De ordinario, dice san Agustin, mas bien se ha de hacer la oracion con gemidos, que con razonamientos; mas bien con llantos, que con palabras.

Como la oracion puede hacerse en público y comun, y en secreto y particular, Jesucristo en este lugar se limitó á dar sus divinas instrucciones acerca de la oracion secreta y particular; mas no se crea que Jesucristo reprueba la oracion pública y comun, al contrario, la recomienda en otro lugar con las palabras mas eficaces.

Si dos de vosotros, dice, se convinieron sobre la tierra, de toda cosa que pidieren, les será concedida por mi Padre, que está en los cielos; porque donde estan dos ó tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos. ¿Qué mejor recomendacion puede darse de la oracion comun que estar Jesucristo en medio de los que así oran?

Del modo de orar.

Como Jesucristo no les había hablado del modo de orar, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos á orar; y entonces el Señor, lleno de bondad, les enseñó la oracion que llamamos *Padre nuestro*, porque principia con las palabras: *Padre nuestro*. Esa divina oracion, que toda salió de la boca de Jesucristo; esa oracion que se repito continuamente, ya por la Iglesia, y ya por sus hijos; esa oracion tan fecunda que, como dice san Agustin, encierra en pocas palabras todo lo que se puede pedir á Dios para adquirir los bienes, para evitar los males, y para conseguir el perdon de los pecados y la vida eterna: esa oracion, en fin, que encierra un tesoro de gracias, y cuya explicacion pedia un dilatado comentario, que no pertenece á este compendio y que puede verse en el *Catecismo* del Padre Ástete explicado; esa es la oracion que nos dijo Jesucristo para enseñarnos á orar.

Del ayuno.

Quando Jesucristo hubo concluido esta divina oracion, pasó á tratar del ayuno, como virtud que rara vez debe estar separada de la oracion. Buena es la oracion con el ayuno, había dicho en otro tiempo el ángel san Rafael á Tobías, y mejor es dar limosna que guardar tesoros de oro. Jesucristo, suponiendo á sus oyentes instruidos en estas verdades, entró desde luego á explicar

como debian hacer el ayuno para merecer que su eterno Padre se le premiase. Cuando ayunais, les dijo, no querais poner os tristes, como los hipócritas, que desfigurán sus rostros para manifestar á los hombres que ayunan : os aseguro que estos recibieron ya su premio. Mas tú cuando ayunas, unge tu cabeza y lava tu cara, para que no sepan los hombres que ayunas, sino solamente tu Padre que está en lo secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te dará el premio. No querais atesorar para vosotros tesoros en la tierra, donde el herrumbre y la polilla los consumen, y donde los ladrones los desentieran y roban. Atesorad para vosotros en el cielo; donde no los consumen ni el herrumbre, ni la polilla, y de donde los ladrones no los sacan ni roban. Considera que donde está tu tesoro, allí está tambien tu corazon.

Un corazon apegado á las cosas de la tierra, dice san Juan Crisóstomo, es incapaz de entender en las cosas del cielo. Un tal corazon está sordo á las voces del Señor que le dice : que son bienaventurados los pobres de corazon. No se entiende aquí por tesoro solamente el dinero, sino todas las cosas terrenas que dominan el corazon.

De la comida y vestido.

Es tu ojo, continua Jesucristo, la lámpara de tu cuerpo. Si tu ojo fuere claro, todo tu cuerpo será luminoso; mas si tu ojo fuere oscuro, todo tu cuerpo será tenebroso. Mira, pues, que la luz que hay en ti, no se convierta en tinieblas. Si tu ojo se deja cegar de las tinieblas, esto es, de los intereses de la tierra, ¿ cómo podrá ver los del cielo? Ninguno puede servir á dos señores (particularmente si son opuestos) porque ó amará al uno, y aborrecerá al otro; ó sostendrá al uno, y despreciará al otro. No podeis, pues, servir á Dios y á la riqueza. No os inquieteis sobre la comida para vuestra alma, ni sobre el vestido para vuestro cuerpo. ¿ Por ventura no es mas el

alma que la comida, y el cuerpo que el vestido? Mirad las aves del cielo que ni siembran, ni siegan, ni juntan (granos) en trojes, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿ Pues no sois vosotros mucho mas que ellas? No debeis, pues, inquietaros; porque ¿ quién de vosotros (por mas que discorra) puede añadir un codo á su estatura?

Y acerca del vestido ¿ porqué andais tan solícitos? Considerad los lirios (y demás flores) del campo, que no trabajan ni hilan; y sin embargo ni Salomon en toda su gloria se vistió (con tanta gala) como una de estas. Si Dios viste así á las plantas, que hoy son y mañana se arrojan al fuego, ¿ cuánto mas lo hará con vosotros, hombres de poca fe? No os aflijais, pues, diciendo ¿ qué comerémos, ó qué beberémos, ó con qué nos cubriremos? porque los gentiles son los que se afanan por estas cosas. Mas por lo que toca á vosotros, sabe vuestro Padre (celestial) que teneis necesidad de todas ellas. Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura. No andeis, pues, cuidadosos por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su cuidado. Basta á cada día su afan.

Del juicio temerario y del porte con los prójimos.

Prosigue Jesucristo su doctrina, condenando los juicios temerarios, encargando el cuidado de no dar á los perros las cosas santas, y exhortando á la oracion, y á hacer con nuestro prójimo lo que queremos que se haga con nosotros. Dice que es estrecha la puerta por donde se entra en el cielo, y que son pocos los que entran por ella. Enseña cómo se han de distinguir los falsos profetas de los verdaderos, y los árboles buenos de los malos, y concluye su diviuo sermón del monte, comparando al hombre que escucha su doctrina, al que edifica su casa sobre una peña. No querais juzgar, dice, para no ser juzgados; pues con el juicio que juzgáreis, seréis

juzgados; y con la medida que midiéreis, seréis medidos. ¿Porqué, pues, ves la paja en el ojo de tu hermano, y no ves la viga en el tuyo? ¿Ó con qué cara dices á tu hermano: Deja, sacaré esa pajilla de tu ojo, teniendo una viga en el tuyo? ¡Hipócrita! Saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás á sacar la mota del ojo de tu hermano.

No deis lo santo (la santa doctrina) á los perros (á los impíos que la desprecian) *ni echeis vuestras margaritas* (los santos misterios) delante de los puercos (de los voluptuosos) no sea que las huellen con sus piés, y volviéndose contra vosotros, os despedacen (porque turbais sus placeres). Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá; porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abre. ¿Y quién de vosotros es el hombre que si su hijo le pidiera pan le dará una piedra? Y si le pidiera un pez ¿por ventura le dará una serpiente? Que, si vosotros, siendo malos, sabéis dar á vuestros hijos de los bienes que os han sido dados (porque todo lo da Dios), ¿cuánto mas vuestro Padre, que está en los cielos, dará bienes á los que se los piden? Así, pues, todo lo que queráis que hagan con vosotros los hombres, hacedlo tambien vosotros con ellos, porque esto es la ley y los profetas (esto es todo lo que manda la ley y los profetas en órden á la caridad con los prójimos).

Es estrecha la puerta del cielo y entran pocos por ella.

Entrad por la puerta angosta, porque ancha es la puerta y espaciosa la carretera que lleva á la perdicion, y son muchos los que van por ella, porque es sin cuenta el número de los necios, dice el Eclesiástico. ¡Oh, qué angosta es la puerta y qué estrecho el camino que lleva á la vida, y qué pocos son los que le encuentran! Guardaos de los falsos profetas (de los herejes y los hi-

pócritas, segun san Augustín y san Juan Crisóstomo), que vienen á vosotros con vestidos de ovejas, y dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Por ventura se eogen uvas de los espinos, ó higos de los abrojos? Todo árbol bueno lleva buenos frutos; y el malo, malos frutos; porque no puede ser que el árbol bueno lleve malos frutos; ni el malo, buenos frutos. Así, pues, por sus frutos los conoceréis. Mas todo árbol que no lleve buen fruto, será cortado y arrojado en el fuego.

No todo el que dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; pero el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese entrará en el reino de los cielos. El reino de los cielos no es precio; dice san Hilario, de solas palabras. El Señor no dejará de ser Señor de todo el universo porque nosotros no digamos que lo es. Para entrar en el cielo es indispensable cumplir la voluntad del Señor, guardando sus Mandamientos. Muchos me dirán en aquel dia (de la cuenta), Señor, Señor, ¿pues qué no profetizamos en vuestro nombre, arrojamos los demonios en vuestro nombre, é hicimos muchos prodigios en vuestro nombre? Y entonces yo les diré: Apartaos de mí, los que obráis la maldad; porque yo nunca os conocí. Todo aquel, pues, que oye mis palabras y las cumple, será comparado á un varon sábio que edificó su casa sobre una peña. Cayó la lluvia, crecieron los rios, soplaron los vientos, dieron impetuosamente contra aquella casa y no cayó; porque estaba fundada sobre una peña. Mas todo aquel que oye estas mis palabras y no las cumple, será semejante á un hombre necio que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, crecieron los rios, soplaron los vientos, dieron impetuosamente contra aquella casa, y cayó y fué reducida á ruinas. Y sucedió que, cuando Jesucristo hubo acabado estos discursos, las gentes se maravillaban de su doctrina, porque era celestial, y porque la enseñaba no con autoridad y saber humano como los escribas y fariseos, sino con autoridad soberana y saber divino.

Cura á un leproso volviendo del monte á Cafarnaun.

Luego que Jesucristo acabó de hablar, la multitud que le había oído, llena de admiración y con una especie de éxtasis, no pensó sino en seguirle á todas partes. Jesucristo se dirigió desde aquel monte, tan célebre por este divino sermón, á su morada de Cafarnaun; pero cuando bajaba rodeado de la multitud, le salió al encuentro un leproso, y arrodillado á sus piés, le adoraba diciendo: Señor, si quereis, podeis limpiarme; y Jesucristo compadecido de él, extendió su mano, y tocándole, dijo: Quiero; sé limpio. Dicho esto, desapareció la lepra y quedó limpio el leproso. Entonces le dijo Jesucristo: Mira que no lo digas á nadie, sino vé, muéstrate al sacerdote y presenta la ofrenda que mandó Moisés.

Publica el leproso su curacion.

El hombre curado salió luego de la presencia de Jesucristo para ir á presentarse al sacerdote; pero en vez de callar el milagro de su curacion, le iba publicando por todas partes. Sacado este infeliz repentinamente, por la virtud poderosa del Señor, de la profunda miseria en que se hallaba, no acertaba á callar, ni á dejar de publicar la inmensa bondad y poder del Señor que le había curado. Estaba tan fuera de sí cuando se vió libre de la lepra, que ó no entendió por entonces el encargo que le hizo Jesucristo, ó no se juzgó despues obligado á cumplirle. Acaso no llegó á persuadirse que un encargo que nacia de la suma humildad del Señor pudiese impedir la manifestacion de su reconocimiento. Pero sea la que fuere la causa que movió á este hombre á publicar el prodigio contra el encargo de su Bienhechor, lo que no tiene duda es, que su publicacion hizo tantos testigos del milagro, cuantos eran los hombres que encontraba y

que le habían conocido leproso y desterrado por su enfermedad á los contornos de la ciudad de Cafarnaun, mas ya que hemos hablado, y volverémos á hablar, de leprosos, conviene dar alguna idea de lo que era la lepra.

Noticia de lo que era la lepra.

La primera vez que nos hablan los Libros santos de la lepra es en el *Exodo*, cuando mandó el Señor á Moisés que metiese la mano en el seno y la sacó leprosa y blanca como la nieve. Venía á ser este mal una especie de erupcion, que afectaba principalmente á la piel, y se confundia con la sarna y otros males del cútis. Para distinguirla, dió el Señor á Moisés y Aaron muchas señales, y entre ellas la siguiente: el hombre, les dijo, en cuya piel y carne apareciese color diverso, ó postilla, ó alguna cosa como reluciente, ó mudados los pelos en color blanco, y lo que parece lepra está mas hundido que la piel y carne restante, llaga de lepra es, y será separado. Fué tan frecuente esta epidemia, particularmente en el pueblo de Israel, que ya al pié del monte Sinai dió el Señor á Moisés un reglamento para el gobierno de los leprosos. En él cometia á los sacerdotes la facultad de discernir á los leprosos de los que no lo eran, y de declarar la clase de lepra que padecian. Esta enfermedad se pegaba, no solo á las personas, sino tambien á los vestidos y las casas; y fueron tantos los leprosos que tuvieron, mientras caminaron por el desierto, que se vieron precisados á formar para ellos campamento separado del pueblo; y cuando llegaron á fijarse en la tierra prometida, en vez de campamento tuvieron que formar barrios enteros para los leprosos.

La lepra se conservaba en Israel cuando fueron los cruzados á la conquista de la Tierra Santa, y se pegó á muchos, y esta fué la causa de haber fabricado despues en Europa tantos lazaretos para los leprosos. Los Israelitas

se precavian contra esta peste tan molesta y tan contagiosa, separando los leprosos, quemando sus vestidos y descostrando las paredes de las casas tocadas de lepra; por eso los leprosos que curó Jesucristo se hallaban fuera de las poblaciones, viviendo en sus cercanías, y cuyas precauciones no les fueron ya necesarias.

Cura Jesucristo á un paralítico en Cafarnaun.

Jesucristo, despues de haber curado al leproso en las cercanias de Cafarnaun, entró en la ciudad, y estaba allí paralítico, atormentado reciamente y casi á las puertas de la muerte, el criado de un centurion, muy estimado de su amo; y como este oyese hablar de Jesus, envió unos ancianos de los Judíos, rogándole: que viniese y sanase á su criado. Los ancianos se presentaron á Jesus y le hacian grandes instancias para que fuese y le sanase. Su amo, le decian, merece que le hagais este favor, porque estima á nuestra nacion, y él nos ha hecho una sinagoga; y dijo el Señor: Yo iré y le curaré; é iba con ellos. Mas euando se acercaban á la casa del centurion, este le envió á decir por sus amigos: Señor, no querais molestaros, porque yo no soy digno de que entreis en mi casa, y por esto ni aun me he creido digno de salir á buscaros; pero mandadlo vos con una sola palabra y sanará mi criado. Pues yo soy un hombre puesto bajo de potestad y tengo soldados á mis órdenes, y digo á este: Vé y va; y al otro: Ven, y viene; y á mi criado: Haz esto, y lo hace; que fué lo mismo que decir: si yo, que estoy sujeto á otros, soy obedecido por los que estan á mis órdenes, ¿cuánto mas seréis vos obedecido de todas las criaturas siendo un Ser independiente, y Criador de todas ellas?

Cuando Jesucristo oyó esto, quedó maravillado, y vuelto hácia la multitud que le seguia, les dijo: Os aseguro que no he hallado tanta fe en Israel. Y que vendrán



muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; y los hijos del reino serán arrojados en las tinieblas exteriores, donde habrá el llanto y el crujir de dientes. Es muy frecuente en los santos Evangelios llamar á la Iglesia reino, y reino de los cielos. Aquí Jesucristo anuncia que los gentiles vendrán convertidos á la Iglesia y tendrán en ella su asiento, y que los Judíos, primeros llamados á este reino, serán excluidos de él y arrojados primero en las tinieblas exteriores de su incredulidad, y despues en las del infierno, donde no hay sino llanto y crujir de dientes. ¡Terrible amenaza, que debió haber estremecido á los Judíos incrédulos y hecho que abriesen los ojos, y que debe hacer que no se cierren los nuestros! Despues de haber predicho Jesucristo la suerte feliz que, por su fe, esperaba á los gentiles, y la infeliz que, por su incredulidad, vendria sobre los Judíos; se volvió al centurion y le dijo: Anda, y hágase como tú lo creiste, y fué sano el criado en aquella hora.

Sale de la ciudad, se embarca y predica desde la nave á las turbas.

Se presume que despues de este suceso fué cuando los cuatro discípulos, creyendo que el Señor se detendria algun tiempo en su ciudad de Cafarnaun, volvieron, no sin consentimiento de su divino Maestro, á los ejercicios ordinarios de la pesca; pero el tiempo que Jesucristo habia de vivir ya sobre la tierra era muy corto (cosa de un año) para dedicarlo al descanso; y por otra parte era tal el concurso á oír su doctrina y pedirle el remedio de sus males, que no habia momento en el dia que no se hallase rodeado de la multitud, y solo la noche le proporcionaba algun tiempo para la oracion y el descanso. Entonces se retiraba á la soledad, y volvía

muy de mañana á su ordinaria ocupacion de instruir á los ignorantes y curar los enfermos.

Un dia en que habiendo salido mas tarde de lo acostumbrado de su larga oracion, se hallaba junto al lago de Genesareth, fué rodeado de la multitud, que al ver la falta de su divina presencia en Cafarnaun, fué en su busca, y era tanta la gente que llegaba á oprimirle. Habia dos naves paradas á la orilla del lago, porque los pescadores, amos y criados, habian saltado á tierra y estaban lavando sus redes. Una de ellas era de Pedro, y la otra de los dos hermanos Juan y Santiago. Entró el Señor en la de Pedro, y le dijo que la apartase un poco de la tierra. La multitud se agolpó á la orilla del lago, y el Señor, sentándose en la navecilla, enseñaba desde ella como desde una cátedra la mas preciosa del mundo. Desde ella predicó á las turbas por largo tiempo, y cuando hubo concluido su sermon, dijo á Pedro: Dirige la nave mar adentro; y la separó de la ribera. La multitud, no esperando oír mas por entonces al Señor, se volvió, bendiciéndole.

Manda pescar á sus discipulos, y casi se rompe la red de Pedro con la multitud de los peces.

Cuando el Señor se halló ya en alta mar, dijo á Pedro y sus compañeros: Tended vuestras redes para pescar; y Pedro le dijo: Señor, trabajando toda la noche, nada hemos cogido; pero, pues vos lo mandáis, en vuestro nombre vamos á tender las redes. En efecto, echaron sus redes, y la de Pedro cogió una multitud tan grande de peces que la red se rompía. Entonces los de la nave de Pedro hicieron señas á los compañeros que estaban en la otra nave para que viniesen y los ayudasen, y habiendo venido, sacaron entre todos la red, con tanta pesca, que llenaron las dos naves tan colmadamente que casi se sumergian.

Se asombra Pedro y el Señor le hace pescador de hombres.

Un estupor inexplicable se apoderó de Pedro al ver la multitud de peces que habian cogido. Lo mismo sucedió á Juan y Santiago; pero como los afectos de Pedro siempre tuvieron alguna cosa de mas viveza, luego se arrojó á los piés de Jesucristo, diciendo: Apartaos, Señor, de mí, porque soy un hombre pecador. Pedro se juzgaba indigno de estar al lado de Jesús, al considerar su majestad, y al mismo tiempo no acertaba á separarse de Él por el tierno amor que le profesaba, y así no trató de separarse del Señor, sino que le suplicó que se apartase de él. Jesucristo, que estaba viendo lo que pasaba en el corazon de Pedro, le dijo con admirable dulzura: No temas, Simon, no te acobardes, pues ya desde ahora no serás pescador de peces, como lo es cualquiera de los hombres, sino que serás pescador de hombres, lo que no pueden ser sino los llamados de Dios.

Los discipulos dejan los barcos, y van con Jesucristo á Cafarnaun.

Entonces los discipulos echaron los barcos á tierra, despidieron sus criados, y dejándolo todo, siguieron al Señor para no dejarle ya mas. El Señor se volvió á Cafarnaun y con Él sus discipulos. Despues de haber reposado algunos dias, volvió á salir con ellos de la ciudad una tarde; mas á pesar de la hora, la multitud se reunió, le siguió y fué con Él hasta la ribera del lago de Genesareth.

Un escriba quiere seguir á Jesucristo, pero no se atreve á seguir su vida.

Mientras caminaban, un escriba ó doctor de la ley se acercó al Señor y le dijo : Maestro , te seguiré adonde quiera que fueres; y le dijo el Señor : Las zorras tienen cuevas, y nidos las aves del cielo ; mas el Hijo del hombre no tiene donde reclinarse su cabeza ; que fué decirle : yo no quiero que os halleis sorprendido. Sabed primero la vida que yo hago y la que debeis hacer para ser mi discípulo. Yo no tengo casa en que vivir, ni cama en que dormir, ni almohada en que reclinarse mi cabeza. Yo por donde quiera que voy soy un huésped. Ve aquí lo que yo soy sobre la tierra, y lo que deben ser los que quieran seguirme, como especiales discípulos. La condición pareció muy pesada al escriba, y sin contestar se retiró del Señor. Pero si este doctor, no atreviéndose á seguir á Jesucristo como apóstol, le siguió como buen discípulo conservando su fe y predicando su Evangelio, él no hizo otra cosa sino lo que deben hacer los que, enamorados de la belleza de una vida perfecta y queriendo seguirla, vienen á conocer que el estado en que ponían los ojos era superior á sus fuerzas y á los fervores de la gracia que en sí experimentaban.

Llama Jesucristo á otro de la multitud y no permite ir á enterrar á su padre.

Retirado este pretendiente, del apóstolado por flaco para sostener su peso, y si bueno para animar á los que habian de llevarle, llamó el Señor á otro de la multitud que le acompañaba, y le dijo : Sígueme; y este le respondió : Con mucho gusto, Señor, pero permitidme ir á enterrar á mi padre; y le dijo Jesús : Deja que los muertos entierren á sus muertos, mas tú vé y anuncia el reino

de Dios; que fué decirle, segun san Agustin y san Jerónimo, deja á los infieles que estan verdaderamente muertos delante de Dios, que entierren á sus muertos; mas tú ven y anuncia el reino de los cielos. ¡ Cosa admirable! Jesucristo no admite al escriba que se ofrece á seguirle, y detiene en su compañía á otro que quiere retirarse. De la misericordia de Dios, que elige á los que quiere, depende la dicha eterna del hombre : ¡ cuánto debemos pedirselo !!!

Otro quiere seguirle si le permite ir á disponer de sus bienes, y no le recibe.

Después de admitido este en el número de sus apóstoles : vino otro diciendo : Yo, Señor, os seguiré; mas permitidme que vaya primero á renunciar lo que tengo en mi casa; y le dijo el Señor : Ninguno que pone su mano en el arado y mira hácia atrás, es apto para el reino de Dios. Era decirle, que si el hombre que pone la mano en el arado y va mirando hácia atrás no es á propósito para labrar la tierra, menos lo será para predicar el Evangelio el que vuelve los ojos atrás para mirar á los bienes que ha dejado en el mundo.

Se embarca Jesucristo con sus discípulos.

Entretanto que el Señor presentaba á los apóstoles estos ejemplares, se iba acercando insensiblemente á la ribera del mar, donde queria darles una lección de fortaleza y confianza en los peligros, no menos necesaria á los hombres apóstólicos que la que acababa de darles acerca de la abnegacion y renuncia de todo. Cuanto mas se acercaba al mar, mas se empeñaban los pueblos en rodear á su divina persona. Era ya tarde cuando llegó á la ribera, y sin detenerse subió á una nave, y

con Él los discípulos. Despidió á las turbas, y mandó á los remeros que dirgiesen hácia la otra costa. Habia en la ribera otras navecillas cargadas de pasajeros, que llevaban el mismo rumbo, y se agregaron á la de Jesucristo.

Una tempestad pone á la nave en peligro y Jesucristo la salva.

Era la travesía muy corta (de tres á cuatro leguas), y cuando iban navegando se levantó una borrasca tan grande, que el mar cubria con sus olas las naves, y llenándose estas de agua por momentos, se hallaban ya á punto de sumergirse. Fatigado el Señor de sus continuas tareas, se habia echado en la popa, y reclinado sobre un cabezal, dormia tranquilamente, mientras que los vientos se enfurecian, las olas se encrespaban, y el mar se mostraba cada vez mas bravo. Respetaron los discípulos el reposo de su Maestro, todo el tiempo que pudieron esperar que superarian con su valor y su industria la violencia de la tormenta; mas cuando vieron que no alcanzaban á conseguirlo, y que el peligro se hacia mas inminente en cada momento, llenos de temor acudieron á Jesucristo, y despertándole, dijeron: Maestro, sálvanos, que perecemos. Entonces levantándose el Señor, hombres de poca fe, les dijo, ¿porqué temeis (estando yo con vosotros)? Y mandó á los vientos y al mar, y cesaron los vientos y calmó el mar, y sucedió á la borrasca una gran tranquilidad. Los marineros y los pasajeros de las otras naves, que habian corrido igual peligro que los discípulos, y que tambien debian la vida á Jesucristo, estaban maravillados, y se preguntaban unos á otros, ¿quién es este, que hasta el mar y los vientos le obedecen? ¿Quién pensais que es este hombre? Sosegada la tempestad, y sin que cesase su admiracion, porque nadie les acababa de ella, volvieron á continuar

sa navegacion llenos de reconocimiento al conservador de su vida, y tanto estos como Jesucristo y sus discípulos desembarcaron muy luego junto á la ciudad de Gerasa, en el pais de los Gerasenos que está enfrente de la Galilea.

Descripcion lastimosa de dos endemoniados.

Los primeros que vinieron al encuentro de Jesucristo, luego que salió á tierra, fueron dos desdichados, acaso los mas dignos de compasion de cuantos se le habian presentado hasta entonces. Eran dos endemoniados que vivian en los montes y en los sepulcros ó cavernas, como dos bestias feroces; ambos eran muy atormentados por los espíritus infernales, y principalmente el uno lo era tan cruelmente, que no se podia oír hablar de sus padecimientos sin horror; y esta es quizás la razon porque de los tres Evangelistas que refieren el suceso, los dos no hacen mención sino de este, como si el exceso de sus desdichas hubiera hecho olvidar las del otro. De dia corria por los montes dando espantosos alaridos, y de noche gemia en las cavernas y llenaba de horror con sus infernales bramidos á cuantos se acercaban á ellas. Sajaba su cuerpo con cuchillos que hacia de piedra, por no tenerlos de hierro en el estado en que se hallaba. Muchas veces se habia procurado encadenarle, y algunas se habia conseguido á fuerza de diligencias y precauciones; pero no habia cadenas que con su fuerza infernal no rompiese. Habia mucho tiempo que no vestia ropa, ni vivia en casa, sino en los montes y sepulcros, porque no habia quien pudiese sujetarle.

Jesucristo los cura arrojando del mas desdichado una legion de seis mil diablos.

Pues este desdichado, cuando vió á Jesucristo desde léjos, corrió á él, se prostró á sus piés y le adoró. No era el espíritu infernal quien le llevaba en esta ocasion, sino Jesucristo que le llamaba y traía. Espíritu inmundo, sal de este hombre, le dijo el Señor; y el demonio, dando espantosos alaridos, exclamó: Qué tengo yo que ver contigo, Jesus, Hijo de Dios altísimo? Te conjuro por Dios que no me atormentes. ¡Qué! ¿Has venido acá á juzgarnos antes de tiempo (antes del día del juicio en el que serémos juzgados otra vez, no ya tanto por vuestro eterno Padre como por vos mismo)? Entonces preguntó Jesucristo al demonio, ¿cuál es tu nombre? Y respondió: Mi nombre es *Legion*, porque somos muchos. La legion romana en aquel tiempo constaba de seis mil soldados. ¡Desdichado energúmeno que era atormentado por el terrible poder, no solo de un demonio, sino de seis mil demonios! Jesucristo mandó que saliesen del hombre, no solamente el principal con quien hablaba, sino toda la legion, y el espíritu rebelde instaba mucho á Jesucristo que no les echase fuera de aquella region. Estaba todo aquel país habitado por paganos y Judíos apóstatas, y el Señor le habia abandonado á la tiranía del demonio, que ejercia allí su cruel imperio. Por esto el espíritu rebelde pedia con grande instancia á Jesucristo que no les echase de él, y sobre todo le pedia con toda su legion que no les mandase volver al abismo.

Les permite entrar en una piara de puercos, que al momento se arrojan al mar.

Habia allí paciendo al rededor del monte una gran piara de puercos, y los espíritus infernales le rogaban

diciendo: Envíanos á los puercos para que entremos en ellos. Todo lo preferian, hasta vivir en los puercos, á volver al infierno. Jesucristo se le otorgó, y saliendo estos espíritus inmundos del hombre que habian poseido por tanto tiempo, entraron en los puercos, que eran como dos mil, y todos se precipitaron con grande ímpetu en el mar y se ahogaron. Los que los apacentaban huyeron asombrados y fueron á dar cuenta á sus amos de un suceso tan terrible, los unos á la ciudad y los otros á las villas y aldeas vecinas.

Apenas se esparció la noticia, corrieron de todas partes á ver lo que habia sucedido, y fué tan grande la multitud que vino, particularmente de Gerasa, al encuentro de Jesucristo, que san Mateo no dudó asegurar que habia venido toda la ciudad. Cuando llegaron á su presencia, se hallaron al hombre de quien habia salido la legion de demonios sentado á los piés de Jesucristo, vestido y en su sano juicio. Tambien hallaron á su compañero de infortunio libre del espíritu maligno, y sentado, con su compañero, á los piés de Jesucristo. Los pastores no solo habian dicho lo ocurrido con los puercos, sino tambien que los dos endemoniados estaban ya libres de los espíritus malignos. Los discípulos de Jesucristo, los remeros de su nave, los pasajeros que iban en las otras naves y los que las dirigian, todos estos, á lo menos, habian presenciado los milagros que habia hecho Jesucristo y los referirian á la multitud. Estos milagros eran tan públicos y tan patentes, y estaban probados con tantos testigos de un modo tan manifiesto, que habria sido una locura de los Gerasenos tratar de negarlos.

Espantosa ingratitud de los Gerasenos.

Convinieron todos en los portentos, y dejándolos aparte, solo se ocuparon de la pérdida de sus puercos. Temieron que Jesucristo curase otros endemoniados, de

los muchos que habia en su pais, y que enviase los demonios á ocupar el resto de sus ganados, que luego perecieran como los puercos. Se reunió toda la multitud, y en vez de suplicar al Salvador de los hombres, como los Samaritanos, que se quedase en su pais, le pidieron que saliese de él cuanto antes. Peticion no solo ingrata, sino hasta descortes, y que debió traer sobre los Gerasenos la obsecacion y el endurecimiento. Ellos estimaron en mas los puercos que el don de la fe. ¡Horrible blasfemia práctica! ¡Pero blasfemia que se está practicando por los avarientos todos los dias! Jesucristo los abandonó (¡abandono terrible!) y se volvió desairado, ó por decirlo mejor insultado, á su nave sin que le acompañase ni una sola persona de aquel desgraciado pais, fuera de los dos energúmenos que habia curado.

Los dos energúmenos quieren seguir á Jesucristo, pero el Señor no se lo permite.

Estos dos hombres no se habian apartado de Jesucristo desde que fueron curados, y le rogaban humilde y fervorosamente que les admitiese en el número de los publicadores de su santo Evangelio; pero Jesucristo se negó, acaso porque habian sido largo tiempo conocidos como hombres furiosos, y esto les quitaria aquella reputacion tan necesaria en los que habian de predicar el Evangelio por todo el mundo. El menos furioso parece que se volvió desde luego á su casa; pero aquel cuyo mal habia sido mas violento y cuya curacion era mas desesperada, no acertaba á separarse de su Bienhechor soberano y le rogaba con grande instancia que le dejase vivir siempre á su lado. Le amaba el Señor, y apreciaba mucho su reconocimiento; pero no le destinaba para ser un apóstol, sino un publicador de los prodigios que Dios habia obrado con él. Véte á tu casa, le dijo, véte á los tuyos y cuéntales cuánto ha hecho el Señor con-

tigo y cuánta misericordia ha tenido de ti. El amante Geraseno se separó, aunque con grande sentimiento, del lado de Jesucristo, y se volvió á su ciudad y familia, publicando cuanto habia hecho el Señor con él y mostrándose á todos como una prueba patente de su divino poder. No contento con esto, pasó de allí á Decápolis, ó las diez ciudades, publicando lo mismo, y todos se admiraban de lo que habia sucedido.

Jesucristo se vuelve á Cafarnaun, y la multitud le sigue.

Curados los dos infelices, de males en extremo terribles y humanamente incurables, el Médico divino volvió á embarcarse con sus discípulos y á pasar el mar dirigiendo su rumbo á la costa de Cafarnaun. Esta vuelta fué tan tranquila como tempestuoso habia sido la ida. Aun no habia llegado á dos dias la ausencia de Jesucristo, y ya le esperaba la multitud con grande ansia á la otra parte del mar. Cuando desembarcó, encontró la ribera llena de gentes que le recibieron con mil bendiciones y exclamaciones de alegría. El Señor volvió desde luego á predicar á las turbas el reino de los cielos, y despues de algunos dias, entró en su ciudad de Cafarnaun y en la casa de Pedro, donde habia curado á su suegra y donde acostumbraba hospedarse. Luego corrió la voz de que el Señor habia vuelto á la casa de Pedro; y ya de la multitud que habia venido con Él de la ribera, y ya de otra multitud de la ciudad y pueblos circunvecinos, se reunió un número tan grande, que no era posible acercarse á la puerta de la casa. El Señor les enseñaba, curaba los enfermos, y cuando llegaba la noche les despedia para darse á la oracion y al descanso. Al dia siguiente volvia la multitud mas aumentada, porque llegaban de los lugares y aldeas de la Galilea, y aun de la misma Judea, con el ansia de ser instruidos y favorecidos.

Observan á Jesucristo los fariseos y doctores de la ley.

Un día que el Señor estaba sentado enseñando, había también sentados allí unos fariseos y doctores de la ley que habían venido de la Galilea, de la Judea y de Jerusalen con el fin de examinar sus palabras y observar sus acciones. La virtud del Señor obraba para sanarlos; pero ellos estaban incurables por su soberbia y envidia. El gran crédito que se había adquirido Jesucristo les heria mucho, y solo buscaban ocasiones de desacreditarle y motivos para perderle, y podemos mirar este día como el primero de la guerra que no cesaron de hacer á su divina persona, á su celestial doctrina, y á sus apóstoles y discípulos hasta que su nacion fué arruinada. Seguía Jesucristo enseñando en medio del concurso y rodeado de los fariseos y doctores, cuando un suceso admirable interrumpió su discurso y llamó la atención de todos los oyentes.

Cuatro hombres rompen el tejado de la casa en que estaba Jesucristo, bajan por la rotura un paralítico, le ponen á sus piés y Jesucristo le sana.

Traían cuatro hombres un paralítico en su camilla para presentarle al Señor á fin de que le curase. Se acercaron á la casa é hicieron todos los esfuerzos posibles para penetrar por entre la muchedumbre y ponerle á los piés de Jesucristo, mas no les fué posible. Despues de haber probado la entrada por todas partes, sin poder conseguirlo, se les ocurrió subirle al tejado, y haciendo una abertura por la que cupiese á bajar el enfermo á su camilla, le descolgaron por ella hasta ponerle á los piés de Jesucristo. Viendo el Señor la fe del paralítico, y la gran caridad de los que le habían puesto á sus piés de un modo tan ingenioso, dijo al paralítico: Confía, hijo,

tus pecados te son perdonados. Estaban allí sentados, como hemos dicho, algunos fariseos y doctores; también habían concurrido algunos escribas, y todos comenzaron á pensar y decir en sus corazones, ¿quién es este que habla blasfemias? Quién puede perdonar pecados sino solo Dios? Viendo Jesus lo que pensaban dentro de sí, les dijo: ¿Porqué pensais esto en vuestros corazones? ¿Qué es mas fácil, decir al paralítico: perdonados te son tus pecados, ó hacer que se levante, tome su cama y ande? Pues para que sepais que el Hijo del hombre (Jesucristo) tiene potestad en la tierra de perdonar los pecados, dijo al paralítico: Levántate, toma tu cama y véte á tu casa; y levantándose al momento delante de ellos, tomó la cama, en que estaba postrado, y se fué á su casa dando gloria al Señor. El asombro se apoderó de todos, y todos glorificaban á Dios, y llenos de un temor santo, exclamaban: Maravillas hemos visto hoy, nunca tal cosa hemos visto; y daban gloria al Señor, que había dado tal potestad á los hombres.

No se dice el efecto que la evidencia de este milagro hizo en los escribas y fariseos. Debiera haberles convertido, pero estaban ya muy prevenidos contra el Señor, como lo veremos en el resto de la historia de su vida mortal, y es de creer que quedaron tan obstinados como la estaban antes. La evidencia de la verdad en corazones corrompidos y soberbios no hace ordinariamente otro efecto que excitar en ellos la cólera y el desprecio, formar la obstinacion, y llevar por último término á la desesperacion. Las gentes sencillas fueron las que, viendo el portento, temieron y loaron á Dios por haber dado tal potestad á los hombres. Estas gentes aun no conocian en Jesucristo un hombre Dios, sino un puro hombre; bien que superior á sus grandes profetas, porque ninguno había podido perdonar los pecados como acababa de hacerlo Jesucristo y de probarlo con la evidencia de un prodigio.

Llama Jesucristo al publicano Mateo, y este le sigue.

Despues de haber obrado maravillas en casa de Pedro curando á los enfermos, instruyendo á los ignorantes y sanando al paralitico, volvió á la ribera del mar (Cafarnaun estaba muy cerca de ella). La multitud le seguía, y el divino Maestro la iba enseñando el camino del cielo. Cuando llegó á ella vió un hombre sentado en el banco (de los alcabaleros) llamado *Mateo* ó *Leví*, hijo de Alfeo, y le dijo: *Sígueme*; y levantándose, dejó todas las cosas y le siguió.

Pompeyo habiendo subyugado á los Judíos, como unos sesenta años antes del nacimiento de Jesucristo, los hizo tributarios. Cobrahan estos tributos los naturales del pais donde se adeudaban, y Mateo era de estos cobradores ó alcabaleros que los Judíos tenían por infames y llamaban publicanos, y tambien pecadores. Mateo, ocupado en este ejercicio, debió conocer mucho á Jesucristo y haber visto y oido los milagros que obraba en el mar y sus cercanías; pero aun cuando tuviese deseos de unirse con Él, su oficio, mirado con tanto desprecio, no le permitia intentarlo. Mas ahora que se ve llamado por Jesucristo, lo deja todo (en cuanto al afecto, y del modo posible en cuanto al efecto) y le sigue. La gracia habia preparado á este verdadero Israelita, y la gracia le hace en un momento discipulo, apóstol y despues historiador de la vida de su divino Maestro.

Hace Mateo á Jesucristo un gran convite, al que asisten muchos publicanos y pecadores, y los fariseos le censuran.

Mateo, ó sea Leví, hizo á Jesucristo un gran convite en su casa y asistieron á él muchos publicanos y pecadores, porque habia muchos que le seguian. Estaban

estos sentados á la mesa con Jesucristo, y cuando vieron los fariseos que comia con ellos, decian á sus discipulos: *¿Porqué comé vuestro Maestro con los publicanos y los pecadores? Y oyéndolo Jesucristo, les dijo: No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. Que fué decirles: segun vosotros, no se deben encontrar los médicos solo son necesarios por los enfermos. Anadad, pues, anadió el Señor, y aprended qué quiere decir aquel texto del profeta: Misericordia quiero y no sacrificio, pues yo no he venido á llamar á los justos, sino á los pecadores á penitencia.*

Los discipulos del Bautista preguntan á Jesucristo porqué no ayunan sus discipulos.

Al salir del convite se llegaron á Jesus los discipulos de Juan, diciendo: *¿Porqué nosotros y los fariseos ayunamos con frecuencia, y no ayunan vuestros discipulos? Tenian los discipulos de Juan y los fariseos la costumbre de ayunar muchos dias, á mas de los de precepto, costumbre laudable en la suposicion que la vanidad, la ostentacion y el deseo de distinguirse no destruyesen el mérito, lo que es muy creible, particularmente en los fariseos que todo lo aprovechaban para su vanidad y su orgullo. Jesucristo, despues de haber confundido antes á los que le censuraban porque comia con los pecadores, no se desdenó de contestar tambien á esta pregunta; pero lo hizo con parábolas, como acostumbraba cuando tenia que hablar á hombres mal dispuestos. ¿Por ventura, les dijo, podeis hacer que ayunen los hijos (compañeros) del esposo, mientras está con ellos el esposo? Ó ¿pueden los hijos de las bodas (los amigos del esposo) ayunar cuando está con ellos el esposo? Tiempo vendrá en que les será quitado el esposo y entonces ayunarán.*

El esposo era Jesucristo, y los amigos y compañeros

sus apóstoles y discípulos. El Señor no quería que sus apóstoles y discípulos siguiesen las prácticas de los fariseos, ni las de los discípulos de Juan cuando se conformaban con las de los fariseos; pero no les hallaba bastante fuertes para llevar la severidad que trataba de establecer en su Evangelio. Después de la muerte del Esposo en una cruz y de su resurrección y subida á los cielos, era cuando quería que se entregasen á los ayunos y á aquella vida penitente que ha hecho, hace y hará siempre las delicias de su esposa la Iglesia.

Seguía Jesucristo hablándoles en parábolas y con semejanzas; ya de un vestido viejo remendado con paño nuevo, que rompe al viejo; ya de un vino nuevo echado en vasijas viejas, que no pueden sostenerlo; y ya del que acostumbrado á beber vino añejo no quiere beber del nuevo, diciendo: Mejor es el viejo. Jesucristo dijo todas estas parábolas sin explicar para que ellos hiciesen la aplicación que les convenia.

El arquisinagogo Jairo viene á pedir á Jesucristo por su hija moribunda.

Aun estaba hablándoles, cuando vino un arquisinagogo ó príncipe de la sinagoga, llamado *Jairo*, y arrojándose á sus piés, le adoraba y pedia con grande aflicción que entrara en su casa, porque tenia una hija única de casi doce años, y esta se estaba muriendo. Venid, Señor, le decia ahogado de pena, venid y poned vuestra mano sobre ella para que sane y viva; yo la dejé dando el último aliento, y habrá ya espirado; pero venid, y si hubiese ya muerto, pondréis sobre ella vuestra mano y vivirá. Era Jairo el primero que se había atrevido á pedir á Jesucristo la resurrección de un muerto. Tan grande era su fe, y Jesucristo trató de premiarla. Se levantó y siguió á Jairo, pero era tal la multitud que le rodeaba por todas partes, que llegaban á oprimirle.

Una mujer que padecia flujo de sangre, toca el vestido de Jesucristo y queda sana.

Una mujer que padecia flujo continuo de sangre hacia ya doce años, y que habia padecido muchos trabajos en manos de muchos médicos y gastado cuanto tenia sin haber adelantado cosa alguna, antes bien habiendo empeorado, como oyese hablar de Jesucristo, llegó por detrás entre la mechedumbre y tocó su vestidura diciendo: Si logro tan solamente tocar su vestido, quedaré sana, y en el mismo momento que tocó la vestidura cesó el flujo de su sangre y quedó sana de su enfermedad. La que padecia esta mujer, á mas de serla vergonzosa, la hacia impura é incapaz de tratar con las gentes. Por esto, con mucho tiento y como á escondidas, se llegó entre la multitud á tocar por la espalda la ropa de Jesucristo.

Contenta la mujer, cuanto se puede pensar, al verse sana en un momento de una enfermedad de doce años, se aplaudia á si misma de la inocente sorpresa que imaginaba haber hecho á Jesucristo, y solo pensaba en seguirle guiada de su agradecimiento, pero Jesucristo, que sabia el milagro que acababa de obrar su omnipotencia, vuelto á la multitud, decia: ¿Quién ha tocado mis vestidos? Todo el mundo negaba, y la mujer se mantenia oculta entre la multitud, bajaba sus ojos y callaba. Entonces Pedro y los demás discípulos dijeron á Jesucristo: Veis, Señor, que por todas partes os oprime la multitud, y preguntáis: ¿quién me ha tocado? Si, dijo Jesucristo: ¿alguien me ha tocado, porque yo sé que ha salido virtud (curativa) de mí. La mujer, viéndose descubierta, vino temiendo y temblando, y arrojándose á los piés de Jesucristo, le confesó la verdad, y declaró delante de todo el pueblo la causa porque le habia tocado, y como habia quedado sana al momento. Entonces la dijo el Señor:

Confía, hija, tu fe te ha sanado, véte en paz, y vive sana de tu mal.

Eusebio, uno de los mas antiguos historiadores de la Iglesia, dice que esta mujer era gentil, natural de la ciudad de Paneades, y que en reconocimiento del beneficio que habia recibido de Jesucristo le erigió una hermosa estatua, la cual asegura el mismo Eusebio que la vió por sus ojos; y Sozomeno escribe que aun subsistia en tiempo del emperador Juliano. Algunos historiadores quieren que fuese la Verónica, aquella mujer que con tanto dolor como cariño limpió el sudor á su Bienhechor en la calle de la Amargura; y se la ha llamado *Hemorroísa* por el flujo de sangre que padecía.

Muere la hija de Jairo, y Jesucristo la resucita.

Aun estaba hablando Jesucristo con la mujer á quien acababa de curar de una enfermedad de doce años, cuando vinieron á decir al arquisinagogo que su hija acababa de morir y que no molestase mas al Señor. Por muy prevenido que estuviere este tierno padre para recibir con serenidad la noticia de la muerte de su hija, ella debió hacer una impresion muy profunda en su paternal corazon; pero Jesucristo, que habia previsto su pena, habia prevenido tambien su consuelo en estas breves y consoladoras palabras: No temas. Cree solamente, y tu hija vivirá; y luego siguió su camino con el arquisinagogo á la casa de este, acompañado de sus discípulos y rodeado de la multitud.

Cuando llegaron á ella, no permitió entrar consigo sino á Pedro, á Santiago y á Juan, y á los padres de la muchacha. Todos lloraban y se lamentaban de su muerte; pero Jesucristo luego que oyó el ruido de los que lloraban y daban grandes gemidos, y vió á los tañedores y gentes que con sus llantos y gritos hacian un gran ruido, les dijo: ¿Porqué haceis ese ruido y estais llorando? Reti-

raos, porque la muchacha no ha muerto, sino que está durmiendo; que fué tanto como decirles: Podeis retiraros, porque no es necesario vuestro acompañamiento para llevarla al sepulcro, porque yo la resucitaré como si despertara de un sueño; pero ellos no entendieron lo que decía el Señor, ni contaron con su poder infinito, y se burlaban de lo que habia dicho. El Señor hizo echar fuera á todos, y entrando juntamente con su padre, su madre y los tres discípulos en la pieza donde estaba la muerta, tomándola de la mano, la dijo: *Talitha cumi*, que quiere decir muchacha, levántate. Entonces volvió á ella su espíritu, se levantó y echó á andar; y mandó el Señor que la diesen de comer para manifestar que estaba enteramente sana. Los padres quedaron absortos al ver resucitada á su hija, y no sabian cómo manifestar su reconocimiento al Señor. Le bendecian, le alababan, le glorificaban, y no resonaba en toda la casa sino himnos y cánticos de gozo y alegría. Quería el Señor evitar los aplausos, y les previno que á nadie dijese lo que habia sucedido; pero luego lo publicaron, no solo delante de la multitud que rodeaba la casa, sino tambien en toda aquella tierra.

Da vista á dos ciegos.

Este prodigio que, segun sabemos, fué el primero que hizo Jesucristo de resucitar á un muerto, fué tambien el último que obró en Cafarnaun antes de emprender su segundo viaje á Jerusalem. Salió de la ciudad rodeado siempre de la multitud y se dirigió á la capital, no á jornadas largas, derechas y seguidas, sino haciéndolas cortas y tomando rodeos para predicar en los pueblos y ciudades del tránsito el Evangelio del reino de Dios, y curar todo género de dolencias y enfermedades. Como iba rodeado de la multitud, que anunciaba muy de lejos su paso ó su marcha; dos ciegos que estaban pidiendo

limosna en el camino por donde habia de pasar, se fueron tras de Él clamando y diciendo: *Hijo de David, tened misericordia de nosotros.* Jesucristo para probar su fe, ni aun dió señal de haberles oído; mas ellos no cayeron de ánimo; le siguieron hasta la casa en que habia de pasar la noche, y luego que se retiró la multitud, ellos se le acercaron, repitiendo su súplica y diciendo cada vez con mas ansia: *Hijo de David, tened misericordia de nosotros.* Entonces Jesus, fijando en ellos sus divinos ojos, les dijo: ¿Creeis que yo puedo haceros este bien? Sí, Señor, respondieron ellos llenos de fe y confianza; y acercándose á ellos Jesucristo, puso sus manos divinas sobre los ojos de ambos diciendo: *Hágase segun vuestra fe,* y fueron abiertos los ojos de ambos. Jesucristo les encargó, como á los padres de Talitha, que á nadie dijese lo que habia sucedido; mas ellos, saliendo de la casa, corrieron á publicar por todas partes el milagro que habia obrado en ellos el Señor, y el imponderable beneficio que habian recibido. Es preciso no olvidarnos en todos estos casos, que si la humildad pide el silencio para evitar la vanidad, el agradecimiento pide la publicacion del beneficio para no incurrir en la nota de ingrato. Jesucristo recomienda la humildad, encargando el silencio, y los ciegos y padres de la resucitada cumplen con el deber del agradecimiento, publicando los beneficios.

Cura á un mudo y poseido del demonio.

Habiendo salido los ciegos publicando el portento por todas partes, luego le presentaron un hombre mudo y poseido del demonio. El Señor no quiso hacer esperar á este hombre el beneficio, como á los ciegos, sino que inmediatamente arrojó de él al demonio delante de la multitud, y habló el mudo. Todos se admiraron en gran manera al oírle, y decian: Jamás se vió en Israel cosa

semejante. Este lenguaje de verdad, de admiracion y alegría, se habria oído en cada uno de los milagros que obraba Jesucristo, si no hubiera tenido Israel doctores soberbios y fariseos hipócritas. Algunos de ellos se hallaron entre la multitud de los fieles, y poseidos del espíritu de soberbia y envidia contra Jesucristo, desesperados de verle hacer unos prodigios que no podian ni negar, ni imitar, inventaron una calumnia atroz y tuvieron el atrevimiento de publicarla diciendo: que Jesucristo era un hombre poseido, y que en virtud del demonio arrojaba los demonios. No ignoraba Jesucristo lo que estos impíos pensaban en su corazón contra Él, ni se le ocultaba lo que decian; mas esperaba otra ocasion mas oportuna para confundirlos, y no tardó en presentarse. Por ahora continuó su camino á Jerusalem, ejerciendo siempre los mismos oficios de caridad y de celo. Iban ya pasados algunos meses desde que Jesucristo habia entrado en el año treinta y dos de su vida mortal. Enviado á congregar las ovejas de la casa de Israel; deseaba traerlas todas al redil, y este era el motivo de su viaje; pero la ingrata Jerusalem anhelaba menos por oír su doctrina que por desacreditarla y quitarle la vida.

Perseguido el Bautista en la Judea, se retira á la Galilea.

Su Precursor el Bautista, que le habia predicado en la Judea y casi bajo de los muros de Jerusalem, no habia sido mirado con mejores ojos que Jesucristo. Fué visto Juan, es verdad, con admiracion al principio y aun oído con gusto; pero luego que se declaró de parte del Señor, se mudaron los ánimos. Los príncipes del templo y del pueblo, y los escribas y fariseos obligaron á Juan con sus malos tratamientos á que se alejase de la Judea, donde ellos dominaban. Entonces se retiró á la Galilea, esperando preparar al Señor un pueblo mas dócil, y así fué en efecto, como lo veremos en el discurso de esta his-

toria. Obligado el Bautista á salir de la Judea, fué á fijarse en la soledad de Salim, cerca de la ciudad de Ennon, mas abajo del mar de Tiberiades. Luego se adquirió allí una reputacion grande. Le miraban los pueblos como á un varon muy superior á los antiguos profetas, y se atraía á sí una multitud de fervorosos discipulos, de los cuales procuraba formar nuevos discipulos á su divino Maestro.

Prision del Bautista.

Herodes, tetrarca de la Galilea, en la que mandaba con autoridad de soberano, estimaba al Precursor, le oía con gusto y hacia muchas cosas por su consejo; pero Herodes era un príncipe demasiado corrompido para que pudiese conservar por mucho tiempo su estimacion á un hombre tan santo. La libertad con que el Precursor hizo llegar á los oidos de Herodes verdades amargas, le atrajo su resentimiento. Era Herodes un vicioso sin vergüenza, y un adúltero con descaro. Filipo, su hermano, habia casado con un hija de Herodes, tetrarca de la Judea, llamada Herodías. Herodes se enamoró de ella, se la quitó á su hermano Filipo, y se casó con ella públicamente, escandalizando al pais.

El Bautista no pudo sufrir este crimen y le reprendió muchas veces, diciendo: No, príncipe, no te es lícito tener la mujer de tu hermano. Desagradaban mucho á Herodes estos avisos que el celoso ministro no dejaba de darle, pero se contentaba con no hacer caso de ellos. El resentimiento y enojo de Herodías no fué tan contenido. Picada vivamente de que un solitario, como el Bautista, tuviese el atrevimiento de turbar su conciencia y acibarar el cumplimiento de sus pasiones, resolvió perderle, y para ésto buscaba sin cesar los medios. Aun no los habia encontrado hasta aquí; pero cuando una mujer deshonesta, irritada y poderosa, solo espera la ocasion de deshacerse de un censor que la incomoda y molesta, ya

se pueden contar como cumplidos los deseos de su venganza. Herodes por el contrario, á pesar del disgusto que le causaban las reprensiones del Bautista, no acertaba á negarle su estimacion. Por otra parte veía la que hacian de él los pueblos, y conocia que cualquier atentado contra un hombre tan justo seria muy expuesto á una sublevacion. Se cansaba algunas veces de sufrir su intrepidez y su celo, pero luego volvía á respetar su virtud y admirar su santa osadía. Tímido y resuelto, injusto y equitativo, no sabía á qué determinarse. En esta incertidumbre tomó un temperamento, que siendo al parecer un rasgo de moderacion, le condujo al mayor de sus crímenes. Á fin de librarle de los furoros de Herodías, le mandó poner en prision, como para custodiarle, y el Precursor se vió luego en una cárcel.

Cura Jesucristo al paralítico de la piscina.

Tal era el estado en que se hallaban las cosas del Bautista en la corte de Herodes, cuando Jesucristo entró en Jerusalem en ocasion de celebrarse una gran festividad, que se cree fuese la del Furin ó las Suertes, establecida en memoria de la proteccion que el Señor dispensó á su pueblo contra Aman, por medio de Ester y Mardoqueo, la cual se celebraba el dia quince del mes último del año, y caía esta vez en sábado. Habia en Jerusalem un estanque que llamaban *Piscina probática*. *Piscina*, porque debió servir al principio para conservar en ella peces vivos, y *probática*, porque se lavaban en ella las víctimas. Se llamaba tambien *Betsáida*, que quiere decir en hebreo *Casa de beneficencia*, porque recibían en ella los enfermos el beneficio de sanar de tiempo en tiempo de sus enfermedades. Tenia cinco pórticos, en los cuales yacian multitud de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos... esperando el movimiento del agua; porque un ángel del Señor descendía en cierto tiempo á la piscina (Tertuliano

dice que esto sucedía solo una vez cada año, siendo incierto el día y el momento) y se movía el agua, y el que entraba primero en la piscina, despues del movimiento del agua, quedaba sano de cualquiera enfermedad que padecía.

Estaba allí un hombre (paralítico) que había treinta y ocho años que padecía su enfermedad. Cuando Jesús vió á este hombre, tendido en su camilla y que estaba ya de mucho tiempo, le dijo: ¿Quieres quedar sano? Y el enfermo le respondió: Señor, no tengo hombre que me meta en la piscina luego que el agua es movida, y cuando yo quiero entrar, ya otro ha entrado primero. Levántate, le dijo Jesús, toma tu camilla y anda; y luego fué sano aquel hombre, y tomó su camilla y caminaba.

Los escribas y fariseos reprueban esta curacion milagrosa.

Era sábado este día, y esto bastó para que la maliciosa superstición de los escribas y fariseos calumniase el portentoso. Ellos veían que no tenían poder para hacer milagros; pero no querían que otro los hiciese sin su licencia en día de fiesta, como si hacer un milagro fuese obra prohibida en día de fiesta y entregada á su dispensación. No sabían quién había hecho este prodigio; pero trayendo á la memoria los muchos que había obrado Jesucristo, sospecharon que también sería el autor de este, y como la envidia no les permitía perder, ni la mas insignificante ocasion de calumniarle, abandonando el prodigio de la curación á la admiración del pueblo, solo se ocuparon de la inobservancia del sábado. Al principio se estrellaron contra el paralítico curado, y casi le acriminaron su dicha como delito. Hoy es sábado, le decían, no te es lícito llevar tu lecho (en este día de fiesta); pero él les respondió: El que me sanó, aquel mismo me dijo: Toma tu camilla y anda; que fué decirles, el que me ha curado de una enfermedad de treinta y ocho años, me lo

ha mandado, y sin duda que un hombre semejante sabe mejor que vosotros en lo que consiste la observancia del sábado. Entonces le preguntaron: ¿Y quién es ese hombre que te ha dicho, toma tu lecho y anda? Mas él no sabía quién era, porque Jesucristo se había retirado silenciosamente de la multitud reunida, luego que sanó á este desdichado. Los escribas y fariseos quedaron muy descontentos de la inutilidad de sus averiguaciones. Ellos no podían negar este portentoso sin ser desmentidos por un mil de testigos. La curación era perfecta, y esto lo atestiguaba delante de todo el mundo la salud del paralítico, y en fin, la enfermedad se había estado presentando en la piscina por espacio de treinta y ocho años.

Despues de haber recibido grandes favores del Cielo, es muy justo manifestar, lo mas pronto posible, el reconocimiento delante de los altares. El paralítico luego que llevó su camilla á su casa, se fué á la de Dios á darle las mas fervorosas gracias por el grandísimo beneficio que había recibido. Jesucristo, al parecer por casualidad, pero en realidad con mucha prevención, le halló á este tiempo en el templo y le dijo: Ya ves que estás sano. Guárdate de pecar en adelante, no sea que te suceda alguna cosa peor. Luego reconoció el paralítico á su Bienhechor, y fuera de sí de contento, se arrojó á sus divinos piés, dió á su Majestad las mas tiernas gracias, y cumplido este deber, sobre todos los deberes, se fué á los escribas y fariseos, y les dijo: Sabed que es Jesús el que me ha sanado. Creía sin duda el buen paralítico que les daba una noticia tan agradable, como lo había sido para él su encuentro con su Bienhechor; pero se engañaba. Estos hombres estaban muy léjos de tener para con Jesucristo las buenas disposiciones que él sentía en sí mismo. En vez de alegrarse al saber que era Jesucristo el autor del milagro, solo trataron de perseguirle porque hacía milagros en día de fiesta.

Curar á un enfermo en día de fiesta, dirían, y mandar al curado que lleve su camilla en día de fiesta, esto

no puede hacerse por un autor de milagros. Luego es falso el milagro. ¡Bello modo de discurrir! Puesto que el milagro era evidente, ¿no deberían inferir por el contrario: luego hacer milagros en día de fiesta, luego llevar el curado la camilla en día de fiesta por mandato del que le curó, no es obra prohibida? ¿Pues qué? Quien dispensa en la ley natural, haciendo un milagro, ¿no podrá dispensar incomparablemente mejor en la ley positiva! ¡Y todavía mas en la del sábado, que en cuanto al día podía llamarse ceremonial! Jesucristo hacia con frecuencia los milagros en el día de sábado y los otros festivos, porque era mayor el concurso y se extendian mas las obras con que apoyaba su divina mision. Por otra parte, los milagros y cuanto pertenece á ellos son obras de religion, y las obras de religion no solo no estan prohibidas, sino mandadas en día de fiesta; mas para los Judíos todo era malo en tratándose de Jesucristo.

Falsa idea que tenían formada del Mesías.

Ya mas de una vez hemos visto la aversion que los escribas, los fariseos, los sacerdotes y los doctores de la ley tenían á Jesucristo, su verdadero Mesías; pero como desde este día, en que curó al paralítico de la piscina, principiaron los actos públicos de persecucion que en adelante hicieron siempre al Señor, importa que se forme para toda la serie de su vida humana una idea justa de la mala disposicion de estos hombres respecto á su divina persona. Soberbios en si mismos y ambiciosos por lo que miraba á la nacion, intérpretes infieles del sentido de las santas Escrituras, que traian entre sus manos, y trastornadores de las tradiciones de sus padres, pintaron sobre falsas interpretaciones los caracteres del Mesías. Este debia ser, segun ellos, un rey guerrero que hiciese pedazos el yugo de los Romanos, conquistase los

reinos y sujetase á su imperio todas las naciones del mundo; y en este sentido interpretaban cuanto dicen los profetas acerca del reinado espiritual y universal de Jesucristo.

Llenos de estos pensamientos fastuosos, le vieron aparecer en Judá, pero sin conocer ni aun imaginar, que pudiera ser el Mesías. Jesus Nazareno, hijo de Maria y reputado por hijo de José, empieza á manifestarse en el tiempo preciso que ellos esperaban su Libertador; pero en vez de aquel Monarca, guerrero y conquistador del universo, solo ven un hombre sencillo y sin pretensiones al dominio de reinos ni de pueblos. Conocen que viene de la sangre real de David, pero no ven que prepare triunfos, ni que hable de victorias, ni que predique sino renuncia y despego de las cosas terrenas. Ven que obra continuos milagros, que sana á los enfermos, y da vida á los muertos; que hace patente el sentido de las sagradas Escrituras; que se aplica á sí mismo las profecias y las da cumplimiento; que se anuncia el Enviado é Hijo de Dios prometido á las naciones, y que prueba su mision con portentos; que enamora á los pueblos con la santidad de su vida y les gana con la multitud de sus beneficios. Ven... pero nada hasta porque no ven el Mesías poderoso que ellos se habían prometido, y hé aqui el escollo de los escribas y fariseos y de la nacion judía á quienes ellos gobernaban. Mientras que no descubrian un Mesías segun sus ideas, no había que hablarles de Mesías; por consiguiente, cuanto hacia Jesucristo para probar su mision era una apariencia para ellos, era un engaño. Conviene, pues, tener esto presente siempre para juzgar del proceder de los Judíos contra Jesucristo hasta quitarle la vida.

La respuesta que el paralítico habia dado á los escribas y fariseos, y las razones que naturalmente se desprendian de la evidencia del milagro, reducian á nada, como hemos visto, las acusaciones que habian hecho á Jesucristo por curar milagrosamente á un enfermo en

dia de sábado y mandarle llevar su camilla. Tomó sin embargo Jesucristo á su cargo la defensa de su hecho; pero de un modo tan elevado, que no nos ha parecido exponerle en una obra dirigida al comun de los fieles. Los sábios que quieran contemplarle y admirarle, podrán leer el capítulo quinto de san Juan, desde el versículo diez y siete hasta el cuarenta y siete.

Eleccion de los doce apóstoles sobre el monte.

Despues de haberse declarado públicamente los cabezas del pueblo judío enemigos de Jesucristo y manifestado sus deseos de deshacerse de su persona, nada habia mas urgente que elegir obreros evangélicos que se formasen en el tiempo de su breve vida y á su lado, para predicar su doctrina y enseñar á los hombres el camino del cielo despues de su Ascension al lado de su eterno Padre. Luego que volvió de Jerusalem, donde habia tenido lugar el ruidoso negocio sobre la curacion del paralítico, y llegó á Cafarnaun su ciudad, trató de esta eleccion, y para hacerla, subió al monte y pasó allí una noche en oracion de Dios. Así acostumbraba hacerlo cuando habia de ejecutar ciertas cosas que para los hombres, á quienes queria dar ejemplo, piden mayor deliberacion. Apenas fué de dia, llamó á sus discípulos y escogió doce de entre ellos, los que Él quiso (á los que llamó Apóstoles, que quiere decir Enviados), para que le acompañasen y para enviarlos á predicar.

Sus nombres y varias noticias de ellos.

Los nombres de los doce apóstoles son estos: el primero Simon, llamado desde ahora Pedro, y Andrés su hermano, hijos de Joná; Santiago (el Mayor) y Juan su hermano, hijos del Zebedeo; y Felipe y Bartolomé, que

segun algunos es el mismo que Natanael. Habia ya tiempo que estos seis seguian á Jesucristo, especialmente Pedro, Juan y Santiago, que casi siempre le habian acompañado desde su primera vocacion, y que fueron siempre como sus confidentes mas íntimos. Tambien le habia seguido Mateo, llamado Levi, y publicano en otro tiempo, á quien el divino Maestro apartó de este empleo y puso en el número de sus discípulos. Los cinco restantes fueron, Tomás, por otro nombre Didimo; Santiago el Menor, hijo de Alfeo; Judas Tadeo, hijo de Jacobo; Simon Canáneo el celoso, y Judas Iscariote, el que entregó á Jesucristo, y cuyo nombre se ve siempre con horror en la lista de los apóstoles.

Ninguno de los tres Evangelistas que refieren la vocacion de los apóstoles, deja de poner á Simon Pedro al frente de todos, y san Mateo cuida de notar, que Simon Pedro era el primero; esto es, la cabeza y el Príncipe del Colegio apostólico. Santiago y Juan tambien recibieron en adelante de boca de Jesucristo el nombre de Boanerges ó Hijos del trueno, y fueron, despues de san Pedro, los mas ardientes en el servicio de su divino Maestro. Santiago el Menor, Judas Tadeo y Simon Canáneo, eran tenidos por parientes de Jesucristo, y se les llamaba hermanos del Señor. De Tomás ó Didimo, se sabe que era Galileo; pero se ignoran sus padres y su pueblo. Judas el traidor fué natural de Iscarioth, y de aquí se llamó Iscariote. Jesucristo solo escogió tres de su parentela para el apostolado, haciéndonos ver en esto, que en la provision de dignidades no se debe atender á la carne y la sangre, pero que tampoco el parentesco debe excluir de ellas, cuando el pariente se halla con las disposiciones convenientes para desempeñarlas.

Su apostolado y mision en vida de Jesucristo.

Era el apostolado, en su origen, la carrera de los tra-

bajos, la profesion de la pobreza y la escuela del martirio. Mas esta suprema dignidad de la Iglesia naciente, no era menos venerable por no tener entre los Judíos incrédulos el esplendor y la abundancia que la habian de dar en adelante la piedad y la munificencia de sus hijos. Y si es verdad que sus fundadores no disfrutaron del apostolado sino las fatigas, tambien lo es que estos primeros pastores fueron bien compensados con el amor de sus ovejas y con la autoridad sin oposicion que siempre tuvieron para el gobierno espiritual de su rebaño.

Jesucristo habia elegido los doce apóstoles, no solo para que le acompañasen, sino tambien para que fuesen á predicar por los pueblos el reino de Dios, para curar los enfermos, resucitar los muertos, limpiar los leprosos y lanzar los demonios. Id, les dijo, y predicad por todas partes que se acerca el reino de Dios; pero no iréis todavía á los gentiles, ni entraréis en las ciudades de los Samaritanos, sino que iréis á las ovejas que han perecido de la casa de Israel. Usad allí del poder que os he dado: curad los enfermos, resucitad los muertos, limpiad los leprosos y lanzad los demonios. De gracia habeis recibido (esté poder), usadle de gracia. Nada lleveis en el camino, ni oro, ni plata, ni dinero en vuestras fajas; ni alforja, ni dos túnicas, ni calzado (mas que el puesto), porque digno es el obrero de su salario. Ni lleveis palo (para defensores, sino báculo para sosteneros).

En cualquier ciudad ó aldea en que entráreis, preguntad: quién hay en ella digno (de hospedaros), que fué advertirles: que, como enviados y ministros de Dios, daban el mayor honor á la casa que elegian para hospedarse. Estad en ella, añadió, hasta que salgais (del pueblo). Cuando entráreis, la saludaréis diciendo: La paz sea en esta casa; y si ella fuere digna, vendrá sobre ella vuestra paz, pero si no fuere digna, vuestra paz se volverá á vosotros, y todo aquel que no os recibiere ni oyere vuestras palabras, al salir de su casa ó de la ciudad

sacudid el polvo de vuestros piés en testimonio sobre ellos. En verdad os digo: que será mas tolerable (el castigo) á la tierra de Sódoma y de Gomorra en el día del juicio, que á aquella casa ó ciudad.

Su mision despues de la muerte de Jesucristo.

Hasta aqui habia instruido Jesucristo á sus apóstoles, principalmente acerca del porte que debian guardar en esta mision que iban á hacer, durante su vida, para ensayo de su apostolado; pero como habian de desempeñar otra mucho mas larga, difícil y peligrosa despues de la muerte del Señor y de la venida del Espíritu Santo sobre ellos, quiso el divino Maestro prepararles, aunque á lo léjos, para ella, y continuó diciéndoles: Os envío como ovejas en medio de lobos. Sed prudentes como las serpientes; que fué decirles: asi como la serpiente expone con prudencia su cuerpo por guardar su cabeza, que es el principio de su vida, así vosotros debeis exponer con prudencia vuestro cuerpo por guardar vuestra fe, que es el principio de la vuestra; pero seréis tambien sencillos como las palomas (viviendo prevenidos para padecer por mi Evangelio), porque los que le aborrecen, os harán comparecer en sus concilios, y os azotarán en sus sinagogas, y seréis llevados ante los presidentes y los reyes por causa de mi, en testimonio contra ellos (los Judíos) y contra los gentiles.

El suceso verificó cumplidamente estas profecías de Jesucristo. Pedro y Juan arrastrados con ignominia al tribunal del sanedrín; el mismo Pedro puesto en cadenas por orden de Herodes para satisfacer el odio de los Judíos; Santiago sacrificado á su furor por sentencia del mismo Herodes; Pablo azotado tres veces, apedreado y hecho comparecer ante Félix y ante Festo, presidentes, y ante Agripa, rey de Judea; Estéban muerto á pedradas en un tumulto de la sinagoga... estos y otros mil hechos

prueban, no solo la verdad de estas profecias, sino tambien la intrepidez y el aliento que les infundian el Profeta que las habia anunciado.

Cuando os entregaren (á los presidentes y reyes), continuó Jesucristo, no os detengais á pensar cómo ó qué habeis de hablar, porque se os dará en aquella hora lo que habeis de hablar; pues no sois entonces vosotros los que hablais, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros. Esta promesa se cumplió, como las profecias de que acabamos de hablar. El Espíritu Santo les servia de maestro, y ellos no venian á ser otra cosa que unos órganos de este divino Espíritu que hablaba por ellos. El hermano, dijo Jesucristo, entregará á la muerte al hermano, y el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra los padres y les harán morir, y vosotros seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas el que perseverare hasta el fin, ese será salvo. Cuando fuéreis perseguidos en una ciudad, huid á otra. En verdad os digo : que no acabaréis (de convertir) las ciudades de Israel hasta que venga el Hijo del hombre (al fin del mundo á juzgar á los hombres). No es el discípulo mas que su maestro, ni el siervo mas que su señor. Bástale al discípulo ser (tratado) como su maestro, y al siervo como su señor. Si al Padre de familias llamaron Beelzebub, ¿cuánto mas á sus domésticos? Pero no les temais, porque nada hay escondido que no se haya de revelar, ni oculto, que no se haya de saber (y entonces se verá su conducta y la vuestra). Lo que yo os digo en secreto, decidlo vosotros en público; y lo que se os ha dicho á vuestro oido, predicadlo desde los techos (ó terrados). No temais á los que matan el cuerpo, porque no pueden matar el alma. Temed, sí, á aquel que puede arrojar al infierno el alma y el cuerpo. La justicia de Dios es la que debeis temer.

Los hombres nada pueden, ni aun contra la vida del cuerpo; todos estamos en las manos de Dios y vivimos bajo de su providencia, singularmente amorosa para con

los que le aman y temen, y nada puede suceder sin orden ó permiso suyo. ¿Por ventura no se venden dos pajarillos por un cuarto, y sin embargo, ni uno de ellos caerá en la tierra sin el permiso de vuestro Padre? Aun los cabellos de vuestra cabeza estan contados, y no perecerá ni uno solo (sin su licencia). No temais, pues, porque mejores sois vosotros que muchos pajarillos (no solo porque teneis un cuerpo mas perfecto que ellos, sino tambien, y sobre todo, porque teneis un alma que es imagen de Dios). Todo aquel, pues, que me confesare delante de los hombres, le confesaré yo tambien delante de mi Padre, que está en los cielos; mas el que me negare delante de los hombres, yo tambien le negaré delante de mi Padre, que está en los cielos.

No penseis que he venido á traer á la tierra la paz (terrena y falsa que el mundo ama). No he venido á traer esa paz, sino la espada (de mi palabra que la divide y separa de la paz celestial y verdadera). He venido á separar al hijo de su padre, y á la hija de su madre, y á la nuera de su suegra (en todo aquello que la union sea contraria á su conciencia), porque los enemigos del hombre fiel serán los de su misma casa. El que ama á su padre ó su madre mas que á mí, no es digno de mí; y el que ama á su hijo ó su hija mas que á mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y me sigue (por el camino de la cruz, que son los trabajos sufridos por mí), no es digno de mí. El que halla su alma, la perderá; y el que perdiere su alma por mí, la hallará; que fué decir : el que ama su vida mas que á mí, perderá su alma; y el que perdiere su vida por mí, hallará su alma. El que á vosotros recibe, á mí me recibe; y el que á mí me recibe, recibe á aquel que me envió (que es mi Padre celestial). El que recibe á un profeta en nombre de profeta, recibirá el galardón de profeta; y el que recibe á un justo en nombre de justo, recibirá el galardón de justo; y el que diere á beber tan solamente un vaso de agua fria al mas pequeño de mis discipulos, no perderá el galardón de discipulo.

Baja del monte y luego se halla rodeado de enfermos.

Todas estas verdades predicó Jesucristo sobre la cima del monte despues de haber elegido sus apóstoles. Entretanto se habia sentado á su falda una multitud innumerable de los pueblos que esperaban su bajada para que les curase sus enfermos y les predicase su divina palabra. Apenas se presentó en la llanura, acompañado de sus discípulos y nuevos apóstoles, cuando se vió rodeado de enfermos de todas clases y de endemoniados. No era posible remediar á todos á un tiempo, y todos á un tiempo querian ser remediados; pero obraba la Omnipotencia. Todos los enfermos quedaron libres de sus dolencias, y del demonio todos los poseidos; porque salia de Jesucristo, dice el sagrado texto, una virtud que los sanaba á todos. Despues de haber curado todos los enfermos, sin que quedase uno solo que se quejase en aquella inmensa multitud, ni tampoco uno solo á quien el demonio atormentase; puesto todo en un profundo silencio, se sentó Jesucristo en medio de sus apóstoles, y levantando sus ojos al cielo, volvió á repetir las ocho Bienaventuranzas, porque apenas ninguno de los que se hallaban presentes las habia oido; ya porque se predicaron sobre el monte, y ya porque debia ser otro el concurso.

Entra en Cafarnaun y cura otra multitud.

Luego que el divino Predicador concluyó su sermón, despidió la multitud y entró en su ciudad de Cafarnaun á tomar con sus apóstoles algun alimento y descanso; pero un nuevo concurso de ciudadanos y algunos forasteros rodeó luego la casa en que habia entrado, que seria la de la suegra de Pedro, y ni para comer pan le daba lugar. El amoroso y compasivo Bienhechor de los hombres curó é instruyó á esta segunda multitud, como á la primera, y la despidió consolada.

Envía de dos en dos sus apóstoles á predicar por la Galilea.

Libre de todos, aprovechó los momentos para ordenar las misiones que habian de hacer sus doce apóstoles. Les dividió en seis compañías, y les envió de dos en dos á predicar el reino de Dios, curar los enfermos y lanzar los demonios. Habiendo salido de su divina presencia estos nuevos misioneros, iban de pueblo en pueblo, por toda la Galilea, predicando penitencia, evangelizando, curando en todas partes los enfermos y arrojando los demonios. Cuando les envió á predicar por ella, se reservó para sí la predicacion en las ciudades del nacimiento de cada uno de los apóstoles, conociendo que, para honrar su ministerio, no convenia que se dejasen ver desde luego predicando en ellas y que no harian muchos frutos en su patria, como habia sucedido al mismo Señor en la suya. Para la mision que iba á hacer, durante la ausencia de sus apóstoles, llamó á su lado cierto número de discípulos que debian trabajar en lo sucesivo bajo las órdenes de los apóstoles; y á fin de que se fuesen formando para sus ministerios, quiso tenerlos ahora por sus coadjutores y testigos de sus doctrinas y sus maravillas.

Resucita al hijo de la viuda de Nain.

Determinó principiar su mision por una ciudad llamada Nain. Iban con Él sus discípulos y una multitud de gentes, y cuando llegó á la puerta de la ciudad, hé aquí que sacaban de ella un difunto, hijo único de una viuda á la que acompañaban muchas personas de la ciudad. Luego que la vió el Señor, movido de misericordia por ella, la dijo: No llores. Los que llevaban el difunto se pararon, y entonces Jesucristo se acercó, tocó el féretro y dijo: Jóven, levántate, y se levantó el que estaba muerto y comenzó á hablar, y el Señor le entregó á su

madre. Sobrecogió á todos el temor, y magnificaban á Dios diciendo : Un gran profeta se ha levantado entre nosotros y Dios ha visitado á su pueblo. La fama de este portentoso se extendió luego por toda la Judea y por todos los países en rededor.

Envía san Juan dos discípulos á saber de Jesucristo quién era.

Seguia Juan en la cárcel, y sus discípulos corrieron á contarle las maravillas que obraba Jesucristo, y particularmente la resurrección del hijo de la viuda de Nain. Oyó Juan los prodigios que le contaban, con aquel gusto y contento que inspira á un buen siervo la gloria de su señor, y eligiendo á dos de ellos, les envió á Nain á preguntar á Jesucristo : ¿Eres tú el que ha de venir, ó esperamos otro? Bien sabia Juan que lo era, cuando habia dicho : *Este es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo*; y la pregunta mas bien la hizo en nombre de sus discípulos que en el suyo, valiéndose de esta ocasion para que viesen y oyesen los milagros del Señor, y conociesen que era el verdadero Mesías. Jesucristo sanó delante de ellos á muchos de sus enfermedades y sus llagas y de los malos espíritus. Dió vista á muchos ciegos, y despues les respondió : Id, y decid á Juan lo que habeis oído y visto : que los ciegos ven ; que los cojos andan ; que los leprosos son limpiados ; que los sordos oyen ; que los muertos resuscitan ; y que el Evangelio es anunciado á los pobres.

DIRECCIÓN GENERAL D

Hace Jesucristo el elogio de san Juan.

Luego que se hubieron ido, comenzó el Señor á hablar de Juan á la multitud, diciendo : ¿Qué salisteis á ver en el desierto? ¿Una caña agitada del viento? ¿Mas qué sa-

listeis á ver? ¿Un hombre vestido delicadamente? Pero ved, que los que visten delicadamente y viven en delicias, estan en las casas de los reyes. ¿Mas qué salisteis á ver? ¿Un profeta? En verdad os digo, y mas que profeta. ¿Salisteis á ver un ángel, aquel ángel de quien está escrito : Hé ahí que envió mi ángel delante de ti, que prepara tu camino? Os aseguro, que entre los nacidos de mujeres, no se levantó profeta mayor que Juan Bautista. Sin embargo, el menor en el reino de Dios, mayor es que él; que fué decir : el menor de los bienaventurados, es mayor que Juan : y el menor de los cristianos, en cuanto cristiano, es mayor que Juan, en cuanto Israelita.

Continuó Jesucristo hablando á la multitud sobre la excelencia de Juan con respecto á los demás profetas, porque estos anunciaron al Mesías, y él le señaló con el dedo, sobre la maldad de los escribas y fariseos, que dijeron : que Juan tenia demonio, porque no comia, ni bebia ; y que el Hijo del hombre era un gloton, porque comia y bebia ; sobre el castigo que se haria en las ciudades, donde se habian obrado multitud de milagros y no habian hecho penitencia.

¡Ay de tí! exclamó en el calor de su discurso, ¡ay de tí, Corozain! Ay de tí, Betsáida! porque si en Tiro y Sidon, ciudades paganas, se hubieran obrado las maravillas que han sido hechas en vosotras, mucho tiempo ha que habrian hecho penitencia en cilicio y ceniza. Por tanto os aseguro, que habrá menos rigor para Tiro y Sidon en el dia del juicio que para vosotras. Y tú, Cafarnaun, ¿por ventura serás ensalzada hasta el cielo? (No). Antes bajarás hasta el infierno ; porque si en Sódoma se hubieran obrado los prodigios que se han hecho en tí, tal vez hubiera permanecido hasta el dia de hoy ; por tanto te aseguro que en el dia del juicio habrá menos rigor para la tierra de Sódoma que para tí.

Entonces levantando Jesus sus divinos ojos al cielo, dijo : Doy gloria á vos, Padre (mio), Señor del cielo y de la tierra, porque escondisteis esto (los misterios ce-

lestiales) á los soberbios y entendidos (como los escribas y fariseos) y los habeis revelado á los párvulos, á los humildes (como mis apóstoles y discípulos). Mi Padre, añadió, bajando sus divinos ojos y mirando á la multitud, mi Padre ha puesto en mis manos todas las cosas, y ninguna criatura conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre sino el Hijo, y aquel á quien quisiere el Hijo revelarlo. Venid á mí (puesto que todo está en mi mano), venid á mí todos los que estais en trabajos y gemís bajo de su peso, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es suave y mi carga ligera.

Los preceptos de la ley de Jesucristo son difíciles para la naturaleza, pero fáciles para la gracia.

Los preceptos de la ley de Jesucristo son penosos para la naturaleza, pero la gracia de Dios lo vence todo y los hace fáciles y llevaderos; sobre lo cual dice san Agustín estas hermosas palabras: Cualquiera otra carga te pesa, mas la de Jesucristo te alivia. Cualquiera otra carga tiene plomo, mas la Jesucristo tiene alas. Si al ave quitas las alas parece que la alivias del peso; pero cuanto mas la alivias de este peso, tanto mas quedará cosida con la tierra. Ves, pues, en tierra á la que quisiste aliviar de su peso. Restitúyesele y verás como vuela.

Convida á Jesucristo el fariseo Simon á comer en su casa.

No es de admirar que la sencilla multitud quedase gustosa y enmorada del discurso del Salvador. Su Majestad habia ensalzado en él á los humildes y sencillos, y les habia prometido sus favores; lo admirable es, que en él se hallase un célebre fariseo y tuviese la prudencia

de no darse por ofendido de la indignacion que el Señor habia manifestado contra la hipocresía de su secta; y lo que es todavía mas admirable, que al salir del sermón este mismo fariseo, convidase y rogase al Predicador á que fuese á comer á su casa. Jesucristo, que preveía el importante suceso que habia de tener lugar en el convite, le aceptó gustoso, y entrando en la casa del fariseo, se sentó á su mesa. Era á la verdad un espectáculo bien nuevo ver á Jesucristo sentado á la mesa de un fariseo y en medio de los principales fariseos; pero nada, ni á nadie desdeñaba el divino Maestro cuando se trataba de enseñar su doctrina, salvar á los hombres y glorificar á su eterno Padre.

Conversion de la Magdalena.

Habia á la sazón en la ciudad de Nain, donde esto sucedia, una mujer pecadora, llamada María. Era natural de Betania aldea pequeña, á tres cuartos de legua de Jerusalem, hija de Syr y de Eucaria, muy conocidos entre los Judíos por sus bienes y clase distinguida. Tuvieron estos nobles padres un hijo llamado Lázaro, que fué el primogénito, y dos hijas que fueron Marta y la dicha María. Muertos sus padres, repartieron la herencia entre los tres. A Lázaro y Marta tocaron los bienes que tenian en Betania, y á María el castillo de Magdalon (del que se llamó Magdalena) situado en la provincia de Galilea. Quedóse María por algun tiempo en la compañía de sus hermanos, los que, conociendo la vivacidad de su genio, y la violenta inclinacion que mostraba á la profanidad y al desahogo, hicieron cuanto pudieron por inspirarla el santo temor de Dios, y la compostura y modestia de su clase; pero aprovechó poco su celo.

Cansada Magdalena de una vida tan arreglada, determinó sacudir lo que la parecia un pesado yugo. Juntaba Magdalena á un natural vivo y orgulloso, á un talento

superior y brillante, y á un corazon enteramente mundano, una rara hermosura, que ella no ignoraba. Tomada, pues, su determinacion, se retiró á su castillo de Magdalon, como á su posesion propia. Bien presto olvidó allí las lecciones y ejemplos de sus padres y hermanos. Las visitas frecuentes de gente moza y divertida, su despejo y desemberazo, y ciertos modales algo mas libres de lo que fuera justo, hicieron poco favor á la reputacion de Magdalena, cuya pasion dominante era parecer bien y tener en su rededor muchos aduladores. No pensaba Magdalena sino en divertirse. Las galas, las joyas mas ricas, y los perfumes mas exquisitos, daban un gran lustre á su hermosura natural y la hacian una cortesana muy propia para escandalizar la provincia. No se dice que fuese una pecadora torpe; pero era una pecadora escandalosa. ¡Y cuántas pecadoras, ¡Dios mio! no vemos en nuestros tiempos de esta clase! ¡cuántas pecadoras que ni se tiene ni siquiera por pecadoras y que acaban sus dias sin ser penitentes como Magdalena! sin morir arrepentidas!

Por aquel tiempo comenzaba Jesucristo á llenar la Judea y la Galilea de la fama de sus prodigios. Lázaro y Marta fueron de los primeros que siguieron al Señor, y desde luego no dejaron de pedir con empeño la conversion de su hermana. Oyó Jesucristo benignamente sus ruegos, y como habia venido al mundo, principalmente por los pecadores, movió á la penitencia el corazon de aquella pecadora. Predicaba el Señor en Nain, y movida Magdalena de las maravillas que oía decir de su Majestad, fué á oírle por curiosidad, pero volvió convertida. La palabra divina alumbró su entendimiento, la gracia penetró su corazon, y su alma concibió tanto horror de sus culpas, que no pudo dilatar ni un solo dia la penitencia. Informóse dónde podría encontrar al Salvador, y supo que estaba convidado, con todo lo principal de la ciudad, á comer en casa de un fariseo, llamado *Simon*.

Al momento, sin dar oídos, ni á su delicadeza, ni á

lo distinguido de su familia, ni á su título de señora de un castillo, sin atender á la calidad y multitud de los convidados, ni á lo que dirian; entra, sin ser convidada, en la sala del convite, llevando consigo un vaso de alabastro lleno de un preciosísimo unguento; y viendo á Jesucristo recostado en uno de aquellos almohadones ó camillas, que usaban los Judios en sus comidas, no atreviéndose á mirarle cara á cara, se para á su espalda, se postra, suelta por sus ojos dos arroyos de lágrimas, riega con ellas los piés del Señor, los limpia con sus cabellos, los besa, derrama sobre ellos el unguento precioso que llevaba prevenido, y queda inmóvil, esperando el perdon de sus pecados que venia á buscar del Amante de los pecadores.

Viendo el fariseo, que habia convidado á Jesucristo, lo que pasaba, decia entre sí: Si este fuese profeta, sin duda sabria quién y cuál es la mujer que le toca los piés; porque es una pecadora. Jesucristo, que estaba leyendo los pensamientos de Simon, tengo, le dijo, una cosa que preguntarte; y al punto respondió Simon: Decid, Maestro. Habia, dijo entonces Jesucristo, dos deudores á un mismo acreedor, que le debian uno quinientos denarios (cerca de seiscientos reales), y otro cincuenta (como unos sesenta); pero como no tuviesen con que pagarle, les perdonó á uno y otro. ¿Cuál, pues, de los dos le ama (esto es, le debe amar) mas? Respondiendo Simon, dijo: Pienso que aquel á quien perdonó mas. Rectamente has juzgado, le dijo Jesus, y volviéndose hácia la mujer, añadió, ¿ves esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para (lavar) mis piés; mas esta los ha regado con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. Tampoco me diste beso; mas esta desde que entró no ha dejado de besar mis piés. No unguiste mi cabeza con óleo, mas esta con (precioso) unguento ha unguido mis piés; por lo cual te digo: que la son perdonados (sus) muchos pecados, porque amó mucho, porque al que menos se le perdona, menos ama. Era

costumbre entre los Judíos lavar los piés á los que recibían á su mesa, darles beso de paz y unguir su cabeza con óleo y perfumes, y á todo esto habia faltado el fariseo; pero resarcio cumplidamente estas faltas la insigne penitenta.

Se mantenía Magdalena en la postura mas humilde esperando su sentencia, y vuelto hácia ella Jesucristo, la dijo: Perdonados te son tus pecados. Cuando oyeron esto los convidados, por la mayor parte escribas y fariseos, comenzaron á decir entre sí, ¿quién es este que hasta los pecados perdona? ¿quién puede perdonar los pecados sino Dios? Y á la verdad que nadie, hasta la Magdalena, habia venido á buscar en Jesucristo el perdón de los pecados. Unos le habian buscado para que les curase de sus parálisis; otros para que les diese vista ú oído; estos para que les resucitase sus muertos; aquellos para que les librase de los demonios, y todos para que les sanase de las enfermedades del cuerpo, pero ninguno habia venido para que les sanase de las enfermedades del alma. Esto ciertamente fué de grande honor para la Magdalena, de grande admiración para Simón, y de grande confusión para los fariseos, que confesando que solo Dios podia perdonar pecados, tenían que confesar que Jesucristo era Dios, puesto que los perdonaba y probaba este perdón con milagros, como lo habia hecho cuando curó al paralítico de la piscina. Jesucristo, que veía la batalla que traían en su interior estos hombres, les dejó que peleasen, y volviéndose otra vez hácia esta ilustre penitenta, que aun permanecía á sus piés, la dijo: Tu fe te ha salvado, vé en paz; que fué decirle: tus culpas quedan perdonadas, vé en la paz de tu conciencia.

No se vió perdón mas señalado, ni conversion mas perfecta; se apoderó el amor divino del lugar que ocupaba el amar mundano, y encendió á aquel corazón generoso. No tuvo Jesucristo discipula mas fiel, ni que gustase mas de su celestial doctrina. Fácilmente se deja conocer el gozo de Lázaro y Marta cuando tuvieron no-

ticia de la asombrosa mudanza de su hermana, ni esta se descuidó en comunicársela. Inmediatamente se puso en camino para Betania, donde refirió á sus hermanos las misericordias que el Señor habia usado con ella; y desde entonces no perdió ocasion esta fervorosa discipula de oír las lecciones de su divino Maestro.

Llama Jesucristo á sus misioneros los apóstoles.

Concluido este convite, famoso por la conversion de la Magdalena, llamó Jesucristo á los doce apóstoles, que hacia ya mas de un mes habia enviado á predicar el reino de Dios, curar los enfermos y lanzar los demonios, y luego vinieron todos. Era ya este tiempo demasiado para vivir separados de su divino Maestro unos discípulos tan noveles en el gran ministerio de misioneros, y necesitaban volver á su lado para formarse y prepararse á llevar algun dia por sí solos el peso formidable de este ministerio.

Permite que le sigan algunas mujeres piadosas.

Estaba en costumbre entre los Judíos, que las mujeres de facultades suministrasen lo necesario para el alimento y vestido de los que miraban como sus maestros espirituales, y Jesucristo, siguiendo la costumbre, quiso valerse de ellas para socorrer sus necesidades temporales y las de sus discípulos, y hacerlas al mismo tiempo participantes de sus tesoros y gracias espirituales. Permitió, pues á algunas, que habia librado de espíritus malignos y de enfermedades, y que eran mas distinguidas por su virtud que por sus bienes, que le siguiesen en sus viajes evangélicos. Tales fueron entre otras, Juana, esposa de Chisas, mayordomo de la casa de Herodes, Susana, y la pecadora Magdalena, de la que

había lanzado siete demonios, sin duda, cuando la perdonó sus pecados. Muchos intérpretes han entendido por estos siete demonios los siete espíritus que la dominaban. El espíritu mundano, el espíritu impuro, el espíritu de orgullo, el espíritu de independencia, el espíritu de profanidad, el espíritu de ociosidad y el espíritu de regalo y delicadeza; todos los cuales expelió de ella la gracia, cuando la fueron perdonados sus pecados; pero entretanto que el divino Maestro reunía sus apóstoles y piadosas discipulas, le arrebatava Herodes á su amado Precursor.

Manda Herodes cortar la cabeza al Bautista.

Poco tiempo despues de haber enviado el Bautista dos de sus discipulos á preguntar á Jesucristo si era el Mesias, llegó el cumpleaños de Herodes y con este motivo dió un espléndido banquete á los grandes de su corte, á los tribunos y los principales de la Galilea. Herodías, adúltera del adúltero Herodes, y furiosa enemiga del Bautista, entrevió la ocasion de vengarse de él, y desde luego se ocupó, no tanto de los placeres del festin, cuanto de los medios y modos de satisfacer su odio. Tenia esta mujer vengativa una hija, cuyo ascendiente sobre el corazon de Herodes conocia muy bien, y desde luego pensó valerse de ella para deshacerse del santo Precursor. Como hija de una madre mundana, se la criaba é instruía en todo aquello que agrada al mundo. Vestía con primor, saltaba y danzaba con garbo, y bailaba con habilidad y maestría.

Como las mujeres no asistian á comer á esta clase de banquetes, encargó Herodías á su hija que se presentase en él, no á comer, sino á manifestar sus galas y sus habilidades. Pocas hijas habrán cumplido mejor que esta con los encargos de sus madres. Se presentó con todo el lujo que la proporcionó una madre poderosa; y

danzó, saltó y bailó delante de Herodes y de los convidados con tanto primor, que mereció los aplausos de todos, y particularmente del rey, que llevado del primer movimiento de su loca alegría, pídeme, la dijo, pídeme cuanto quieras; yo te daré euanto pidas; y la juró, que aun cuando le pidiese la mitad de su reino, se la daría. Salió la hija de Herodías de la sala del convite con aquel alborozo que se deja conocer, corrió á su madre, y la dijo: Hasta la mitad del reino me ha prometido el rey con juramento, ¿qué le pediré? Ninguna otra cosa, dijo la madre cruel, ninguna otra cosa pidas que la cabeza de Juan el Bautista. Luego volvió la hija á entrar en la sala del convite, y acercándose al rey, quiero, le dijo, que al momento me des, en un plato, la cabeza de Juan el Bautista.

Debiera bramar de cólera Herodes, al oír semejante petición; pero era un cobarde, y se contentó con entristecerse. Debiera haber salvado con todo su poder la vida de un súbdito que miraba como un justo, pero no tuvo valor para contristar ni á la madre ni á la hija. La vergüenza de no cumplir una promesa hecha delante de su corte y asegurada con un juramento (á pesar de que este no le obligaba por ser injusto) y el miedo de ser tenido por un cobarde, si volvía atrás, aunque esto en realidad le debia ser muy glorioso, hicieron que atropellase por todo y que mandase degollar al Bautista. Envió uno de sus guardias con órden de cortarle la cabeza en la cárcel y de traérsela en un plato. La órden era inicua, por no haber causa; cruel, porque era contra un inocente; é impía, por ir contra un santo, y un santo como el Bautista. No obstante, la órden fué cumplida; verificándose la primera parte de lo que este gran profeta habia anunciado, diciendo: Que era necesario que Jesucristo creciese (siendo extendido en la cruz), y que él menguase (perdiendo la cabeza en la cárcel). Esta sagrada cabeza fué llevada á Herodes chorreando sangre, y Herodes la tomó sin espanto y la

entregó á la muchacha, quien recibió un presente tan pavoroso con una frialdad digna de la sangre maldita que corría por sus venas; y cargada con este bárbaro trofeo, fué á dar á su madre el mayor contento que esperaba tener en los días de su vida. Dice san Jerónimo que Herodías le picó la lengua con la aguja de su pelo, para vengarse en la muerte de aquella lengua que tanto había reprendido su adúltero amancebamiento en la vida.

Muerte de Herodes, Herodias y su hija.

Pocos años despues de esta muerte cruel, privó el emperador Caligula á Herodes de sus Estados y le desterró á Leon de Francia. No comprendió el emperador á Herodías en este destierro, pero la mala mujer siguió á su mancebo, y ambos vivieron y murieron allí. Nicéforo añade, que la bailarina, habiendo caido en un rio helado y quedado la cabeza fuera del hielo, se degolló á sí misma con los esfuerzos que hacía para librarse. ¡Terrible pena del talion, ejecutada por la Justicia divina! Nada se puede añadir para hacer el elogio del santo Bautista sobre lo que viene ya dicho en esta historia. Su preciosa muerte sucedió en el año treinta y dos de su edad y en el treinta y uno de la de Jesucristo, anticipándose por su doloroso martirio á la dolorosísima Pasión y muerte del Señor, como se había anticipado á su nacimiento. Los discípulos de Juan hallaron arbitrio para apoderarse del cuerpo y la cabeza de su querido Maestro, y le dieron sepultura en un magnífico sepulcro, que fabricaron en Sebaste, ciudad de Samaria. Pusieron en urna separada la cabeza, y habiéndose encontrado en tiempo de Constantino el Grande, fué llevada con gran solemnidad á Constantinopla, de donde se la trasladó con el tiempo á la capital del mundo cristiano, en la que aun se venera la mayor parte de ella.

Casi á un tiempo se presentan á Jesucristo sus apóstoles y los discípulos del Bautista.

Como nadie había mas interesado que Jesucristo en la vida del Bautista, los discípulos de este vinieron á darle parte de su muerte. Casi á un tiempo entraron en Cafarnaun los discípulos de Juan y los apóstoles de Jesus. Ni unos ni otros podían decirle cosa que no supiese, mas no por eso dejó de escuchar á unos y otros. Los discípulos del Bautista le contaron las maldades que habían ocasionado la trágica muerte de su querido Maestro. Naturalmente se alligiria con ellos y les permitiría que pudiesen seguirle. Los apóstoles por su parte le dieron cuenta de los trabajos y sucesos de su mision, y Jesucristo, que á todo atendía, les dijo: Venid y descansad un poco; y entrando en un barco, se dirigieron á un lugar desierto del territorio de Betsáida.

Cualquiera creeria que atendido el cansancio de los apóstoles, que venían de sus misiones, y sobre todo el de su divino Maestro, que, rodeado siempre de la multitud, no cesaba de predicar y curar los enfermos, iban á tomar en la soledad algunos días de reposo; pero no fué así. Supieron muchos su retirada y muchos les vieron embarcarse, y sin detenerse, tomaron por tierra y á pié el camino de Betsáida y llegaron al desierto, elegido por Jesucristo para su descanso y el de sus fatigados apóstoles, antes que ellos. Era grande la multitud de hombres, mujeres y niños que le esperaban, porque habían visto los portentos que hacía sobre los que estaban enfermos, curándoles á todos. Se presentó Jesucristo lleno de complacencia á esta multitud reunida, y ella le recibió con las demostraciones de la mayor alegría, á pesar de hallarse fatigada, despues de su viaje á pié y por tierra. El Señor les miró como ovejas que corrían en busca de su pastor, de quien se juzgaban abandonadas; se compadeció de ellas, y quiso darlas

algun descanso sin desampararlas. Subió con sus discípulos á un monte cercano, y allí se sentó con ellos para tomar el sosiego que la multitud no les permitia en la llanura.

No tardó en volver á bajar con sus discípulos y presentarse en medio de las gentes, que tambien habian descansado. Principió por predicarles el reino de Dios y enseñarles las verdades que deben saberse y practicarse para conseguirle; y despues de esta divina instruccion, pasó, segun costumbre, á la curacion milagrosa de los enfermos. Habia muchos de estos, que luego se acercaron al Señor y fueron todos curados. En los ejercicios de enseñar á los ignorantes y sanar á los enfermos, ocupó el divino Maestro una gran parte del dia, y cuando ya llegaba la noche, le dijeron los discípulos: El lugar en que nos hallamos es un desierto, y la tarde se acaba; despachad, Señor, las gentes para que vayan á comprar alimento en los pueblos. Estaba el Señor tan ocupado de hacer bien, que al parecer nada advertia. Levantó entonces sus ojos, y aunque vió que era muy grande la multitud, no trató de despedirla, sino de socorrerla.

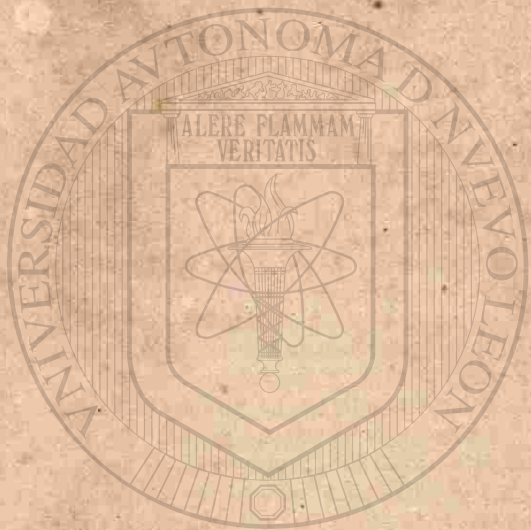
Da de comer á cinco mil hombres con cinco panes
y dos peces.

No tienen necesidad, les dijo, de ir á los pueblos; dadles de comer vosotros; y dirigiéndose á Felipe, le preguntó: ¿Dónde compraremos panes para que coman todos estos? Lo decia el divino Maestro para probar la fe y confianza de su discípulo, pues Él sabia bien lo que habia de hacer. Sorprendido Felipe con esta pregunta, y sin que le pasase por la imaginacion que Jesueristo tenia poder para todo, respondió en su sorpresa: Doseientos denarios (monedas de plata como de dos reales) no serán bastantes para comprar pan



suficiente á comer cada uno un poquito; sin embargo, irémos á comprar esta cantidad y se la repartiremos. ¿Cuántos panes teneis? dijo Jesucristo. Id y vedlo; y solo hallaron cinco panes de cebada y dos peces, que tenia un muchacho; pero ¿qué es esto, dijo Andrés, entre tantos? Y mandó el Señor que les hiciesen sentar por compañías de ciento y de cincuenta sobre la yerba. Habia en aquel sitio mucho heno recién segado, que proporcionaba asientos y camas muy mullidas, y se sentaron y recostaron cinco mil hombres, sin contar las mujeres y niños, que serian á lo menos otros cinco mil, y venian á componer diez mil personas. Colocados todos en orden, tomó Jesucristo los panes y los peces; levantó sus divinos ojos al cielo; dió gracias á su eterno Padre por el poder que le habia dado; bendijo los panes y los peces; y mandó á los apóstoles que los distribuyesen. De las poderosas manos del Hijo de Dios pasaban los panes y los peces á las de los apóstoles, y estos los iban distribuyendo por las diversas reuniones de ciento y de cincuenta que habian formado. En acabando de repartir lo que llevaban, volvian á cargarse de nuevo, sin que cesasen de aumentarse los panes y los peces en las manos benditas de Jesus, ni los apóstoles de distribuirlos, hasta que todos, hombres, mujeres y niños quedaron satisfechos.

Mandó entonces el Señor á sus apóstoles que recogiesen, para que no se perdiesen, los pedazos y reliquias que de los cinco panes y los dos peces habian quedado, despues de satisfecha cumplidamente la necesidad de diez mil personas. Y los apóstoles recorrieron la vasta mesa que se habia tendido en aquella espaciosa llanura, y llenaron doce cestos de los fragmentos que habian sobrado.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

Quiere la multitud proclamar rey al Señor, y el Señor lo impide.

Un milagro tan ruidoso debía tener ruidosas consecuencias, y se habrían seguido sin duda, si Jesucristo no las hubiera impedido. No dudaron los pueblos que Jesús era el Mesías que había de venir á salvar á Israel; pero como vivían persuadidos, aunque erradamente, de que el Mesías había de ceñir corona real y llevar cetro en su mano, determinaron adornarle con estos atributos de la majestad, colocarle sobre un trono que formarían de sus capas, como hicieron sus ascendientes con el famoso Jehú, y proclamarle rey. Conviniéron en ejecutarlo sin pérdida de tiempo; mas como no estaban seguros de que consintiese en ello Jesucristo, guardaron mucho secreto acerca de su resolución. Vió Jesús, á cuyo conocimiento nada podía ocultarse, que vendrían para arrebatarle y hacerle rey, y luego mandó á sus apóstoles que entrasen en un barco y que navegasen hácia Betsáida, al otro lado del lago de Genesareth, mientras que su Majestad se desprendía de las gentes. Era ya tarde, y Jesucristo, despues de haber dado de comer á las turbas, hizo que divididas por tribus y familias fuesen á pasar la noche en las aldeas y lugares cercanos. Estaban muy resueltos á proclamarle rey; pero no era ya posible en aquella tarde, porque llegaba la noche, y así determinaron suspenderlo hasta el día siguiente.

Peligran los apóstoles en el mar, y Jesucristo les saca del peligro.

Luego que se retiró la multitud, Jesucristo subió á orar á un monte inmediato, y cuando vino la noche, estaba orando allí solo. En este tiempo iban los após-

toles navegando con bastante trabajo, porque se había levantado un viento contrario y muy fuerte. Llegó la noche, y entre las tinieblas, el naufragio se hacia mas inminente. La navecilla fué llevada á lo mas alto y peligroso del mar, y despues de remar todos por mas de diez horas, se hallaron al venir el día como una legua distantes del embareadero. Jesucristo les veía trabajar al timon y al remo, y despues de haberles dejado pelear con el furioso elemento, sin que se quejasen ni desmayasen, trató de sacarles del peligro. Pasó del monte al mar, y á la hora que hemos dicho venia el Señor de los mares andando sobre el de Galilea hácia la nave.

Cuando le vieron acercarse, creyeron que era un fantasma, y comenzaron á exclamar asustados. Entonces Jesús les habló, diciendo: No temáis, yo soy, tened confianza. Señor, si sois vos, dijo al momento Pedro, mandadme venir á vos sobre las aguas; y dijo el Señor: Ven. Luego se arrojó Pedro de la barca, y andaba sobre el agua para venir á Jesús. Estaba ya muy cerca del Señor, cuando se levantó un recio viento, y como principiase á hundirse, exclamó: Salvadme, Señor. Extendió Jesucristo su mano, tomó la de Pedro, y llevándole á la nave, le dijo: Hombre de poca fe, ¿por qué causa dudaste (sabiendo mi poder)? Pedro no se excusó de su poca fe, pero habiendo entrado en la nave, llevado por su divino Maestro, se postró á sus soberanos piés con los demás que habían quedado en ella, y todos adoraron al Señor, diciendo: *Verdaderamente vos sois Hijo de Dios.* La borrasca cesó en este instante; el mar quedó enteramente tranquilo, y la nave caminó viento en popa hasta llegar á tomar tierra á la otra parte del lago.

Sanan los enfermos con solo tocar la punta del vestido del Señor.

Allí desembarcó el divino Maestro con sus discípulos, y al momento fué conocido. Comenzó luego á recorrer toda aquella region, acercándose siempre á Cafarnaun, y donde quiera que entraba, fuese en aldeas, en villas ó en ciudades, ponian los enfermos en las calles, y le rogaban que les permitiese tocar, siquiera la orla ó punta de su vestido, y todos los que le tocaban quedaban sanos. Empleado en estos ejercicios de caridad, llegó á Cafarnaun. Era vispera de sábado y desde ella se concurría á las sinagogas á celebrar la fiesta. Jesucristo acudió á la que habia en Cafarnaun, y en ella instruía y predicaba al pueblo.

La multitud que habia quedado á la otra parte del mar y dormido en los pueblos cercanos, vino al día siguiente muy temprano á buscar á Jesucristo con el empeño de alzarle por rey. Habían visto que no se embarcó con sus discípulos, y creyeron que le hallarian en el desierto, donde habia multiplicado los panes y los peces; pero por mas diligencias que hicieron, no pudieron hallarle hasta que supieron que estaba en Cafarnaun. Luego vinieron á la ciudad, unos por mar y otros por tierra, y le encontraron, no ya en Cafarnaun, sino al otro lado del mar, y admirados le dijeron: Maestro, ¿cómo habeis venido aquí (no habiéndoos embarcado con vuestros discípulos)? Jesucristo nada contestó á una pregunta que nada importaba; y en vez de respuesta, les dirigió una reprension, que al mismo tiempo que les apartaba del empeño de proclamarle por rey, les rectificaba las ideas, y les enseñaba grandes verdades.

Les habla del alimento espiritual.

Vosotros me buscáis, no por haber visto los portentos de mi poder, multiplicando los panes, sino porque os dí de comer. Trabajad, no tanto por la comida que parece, cuanto por la comida que permanece hasta la vida eterna, la cual os dará el Hijo del hombre. (Esta comida es el mismo Jesucristo en su adorable cuerpo, en su Santo Espíritu, en su palabra divina y en su divina gracia.) Pues ¿cómo nos conducirémos, le dijeron, para hacer las obras de Dios (que conducen á la vida eterna)? Y respondió Jesus: Esta es la obra de Dios, que creais en aquel que El envió (que es el mismo que os habla). ¿Pues qué milagro haceis para que le veamos y os creamos? Porque tambien nuestros padres comieron el maná (el pan del cielo) en el desierto, y por eso está escrito: Pan del cielo les dió de comer. En verdad, contestó Jesucristo, en verdad os digo, que Moises no dió á vuestros padres el pan verdadero del cielo (sino una representacion, una imagen del pan verdadero del cielo), porque el pan verdadero del cielo es aquel que bajó del cielo y da vida al mundo. Jesucristo es el verdadero pan del cielo, que bajó del seno de su eterno Padre para encarnar, hacerse hombre, dar la vida por los hombres y quedarse en la Eucaristía, como un pan divino para alimentar á las almas, dar vida á todos los hombres y ser la vida del mundo.

Ellos entonces le dijeron: Dadnos, Señor, siempre de ese pan; y les dijo el Señor: Yo soy el pan de la vida. El que viene á mí, no tendrá hambre; y el que cree en mí, no tendrá sed. Los Judíos murmuraban del Señor, porque habia dicho: Yo soy el pan de la vida; y decian: ¿Por ventura no es este el hijo de José, cuyo padre y madre conocemos nosotros? No murmureis entre vosotros, les dijo el Señor. Nadie puede venir á mí, si mi Padre, que me envió, no le trajere. En verdad,

en verdad os digo, que aquel que cree en mí, tiene la vida eterna. Yo soy el pan vivo, que descendí del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente. Sabed que el pan que yo daré por la vida del mundo, es mi carne (es mi cuerpo clavado en la cruz y consagrado en el altar).

Entonces comenzaron los Judíos á altercar unos con otros y decir, ¿ cómo puede darnos este su carne á comer? Creían estos Judíos carnales que Jesucristo prometía dar á comer su carne, como cualquiera otra carne. En verdad, dijo Jesucristo, en verdad os digo, que si no comiereis (consagrada) la carne del Hijo del hombre y bebiereis (consagrada) su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y yo le resucitaré (para la gloria) en el último día; porque mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida; y el que come mi carne y bebe mi sangre, en mí está y yo en él.

Inconstancia de algunos discípulos y firmeza de los apóstoles.

Esto dijo el Señor, enseñando en la sinagoga de Cafarnaun, adonde había vuelto el sábado dejando el desierto; pero cuando muchos de sus discípulos hubieron oído esto, dijeron: Dura es esta doctrina, ¿ y quién la puede oír? Entonces Jesucristo, sabiendo las murmuraciones secretas de sus discípulos, les dijo: Esto os escandaliza, ¿ pues qué sería si viéseis al Hijo del hombre subir adonde estaba antes? El espíritu es el que da vida, la carne nada aprovecha. Las palabras que yo os he dicho, son espíritu y vida. Mas hay algunos de vosotros que no creen. Sabía Jesucristo desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién le había de entregar. Desde este discurso muchos de sus discípulos volvieron atrás, y no andaban ya con Él. ¿ Que-

reis, dijo aquí el Señor á los doce apóstoles, queréis iros también vosotros? ¿ Y á quién iremos? Señor, respondió Pedro asustado. Vos tenéis palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y conocido que vos sois Cristo Hijo de Dios. Pedro se adelantaba mucho, respondiendo así por todos á su divino Maestro, que los conocía á todos mejor que nadie, y dijo á Pedro: Yo os he elegido á los doce, y sin embargo hay uno de vosotros que es diablo. Esto lo decía por Judas Iscariote, que le había de entregar (á sus enemigos). No había de tener efecto esta traición hasta después de un año, contado desde el día en que la profetizaba el Señor, y ciertamente que era necesario que Judas fuese un diablo, como le llamó Jesucristo, para no abandonar su horrible proyecto en el discurso de un año, que aun vivió con el Señor, viendo y siendo testigo de su santísima vida, de sus prodigios y de la caridad con que le trataba.

Los apóstoles toman espigas en día de fiesta, y los fariseos se escandalizan.

El sábado primero del segundo mes después de la celebración de la penúltima Pascua (en la que no se halló el Señor ni sus apóstoles) salió su Majestad á recorrer la campiña, en aquella distancia que permitía el día santo del sábado. Iban con Él sus apóstoles, y le seguía mucha gente del pueblo y también algunos fariseos, porque estos hombres nunca le perdían ya de vista para desacereditar su conducta y prodigios delante de la multitud, cuya estimación temían, y que era el único obstáculo para ejecutar su proyecto de quitarle la vida. Pasando el Señor y los que le seguían por las márgenes de los sembrados, los apóstoles, que tenían necesidad, y no habían podido preparar alimento á causa de las urgentes ocupaciones de su ministerio, tomaban al-

gunas espigas, las desgranaban entre las manos y comían los granos.

Los apóstoles obraban sin escrúpulo; el Señor, que les estaba mirando, no les prohibió este pequeño alivio de su necesidad, y era preciso ser de un genio muy malo para tener que notar en esto y oponerlo, no á la ley de la justicia con la que podía tener mas encuentro, sino á la ley de la fiesta; pero los hombres de esta malignidad nada ven que les parezca inocente en aquellos que aborrecen, bien que de otra manera no seria fácil perder á un enemigo virtuoso, si se hubiera de aguardar á que cometiese delitos. Los fariseos que se habian mezclado con el pueblo, que seguia al Señor, sin escandalizarse realmente, se dieron por muy escandalizados. Desde luego se dirigieron á los apóstoles, y muy serios, les echaron en cara la trasgresion de la ley: ¿Cómo, les dijeron, os atreveis á hacer lo que no se permite en el día del sábado? No sabemos lo que les contestaron los apóstoles, ni aun si les contestaron; lo que sabemos es, que luego fueron á su divino Maestro y le dijeron en tono de reprension: ¿No veis que vuestros discípulos hacen lo que no es lícito en sábado? ¿Y no habeis leído vosotros, les contestó el divino Maestro, lo que hizo David, cuando él tuvo hambre y los que estaban con él? ¿Cómo entró en la casa de Dios en el tiempo de Abiatar, príncipe de los sacerdotes, y comió los panes de la proposicion, de los cuales no era lícito comer sino á los sacerdotes, y aun dió de comer á los que iban con él? ¿Ó no habeis leído en la ley, que los sacerdotes en el templo quebrantan el sábado y no pecan? Si supierais que el Señor prefiere la misericordia al sacrificio, jamás condenaríais á los inocentes. El sábado ha sido hecho por el hombre, y no el hombre por el sábado. No quedaron satisfechos los fariseos con estas razones, porque nada escuchaban. Pero el sábado siguiente entró el divino Maestro en la sinagoga y enseñaba con milagros esto mismo.

Cura á un manco en dia de fiesta y confunde á los fariseos.

Habia allí un hombre que tenia seca la mano derecha y debia ser motivo de un milagro. Estaban observando á Jesucristo los escribas y fariseos para ver si curaba en sábado y tener de que acusarle; su ansia de perderle no les permitió esperar á que curase al manco para principiar á acusarle, y le hicieron una pregunta muy á propósito para conseguirlo. ¿Es lícito, le dijeron, curar en dia de sábado? Ellos esperaban, ó un sí, para acusarle con la ley; ó un no, para acusarle con su hecho; porque ya habia curado antes en dia de sábado; pero Jesucristo, que estaba viendo sus pensamientos, nada contestó, y dirigiendo su palabra al hombre que tenia la mano seca, levántate, le dijo, y mántente de pié ahí en medio; y el hombre se levantó y puso de pié en medio de todos. Entonces Jesucristo les hizo una pregunta que les redujo al silencio. Decidme, les preguntó, ¿es lícito hacer bien ó hacer mal en los sábados? ¿Salvar la vida ó quitarla? ¿Quién de vosotros, que tenga una oveja, si esta cayere en un hoyo en dia de sábado, no echará la mano (por no trabajar en dia de sábado) y la sacará de él? ¿Cuánto mas vale el hombre que la oveja? Lícito es, pues, hacer bien en los sábados: y entonces mirándoles con indignacion, y condolido al mismo tiempo de su ceguedad, dijo al hombre (que se mantenía de pié), extiende tu mano; y él la extendió y fué sanada la mano. Los escribas y fariseos al verlo se llenaron de insipienca, y en su fatuidad hablaban los unos con los otros sobre lo que harían con Jesucristo. Creyeron que no bastaban solos para perderle y que necesitaban socorro, y luego se fueron á los herodianos ó cortasenos de Herodes, y consultaban con ellos. No les traía mucha honra esta compañía, porque los herodianos pasaban por hombres sin religion; pero ¿adónde ne se recurre

cuando se trata de perder á un rival? Jesucristo, que veía sus intenciones, se retiró, para no ser víctima de su odio antes de tiempo, porque aun no había llegado el señalado por su eterno Padre para consumir el sacrificio.

Jesucristo se encamina á la ribera del mar y la multitud le sigue.

Mientras que los enemigos de Jesucristo buscaban quien les ayudase á perderle, el Señor se encaminaba á la ribera del mar de Galilea á hacer nuevos beneficios. Luego le siguió una multitud innumerable que había venido de la Galilea, de la Judea y de los países del otro lado del Jordán, de Jerusalen, de la Idumea y hasta de los contornos de Tiro y Sidon, atraída de la doctrina celestial que enseñaba y de los milagros que hacía. Entre esta multitud había muchos enfermos y energúmenos, y Jesucristo les curaba á todos. Los espíritus inmundos, luego que le veían, se postraban delante de Él y clamaban: Tú eres el Hijo de Dios; pero el Señor les amenazaba fuertemente para que no le descubriesen. Por otra parte los enfermos le oprimían procurando acercarse, porque ya era sabido que bastaba tocar sus vestidos para sanar de cualquiera enfermedad que padeciesen; y en efecto, todos le tocaron y todos quedaron sanos. Ordenó el Señor á los enfermos, llevado de su caridad, que no publicasen sus milagrosas curativas para no irritar mas á los fariseos, á quienes acababa de humillar tan profundamente.

Mansedumbre de Jesucristo.

Era tal la mansedumbre de Jesucristo, que cuando la gloria de Dios, ó la dignidad de su ministerio no le precisaban, queria mas no recibir el honor que se le debía, que mortificar, recibéndole á sus enemigos. Así se cum-

plia lo que había dicho Dios por el profeta Isaías: Hé aquí mi amado en quien tengo mi complacencia. (Él es mi Hijo por naturaleza, y se ha echo mi siervo por obediencia). Él anunciará la justicia á las gentes y mostrará la salud á las naciones. No porfiará, no acabará de quebrar la caña medio quebrada, ni de apagar la mecha medio apagada. Tal es la pintura que de la mansedumbre de Jesucristo nos hace el Espíritu Santo.

Después de tantas curativas, el Señor se retiró á la ribera del mar y mandó á sus apóstoles que le previnieran un barco, en el que pudiese entrar para que no le oprimiese la gente. Así lo hicieron, y luego que Jesucristo se embarcó, le dejó la multitud. Entonces el Señor bajó á tierra y se volvió con sus discípulos á Cafarnaun.

Cura á un endemoniado, ciego y mudo.

No bien había entrado en la ciudad, cuando le presentaron un hombre poseído del demonio, ciego y mudo. Las atenciones que queria guardar con los fariseos para no hacerles peores, no debían llegar al extremo de impedirle que obrase milagros é hiciese bien á los hombres. Habían bajado de Jerusalen á Cafarnaun muchos escribas y fariseos, ora fuesen los mismos que hallaron en la curativa milagrosa del manco, ora fuesen otros que, creyéndose mas ástutos para perder á Jesucristo, viniesen de nuevo. El enfermo que ahora se ofrecía al Señor, padecía tres males, capaz cada uno de probar el divino poder. Estaba poseído del demonio, ciego y mudo, y el Señor sin dejarse rogar, como en otras ocasiones, libró al hombre del demonio, le dió vista y oído, y todo lo hizo en un momento. Había concurrido, como siempre, una multitud, y todos quedaron asombrados al ver tantos prodigios á un tiempo. ¿Por ventura, decían, no es este el hijo de David? (¿el heredero de su

trono? ¿el que debe ser rey de Israel? ¿el Mesías prometido?)

El convencimiento y los elogios del pueblo desesperaban á los escribas y fariseos, que á nada cedían. ¿Pero qué partido podían tomar en el caso presente? Los prodigios eran incontestables. Las curativas habían sido simultáneas y en un solo momento, el hombre que había recibido este inmenso beneficio, ni era infiel, ni extranjero; era un descendiente de la casa de Jacob, un discípulo de Moisés; y los milagros no se habían hecho en sábado. Parecía que no había arbitrio para negar el poder infinito de Jesucristo y por consiguiente para negar su divinidad. Pero ¿cuándo las lenguas, aguzadas por el aborrecimiento, se redujeron al silencio?

Atribuyen los escribas y fariseos al demonio los milagros de Jesucristo.

Este, dijeron los escribas y fariseos, este (con tanto desprecio hablaban de Jesucristo) no arroja los demonios (por poderío de Dios) sino por fuerza de Beelzebub, príncipe de los demonios. La blasfemia era horrible y Jesucristo no juzgó desentenderse ahora de ella, como lo había hecho antes. Todo reino, les dijo, dividido contra sí mismo, será arruinado; y toda ciudad y toda casa, dividida contra sí misma, no subsistirá. Si Satanás, pues, arroja á Satanás, ¿cómo subsistirá su reino? Y si yo arrojo los demonios en nombre de Beelzebub, ¿en nombre de quién los arrojan vuestros hijos? (Lo decía por sus exorcistas y aun por los mismos apóstoles, que todos eran hijos del pueblo de Israel.) Por tanto ellos serán vuestros jueces. Pero si yo arrojo los demonios en nombre de Dios, sin duda ha llegado á vosotros el reino de Dios; que fué decir: los hombres arrojan los demonios en nombre de Dios solo para hacer bien á los hombres, pero no para probar que son hijos de Dios. Yo arrojo

los demonios y obro multitud de prodigios, no solo para hacer bien á los hombres, sino también, y principalmente, para probar que soy Hijo de Dios; luego si yo arrojo los demonios en nombre de Dios, como vuestros hijos, y en prueba de que soy Hijo de Dios, además, sin duda ha llegado á vosotros el reino de Dios, el reino del Redentor y Salvador de los hombres, el reino del Mesías, el reino del Hijo de Dios. ¿Ni quién puede entrar, añadía Jesucristo, en la casa del fuerte y quitarle sus alhajas, si antes no le ata y sujeta? Jesucristo sujetaba á Satanás y le quitaba sus alhajas; luego no en virtud del príncipe de los demonios arrojaba los demonios, sino contra el poderío del príncipe de los demonios.

Los escribas y fariseos, testigos de las obras de Jesucristo, debían conocer todas estas verdades, mas se obstinaban en no mirarle como Mesías, porque no era rico y poderoso; sin embargo, no se atrevían ya á oponerse á tantas y tan incontestables pruebas, y se contentaban con ser, como los incrédulos de nuestros días, unos hombres indiferentes; pero las pruebas habían llegado á un estado de evidencia que no permitían esta indiferencia; y así les dijo Jesucristo: Que no declararse por Él, era ser sus enemigos; que no unirse con Él para congregar las ovejas de Israel, era dispersarlas y perderlas. Quien no es conmigo, les dijo, es contra mí; y el que no congrega conmigo, derrama.

Dificultad del perdón de la blasfemia.

Los escribas y fariseos habían proferido horribles blasfemias, y Jesucristo tampoco quiso dejar pasar sin reprensión estos delitos. En verdad os digo, prosiguió, que todos los pecados y blasfemias que profirieren los hijos de los hombres (por ignorancia ó por flaqueza), les serán perdonados (si piden perdón y hacen penitencia); pero el que blasfemare contra el Espíritu

Santo (que es pecado de pura malicia), nunca tendrá perdón (no porque haya pecado imperdonable, sino porque su malicia no permitirá que pida perdón y haga penitencia); y vendrá á ser reo de un pecado eterno. Los escribas y fariseos estaban cargados con este delito, porque habian dicho que Jesucristo tenia Beelzebub, y que en nombre de este príncipe de los demonios arrojaba los demonios, y era decir: que el Espíritu Santo, de que estaba lleno Jesucristo, era Beelzebub, príncipe de los demonios; y que los demonios que arrojaba Jesucristo en virtud del Espíritu Santo, los arrojaba en virtud de Beelzebub, príncipe de los demonios. Vuelvo á decir, que la blasfemia era horrenda, y que no era mucho que Jesucristo la mirase como un pecado imperdonable. Aquí Jesucristo, lleno de indignacion, dirigió á los escribas y fariseos una reflexion que debiera haberles hecho temblar; pero que apenas hizo en ellos una ligera impresion. Raza de víboras, les dijo, ¿cómo habeis de poder hablar cosas buenas siendo vosotros malos? Porque (es sin duda que) de la abundancia del corazón habla la boca. El hombre bueno del buen tesoro (del buen corazón) saca buenas cosas, y el hombre malo del mal tesoro (del mal corazón) saca malas cosas. Haced bueno el árbol, y el fruto será bueno; pero si le haceis malo, su fruto será malo, porque como es el árbol, así es el fruto; que fué decirles: Si el diablo, que es el árbol, es malo, los frutos de este árbol, que son las obras, serán malos; y por consiguiente, si las obras que yo hago son buenas, no pueden ser obras del diablo. Así discurre san Jerónimo sobre este pasaje.

Piden los escribas y fariseos un milagro á Jesucristo y el Señor se le niega.

Entonces dijeron algunos de los escribas y fariseos: Maestro, queremos ver una señal (un milagro) de ti.

Testigos estos hombres perversos de una multitud de milagros, piden otros nuevos para hacer nuevas contradicciones, para calumniarlos todos y no rendirse á ninguno; pero Jesucristo, á quien, por decirlo así, se escapaban los milagros cuando se le pedian con humildad y confianza, no queria entregarlos á una malignidad soberbia é impía. Señal pide esta generacion perversa y adúltera, dijo Jesucristo con aquella indignacion que merecia semejante peticion, y no se la dará otra que la de Jonás profeta. Así como Jonás estuvo tres dias y tres noches en el vientre de la ballena, así el Hijo del hombre estará tres dias y tres noches en el corazón de la tierra (en el sepulcro); y así como Jonás fué una señal para que los Ninivitas hiciesen penitencia, así el Hijo del hombre lo será para que la haga esta generacion; pero ¡ay! los Ninivitas se levantarán en juicio contra esta generacion y la condenarán; porque ellos hicieron penitencia en la predicacion de Jonás, y esta generacion no la hará en la predicacion del Hijo del hombre; y ¿cuánto mas es este que Jonás? La reina del Austro (de Saba) se levantará en juicio contra esta generacion y la condenará; porque vino de los fines de la tierra á oír la sabiduría de Salomon, y esta generacion no oirá la sabiduría del Hijo del hombre, y ¿cuánto mas es este que Salomon?

Vienen á Cafarnaun á ver á Jesucristo su santísima Madre y parientes.

Aun estaba reprendiendo Jesucristo á los escribas y fariseos, cuando llegaron de Nazareth á Cafarnaun su Madre santísima y sus hermanos (parientes); pero era tanta la gente, que no solo estaba llena la sala en que predicaba el Señor, sino tambien las avenidas, de modo que no era posible verle; y no pudiendo entrar, le enviaron á llamar. Estaba rodeado de la multitud, cuando le

dijeron : Vuestra Madre y vuestros hermanos os esperan afuera, porque no pueden entrar. Amaba Jesucristo á su benditísima Madre con la mayor ternura, y guardaba mucha atención á aquellos que se juzgaba ser sus hermanos ó parientes ; pero á la sazón no era tiempo ni ocasión de manifestar, ni su ternura, ni sus miramientos. Estaba ocupado en la obra á que le había enviado su eterno Padre, que era la salvación de los hombres, y para esto no había diferencia entre padres, hermanos, parientes, ni alguno de todos los mortales. ¿Quién pensais, dijo Jesucristo á los que le daban el aviso, quién pensais que son mi Madre y mis hermanos? Y mirando á los que le rodeaban ; hé aquí, dijo, mi Madre y mis hermanos. Mi Madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios y la guardan. Cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano, mi hermana y mi Madre. Las gentes estaban embelesadas oyendo á Jesucristo ; pero esto no impidió que al fin se hiciese lugar para que entrase su santísima Madre y hermanos, le viesen, le hablasen y le manifestasen su cariño.

Habla Jesucristo á las turbas en parábolas.

Era tal la multitud que concurría diariamente á oír á Jesucristo, que le fué preciso salir de la casa de Cafarnaun y dirigirse á la ribera del mar. Le siguieron las gentes, y para no ser oprimido, entró en una barca, que le sirvió de cátedra, para enseñar desde ella á la multitud, que luego se colocó sobre la ribera. La presente instruccion fué una serie de parábolas ó comparaciones, segun la costumbre del país y del tiempo.

Primera, sobre la semilla.

Tomó el Señor la primera de la semilla que se siembra en la tierra. Salió uno á derramar su simiente, dijo, y cuando la derramaba, cayó una parte junto al camino, y fué pisada y se la comieron las aves del cielo. Otra cayó sobre piedra, y aunque nació, se secó luego, porque no tenía humedad. Cayó la tercera entre espinas, y tambien nació, pero creciendo las espina con ella la sofocaron. La cuarta cayó en buena tierra, y nació y dió el fruto de ciento por uno. Dicho esto, clamaba, *el que tenga oidos, que oiga*. Era este un proverbio que usaban los orientales para dar á entender que pedía meditación aquello que se decia. Los discípulos entonces se acercaron al divino Maestro y le preguntaron : ¿Porqué hablais en parábolas á las gentes (y no claramente como á nosotros)? Porque á vosotros (que estais bien dispuestos), les respondió el Señor, porque á vosotros es dado conocer los misterios del reino de los cielos ; á los demás (porque generalmente no lo estan) solo les es dado conocerlos en parábolas. No quiso el Señor, aunque dió esta respuesta, dejar desairados á sus discípulos, que al parecer deseaban que hablase á las turbas sin parábolas, y explicó por sí mismo lo que acababa de proponer, diciendo :

Su explicacion

La semilla es la palabra de Dios. La que cayó al lado del camino, es la que cae en aquellos que la reciben descuidadamente, y luego viene el diablo, y (aprovechándose de su descuido) la quita de su corazón para que no se salven, creyendo. La que cayó sobre piedra, es la que cae en aquellos que, cuando la oyen, la reciben con gozo ; pero, como no echa raíces en ellos, creen

en el tiempo de la bonanza, y vuelven atrás en el tiempo de la tentacion. La que cayó entre espinas, es la que cae en aquellos que la oyen con atencion, pero la sofocan despues entre los afanes, las riquezas y los deleites de la vida. En fin, la que cayó en buena tierra, es la que cae en aquellos que la oyen con buen deseo, y reteniéndola en un corazon muy sano, lleva su fruto en la paciencia. Cuidado cómo la oís, porque aquel que ya tiene la divina palabra, le será aumentada, y al que no la tiene, aunque piense tenerla, le será quitada. Como habia principiado el Salvador por una parábola, tomada de la agricultura, en la que se ocupaban mucho los Judíos, continuó en valerse de ella, y les propuso otra, diciendo :

Segunda, sobre el trigo y la zizaña.

El reino de los cielos es semejante á un hombre que sembró buena simiente en su campo. Cuando dormían sus criados, vino el enemigo y sembró zizaña (ballico) en medio del trigo, y se fué. Habiendo crecido el trigo y salido la espiga, se dejó ver tambien la zizaña mezclada con él. Entonces admirados los criados, le dijeron : ¿ Por ventura no sembrásteis buena simiente en vuestro campo? ¿ Pues cómo es que tiene zizaña? El hombre enemigo lo ha hecho, les dijo. ¿ Quereis, le preguntaron, que vayamos y la arranquemos? No, les respondió el señor, no sea que arrancando la zizaña, arranqueis tambien el trigo. Dejad que uno y otro crezca hasta la siega; entonces yo diré á los segadores: Coged primero la zizaña y atadla en hacesillos para quemarla, y recoged despues el trigo en mis trojes. Continuó Jesucristo proponiendo una tercera parábola, sacada tambien de la agricultura.

Tercera, sobre la siembra y la siega.

Figuraos, les dijo, un hombre que ha sembrado trigo en su campo : trabaja mucho en el tiempo de la sementera ; pero descansa despues hasta que llega el tiempo de la siega. Entretanto que él descansa, la tierra fructifica de suyo ; primero, yerba y caña, despues espiga, y por último grano, que madura en la espiga, y entonces echa el dueño la hoz porque ha llegado el tiempo de la siega. Toda esta parábola era una pintura de la Iglesia de Jesucristo, desde su nacimiento hasta su fin, que ha de ser el del mundo. Trabajó mucho Jesucristo para plantarla, hasta dar su sangre y su vida por ella ; descansa ahora en el reino de su gloria, mientras que ella fructifica, formando sus escogidos ; y cuando se haya madurado el fruto, cuando se haya completado este número, entonces arrojará para siempre en el fuego, hasta el último hacecillo de zizaña ; segará el trigo y le recogerá en su panera, esto es, le colocará en el templo de su gloria.

Cuarta, sobre el grano de mostaza.

Continuando Jesucristo en hablar de su Iglesia, propuso otra parábola, diciendo : ¿ Á quién asemejaré el reino de Dios? Semejante es el reino de los cielos á un grano de mostaza que tomó un hombre y le sembró en su campo. Este grano es el menor de todas las semillas, pero despues que crece es mayor que todas las legumbres, y llega á hacerse como un árbol, en cuyas ramas vienen á anidar las aves del cielo. En las santas Escrituras por *reino de Dios* y por *reino de los cielos* se entiende con frecuencia la *Iglesia*; y lo que da á entender aquí Jesucristo es, que siendo tan reducida la Iglesia en su principio, llegará á ser como un árbol inmenso

que extenderá sus ramas por toda la tierra; que se acogerán á su sombra los reinos, y que las aves del cielo, en las que se entienden los reyes por la altura que ocupan, vendrán á anidar sobre ellas.

Quinta, sobre la levadura.

El Señor propuso otra en seguida, diciendo: El reino de los cielos (la Iglesia) es semejante á la levadura ó fermento que toma una mujer y lo envuelve en tres celemines de harina hasta que toda queda fermentada y aumentada maravillosamente. Esto es lo que se ha visto y verificado con la Iglesia de Jesucristo. Después de haber fermentado, por decirlo así, en un rincón de la tierra, se aumentó maravillosamente y ocupó todo el mundo. Estas pinturas de la Iglesia, hechas todas en parábolas, ocuparon á Jesucristo hasta el fin de la tarde, y dieron cumplimiento á la profecía de David, que hablando del Mesías, habia dicho: Abriré mi boca en parábolas, y revelaré los misterios escondidos desde el principio del mundo.

Despedidas las turbas, que le habian estado oyendo en la ribera del mar, se volvió desde la barca en que las predicaba en la casa donde habitaba en Cafarnaun, que se cree era la de la suegra de Pedro. Parecia ser este retiro para tomar algun alimento y descanso; pero no fué así. Apenas entró en la casa, cuando sus discípulos le suplicaron que les explicase la parábola de la zizaña, que era la que les habia parecido mas importante y que habian entendido menos. Siempre que se pedia á su Majestad la explicacion de alguna verdad, se le ofrecia una ocupacion que le era mas dulce que el alimento y descanso, y así no les hizo esperar la respuesta.

Explicacion de la parábola de la zizaña.

El labrador que siembra el buen grano, les dijo, es el Hijo del hombre. El campo en que siembra, es el mundo. La buena semilla, son los hijos del reino. La zizaña, son los hijos de la iniquidad. El enemigo que la siembra, es el diablo. El tiempo de la siega, es el fin del mundo; y los segadores, son los ángeles. Así como es recogida la zizaña (al tiempo de la siega) y entregada al fuego, así será al fin del mundo; enviará el Hijo del hombre á sus ángeles, recogerán de su reino todos los escándalos y todos los que obran la maldad, y los arrojarán en el horno de fuego. Allí será el llanto y el crujir de dientes, mientras que los justos resplandecerán, como sol, en el reino de su Padre. Jesucristo concluyó la explicacion que le habian pedido los apóstoles con estas palabras: El que tiene oídos para oír, oiga; dándoles á entender que debían meditar la explicacion que acababa de hacerles. Pasó en seguida á proponer otras breves, con las que acabó esta instruccion.

Tres parábolas sobre el tesoro, la margarita y los peces.

Es semejante, dijo, el reino de los cielos (la Iglesia) á un tesoro escondido en un campo, que habiéndolo descubierto un hombre, vuelve á esconderle, y va y vende gozoso cuanto tiene y compra aquel campo. En esta parábola nos enseña Jesucristo, segun san Crisóstomo, no solo á vender todo lo que tenemos por ser hijos de la Iglesia, y poseer el inmenso tesoro que tiene para cada uno de sus hijos, sino tambien á venderlo con gozo, como el hombre de esta parábola. Propuso otra el Señor, diciendo: Semejante es tambien el reino de los cielos á un hombre negociador, que busca bue-

nas margaritas, y habiendo hallado una de gran precio, fué y vendió todo lo que tenía y la compró. En estas margaritas pueden entenderse, según san Jerónimo, la ley y los profetas; pero en la margarita de gran precio se entiende el Evangelio. La última que propuso fué la de los peces. El reino de los cielos, dijo, es semejante á una red, que tendida en el mar, coge todo género de peces, y cuando está llena, los pescadores la sacan á la orilla, y sentados allí, escogen los buenos y los meten en vasijas, y arrojan á fuera los malos. Así será al fin del mundo, vendrán los ángeles y separarán entre los justos á los malos y les echarán en el horno de fuego. Allí será el llanto y el crujir de dientes. Aquí vuelve á decir Jesucristo lo que había dicho al concluir la parábola de la zizania acerca del horno de fuego, sin duda porque quería quedarse muy impreso en sus corazones, y añade: ¿Habeis entendido esto? Y ellos respondieron: También lo hemos entendido. ¡Ojalá que todos los cristianos entendiéramos bien lo que es aquel horno de fuego eterno, que espera á los malos, y que lo meditásemos continuamente para librarnos de aquel fuego espantoso!

Va Jesucristo á despedirse de Nazareth, su patria.

Habiendo concluido Jesucristo todas estas parábolas, salió de Cafarnaun y fué á Nazareth, su patria. Bien sabía el Señor que esta segunda visita, que iba á hacer á sus paisanos, no produciría mas frutos que la primera; sin embargo, quiso hacerla para que no pareciese que era un ingrato con ella. Entró acompañado ya de los doce apóstoles, que aun no había elegido cuando hizo la primera visita. Predicaba todos los sábados en las sinagogas y llenaba de asombro con su doctrina á todos sus oyentes. Admiraban la profundi-

dad de su sabiduría y la majestad de su Persona. Veían que todo en Él era grande, sus discursos, sus acciones y todo su porte. Sabían que hacía por todas partes infinitad de milagros... mas á pesar de todo esto, los frutos fueron tales como los de la primera visita. Todos estos antecedentes, que conducían incontestablemente á confesar su divinidad, vinieron á desaparecer con la memoria de que era hijo del carpintero José y de su esposa María. Así el Señor salió de Nazareth después de haber curado algunos enfermos, como última señal de amor á su patria, para no volver á entrar mas en ella; y fué á recorrer las aldeas y castillos vecinos, predicando por todas partes el reino de Dios.

Temores de Herodes.

Los portentos que obraba el Señor hacían célebre su nombre y ponían en cuidado á los grandes de la tierra. Herodes, al principio tetrarca y después rey de la Galilea, oía con frecuencia hablar de Jesucristo y de sus prodigios. Este príncipe, á juzgar por lo que hemos visto acerca de la prision y degollacion del Bautista, era un desenfrenado; y aunque no fuese naturalmente cruel, era á lo menos un cobarde, que no tenía bastante firmeza para detenerse en derramar la sangre humana, ya fuese por política, ó ya por condescendencia. Lo que vamos á ver nos le presentará como uno de aquellos hombres que se venden por espíritus fuertes, porque nada creen, y que no queriendo sujetar su entendimiento á la fe, ni por las mas poderosas razones, tienen siempre bastantes para vivir en una continua inquietud y no creer. Herodes con la continuacion de oír hablar de Jesus Nazareno, principió á entrar en recelos. No sabía qué pensar. Hacía que sus cortesanos le diesen lo que se hablaba de Él en la Galilea, y el juicio

que ellos mismos formaban. Este es Juan Bautista, que ha resucitado de entre los muertos, le decían unos. No: le decían otros. Es Elías que ha vuelto á la tierra, segun está profetizado. Ni es uno, ni es otro, le decían los terceros. Es uno de los antiguos profetas, séase Jeremías, Ezequiel, ó Isaías. Herodes se inclinó á la primera opinion y decía; Juan Bautista, á quien yo degollé, ha resucitado de entre los muertos, y las virtudes obran ahora en él mas que antes; porque hace milagros; sana á los enfermos y resucita á los muertos, lo que nunca hizo en el tiempo de su vida. Herodes deseaba verle para salir de sus dudas; pero Jesucristo, que no habia venido á la tierra á satisfacer la curiosidad de un impío, no quiso entregarse á sus manos y evadió todas sus pesquisas.

La reputacion del Salvador, que siempre crecia, puso á los escribas y fariseos en mayor cuidado que á Herodes. Estos se reunieron para tratar de hacer sospechoso al Señor, en cuanto al cumplimiento de la ley de Moises y las prácticas de la religion, persuadidos de que no lograrían perderle, si no le quitaban el apoyo de los pueblos, borrando la idea que estos tenían de su santidad. Salieron de Jerusalem y fueron á observar sus pasos á los pueblos cercanos, donde se hallaba predicando. Mas como á pesar de toda la astucia que sugiere la malignidad, nada encontraban reprehensible en la conducta de Jesucristo, trataron de hallarlo en la de sus discípulos, para hacer que recayese la culpa sobre su Maestro que lo permitia.

Los escribas y fariseos acusan á Jesucristo porque sus discípulos no se lavan las manos para comer.

Los Judíos no comían, siguiendo una práctica supersticiosa, sin lavarse antes muchas veces las manos, hasta

el codo, dice el texto griego. Tampoco comían cuando volvían de la plaza ó del mercado, si no se bañaban antes y cumplían otra multitud de prácticas supersticiosas, como lavatorios de jarros, de cántaros y de otras vasijas de metal, y hasta de las camillas que habían de servir para recostarse al comer. Todas estas prácticas eran una extension supersticiosa de algunas ordenanzas de Moises mal entendidas, con cuya adición las observancias legales, bastante onerosas de suyo, venían á ser intolerables.

Habiendo visto los escribas y fariseos en este viaje de observacion maligna que los discípulos de Jesucristo comían sin lavarse las manos, lo vituperaron altamente, y dirigiéndose á su Maestro, le dijeron: ¿Porqué no andan tus discípulos segun la tradicion de los ancianos, sino que comen pan sin lavarse las manos? Y Jesucristo les contestó con un tono severo: ¡Hipócritas! bien profetizó Isaías de vosotros cuando escribió: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. Vosotros abandonais la ley del Señor, y guardais la tradicion de los hombres, lavando los jarros y los cántaros, y haciendo otras muchas cosas semejantes á estas. Bellamente haceis vano el mandamiento de Dios por guardar vuestra tradicion; porque Moises dijo: Honra á tu padre y á tu madre, y vosotros enseñais: que (para honrarlos) basta al hijo decir á su padre ó su madre: *corban*; esto es, el don que yo ofreciere, á vosotros aprovechará, y no le permitis hacer mas por ellos, invalidando la palabra de Dios por vuestra tradicion.

Los pecados son los que manchan al hombre, y no el comer sin lavarse las manos.

Los escribas y fariseos enseñaban que los hijos cumplían la obligacion natural de sustentar á sus padres necesitados con presentar ofrenda en el templo, pues

por ella, decian, les será Dios favorable y cuidará de ellos. Esta era una doctrina parricida, porque enseñaba que debía preferirse la presentacion de las ofrendas voluntarias en el templo á la sustentacion necesaria de los padres; y además era temeraria, porque inducia á tentar al Señor queriendo que hiciese llover maná como en el desierto. Tal era la doctrina de aquellos escribas y fariseos que se escandalizaban porque los apóstoles no se lavaban las manos. Estos doctores de la ley debieron quedar bien mortificados con la contestacion de Jesucristo, pero queria el Señor que tambien la plebe quedase bien instruida en esta materia. Enseñaban tambien los escribas y fariseos que la perfeccion de la ley consistia en la eleccion de las comidas y la preparacion de los cuerpos para comerlas; que la carne de los animales, entrando en el estómago, purificaba por si misma, si era de los mundos, y manchaba, si era de los inmundos, sin contar con que la obediencia ó trasgresion de la ley era la que hacia buenos ó malos los manjares, y que, fuera del caso de prohibicion, todo era indiferente en materia de comida. Jesucristo habia hecho ver con motivo de la locion de las manos, que las preparaciones que la supersticion habia introducido, no eran parte de la ley, y ahora va á manifestar que las comidas por si mismas no manchaban la conciencia, sino la inobediencia á la ley, y llamando de nuevo la atencion de la multitud, les decia: Oidme todos y entended: ninguna cosa hay fuera del hombre, que entrando en él, le pueda manchar; pero las cosas que salen de él, esas son las que manchan al hombre. No mancha al hombre lo que entra en la boca, mas lo que sale de la boca (como las blasfemias, la maldicion, la murmuracion y demás pecados de la lengua) eso es lo que mancha al hombre. Si hay quien tenga oidos para oir, que oiga. Con esto concluyó el Señor su doctrina y despidió á la multitud, que se retiró tan gustosa de la justificacion que el Señor habia hecho de la conducta de sus disci-

pulos, como picados los escribas y fariseos de la afrenta que habian recibido.

Luego que el divino Maestro despidió á las gentes y entró en su casa, se le acercaron sus discípulos y le dijeron: ¿Sabeis que los fariseos se han escandalizado cuando han oido esta doctrina (que lo que sale de la boca es lo que mancha al hombre?) Y el Señor les dijo: Toda planta que no plantó mi Padre celestial, arrancada será de raiz. Dejadlos. Son ciegos y guías de ciegos, y si un ciego guia á otro ciego, necesario es que ambos caigan en el hoyo. Entonces le dijo san Pedro en nombre de todos: Explicadnos esa parábola (de la comida). ¡Qué! ¿tambien vosotros, les dijo el Señor, teneis tan poca inteligencia? ¿no sabeis que lo que entra en la boca va al vientre, y despues es arrojado? Las cosas que salen del hombre son las que manchan al hombre, porque del corazon del hombre salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las iniquidades, el engaño, las deshonestidades, la envidia, la blasfemia, la soberbia, la necedad... todos estos males de adentro proceden y manchan al hombre, pero el comer sin lavarse las manos, no es cosa que manche al hombre.

Viaje de Jesucristo á predicar en la Fenicia.

Habia mas de dos años que trabajaba el Señor sin intermision en el establecimiento del reino de Dios; y en este tiempo se habia dejado ya ver en casi todos los pueblos de la Palestina, á la cual se dirigia principalmente su mision. Á lo menos de todas partes habian acudido á verle y oirle, particularmente á su residencia ordinaria de Cafarnaun. Pueblos grandes y pequeños, hombres sabios é ignorantes, gente elevada y sencilla... todos habian procurado verle y oir su doctrina. Sin embargo, aun quedaban algunas tierras donde no se habia pre-

sentado, ó habia sido solo de paso. Quería su Majestad llenar toda justicia, y que ninguno de los hijos de Israel tuviera motivo para quejarse de que no habia sido atendido. La tierra de que habia estado siempre mas distante era la Fenicia, provincia de Siria, donde se hallaban las populosas ciudades de Tiro y Sidon. Encerraba esta provincia en sus limites una de las tribus de Israel, llamada de Aser. Esta tribu, como tambien las de Neptali, Zabulon y Manasés, sus vecinas, no habian destruido, segun la orden de Dios, á todos los idólatras, y estaban confundidas con ellos. Al presente estos idólatras llevaban el nombre de Fenicios, y á los Israelitas de estas tribus debia tambien Jesucristo su ministerio, porque eran una porcion del rebaño que habia de estar bajo de su inmediato cuidado por el tiempo de su vida mortal, y una parte del campo que habia de cultivar con sus propias manos. No sabemos, ni por cuánto tiempo, ni con qué efecto trabajó el Señor en estos países, y parece que los sagrados Evangelistas no nos hablan de este viaje, sino para enseñarnos que Jesucristo no desatendió porcion alguna del pueblo de Dios, y acaso tambien para oponer á la incredulidad de los hijos de Abraham la fe de una mujer extranjera.

Admirable constancia de una mujer cananea.

Al llegar á los contornos de Tiro y Sidon, una mujer cananea salió á su encuentro y clamaba, diciendo: Señor, Hijo de David, tened misericordia de mí. Mi hija es atormentada malamente por el demonio. El Señor no la respondió ni una sola palabra; pero la mujer, constante en su peticion, no cesaba de clamar: Señor, hijo de David, tened misericordia de mí. Conmovidos los apóstoles por los clamores lastimosos de esta mujer se acercaron á Jesucristo y le rogaban, diciendo: Despachadla, Señor (concediéndola lo que pide), porque

ella no cesa de clamar detrás de nosotros. Yo no soy enviado, respondió el Señor, sino á las ovejas que perecieron de la casa de Israel. Entonces la mujer, viendo que nada habian conseguido los apóstoles á favor de su hija, corre, se pone delante del Señor, y postrada, le adora, diciendo: Señor, valedme; y el Señor la dijo: No es bueno tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros. Teneis razon, Señor, contestó la mujer con viveza, que no es bueno dar á los perros el pan de los hijos: pero tambien los cachorrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores. Entonces dijo el Señor: ¡O mujer! grande es tu fe: hágase como quieres; y desde aquella hora quedó sana su hija. Esta tierna y fervorosa madre corre á su casa y encuentra á su hija echada en su cama y libre del espíritu que la atormentaba. Este suceso, que fué el fruto de una fe viva, de un deseo ardiente, de una confianza sin limites, y de una perseverancia á toda prueba, debe ser para nosotros una regla que haga eficaces nuestras oraciones, cuya falta las deja muchas veces sin fruto.

Curacion de un sordo y mudo.

Obrado este prodigio, salió Jesucristo de los contornos de Tiro, y pasando por Sidon, dió una larga vuelta por las fronteras de la Decápolis, ó las diez ciudades; predicó á los Judíos que habia en ellas el reino de Dios, y viniendo á la ribera occidental del mar de Galilea, subiendo á un monte, se sentó allí (á descansar de su largo y penoso viaje); pero como nunca se hallaba en algun punto sin que fuese conocido y anunciado por las vecindades, luego se halló rodeado de poseidos y enfermos de todas clases que á titulo de hijos de Jacob, juzgaban tener un derecho adquirido sobre su omnipotencia. El primero que le presentaron para ser curado, y el único cuya curativa se individualiza, fué un sordo y mudo. Jesucristo le sacó de

entre la multitud, metió los dedos en sus oídos, tomó saliva y le tocó con ella la lengua, y mirando al cielo, gimió (sobre su desgracia) y le dijo: *Ephphêta*, que significa abrir y desatar; y luego fueron abiertos sus oídos y desatada su lengua (y oía), y hablaba bien.

Ceremonia del Bautismo.

La Iglesia, inspirada por el Espíritu Santo, ha tomado de esta curativa milagrosa de Jesucristo algunas ceremonias, de que usa cuando confiere el Bautismo, para enseñarnos con ejemplo de este desdichado que quien va á ser bautizado esta sordo y mudo, por lo que mira á la palabra de Dios, y que necesita que se abran sus oídos para oír esta divina palabra; que se desate su lengua para confesar su fe, y que sea presentado á la Iglesia por los padrinos, como lo fué este hombre á Jesucristo por los que pedían su curación.

Otras curaciones milagrosas.

No es creible que Jesucristo hiciese con el mismo aparato la multitud de curas milagrosas que obró en este paraje. Pero como su infinita sabiduría tenía presente á toda la Iglesia, desde su nacimiento hasta su fin, quiso rodear de circunstancias singulares la curativa de este sordo-mudo para dar materia de ceremonias á su santo Bautismo. El sagrado historiador añade aquí: que las turbas que se juntaron al rededor de su Majestad, trajeron consigo mudos, ciegos, débiles y otros muchos enfermos; que los curó todos; y que pasmadas las turbas, viendo hablar á los mudos, andar á los cojos, y ver á los ciegos, magnificaban al Dios de Israel (porque había visitado á su pueblo). Concluida esta multitud de curaciones milagrosas, mandó Jesucristo, como lo había he-

cho ya muchas veces (acaso para no aumentar la envidia y el odio de los escribas y fariseos), que no dijese lo que habían visto; pero nadie se creyó obligado á una obediencia que la admiración, la alegría general y el agradecimiento hacían como imposible; y así cuanto mas repugnaba el Señor los elogios de tantas gentes, ó colmadas de beneficios, ó testigos de sus milagros, tanto mas ellas se admiraban y clamaban, diciendo: Todo lo ha hecho bien. Ha hecho oír á los sordos, y hablar á los mudos. Hacía ya algunos días que las turbas seguían á Jesucristo y debían haber consumido los alimentos que sacaron de sus casas; y el Señor, que veía su apurada situación, siempre compasivo y misericordioso, trató de remediarla.

Da de comer á cuatro mil hombres con siete panes y algunos peces.

Llamó á sus discípulos y les dijo: Me compadece esta multitud, porque hace tres días que están conmigo y no tienen que comer; yo no quisiera despedirles en ayunas, porque no desfallezcan en el camino. ¿Y cómo podremos, le dijeron los discípulos, hallar en este desierto tantos panes que basten á saciar esta multitud? ¡Parecía increíble que los apóstoles hicieran semejante pregunta, después de haber presenciado la multiplicación de los cinco panes y dos peces, y de haberlos repartido ellos mismos y satisfecho con ellos á mas de diez mil personas en el desierto de Betsáida hacía pocos meses! Pero ¡tan flaca era todavía su fe! Ellos debían haber dicho inmediatamente á la multitud: Sentaos para comer, y esperar que la omnipotencia de su divino Maestro diese la comida; pero no contaron con esta divina omnipotencia, y solo vieron la imposibilidad natural de dar de comer á tan gran multitud. Mas aquí la bondad de Jesucristo, en vez de reconvenirles con su falta de fe, les preguntó lle-

no de amabilidad, ¿cuántos panes tenéis? y ellos respondieron: Siete y unos pocos pececillos. Entonces mandó el Señor á la multitud que se sentase sobre la tierra, y tomando los siete panes y los peces, y dando gracias (á su eterno Padre) los partió y dió á sus discípulos, y los discípulos los dieron al pueblo. Todos comieron de esta milagrosa vianda, quedando todos satisfechos; y recogieron siete espuelas llenas de los pedazos que sobraron. Eran los que habian comido cuatro mil hombres, sin contar las mujeres y niños.

Habiendo Jesucristo curado á los enfermos y alimentado á toda la multitud, y viéndola con fuerzas para emprender su viaje cada uno á su pueblo y casa, les despidió y se entró inmediatamente con sus apóstoles en una nave, que se hizo luego á la vela para evitar que le siguiesen. Fué á desembarcar á Dalmanuta, pueblo situado en el territorio de Mageda, en la misma costa que Cafarnaun, pero mucho mas al norte. Este país estaba poblado de Judíos y de gentiles, como el de la Fenicia, y como Jesucristo queria predicar en todos los territorios donde habia Israelitas establecidos, recorrió el de Mageda, anunciando, como en los demás, el reino de los cielos.

Visita de los fariseos y saduceos á Jesucristo.

Nada nos dicen los Evangelistas acerca de milagros obrados en el territorio de Mageda, aun que no dejarían de verificarse, segun el modo con que Jesucristo hacia sus misiones; pero nos cuentan una visita que en este tiempo le hicieron los fariseos, asociados con los saduceos, secta impía é incrédula que negaba hasta los principios fundamentales de la ley de Moises, y con los que por esta razon no debian tener comunicacion alguna; pero se verificaba aquí lo que sucede con frecuencia en el mundo, esto es, que por mas divididos que esten los malvados entre sí, las pasiones los unen para derribar á quien aborrecen.

Se llegaron, pues, á Jesucristo los fariseos para tentarle, y dando á entender, que sus nuevos aliados los saduceos querian ver uno de sus portentos, le rogaron que les mostrase alguna señal del cielo. No pudo Jesucristo oír semejante ruego sin conocer y detestar la incredulidad de donde nacia. Vosotros, les respondió, cuando va llegando la noche, decís: Sereno hará (mañana) porque el cielo esta triste y tiene arreboles. ¡Hipócritas! sabeis distinguir las señales de los tiempos (de la venida del Mesías). (Ya lo he dicho y lo repito) esta generacion mala y adúltera pide una señal, y no se la dará otra, como ya queda dicho, que la de Jonás el profeta.

Curacion singular de un ciego.

El divino Maestro habia ido ocupado, desde la ribera del mar hasta Betsáida, en advertir á sus discípulos que huyesen de la levadura de los fariseos y saduceos, que era su mala doctrina; y como ya habia predicado en esta ciudad, iba por ella de paso; pero le presentaron un ciego, pidiéndole solamente que le tocase. Jesucristo, que nunca dejaba pasar las ocasiones de hacer bien, le tomó de la mano, y haciendo de guía, le sacó de la ciudad, puso saliva en sus ojos, le impuso sobre ellos las manos, y despues le preguntó si veía algo; y el ciego mirando, dijo: Veo los hombres como árboles que andan. No ignoraba el Señor que solo principiaba á ver; pero es de creer que quiso hacer esta curacion por partes, para probar su fe y avivar su esperanza. Volvió á poner sus manos benditas sobre los ojos del ya medio ciego, y quedó enteramente sano, de modo que veía claramente todas las cosas.

La economía que usó el Señor en la curacion de este ciego, pudiendo haberle sanado en un momento, como lo habia hecho con otros, es un símbolo de lo que sucede ordinariamente en las curativas de nuestras almas.

El Señor, frecuentemente, no las sana de una vez, aun cuando se lo pidamos mucho, ya por la tibieza de nuestras oraciones, ya para avivar nuestra fe y nuestros deseos, y ya para que nos dispongamos á una curacion perfecta. Restituida enteramente la vista del ciego, el divino Médico le envió á su casa, haciéndole la prevencion de que, si entraba en Betsáida, á nadie lo dijese. No sabemos si obedeció mejor que otros, que atendieron mas á su agradecimiento que á las prevenciones de su Bienhechor. Por lo que mira al Señor, continuó su camino acompañado de sus apóstoles y rodeado de las turbas, y fué á recorrer los pueblos y castillos de Cesárea de Filipo.

Confiesa san Pedro la divinidad de Jesucristo, y Jesucristo le declara cabeza de la Iglesia.

Esta ciudad, situada al norte de la Palestina, al nacimiento del Jordán, se llamaba antes *Paneas* y al presente *Cesárea de Filipo*, porque Filipo, hermano de Herodes y tetrarca de la Iturea y la Traconítide, la habia dado á César. Esta ciudad, que nada tenia de consideracion, fuera de su nombre, debe ser, desde el pasaje que vamos á referir, de la mayor consideracion para los cristianos, por la confesion que en sus cercanias hizo san Pedro de la divinidad de Jesucristo, y la declaracion de la dignidad á que Jesucristo elevó á san Pedro constituyéndole cabeza de su Iglesia. Hallándose el Señor cerca de la ciudad, se retiró de la multitud con sus apóstoles á un sitio solitario, y aun se apartó de ellos para orar, segun la costumbre de pasar largo tiempo en comunicacion con su eterno Padre antes de hacer alguna cosa de gran consideracion, no por su necesidad, sino para nuestra instruccion. Acabada la oracion, se volvió á sus apóstoles, y les preguntaba, ¿quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Como si dije-

ra: á vosotros hablarán con mas libertad que á mí. Vosotros oís sus conversaciones; ¿quién dicen que soy yo? No estan acordes en esto, respondieron los apóstoles. Unos dicen que sois Juan Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías; y otros quieren que seais uno de los antiguos profetas, que habeis resucitado, ó por lo menos uno semejante á ellos. Y vosotros ¿quién decís que soy? En estas ocasiones Pedro, como ya lo hemos visto, y particularmente en la célebre conferencia de Cafarnaun sobre la divinidad de Jesucristo y la sagrada Eucaristía, era siempre el que tomaba primero la palabra, y no se descuidó en esta ocasion. Vos sois, respondió inmediatamente, vos sois Cristo, el Hijo de Dios vivo. ¡Admirable confesion, que mereció los mayores elogios y los mayores premios! Dichoso eres, Simon, hijo de Juan, le dijo Jesucristo; porque, ni la carne, ni la sangre te lo ha revelado, sino mi Padre, que está en los cielos; y yo te digo que tú eres Pedro (ó Cefás, que significa piedra), que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del reino de los cielos; todo lo que tú atares sobre la tierra, será atado tambien en los cielos; y todo lo que tú desatares sobre la tierra, será desatado tambien en los cielos. No juzgamos necesario entrar en el exámen de las preeminencias, autoridad y facultades que en esta ocasion concedió el Hijo de Dios á san Pedro y sus sucesores. Basta haber referido literalmente sus palabras; porque ellas son tan claras y terminantes que no permiten comentarios.

Prohíbe Jesucristo á los apóstoles que publiquen su divinidad durante su vida mortal, porque esto pertenece al Señor.

Luego que Jesucristo concluyó esta memorable sesion

con sus apóstoles, les prohibió, hasta con amenazas, que diesen lo que habia confesado Pedro en ella, á saber : *que Jesucristo era el Hijo de Dios vivo*. No intentaba el Señor con esto que se ocultase su venida, antes por el contrario, queria que fuese conocida por todo el mundo; pero queria que se observase aquella divina economía que se habia decretado en los consejos eternos acerca de la predicacion del reino de los cielos; porque, segun ella, tocaba á Jesucristo anunciarse á si mismo, probar su venida con milagros y sellarla con su sangre y su muerte; y á los apóstoles tocaba esperar que Jesucristo resucitase de entre los muertos. Jesucristo habia de dar cumplimiento, en el poco tiempo que aun le quedaba de vida sobre la tierra, á todas las profecias que hablaban de su vida mortal; habia de presentar en su muerte y su resurreccion el último testimonio de la divinidad, y habia de dar cumplimiento á la significacion del profeta Jonás, sepultado tres dias en el vientre de la ballena, y presentado, al fin de ellos, vivo en la playa, como lo habia prometido el mismo Jesucristo á los Judíos para que ninguna excusa tuviese su incredulidad: y despues tocaba á los apóstoles predicar por todo el universo su divinidad, sus misterios y su ley. Entretanto debian callar y limitarse á anunciar en general que se acercaba el reino de Dios, como lo habian hecho hasta entonces.

Les declara que conviene que padezca y muera en Jerusalem.

Desde este dia declaró Jesucristo á sus discipulos que le convenia ir á Jerusalem, padecer allí mucho de parte de los ancianos, escribas y principes de los sacerdotes, ser entregado á la muerte y resucitar despues de tres dias; pero Pedro, que amaba á su divino Maestro con mas viveza que ninguno de los demás apóstoles, no

solo se sorprendió al oír esto, sino que se llenó de inquietud. No Señor, dijo á su Majestad, tomándole aparte y dándole una especie de reprension en el primer ímpetu de su dolor. No, Señor. No permita el Cielo que os suceda lo que acabais de decir. Vos no debeis ser tratado con esa indignidad. La viveza del príncipe de los apóstoles, en un tiempo en que aun no comprendia el espíritu de la religion que Jesucristo iba á fundar, pudiera parecernos perdonable: mas sus sentimientos eran opuestos á la humildad, paciencia, sufrimientos y cruz sobre que se habia de fundar esta religion divina, y así el soberano Maestro reprendió á su primer discípulo de un modo correspondiente á la viveza con que él habia reprobado los padecimientos de su Maestro. Vuelto hácia Pedro, le dijo: Retírate de mí, contrario mio (en los sentimientos), porque estorbo me eres, pues no sabes las cosas que son de Dios, sino las que son de los hombres. Era necesario estar poseido del ardiente celo de Pedro y del ansia que tenia de agradar á Jesucristo, para conocer la impresion que le haria el descontento que manifestó en esta ocasion su divino Maestro

El que quiera venir en pos de mí, decia aquí Jesucristo, niéguese á si mismo, tome su cruz y sígame.

Todo lo que acabamos de referir pasó en el secreto del colegio apostólico, y en la soledad adonde se habia retirado el Señor para hablar á sus apóstoles de cosas y sucesos tan interesantes. Luego que hubo concluido, volvió, acompañado de ellos, á presentarse á la multitud, que le esperaba para continuar su viaje á los pueblitos de la comarca de Cesárea y contornos del monte Libano. En el camino iba diciendo á todos: El que quiera venir en pos de mí, niéguese á si mismo y tome su cruz y sígame; porque el que quisiere salvar su vida (á costa de su alma) perderá de su alma; mas el que

perdiere su vida por mí y por el Evangelio, la salvará. ¿Qué aprovecha al hombre, añadía, ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿ó por qué precio cambiará el hombre su alma? quien se avergonzare de mí y de mis palabras, el Hijo del hombre se avergonzará también de él, cuando venga en la gloria de su Padre acompañado de sus ángeles; porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces dará á cada uno segun sus obras. Os aseguro que hay algunos de los que estan aquí que no gustaran la muerte hasta que vean al Hijo del hombre, que viene en su reino. Unos intérpretes entienden estas palabras de la Transfiguración del Señor. Otros de su gloriosa Resurrección, y otros de su triunfante Ascension á los cielos; pero comunmente se entiende de la Transfiguración que vamos á referir.

Luego que el Señor llegó á la provincia de Cesárea, principio su mision en los pueblos del Líbano. Seis dias bastaron para predicar el reino de Dios en aquella comarca; porque el Señor empleaba todos los momentos en su ministerio, y porque luego que se sabía su llegada á cualquier punto, corrian todos las vecindades á verle, y oírle hablar del reino de los cielos. Miraba su Majestad esta mision en las tierras mas apartadas de Jerusalem, como el resto de los viajes que habia de hacer en la Judea y Galilea, y como una larga jornada que estaba señalada en los decretos eternos de la sabiduria de Dios, y que principiò por un admirable y glorioso espectáculo, cuya magnificencia parecia destinada á quitar el escándelo de la cruz.

Transfiguracion del Señor.

El día sétimo despues que Jesucristo habia hablado á sus apóstoles de las ignominias de su Pasion y de su muerte, se hallaba al pié de un alto monte rodeado de

la multitud, á la que habia explicado las verdades de la salud eterna. No debia causar admiracion que, concluidos los trabajos del dia, se retirarse á pasar la noche en la soledad y la oracion, segun su costumbre; pero sí, que, contra la misma costumbre, dejase nueve apóstoles con el pueblo al pié del monte, y solo llevase tres consigo á su cima, que fueron Pedro, Juan y Santiago.

Ni los Evangelistas, ni los autores antiguos nos dicen cuál era este monte, donde sucedió lo que vamos á referir. El comun de los fieles cree que fué el Tábor, y la Iglesia en el oficio de la Transfiguración así lo supone. Tampoco sabemos porqué el Salvador, que hasta aquí no habia hecho distincion entre los apóstoles, á excepcion de Pedro, al que habia puesto por cabeza del colegio apostólico, quiso dar entre todos, á estos tres, una señal tan gloriosa de predileccion. Parece que queria el Señor que los tres apóstoles que habian de ser testigos de su agonía en el Huerto de las Olivas la víspera de su santísima muerte, fuesen también los que viesen su gloria sobre el monte.

Luego que subieron á su cumbre, el Señor se puso en oracion. Acaso hicieron lo mismo sus tres apóstoles, pero la carne no era aquí menos flaca que lo habia de ser en el de las Olivas. Se apoderó el sueño de ellos y se quedaron dormidos. No sabian que iban á perder una parte del espectáculo mas interesante que se les habia de ofrecer en toda su vida. Entretanto que dormían, la figura exterior de su divino Maestro se mudó repentinamente. La gloria de que gozaba su benditísima alma, se comunicó á su santísimo cuerpo. Su divino rostro, siempre grave y majestuoso, se puso resplandeciente como el sol, y sus vestidos, que eran llanos y sencillos, se volvieron brillantes y tan blancos como la nieve. Al mismo tiempo Moises y Elías aparecieron á los lados de Jesucristo y hablaban con Él. Moises habia muerto quince siglos antes, y para esta presentacion salió su

alma del seno de Abraham y se unió con su cuerpo, conservado en la cueva ó sepulcro en que le puso el ángel al pié del monte Fogor; y por lo que toca á Elías, arrebatado vivo en un carro de fuego, dejó el lugar de su reposo, donde estaba esperando habia ya mas de novecientos años las órdenes del Señor. Traía Moisés entre sus brazos las tablas de la ley, y Elías venia vestido de pelos de camello y ceñido con un cinto de cuero; por cuyos distintivos los pudieron conocer los apóstoles. Estos, cuando despertaron y vieron al Señor transfigurado, y á los dos varones que estaban con Él, rodeados de resplandor; y oyeron que hablaban de su salida (de esta vida mortal) que habia de acabar muriendo en Jerusalem; se conmovieron y asombraron tanto á la vista de un espectáculo que jamás habian visto los hombres, que no se atrevieron á hablar ni una sola palabra; excepto Pedro, que siempre impetuoso, cuando se trataba de la gloria de su divino Maestro, queriendo que permaneciese allí en aquel estado glorioso que le veía, se atrevió á proponerle: que si quería, harian allí tres tabernáculos ó tiendas; uno para Él, otro para Moisés y otro para Elías; sin saber, dice el texto sagrado, lo que decia: mas cuando Pedro proponia esto, se formó una resplandeciente nube que rodeó y cubrió al Señor, á Moisés y á Elías, y hé aquí una voz que, saliendo de ella, decia: Este es mi amado Hijo, en quien me complazco, oídle. Con esto los apóstoles temieron aun mas que antes, y cayeron sobre sus rostros. Entonces se llegó á ellos Jesucristo y les tocó diciendo: Levantaos, no temais. Ellos se levantaron, pero aunque miraron por todas partes, ya á nadie vieron sino solo á Jesus en su estado ordinario, habiendo desaparecido todo aquel espectáculo admirable y con él Moisés y su compañero Elías. Cuando bajaban del monte, Jesucristo les mandó que á nadie dijese aquella vision hasta que el Hijo del hombre resucitase de entre los muertos. La prohibicion era

absoluta, y los tres apóstoles temieron y ni á sus nueve compañeros dijeron cosa alguna de las que habian visto.

Baja Jesucristo del monte y cura á un poseido que no habian podido curar los apóstoles.

Bajó Jesucristo del monte con sus tres apóstoles y con ellos vino á reunirse á los nueve restantes, que estaban sumergidos en la tristeza por la falta de su presencia; y su consuelo, al verle y recibirle, fué correspondiente á la pena que habian tenido en su ausencia. Halló el Señor en la llanura aumentada la multitud que habia dejado en ella cuando subió al monte, y entre los que la habian aumentado, se hallaba un padre muy afligido por los trabajos que padecia el hijo único que tenia. Apenas vió al Señor, se hincó de rodillas delante de Él, diciendo: Señor, campadeceos de mi hijo, que es lunático; está poseido de un espíritu malo, y es atormentado cruelmente. Muchas veces cae en el fuego y con frecuencia en el agua. El mal espíritu le tira contra la tierra, le quebranta. Mi hijo da gritos sin articular palabra, rechina los dientes, arroja espuma, se va secando, y el mal espíritu apenas deja de desgarrarle. Como vos estabais ausente, le presenté á vuestros discípulos rogándoles que expeliesen al demonio, y no han podido.

Jesucristo reprendió en general la incredulidad, que era el mayor estorbo para hacer los milagros, y volviéndose luego al padre del desgraciado, le dijo: Tráeme acá á tu hijo; y cuando este acercó, el demonio comenzó á atormentarle, tirándole contra la tierra y maltratándole, y el infeliz poseido se revolcaba y arrojaba espuma. ¿Cuánto tiempo hace que le sucede esto? preguntó Jesucristo al padre del poseido. Desde su infancia, le respondió, (y ya os he dicho Señor) que le

arroja con frecuencia en el fuego y en el agua para perderle; mas si podeis alguna cosa, ayudadnos, compadecido de nosotros. La instancias del padre eran muy vivas; pero ni su fe, ni su confianza correspondian. Si puedes creer, dijo Jesucristo al padre vacilante, si puedes creer, todo es posible al que cree; y al momento exclamó el padre: Sí, Señor, yo creo; y derramando copiosas lágrimas, repetía: Sí, Señor, yo creo que todo es posible, y si veis en mi alma que no creo bastante, ayudad mi fe y haced dos milagros á un tiempo, curando al padre de su incredulidad y librando al hijo de su enemigo.

En este tiempo el poseído continuaba sus convulsiones y padecimientos; y el concurso se aumentaba. Entonces el Señor, amenazando al demonio, le dijo: Espíritu sordo y mudo, sal de él. Yo te lo mando, y jamás vuelvas á entrar en él. El demonio obedeció, pero como demonio. Salió de él dando grandes alaridos, y maltratándole tan fuertemente que le dejó como muerto; de modo que muchos decían, está muerto. Mas tomándole el Señor de la mano, le ayudó á levantar, y le entregó sano á su padre. Este y su hijo volvieron á su casa llenos de reconocimiento, y las gentes bendecían á Dios por las maravillas que obraba el profeta grande que habia enviado á su pueblo.

Porqué los apóstoles no habian podido curarle.

Entre todos los testigos del milagro, los apóstoles eran los que debian estar mas admirados y contentos; sin embargo, los nueve que quedaron al pié del monte tenian atravesado en su corazon la resistencia que les habia hecho el demonio; y así luego que el Señor se retiró á la casa donde reposaba, se acercaron á Él secretamente, y le dijeron: ¿Porqué nosotros (á quienes habeis dado poder sobre los espíritus infernales) no hemos

podido expeler este demonio, por mas que lo hemos procurado y mandado en vuestro nombre? Porque este género de demonios, dijo Jesucristo, en nada puede ser arrojado sino en la oracion y el ayuno. ¡Tanto es el poder de estas virtudes! Virtudes que debemos practicar para arrojar de nuestra alma este género de demonios que no dejarán de procurar poseerla, y tal vez de conseguirlo, particularmente cuando perdemos el derecho á los auxilios de la gracia por la culpa.

Jesucristo no sólo dió por causa de no haber podido arrojar los discípulos aquel demonio la falta de oracion y de ayuno, sino que añadió otra sin duda mas poderosa. Vosotros, les dijo, no habeis expelido este demonio por vuestra incredulidad (por falta de fe y confianza); porque os aseguro que si tuviéreis fe (viva) aunque no sea mas que como un grano de mostaza, y dijéreis á este monte, pásate de aqui allá, se pasará, porque nada os será imposible.

Vuelve Jesucristo de Cesárea á Cafarnaun con sus discípulos.

Parece que esta fué la última lección que el soberano Maestro dió á sus discípulos en los contornos de Cesárea de Filipo, y que, con la curacion del endemoniado, terminó en aquel pais su mision. Por consiguiente nada le impedia ya ir á Jerusalem, por lo menos acercarse á ella para entrar en el dia que tenia determinado; pero solo el nombre de Jerusalem debia causarle horror, pues su Majestad sabia y tenia muy presentes los malos tratamientos que aquella deícida ciudad le preparaba dentro y fuera de sus muros, y si escuchara solamente á las repugnancias de la naturaleza, se habria alejado de aquella ciudad ingrata que no le reservaba sino afrentas, ni le preparaba sino el último suplicio; pero la voluntad de su Padre le llamaba á ella, y luego partió con

sus doce apóstoles pasando con el mayor secreto la alta Galilea sin que nadie lo advirtiese. En su marcha no parecía ocuparse el Señor de otra cosa que de la idea de su Pasion, no dejando de hablar de ella con sus discípulos. Poned en vuestro corazon, les decia, esta profecía: *Que el Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres y le quitarán la vida, y despues de estar muerto tres dias, resucitará.* Los apóstoles, sin embargo, no la entendian. Era para ellos un enigma inexplicable la muerte violenta de su Maestro. Ellos conocian su poder, sabian que nada alcanzaba á resistirle, porque era infinito, y no entendian porqué no le emplease para defenderse de sus enemigos, hasta aniquilarlos, si era necesario. Por lo que miraba á su Resurreccion, tampoco entendian, si habia de ser para volver á dejarse ver en la tierra, ó para subir á los cielos á sentarse á la diestra de su eterno Padre. En medio de estas dudas de los apóstoles, siempre resultaba una cosa fija é indudable y era que su divino Maestro iba á padecer y morir en Jerusalem. Esto les contrastaba en gran manera, y con esta tristeza llegaron á Cafarnaun, que estaba en el camino que llevaban para ir á Jerusalem.

Pago del tributo en Cafarnaun.

Luego que entraron en la ciudad, se llegaron á Pedro los que cobraban los didráemas (monedas de cuatro reales) y le dijeron: ¿Vuestro Maestro no paga las didracemas? Sí, dijo Pedro; y entró inmediatamente en la casa donde se hallaba Jesucristo á hablarle de este pago; mas antes que se explicase, el Señor, que no podia ignorar el asunto que Pedro traía, le previno con esta pregunta: ¿Qué te parece, Simon? Los reyes de la tierra ¿de quién deben cobrar el tributo? ¿de los hijos ó de los extraños? De los extraños, dijo Pedro; luego los hijos estan libres (de pagarle), dijo Jesucristo. El Señor, en cuanto Dios,

era Hijo del Rey de los reyes, y en cuanto hombre, descendia de la familia real de David; por consiguiente, nadie habia en el mundo tan libre de pagar tributo como Jesucristo, y esto fué lo que quiso dar á entender á Pedro con su pregunta. Mas porque no les escandalicemos, añadió, véte al mar, echa el anzuelo y toma el primer pez que salga; ábrele la boca y hallarás un estáter (moneda de ocho reales). Tómala y dála por mí y por ti á los cobradores. Pedro corrió al mar á cumplir la órden recibida. Echó el anzuelo y luego sacó un pez en cuya boca encontró el estáter. Gozoso al ver este nuevo milagro de su divino Maestro, le tomó y llevó á los cobradores, y hecho el pago, se volvió muy contento á reunir al Señor y á los demás apóstoles. Quiso dar á entender Jesucristo con el pago de un estáter por si y por Pedro, que Pedro quedaria por su Vicario en la tierra, pues le igualaba en el pago.

Ambicion de los apóstoles.

Luego que Pedro volvió de pagar el tributo y estuvieron todos reunidos, les preguntó Jesucristo: qué habian venido tratando en el camino; pero ellos callaban, porque les daba vergüenza decir: que habian venido disputando sobre quién de ellos seria el mayor (en el reino del Mesías, su Maestro). Siempre es vergonzoso confesar la ambicion y vanidad, y tanto mas debía serlo para unos hombres como los apóstoles, nacidos sin pretension alguna en el mundo, y formados, habia ya mas de dos años, en la escuela de la humildad. Por la pregunta del Señor conocieron que estaban descubiertos, y aunque con mucha vergüenza, al fin confesaron la verdad; mas una vez confesada su miseria pasaron adelante, porque deseaban saber quién de ellos habia de ocupar el primer puesto. Estimulados por este importuno deseo, se atrevieron á preguntar á Jesucristo, ¿quién juzgais, Señor,

que es el mayor en el reino de los cielos? Como le habían oído decir que moriría muy luego y que resucitaría al tercero día, creyeron que entonces había de establecer su reino; aquel reino del Mesías que los Judíos se figuraban compuesto de todas las naciones del mundo, y tan feliz que se parecería al reino de los cielos. En este reino era en el que cada uno de los apóstoles deseaba ser el primero. El Señor, oída su solicitud, se sentó y les dió las lecciones que les convenían, por mas contrarias que fuesen á su ambición. Si alguno, les dijo, quiere ser el primero (en mi reino) será el último, porque el menor entre vosotros ese es el mayor (el mas humilde ese es el mas grande).

Sencillez de los niños.

Diciendo esto, llamó á un niño, le puso en medio de ellos, y habiéndole abrazado, les dijo: Os aseguro que si no os hiciéreis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos. Los niños, como enseña san Hilario, no tienen otro apego que á su padre y á su madre, no conservan odio, no se cuidan de honores, ni de riquezas y por lo que mira al orgullo, ni aun le conocen. Así quería Jesucristo que se hiciesen sus apóstoles, sobre todo en cuanto á la ambición, la vanidad y el orgullo, que eran los vicios que quería desterrar de ellos con este ejemplo. Á este fin añadió la amenaza mas terrible; á saber: que serian excluidos, no solamente del reino santo, que venia á establecer sobre la tierra, sino tambien del reino glorioso que preparaba en el cielo. El Señor, despues de poner por ejemplo á los niños, para representar la humildad, los recomendó con el mayor interés, y en ellos á todos los humildes. Cualquiera, dijo, que recibiere un niño, tal como este, en mi nombre, á mí me recibe, y no tanto á mí me recibe, cuanto á aquel que me envió.

Es muy difícil de vencer la pasión de dominar. La que se había introducido en el corazón de los apóstoles, no se apagaba con las poderosas lecciones que oían, ni se consiguió consumirla hasta que el fuego divino del Espíritu Santo vino sobre ellos. Juan, el apóstol de la caridad, se dejó vencer tambien de esta pasión orgullosa, y tomando la voz de todos, interrumpió á Jesucristo diciendo: Maestro, hemos visto á uno que lanzaba los demonios en vuestro nombre y se lo prohibimos porque no os sigue como nosotros. Hé aquí un celo interesado, un acto de ambición y de envidia, un deseo de dominar. Jesucristo reprobó altamente este hecho y les mandó que á ninguno en adelante se lo prohibiesen. Tenemos en el libro de los *Números* un pasaje muy semejante. Josué pidió á Moisés que prohibiese á Eldad y Medad que profetizasen, y Moisés le reprendió, diciendo: ¿Qué celo es ese que muestras por mí? ¿quién me diera que profetizase todo el pueblo y que el Señor diese á todos su espíritu!

Habla Jesucristo sobre el escándalo.

Esto y mas quería aquí Jesucristo, y por eso le fué tan enojosa esta prohibición que hizo las mas terribles amenazas á los que escandalizasen á esta clase de almas sencillas, que hacían milagros en su nombre, exponiéndolas á que abandonasen la honra que en ello procuraban al Señor. Á cualquiera, les dijo, que escandalizare á estos pequeñuelos que creen en mí, le sería mejor que le atasen al cuello una piedra de molino y fuese arrojado en el mar: ¡ay del mundo por los escándalos! Necesario es que vengan escándalos (atendida la malicia del demonio, que no cesa de tentar; la flaqueza de los hombres inclinados á los vicios por el pecado original, y la corrupción general que reina en el mundo); pero ¡ay de aquel hombre por quien viniere el escándalo! No tengais en poco á cualquiera de estos pequeñuelos,

porque sus ángeles ven siempre la cara de mi Padre, que está en los cielos, y (en su presencia de los escándalos que les deis) se quejarán.

Breve explicacion del escándalo.

La palabra *escándalo* en griego significa *tropiezo*, y en hebreo significa *lazo*; y así escándalo es lo mismo que caída ó ruina causada por el tropiezo ó lazo. En la sagrada Escritura la palabra escándalo, se usa comunemente para significar la caída ó ruina del alma. La ocasion que una persona da á otra para caer ó arruinarse pecando, se llama *escándalo activo*. La caída ó ruina que causa el escándalo activo en el escandalizado, se llama *escándalo pasivo*. Cuando el escándalo sucede por pura malicia, se llama *escándalo de fariseos*: cuando es por flaqueza, *escándalo de débiles*: y cuando sucede por ignorancia, *escándalo de párvulos*. Notamos esto para que se entienda el sentido en que debe tomarse la palabra escándalo, que con tanta frecuencia se encuentra en los Libros sagrados. Aquí se toma por un escándalo activo, del que procuraba Jesucristo librar á sus apóstoles con sus lecciones y sus amenazas.

Parábola que representa al pobre pecador en la oveja perdida.

El Hijo del hombre viene á salvar lo que habia perdido. ¿Qué os parece, si tiene alguno cien ovejas y se extravía una de ellas? ¿por ventura no deja las noventa y nueve en los montes, y va á buscar la que se extravió? Y si aconteciere hallarla, en verdad os digo que se alegra mas por ella que por las noventa y nueve que no se extraviaron. Así no es la voluntad de vuestro Padre,

que está en los cielos, que perezca ni uno de estos pequenitos.

Correccion fraterna.

Por tanto, si tu hermano (tu prójimo) pecare contra ti, dándote escándalo, vé y corrígele entre ti y él solo. Si te oyere, ganado habrás á tu hermano; pero si no te oyere, toma aun contigo uno ó dos, porque en boca de dos ó de tres está toda palabra (todo testimonio de la verdad), mas si no los oyere, dílo á la Iglesia; y si no oyere á la Iglesia (la Iglesia le separará de su seno y entoncees) miralo como un gentil y publicano (como un pecador público, dice santo Tomás). En verdad os digo, continuó Jesucristo, que todo aquello que vosotros (como ministros de la Iglesia) atáreis sobre la tierra, atado será tambien en el cielo, y todo aquello que desatáreis sobre la tierra, desatado será tambien en el cielo. (El que no oyere á la Iglesia sobre la tierra, desoido quedará en el cielo.)

Parábola del deudor.

Entonces Pedro, llegándose al divino Maestro, le dijo: Señor, ¿cuántas veces pecará mi hermano contra mí y le perdonaré? ¿hasta siete? Y Jesucristo le respondió: No te digo yo hasta siete, sino hasta setenta y siete. Por esto el reino de los cielos es comparado á un hombre rey, que quiso entrar en cuentas con sus siervos, y habiendo principiado á tomarlas, le fué presentado uno que debia diez mil talentos (como unos doscientos y sesenta y dos millones y medio), y como no tuviese con que pagarlos, mandó que fuese vendido él y su mujer y sus hijos y cuanto tenia, y que se le pagase. Entoncees el siervo, arrojándose á sus piés, le suplicaba diciendo: Esperadme, que todo os lo pagaré. Compadecido el

señor de aquel siervo (no solo le esperó, sino que) le perdonó la deuda y le dejó ir libre. Mas luego que salió aquel siervo (de la presencia de su señor) encontró á uno de sus consiervos que le debía cien denarios (cosa de ciento veinte á doscientos reales), y arrojándose al cuello, le sofocaba, diciendo: Paga lo que me debes. Su compañero se postró á sus piés, y le rogaba que tuviese un poco de paciencia y todo se lo pagaria; pero no quiso esperarle, sino que le hizo poner en la cárcel hasta que le pagase. Viendo los otros siervos lo que pasaba, se entristecieron en gran manera y fueron á contar á su señor todo lo que sucedía. Entonces su señor le llamó, y dijo: Mal siervo, no solo te esperé, sino que te perdoné toda la deuda, porque me rogaste; ¿no debías, pues, tener tú también compasión de tu compañero, así como yo la tuve de tí? Y lleno de cólera le entregó á los ejecutores de la justicia hasta que pagase toda la deuda. Así hará también mi Padre celestial, concluyó Jesucristo, si no perdonáis cada uno de vosotros de corazón á vuestro hermano.

¡Qué manantial de consuelo para los justos y qué fondo de misericordia para los grandes pecadores si saben aprovecharse de él! Pero ¿qué vemos todos los días en medio del cristianismo? Justos que deben poco á Dios, y perdonan mucho á los hombres; entretanto que delincuentes, que deben á Dios enormes cantidades, nada perdonan á los hombres. ¡Ricos y poderosos del siglo, temblad, y aprended al leer esta parábola de Jesucristo!

Sigue Jesucristo su camino á Jerusalem.

Esta importante y larga instruccion retardó algun tiempo su partida de Cafarnaun, en la que habia entrado de paso y como para despedirse de una ciudad que habia sido por tanto tiempo su habitacion ordinaria; y que,

segun creemos, no volvió á honrar con su presencia. Salió de ella con sus doce apóstoles y se dirigió á Jerusalem, donde los sacerdotes del santuario y los principes del pueblo se habian coligado contra su Majestad para quitarle la vida. Es verdad que los días de su Pasion distaban aun mas de seis meses, y que este viaje á la capital no habia de ser el último; mas parece que el Señor queria presentarse en ella, no tanto para anunciar la divina palabra sin fruto, no tanto por hacer conquistas para el Evangelio, cuanto para contemplar mas de cerca los caminos de su Pasion y el monte de su muerte. Como se acercaba el tiempo de concluir su predicacion y de volver á su Padre por el camino de la cruz; se puso en marcha, acompañado de sus apóstoles, con un semblante y una firmeza de alma muy propia para inspirarles aliento.

Juan y Santiago quieren que baje fuego del cielo y consuma á una ciudad samaritana.

Era el intento de Jesucristo no entrar en Jerusalem hasta el medio de la festividad de los Tabernáculos, que celebraban los Judíos por ocho días, empezando el quince de su mes sétimo (que daba principio dimidiado nuestro setiembre). El viaje de Cafarnaun á Jerusalem podia ser de tres á cuatro jornadas. No obstante, partió en los primeros días de setiembre, porque queria instruir algo mas á los pueblos de la Galilea, deteniéndose en los contornos de Samaria, en los que no se habia detenido tanto como en los de la Galilea, que llamaban de las Gentes. Cuando estaban ya cerca de una ciudad de los Samaritanos, cuyo nombre ignoramos, pero que seguramente no seria la famosa Sicar, patria de la Samaritana, donde habia predicado Jesucristo con tanto gusto de sus habitantes y de donde salió con general sentimiento, envió algunos discipulos para

prevenirle posada, pero los Samaritanos no le recibieron por cuanto hacia semblante de ir á Jerusalem (que era ciudad, como ya hemos visto, enemiga de los Samaritanos). Cuando vieron esto los dos hermanos Juan y Santiago, dijeron al Señor: ¿Quereis que hagamos que caiga fuego del cielo y los consuma? Mas el Señor, volviéndose hácia ellos, les reprendió, diciendo: Vosotros no sabeis de qué espíritu sois, que fué decirles: ese espíritu que os anima es el de Elías, que hacia bajar fuego del cielo y obraba milagros de terror y de espanto. Ese era el espíritu de la antigua ley. El espíritu de la nueva, el espíritu del Evangelio es un espíritu de suavidad, de dulzura, de longanimidad y de paciencia. Bastantes prodigios me habeis visto obrar, pero mostradme uno que no haya sido para alivio de los desdichados ó consuelo de los afligidos; porque yo no he venido á la tierra á perder á los hombres; he venido á salvarlos, y por lo que á mí toca, á salvarlos á todos. Estos Samaritanos ya pierden bastante obligándome á que me aparte de ellos, no les deseais mas castigo. Retirémonos sin ruido, y volvamos á entrar en la Galilea.

Mision de los setenta y dos discipulos.

Volvió el Señor á entrar en su predilecta provincia, donde fué recibido con grande alegría. No queria por entonces apartar de su lado ni uno solo de sus doce apóstoles, á los cuales tenia que dar aun bastantes lecciones antes de entrar en Jerusalem. Para suplir en esta ocasion su ministerio, eligió entre los discipulos que le seguian, setenta y dos de los mas instruidos y fervorosos, y los envió de dos en dos, como habia ya hecho con los apóstoles, á predicar en las ciudades y pueblos que pensaba recorrer en persona, despues que ellos hubiesen anunciado en ellos su divina palabra. Para el tiempo de la breve mision que iban á hacer los nuevamente elegidos,

les comunicó el mismo poder y las mismas órdenes que habia dado á sus apóstoles, á excepcion, no obstante, de algunas facultades propias del apostolado, como se verá confrontando las dos misiones. La cosecha es grande, les dijo al despedirles, y los obreros son pocos; que fué decirles: son muchos los que estan dispuestos á recibir el Evangelio, pero son pocos los que estan en disposicion de anunciarle. Rogad, pues, al Dueño de la mies que multiplique los operarios. Con esto les despidió, advirtiéndoles que volbiesen al tiempo que les señalaba á dar razon de sus trabajos y del fruto de sus misiones.

Tienta al Señor un doctor de la ley.

En su ausencia no faltaron á Jesucristo ocupaciones y contradicciones que servian de lecciones continuas á sus apóstoles. Estando un sábado explicando en la sinagoga, se levantó un doctor de la ley á tentarle, y á este fin le preguntó: Maestro, ¿qué haré para llegar á poseer la vida eterna? ¿Qué está escrito en la ley? le dijo el Señor. ¿Cómo lees tú? Y respondió el doctor, yo leo: Amarás al Señor, tu Dios, de todo tu corazon, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con todo tu entendimiento, y á tu prójimo como á ti mismo. Entonces le dijo el Señor, bien has respondido. Haz tú eso que dices y vivirás (eternamente). El doctor deseaba, como ya se vió en otra ocasion sobre el mismo punto, que Jesucristo añadiese algo al primer Mandamiento, que diese á entender que era Hijo de Dios, como lo anunciaba; pero al oir la sábia y cortada contestacion del Señor, se debió hallar muy embarazado, y para salir del paso, dejó de hablar del primer Mandamiento y apeló al segundo. No dudo yo, dijo, que debemos amar á nuestro prójimo como á nosotros mismos; no está ahí la dificultad; lo que es necesario saber es: quién es nuestro prójimo, y esto es lo que yo quiero aprender de

vos que sois tan gran Maestro. Nada le dijo el Señor, pero le propuso la siguiente parábola para que decidiese.

Parábola del hombre que cayó en manos de ladrones.

Bajaba un hombre de Jerusalem á Jericó, y dió en manos de unos ladrones que le despojaron, y despues de maltratarle y dejarle medio muerto, se marcharon. Succedió, pues, que bajase por el mismo camino un sacerdote, y viéndole, pasó. Del mismo modo un levita, hallándose cerca de aquel sitio y viéndole, pasó tambien; pero un Samaritano, caminando por aquel paraje, vino á dar donde estaba el herido, y cuando le vió, se llenó de compasion, se acercó á él, le vendó las heridas, despues de haber echado en ellas aceite y vino, y poniéndole sobre su jumento, le llevó á un meson y tuvo cuidado de él aquella noche. Al otro dia sacó dos denarios (como cuatro reales) y los dió al mesonero, diciendo: Cuidamele, y cuanto gastares de mas, yo te lo pagaré cuando vuelva. ¿Cuál de estos tres te parece que fué el prójimo de aquel que dió en manos de los ladrones? Aquel, respondió el doctor, que usó con él de misericordia. Ya ves quién es tu prójimo, le dijo aquí el Señor, pues vé y haz tú lo mismo. Conoció el doctor que disputaba con un hombre de luces muy superiores á las suyas; abandonó la pelea, y dejó, si puede hablarse así, el campo á su adversario.

Una mujer llama bienaventurados los pechos y el vientre de la Virgen.

Aquí una mujer que habia visto los prodigios que obraba Jesucristo y el triunfo que con sus sábias respuestas acababa de conseguir de un doctor de la ley de Moisés, no pudo contenerse, levantando su voz entre la



multitud que seguía al Señor, exclamó : Bienaventurado el vientre que te trajo, y los pechos que mamaste. Tenía razón la piadosa Israelita para exclamar así sobre la dicha de la santísima Virgen en ser Madre del Hijo de Dios, hecho hombre. La felicitación de esta mujer se hizo desde luego muy notable, se ha venido celebrando de siglo en siglo, al presente se canta en la Iglesia, y con tanta alegría como la proclamó la discípula fiel de su querido Hijo. Mas este divino Maestro, que había venido á predicar la palabra de Dios, aprovechó la ocasión para hacer que la multitud conociese el valor de esta divina palabra. Dió por supuesto desde luego que era, no solamente dichoso como había exclamado la mujer, sino también dichosísimo el vientre que le había traído y los pechos que le habían dado leche; pero añadió : antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan. Fundado san Agustín en esta sentencia de Jesucristo, dice : que la santísima Virgen fué mas feliz recibiendo la palabra de Dios en su entendimiento, que concibiendo á su santísimo Hijo en su vientre. Mas es necesario advertir, que no se trataba aquí de la incomparable dignidad de Madre de Dios, ni del portento inaudito de ser madre sin dejar de ser virgen; todo esto se ignoraba entonces entre los Israelitas. Se trataba solo de instruir á la multitud en la dicha que era para un alma oír la palabra de Dios y guardarla, y esto fué lo que enseñó aquí Jesucristo.

Convida un fariseo á comer al Señor. ®

No cesaban los fariseos y doctores de la ley de observar á Jesucristo, esperando oír alguna palabra descompuesta de su boca para acusarle; mas no pudiendo conseguirlo, parece que se convinieron en convidarle á comer á la casa de uno de ellos, creyendo que entre lo mucho que se habla en los convites, particularmente

despues que el vino calienta la cabeza, oirian alguna. Jesucristo, en efecto, fué convidado por un fariseo, y el Señor no se desdeñó de admitir el convite. Se habian juntado un gran número que estaban tambien convidados. Jesucristo entró en la pieza del banquete, y sin practicar alguna de las ceremonias que ellos acostumbraban antes de comer, se sentó á la mesa. Entonces el fariseo que le habia convidado, comenzó á pensar y decir entre sí, ¿porqué no se habrá lavado las manos antes de comer? Jesucristo, que estaba viendo todo lo que pasaba por él, y sabia el motivo con que le habia convidado, aunque era la dulzura misma, se llenó de indignacion contra su hipocresia. No quiso que ignorase que penetraba sus pensamientos, y saliendo el primero, para decirlo así, al campo de batalla, le dijo: Vosotros los fariseos limpiáis el exterior del vaso y del plato, pero no limpiáis su interior (lavais vuestras manos, pero no lavais vuestro corazon; lavais lo que nada importa, y dejais sin lavar lo que lo importa todo). ¡Ay de vosotros, fariseos, que diezmais la yerba buena y la ruda, y todo género de legumbres, y traspasais la justicia y la caridad! Esto era lo que debíais hacer, pero sin omitir aquello. ¡Ay de vosotros, fariseos, que amais los primeros asientos en las sinagogas, y las saluciones en las plazas! ¡Ay de vosotros, fariseos, que sois como aquellos sepuleros que no se advierten y pasan sobre ellos los hombres, y los hombres pasan sin conocerlos!!

Era necesario tener un poder extraordinario para hablar así, y en su presencia, á unos hombres que tenían tanto ascendiente en la nacion y eran tan soberbios y vengativos; pero Jesucristo era Hijo de Dios, y cuando quería, sabia muy bien poner freno á las pasiones mas violentas. Así es que en esta ocasion tomó un aire de divinidad que desconcertó todas sus ideas y nada se atrevieron á replicarle, quedando reducidos al silencio. Solo un doctor de la ley se permitió hacerle una advertencia. Maestro, le dijo, ¿con esos discursos nos

afrentais tambien á nosotros? Pues bien, dijo Jesucristo, ¡ay tambien de vosotros, doctores de la ley, que cargais á los hombres un peso que no pueden llevar, y vosotros ni le tocais con un dedo! Siguió Jesucristo amenazando á los doctores, y no quedaron menos reducidos al silencio que los fariseos. Con esto se concluyó un convite que solo se habia hecho con el fin de poner asechanzas á Jesucristo. Salió el Señor de la casa del fariseo, y luego se halló rodeado de las turbas que esperaban para oír su divina palabra. Desde luego les habló el Señor de la levadura de los fariseos, que era la hipocresia; del poco aprecio que deben merecer los bienes de la tierra á un alma que espera los del cielo, y de la avaricia, que es la raiz de todos los males; y con este motivo les propuso la siguiente parábola.

Parábola del rico que ensancha sus paneras.

El campo de cierto rico habia llevado frutos muy abundantes, y este hombre pensaba entre sí, diciendo: ¿Qué haré? porque no tengo donde encerrar tantos frutos; y despues de muy pensado el asunto, esto haré, dijo. Derribaré mis graneros y los haré mas grandes, y allí recogeré todos mis frutos y mis bienes; y diré á mi alma: muchos bienes tienes reunidos para muchísimos años. Descansa, come, bebe y celebra banquetes... ¡Hombre brutal! exclama aquí san Basilio, ¡qué otro lenguaje podrias usar si tuvieras un alma de puerco! Necio, le dijo Dios entonces. Esta noche te vuelven á pedir tu alma. Los bienes que has amontonado ¿de quién serán? Así es, concluyó Jesucristo, el hombre que atesoro para sí y no atesora en Dios (el que no traslada su tesoro por las manos de los pobres á las manos del Señor). ¡Cuánto mejor habria obrado este rico conservando sus antiguas paneras para encerrar en ellas su cosecha ordinaria; y

fabricando otras nuevas para encerrar en ellas la superabundancia y repartirla á los pobres!

Vuelven los setenta y dos discípulos á reunirse con Jesucristo.

Por este tiempo volvieron los setenta y dos discípulos de su mision evangélica, llenos de gozo y diciendo: No solamente hemos curado los enfermos, como nos mandásteis, sino que tambien los demonios se han sujetado á nosotros en vuestro nombre; y Jesucristo les dijo: Veía yo á Satanás, como un relámpago, que caía del cielo (á vuestros piés y le pisabais). Yo os he dado potestad para pisar sobre las serpientes y los escorpiones, y sobre todo el poder del infierno, sin que nada os cause daño; pero no os alegréis en todo esto, ni en que os estan sujetos los demonios, sino que vuestros nombres estan escritos en el cielo. Poco, nada importa, cristianos, poder pisar sin ser mordidos las serpientes y los escorpiones, ni tener sujetos los demonios á nuestro poder, si nuestros nombres no estan escritos en el cielo. Hagamos, pues, con nuestras buenas obras, que se escriban en él, y con nuestra perseverancia, que no se borren de él, como el de Judas.

Cura á una mujer enferma y encorvada hacia ya diez y ocho años.

Siguió el Señor su camino á Jerusalem, é iba predicando en las villas y lugares en que habian enseñado los setenta y dos discípulos. Predicaba un sábado en una sinagoga, y hé aquí una mujer que padecia una enfermedad con que el diablo la atormentaba hacia ya diez y ocho años. Estaba encorvada, y no podia mirar hácia arriba, ni ver á los que la hablaban. Habiéndola visto

Jesús, la llamó á sí, y la dijo: Mujer, libre estás de tu enfermedad; puso sobre ella sus divinas manos, y al momento huyó el demonio, y ella se enderezó y daba gloria á Dios. Esta mujer, despues de diez y ocho años, levanta su cabeza para ver al cielo, y lo primero con que se encuentran sus ojos es con su Libertador. ¡Qué profundo reconocimiento no manifestaria á su divino Médico, y qué cánticos de alabanza no dirigiria á gloria del Señor! Poco menos, y acaso iguales, habrian sido las alabanzas de la multitud, si el arquisinagogo, ó superior de la sinagoga, no hubiera intentado turbar la alegría pública con una reprension tan temeraria, como propia para sacar de ella su confusion. Era uno de los fariseos á quienes la reputacion de Jesucristo causaba rabiosos celos, y á quien desesperaban sus continuos prodigios, y reprobó, como habian hecho ya sus compañeros, que hubiese curado en día de sábado. Concluido el milagro, se levantó con gravedad, y sin dirigirse á Jesucristo, cuya majestad y poder debió imponerle, se encaró con la multitud, y les dijo con tono severo: Seis dias hay en la semana en los que podeis trabajar. Venid en estos á ser curados (si esperáis serlo), pero no en día de sábado. Jesucristo, de quien se habia desentendido, tomó la defensa por todos, y hablando, no solo con el arquisinagogo, sino con los demás de su secta, les dijo: ¡Hipócritas! ¿Acaso cada uno de vosotros no desata su buey ó su asno y lo lleva á dar agua en día de sábado? ¿y esta hija de Abraham, á la que Satanás tenia atada hacia ya diez y ocho años, no debió ser desatada de esta ligadura infernal en día de sábado? Cuando oyeron esto el arquisinagogo y los demás enemigos de Jesucristo, se avergonzaron, y el pueblo se regocijaba en las cosas que hacia y decia el Señor tan gloriosamente.

Predica Jesucristo en Jerusalem y creen muchos en Él.

Dejamos dicho que el intento de Jesucristo era no entrar en Jerusalem hasta el medio de la fiesta de los Tabernáculos, y cuando llegó este día, su Majestad subió al templo y enseñaba. Al oír su divina elocuencia, todos estaban admirados, y se preguntaban, ¿cómo es tan entendido en las letras, no habiéndolas estudiado? Y oyendo el Señor sus discursos; mi doctrina, les dijo, no es mía, sino de aquel que me envió. Que fué decirles: Vosotros os admirais de la doctrina que predico, y os preguntais que de dónde me viene (pues sabed, que esta doctrina no se aprende en las escuelas de los hombres, ni es fruto del estudio, ni produccion del entendimiento humano); esta doctrina es de mi Padre celestial, que me envió, y á mi Padre la debo. Si alguno quisiere hacer la voluntad de mi Padre, conocerá si esta doctrina es de mi Padre, ó si yo hablo de mí mismo. Quien habla de sí mismo, busca su propia gloria. El que busca la gloria del que le envió, este es veraz y no hay en él injusticia. Al oír esto decian algunos Judíos, ¿no es este á quien quieren quitar la vida los fariseos, escribas y magistrados? Y hé ahí que habla delante de todos y nadie le dice nada. ¿Acaso habrán conocido nuestros pontífices que es este el Mesías? Pero nosotros sabemos que es de Nazareth, y cuando viniere el Mesías, nadie sabrá de dónde es. Viendo el Señor los pensamientos de sus oyentes, les decia: Vosotros me conocéis y sabeis de dónde soy; pero no sabeis que me ha enviado Dios, mi Padre.

Jesucristo, en cuanto Dios, venia de Dios y era la segunda persona de la santísima Trinidad; y en cuanto Dios hombre, por la union de su santísima humanidad en la persona del Verbo, era el Enviado de Dios á los hombres para enseñarlos, redimirlos y salvarlos. No cesaban de buscarle sus enemigos, mas aunque le hallaron, ninguno se atrevió á poner en Él las manos, porque aun no habia

llegado su hora. Muchos de la multitud creyeron en Jesucristo, porque decian: Si este no es el Mesías, ¿por qué señales conocerémos al que esperamos? ¿Por ventura podrá hacer mayores prodigios que los que este hace? ¿Nos dará pruebas mas incontestables, ó en mayor número, de su mision? Luego este Jesus, decian, es el verdadero Mesías, pues si Él no lo es, Dios autorizando su mision con tantos portentos, nos haria caer en error, lo que es imposible. ¿Conclusion admirable! ¡razonamiento sin réplica! Dichosos los Israelitas que se convirtieron con Él, si fueron constantes.

Envian los Judíos á prenderle; pero no ho llegado su hora.

Oyeron estos discursos los fariseos y los príncipes del templo, y en vez de convertirse, enviaron ministros á prender al Señor; pero el Señor les dijo: Aun estoy con vosotros un poco de tiempo, y luego voy al que me envió. Entonces me buscaréis, y no me encontraréis, porque adonde yo voy, vosotros no podeis venir. Al oír esto, se decian unos á otros, ¿adónde habrá de ir este que no podrémos hallarle? ¿acaso irá á la dispersion de las gentes y enseñará á los gentiles? ¿qué quiero decir con esto: me buscaréis y no me hallaréis, porque adonde yo voy, no podeis venir nosotros? Discurrieron mucho sobre estas palabras, pero en nada quedaron, porque no pensaban que hablaba Jesucristo de ir á Dios su Padre, aunque tenian ya sobrados motivos para conocerlo.

En el grande y último dia de la festividad estaba de piés Jesus en el templo y clamaba: Si alguno tiene sed, venga á mí y beba. Como estaban acostumbradas las turbas á su modo de predicar, desde luego creyeron que habia algun misterio en esta repentina metáfora. El Señor no dejó que dudasen acerca de ella, y continuó: El que cree en mí, como dice la Escritura, rios de agua viva correrán de su seno. Esta segunda metáfora tenia aun su

dificultad para entenderla, pero si los fieles de entonces quedaron poco enterados de su sentido, el sagrado Evangelista le aclaró para los fieles futuros sin necesidad de interpretacion. Esto del agua viva, dice, se entendía del Espíritu que habian de recibir los que creyesen en Jesus, porque aun no habia sido dado el Espíritu, ni Jesucristo habia sido glorificado.

Idea que tenian los Judíos sobre la llegada del Mesías.

Tenian los Judíos la tradicion constante de la nacion sobre la esperanza del Mesías. Ya habia llegado el tiempo en que, segun la creencia de todos los hijos de Jacob, el Mesías debia aparecer entre ellos. Atendida la bella idea que los padres habian trasmitido á sus hijos, debia aparecer como un hombre, mayor que todos los reyes, mas santo que todos los profetas, mas legislador que Moisés. mas sabio que Salomon... Debía aparecer como el deseado de las gentes, como el esperado de las naciones, como el Redentor y Salvador de los hombres, como el Hijo de Dios. Todas estas noticias debian presentar al verdadero Israelita el retrato de Jesucristo en un tiempo en que el cetro de David habia salido de las manos de Judá para no volver á entrar en ellas. Tambien debian formar una de aquellas demostraciones que, sin violentar, exige la fe, y que sin dejar excusa á los incrédulos, deja á los fieles todo su mérito. Prevenidos los Judíos con estos conocimientos, que eran familiares á todos los discipulos de Moisés, debian conocer su Mesías en Jesus. La grandeza, la multitud y la evidencia de sus milagros hechos en prueba de su mision, la santidad de su vida, la sublimidad de sus máximas, la perfeccion de su doctrina y un conjunto maravilloso y divino, extendido sobre su persona, debian convencerles de que no se equivocaban; pero las falsas preocupaciones de la sinagoga, sobre un Mesías rico, poderoso y dueño del mundo, que no la estaba

prometido, y que ella queria ver en los rasgos magníficos de los profetas, daban al través con todo, y no habia que hablarles de Mesías que no fuese poderoso y rico.

Admiracion de la multitud al oír á Jesucristo.

Las turbas, que oyeron clamar á Jesucristo en el último dia de la gran festividad : Si alguno tiene sed, venga á mí y beba, habian puesto la mayor atencion á todo lo que decia el divino Maestro; y al oír su doctrina, decian unos : Verdaderamente este es un profeta. Pasaban otros mas adelante y discurrían mejor. Este, decian, es Cristo, es el Mesías que esperamos; pero como sucede en toda multitud, no faltaron en esta algunos de aquellos medio sabios que se entrometen á disputar y enseñar á sus iguales. Estos comenzaron á argüir con aquel tono de autoridad, que de un artesano hace un doctor, y con aquellas medias verdades que son á la vez mas perjudicales que las mismas mentiras. Sabian estos leidillos que el Mesías habia de descender de la sangre real de David, y nacer en Belén; pero ignoraban que Jesucristo habia nacido ya en Belén y que descendia de la dicha sangre real. Estaban en el error de que Jesucristo era natural de Nazareth de Galilea, porque habia pasado allí casi toda su vida, pero lo era de Belén, donde habia nacido. Sobre este conjunto de verdades é ignorancias formaron su argumento, diciendo : La sagrada Escritura enseña que Cristo, el Mesías, vendrá de la descendencia de David y de la aldea de Belén. Este Jesus que nos predica, ni descende de David, ni ha nacido en Belén, sino que es un Galileo que ha nacido en Nazareth; luego no es el Mesías que esperamos. Argumento concluyente para la plebe ignorante á quien hablaban, pero falso en sí mismo, y nulo para todos los sabios.

Concilio contra Jesucristo.

En este tiempo los príncipes de los sacerdotes, cada vez mas ensañados contra Jesucristo, habian juntado un concilio para sentenciarle y quitarle la vida. Los ministros encargados de aprisionar al Señor llegaron á tiempo, no solo de prenderle, sino tambien de oír parte de su predicación, mas ninguno se atrevió á poner en Él sus manos. Sin hacer cosa alguna, se volvieron á los pontífices y fariseos, quienes al ver que no le llevaban atado, les preguntaron con enfado : ¿ porqué no le traeis preso ? Porque jamás, respondieron, ha hablado un hombre como habla este. ¿ Qué ? dijeron los fariseos, ¿ tambien vosotros as habeis dejado seducir ? ¿ acaso habeis visto que crea en Él alguno de los príncipes y fariseos, fuera de esa turba compuesta de hombres malditos que ignoran la ley ? Esta represion que los fariseos hicieron á los ministros, era demasiado amarga para poder resistirla. Así es que los ministros no se atrevieron á seguir el elogio de Jesucristo y se entregaron al silencio.

Sale á la defensa de Jesucristo el famoso Nicodemo.

Sin embargo la dicha represion, por mas agrura que encerrase, no estorbó que uno de los príncipes del pueblo, é individuo del concilio, saliese á su defensa. Este fué el famoso Nicodemo, el mismo que fué á ver Jesucristo de noche, cuando hizo su primer viaje á Jerusalem : ¿ Por ventura nuestra ley, dijo al consejo, juzga á un hombre sin haberle oído primero y sin informarse de lo que ha hecho ? ¿ Qué ? le respondieron con rabia, ¿ tambien tú quieres ser Galileo ? registra las Escrituras y verás que jamás salió un profeta de la Galilea. Los fariseos debieron responder á la sábia pregunta que les hizo Nicodemo, exponiendo los motivos que tenian para proceder contra

Jesucristo sin formalidad de juicio ; pero apelaron al insulto, como los que tienen mal humor y mala causa. En primer lugar le trataron de Galileo, que en opinion de ellos era una grande impropiedad, y en segundo, le enviaron á estudiar las sagradas Escrituras como á un muchacho ó á un ignorante. No contentos con insultar al noble Nicodemo, individuo de su mismo consejo, se valieron tambien de la mentira, si es que sabian, como debian saberlo, que los profetas Naun y Jonás eran Galileos ; y si no lo sabian, eran unos ignorantes que enviaban á estudiar á un sábio como Nicodemo. El concilio se disolvió sin otro resultado, y cada uno se volvió á su casa, dice el Evangelista.

Presentacion á Jesucristo de una mujer sorprendida en adulterio.

Sin duda conocieron que aun no era tiempo de perder á un hombre que tenia panegiristas entre sus ministros, defensores en su mismo consejo, y á su favor el grueso de la nacion. Dejaron, pues, de perseguirle descubiertamente por ahora, y volvieron á su plan de armarle lazos. Jesucristo seguia frecuentando el templo. De dia enseñaba, y de noche se retiraba á orar en el Monte Olivete. Volvia por la mañana, y rodeado luego de la multitud, se sentaba y enseñaba en la casa de su Padre, esto es, en el templo. En una de las veces que estaba ocupado en su divino ministerio, le trajeron los escribas y fariseos una mujer sorprendida en adulterio, y la pusieron en medio de la multitud. Hacian esto para poder acusarle, porque si tomaba el partido de la justicia y la declaraba rea de muerte, se haria odioso al pueblo que siempre esperaba de Él la benignidad, y si se inclinaba á la misericordia y la perdonaba, le argüirían de trasgresor de la ley. El lazo estaba bien armado, pero no habia lazos para Jesucristo. Luego que la

presentaron, dijeron á Jesucristo: En la ley de Moisés está mandado apedrear á mujeres como esta; vos ¿qué decís? El Señor, sin hablar ni una palabra, se inclinó hácia la tierra y escribía en ella con su dedo. Se cree que escribía la sentencia que iba á dar, pero no lo dice el sagrado Evangelista. Viendo los fariseos que no respondía, continuaron con empeño su pregunta; hasta que enderezándose el Señor, les dijo: Aquel de vosotros que no tenga pecado, tire el primero piedra contra ella; y volviendo á inclinarse, continuaba escribiendo en la tierra. Cuando oyeron la sentencia de Jesucristo, se iban marchando uno despues de otro, siendo los mas ancianos los primeros, hasta que Jesucristo quedó solo, permaneciendo en pié la mujer en medio de la multitud. Entonces, levantándose el Señor, la dijo: Mujer, ¿dónde estan los que te acusaban? ¿ninguno te ha condenado? Ninguno, Señor, dijo ella llena de vergüenza y cubierta de lágrimas. Pues tampoco yo te condenaré. Véte y no peques ya mas. Nada convenia mejor al Redentor del mundo que este acto de clemencia, ejercitado en favor de una pecadora, que por su arrepentimiento pasaba á ser una penitente; y por lo que miraba á sus acusadores, bien merecian la mortificacion y la vergüenza que habian sufrido.

Curacion del ciego de nacimiento lavándose en la piscina de Siloe.

Habiendo salido Jesucristo del templo, despues de este juicio admirable, se encontró con un ciego de nacimiento, y al verle sus discipulos, le preguntaron: Maestro, ¿quién ha pecado para que este haya nacido ciego? ¿ha sido él ó sus padres? Estaban persuadidos de que los trabajos de la vida presente eran siempre efectos de los pecados actuales, ya que los hubiesen cometido los que padecian, ya que hubiesen sido sus padres. No, res-

pondió Jesucristo, ni este pecó, ni sus padres; sino que ha nacido ciego para que se manifiesten en él las maravillas de Dios; como si les dijera: Es verdad que los trabajos, las enfermedades y la muerte entraron en el mundo por el pecado, y que muchas veces castiga Dios en esta vida á los pecadores por sus pecados; pero tambien lo es que otras muchas castiga á los justos, para probarlos y aumentar su mérito, y muchas mas para sacar de los trabajos su gloria; y tal es el motivo de la ceguera de este hombre. Entretanto que es de dia, continuó Jesucristo, yo debo hacer las obras maravillosas del que me envió. La noche (mi muerte) viene, y entonces ya nadie puede obrar. Cuando estoy en el mundo, luz soy del mundo; y dicho esto, tomó tierra en su mano, escupió en ella, hizo lodo con la saliva, untó con él los ojos del ciego, y le dijo: Anda, lávate en la piscina de Siloe, que significa *enviado*. Este nombre *enviado* es uno de los mas principales que la sagrada Escritura da al Mesías. El ciego fué, se lavó en la piscina y volvió con vista. Era esta piscina una figura muy expresiva del Bautismo, en donde nuestras almas son lavadas y purificadas por los méritos de Jesucristo. Bien podia el Señor haber curado al ciego sin que precediesen estas preparaciones, ni fuese á lavarse á la piscina, pero queria probar su fe, como ya lo habia hecho con aquel otro ciego que al principio solo veía hombres que se movian como árboles, y continuando en su fe y su esperanza, veía despues claramente los hombres y todas las cosas que se presentaban á su vista.

Exámen de este milagro.

Acaso no hubo jamás un milagro examinado con mayor rigor que este, como lo vamos á ver. Es verdad que en la aprobacion de los milagros se debe usar de cierta precaucion, porque una credulidad indiscreta puede traer

malas consecuencias; pero, si conviene proceder con madurez y prudencia, no conviene menos hacerlo con piedad y rectitud. Ninguna cosa mas ajena de la buena razon que oponerse á un milagro bien probado, solo porque es milagro, ó negar los milagros verdaderos porque se hayan descubierto algunos falsos. Esto no es prueba de un buen entendimiento, sino de la flaqueza de un corazon maleado. En el caso presente hubo una cosa peor que la flaqueza, pues el milagro, completamente probado, no causó mudanza en los que le combatian, y fué porque los hombres soberbios tienen por menos mal seguir extraviados, que sufrir la vergüenza de volver piés atrás.

Luego que el ciego volvió de los baños de Siloe, con una vista que nunca habia tenido, y se extendió la fama de este milagro por toda la ciudad, corrian de todas partes á ver el prodigio. Los vecinos á la habitacion de este ciego, los que le habian visto mendigar por tantos años, y los que le habian socorrido tantas veces, se decian unos á otros, ¿no es este el ciego que se sentaba por las esquinas de la ciudad y pedia limosna? Sí, decian unos, este es. No, decian otros, es uno muy semejante á él; pero el ciego decia: yo soy; y al verle y oírle, nadie quedó con duda. Pues ¿cómo, le preguntaban, fueron abiertos tus ojos? Aquel hombre, respondia, que se llama Jesus, hizo lodo, untó mis ojos, y me dijo: Anda á la piscina de Siloe y lávate. Yo fui, me lavé, y veo. ¿Dónde está? le preguntaban; y él respondia: no lo sé. Entonces llevaron á la presencia de los fariseos al que habia sido ciego. Era sábado, advierte el Evangelista, cuando hizo Jesus el lodo y abrió los ojos. Los fariseos preguntaron al ciego cómo habia recibido la vista; y él respondió como antes: puso lodo sobre mis ojos, me lavé, y veo. Á esta repuesta tan firme solo supieron contestar los fariseos de un modo maligno. Este hombre que le ha curado no es de Dios, decian unos, puesto que no guarda el sábado. Otros decian: ¿Cómo

puede un hombre pecador hacer estos milagros? Aquí volvieron á preguntar al ciego: Tú, ¿qué dices de aquel que abrió tus ojos? Que es profeta, respondió. Mas los fariseos no creyeron que hubiese sido ciego y recibido la vista. Llamaron, pues, á sus padres, y les preguntaron: ¿Es este vuestro hijo, el que decís que nació ciego? ¿cómo es, pues, que ahora ve? Sabemos, dijeron los padres, que este es nuestro hijo, y que nació ciego; mas no sabemos cómo ahora ve, ni quién le ha abierto los ojos. Preguntadlo á él. Edad tiene. Hable por sí mismo. Esto dijeron los padres del ciego, porque temian á los Judíos, que habian acordado ya, que si alguno confesaba á Jesucristo, fuese arrojado de la sinagoga.

Viendo que nada conseguian por sus padres de lo que deseaban, volvieron á llamar al hijo, y revestidos de un aspecto imponente de autoridad y religion, le dijeron: Da gloria á Dios, pues nosotros sabemos que ese hombre es un pecador. Si es pecador, dijo el ciego, yo no lo sé; una cosa sé, y es, que habiendo nacido yo ciego, ahora veo. ¿Qué te hizo? volvieron á preguntarle, ¿cómo te abrió los ojos? Os lo he dicho, respondió, y lo habeis oído, ¿por ventura quereis vosotros haceros tambien sus discipulos? Aquí llenos de cólera le cargaron de maldiciones, y dijeron: Seas tú su discípulo. Nosotros lo somos de Moises. Nosotros sabemos que Dios habló á Moises; mas á este, ni aun sabemos de dónde sea. Cierto que es para maravillar, dijo el ciego, que no sepais de dónde es el hombre que abrió mis ojos. Sabemos que Dios no oye á los pecadores; mas si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, á este oye. Nunca se vió que abriese alguno los ojos del que nació ciego. Este hombre (que me ha curado) si no fuese de Dios, no podria hacer cosa semejante. Llegó con esto al colmo la rabia de los fariseos, y dijeron: ¿En pecado has nacido todo tú, y quieres enseñarnos? Y con esto le arrojaron de su presencia. Oyó Jesucristo que los fariseos le habian echado de su presencia, y habiéndole

encontrado, le dijo : ¿ Crees tú en el Hijo de Dios? ¿ Quién es, Señor, preguntó el agradecido ciego, quién es, para que yo crea en Él? Y Jesus le dijo : Y le has visto, y el que está hablando contigo, ese es. Entonces el ciego fuera de sí; creo, Señor, dijo : creo que sois el Hijo de Dios, y postrándose á sus piés, le adoró.

El príncipe de los fariseos convida á comer á Jesucristo.

Salió el Señor de Jerusalem la mañana siguiente al sábado en que abrió los ojos al ciego de nacimiento; y otro sábado, que pudo ser el inmediato, fué convidado á comer en casa del príncipe de los fariseos. Concurrió un gran número de ellos, no tanto para obsequiar á Jesus, cuanto para sorprenderle, como habian intentado cuando le convidó el otro fariseo, segun queda referido. Toda su atencion durante la comida se dirigió á observar sus palabras y sus acciones para encontrar ocasion de calumniarle y acusarle.

Cura el Señor á un hidrópico.

Como los enfermos eran los primeros que averiguaban el paradero de Jesucristo y los sitios donde podrian encontrarle, habiendo sabido un hidrópico que comia aquel día en casa del príncipe de los fariseos, vino luego á la casa del convite y se presentó delante del Señor. Nada dijo, porque creia que bastaba á un enfermo dejarse ver del divino Médico para mover á compasion sus entrañas de misericordia, y no se engañaba. El Señor le vió y determinó curarle; pero quiso prevenir las murmuraciones que podrian seguirse de una curativa en sábado. Con este intento se volvió á los escribas y fariseos que le rodeaban, y les preguntó : ¿ Es lícito curar en sábado? Todos se miraron al oír esta pregunta, pero todos calla-

ron y ninguno se atrevió á contestarla. Entonces el Señor tomó al hidrópico, le sanó, y le despidió; y volviéndose á ellos, les dijo : ¿ Quién hay de vosotros que viendo su asno, ó su buey, caído en un pozo en dia de sábado, no le saque inmediatamente? Y no podian responderle, era la prueba tan concluyente que ninguno podia rebatirla sin deshonorar su razon. El Señor para curar al hidrópico no habia puesto mas trabajo que querer, y para sacar del pozo al buey ó al asno, se necesitaria mucho tiempo, mucho esfuerzo y acaso muchas personas. ¿ Y qué queria decir recobrar un animal en comparacion de recobrar la vida ó la salud de un hombre? Ya en varias ocasiones, como en la de la mujer encorvada, habia confundido el Señor á los escribas y fariseos haciéndoles ver que los milagros hechos en dia de sábado no se oponian al descanso de la fiesta; pero como era este uno de sus argumentos favoritos de acusacion contra el Señor, tampoco el Señor dejaba pasar ocasion de rebatirle de un modo incontestable.

Asiento que debe tomarse en los convites.

Observó Jesucristo que los convidados escogian los primeros asientos en la mesa, y mientras comian, dió una leccion muy importante á todos, aunque se dirigió á uno solo. Cuando fueres convidado á algunas bodas, le dijo, no te sientes en el primer lugar, no sea que haya allí otro mas distinguido que tú, y venga aquel que convidó á él y á ti, y te diga : Cede este lugar á este, y tengas que bajar con vergüenza al infimo lugar. Al contrario, cuando fueres convidado, vé y siéntate en el último lugar, para que cuando venga el que te convidó, te diga : Amigo, sube mas arriba, y entonces serás honrado delante de los que estuvieren contigo á la mesa; porque aquel que se ensalza, será humillado, y el que se humilla, será ensalzado. La leccion que aquí dió Jesucristo no

podía venir mas á propósito, porque los escribas y fariseos eran locamente soberbios, y los que se hallaban sentados á la mesa habrían tomado los primeros y debían ser los primeros que se aplicasen esta importante lección.

Á ella se siguió otra no menos importante. Dirigió el Señor en seguida su divina palabra, singularmente al que le había convidado, y le dijo: Cuando des alguna comida ó alguna cena, no llares á tus amigos, ni á tus hermanos, ni á tus parientes, ni á tus vecinos, si son ricos; no sea que ellos vuelvan á convidarte y te lo paguen; mas cuando hagas convite, llama á los pobres, á los débiles, á los cojos y á los ciegos, y serás dichoso, porque no tienen estos con que corresponderte, y en su defecto, serás galardonado en la resurrección de los justos. No condena aquí el Señor los convites sobrios y moderados que los parientes y amigos se hacen unos á otros con el fin de mantener la unión entre las familias y la caridad cristiana; condena la suntuosidad de los banquetes que se dan unos ricos á otros, llevados de la vanidad y la gula, y quiere que las riquezas se empleen en alivio y socorro de los pobres.

Parábola de los convidados á la cena.

Habiendo oído uno de los convidados que el pan dado á los pobres por los misericordiosos, se volverá á estos en la resurrección de los justos, exclamó: Bienaventurado el que comiere aquel pan en el reino de Dios; y de esta exclamación tomó motivo el divino Maestro para proponer la siguiente parábola. Cierta vez preparó una gran cena á la que convidó á muchos, y cuando llegó la hora de la cena, envió á decir por uno de sus siervos á los convidados: que viniesen, porque todo estaba ya preparado; y sucedió que todos á una principiaron á excusarse. El primero dijo: He comprado

una granja y necesito ir á verla; te ruego que me tengas por excusado. Y dijo el tercero: He tomado mujer y por eso no puedo venir.

Siempre que he leído este Evangelio de la cena, ha llamado mi atención el distinto lenguaje que usaron los convidados para excusarse. Es bien claro que en el que compró la granja, se representaban los ambiciosos; en el que compró los bueyes, los avarientos; y en el que tomó mujer, los lujuriosos. El primero y segundo se excusaron con urbanidad y buenos modales, diciendo: Tenme por excusado; pero el tercero respondió con un modo desatento: No puedo venir. La experiencia de muchos años de ministerio parroquial me ha hecho ver que la ambición y la avaricia, aun cuando se resistan, guardan miramiento, pero que la lujuria á nadie que se le oponga, respeta. Volvió el siervo de llamar á los convidados y dijo lo que pasaba. Entonces, airado el señor, ó padre de familias, dijo á su siervo: Vé al momento á las plazas y calles de la ciudad y tráeme á cuantos pobres, estropeados, débiles, ciegos y cojos hallares. Fué el siervo y recogió cuantos encontró y los colocó al rededor de la mesa del convite, pero aun quedaron asientos sobrantes. Volvió el siervo á su señor y le dijo: Señor, se ha hecho como mandásteis, pero aun quedan asientos. Pues anda, le dijo el señor; sal á los caminos, entra por los cercados, recoge á cuantos encontrases, tráemelos á mi casa y haz que entren en la sala del convite hasta que se llene; porque os aseguro que ninguno de aquellos hombres que fueron llamados gustará de mi cena (eterna). ¡Terrible exclusión! ¡pavorosa sentencia para un cristiano que no ha perdido la fe! ¡oh funesta ambición! ¡oh fatal avaricia! ¡oh lujuria brutal! ¡oh placeres infames!!! ¡Á cuantos estorbais la entrada en la sala del convite y el asiento á la mesa celestial, donde regala el Señor á sus convidados con manjares inefables y les da á beber del torrente de sus contentos eternos!!!

Parábola de la mujer que encuentra la dracma que había perdido.

Concluida la cena, y dejada á los fariseos la aplicacion de la parábola, se retiró Jesucristo con sus discípulos á predicar á la Galilea, y luego se vió rodeado de la multitud que le seguia por todas partes, cada vez mas deseosa de oírle. Aquí volvió el Señor á su enseñanza en parábolas, con las que hacia mas palpables al pueblo las verdades que le predicaba, y propuso la siguiente: ¿Qué mujer, dijo, que tiene diez draemas, si perdiere una de ellas, no enciende la luz, registra la casa y la busca hasta hallarla? ¿Y despues de haberla hallado no junta á sus vecinas y amigas y las dice: Dadme el parabien, porque he hallado la dracma que habia perdido? Así habrá, dijo el Señor, gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que hace penitencia.

Parábola del hijo pródigo.

Aun parecia que no estaba satisfecho el Señor de haber persuadido bastante á sus oyentes del aprecio que merece un pecador penitente, y les propuso otra parábola mucho mas extensa y palpable. Tuvo un hombre dos hijos, y el menor de ellos se acercó á su padre pidiendo la parte de hacienda que le tocaba. El padre la repartió entre los dos hermanos, y no muchos dias despues, el menor, juntando todo lo que le habia cabido, se fué á un país muy distante (de su padre sin duda para estar mas libre de sus reprensiones) y allá consumió todos sus bienes viviendo disolutamente. Cuando todo lo hubo gastado, vino una grande hambre sobre aquella tierra y comenzó (este hijo pródigo) á padecer necesidad. Entonces se puso á servir con uno de los ciudadanos de aquella region, y este le envió á su caserío

para que guardase sus puercos. En tan infeliz estado, deseaba el infeliz llenar su vientre de las bellotas que comian estos animales inmundos, y nadie se las daba, ni le era permitido tomarlas. Aquí volviendo en sí mismo, decia: ¡Cuántos criados tienen el pan con abundancia en la casa de mi padre, y yo muero aquí de hambre! Saldré, iré á mi padre (por mas vergüenza que me cueste) y le diré: Padre, pequé contra el Cielo y delante de vos. Ya no soy digno de llamarme hijo vuestro. Hacedme como uno de vuestros criados.

Apenas acabó este discurso, se levanta y marcha á la casa de su padre. Aun venia muy distante, cuando le vió su (tierno) padre. La miseria, por grande que sea, nunca desfigura tanto á un hijo que no le conozean sus padres. Las entrañas de este se conmovieron, se enterneció su corazon, y corriendo al encuentro de su hijo, le echó los brazos al cuello, le abrazó y le besó. ¡Ah mi querido padre! exclamó el hijo cubierto de confusion y de lágrimas, ¡ah mi querido padre! he pecado contra el Cielo y delante de vos. Yo no soy digno de llamarme hijo vuestro. Id, dijo aquí el amoroso padre á sus criados, traedme prontamente un vestido, el mas precioso; vestidle y ponedle anillo en sus manos y calzado en sus piés. Traed un ternero cebado, matadlo y celebremos un banquete; porque este hijo estaba muerto y ha revivido, se habia perdido y ha sido encontrado; y con esto se sentaron á la mesa y comenzaron á celebrar el banquete.

El otro hijo, que era el mayor, estaba en el campo, y cuando vino y se acercó á la casa de su padre, oyó el concierto de la música, y llamando á uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Vuestro hermano ha venido, le dijo, y vuestro padre ha hecho matar un ternero cebado, porque le ha vuelto á recibir sano y salvo. Entonces este hermano se indignó y no queria entrar en casa, mas saliendo su padre comenzó á rogarle que entrase, y él respondió: Hace tantos años que os sirvo, nunca he traspasado vuestros mandatos, y nunca me habeis dado

un cabrito para comerle alegremente con mis amigos; mas cuando ha venido este vuestro hijo, que ha gastado su hacienda con prostitutas, habeis hecho matar un ternero cebado para obsequiarle y regalarle. Advierte, mi querido hijo, dijo el amoroso padre, que tú siempre estás conmigo y todos mis bienes son tuyos. Razon era, pues, celebrar un banquete y regocijarnos cuando ha venido tu hermano, porque muerto estaba y ha revivido, perdido y ha sido hallado.

La primera de las tres partes que componen esta famosa parábola, representa, en los dos hermanos, á los justos que viven siempre sometidos á la voluntad de Dios, y á los pecadores que, despues de recibir bienes innumerables de su infinita bondad, le vuelven la espalda y se van á la region mas distante, que es el pecado, y los gastan en ella, viviendo perdidamente. La segunda representa al pecador que, verdaderamente arrepentido, se vuelve á su Dios Padre, y le pide, cubierto de lágrimas, el perdon de sus extravíos; y al Señor que le recibe entre sus brazos, le perdona, y hace un banquete de alegría por su conversion. Y la tercera representaba al pueblo judío, que teniéndose por justo, no queria entrar en la casa de su padre, donde se hallaba un pecador, que era su hermano menor; y que representaba al pueblo gentil convertido. Esta parábola en su totalidad y objeto principal es la de mayor consuelo para todos los pecadores, y muy principalmente para los grandes pecadores, que ven en ella abiertos siempre los brazos del Dios de las misericordias para recibir á los arrepentidos.

Otra del mayordomo infiel.

Cierto hombre rico, les dijo, tenia un mayordomo que fué acusado de disipador de sus bienes. El amo le llamó y reconvinó diciéndo: ¿Qué es esto que oigo de tí?

Dáme cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás administrar mis bienes. Entonces el mayordomo dijo entre sí: ¿Qué haré ahora que mi señor me quita la mayordomía? Yo no puedo cavar, y de mendigar me avergüenzo; y despues de pensar detenidamente sobre su situacion, ya me ocurre, dijo, lo que tengo de hacer, para que cuando fuese removido de la mayordomía, me reciban (los deudores) en sus casas. Tomada esta resolucion, fué llamando á cada uno de ellos, y preguntó al primero, ¿cuánto debes tú á mi señor? Y respondió, cien barriles (sesenta arrobas) de aceite. Pues toma tu obligacion, siéntate y escribe cincuenta. Y tú, dijo á otro, ¿cuánto debes? Cien coros (quinientas fanegas) de trigo. Pues toma tu escritura, y escribe ochenta. Y cuando lo supo el señor, alabó al mayordomo infiel, porque lo hizo diestramente (á su favor). Los hijos de este siglo (de tinieblas), concluye Jesucristo, son mas ástutos (en el manejo de sus intereses) que los hijos de la luz. Háceos, pues, amigos con las riquezas (dando limosnas), decía á todos, para que cuando falleciéreis, os reciban en las moradas eternas. Los fariseos eran unos hombres avaros, dice san Lucas, y cuando oian todas estas verdades, las despreciaban; pero Jesucristo les propuso otra parábola que debió llenarlos de espanto y hacerles entrar en las mas serias consideraciones.

Otra del rico gloton y de Lázaro mendigo.

Habia un hombre rico, dijo, que se vestia de púrpura y lino finísimo, y comia todos los dias espléndidamente; y habia un mendigo llamado Lázaro, lleno de llagas, que estaba postrado á la puerta del rico deseando alimentarse de las migajas que caian de su mesa, pero nadie se las daba; solo los perros venian y le lamian las llagas. Cuando murió el pobre, le llevaron los ángeles al seno de Abraham (que era el limbo, donde repo-

saban los justos hasta que, triunfando Jesucristo de la muerte, los llevase consigo á gozar en el cielo de la bienaventuranza eterna); tambien murió el rico y fué sepultado en el infierno. Estando este infeliz en los tormentos, alzó los ojos y vió de léjos á Abraham, y á Lázaro en su seno. Entonces levantó el grito clamando: Padre Abraham, compadécete de mí, y envía á Lázaro, para que mojado en agua la extremidad de su dedo (con poco se contentaba) refresque mi lengua, porque me abraso en esta llama; y Abraham le dijo: Acuérdate que recibiste bienes en tu vida, y del mismo modo Lázaro recibió males; pues ahora Lázaro es aqui consolado, y tu ahí atormentado. Fuera de que hay entre nosotros y vosotros (los condenados) un caos tan grande é impenetrable, que los que quieren pasar de aquí á vosotros, no pueden; ni de ahí pasar acá. Pues si esto no puede ser, dijo el rico, te ruego, padre Abraham, que envíes á Lázaro á la casa de mi padre porque tengo cinco hermanos, para que les atestigüe de lo que aqui pasa, no sea que tambien ellos vengan á este lugar de tormentos. Tienen á Moises y los profetas, dijo Abraham; oíganlos. Mas él dijo: No (basta eso), padre Abraham; mas si alguno de los muertos fuere á decírselo, harán penitencia. Si no oyen á Moises y los profetas, dijo Abraham, tampoco creerán aun cuando alguno de los muertos resucite (y vaya á decírselo).

Que lean aquí los ignorantes libertinos, que con un tono de triunfo nos dicen: Nadie ha venido hasta ahora á contarnos lo que pasa en el infierno. Que vengan y oigan á Jesucristo y lo sabrán. Por lo que á nosotros toca, consideremos los diferentes estados de Lázaro y del rico en su vida y despues de su muerte. Consolémonos en nuestros trabajos (que nunca serán mayores que los de Lázaro) al ver su eterno descanso; y temblemos los delitos al ver los tormentos del rico; que sobre ser horribles, han de ser eternos. No esperen los incrédulos, para creer, que un muerto les haga relacion de lo

que pasa en el infierno, porque se la hizo ya el rico del Evangelio, y no creyeron, y lo mismo harian aunque viniesen otros ciento. Si no creen á Moises y el Evangelio, tampoco creerán aunque vengan del infierno legiones de muertos, porque para ellos todo seria fantasmas, desvarios y sueños.

Vuelve á hablar Jesucristo de la importancia de orar y perseverar en la oracion.

Otro dia que hablaba Jesucristo sobre la importancia de orar y de perseverar en la oracion, se encontraron tambien fariseos entre la multitud, y esto acaso le empeñó á terminar las saludables instrucciones que estaba dando, con las dos breves parábolas que vamos á referir.

Por mucho cuidado que hubiese puesto Jesucristo en todas las ocasiones de manifestar la importancia de la oracion, nunca juzgó haber dicho demasiado sobre esta materia. Por una parte sabia el Señor á cuántos combates se habrían de exponer los discípulos del Evangelio; y por otra conocia que la paciencia se acaba muchas veces, cuando en el tiempo de la afliccion se tiene que esperar mucho tiempo; y queria que se comprendiese bien, que la dilacion de las misericordias de Dios no es una negativa, sino una prueba de nuestra paciencia: que conviene orar con tanto mas fervor cuanto mas tiempo se ha orado sin conseguir: que nunca estamos mas cerca de ser oídos que cuando no nos cansamos de pedir; y en fin, que un hombre afligido seria doblemente infeliz si por falta de perseverancia viniese á perder su paciencia y su corona. Apenas habrá leccion mas necesaria para las almas que padecen, ni que convenga mas repetirla. Por este motivo propuso Jesucristo la primera de las dos parábolas siguientes.

Parábola de un juez injusto y de una viuda importuna.

Habia, dijo, en cierta ciudad, un juez que ni temia á Dios, ni respetaba á los hombres; y habia en la misma ciudad una viuda que venia á él (todos los dias) y le decia: Hazme justicia de mi contrario. El juez no quiso oirla por mucho tiempo; mas despues de tantas negativas, dijo entre si: Aunque no temo á Dios, ni tengo respeto á los hombres, sin embargo, porque me es importuna esta viuda, la haré justicia para que no venga tantas veces, que al fin llegue á molerme. Aquí concluyó el Señor la parábola, y en seguida dijo al auditorio: Escuchad lo que dice el juez injusto; que fué decirles: Si un juez injusto y desatento, que no temia á Dios ni respetaba á los hombres, por último se dejó doblar de la importunidad de una viuda; ¿un Dios justo, clemente y amante de los hombres, no oirá al fin las súplicas de los que le piden con perseverancia? La segunda parábola fué dirigida nominalmente contra los fariseos, y á pesar de esto, no tuvo inconveniente Jesucristo en proponerla á su vista.

Otra de un fariseo y un publicano que oran en el templo.

Dos hombres, dijo el Señor, subieron al templo á orar, el uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo, estando en pié, oraba en su interior de esta manera: Dios, gracias os doy porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros... así como este publicano. Ayuno dos veces en la semana, y doy diezmos de todo lo que poseo. Mas el publicano, estando á lo lejos, no se atrevia ni aun á levantar los ojos al cielo; sino que heria su pecho diciendo: Señor, mostraos propicio á mí que soy un pecador. Acabada la parábola, dijo Jesucristo: Os aseguro que este (publicano) y no aquel (fa-

riseo), bajó del templo justificado á su casa; porque todo hombre que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado.

Cura el Señor á diez leprosos.

No sabemos que los fariseos de la Galilea, despues de haber sufrido la vergüenza de ver pintada con su propio nombre á toda su secta como una soberbia, volviesen á disputar con Jesucristo; acaso porque el Señor dejó luego su pais y se dirigió á la Judea. Cuando hacia este viaje y pasaba por medio de la Samaria, salieron á su encuentro diez hombres leprosos, que parándose á lo lejos (porque no podian acercarse á causa de la lepra) alzaron su voz, diciendo: Jesus, Maestro, tened misericordia de nosotros. Cuando les oyó Jesucristo, les dijo: Id y mostraos á los sacerdotes (á quienes tocaba conocer de la lepra); y mientras que iban, quedaron todos limpios. Uno de ellos, al ver que habia sanado, volvió glorificando á Dios con grandes voces, y postrándose á los piés de Jesucristo, no se cansaba de besárselos y darle gracias. Advierte el sagrado Evangelista que este era Samaritano. Entonces le preguntó Jesucristo, ¿por ventura no fueron diez los curados? ¿pues dónde estan los nueve? ¿no hubo quien volviese á dar gloria á Dios mas que un extranjero? Levántate, dijo al Samaritano (que aun continuaba postrado), y véte, que tu fe te ha sanado (no solo en el cuerpo, sino tambien en el alma).

Sube á Jerusalem en la fiesta de las Encenias.

Á este tiempo se celebraba en Jerusalem por ocho dias la fiesta de la Dedicacion del templo que llamaban *las Encenias*. Era invierno y Jesus se paseaba en el pórtico de Salomon, donde se reunia la multitud para librarse del

frio. Durante el tiempo que habia estado el Señor en Jerusalem, cuando se celebraba la fiesta de los Tabernáculos, dió tantos testimonios de su mision, y tantas pruebas de su divinidad, que despues de su partida, apenas se hablaba de otra cosa; por eso se halló rodeado ahora de Judíos que le preguntaban á porfía, ¿hasta cuándo nos has de consumir el alma? Si tú eres el Mesías, dinoslo claramente.

Despues de las obras y los prodigios que habia hecho Jesucristo por toda la Palestina, en prueba de su mision y de su divinidad, ¿quién no conoceria que esta pregunta no tenia otro objeto que tentar al Señor? No lo ignoraba su Majestad; pero quiso convencerles de nuevo, y entró en un razonamiento, que al paso que no los dejaba que decir, encendia su cólera hasta el punto de tomar piedras para apedrearle. Ya en otra ocasion habian intentado lo mismo, y el Señor se habia librado de sus manos, retirándose; pero ahora contuvo sus criminales movimientos permaneciendo en medio de ellos. Siguió con tranquilidad su razonamiento, y cuando hubo concluido, se retiró sin que nadie le estorbare ó persiguiese, á pesar de que habian determinado prenderle y formar proceso para decretar su muerte.

Pasa de Jerusalem á la Betania del otro lado del Jordán.

Saliendo Jesus de Jerusalem se llevó trás de sí los frutos de su celo. Habia predicado en ella los adorables misterios, que debian ser el objeto de la fe de todos los pueblos, y se ganó, sin hacer nuevos milagros, un gran número de seguidores del Evangelio, porque muchos de sus habitantes se resolvieron á creer en el Señor, á pesar de la persecucion de los fariseos y principes del pueblo. Jesucristo eligió para su retiro la Betania, no donde vivian Lázaro, Marta y María, y que estaba vecina á Jerusalem, sino la otra Betania, situada al oriente

del Jordán, donde el Bautista, arrojado de los primeros desiertos por los escribas y fariseos, fué á predicar y bautizar, hasta que se vió precisado, por nuevas persecuciones, á retirarse á la Galilea. Esperando Jesucristo el momento de su sacrificio, permaneció en la Betania cerca de tres meses. Entonces vinieron allí aquellos vecinos de Jerusalem, á quienes sus discursos habian hecho sus adictos. La mayor parte de ellos habian sido discipulos del Bautista, que veian cumplirse en Jesucristo lo que de Él habia dicho su difunto maestro. Tambien siguieron á Jesucristo las turbas, y el Señor las instruía y curaba sus enfermos; ni faltaron fariseos sin otro objeto que tentar á Jesucristo.

Prohibe el repudio y restablece el vínculo del matrimonio.

Desde luego le propusieron la ley del repudio, que por la dureza de su corazon les habia permitido Moises; y el Señor, aprovechando la ocasion, les hizo ver que al principio no hubo tal ley, y que el matrimonio debia volver á su primer estado, en el que no era permitido á los consortes separarse, porque les dijo: Lo que Dios unió, no le separe el hombre.

Vuelve á abrazar á los niños y pronuncia una sentencia de suma importancia.

Aquí volvieron á ofrecerle niños para que pusiese sobre ellos las manos y orase por ellos; pero tambien aquí los apóstoles, á motivo de una reverencia mal entendida, volvieron á reprender á los que los presentaban; mas el Señor llevó esto muy á mal, y les dijo: Dejad á los niños que se acerquen á mí, porque de estos es el reino de los cielos; y poniéndoles las manos y abrazándolos, les bendecía y despedía. Su inocencia le

encantaba, y en nada parece que tenia mas gusto que en abrazar á estos preciosos retratos de la humildad. Concluyó Jesucristo este acto de ternura con una sentencia que debiéramos tener siempre presente. El que no recibiere, dijo, mi Evangelio sencillamente como un niño, no entrará en el reino de Dios.

Un jóven rico quiere seguir al Señor y no se atreve.

Quando iba el Señor á predicar á otro pueblo de la comarca, corrió trás de Él un jóven rico, y arrodillado á sus piés, le preguntaba : Maestro bueno, ¿qué haré para conseguir la vida eterna? Si quieres entrar en el cielo, le dijo el Señor, guarda los Mandamientos. ¿Cuáles? preguntó el jóven. No matarás, le dijo Jesucristo, no cometerás adulterio, no hurtarás, no levantarás falso testimonio, no harás fraude... honra á tu padre y á tu madre, y ama á tu prójimo como á ti mismo. Todo esto lo he guardado desde mi niñez, dijo el jóven. ¿Qué me resta que hacer? Jesucristo le miró y le amó, dice el sagrado Evangelista (y ciertamente era bien amable un jóven que, entre las riquezas, conservaba la inocencia); pero le dijo : Si quieres ser perfecto, anda, vende cuanto tienes, dalo á los pobres, ven y sígueme. Al oír esto el jóven se afligió y se retiró triste, porque tenia muchas posesiones.

Parece que este buen jóven no se afligió y retiró por no desprenderse de sus posesiones, sino por no sentirse con bastante ánimo para hacer este sacrificio. Por eso se afligió al ver su flaqueza; mas como esta no era criminal, se retiró resuelto á servir á Dios en el estado inocente, aunque menos perfecto, en que le habia puesto la divina Providencia, y á usar bien de sus riquezas, ya que no tenia bastante resolucion para desprenderse de ellas.

Dificultad de entrar los ricos en el cielo.

No obstante, como es tan difícil separar el apego á los bienes, mientras que se tiene la posesion, tomó Jesucristo motivo de este pasaje para dar nuevas lecciones sobre tan importante materia. ¡Cuán dificultosamente, dijo, entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! Los discípulos se asombraron al oír estas palabras, mas el Señor continuó diciendo : ¡Qué dificultoso es que entren en el reino de Dios! (no precisamente los que tienen riquezas, sino los que confían en ellas). Mas fácil es (segun vuestro proverbio) pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico (de estos) en el reino de Dios. Cada vez se admiraban mas los discípulos, y estremecidos, se decian unos á otros, ¿quién podrá salvarse? Entonces les dijo Jesucristo : Para los hombres es esto imposible, mas no para Dios : porque para Dios todas las cosas son posibles; que fué decirles : Dios puede inspirar al rico el desprendimiento de las riquezas, y poner en su corazon el espíritu de pobreza. Las riquezas no hacen imposible la entrada en el cielo, sino muy difícil. Jesucristo no condena el estado de rico, sino la mala adquisicion de los bienes y el mal uso de ellos. El rico puede ser el consuelo del pobre, del huérfano y de la viuda, y trasladar por las manos de estos sus riquezas al cielo. Puede tambien renunciarlas y confundirse con los pobres para seguir la perfeccion, y ser lo que aconsejaba Jesucristo á este jóven.

Pedro, siempre el mas vivo de todos, interrumpió á Jesucristo preguntando : Hé ahí, Señor, que nosotros hemos dejado todas las cosas (los padres, los parientes, las redes, los anzuelos... nuestro modo de vivir) y os hemos seguido; ¿qué será de nosotros? Os aseguro, les dijo el Señor, que vosotros que me habeis seguido, cuando en el fin del mundo se sentará el Hijo del hombre en el trono de su gloria, para juzgar á los hombres,

tambien os sentaréis vosotros sobre doce tronos para juzgar á las doce tribus de Israel, y todo el que dejare su casa, ó hermanos ó hermanas, ó padre ó madre, ó mujer ó hijos, ó posesiones por mi nombre, recibirá el ciento por uno, y despues la vida eterna. Muchos primeros, concluyó Jesucristo, serán postreros, y muchos postreros serán primeros. Esta sentencia, dice san Juan Crisóstomo, miraba en particular á la reprobacion del pueblo judío y á la vocacion del pueblo gentil.

Parábola de los jornaleros.

El carácter de los Judíos del tiempo de Jesucristo era la suma estimacion de sí mismos, y el entero desprecio de todas las demás naciones del mundo, y el Señor les propuso la siguiente parábola. Es semejante el reino de los cielos á un padre de familias que salió muy de mañana á buscar jornaleros que fuesen á trabajar en su viña. Habiéndoles encontrado, les envió á trabajar en ella, despues de haberse convenido en que les pagaría un denario por dia, que equivalia á casi dos reales.

Division de las horas del dia y la noche entre los Judíos.

Los Judíos dividian las veinte y cuatro horas del dia natural en ocho partes; de las cuales aplicaban cuatro al dia, y las llamaban *horas*, y cuatro á la noche, y las llamaban *vigilias*. La hora de *prima* comenzaba al salir el sol y duraba hasta las nueve. La de *tercia*, desde las nueve hasta el medio dia. La de *sexta*, desde el medio dia hasta las tres de la tarde. Y la de *nona*, ó visperas, desde las tres de la tarde hasta ponerse el sol. Del mismo modo dividian las *vigilias*. La *primera* comenzaba al ponerse el sol y duraba hasta las nueve de la

noche. La *segunda* hasta las doce. La *tercera* hasta las tres de la mañana, y la *cuarta* hasta las seis.

El padre de familias, que habia buscado jornaleros muy de mañana y los habia enviado á trabajar á la hora de *prima*, volvió á salir á la hora casi de *tercia*, y encontrando otros que estaban ociosos en la plaza, les dijo: Id tambien vosotros á mi viña, yo os daré lo que fuere justo, y ellos fueron. Volvió á salir cerca de las horas de *sexta* y de *nona*, é hizo lo mismo. Últimamente salió cerca de la hora de visperas, y halló otros que estaban allí (en la plaza) y les dijo: ¿Qué haceis aquí ociosos todo el dia? Y ellos le respondieron: porque nadie nos ha llamado; id, les dijo, tambien vosotros á mi viña.

Luego que se puso el sol, mandó el señor de la viña á su mayordomo que llamase á los trabajadores y les pagase su jornal, comenzando desde los postreros hasta los primeros. Cuando vinieron los que habian ido cerca de la hora de visperas, recibió cada uno un denario. Viendo esto los primeros, creyeron que recibirian mayor jornal, pero no recibió cada uno sino un solo denario, y tomándole, murmuraban contra el padre de familias, diciendo: Estos últimos solo han trabajado una hora y los has hecho iguales á nosotros que hemos llevado el peso del dia y del calor; pero el padre de familias respondió á uno de ellos: Amigo, yo no te hago injuria. ¿No te concertaste conmigo en un denario? Toma lo que es tuyo, y véte; pues yo quiero dar á este postrero tanto como á ti. ¿Ó no me es lícito hacer lo que quiero de lo que es mio? ¿acaso será tu ojo malo porque yo soy bueno? Aquí concluyó Jesucristo la parábola con la misma sentencia que habia dado motivo á ella. Los postreros, dijo, serán primeros; y los primeros serán postreros. Sentencia terrible que humillaba demasadamente el carácter orgulloso de los Judíos; y que dió motivo á otra mas terrible, no solo para los Judíos, sino tambien para los cristianos; porque muchos son llamados, dijo el Señor, y pocos los escogidos.

Para conocer los pocos escogidos que tuvo el pueblo de los Judíos, desde la vocacion de Abraham hasta el tiempo de Jesucristo, basta leer su historia; y para conocer los que tendrá en nuestros dias el pueblo cristiano, tambien basta ver sus costumbres. Son muchos los llamados y pocos los escogidos. Esta sentencia terrible, pronunciada por el Hijo de Dios, debiera llenar de sobresalto á todo cristiano, y hacer que trabajase sin cesar con temor y temblor en la obra de su salvacion, como dice san Pablo; mas en el dia, si se exceptúa un número acaso por desgracia mas corto del que se piensa, los demás confiesan á Jesucristo con las palabras, mas no con las obras. Resuena su nombre en su boca, pero no en su corazon, y deben temblar que se hallen comprendidos en el número de aquellos, de los que predijo Jesucristo: No el que dice á mi Padre, Señor, Señor, entrará en el cielo, sino el que hiciere la voluntad de mi Padre, ese entrará en el cielo.

Vuelve Jesucristo de Betania á Jerusalem.

Habia permanecido Jesucristo, nuestro Bien, como dos meses y medio predicando en Betania, del otro lado del Jordán, adonde se habia retirado cuando salió de Jerusalem. La voluntad de su eterno Padre, y el orden de su mision le volvian á llamar á aquella ingrata ciudad, y el Señor se dirigió á ella con sus apóstoles, cuando ya solo le quedaban quince dias de vida. Caminaba el Señor con gran denuedo á concluir su carrera delante de sus apóstoles, que le seguian llenos de miedo, porque habian visto en los últimos viajes á aquella ciudad el furor con que le perseguian allí los Judíos. El Señor, que veía esta timidez y cobardía de sus apóstoles, les sacó de entre la multitud que, como siempre, le seguia; y para que ninguno de los terribles sucesos que iban á verificarse en su divina Persona, les sorprendiese ni

apartase de su deber, volvió á referirles, aun con mas extension, lo que ya otras veces les habia hecho presente. Hé aqui, les dijo, que subimos á Jerusalem y en ella se consumarán todas las cosas que estan escritas por los profetas del Hijo del hombre. Será entregado á los principes de los sacerdotes, á los escribas y fariseos y á los ancianos del pueblo, que todos á una le condenarán á muerte, y despues le pasarán á manos de los gentiles para que la ejecuten. Estos le escarnecerán, le escupirán, le azotarán, le crucificarán y le quitarán la vida; pero resucitará el tercero dia.

Pretension de Juan y Santiago á los primeros puestos en el reino de Jesucristo.

Los apóstoles estaban firmemente persuadidos de que su divino Maestro habia de ser aquel rico y poderoso Rey de Israel que debia reinar sobre todos los pueblos del mundo, segun le esperaban los Judíos; y al oirle hablar de su próxima muerte y resurreccion al tercero dia, se olvidaron, segun parece, de los acerbos trabajos de su Pasion y su muerte, y solo pensaron en que era llegado el tiempo de que ocupase su trono; y este, sin duda, fué el motivo de acercarse al Señor la madre de Juan y Santiago, hijos de Zebedeo, adorándole y pidiéndole alguna cosa (para sus hijos). Era esta mujer viuda del Zebedeo y madre de Juan y Santiago. ¿Qué quieres? la preguntó el Señor; y ella respondió: Quiero que estos mis dos hijos se sienten en vuestro reino, el uno á vuestra derecha y el otro á vuestra izquierda. El Señor escuchó con paciencia la importuna pretension de la madre, y dirigiendo la respuesta á los hijos, por quienes habia sido movida á hacerla; no sabeis lo que pedis, les dijo; ¿podeis beber el cáliz (de mi Pasion) que yo he de beber, ó ser bautizados con el bautismo (de muerte) con que yo he de ser bautizado? Podemos, le respondieron

(tampoco aquí sabían lo que prometían). Pues bien, les dijo el Señor, beberéis mi cáliz, mas el sentaros á mi derecha, ó mi izquierda, no me pertenece á mí darlo á vosotros, sino á los que está preparado por mi Padre. Desde muy al principio habia dado Jesucristo pruebas de preferencia y cariño á los tres discípulos, Pedro, Juan y Santiago. Creyeron los dos hermanos que esta preferencia les sería tambien otorgada en el reino que iba á establecer, y solo temían que se les adelantase Pedro. Por eso le suplicaron por medio de su madre, que le era tambien muy amada, que les concediese los dos primeros asientos en el nuevo reino. Mas como todo esto era humano, y solo hablaba con Jesucristo en cuanto hombre, les respondió: que no pertenecía á Él dar aquellos asientos, sino solo á su Padre. Cuando supieron los diez apóstoles la solicitud de los dos hermanos, se indignaron contra ellos. Mas Jesucristo los aquietó, diciendo: ¿Sabeis que los príncipes de las gentes las dominan, y que los mas poderosos ejercen su poder sobre ellos? No será así entre vosotros, sino que cualquiera de vosotros que quiera ser el mayor, será vuestro criado, y el que quiera ser el primero, será vuestro siervo. Aprended del Hijo del hombre, que no ha venido á ser servido, sino á servir hasta dar su vida por la redención (efectiva) de muchos, y generalmente de todos.

Da Jesucristo vista á un ciego al llegar á Jericó.

El Señor, á quien la necesidad de dar instrucciones y explicaciones á sus apóstoles habia detenido algun tanto, volvió á caminar con la misma diligencia que antes; mas cuando ya llegaba á la ciudad de Jericó, un ciego, que pedia limosna cerca del camino, preguntaba á la multitud que pasaba siguiendo á Jesucristo, ¿qué era aquello? Es, le dijeron, que pasa Jesus

Nazareno. Entonces el ciego comenzó á clamar: Jesus, Hijo de David, tened misericordia de mí. Los que iban delante le mandaban que callase; mas él gritaba mucho mas alto, diciendo: Jesus, Hijo de David, tened misericordia de mí. Aquí se paró Jesucristo, y mandando que trajesen el ciego á su presencia, le preguntó, ¿qué quieres que yo haga por tí? Haced, Señor, dijo lleno de ansia y de fervor el pobre ciego, haced que yo vea. Ve, le dijo el Señor, tu fe te ha salvado; y luego vió el ciego y seguía á su divino Médico, magnificando á Dios; y cuando el pueblo vió todo esto, se deshacia en alabanzas al Señor.

Avisan á Jesucristo las hermanas de Lázaro que está enfermo gravemente su hermano.

Jesucristo entró en Jericó y pasó allí tres dias, haciendo en la ciudad y sus contornos breves pero preciosas misiones. Á este tiempo Lázaro, hermano de Marta y María, se hallaba peligrosamente enfermo en Betania, pueblo de su nacimiento y residencia, y menos de una legua distante de Jerusalem. Las hermanas del enfermo enviaron á decir á Jesucristo: Señor, hé aquí que aquel á quien amais ha enfermado. Amaba Jesus, advierte el sagrado Evangelista, á Marta, María y Lázaro, y cuando oyó que Lázaro estaba enfermo, dijo: Esta enfermedad no es para muerte, sino para gloria de Dios, y para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella. El enfermo murió á pocas horas de haber enviado las hermanas el aviso á Jesucristo. No lo ignoraba el Señor; pero dilató el consolarlas, porque á las almas que ama, pone en aflicciones para concederlas favores, y sobre todo porque así convenia ahora para obrar uno de sus mayores portentos. Aun permaneció en Jericó y sus cercanías dos dias, y en

ellos sucedió lo que vamos á referir con un publicano, llamado Zaqueo.

Santifica Jesucristo la casa del publicano Zaqueo.

Era este un príncipe de los publicanos y rico. Quería ver y contemplar á Jesucristo, y no podía por causa de la multitud que le rodeaba, y porque él era de muy corta estatura. Echó á correr delante de las gentes y se subió en un sicómoro (higuera silvestre) para verle, porque habia de pasar por allí. Cuando llegó Jesus á aquel sitio, alzando sus divinos ojos, le miró y le dijo: Zaqueo, baja luego, porque conviene que yo me hospede hoy en tu casa. Y el Zaqueo bajó apresurado y le recibió, lleno de gozo, en su casa. Al ver esto los Judíos murmuraban altamente de que se hubiese alojado en la casa de un pecador (por tal tenían á todo publicano); mas el Zaqueo, para evitar el escándalo que su nombre de publicano podía causar, se mantuvo de pié, manifestando con esto su humilde condicion, y justificó su conducta, diciendo: La mitad de mis bienes doy á los pobres, y si alguna cosa he defraudado á alguno, le vuelvo el cuatro tanto. Entonces le dijo Jesus: Hoy ha venido la salud á esta casa, porque este tambien es hijo de Abraham, pues el Hijo del hombre ha venido á buscar y salvar lo que habia perecido.

Habiendo santificado Jesucristo con su divina presencia la casa del Zaqueo, salió de ella con sus discípulos para ir á Betania, y cuando caminaban, les dijo: Lázaro, nuestro amigo, duerme, y yo voy á despertarle. Si duerme, dijeron á una los apóstoles, si duerme, estará ya sano. Jesucristo hablaba de su muerte, y ellos entendían que hablaba del sueño natural. Entonces Jesucristo les dijo claramente: Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creais.

Sabe Marta la venida de Jesucristo y corre á su encuentro.

Siguió el Señor su camino hasta las cercanías de Betania, y supo que iban ya cuatro días que Lázaro estaba muerto y sepultado. Habian venido muchos de los Judíos á la casa de Marta y María para consolarlas de la muerte de su hermano. Marta fué la primera que supo que venia Jesus, corrió luego á su encuentro, y derramando dos fuentes de lágrimas; Señor, le dijo, si vos hubiérais estado aquí, no habria muerto mi hermano; pero bien sé que todo lo que pidiéreis á Dios, os lo concederá Dios. Resucitará tu hermano, la dijo el Señor. Bien sé, dijo Marta, que resucitará mi hermano en el último dia, cuando resuciten todos los muertos. Yo soy la resurreccion y la vida, la dijo Jesucristo, y el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá. Todo aquel que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto? Sí, Señor, dijo Marta, yo he creído y creo firmemente que vos sois Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que habeis venido á este mundo á salvar á los que creen en vos.

María, avisada por su hermana, corre á pastrarse á sus piés.

María no habia sabido que venia Jesucristo y se estaba en su casa; Marta, ansiosa de dar parte á su hermana de lo que pasaba, volvió á casa apresurada y como de oculto, y llamó en silencio á su hermana. El Señor ha venido, la dijo, y te llama. Al oírlo María, se levanta fuera de sí, corre al sitio donde su hermana habia dejado al Señor, llega, se arroja á sus piés, y bañandolos con sus lágrimas, ¡ah, Señor, exclamó, si vos hubiérais estado aquí, no habria muerto mi hermano!

Los Judíos que estaban con ella en casa consolándola, al verla salir repentinamente, la siguieron, diciendo: Sin duda va á llorar al sepulcro. Cuando la alcanzaron, estaba ya postrada á los piés de Jesucristo. Su pena y su dolor eran tan expresivos, que los Judíos que la habian seguido no pudieron dejar de llorar con ella. Jesucristo al verla llorando, y que tambien lloraban los Judíos, gimió en su espíritu y se turbó á sí mismo. ¿Dónde le pusisteis? preguntó. Venid, Señor, y ved, le dijeron; y se encaminaron todos al sepulcro; mas luego que le alcanzó á ver Jesucristo, lloró. Entonces dijeron los Judíos: ¡Ved cuánto le amaba! Pero no faltaron algunos que dijeron: ¿No podia este que abrió los ojos á un ciego de nacimiento, hacer que no muriese su amigo? Esto en buenos términos era decir una blasfemia y una herejía al mismo tiempo. Parece que querian dar á entender, ó que el Señor no habia dado vista al ciego de nacimiento, y esto era una blasfemia contra su veracidad, ó que no habia podido impedir la muerte de Lázaro, y esto era una herejía contra su omnipotencia.

Resurreccion de Lázaro.

Jesucristo al ver su incredulidad, gimió otra vez en sí mismo y se acercó al monumento. Era este una bóveda que estaba cerrada por una gran piedra. Quitad esa piedra, dijo; y luego que la quitaron, se extendió por todas partes el hedor que arrojaba el cadáver. Ya apesta, dijo Marta, la hermana del difunto. Hace ya cuatro dias que está muerto y sepultado, y ha principiado ya á corromperse y podrirse. Marta, respondió el Señor, ¿por ventura no te he dicho, que si creyeres verás la gloria de Dios? Entonces Jesucristo se pone en oracion, levanta sus divinos ojos al cielo, y exclama: Padre mio, gracias os doy, porque me habeis oido.

Bien sabia yo que siempre me oís, mas lo he dicho para que el pueblo, que me rodea, crea que vos me habeis enviado (y que yo soy vuestro Hijo). Ya á este tiempo la majestad del Señor se traslucía en su divino semblante. El sepulcro estaba abierto y desde su boca se veía el cadáver tendido en el lóbrego nicho é hirviendo en gusanos. Todos los presentes se hallaban ocupados de un porvenir pavoroso y sobrecogidos de un horror secreto. Los discípulos, acostumbrados á los milagros, se prometian presenciar en esta ocasion el mayor que hubiesen visto en su vida; las dos hermanas le esperaban con ansia, y los amigos no sabian qué pensar de semejante espectáculo; pero aquí Jesucristo levanta su voz omnipotente, y pronuncia estas tres solas palabras: *Lázaro, ven afuera*, y Lázaro resucita. Estaba atado de piés y manos, cubierto su rostro con un sudario, y envuelto en un lienzo todo su cuerpo. Manda el Señor que le desaten y desenvuelvan, y Lázaro se pone de pié y se deja ver lleno de salud y de vida.

Nada nos dice la historia sagrada del gozo del muerto resucitado, ni de los trasportes de alegría de sus hermanas. Estos son unos hechos que en lances muy vehementes no pueden pintarse, y que el historiador se ve precisado á dejarlos á la consideracion de sus lectores. Por lo que mira á los Judíos que habian venido de Jerusalem á consolar á las dos hermanas, no dejó de ser para ellos un gran favor haberse hallado presentes á un suceso tan importante. La gracia hizo su impresion; creyeron que Jesucristo era el Mesías anunciado por los profetas, y aun se persuadieron algunos, que con este prodigio tendrian en su mano un remedio eficaz para vencer la incredulidad de los escribas y fariseos. Se presentaron á ellos y les refirieron la resurreccion de Lázaro y cuanto habia hecho Jesucristo en esta ocasion. Esperaron que vencerian su incredulidad; pero les engañó su esperanza. No eran los escribas y fariseos gente de volver atrás, y el aviso solo sirvió para

aumentar su odio contra el Señor y hacer que tomasen medidas mas prontas para quitarle la vida.

Profetiza Caifás, pontífice de aquel año.

Instruidos del milagro, y asustados de las consecuencias que podria traerles, juntaron luego un gran consejo para determinar el modo y medios de prenderle, lo mas pronto posible, y quitarle la vida. ¿Qué hacemos? se preguntaban en el consejo, ¿qué hacemos? porque este Hombre hace muchos portentos, y si le dejamos continuar, creerán todos en Él, y vendrán los Romanos y tomarán nuestra tierra y nuestra gente. Entonces uno de ellos, llamado Caifás, como fuese pontífice de aquel año, les dijo: Vosotros nada sabeis, ni pensais que conviene que muera un hombre por el pueblo, y que no perezca toda la gente. Esto no lo dijo de sí mismo, advierte el sagrado Evangelista, sino que, siendo pontífice de aquel año, profetizó: que Jesucristo habia de morir por la nacion, y no solamente por la nacion, sino tambien para juntar en uno los hijos de Dios que estaban esparecidos por todo el mundo.

Poseían el pontificado, en tiempo de Jesucristo, dos sumos pontífices, que turnaban por años en el ejercicio. Estos eran Anás y Caifás, que estaba casado con una hija de Anás, y por consiguiente era su yerno. Habia tocado á Caifás en este año el ejercicio del pontificado, y por eso dice y repite el sagrado Evangelista, que Caifás era pontífice de aquel año. Dios se valió en esta ocasion de la lengua de Caifás, como lo habia hecho en otro tiempo de la de Balaan, para anunciar la salvacion del universo. Conviene, dijo Caifás, que muera un hombre por el pueblo y que no perezca toda la gente, y así era. Convenia que muriese un Dios hombre, en cuanto hombre, no solo por el pueblo de Israel, sino tambien por el

pueblo gentil que se hallaba disperso. Es decir: que convenia que muriese por todo el género humano.

Jesucristo se retira á Efren y vuelve á Betania.

Desde el dia de este consejo tan grande, como grandemente inicuo, la muerte del Redentor quedó determinada, y mandado á los Judios, que cualquiera que supiese donde moraba Jesus diese parte al tribunal para prenderle. Entretanto que los hijos de Israel se ocupaban en decretar la muerte de su Mesias y en disponer los medios de ejecutarla, Jesucristo, dejando la casa de los tres hermanos, Lázaro, Marta y María, se retiró á la ciudad de Efren en los desiertos de la Judea, como media jornada de Jerusalem. El tiempo era breve, pero no podia adelantarse ni un solo momento al que estaba decretado en los consejos eternos para la consumacion del sacrificio. Cuatro dias pasó en esta ciudad ocupado en preparar los ánimos de sus discípulos para el trágico suceso que les habia de quitar á su divino Maestro, y manchar á Jerusalem con su sangre.

Jesucristo habia partido de Betania para ir á Efren el lunes, y el viérnes salió de Efren para volver á Betania. Llegó á esta aldea al ponerse el sol, cuando principiaba la fiesta del sábado, y para no faltar al reposo que pedia la fiesta, hizo alto en aquel pueblo. La siguiente tarde, en la que cesaba la fiesta, entró Jesucristo al anocheecer en la casa de Lázaro y sus hermanas. La mansion que el Señor habia hecho, durante el sábado, tocando casi en la casa del resucitado, fué como un aviso de su venida, y esta noticia trajo á la casa de Lázaro un gran número de Judios de Jerusalem y de otros puntos. Querian ante todo ver y adorar al Señor; pero tambien querian ver á Lázaro, á quien el Señor habia resucitado. Un hombre vuelto á la vida despues de cuatro dias muerto y sepultado, bien merecia que hubiese un deseo de verle, y mu-

cho mas al Autor de este portentoso. Con dificultad podia imaginarse espectáculo mas admirable que ver juntos á Jesucristo y á Lázaro. El uno tan poderoso que sacaba vivos del sepulcro á los muertos de cuatro dias; y el otro tan dichoso que tenia en su casa y compañía al Señor que acababa de sacarle del sepulcro.

Cena de los tres hermanos para obsequiar á Jesucristo.

Aquella familia tan virtuosa y religiosa, como reconocida y agradecida, dispuso una gran cena para obsequiar á su querido Bienhechor, y convidó á ella á los muchos amigos que habian venido á verles de Jerusalem y de otros puntos. En este banquete, el mas precioso que se habia celebrado hasta entonces, presidia el Hijo de Dios humanado y rodeado de sus apóstoles, y el resucitado Lázaro con todos sus convidados. Marta, su hermana, servia segun costumbre; y la estática María se presentó en el convite llevando un vaso de alabastro lleno de preciosísimo nardo, del peso de una libra; se postró á los piés de Jesucristo, los ungió con aquel purísimo unguento y los enjugo con sus cabellos. Entonces no solo la sala de la cena, sino tambien toda la casa se llenó de la fragancia de aquel oloroso unguento.

De ningun modo podia hacer mejor empleo esta piadosa Israelita de los bienes con que la bondad del Señor la habia favorecido, que volviéndolos, en el modo posible, con mano generosa á su generoso Dueño; mas no faltó quien murmurase y reprobese una accion á todas luces grande y apreciable; y lo peor fué, que la censura vino de aquella parte de donde menos debia esperarse. Judas Iscariote, que aun se contaba en el número de los apóstoles, fué quien se atrevió á reprobar la generosidad de María. ¿Porqué, dijo el avariento, no se ha vendido este unguento por trescientos denarios (como seiscientos reales) y se ha dado á los pobres?

Murmuraciones impías sobre lo que se ofrece para el culto del Señor.

Las murmuraciones, como la de Judas, tan frecuentes entre los cristianos de nuestros tiempos, cuando ven la generosidad de algunas almas piadosas y celosas de la magnificencia del culto del Señor, son regularmente mas bien el lenguaje de una irreligion secreta que de una compasion verdadera para los pobres. No se murmura, ni contra el adorno excesivo de las habitaciones, ni contra el lujo de los vestidos, ni contra esas riquezas que insultan la pobreza y escandalizan al pobre; y se mira como un hurto, hecho á los pobres, cualquiera cosa que se emplea en el adorno de los templos y los altares. En las salas, en los estrados, en los gabinetes... brillan por todas partes las riquezas sin que se cuente con la miseria de los pobres, y solo entra la compasion cuando se trata del adorno de la casa del Señor á quien lo debemos todo.

Quien habló realmente en esta ocasion, no fué la compasion de los pobres, sino la impia avaricia de Judas. Era el portador de la bolsa en que se depositaban las limosnas para el sustento del colegio apostólico y los pobres, y las utilizaba en su provecho. Por eso sentia que aquel bálsamo no se hubiese vendido y puesto su importe en la bolsa; y esta fué la causa de la agria reprobacion del apóstol avaro á la generosa discípula. Mas aquí Jesucristo, sin acusar al culpado, tomó la defensa de la inocente. Dejadla, dijo, porque buena obra ha hecho conmigo. Siempre tendréis pobres con vosotros, mas á mí no siempre me tendréis. Esta ha hecho lo que ha podido. Se ha adelantado á unguir mi cuerpo para la sepultura. En verdad os digo, que donde fuere predicado este Evangelio, en todo el mundo, será contado tambien lo que ha hecho conmigo esta mujer para gloria de ella.

Proyectan los principes de los sacerdotes matar á Lázaro.

Desesperados estaban las principes de los sacerdotes al ver que los pueblos, desde la resurreccion de Lázaro, seguian cada vez con mas fervor y en mayor número á Jesucristo, y en su desesperacion trataron de matarle. Decretada como estaba ya por el consejo la muerte del Señor, les importaba poco añadir el homicidio al deicidio. Convinieron en deshacerse de Lázaro, volviendo á sumergirle en el sepulcro, de donde el Señor le habia sacado, para quitar de la vista de los hombres este asombroso testigo del poder de Dios. ¡Cómo si el Señor no pudiese resucitarle despues que ellos le matasen, como lo habia hecho despues que la enfermedad le habia quitado la vida! Ignoramos el motivo que tuvieron para llevar adelante su cruel proyecto. Acaso conocieron su desatino; pero cualquiera que fuese, lo que sabemos es que Jesucristo, á cuyos divinos ojos nada se ocultaba, en vez de huir un furor que no queria perdonar ni aun á los resucitados, se presentó en Jerusalem, y lo hizo de un modo tan propio para animar á sus apóstoles, como para desanimar á sus enemigos.

Domingo de Ramos.

En la mañana de la feria segunda, que correspondia á nuestro domingo, cuando ya no faltaban á Jesucristo sino cinco dias que pasar sobre la tierra, salió de Betania, acompañado de sus discipulos, y habiendo llegado á Betfage, arrabal de Jerusalem, situado al pié del monte llamado de las Olivas, llamando á dos de sus discipulos, les dijo : Id á esa aldea que está enfrente de vosotros, y luego hallaréis atados una asna y un pollino, sobre el que aun no se ha sentado hombre. Desatadles y traédmelos; y si alguno os dijere alguna cosa, le diréis



que el Señor los ha menester, y al instante los dejará. Fueron, pues, los discípulos, é hicieron como les había mandado el Señor, y cuando les desataban, dijeron los dueños, ¿porqué los desatais? Y ellos respondieron: Porque el Señor los ha menester, y al momento les dejaron llevarlos. Todo esto se hacía para dar cumplimiento á la profecía que dice: No quieras temer, hija de Sion. Hé ahí que tu Rey viene á tí, lleno de mansedumbre, sentado sobre un pollino, hijo de la que esta bajo de yugo.

Luego pusieron los apóstoles sus vestidos sobre la asna y el pollino é hicieron sentar á su divino Maestro sucesivamente sobre la asna y el pollino. La asna figuraba la sinagoga de los Judios, que ya de largo tiempo vivian bajo el yugo penoso de la ley de Moises; y el pollino representaba el pueblo de los gentiles, que había vivido hasta entonces sin yugo. El Señor se sentó sobre los dos, para significar, dicen san Jerónimo y san Agustin, que los que habían de componer su pueblo serian tomados de Judios y gentiles. Apenas principiaron á caminar para subir á Jerusalem, cuando les rodeó una multitud de piadosos Israelitas que acudieron de la capital y de sus contornos y aldeas; y de otro no menor que había venido en aquellos dias á celebrar la Pascua. Aun concurren muchos gentiles que, temerosos de Dios, venian en esta gran solemnidad á adorar el Señor en su templo. De toda esta multitud, unos tendian sus capas en el camino para que sirviesen de alfombras. Otros cortaban ramos de los árboles para adornar con ellos la carrera, y todos generalmente llevaban en sus manos palmas ó ramos verdes de oliva para adornar el triunfo. Los apóstoles y discípulos que rodeaban al Señor, le bendecian con toda su alma por sus grandes maravillas, y las turbas de hombres, mujeres y niños, que le precedian y seguian, saltaban de alegría, diciendo: Hosana al Hijo de David (salvad, Señor, al Hijo de David). Bendito el que viene, Rey de Israel, en el nombre del Señor.

Subida del Señor al templo y prediccion de la ruina de Jerusalem.

Al oír esto los fariseos se decían asombrados : ¿ No veis que nada adelantamos ? Hé ahí que todo el mundo se va atrás de Él ; y acercándose algunos de ellos á Jesucristo, le dijeron : Maestro, reprende á tus discípulos para que callen. Si ellos callaren, les dijo el Señor, clamarán por ellos las piedras. Esta solícitud de los fariseos no pudo impedir que siguiese la marcha triunfal de Jesucristo. Continuaron y se aumentaron las aclamaciones con la multitud que se incorporaba y aumentaba esta procesion divina ; y este triunfo habria sido para Jesucristo de mucho consuelo, si no hubieran venido á llenar de amargura su alma los objetos que se iban presentando á sus ojos. Cuando alcanzó á ver á Jerusalem, á esta ciudad desdichada, que amaba como porcion principal del campo que le habia confiado el Padre de familias, lloró sobre ella, y dijo : ¡ Ah ! ¡ si reconocieses tú, Jerusalem, siquiera en este día, las cosas que pueden atraerte la paz ! Pero estan ahora ocultas á tus ojos porque dias vendrán sobre tí, en que tus enemigos te rodearán (de trincheras), te apretarán por todas partes, echarán por tierra tus muros, perecerán á sus manos tus hijos, te convertirán en ruinas, y no dejarán piedra sobre piedra ; porque no has conocido el tiempo de tu visitacion (no has querido aprovecharte del tiempo de tu salvacion). Prediccion lastimosa ! ¡ amenaza terrible, que firmada con las lágrimas de un hombre Dios, tuvo el mas entero cumplimiento antes de cuarenta años !

Gimiendo y llorando subía el divino Jesus á la ciudad ingrata que hacia correr sus lágrimas, y nadie sentía menos las desgracias de esta ciudad desdichada que ella misma. Cuando entró el Señor, todo se pasó en movimiento, no para hacer penitencia como Nínive, sino para saber quién venia. ¿ Quién es ese ? preguntaban los que

se hallaban en ella á los que venian acompañando al Señor : ¿ quién es ese á quien haceis un acompañamiento tan majestuoso ? Este, decían los pueblos que le seguian, este es Jesus, el Profeta de Nazareth (de donde vosotros decís que no puede salir cosa buena). Siguió el Señor sin detenerse hasta el templo, y se apeó en el atrio exterior, donde podian seguirle Judíos y gentiles. Lo primero que se presentó á sus divinos ojos fué el abuso que se hacia de la casa de oracion, convirtiéndola en casa de negociacion, cuyo abuso habia reprendido ya en el principio de su predicacion, y volvió á reprender ahora con la indignacion que le causaban las profanaciones de la casa de su Padre.

Hace Jesucristo nuevos prodigios en Jerusalem.

El estado de enojo en que pusieron á Jesucristo los profanadores del templo, no detuvo á los necesitados para que dejasen de acercarse al Señor. Los ciegos, los cojos, y toda clase de enfermos le cercaban, y á todos sanaba. Tambien los niños rodearon al Señor, clamando : Hosanna al hijo de David (gloria, honor, bendiccion y salud al Hijo de David). Viendo los príncipes de los sacerdotes y los escribas las maravillas que obraba, y oyendo el clamor de los niños que le bendecian, se indignaron en gran manera, y le dijeron : ¿ No oyes lo que claman estos ? Sí, les dijo Jesucristo, lo he oido. ¿ Y no habais leído nunca vosotros lo que dice el profeta : *De la boca de los niños, y de los que maman, sacaste tu alabanza ?* Nada tuvieron que reponer aquí los enemigos del Señor, que conocieron la exacta aplicacion de la profecia, y desampararon el campo, llevando consigo sus malas disposiciones ; mas luego vinieron á ocuparle varios Griegos gentiles con las disposiciones mas bellas. Algunos de ellos que habian subido á Jerusalem para adorar al Señor en la festividad, se acercaron al apóstol Felipe, que era Griego

de origen como ellos, y le dijeron : Queremos ver á Jesus. Felipe al ver el candor de estos verdaderos hijos de Abraham, no solo procuró que viesen al Señor, sino que asistiesen á la instruccion que este divino Maestro iba á dar en el templo á los apóstoles y al pueblo.

Parábola del grano que se siembra.

Luego principió su enseñanza por una breve parábola, que aclaraba una gran verdad. Ya vino la hora, dijo, en que el Hijo del hombre sea glorificado. Mas es necesario que suceda con Él lo que con el grano de trigo. Cae este en la tierra, y si no muere permanecerá solo, pero si muere, producirá mucho fruto. Así sucederá con el Hijo del hombre. Al decir esto, se presentaron con la mayor viveza en su imaginacion todos los tormentos que le esperaban, y exclamó : Mi alma está en gran manera turbada, ¿y qué diré? ¿á quién dirigiré mi palabra? Á vos, ¡ó Padre mio! es á quien me acojo en medio del horror que me ha sobrecogido. Salvadme, Señor, de la terrible hora que acerca; pero no así ¡Dios mio! porque yo no he venido para huir los tormentos, sino para ofrecerme á vos en sacrificio. Aceptadle, Señor, y glorificad vuestro santísimo Nombre.

Estos temores eran en Jesucristo tan reales, como en los demás hombres; solo con la diferencia de ser mas sensibles y angustiosos. Cuando su Majestad no suspendia la acción de la naturaleza (como era dueño de hacerlo), temia tanto mas los tormentos, las afrentas y la muerte, cuanto eran mas exquisitos y delicados los sentimientos de su perfectísima alma, mas viva su imaginacion y mas honda la pintura que hacian en ella.

Una voz del cielo glorifica el nombre del Señor.

Luego que Jesucristo acabó de pronunciar estas palabras : *Padre mio, glorificad vuestro santísimo Nombre*, vino una voz del cielo que dijo : Ya lo he glorificado y lo glorificaré otra vez; qué fué decir : Ya he glorificado mi nombre con vuestra santísima vida, y le glorificaré otra vez con vuestra penosísima muerte. Al oír la voz que venia del cielo, ha tronado, dijeron unos : un ángel del Señor le ha hablado, dijeron otros; pero Jesucristo les dijo : No por mí ha venido esta voz, sino por vosotros, para que conozcais que soy Hijo de Dios. Ahora será el juicio del mundo; ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera (de su trono), y cuando yo fuere levantado de la tierra, todo lo atraeré á mí mismo. Esto lo decia, añade el Evangelista, para significar la muerte de cruz, de que habia de morir. Entonces dijeron los Judíos : Nosotros hemos oído en la ley, que Cristo permanecerá eternamente; ¿cómo, pues, dices tú, que conviene que el Hijo del hombre sea levantado (crucificado)? ¿quién es este Hijo del hombre? Aun hay en vosotros un poco de luz, les dijo el Señor. Andad mientras teneis esta luz, no sea que os sorprendan las tinieblas. Mientras que teneis luz, creed en la luz para que seais hijos de la luz, que fué como decirles : que se aprovechasen de la luz en los pocos dias que le quedaban de vida, antes que viniesen las tinieblas de su muerte y ya no pudiesen obrar; y así en efecto sucedió, porque, como observa san Juan Crisóstomo, las espesas tinieblas de que fueron sorprendidos los Judíos en la muerte de Jesucristo, produjeron en sus corazones una total extincion de la luz, que les excluyó del número de los hijos de la luz. Esto dijo Jesus estando en el templo, y con esto se concluyó un triunfo que habia principiado con tanta gloria. Al llegar la noche salió Jesucristo con sus apóstoles del

templo y fué á pasarla en Betania á la casa de los tres hermanos, sus predilectos.

Parábola de los colonos que matan á los siervos y al hijo del dueño de la viña.

Otro dia por la mañana volvió con ellos á Jerusalem, y despues de repetir sus quejas contra los que profanaban el templo, propuso otra parábola en la que no podía desconocerse, no solo su muerte, sino su próxima é injustísima muerte. Habia, dijo, un padre de familias que plantó una viña, la cercó de vallado, cavó en ella un lagar, edificó una torre, y arrendándola á unos colonos, se partió á tierras distantes. Cuando llegó el tiempo de la cosecha, envió sus siervos para que recogiesen la renta; pero los colonos, echando mano de ellos, hirieron al uno, mataron al otro, y al otro apedrearon. Volvió á enviar el padre de familias otros siervos, en mayor número que los primeros, é hicieron con ellos lo mismo. Entonces dijo el señor de la viña, ¿qué haré? Enviaré á mi carísimo hijo. Acaso cuando le vean, le respetarán. Mas los colonos viendo al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero: venid y matémosle y tendrémos su herencia. En efecto, los indignos colonos le prendieron, le sacaron de la viña y le mataron. Ahora, pues, cuando viniere el señor de esta viña, ¿qué hará con ellos? Destruirá, dijeron, á los malos malamente, y arrendará su viña á otros colonos que le paguen la renta á su tiempo.

Bien conocieron los escribas y fariseos, y los príncipes de los sacerdotes y del pueblo, que la parábola toda entera caía derechamente sobre ellos y sobre sus padres; señalando á sus ascendientes, como perseguidores de los profetas, y á ellos como homicidas del heredero del Padre de familias, cuya sangre iban á derramar para echar el sello á las iniquidades de sus padres

y atraerse su entera ruina. Desesperados al verse pintados delante del pueblo de un modo tan claro y odioso, no respiraban sino venganza, y se hubieran apoderado del Señor en el momento que concluyó su parábola, si el temor de ser hechos pedazos por un pueblo, que le escuchaba y le amaba, no les hubiera precisado á dilatarlo para mejor ocasion. Por ahora tuvieron para consuelo de su desazon la mortificacion de oír en presencia del mismo concurso otra parábola que no les confundió menos que la anterior, aunque no les aprovechó mas para su conversion.

Otra parábola del banquete preparado por un rey para las bodas de su hijo.

Es semejante el reino de los cielos, continuó Jesucristo, á un rey que preparó bodas para dar esposa á su hijo. Cuando todo estaba dispuesto, envió sus siervos para que llamasen á los convidados á las bodas, y no quisieron venir. Envió de nuevo otros siervos para que dijesen á los convidados: Mi banquete está preparado; mis toros y animales gruesos estan muertos: todo está ya dispuesto, venid á las bodas. Mas ellos despreciaron el aviso y se fueron, el uno á su hacienda, el otro á sus negocios, y los demás echaron mano de los siervos, y despues de haberlos ultrajado, los mataron. El rey, cuando lo oyó, se irritó mucho, y enviando sus ejércitos, destruyó á aquellos homicidas; puso fuego á su ciudad, la redujo á cenizas, y dijo á sus siervos: Las bodas estan preparadas; pero los que habian sido convidados, no fueron dignos (de asistir á ellas). Id, pues, á las salidas de los caminos y llamad á las bodas á cuantos encontráreis. Y habiendo salido los siervos, juntaron á todos los que hallaron, malos y buenos, y se llenaron las bodas de convidados. En tal estado, entró el rey para ver á los que estaban sentados á la mesa, y vió allí uno

que no había ido á adornarse antes con vestido de boda, y le dijo : Amigo , ¿ cómo has entrado aquí , no trayendo vestido de boda ? Mas él enmudeció . Entonces el rey dijo á sus ministros : Arrojadle , atado de piés y manos , en las tinieblas exteriores , donde no habrá sino llanto y erujir de dientes . Aquí acabó la parábola enseñándonos que no basta para no ser condenados por el Rey soberano entrar en la Iglesia , que es la sala de las bodas , sino que es necesario tener el vestido nupcial , que es la gracia santificante .

Cuanto más se acercaba el último día de la vida mortal de Jesucristo , nuestro Bien , tanto más expresivas eran sus parábolas acerca de la reprobacion de los Judíos y conversion de los gentiles . En la anterior á esta había hecho la pintura de las persecuciones y tormentos que habían sufrido los profetas del Señor , y de la muerte cruel que habían dado al heredero de la viña , esto es , al hijo del Padre de familias , obligándole á que los destruyese y arrendase á otros colonos su viña . Ahora en esta , acercándose al fin de las cosas , pinta la resistencia de los hijos de Israel á entrar en el festin de las bodas , y la exclusion que por su resistencia se atrajeron de este celestial banquete .

Es el vestido nupcial aquella gracia que llaman santificante , porque nos santifica , nos hace hijos de Dios y herederos del cielo ; y así luego que el Rey vió en la sala un hombre sin este vestido , mandó que le sacasen de ella y le arrojan á las tinieblas exteriores , es decir , al infierno que era el lugar que le pertenecía ; porque no hay cabida en el cielo si falta la gracia santificante , significada en este vestido . Si yo hablara lenguas de hombres y de ángeles , decía algunos años después el apóstol san Pablo en su carta primera á los Corintios , y no tengo caridad (gracia santificante) , soy como metal que suena , ó campana que retiembla . Y si poseyera el don de profecía , y si supiera todos los misterios y cuanto puede saberse , y si tuviera toda la fe de manera

que trasladase los montes , si no tengo caridad (gracia santificante) nada soy ; y si distribuyera todos mis bienes en dar de comer á los pobres , y si entregara mi cuerpo , hasta que yo ardiera , si no tengo caridad (gracia santificante) , nada me aprovecha . ¡ Tan necesaria es la gracia santificante !

Parábola de las vírgenes fátuas y prudentes .

Mas como no basta tener la gracia santificante , si no se cuida de conservarla y estar prevenidos con ella para cuando seamos llamados á entrar en el cielo , propuso el Señor aquella parábola de las vírgenes que nuestra Madre la Iglesia repite en el santo sacrificio de la Misa con tanta frecuencia . Entonces será semejante , dijo , el reino de los cielos á diez vírgenes (que habiendo sido convidadas á unas bodas) , tomando sus lámparas , salieron á recibir al esposo y á la esposa . Las cinco de ellas eran necias y las cinco prudentes . Las cinco necias , habiendo tomado sus lámparas , no llevaron aceite consigo ; pero las prudentes tomaron , no solamente sus lámparas , sino también sus aceiteras bien proveidas de aceite . Tardando en venir el esposo , todas comenzaron á dormir , hasta que al fin se durmieron . Cuando á la media noche se oyó un clamor que decía : Mirad que viene el esposo , salid á recibirle . Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes y fueron á preparar sus lámparas ; pero las fátuas dijeron á las prudentes : Dadnos de vuestro aceite , porque nuestras lámparas se apagan ; y respondieron las prudentes , diciendo : Id antes á los que lo venden y comprad para vosotras , no sea que no baste lo que tenemos para nosotras y vosotras . Mientras que las fátuas fueron á comprarlo , vino el esposo , y las que estaban prevenidas entraron con él á las bodas , y se cerró la puerta . Vinieron después las demás vírgenes , diciendo : Señor , Señor , ábrenos ; mas el esposo

respondió : En verdad os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis, ni el día, ni la hora (en que ha de venir el esposo).

Aquí concluyó Jesucristo esta parábola, enseñándonos la vigilancia con que debemos vivir para que el Esposo celestial no encuentre nuestras almas desprevenidas del aceite de las buenas obras, y teniendo que ir á comprarle, llegue entretanto el Esposo, y cuando volvamos, se haya cerrado ya la puerta, y se nos diga desde adentro, como á las vírgenes necias : No os conozco. ¡ Terrible respuesta para una virgen que, muy ufana con su virginidad, solo contaba con ella para entrar en el cielo ! Santa es la virginidad, pero no basta, si falta el aceite de las buenas obras.

Otra parábola sobre los talentos.

Sin interrumpir el Señor su enseñanza, propuso otra parábola sobre los talentos, en el modo siguiente. Que-riendo un hombre poderoso ausentarse por algun tiempo lejos de su tierra, llamó á sus siervos y les entregó su dinero. Dió á uno cinco talentos (cada talento valia sobre veinte y seis mil reales); á otro dos, y á otro uno; á cada cual segun su disposicion, dice el sagrado Evangelista, y luego se marchó. El que habia recibido cinco, negoció con ellos y ganó otros cinco. Asimismo el que habia recibido dos, ganó otros dos. Mas el que habia recibido uno, cavó en la tierra y escondió el dinero de su señor.

Despues de mucho tiempo, volvió el señor de aquellos siervos y les llamó á cuentas; y viniendo el que habia recibido cinco talentos, presentó otros cinco, diciendo : Señor, me entregásteis cinco talentos : hé aqui además otros cinco que he ganado. Muy bien, siervo bueno y fiel, le dijo su señor; porque has sido fiel sobre lo poco, te pondré sobre lo mucho. Entra en el gozo de tu señor.

Tambien vino el que habia recibido dos talentos : aqui tenéis además otros dos que he ganado. Muy bien, siervo bueno y fiel, le dijo su señor; porque has sido fiel sobre lo poco, te pondré sobre lo mucho. Entra en el gozo de tu señor. Y llegándose tambien el que habia recibido un talento, dijo : Señor, sé que eres un hombre duro, que siegas donde no sembraste, y juntas donde no derramaste, y temiendo, escondí en tierra tu talento. Ahí tienes lo que es tuyo. Siervo malo y perezoso, le dijo el señor indignado, tú sabías, segun dices, que yo siego en donde no siembro, y junto donde no he derramado, pues por lo mismo debiste dar mi dinero á los cambistas, para que, viniendo yo ahora, recibiera con usura lo que verdaderamente era mio. Quitadle el talento que tiene, y dadle al que tiene diez, porque á todo el que tiene, se le dará y abundará, mas á aquel que no tiene, le será quitado aun aquello que parece que tiene. Ahora arrojad á este siervo holgazan en las tinieblas exteriores, donde habrá el llanto y el rechinar de dientes.

Explicacion de esta parábola.

En el siervo que recibió cinco talentos y ganó otros cinco, se representan aquellos obreros de primer orden, como los apóstoles, que plantaron con su sangre la Iglesia, y fueron el fundamento de este edificio excélsos que se elevó hasta los cielos. En el que recibió dos talentos y ganó otros dos, se representan los ministros del Señor que, fieles á su ministerio, han servido y sirven á la Iglesia, propagando la fe, predicando el reino de Dios, enseñando á los párvulos, instruyendo á los adultos, ofreciendo el sacrificio del altar por todos los fieles vivos y difuntos, rogando al Padre eterno por el pueblo de su santísimo Hijo, santificando á todos con los Sacramentos, y trabajando en la Iglesia, cada uno segun su disposicion. En el que recibió un talento y le enterró, se

representan aquellos siervos perezosos que, por su desidia, no trabajan en la viña, á los cuales mandó arrojar el Señor en las tinieblas exteriores. Y no crean estos holgazanes que podrán alegar delante de Dios, como lo hacen delante de los hombres, su incapacidad para predicar y ocuparse en otros ministerios que piden disposición y estudio; porque en primer lugar, esa incapacidad acaso proviene de su misma desidia; y en segundo, porque hay tantos ministerios en la Iglesia de Dios, que nunca faltan algunos en que puedan emplearse sus ministros, por incapaces que parezcan, y solo la voluntad es la que puede faltar. ¡Mucho debemos temer los ministros de la Iglesia este pecado de la desidia! Pero no deben temerle menos los fieles, pues tambien comprende á ellos esta terrible parábola. Cada uno de los hombres tenemos, segun la pintura de un santo Padre, una preciosa viña que cultivar. Esta viña es nuestra alma, y debemos cultivarla con el celo y esmero que pide su preciosidad, empleando bien nuestros talentos, aunque no hayamos recibido mas que uno, como el de la parábola. Y ¡ay de aquel que no corresponda á los talentos recibidos!

Juicio final.

Hasta aquí habia usado el Señor de parábolas, ó semejanzas, para significar su venida en el último dia del mundo á juzgar á los hombres; mas desde aquí ya habla de este juicio terrible claramente y sin parábolas. Cuando viniere, dijo, el Hijo del hombre en su majestad, y con Él todos sus ángeles, se sentará sobre el trono de su grandeza y se congregarán delante de Él todas las gentes. Separará los unos de los otros, como el pastor aparta las ovejas de los cabritos, y pondrá los buenos, representados en las ovejas, á su diestra; y los malos, representados en los cabritos, á su siniestra. Entonces el Hijo del hombre, este Juez soberano de todos los hombres,

dirá á los que estarán á su diestra: Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os está preparado desde el principio del mundo; porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era huésped y me recogisteis; estuve desnudo y me cubristeis; enfermo y me visitasteis; encarcelado y vinisteis á verme... Entonces responderán los justos y dirán: Señor, ¿cuándo os vimos hambriento y os dimos de comer, ó sediento y os dimos de beber? ¿cuándo os vimos huésped y os hospedamos, ó desnudo y os vestimos? ¿ó cuándo os vimos enfermo, ó en la cárcel y os fuimos á visitar? Y respondiendo el Juez soberano les dirá: Os aseguro, que cuando lo hicisteis con uno de estos mis pequeñitos hermanos, conmigo lo hicisteis.

Entonces dirá tambien á los que estarán á su siniestra: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles; porque tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber; era huésped y no me hospedasteis; estuve desnudo y no me cubristeis; enfermo y en cárcel y no me visitasteis... Y ellos responderán tambien, diciendo: Señor, ¿cuándo os vimos hambriento, ó sediento, ó huésped, ó desnudo, ó enfermo, ó en cárcel, y no os servimos? en cuanto no lo hicisteis, les dirá el Juez soberano, en cuanto no lo hicisteis con uno de estos pequeñitos, ni conmigo lo hicisteis. É iran estos al suplicio eterno, y los justos á la vida eterna. ¡Terrible parábola! ¡espantosa sentencia!

¡Quién habrá que no tiemble al considerar que los pecados que traen sobre estos réprobos la maldición eterna, no son, ni robos, ni homicidios, ni adulterios, ni otros grandes delitos que excluyen claramente del reino del cielo, sino unos pecados que al parecer importan poco! ¡Unos pecados de omisión y descuido! No cuidamos de socorrer á los pobres en sus necesidades, ni de visitar los enfermos y encarcelados para consolarlos, segun podamos. Los vemos desnudos, sin creernos

obligados á cubrirlos y sin pensar en que es Jesucristo quien se oculta bajo de aquel exterior de sus lastimados miembros. Desatendemos á los pobres, y sin pensar, como debíamos, en ello, desatendemos á Jesucristo. ¡No es mucho, pues, que venga el olvido de los pobres, como el olvido de su divina Persona! ¡No es mucho, repito, que diga en aquel juicio tremendo: Id al fuego eterno, porque tuve hambre y no me disteis de comer, sed y no me disteis de beber, estuve desnudo y no me vestisteis!

Consideracion antes de entrar en la relacion de la Pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo.

Jesucristo habia cumplido sobreabundantemente lo que debia á los hijos de Jacob, predicando tres años el reino de Dios en Judea, Samaria, Galilea y en todas las partes del antiguo dominio del pueblo de Dios; pero, si Jesucristo era por algun tiempo el Pastor solamente de las ovejas descarriadas del pueblo de Israel, era para siempre el Mesias, el Maestro y el Pastor de todos los pueblos y el Salvador de todos los hombres.

Hasta aqui le hemos visto llenar los pueblos y las ciudades de los frutos de sus lecciones, de la edificacion de su vida y virtudes y del resplandor de sus portentos. En una palabra, le hemos visto vivir como un hombre Dios; pero ahora vamos á verle morir como un hombre Dios. Lo que traemos referido desde su entrada en el mundo, y del ejercicio de su ministerio, pasma á la incredulidad; lo que vamos á referir de su Pasion y su muerte la confunde. Sobre el teatro de sus penas, y sobre el altar de su sacrificio, es donde debemos estudiar y meditar nosotros al Hijo de Dios, y donde deben buscar su conversion los incrédulos. No les presentaremos, para convencerles, sino un hombre que padece y muere; pero que padece y muere por su amor, pero que padece

y muere en medio de un diluvio de tormentos para merecer su salvacion.

Estaba profetizado en todas las sagradas Escrituras que Jesucristo habia de ser sacrificado, para glorificar á su eterno Padre, para salvar á los hombres y para establecer un culto nuevo y uniforme, fundado en la divinidad de su persona y sobre el mérito de su sangre. Todo se disponia para esto por parte del eterno Padre, que esperaba hacia ya mas de cuatro mil años una hostia digna de su grandeza; y todo estaba dispuesto de parte de su santísimo Hijo, que desde el principio del mundo se habia ofrecido víctima aceptable en lugar de los sacrificios de corderos y carneros.

Gran consejo en casa de Caifás.

La hora llegaba, y los príncipes de la nacion tuvieron un gran consejo en la casa de Caifás, que ejercia en aquel año las funciones del sumo sacerdocio. En él se resolvió prender á Jesus Nazareno y hacer que luego muriese. No era esta la primera vez que se habia tomado semejante resolucion; pero se convino aquí en que no podia perderse ya tiempo, porque era preciso que se verificase antes de la Pascua. El término era corto, pues se tomaba esta determinacion el miércoles por la tarde, y la muerte debia verificarse antes de mediar la tarde del viernes, en la que principiaba la fiesta de la Pascua. Este era un día de santidad para el pueblo de Jerusalem, el cual no permitirian, ni aun al magistrado romano, conducir, durante la fiesta, un reo al suplicio. Por otra parte el pueblo amaba mucho á Jesus, y si se dejaba traslucir la intencion de la sinagoga, era muy temible una sedicion. Para evitar estos peligros, y no dejar de salir con su intento, procuraban con toda diligencia la prision de Jesucristo, y solo deseaban tener al Señor en sus manos para formar el proceso, dar la sentencia de muerte, y ha-

cer que la confirmase Pilatos y que se ejecutase, si pudiera ser, todo en un dia, y aun en una hora; pero esta hora no llegaba, y no estaba en el odio de la sinagoga el poder de adelantarla.

Jesucristo es convidado á cenar en casa de Simon el leproso.

Jesucristo, en estos últimos dias, predicaba desde muy temprano en el templo, y se retiraba por la tarde á descansar, ó mas bien á velar y orar sobre el Monte Olivete; y sus apóstoles pasaban la noche en Betania, que estaba situada á la falda del mismo monte. En este tiempo fué convidado el Señor á cenar, acompañado de sus discípulos, en casa de Simon el leproso, llamado así, ó porque fuese este el sobrenombre de su familia, ó porque hubiese padecido esta enfermedad, de la que regularmente le habria curado Jesucristo; pues era uno de sus mas fervorosos discípulos. En este convite que se daba en Betania, patria de Lázaro, María y Marta, se hallaron estos tres hermanos, y se verificó casi en todo lo mismo que habia sucedido en la cena que pocos dias antes habian dado al Señor estos tres hermanos, y que queda ya referida. María derramó ahora otro vaso de bálsamo exquisito, no ya sobre los piés de Jesucristo como entonces, sino sobre su divina cabeza. Tampoco faltó quien reprobaba la generosidad de María en esta cena de Simon, como en la de sus hermanos, ni un divino Maestro que la defendiese, declarando, que unguida ya su divina cabeza, quedaba unguido todo su cuerpo para la sepultura.

Venta de Jesucristo.

Judas bramaba contra esta generosidad de la piado-

sa Israelita, que él llamaba perdicion y derrote. Por lo que habia visto y oido en el discurso de la cena, habia inferido que Jesucristo iba luego á morir, y derramado el bálsamo, ninguna herencia le quedaba para aumentar su bolsa y apagar la sed de su codicia, porque su divino Maestro iba á morir en la mayor pobreza. Nada, pues, veía ya Judas en Jesucristo que pudiese apagarla, y arrojándose entonces al mas horrendo de cuantos crímenes podia inspirarle el inferno, determinó vender á Jesucristo para sacar dinero de su venta. Era necesario para cometer este delito que Satanás le inspiraba, que el mismo Satanás le ayudase tambien á consumarle, y así nos dice el sagrado Evangelista: que entró Satanás en Judas Iscariote. Poseido ya Judas de este espíritu infernal, fué á Jerusalem á tratar con los príncipes de los sacerdotes y con los magistrados de la venta de su divino Maestro. Á favor de la oscuridad de la noche salió de Betania sin ser advertido, y llegó á Jerusalem sin que nadie le conociese. Cuando entró en la ciudad debió estar ya la noche muy adelantada, porque Judas habia asistido á la cena en Betania y hecho el viaje á Jerusalem; pero los enemigos del Señor estaban tan ocupados de su muerte que aun los halló reunidos en consejo. ¡Qué admirados no quedarían cuando viesen presentarse en la sala de la audiencia un discípulo de Jesus! ¡Y cual sería su sorpresa al orile decir: que venía á tratar de la venta de su Maestro! Mas luego pasó el trasporte de su admiración á un trasporte de gozo, y solo deseaban que hablase y oirle. ¿Qué me quereis dar, les dijo, y yo os le entregaré? Y al momento le ofrecieron treinta monedas, ó siclos de plata, que, segun unos, valían treinta reales de plata (sesenta reales); segun otros, doscientos treinta y seis reales y medio; y mas ó menos segun la opinión de otros: cantidad tanto mas despreciable, cuanto que con ella se compraba un esclavo, á quien comparaban con este precio al Hijo de Dios. Judas convino en él y se vol-

vió á Betania poseido siempre del demonio , pero tan sereno en lo exterior, como si nada tuviera de que reprehenderse. Ya no pensaba sino en consumir su traicion, y solo esperaba la ocasion en que Jesucristo, apartado del pueblo, que le miraba como á enviado de Dios , no estuviese á su lado. Desde la mañana siguiente, que era la del juéves, volvió á juntarse con Jesucristo, que no podía ignorar ni uno solo de sus pasos. Los apóstoles, como habian pasado cada uno la noche en la casa de su hospedaje, no advirtieron su ausencia. Judas, por su parte, en nada se manifestó turbado, ni inmutado. Estuvo todo el dia con Jesucristo entre los otros apóstoles, sin que el Señor, que miraba á su lado este traidor, manifestase la menor sospecha de su detestable traicion, ni el traidor se hallase embarazado en la presencia de su divino Maestro, cuya terrible justicia debia hacerle temblar en todos los momentos. Pero cuando los delitos se cometen con semejante descaro, ¿qué entrada puede quedar á la gracia para el arrepentimiento?

Preparacion para celebrar la Pascua.

La fiesta de la Pascua empezaba en Jerusalem para los Galileos á las tres de la tarde del juéves, un dia antes que para los Judios, para los cuales principiaba á las tres de la tarde del viénes. Jesucristo, que, por el origen de su familia y por el lugar de su nacimiento, pertenecía á la tribu de Judá, era tenido por Galileo, á causa de su morada de muchos años en Nazareth y de su domicilio en Cafarnaun, y podia elegir el dia destinado para celebrar la Pascua con los Galileos, ó el siguiente, en que la celebraban los Judios; pero el Señor, que sabia que en el dia mismo en que los Judios habian de comer el cordero pascual, debia morir sobre la cruz, sustituyendo como Cordero de Dios al cordero de Moises, eligió el dia de los Galileos. Los apóstoles,

que todos eran originarios ó habitantes de la Galilea, no contaban con menos de su querido Maestro, á quien tenian en lugar de un padre de familia, y en esta persuasion, se acercaron á Jesucristo, no el viénes en que celebraban la Pascua los Judios, sino el juéves en que la celebraban los Galileos, y le preguntaron: ¿Dónde quereis que comamos la Pascua? Y envió Jesucristo dos de sus discípulos, Pedro y Juan, diciéndoles: Id á la ciudad y encontraréis un hombre que llevará un cántaro de agua, seguidle, y donde quiera que entrare, deid al dueño de la casa: Esto dice el Maestro: ¿dónde he de tomar mi alimento? ¿dónde comeré la Pascua con mis discípulos? Mi tiempo está cerca. En tu casa voy á celebrar la Pascua con mis discípulos: entonces os mostrará un cenáculo grande y adornado. Preparad allí para celebrar nosotros la Pascua.

Solamente un hombre Dios, que sabia las cosas futuras, como las pasadas y presentes, podia dar órdenes semejantes. Los dos apóstoles, que conocian al Señor á quien obedecian, salieron sin hablar palabra á cumplir su encargo, y entrando en Jerusalem, encontraron las cosas como el Señor les habia dicho. Teniendo ya cenáculo para celebrar la Pascua, fueron al templo á prepararla, pues todo entraba en su encargo. Hicieron sacrificar las víctimas ordinarias. Compraron las lechugas agrestes. Se proveyeron de panes ázimos y de vino. Trajeron el cordero pascual y le hicieron asar; y en fin, todo lo tenían ya dispuesto cuando Jesucristo entró en la ciudad con sus apóstoles.

Su celebracion.

Seria esto á las siete de la tarde, puesto que era una hora despues de puesto el sol la que señalaba la ley para dar principio á esta ceremonia, y se hallaban entonces en marzo. Se puso Jesus á la mesa y con Él sus

apóstoles, según el orden con que acostumbraban colocarse. Estaban todos sentados, porque el rito de comer el cordero pascual en pié, con báculos en las manos, ceñidos de sus cíngulos y en traje de caminantes, parece que solo debió practicarse en la primera Pascua, celebrada en Egipto, cuando los Israelitas estaban á punto de marchar á la conquista de la tierra prometida.

Estos antecedentes nada anunciaban que no fuese de costumbre; pero era la última Pascua que habia de celebrar el hombre Dios, y la habian de acompañar y seguir prodigiosos sucesos.

Cuando estaban ya comiendo y conversando con aquella afabilidad que el amoroso Maestro concedia á sus discípulos, echando sobre ellos una mirada llena de bondad; con deseo, les dijo, he deseado comer con vosotros esta Pascua, antes que padezca, porque os aseguro que no comeré mas de ella, hasta que la coma en el reino de Dios. Diciendo estas palabras, llenó un cáliz de vino (era del que repartia á los convidados el que presidia la mesa y no estaba consagrado). Dió gracias á su eterno Padre y le presentó á sus discípulos, diciendo: Tomad este cáliz y bebedle entre vosotros, porque tambien os aseguro que no beberé mas del fruto de la vid, hasta que venga el reino de Dios. Que fué decirles: mi muerte llega; ya no comeré ni beberé mas con vosotros en esta vida mortal, pero vendrá sobre mí el reino de Dios, resucitaré glorioso, y entonces aun volveré á comer y beber con vosotros. Esta profecía de tanto consuelo para los discípulos en un tiempo en que todo les anunciaba temores y muerte, se cumplió con tanta gloria para Jesucristo, como gozo para sus discípulos. El Señor, en efecto, despues de resucitado, comió y bebió con sus apóstoles, y san Pedro tuvo buen cuidado de recordarlo diciendo: Nosotros que comimos y bebimos con el (Señor) despues que resucitó de entre los muertos.

Anuncia Jesucristo que uno de sus apóstoles le ha de entregar, y todos se turban.

Seguia la cena y la conversacion con la misma afabilidad, cuando inesperadamente oyeron decir á Jesucristo: Os aseguro que uno de vosotros, que come conmigo, me ha de entregar. Al oírlo, todos se llenaron de consternacion, y comenzaron á preguntar cada uno: Señor, ¿soy yo? El que mete conmigo la mano en el plato, dijo Jesucristo, ese es el que me ha de entregar; y el Hijo del hombre va (á la muerte) según está definido y escrito; pero ¡ay de aquel hombre por quien será entregado el Hijo del hombre! ¡Bueno lo fuera á aquel hombre si nunca hubiera nacido! Aquí se aumentaron los temores de los apóstoles y preguntaban, no ya á Jesucristo, sino unos á otros, quién seria de ellos el que cometiese semejante maldad. Judas se mantuvo en medio de estos temores con aquella compostura que en nada desdecia de la de los otros; y con el delito en su corazon, tuvo la osadía de acercarse á Jesucristo y preguntarle: ¿Acaso soy yo, Maestro? Sin duda habia perdido la idea de que Jesucristo lo tenia todo presente, y quiso saber si ignoraria su delito; pero recibió esta terrible contestation: Tú lo has dicho. Parece que esta pregunta del apóstol traidor, y la respuesta del divino Maestro, pasaron en secreto. Lo cierto es que aun siguió ignorado en el Colegio apostólico quién era el traidor.

Piensa el Señor en instituir el santísimo Sacramento.

Estaba ya para acabarse la cena, cuando el Señor manifestó entregarse por algunos momentos á meditaciones profundas, y á la verdad, su Majestad meditaba, según vamos á ver, la mas divina accion, si así puede decirse, de toda su vida. Iba ya á separarse de la Iglesia, su Es-

posa, y no queria dejarla. Á fin de unir extremos tan distantes, piensa en instituir el santísimo Sacramento de su Cuerpo y su Sangre para dejarla en él su adorable presencia, su perpétuo sacrificio y el alimento continuo de sus hijos. ¡Pensamiento propio de un Padre amoroso y de un Esposo querido! ¡Pero pensamiento que solo podia ejecutarse sino por un hombre Dios! Estando ya en la noche del juéves, en que celebraban su Pascua los Galileos, y acercándose la del viérnes, en que la habian de celebrar los Judíos, como el diablo hubiese puesto ya en el corazon de Judas Iscariote que le entregase; sabiendo Jesus que llegaba su hora de pasar de este mundo á su Padre, como hubiese amado siempre á los suyos que estaban en el mundo, les amó sobre todo en el fin.

Lava Jesucristo los piés á sus apóstoles.

Cuando menos lo esperaban los apóstoles, se levanta el Señor de la mesa, deja sus vestiduras (su manto), y habiendo tomado una toalla, se ciñe con ella. Echa despues agua en una bacia, y se dispone á lavar los piés de sus discípulos y á limpiarlos con el lienzo con que estaba ceñido. Desde luego se dirigió el Señor á Pedro, como cabeza del Colegio apostólico; pero sobrecojido de temor el apóstol: ¡Qué, Señor! exclamó. ¡Quereis vos lavar-me á mí los piés! Lo que yo hago, respondió Jesus, tú no la sabeis ahora, ya lo sabrás despues. No, Señor replicó Pedro: yo jamás permitiré que me laveis vos los piés. Pues si no te lavare, le dijo Jesucristo, no tendrás parte conmigo. Entonces, dijo Simon Pedro asustado, entonces lavadme, Señor, no solamente los piés, sino también los manos y la cabeza; pero le dijo el Señor: El que está lavado, no necesita sino que le laven los piés (por el polvo), pues está todo limpio, y vosotros estais limpios, aunque no todos. Era esta excepcion muy terrible para Judas, y hubiera sido muy saludable para un

alma menos obstinaba que la suya, pero este aviso fué inútil para el pérfido. Su sueño era tan profundo, que ni este, ni otros muchos golpes que recibió sucesivamente, pudieron sacarle de su letargo. Miró con frescura á Jesucristo arrodillado á sus piés, y permitió que se los lavase sin dar la menor señal de arrepentimiento.

Da Jesucristo á sus apóstoles lecciones de la mas profunda humildad.

Acabado el lavatorio, deja el Señor la toalla, toma sus vestiduras, y volviendo á sentarse, bien veis, les dijo, lo que he hecho con vosotros. Vosotros me llamis Señor y Maestro, y decís bien, porque lo soy; pues si yo, siendo vuestro Señor y Maestro, os he lavado los piés, también vosotros debéis lavaros los piés los unos á los otros; porque ejemplo os he dado, para que como yo he hecho con vosotros, así también lo hagais vosotros. En verdad, en verdad os digo, : el siervo no es mayor que su señor, ni el enviado mayor que el que le envia. Si entendiéreis bien esto y lo hiciéreis, seréis bienaventurados. No lo digo por vosotros : yo sé los que he elegido, sino para que se cumpla la Escritura, que dice : El que come pan conmigo, levantará contra mí su talon. Desde ahora os lo digo antes que suceda, para que cuando sucediere creais que yo soy (el Mesias, el Hijo de Dios que anuncio lo que está sin venir). En verdad, en verdad, os digo : el que recibe al que yo enviare, á mí me recibe; y el que á mí me recibe, recibe á aquel que me ha enviado. Estas divinas lecciones de la mas profunda humildad, y sobre todo el ejemplo inaudito que acababa de dar lavando los piés á los discípulos, disponian á estos admirablemente para el divino banquete con que, despues de la cena legal, les iba á regalar.

Se queja Jesucristo por tercera vez del traidor, y Pedro desea descubrirle.

Trataba de instituir el adorable Sacramento de su inmenso amor, y regalarles con él. Su alma bendita deseaba con ansia esta institucion; pero el Señor, que todo lo tenia presente, horrorizado al considerar que iba á entregar su santísimo Cuerpo y su preciosísima Sangre á un traidor, se detiene y exclama: En verdad os digo, apóstoles míos, que uno de vosotros me ha de entregar. Era la tercera vez que oyan quejarse de esto á su divino Maestro, y la viveza y celo de Pedro no podia ya sufrir que continuase viviendo tranquilo en el Colegio apostólico un hombre tan perverso. Deseaba conocerle para arrojarle de su compañía, si otra cosa no se le permitiese. Se hallaba Pedro sentado á la derecha de Jesucristo, y Juan á la izquierda; y Pedro, á quien, como cabeza de la Iglesia, parecia ser permitido mas que á otro alguno preguntar á su divino Maestro, quién era el traidor, no se atrevió al ver el silencio que siempre guardaba el Señor acerca de descubrirle; mas lo que parecia deberse á la superioridad, lo encomendó al amor. Era Juan el discípulo amado, y Pedro juzgó que nadie seria oido, en esta ocasion, mejor que el amor. Insinuó á Juan su deseo, y Juan se determinó á hacer la pregunta á su divino Maestro. La ocasion no podia ser mas oportuna. Se hallaba Juan entonces reclinado sobre el costado del Señor, y solo necesitó abrir sus labios para hacer la peticion. La hizo en efecto, y fué concedida. Aquel, le dijo el Señor, á quien yo alargare un poco de pan mojado, ese es; y habiendo mojado el pan le dió á Judas Iscariote.

Institucion del santísimo Sacramento del Altar.

Concluida la cena ordinaria y la del cordero pascual,

ya solo esperaban los apóstoles que se levantase de la mesa su divino Maestro para seguirle adonde quiera que se dirigiese; pero aun faltaba lo principal de esta cena eternamente memorable. Continuando el Señor sentado á la mesa, toma un pan ázimo, ó sin levadura, como se comia en semejantes dias, y teniéndolo en sus divinas manos, da gracias á su eterno Padre, lo bendice, lo parte y lo da á sus discípulos diciendo: Tomad y comed: este es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros. Haced esto en memoria de mí. Y tomando un cáliz, dió gracias y se le dió, diciendo: Bebed todos de él, porque esta es mi Sangre del nuevo Testamento, que sera derramada por vosotros y por muchos en remision de los pecados. Cuantas veces hiciéreis esto, hacedlo en memoria de mí.

Así concluyó Jesucristo la institucion del santísimo Sacramento del altar. Consagró su Cuerpo y su Sangre, haciendo que en virtud de sus divinas palabras, lo que antes era pan, se convirtiese en su santísimo Cuerpo; y lo que antes era vino, en su preciosísima Sangre, sin que del pan y del vino quedase otra cosa que los accidentes; y dió poder á sus apóstoles para que consagrasen su santísimo Cuerpo y su preciosísima Sangre, mandándoles: que cuantas veces hiciesen esto (cuantas veces consagrasen), lo hiciesen en su memoria. Así Jesucristo, no solo instituyó el santísimo Sacramento, sino que dió á sus apóstoles facultad para usarle cuantas veces quisiesen, para consagrar su preciosísimo Cuerpo y Sangre, para alimentar con este soberano Sacramento á los fieles y para ordenar sacerdotes que le consagrasen y administrasen. Así que en esta preciosísima noche fué instituido, consagrado y administrado por primera vez el santísimo Sacramento del altar, para ser el alimento celestial de los hombres hasta el fin de los siglos; porque de fe es que entonces se acabará el mundo, cuando falte esta Hostia inmaculada y cese este Sacrificio divino.

Se dirige Jesucristo con sus apóstoles al Huerto de las Olivas.

Jesucristo, acabada esta cena divina, rezó con sus discípulos el himno de accion de gracias, con que los verdaderos Israelitas acostumbraban dar fin á sus cenas, y muy particularmente á la de la Pascua. No eran ya sino once los discípulos, porque Judas Iscariote se aprovechó de la oscuridad de la noche para ir á consumir su traicion. Concluido este acto de accion de gracias, salió el Señor de la cena y de la ciudad de Jerusalem, y se dirigió con ellos al Monte de las Olivas. Este hermoso y fértil monte dominaba gran parte de Jerusalem, y estaba separado de ella por el famoso valle de Josafát, ó torrente de Cedron. La distancia de la ciudad al monte apenas era de mil pasos, y se podía hacer este pequeño viaje en los dias de sábado y fiestas solemnes sin contravenir á la ley. Al pié del monte estaban las aldeas de Betfage y Betania. y en su ladera la de Getsemani, desde donde se descubria el monte y la ciudad. En esta última aldea se hallaba el huerto que Jesus habia escogido para depositario de su íntima comunicacion con su eterno Padre; y el que habia de ser en esta temerosa noche el campo de batalla, donde el infierno presentase su combate contra el Hijo de Dios.

Les habla en el camino de su desercion.

Los apóstoles no esperaban que este huerto habia de ser el testigo de su flaqueza, despues de haberlo sido tantas veces de su fervor; ni que en este huerto abandonarían cobardemente al que con tanta resolucion habian prometido entregar su vida antes que desampararle. Sin embargo, ellos debian vivir muy sobre sí, porque Jesucristo les habia prevenido mas de una vez

contra este abandono. En el camino desde Jerusalem hasta el huerto, apenas les habló de otra cosa que de su desercion. Todos vosotros, les decia, padeceréis escándalo en mí en esta noche; porque escrito está: Heriré al Pastor y se dispersarán las ovejas. Era sin duda lastimoso el estado en que iba á quedar el rebaño apostólico sin Pastor, sin Maestro, sin guía, sin defensa.... un rebaño derramado por todas partes.... pero yo, añadió Jesucristo á este anuncio de tanto desconsuelo, yo, despues que resucitare, iré antes que vosotros á Galilea. Así templaba el Señor las penas con las esperanzas. Sin embargo, Pedro apenas de nada hacia caso, y todo lo que era hablar de que habia de morir su querido Maestro, le era intolerable. Jesucristo, al verle tan resuelto, quiso prevenirle contra su flaqueza, y le dijo: Simon, Simon, hé ahí que Satanás ha deseado con ansia zarandearos como el trigo, mas yo rogaré por ti para que no falte tu fe; y tú, convertido hácia tus hermanos, confírmalos en ella. Mas Pedro, sin parar apenas su atencion es esto, continuó diciendo: Señor, aunque todos se escandalicen en vos, yo jamás me escandalizaré. Era sin duda muy apreciable la firmeza de Pedro; pero un aprecio excesivo de su valor hacia que perdiese de vista su flaqueza, y esto era un mal. En verdad te digo, le contestó Jesucristo, que tú hoy, en esta misma noche, antes que el gallo haya cantado dos veces, me negarás tres; mas el enardecido apóstol en nada se detenía, y continuaba, diciendo: Señor, yo estoy preparado y dispuesto á ir con vos á la cárcel y á la muerte; y si convinere morir juntamente con vos, yo moriré, pero jamás os negaré. Lo mismo dijeron los demás apóstoles.

Les manda que compren espadas.

Jesucristo seguia recibiendo estas protestas de sus discípulos, y caminando hácia el torrente Cedron, que

era necesario pasar para entrar en el huerto de Getsemani. ¡ Paso memorable, representado en el que llorando habia hecho David por el mismo torrente hacia ya diez y ocho siglos, como lo dejamos escrito en la historia de este ilustre ascendiente del Hijo de Dios hecho hombre !
¡ Paso lastimoso que en esta misma noche haria maniatado el Hijo de Dios, cuando volviese del huerto á Jerusalem !

Luego que Jesucristo hubo pasado el torrente con sus discípulos, y antes de entrar en el huerto, se volvió á ellos y les hizo una pregunta que debió sorprenderles. Cuando os envié á predicar, les dijo, sin bolsa, sin alforja, y sin calzado, ¿os faltó acaso alguna cosa? Nada, Señor, le dijeron. Pues ahora el que tiene bolsa y alforja, véndalas, y el que no las tiene, venda su túnica y compre espada, porque es necesario que se vea cumplido en mí lo que está escrito de mí: *Y fué contado con los inicuos.* Señor, dijeron los discípulos, aquí hay dos espadas. Basta (para el cumplimiento de la profecía), dijo el Señor.

Oracion del huerto.

Habiendo al fin entrado en el huerto, les dijo : Orad, para que no caigais en tentacion ; y quedaos aquí hasta que yo vaya allí y ore. Y tomando consigo á Pedro, Santiago y Juan, se internó con ellos en el huerto y se puso en oracion. Luego principió á entristecerse y atemorizarse. Mi alma, les dice, está sumergida en una tristeza de muerte. Estáos aquí y velad conmigo. Se aparta de ellos como un tiro de piedra, vuelve á ponerse en oracion, postrado en tierra y pegado su rostro con ella, y en esta lastimosa postura, Padre mio, dice, todas las cosas os son posibles ; haced que pase de mí este cáliz ; mas no se haga como yo quiero, sino como vos quereis. Acabada esta congojosa oracion, vino á sus discípulos, y hallándoles dormidos, dijo á Pedro : ¿Así no



habeis podido velar una hora conmigo? Velad y orad para que no entreis en tentacion. El espíritu, en verdad, está pronto, pero la carne está enferma. Volvió á retirarse el Señor y á orar segunda vez, diciendo: Padre mio, si no puede pasar este cáliz sin que yo le beba, hágase vuestra voluntad; y volviendo otra vez á sus discípulos, les halló durmiendo, porque estaban sus ojos cargados por la tristeza. Ninguna reprehension les hizo el Señor esta vez, y solo se limitó á despertarles y volverse á orar tercera vez, haciendo la misma súplica.

Un ángel se presenta al Señor para confortarle.

Entonces se le presentó un ángel del cielo para confortarle; pero el Señor, postrado en tierra, pegado su divino rostro con el suelo y puesto en agonía, oraba con mayor vehemencia, y fué hecho su sudor como gotas de sangre que corria sobre la tierra. Por un efecto inaudito y jamás visto, desde que Dios había criado el mundo, el cuerpo de Jesucristo comenzó á sudar sangre por todos sus poros, y esta á correr en abundancia por todo su cuerpo. Rebatida del corazon adonde el temor la habia juntado, sale de él con rapidez por mil caminos, y todo lo baña y encharca. En tan angustioso estado el ángel del Señor le conforta, no con la esperanza de ser dispensado de la muerte, que tanto temia, sino con la conformidad que pedia á su eterno Padre.



Prision del Señor.

El Hijo se conforma enteramente con esta voluntad adorable, y se apresta resignado á la muerte. El ángel se retira; la sangre cesa y vuelve á su curso ordinario; y Jesus, levantándose de su oracion, viene por última vez á sus discípulos, que estaban ya todos reunidos, y

les dice : Levantaos y orad , para que no entreis en tentacion. Vamos. Se acerca la hora en que el Hijo del hombre será entregado en las manos de los pecadores. Ya llega el que me ha de entregar. Aun estaba hablando Jesucristo, y hé aquí que Judas Iscariote viene á entregarle. Sabía el traidor cuál era el sitio en que le habia de hallar, porque venian allí con frecuencia Jesucristo y sus apóstoles, y se dirigió á Él con una multitud de gentes armadas de espadas y varas y con linternas ó hachas encendidas; y una cohorte ó batallon de quinientos á seiscientos soldados. Toda esta gente era enviada por los principes de los sacerdotes, por los magistrados del templo y por los ancianos del pueblo. Tambien venian mezclados con ella varios de los mismos principes, magistrados y ancianos que la enviaban.

El asunto era prender á Jesus, Hijo de Dios. Judas debia saber que nada de esto era necesario para prender á un hombre que no queria huir ni defenderse, y que todo este aparato y prevencion eran inútiles, si este hombre no queria entregarse. El le habia visto librarse de las manos de sus enemigos, cuando parecia no quedarle el menor arbitrio, y desaparecer de su vista en el mismo momento en que se armaban de piedras para quitarle la vida. Le habia visto pasar entre ellos como si fuertá entre sus amigos, sin que hubiese quien se atreviese á detenerle ni á tocarle. En una palabra, le habia oido, y habia visto que no era prendido, porque no queria serlo, hasta que llegase la hora señalada por su eterno Padre. Todo esto debia excusar á Judas estas prevenciones de gentes armadas; pero era preciso que, en el tiempo de sus padecimientos, se repitiese el cumplimiento de esta afrentosa profecía: *Y fué contado con los inicuos.*

Beso de Judas.

Sabiendo el Señor todas las cosas que habian de venir

sobre Él, salió con sus discípulos al encuentro de sus enemigos. Judas por su parte se adelantaba con sus tropas, previniéndoles que aquel á quien él diese un beso, ese era Jesus Nazareno : que le prendiesen y llevasen con toda cautela. Luego se llegó el malvado á Jesucristo y estampó en su divino rostro sus inmundos labios, dándole el beso de Judas, y diciendo: Dios os guarde, Maestro. Amigo, le dijo Jesucristo, ¿ á qué has venido ? ¡ Con un beso entregas al Hijo del hombre ! Cualquiera pecador ordinario se habria conmovido con una reprimenda tan dulce y amorosa. Era necesario un Judas para no arrepentirse, y Judas cumplió con su carácter.

Caen de espaldas los que vienen á prender al Señor.

Seguido el divino Maestro de sus once discípulos, se encaminó hácia sus enemigos, con los cuales se habia incorporado ya el traidor, y les preguntó : ¿ Á quién buskais ? Á Jesus Nazareno, le dijeron. Pues *yo soy*, les dijo el Señor. Mas luego que el Señor les dijo : *Yo soy*; amos y criados, soldados y jefes, y Judas, capitán de la traicion, todos retrocedieron y cayeron en tierra de espaldas, unos sobre otros. Despues de un golpe de esta naturaleza, no debieran levantarse todos estos infelices, sino para implorar á los piés de Jesucristo el perdon de su temeraria intencion; pero en la ejecucion de los grandes delitos hay un tiempo en el que los pecadores no reflexionan y corren ciegos al precipicio. Esto sucedió á los que venian á prender á Jesucristo. Se levantan, se miran unos á otros, y sin pensar mas en tan terrible suceso, se empeñan en la continuacion de su empresa. Viendo el Señor su temerario empeño, ¿ á quién buskais ? volvió á preguntarles, como para darles tiempo á que lo reflexionasen bien; pero ellos, sin detenerse, respondieron como antes : Á Jesus Nazareno. Pues ya os he dicho que *yo soy*, les respondió el Señor;

y puesto que á mí es á quien buscaís, dejad á estos (mis discípulos) que se vayan libres.

Corta Pedro á Malco una oreja, y el Señor la sana.

Viendo los discípulos que trataban de prender á su divino Maestro, le preguntaron, ¿qué hacemos? ¿herimos con espada? Y luego Simon Pedro, que tenia una, llevado del mas profundo dolor al ver que quieren prender á su divino Maestro, la saca, y sin esperar la contestacion del Señor, corta con ella la oreja derecha de un criado del pontífice, llamado Malco. Permitió el Señor este principio de combate para que se verificase por tercera vez el cumplimiento de la repetida profecía: *Y fué contado con los inicuos.* Pero no era su designio que padeciesen sus enemigos por el celo indiscreto de su apóstol. Hizo traer á su presencia al herido, tomó su oreja, la aplicó á su lugar y quedó unida, y Malco sano. Apenas se comprende, y semejante admiracion se ofrece á cada paso de la dolorosísima Pasion del Señor; apenas se comprende, repito, cómo Malco, curado repentinamente, y los demás que fueron testigos de este prodigio, no desistieron á su vista de su malvado intento; pero su desdicha estuvo en ser conducidos por un apóstol traidor, y animados por fariseos soberbios. No se contentó el divino Maestro con curar la herida que, sin su licencia, habia hecho Pedro al criado del pontífice; quiso tambien instruir á la cabeza del apostolado, y en ella á los demás apóstoles.

Manda á Pedro que vuelva la espada á su vaina, porque el que á hierro mata, á hierro morirá.

Pedro, le dijo el Señor, vuelve la espada á su vaina; porque todo el que matare á espada (sin autoridad), á

espada morirá. ¿Piensas acaso que no puedo yo rogar á mi Padre, y me enviará mas de doce legiones de ángeles (mas de setenta y dos mil ángeles) que me defiendan? ¡Terrible poderío! Si en una noche mató un solo ángel ciento ochenta y cinco mil soldados del ejército de Senaquerib, ¿qué harian mas de setenta y dos mil ángeles? Pero entonces, añadió el Señor, ¡cómo se cumplirán las Escrituras que dicen: Que conviene que así se haga! Esto es, que yo padezca! ¡Qué! ¡el cáliz que me presentó mi Padre, no le beberé! Dejad, dijo á sus apóstoles, dejad que se acerque esa gente. A estas palabras se acercó á Jesucristo el tribuno con su cohorte, los príncipes, los magistrados, los ancianos y las demás gentes, y les dijo el Señor: ¡Con espadas y varas habeis salido á prenderme, como si fuera un ladron; y estando yo todos los dias con vosotros en el templo no me detuvisteis! Todos los dias me sentaba con vosotros, enseñando en el templo, y no me prendisteis, mas esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas.

Huyen los apóstoles, y prenden á Jesus sus enemigos.

Al oír los apóstoles estas palabras de su divino Maestro, conocieron que iba á dejarse prender, y todos huyeron. Entonces ¡qué horror! la tropa y los ministros de los Judíos prendieron á Jesus, Hijo de Dios, y le ataron. Las entrañas se estremecen al contemplar preso y atado al Hijo del eterno Padre; pero era preciso que esta Víctima, sacrificada desde el principio del mundo á la gloria de Dios y á la salud de los hombres, caminase al altar, y fuese ofrecida sobre él. No eran, no, los lazos de los enemigos de Jesucristo los que ataban al Señor. Con mayor facilidad los habria rompido, que Sanson los de los Filisteos. Eran los lazos de la obediencia á su eterno Padre, y los lazos del amor á los hombres los que le aprisionaban.

Cuando las tropas y la turba salían del huerto y caminaban á Jerusalem con Jesus preso, un jóven, que regularmente sería alguno de sus muchos discípulos, le seguía cubierto con una sábana sobre la túnica (de la que nunca se desnudaban los Judíos), y los que llevaban preso al Señor prendieron también á este jóven; pero él, dejando la sábana entre sus manos, huyó desnudo, esto es, solo con la túnica. De este modo Jesucristo quedó enteramente solo, sin que hubiese alguno de los suyos que le siguiese de cerca, y cuya vista pudiese consolarle.

Jesus, puesto en este total desamparo, y arrastrado por los impíos, será siempre el objeto de la compasión de todos los cristianos y aun de todos los hombres; y entre las ignominias de su Pasión, parecerá mas Dios, si así puede decirse, que cuando resucitaba los muertos. Desde este momento de su ignominiosa prisión, no dirá ya Jesus una palabra, ni dará un paso, ni hará una cosa que no exija nuestro dolor y nuestras lágrimas.

Es llevado el Señor á la casa de Anás.

Se contaba en Jerusalem tan seguramente con la prisión de Jesus Nazareno, que ya se habían tomado todas las medidas para instruir el proceso, y estaban tan determinados á sacrificar al inocente, que solo se formaba por guardar alguna apariencia de orden. Caifás, que hacia este año las funciones de sumo sacerdote, tenia por compañero en el pontificado á Anás, su suegro, ya bastante anciano. Fuese por consideración á la edad, fuese por atención al parentesco, había dispuesto Caifás, que luego que prendiesen á Jesus, le condujesen á la casa de Anás, por si gustaba examinarle. Era Caifás aquel inicu pontífice que ya con anticipación había pronunciado sentencia de muerte contra Jesucristo cuando había dicho: Conviene que muera un hombre por el

pueblo y que no perezca toda la gente; pues aunque dijo una verdad, anunciada repetidas veces en los Libros santos, condenaba por su parte á un inocente sin oírle, y esto era una iniquidad. Anás tuvo la complacencia de ver en su palacio, preso, á Jesus Nazareno, y se duda si fué en él donde recibió el Señor la hostiada.

De la casa de Anás es llevado á la de Caifás.

Nosotros dejamos este lastimoso paso para referirle como sucedido en el palacio de Caifás, porque conviene mejor al enlace de la historia; lo que no tiene duda es, que Anás envió luego al Señor á su yerno Caifás que le esperaba y había reunido un concilio para juzgarle.

Pedro y Juan le siguen de lejos y llegan á entrar en la casa de Caifás.

Durante el camino, Pedro y Juan, despues de la común desercion, volviendo en sí de su espanto, seguían al Señor, pero á larga distancia, temerosos de ser advertidos y presos por los soldados. Vieron que el Señor era llevado á la casa de Anás y conducido á poco tiempo á la de Caifás. Juan era conocido de este pontífice y de su familia, y no tuvo dificultad en llegarse á la puerta y llamar; ni tampoco la tuvieron los criados del pontífice en abrirle la puerta. No sucedió lo mismo á Pedro. Le fué preciso quedarse á la puerta hasta que Juan intercedió por él y se le permitió la entrada. Bien hubieran querido ir juntos los dos apóstoles á lo interior del palacio para saber todos los sucesos; pero Juan no tuvo bastante ascendiente para internar consigo á su compañero, y este se vió precisado á quedarse en el atrio, donde había una confusa multitud de soldados, ministros y criados del gran sacerdote. Era esto en

principio de la primavera, y aun hacia frio, particularmente por la noche. Encendieron lumbre en medio del atrio y se calentaban. Pedro, por su desdicha, se acercó tambien á la lumbre, y se calentaba con los demás, esperando la decision del concilio. Esta fué tal como debía esperarse de la disposicion de los jueces.

Pregunta Caifás al Señor sobre sus discípulos y doctrina.

El sumo sacerdote Caifás fué quien principió el interrogatorio, preguntando al Señor acerca de sus discípulos y doctrina. Yo, le dijo Jesucristo, públicamente he hablado al mundo. Yo siempre enseñé en las sinagogas y en el templo, donde se juntan todos los Judíos, y nada he hablado en oculto. ¿Porqué me preguntas á mi? Pregunta á aquellos que me han oido, que es lo que yo les he dicho. Ellos saben lo que he dicho. Habiendo respondido Jesucristo de un modo tan justo, tan modesto y tan incontestable, la fuerza de la verdad hirió al pontífice y le puso de mal semblante.

Recibe el Señor una bofetada por tan justa respuesta.

Entonces uno de sus criados que estaba al lado de Jesus, viendo el disgusto de su amo, dió al Señor una bofetada, diciendo : ¿Así respondes al pontífice? Á una accion tan inieua, no correspondió el Señor sino con la mayor bondad y mansedumbre. Si he hablado mal, dijo al criado, da testimonio de lo malo ; y si bien, ¿porqué me hieres? Hemos dicho que el Señor en su Pasion no daría un paso, ni diría una palabra, que no exigiese nuestras lágrimas. ¿Pues qué no exigirá de nosotros una bofetada estampada en su divino rostro? Los ángeles retirarian sus ojos al ver levantada la mano sacrilega, y nosotros no podemos dejar de estremecernos al con-

templarla estampada en aquel rostro divino en que se miran los ángeles. El criado del pontífice debía ser castigado severamente por la indignidad con que habia tratado á Jesus contra el orden judicial ; pero no se pensaba en guardar las reglas ordinarias con un hombre á quien se queria perder á todo trance.

Exámen de testigos.

Los príncipes de los sacerdotes y todo el concilio buscaban un falso testimonio contra el Señor para sentenciarle á muerte, y no le encontraban, aunque se presentaron muchos testigos, porque en sus declaraciones se contradecian. Por último, despues de multiplicadas declaraciones, vinieron dos falsos testigos, y dijeron : Nosotros le hemos oido decir : Puedo destruir el templo de Dios y reedificarle en tres dias. Tambien le hemos oido : Yo destruiré este templo, hecho de mano, y en tres dias edificaré otro, no hecho de mano ; y no era concorde su testimonio. Así como todos los primeros testigos habian sido falsos, tambien estos dos últimos no declaraban en verdad. Jesucristo habia dicho : Destruid este templo, y en tres dias yo le reedificaré. Jesucristo hablaba de su cuerpo, al que llamaba con frecuencia templo, y su sentido era, que le destruyesen, esto es, le quitasen la vida ; y en tres dias le reedificaria, le resucitaria, como así se verificó ; pero no hablaba del templo de Jerusalem, como ellos querian, sino de su cuerpo, como dice el sagrado Evangelista. ®

Caifás conjura al Señor á que diga la verdad.

Bien conoció el pontífice que en todo lo que acababa de oír no se hallaba cosa alguna con que poder, á lo menos, colorear á los ojos del público una sentencia de

muerte. Quería encontrar alguna causa plausible para que no se clamase contra la injusticia que iba á consumar. Nada habia conseguido por medio de los testigos, y podia temer que si seguia en su exámen, encontrase con algunos sinceros, veraces y firmes que declarasen, segun su conciencia, en favor de la santidad de la doctrina del acusado y de la multitud de sus prodigios, y esto le seria muy funesto. Para huir semejante peligro, abandonó el exámen de testigos y acudió á la autoridad. Se levanta del tribunal, como un hombre asombrado de la multitud de acusaciones que estos habian hecho á Jesus, y acercándose al Señor, ¿nada respondes, le dijo con un tono de autoridad irritada, nada respondes á las cosas de que te acusan? Mas Jesus callaba. Entonces dijo el pontífice: Te conjuro por Dios vivo, que nos digas, si eres tú Cristo, Hijo de Dios. La pregunta era decisiva. Nuestro divino Salvador estaba obligado á dar gloria á su eterno Padre, en cuyo nombre se le conjuraba, y era preciso hablar claramente.

El Señor la dice y es tratado por esto de blasfemo y declarado reo de muerte.

Esto iba á costar al Señor la vida, lo conocia muy bien; pero á este precio habia de dar honor y gloria á su eterno Padre, animar á sus discipulos, y conquistar millones de mártires. Sin balancear, ni detenerse un momento, yo soy, le respondió: tú lo has dicho. Y os aseguro que veréis de aquí á poco al Hijo del hombre estar sentado á la diestra de Dios, y venir en las nubes del cielo. Estas palabras, que convienen expresamente al juicio final, se aplican tambien al terrible castigo que dentro de pocos años habia de hacer el Señor en sus enemigos, destruyendo por medio de los Romanos su templo, reduciendo á ruinas su ciudad, y acabando con sus habitantes, su sacerdocio y su culto. Pero esta ter-

rible amenaza no asustó á persona alguna del consilio; fuese porque no la entendieron, fuese porque no la creyeron, ó fuese, y esto es lo mas creible, porque toda se atencion estaba ocupada en hallar reo de muerte á Jesucristo: El príncipe de los sacerdotes se mostró lleno de horror, al oír las palabras del Señor, rasgó sus vestiduras, y exclamó: Ha blasfemado, ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? Acabais de oír la blasfemia, ¿qué os parece? Y ellos respondieron, diciendo: Reo es de muerte.

Desea la sinagoga sacrificarle al momento.

Caifás oyó la sentencia del concilio con todo el contento que se puede discurrir, y Jesucristo la escuchó con todo el aliento con que despues sufrió su rigor. Desde este momento hasta el de su muerte, ya no tuvo sino acerbos dolores que sufrir, y ultrajes indignos que sobrellevar. Se sometió á la voluntad de Dios y no se quejó de los hombres. Estaba la sinagoga tan sedienta de la sangre de su Mesias, y tan ansiosa de derramarla, que inmediatamente habria pasado á publicar la sentencia y á ejecutarla; pero Dios no lo queria así. El sacrificio del Cordero de Dios por los pecados del mundo debia identificarse en el tiempo con el del cordero pascual, y era preciso que para esto llegase la tarde del viérnes. En este tiempo debian cumplirse muchas profecías que tenian fijado en él su cumplimiento. Era tambien necesario, en el estado en que se hallaba la nacion, contar con la aprobacion del magistrado romano para ejecutar las sentencias de muerte; y no lo era menós irritar al pueblo, que amaba mucho al Señor, haciéndole creer que el Señor era un blasfemo. Todo esto pedia tiempo, y como estaban resueltos á sacrificarle antes de la Pascua, juzgaron que no podian perder ni un momento; y determinaron no separarse, sino para tomar algun descanso,

quedando citados para volver á reunirse al venir el día siguiente.

Sacan al Señor de la audiencia y le bajan al atrio.

No enviaron á Jesus á la prision, porque no acostumbraban hacerlo con los reos cuyas causas querian abreviar. Le entregaron á la guardia de los soldados, y se retiraron de la audiencia. De ella fué sacado el Señor por los ministros, y conducido al atrio, donde luego le rodeó la guardia incomodada, y muy dispuesta á vengar en su divina Persona el trabajo de velar por su causa toda aquella noche. Al contrario, el Señor bajó muy consolado al lugar de su confusion, porque se iba á hallar á tiempo de socorrer al primero de sus apóstoles. Quería dar la mano á Pedro y ayudarle á salir del abismo en que le habia sumergido su presuncion, porque este apóstol iba á experimentar, á pesar de sus juramentos, su gran flaqueza.

Negación de Pedro.

Con el favor de Juan habia entrado Pedro, como ya dijimos, hasta el atrio del palacio del sumo sacerdote Caifás, pero no tuvo libertad para pasar adelante con Juan y le fué necesario quedarse en él, en medio de los soldados, y rodeado de alguaciles y criados; gente baja, que conociendo las disposiciones de sus amos, decian y hacian al Señor cuanto mal les habian oido. La ocasion era bella para salir un discípulo á la defensa de su Maestro. Pedro la dejó pasar sin atreverse á declarar en su favor. Tomó el partido de callar y de no manifestar en manera alguna que tenia interés por el preso, y este silencio fué la primera flaqueza que anunciaba ya su caída. Acaso esperaba salir con el disimulo del mal paso en que se hallaba pero no le sucedió como pensaba.

Estaban los soldados, criados y ministros calentándose á la lumbre, y Pedro se calentaba con ellos. Para su desdicha pasó por allí la criada portera, y le preguntó: ¿Acaso eres tú de los discípulos de este preso? ¡Terrible pregunta para un hombre sobrecogido ya de temor! Turbado Pedro con este contratiempo, expuesto al insulto de toda aquella turba, y acaso tambien á la prision y al castigo, se halló como fuera de sí; y por un encadenamiento de faltas, de un silencio tímido pasó á una omision culpable, y de esta á un lenguaje infiel. ¡Qué asombro! el Principe de los apóstoles renuncia delante de todos á Jesucristo, y aunque temblando, deja caer de sus labios estas desdichadas palabras: No soy. Apenas acaba Pedro de negar á Jesucristo, cuando cantó el gallo la primera vez. Poco despues vino una criada del sumo sacerdote, y como viese á Pedro calentándose, le miró con cuidado, y le dijo: Tú estabas con Jesus Nazareno; y Pedro lo negó con juramento, diciendo: Ni le conozco, ni sé lo que dices. Pasada como una hora, uno de los criados del pontífice, pariente de aquel cuya oreja habia cortado Pedro, le dijo: ¿Acaso no te ví yo en el huerto con Él? Sin duda tú eres de ellos, porque tú eres Galileo, y aun tu lenguaje te descubre. Entonces comenzó Pedro á jurar, anatematizar y hacer imprecaciones, asegurando que no conocia á tal hombre.

Bien conocia Pedro á aquel divino Maestro á quien negaba. Le amaba y era tiernamente amado de Él. Le adoraba, y gemia viendo su situacion lastimosa, pero al mismo tiempo se avergonzaba de confesarle; no se sentia ya con aquel fervor que le habia hecho decir tantas veces, yo os seguiré, Señor, hasta las prisiones y la muerte. Sin embargo, Pedro no era infiel en su corazon. Creía que Jesucristo era el Hijo de Dios vivo, y su lengua era la que mentia á su corazon. Aun estaba negando á su divino Maestro, cuando volvió á cantar el gallo. Pedro habia negado á Jesucristo tres veces, antes que cantase esta segunda, y por su desdicha se habia

cumplido á la letra la profecía de Jesucristo, que habia dicho : Antes que el gallo cante dos veces, tú me negarás tres. Á este tiempo, volviéndose el Señor á su pobre discípulo, le dirigió una mirada.

Su conversion.

Poco habrían sido para Pedro, sin esta mirada, los cantos del gallo, que era la señal que se le habia dado de su caída. Pero ¡qué no puede una mirada de Jesus, y de Jesus expiando en prisiones la caída de su apóstol ! El canto del gallo hirió los oídos de Pedro. La mirada de su divino Maestro le traspasó el corazón, y estos dos medios de salud llevaron la unción de la divina gracia á lo íntimo del alma de Pedro, y Pedro se convirtió. Salió inmediatamente de la casa, donde habia padecido tan lastimosa desgracia, y se entregó al mas profundo arrepentimiento, derramando un torrente de lágrimas, cuyo manantial no se agotó en toda su vida; lágrimas arrancadas por un vivo dolor, acompañadas de una santa confusión, y sostenidas por una firme esperanza y una profunda humildad; lágrimas tales, cuales debían ser las de un apóstol penitente, que llevaba con ellas su culpa, mientras que llegaba el tiempo de lavar su culpa con su sangre; lágrimas, en fin, que sostuvieron al discípulo en su inmensa pesadumbre, y consolaron al Maestro en su lastimoso desamparo.

Tormentos y ultrajes que sufre el Señor en el atrio.

Mientras que Pedro lloraba amargamente su desgracia, los soldados, ministros, alguaciles y criados, rodearon á Jesucristo para hacerle padecer cuanto pudieron imaginar de mas afrentoso y sensible. Jesus, atado y hecho el centro del oprobio, es el Rey de Israel, el





Mesías esperado con tantas ansias y por tantos siglos, el Hijo único de Dios, el muy amado del eterno Padre, el Salvador de los hombres, el espejo donde se miran los ángeles... ¡y los que le rodean, le miran como el mas despreciable de los hombres!!! Ciertamente, si los sucesos que es preciso referir en esta parte de su historia, no hubieran de componer reunidos su verdadera gloria, y la confusion de sus enemigos, se negaria toda pluma cristiana á escribir tantos horrores. Las gentes brutales, á quienes se habia entregado el mas amable de los hijos de los hombres, hacen del Hijo de Dios una diversion bárbara, un entretenimiento cruel, y toman por descanso cargarle de ultrajes. El Salvador se mantiene en medio de ellos con un semblante grave, modesto y digno de la grandeza de su alma, y esta misma grandeza que conserva entre los insultos, aumenta el furor de sus verdugos. Unos le escupen en la cara, ¡Dios mio!!! otros le maltratan á puñadas, ¡cielos santos!!! y otros cubriéndole los ojos, le dan fuertes bofetadas, diciendo: Profetizanos, Cristo, ¿quién es el que te hirió? Bien pudiera señalarlos el Señor, y reducirlos al mismo tiempo á la nada; pero estaba cumpliendo las profecias y la voluntad de su Padre, y por eso nada decia ni hacia. Este silencio y sufrimiento, en vez de moverles á compasion, excita mas la cólera de aquellas bestias feroces. Redoblan los golpes, renuevan los ultrajes, y un proceder tan inhumano y cruel no se acaba sino con la noche.

Vuelve el concilio á preguntar al Señor. ®

Venida la mañana, los principes de los sacerdotes, los ancianos del pueblo, los escribas, y todo el concilio volvieron á reunirse para seguir y concluir la causa contra el Señor. Luego le subieron del atrio, donde habia sido ultrajado toda la noche, y le presentaron en la sala de la audiencia, á discrecion de unos jueces mas

perversos que sus ministros y criados. Á fin de dar alguna apariencia de orden, comenzaron la sesion por revisar la sentencia de muerte que habian dado contra el Señor en la noche anterior. La causa de esta sentencia era haber confesado el Señor que era Hijo de Dios. Esta confesion, despues del cumplimiento de tantas profecías y de tantos milagros hechos en prueba de esta verdad, no podia mirarse como blasfema, sino por hombres rebeldes á la verdad; y así por mas seguridad que afectasen los jueces del concilio, nunca podia dejar de parecerles dudosa esta sentencia; pero su revision era muy conveniente para extraviar al pueblo y muy á propósito para engañarle. Por otra parte el Señor estaba muy léjos de querer defenderse, y sus enemigos no necesitaban mas para su triunfo. Los encargados de revisarla, preguntaron luego al Señor sin otro preámbulo: Si tú eres Cristo, dinoslo claro.

El Señor responde lo mismo y la sentencia se confirma.

Si os lo dijere, les respondió el Señor no me creeréis, y si os preguntare, no me responderéis, ni me soltaréis. Mas el Hijo del hombre se sentará luego á la diestra del poder de Dios. Esta respuesta era en sustancia la misma que habia dado pocas horas antes, y que habia sido tan cruelmente castigada por toda una noche; pero en este momento ya no se trataba sino de confirmar la sentencia de muerte que se habia pronunciado. Disimularon todo el enfado que pudo causarles la respuesta del Señor, y solo se aplicaron á valerse de ella para su intento. Luego tú eres Hijo de Dios, le dijeron: Bien previó el Señor las consecuencias de la nueva confesion que iba á hacer; pero no las temió. Vosotros decís bien, les respondió, que yo soy el Hijo de Dios. Aquí todos los jueces clamaron: ¿Para qué necesitamos mas testimonios? Nos-

otros mismos hemos oido de su boca (la confirmacion de sus blasfemias).

Llevan al Señor al palacio del presidente Pilatos, y viéndolo Judas se desespera y ahorca.

Entonces la guardia de los soldados tomó á Jesus y lo llevó de la sala del concilio al pretorio de Poncio Pilatos, presidente de la Judea. Iba en tropel rodeando al Señor la turba de sus enemigos y llenándole de insultos. Viendo Judas que Jesus iba á ser condenado á muerte, llevado de un cruel pesar, volvió á los principes de los sacerdotes y á los ancianos los treinta monedas de plata (en que le habia vendido), diciendo: He pecado, entregando la sangre de un Justo. Judas conoció la enormidad de su pecado, pero no conoció que el mayor de todos los pecados á los ojos de un Dios que muere por la salvacion de todos los hombres, no era haberle sido traidor, sino desconfiar de su misericordia y no hacer penitencia. Los principes y los ancianos, que se hallaban en el templo, no quisieron recibir este dinero, y respondieron á Judas con aquella frescura ó indiferencia con que los perversos miran á los malvados, cuando estos son ya inútiles al cumplimiento de sus designios. ¡Y qué nos importa á nosotros, le dijeron, que tú hayas ó no pecado! Allá tú te entiendas.

Entonces, arrojando Judas los treinta dineros en el templo, salió de él desesperado y se ahorcó. Un pesar tan amargo y profundo le hubiera podido salvar, si hubiese sido sostenido por la esperanza y confianza en Dios; pues no hay pecador á quien el pesar de su culpa y la esperanza del perdón no hagan volver al seno amoroso del Señor. Judas, aunque mas culpado que Pedro, solo con haber esperado y llorado amargamente como él, nos hubiera dado el consuelo de bendecir todos los dias las misericordias del Señor sobre tan desventurado

apóstol; pero Judas desesperó, se colgó y derramó sobre la tierra todas sus entrañas. ¡ Muerte horrible! que no tiene semejante en la historia del mundo, si se consideran todas sus circunstancias.

Compran con el dinero en que fué vendido el Señor un campo para sepultura de peregrinos.

Los príncipes de los sacerdotes, habiendo tomado el dinero que arrojó Judas en el templo, dijeron: No es lícito poner este dinero en el corbona (en el tesoro) porque es precio de sangre. Los sacerdotes, escribas y fariseos, hipócritas como siempre, después de haberse traido un camello, hicieron escrúpulo de pasar un mosquito; esto es, después de haber comprado con aquel dinero la sangre del Justo, no se atrevieron á ponerlo entre el dinero del templo. Tuvieron un consejo para determinar este punto, y resolvieron que se comprase con ello el campo de un alfarero para sepultura de los peregrinos, al que llamaron *Hacéldama*, esto es, Campo de sangre; y así se llamaba cuando escribió san Mateo su Evangelio. Entonces se cumplió lo que habia sido anunciado por el profeta Jeremías, que dijo: Y tomaron las treinta monedas de plata, precio en que fué apreciado el que apreciaron los hijos de Israel; y los destinaron para comprar el campo del alfarero, como me lo dió á entender el Señor.

Van el concilio y la multitud á acusar al Señor delante de Pilatos.

Tenia el presidente Pilatos su tribunal en Jerusalem, á él acudieron los Judíos para la conclusion de este negocio, que querian finalizar en el dia y antes que mediase la tarde. Era Pilatos un hombre naturalmente

recto, pero tímido. Las disputas de los Judíos entre sí le importaban poco, cuando el interés de sus amos no tenia parte en ellas. Sabía los movimientos que hacian los escribas y fariseos y los sacerdotes y doctores de la ley en punto á un hombre que llamaban Jesus, pero miraba estas inquietudes como excitadas por la envidia y adelantadas con exceso bajo el pretexto de religion. No temia malas consecuencias por lo que miraba al Estado, y esperaba tranquilo que viniese á su poder el proceso para hacer entrar los ánimos en su deber. Mas no era esto lo que pretendia el pontífice y los miembros del concilio. Ellos iban con el Señor y muy resueltos á no perderle de vista hasta que se verificase su muerte. Una multitud de Judíos, congregados en Jerusalem para celebrar la fiesta de la Pascua, iban en tumulto á apoyar la demanda de sus jefes, y dispuestos á un alboroto, si era necesario. Los discípulos del Señor no se atrevieron á parecer, y sus apasionados se escondian atemorizados. Las medidas estaban tan bien tomadas, que el suceso no parecia dudoso. No obstante, mas de una vez estuvo para dar en tierra por los esfuerzos de la rectitud natural, y los sentimientos de humanidad de un gentil.

Pilatos se inclina á favor del Señor.

Era muy de mañana cuando los enemigos del Señor llegaron al palacio de Pilatos con su divina Víctima. Este palacio tenia delante de sí una plaza, en la que se presentaron los individuos del concilio y la multitud que les seguia. El Señor fué conducido por la guardia á la sala de la audiencia; pero sus acusadores se excusaron de entrar en ella, porque tenian que comer la Pascua, y se contaminarian si entrasen en la habitacion de un incircunciso. Tenia el palacio un balcón ó galeria cubierta, que por una parte dominaba la plaza, y por otra

se comunicaba con las habitaciones interiores. Desde esta galería ó balcón habia de oír Pilatos las acusaciones de los Judíos, que se mantenian en la plaza, y entrar despues al pretorio ó audiencia para oír las defensas de Jesus é instruirse de este modo de las razones de los acusadores y del acusado. Todas las presunciones del presidente estaban á favor de Jesus, y así no le molestó con interrogatorio.

Confiesan los Judíos que no tienen autoridad para quitar la vida y por consiguiente que no tienen ya rey.

Salió luego al balcón, y dirigiendo sus palabras á los magistrados, ancianos, escribas, fariseos, principes de los sacerdotes y doctores de la ley (pues todos se hallaban allí acusando al Señor juntamente con el pueblo), les preguntó : ¿Qué acusacion traéis contra este hombre ? Si no fuese malhechor, contestaron con alizez, no le hubiéramos entregado. Pues bien, les dijo Pilatos; si estais seguros de que es un malhechor, tomadle y juzgadle vosotros, segun vuestra ley. No, dijeron al momento, á nosotros no es permitido matar á ninguno (porque habia salido ya el cetro de la casa de Judá y era el tiempo del Mesias, segun la profecia de Jacob). Jesucristo habia dicho muchas veces que moriria en la cruz, pero este género de muerte no se permitia en el pueblo de Israel, y por ese añadia siempre el Señor, que su pueblo le entregaria á los gentiles para que le crucificasen. Este oráculo se comenzaba á cumplir en el palacio de Pilatos. Los Judíos querian que muriese Jesucristo, pero que le condenase á muerte Pilatos, y al ver que este se desentendia de sentenciarle, entraron en un género de tumulto. Los principales acusaban al Señor sobre muchas cosas, pero conociendo que todas ellas eran despreciables, se fijaron en dos que les parecieron capitales, y á propósito para salir con el triunfo, y no se en-

ganaron. Nosotros, gritaron, hemos hallado á este hombre pervirtiendo á nuestra gente, prohibiendo dar *tributo al César*, y diciendo : que es *el Cristo rey*. Pilatos no se dejó engañar por estas acusaciones. No obstante, como eran de tanta gravedad, y se hacian por hombres de carácter, y sobre todo como se trataba de la autoridad del César, no pudo desentenderse de ellas.

Se ve precisado Pilatos á preguntar á Jesucristo.

Deja Pilatos á los sacerdotes y principes del pueblo, vuelve á entrar en el pretorio, y llamando á Jesus aparte : ¿Tú eres, le preguntó, el Rey de los Judíos? Y el Señor le respondió : Tú lo dices; ¿pero preguntas esto de ti mismo, ó te lo han dicho otros de mí? ¡Pues qué! dijo Pilatos; ¿soy yo Judío? Tu gente y pontífices te han puesto en mis manos : ¿qué has hecho? (He dicho que soy Rey); pero mi reino no es de este mundo; si fuese de este mundo, mis ministros pelearian para que no fuese entregado á los Judíos; pero mi reino no es de aquí. ¿Luego tú eres rey? dijo Pilatos. Tú dices, respondió el Señor, que yo soy rey. Yo para esto he venido al mundo (mas no para reinar sobre los cuerpos, ni disputar á los reyes sus coronas y cetros, sino para reinar sobre las almas), y darlas testimonio de la verdad, porque todo aquel que viene de la verdad, oye mi voz.

¿Qué es verdad? preguntó aquí Pilatos, y sin esperar, por su desgracia, una respuesta que, como del Hijo de Dios, habria llevado adelante la obra de su salvacion, tan manifiestamente principiada, volvió á presentarse á los principes de los sacerdotes y á las turbas, diciendo : Yo ningun delito hallo en este hombre. Entonces levantaron mas el grito y clamaban, diciendo : Tiene alborotado el pueblo. Pilatos hizo callar al tumulto, y cuando se hubo restablecido el sosiego, dijo á Jesucristo : ¿No oyes cuantos testimonios dicen contra ti? Pero el Señor

guardaba un profundo silencio (como el cordero que, en expresion del profeta permanece mudo entre las manos del que le esquila) y no le respondió palabra alguna, hasta admirarse de ello el presidente en gran manera. Bien hubiera querido Pilatos encontrar el secreto de enviar absuelto á Jesus. Por lo menos él buscaba medios para no tomar sobre sí el sacrificio de un inocente. Conocieron los Judíos la intencion del presidente; vieron su irresolucion y timidez, y creyeron que un poco mas de resistencia y ruido acabaria de vencerle á su favor. Si se contemporiza con los revoltosos y se miran contemplados, luego se determinan á llevar adelante sus alborotos.

Pilatos envía á Jesucristo á Herodes.

Vos no sabeis, dijeron al gobernador, quién es ese hombre. Él principió á sembrar sus máximas sediciosas en la Galilea y ha venido derramándolas por toda la Judea, hasta tener el atrevimiento de publicarlas en la capital. Cuando Pilatos oyó hablar de la Galilea, creyó que se le habia presentado un arbitrio para salir de su apuro. Luego preguntó si Jesus era Galileo. Es, le dijeron, natural de Nazareth, ciudad de la Galilea. (En esta ciudad habia pasado Jesucristo casi toda su vida, y de ella eran su Madre, la santísima Virgen, y san José, su padre putativo; y por eso los Judíos le tenían por natural de Nazareth, aunque en realidad lo era de Belén, donde habia nacido.) Sabido por Pilatos que Jesucristo pertenecía á la jurisdiccion de Herodes, gobernador de la Galilea, y que este se hallaba á la sazón en Jerusalem, le remitió escoltado y atado, como estaba, á su palacio, adonde le siguieron sus acusadores.

Noticia de Herodes y de su carácter.

Herodes, llamado Antipas, era hijo de Herodes el Grande (de aquel Herodes que mandó degollar los inocentes, y de quien tanto hemos hablado en esta historia) y de Cleopatra, natural de Jerusalem. Antipas fué nombrado tetrarca de la Galilea por Augusto, fué el mismo que quitó á su hermano Filipo á su mujer, la escandalosa Herodías, madre de la bailarina Salomé, y tambien el que hizo decapitar al Bautista. No habia mudado Antipas de carácter, despues que sacrificó al Precursor á la satisfaccion de sus placeres. Su natural era voluptuoso y por su parte procuraba satisfacer todos sus deseos y antojos.

Su contento cuando le presentaron al Señor.

Fué grande el contento que tuvo cuando le presentaron al Señor y le dijeron: que Pilatos ponía en sus manos, como en las de su juez natural, aquel Galileo, á quien los Judíos habian llevado á su tribunal fuera de propósito. Habia mucho tiempo que deseaba Herodes ver al Señor, porque habia oido de Él muchas cosas, y esperaba que hiciese algun prodigio en su presencia. Estaba la multitud, y particularmente los príncipes de los sacerdotes y los escribas, acusando al Señor sin cesar delante de Herodes, mas este no hizo caso de sus clamores, y fijó toda su atencion en el Señor, porque esperaba verle obrar algun milagro. Para conseguirlo le hizo desde luego muchas preguntas; pero el Señor nada respondia. Vió Herodes que estaba muy léjos de conseguir un milagro de quien ni aun conseguía una respuesta, y picado de este silencio, que miró como un desprecio, le insultó con toda su cohorte, le escarneció

y trató de fátuo, mandando que le vistiesen de una ropa blanca y le volviesen á Pilatos.

Vuelve Herodes á enviar á Jesucristo á Pilatos y se hacen amigos.

Herodes y Pilatos, que eran antes enemigos, se hicieron amigos con este motivo, y fué el fruto que cogió Pilatos de una determinacion que tomó con tanto gusto, contando con que le libraria de un negocio tan arduo. No obstante procuró sacar alguna ventaja de la conducta de Herodes para apagar el furor de los enemigos de Jesucristo. Habian vuelto estos con su Majestad del palacio de Herodes al de Pilatos y con el mismo alboroto que habian ido; y se volvieron á fijar en la plaza delante del palacio. El Señor fué conducido por la guardia á la sala del pretorio, donde habia estado antes, y Pilatos volvió á presentarle á los magistrados, á los principes de los sacerdotes, y á la plebe, diciendo: Vosotros me entregásteis este hombre, como pervertidor del pueblo, y ved que habiéndole yo examinado delante de vosotros, ninguna causa he hallado en Él, de las en que le acusais; y lo que es mas, que ni Herodes, que como Judío sabe mejor vuestras leyes y á quien os remití con Él, ha hallado cosa alguna digna de muerte. Todos los medios que hasta aquí habia tomado Pilatos para librar á Jesucristo le habian salido fallidos; pero se acercaba uno en el que confiaba mucho y con mucha razon.

Propone Pilatos á Jesus y á Barrabás para que elija el pueblo.

Desde los primeros años de la sujecion de los Judíos á los Romanos habian conseguido aquellos de los emperadores que en memoria de su libertad de la esclavitud

de Egipto, los gobernadores, que pusiesen en la Judea, diesen libertad por la Pascua á uno de los presos condenados á muerte, y que fuese el que ellos quisiesen. Sabía Pilatos que los sumos sacerdotes y los principales de la nacion, le habian entregado á Jesucristo por envidia, y no esperaba que estas clases retrocediesen y se diesen á partido. Por eso se dirigió otra vez al pueblo, contando con que hallaria en él la buena disposicion que deseaba; pero le engañó su esperanza. El pueblo estaba corrompido y ganado por los autores de la persecucion. Reunida la multitud delante del balcon de Pilatos, principió á pedir que se la soltase un reo de muerte, como se hacia siempre en la vispera de la Pascua. Habia uno muy perverso, llamado Barrabás, que estaba preso con otros sediciosos por haber cometido un homicidio en un alboroto. Pilatos eligió á este para que escogiesen entre él y Jesucristo, contando tanto mas segura la libertad de Jesus, cuanto era Barrabás mas detestable.

Aviso que da á Pilatos su mujer.

Cuando Pilatos estaba ya sentado en su tribunal para sentenciar esta ruidosa causa, tuvo que retirarse para oír á un enviado de su mujer, por quien le decia: Nada tengas tú con este Justo, porque he padecido hoy muchas cosas en vision por causa de Él. No puso á Pilatos en mucho cuidado este aviso por cuanto estaba tomando las mas eficaces medidas para dejar ir libre á ese mismo Justo.

El pueblo pide á Barrabás.

Despachado este enviado, volvió á sentarse en su tribunal, y teniendo á su lado á Jesus, y á su vista aquel pueblo alborotado que le esperaba, ¿á quién, preguntó, querais que os deje libre? ¿á Barrabás ó á Jesus, que

se dice Cristo? Parecia no haber duda en la respuesta; pero en los momentos que habia estado ausente Pilatos, con motivo del aviso de su mujer, los príncipes de los sacerdotes y los ancianos se habian derramado por entre la multitud y persuadido á todos que en ningun caso dejasen de pedir la muerte de Jesus, y la libertad del que Pilatos propusiese para elegir, cualquiera que fuese; y así respondieron todos á una voz: Suelta á Barrabás, deja libre á Barrabás. ¡Qué confusion para Jesucristo, que estaba presente, ver que posponian su santidad é inocencia á un hombre tan perverso como Barrabás! ¿Pues que haré, les dijo Pilatos, de Jesus que se llama Cristo? Que sea crucificado, respondieron todos. ¿Qué mal ha hecho? volvió á preguntarles Pilatos; pero ellos gritaban: Que sea crucificado. Insistiendo Pilatos en soltar á Jesus, les habló segunda vez; mas ellos volvieron á dar voces, diciendo: Crucificalo, crucificalo. Por tercera vez les dijo Pilatos: ¿Qué mal ha hecho este? Yo ninguna causa de muerte hallo en él. Le castigaré, pues, y le soltaré. Pero ellos insistian, pidiendo á grandes voces, que fuese crucificado, y prevalecian sus voces.

Se lava Pilatos las manos para significar su inocencia.

Viendo Pilatos que nada adelantaba sino que crecia cada vez mas el alboroto, tomando agua, se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este Justo. Allá os lo veréis vosotros. Y respondió todo el pueblo: Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos. ¡Espantosa imprecacion, que tuvo, tiene y tendrá el mas terrible cumplimiento! Entonces Pilatos determinó que se hiciese lo que pedian, y soltó á Barrabás, dejando preso al Señor para que fuese crucificado, si no podia aun librarle.

Manda azotar al Señor.

Ordenaban las leyes romanas que los que hubiesen de morir crucificados fuesen primero azotados. De este medio quiso valerse la humanidad y compasion de Pilatos, como de último esfuerzo para librar al Señor; pero le hizo de un modo que su humanidad vino á ser la inhumanidad mas cruel, y su compasion para con el Señor el mas terrible de sus tormentos. Quiso enternecer las entrañas de sus enemigos y librarle por este camino de la muerte; mas eran de pedernal ó de aquella clase de piedras que, segun dicen, se endurecen mas banándolas en sangre. Mandó á su guardia que llevase al Señor al atrio para azotarle; pero preveniéndola: que no le azotase como á los reos comunes, sino con tanto rigor que su vista no pudiese dejar de enternecer los corazones mas duros: que solamente cuidase de no quitarle la vida; y que le volviese á su presencia. Aun esperaba Pilatos sacar algun partido de esta crueldad. Jesucristo sabia muy bien cuál habia de ser el suceso; sin embargo se sometió á ella en silencio, no para aplacar el furor de sus enemigos, sino para dar cumplimiento á las profecias, y satisfacer por nuestros pecados las venganzas del Cielo en su carne bendita. ¡Tan cruel fué el tormento de los azotes que no se puede escribir sino suspirando, ni leer sino derramando lágrimas!

Es atado el Señor á una columna y azotado cruelmente. [®]

Entonces los soldados de la guardia de Pilatos tomando Jesus, le bajan al atrio, y formando en su rededor toda la cohorte ó batallon, le desnudan de sus vestidos, dejan expuesto brutalmente á sus miradas insolentes el hermosísimo cuerpo del Hijo de la Virgen, le atan apretadamente á una columna, descargan una lluvia de azo-

tes sobre sus delicadísimas carnes, las muelen, las rasgan, las despedazan, y chorrea la sangre por todas partes. Sufre el Señor y no dice una palabra, ni exhala un suspiro. Y en todo el discurso de su Pasion es su silencio un prodigio incomprensible, ¡qué dirémos del que guarda atado á la columna!!!

Es tratado de rey de burlas.

Sabian los soldados, aunque paganos, que el Señor se llamaba Rey de los Judíos, y quisieron hacer de su Majestad un rey de burlas, añadiendo á los tormentos la confusion y la ignominia. Cubrieron su ensangrentado cuerpo con un manto viejo de púrpura; pusieron una corona de espinas sobre su soberana cabeza, y la apretaron hasta clavarlas hondamente en ella; tomaron una caña, y se la pusieron por cetro en su mano derecha, y doblando la rodilla, le escarnecian, diciendo: Dios te guarde, Rey de los Judíos; le escupian en la cara, le abofeteaban, y tomando la caña, le daban con ella en la cabeza. En medio de tantos tormentos y burlas, Jesus es el espejo en que se miran los ángeles, y el objeto de las complacencias de Dios; ¡y qué deberá ser para un cristiano por cuya salvacion nada en sangre!!!

**Es presentado en el balcon de Pilatos, quien dice:
Ecce Homo.**

Harto de oprobios el Señor, segun la expresion del profeta, hecho un varon de dolores, y cubierto de sangre desde la planta del pié hasta lo mas alto de la cabeza, fué vuelto al pretorio, y Pilatos salió otra vez al balcon, y dijo á la multitud, que esperaba para pedir de nuevo su muerte: Os le voy á sacar fuera para que conozcaís que no hallo en Él causa alguna para condenarle á

muerte; y luego sacó á Jesus con la corona de espinas sobre su divina cabeza, la caña por cetro en su mano, la púrpura rasgada sobre su cuerpo dando lugar á que se viesen por sus roturas las llagas y la sangre que le cubria. En su divino semblante, afeado con las bofetadas que habia recibido, se dejaba ver la humildad mas profunda, el dolor mas sufrido y la compostura mas amable. Pilatos presenta este lastimoso espectáculo á aquel pueblo amotinado, y le dice: Ved aquí el Hombre; que fué como decirle en estas breves y enfáticas palabras: Ved aquí el Hombre que vosotros acusais de que quiere hacerse rey. Juzgad, si este Hombre, en el estado en que se halla, puede dar que temer ni á Judíos ni á Romanos. El designio de Pilatos, presentando á Jesus en un estado tan lastimoso, que podía mover á compasion á las mismas fieras, era ablandar sus corazones y poder soltar al Señor, en quien no hallaba delito. El espectáculo era en extremo tierno y lastimoso, y el pueblo acaso se habria compadecido; pero los que le gobernaban, eran una casta de víboras, como habia dicho el Bautista.

Dan voces los pontifices y ministros, diciendo: Crucificalo.

Quando los pontifices y los ministros vieron al Señor, daban voces, diciendo: Crucificalo, crucificalo; pero les dijo Pilatos: Tomadle allá vosotros y crucificalo, porque yo no hallo en Él causa alguna. Nosotros tenemos ley, respondieron, y segun nuestra ley debe morir; porque se ha hecho Hijo de Dios. Quando oyó Pilatos estas palabras, temió mas. Ningun cuidado le habia puesto el pretendido delito que atribuian al Señor de querer rebelarse contra la autoridad del César; mas al oír ahora el nombre de *Hijo de Dios*, quedó sobrecogido. Todo le pareció ya tan grande y respetable en aquel preso, que temió atraer sobre su cabeza toda la ira del Cielo

si le condenaba. Volvió á entrar en el pretorio, llevando consigo al Señor, y le preguntó, como en secreto, ¿de dónde eres tú? Pero el Señor no le respondió. ¿Á mí no me hablas? le dijo entonces Pilatos. ¿No sabes que tengo potestad para crucificarte, y poder para soltarte? No tendrías poder alguno sobre mí, le dijo el Señor, si no te hubiese sido dado de arriba. Por eso quien á ti me ha entregado, mayor pecado tiene que tú. Que fué decirle: Es verdad que tienes poder para quitarme la vida, mas este poder le tienes de Dios, á El serás responsable si me condenas injustamente. Los Judíos son mas culpables que tú, porque me han entregado por un movimiento de envidia y de odio; pero tú no dejas de serlo por consentir en mi condenacion.

Pilatos sentencia á Jesucristo á muerte de cruz.

Desde entonces procuraba Pilatos con mayor empeño soltar al Señor; mas los Judíos gritaban, diciendo: Si sueltas á este, no eres amigo del César, porque todo aquel que se hace rey, contradice al César. Cuando Pilatos oyó estas palabras, sacó fuera al Señor y se sentó en su tribunal, colocado en un lugar elevado, que en griego se llamaba *Litóstrotos* y en hebreo *Gábatá*, y dijo á los Judíos: Hé aquí á vuestro Rey. Mas ellos gritaban: Quitá, quitá, crucifícale. ¿Crucificaré á vuestro Rey? les dijo Pilatos; y respondieron los pontífices: Nosotros no tenemos otro rey sino el César. Aquí tembló Pilatos y se rindió cobardemente, sentenciando al Señor á muerte de cruz. No hay que maravillarnos. Para llegar á cometer las mayores injusticias, no es necesario que sea un juez perverso, basta que sea cobarde. Esto se verificó en Pilatos. Él creía que Jesus era un inocente calumniado, y con todo eso, su cobardía le condena. Él gemía y queria librarle, y no obstante le entrega á unos hombres furiosos, que, despues de

haber corrompido al pueblo y acobardado á su juez, no pensaban sino en consumir la obra de su iniquidad. Pilatos, al fin, entregó á Jesucristo á la voluntad de sus enemigos para que fuese crucificado.

El tiempo se adelantaba, y si se dilataba la ejecucion de la inicua sentencia algunas horas, seria necesario detenerla ocho dias por causa de la Pascua, con riesgo de experimentar en este tiempo alguna enfadosa mudanza. Ya se contaban las nueve de la mañana, y el cordero pascual debia sacrificarse á las tres de la tarde; es decir: que solo faltaban seis horas para principiar la festividad de la Pascua, y en estas seis horas era necesario que el Señor fuese crucificado, que espirase en la cruz, que se quitase de ella su cuerpo, que fuese enterrado y que desapareciesen todas las señales de su suplicio para celebrar la Pascua; ó por mejor decir: era necesario, que se verificasen las profecias; que el Cordero de Dios juntase su último suspiro con el último aliento del cordero pascual; que la voluntad del Padre fuese cumplida enteramente; que la obediencia del Hijo fuese probada hasta la muerte, y muerte de cruz; y que la religion cristiana, anunciada por tantos siglos, naciese de la sangre de su divino Autor.

Camina Jesucristo al Calvario cargado con ella.

Apenas hubo pronunciado Pilatos la sentencia de que el Señor fuese entregado para crucificarle, la multitud reunida delante de su balcon, y principalmente los escribas y fariseos, corrieron á las puertas del palacio para recibir su víctima con insultos, y acompañarla con burlas hasta que muriese en la cruz. Bajaba Jesucristo del pretorio cubierto todavía con aquella capa vieja y rasgada con que le habian adornado para burlar su reinado. Los soldados de la guardia, que habian de ejecutar la sentencia, se apoderan aquí del Señor; le arrancan

sin piedad aquel ropaje de escarnio, que con la sangre se habia pegado fuertemente á un cuerpo desollado, y arrancan con él pedazos de sus carnes despedazadas. ¡Qué dolor, Dios mio!!! ¡Qué tormento!!! Vuelven á ponerle sus propios vestidos; cargan sobre sus delicados y lastimados hombros una enorme cruz (cuyo árbol, segun la tradicion de nuestros mayores, era de cinco varas, y de tres los brazos) en la que habia de ser crucificado; y con este desmedido peso hacen que tome el camino del monte Calvario ó *Gólgota*, que quiere decir calavera.

San Atanasio, san Ambrosio, san Basilio y otros muchos santos Padres son de sentir, apoyados en una antigua tradicion, que se llamó así por haberse encontrado en él la calavera de Adan, enterrado allí por disposicion particular del Señor, y que el segundo Adan eligió para sufrir la muerte, y rescatar á todo el género humano, aquel mismo lugar donde reposaba el primero, que habia esclavizado con su pecado á todo el género humano.

Pasa con ella por medio de Jerusalem.

Para ir al monte Calvario era preciso atravesar toda la ciudad, y despues de pasar un pequeño valle, subir á su cima. Aun habia de servir el Señor de espectáculo á los habitantes de la infiel Jerusalem. Ellos le habian visto enseñar al pueblo, dar vista á los ciegos de nacimiento, curar los paralíticos de treinta y ocho años, resucitar los muertos de cuatro días... ellos le habian visto entrar, como en triunfo, en la ciudad y ejercer la autoridad de Mesías en el templo, y le acababan de ver aprisionado, conducido á las casas de Anás, Caifás, Herodes y Pilatos... ya no les faltaba sino verle llevar la cruz á cuestras y caminar al Calvario; y tambien tienen ahora esa satisfaccion. Pasó el Señor por medio de Jerusalem

cargado con su enorme cruz y caminando al lugar de su sacrificio.

Cae con ella la primera vez.

Los malos tratamientos que habia recibido durante la noche, y sobre todo la lluvia de azotes en que acababa de derramar tanta sangre, habian reducido su delicado cuerpo á tal flaqueza, que á pocos pasos que dió cargado con ella cayó bajo de su peso. Sin embargo de las pocas fuerzas con que se hallaba este verdadero Isaac para llegar al monte, y subir á su cima, aun continuó llevando el pesado leño.

Sale al encuentro del Señor su santísima Madre.

Á poco de su caída, y cuando llegaba al medio de la ciudad, la santísima Virgen, acompañada de san Juan y de mujeres piadosas, viene al encuentro de su acongojado Hijo. ¡Qué encuentro, Dios mio! ¡Quién podrá ponderar la acerbidad del dolor de la Madre y del Hijo! ¡Quién podrá pensar en un encuentro tan lastimoso sin que se ahogue su corazon y corran de sus ojos dos fuentes de lágrimas! ¡El mas hermoso de los hijos de los hombres, cubierto de llagas y sangre, gimiendo con el peso de una cruz, padeciendo los mas vivos dolores y caminando á la muerte! Y la mas bendita de todas las mujeres, la mas tierna de todas las madres, viendo padecer á su querido Hijo sin poder aliviarle! ¡Qué paso, Dios mio! ¡Las entrañas aquí se estremecen y el corazon no cabe en el pecho!

Limpia la Verónica su sacratísimo rostro.

Poco despues de este dolorosísimo encuentro, y antes

de salir de la ciudad, se acercó al Señor una piadosa mujer, que se ha llamado *Verónica*, y limpió el sudor y la sangre de su divino rostro, sacando en premio de su piedad, la imágen de su divino semblante impresa en el lienzo con que se limpiaba. Se cree que esta piadosa Israelita fué la Hemorroisa que, tocando la orla del manto del Señor cuando iba á resucitar á la hija de Jairo, quedó sana de su flujo de sangre.

Cae la segunda vez y Simon Cireneo le ayuda á llevarla.

Habia caminado el Señor, cargado con la cruz, hasta la salida de la ciudad; pero cayó aquí segunda vez. Viendo los enemigos por tierra al Señor, temieron que espirase antes de llegar al Calvario, y se viesen privados del placer de verle morir crucificado. Entonces detuvieron á un paisano llamado Simon, padre de Alejandro y Rufo, que venía de su casa de campo y pasaba por la puerta de la ciudad, donde habia caído el Señor, y le obligaron á llevar la cruz desde allí hasta el Calvario, caminando detrás del Señor, como sienten unos, ó llevándola juntamente con el Señor, como creen otros; fundados en las diversas expresiones de los Evangelistas. Lo que no tiene duda es, que el Señor llevó solo la cruz hasta que obligaron á llevarla á este Simon, llamado Cireneo porque era natural de Cirene, ciudad de la Libia.

Dicha del Cireneo.

¡Qué dicha la de Simon ser escogido por Dios para ayudar á llevar de cruz á su santísimo Hijo! ¡Quién habrá de los cristianos que no envidie su dicha! ¡Ni quién que, durante su vida, no tenga en sus trabajos ocasiones continuas de imitar al Cireneo, llevando en ellos la cruz de su Redentor! ¡Pluguiese al Cielo que las

aprovecháramos para ser tan felices como el Cireneo! Tan precioso pareció al Evangelista san Márκος el ministerio de ayudar á llevar la cruz al Señor, que no solo hizo mencion del nombre y patria de este dichoso paisano, sino que tambien la hizo de sus hijos, para que la memoria de esta venturosa familia pasase con el Evangelio á los siglos venideros y se conservase siempre en la veneracion de los cristianos.

Habla el Señor á las hijas de Jerusalem.

Con la ayuda del Cireneo se halló el Señor en estado de continuar su doloroso camino hasta el Calvario. Era seguido su Majestad de una multitud innumerable de todas clases, siendo los principales que la componian los escribas, fariseos, ancianos y príncipes de los sacerdotes y del pueblo, que iban á la cabeza de la turba y no querian perder de vista al Señor hasta concluir su funesta victoria. Aunque el mayor número de esta multitud seducida, eran enemigos del Señor, le seguia no obstante, separadamente y á cierta distancia, un número de almas fieles, que penetradas de dolor, lloraban la muerte de un Justo, tan digno de su compasion y su amor. Se componia este número en la mayor parte de piadosas Israelitas que, como mujeres, tenían menos las venganzas de la sinagoga. El Señor, que habia rehusado responder á las potestades de la tierra, se volvió benignamente á estas almas compasivas y las dijo: Hijas de Jerusalem, no queráis llorar por mí, sino por vosotras mismas y por vuestros hijos; porque vendrán dias (los de la ruina de Jerusalem) en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, los pechos que no dieron de mamar. Entonces comenzarán á decir á los montes: Caed sobre nosotros; y á los collados, cubridnos; porque si en el árbol verde hacen esto, en el seco ¿qué se hará? Si el Padre eterno permite que se haga

esto con su santísimo Hijo, solo porque ha salido fiador del pecador, con el pecador ¿qué hará?

Caer el Señor con la cruz tercera vez.

De esta manera, olvidándose el Señor de sí mismo, avisaba á estas almas fieles para que viviesen prevenidas, y caminaba al Calvario para morir por todo el mundo en la cruz; pero al llegar á la falda de aquel pavoroso monte, volvió á caer con la cruz, á pesar de ayudarle á llevarla el Cireneo. ¡Tanta era ya su debilidad y falta de fuerzas! Subió por último al monte, ayudado del Cireneo. Tenían ya allí los enemigos del Señor prevenidos dos ladrones famosos que, para aumentar su ignominia, habian de ser crucificados con Él.

Es clavado en ella.

Llegó el Señor á la cima del monte, agotado de fuerzas, pero preparado á consagrar á su eterno Padre la sangre que le quedaba y á ofrecerla hasta por los mismos que iban á continuar derramándola. Vino, en fin, el momento mas doloroso. Los soldados desnudan al Señor de sus vestidos, abriendo por tercera vez todas sus llagas y llevando pedazos de su benditísima carne pegados á las ropas. Brota de nuevo la sangre por todas sus heridas y corre por todo su santísimo cuerpo. En tan lastimoso estado tienden los soldados al Señor sobre la cruz; clavan en ella con gruesos clavos sus divinas manos y piés; salta en mas abundancia la sangre por los grandes agujeros que han abierto los clavos; levantan en alto la cruz, pendiente ya en ella el Señor, y la deja caer brutalmente en el hoyo en que iban á fijarla, haciendo retemblar con el golpe su santísimo cuerpo y abriendo mas y mas sus he-

ridas. Queda crucificado el Señor, y con Él crucifian los dos ladrones, uno á la diestra y otro á la siniestra.

Dan los soldados á beber al Señor vino mezclado con mirra y con hiel.

Se acostumbraba dar á los que iban á morir ajusticiados vino mezclado con mirra, para adormecer algun tanto sus padecimientos. Los soldados lo ofrecieron al Señor mezclado no solo con mirra, sino tambien con hiel; y el Señor lo gustó para sentir el amargor de la mirra y la hiel; pero no quiso beberlo, para no experimentar el alivio que podria recibir con el adormecimiento que causa, porque destinaba sus dolores á pagar por el pecador.

Ruega el Señor por sus enemigos.

Era la hora de tercia cuando crucificaron al Señor, y ya llevaba algun tiempo en la cruz, sin que hubiese hablado una sola palabra, hasta que aquel corazon todo de amor para los hombres, en vez de quejarse á su eterno Padre de los que le atormentaban de un modo tan cruel, se hizo su intercesor, diciendo: Perdónalos, Padre mio, porque no saben lo que hacen. ¡Oracion adorable, y modelo de todas las que se hacen por los enemigos! ¡Oracion poderosa que mereció para los que le quitaban la vida gracias saludables, de que algunos se valieron, y de que todos debieron valerse para su conversion, pues no fué precisamente su deicidio quien les perdió, sino su obstinacion! ¡Oracion capaz de abrir los ojos de los mas ciegos; y á la que permaneció insensible la endurecida sinagoga!

El Señor en la cruz.

Sobre el altar de la cruz, Jesus, adorado de los ángeles, desconocido de los hombres y hecho la víctima del mundo, cumple las profecías, obedece á Dios y salva á los hombres; pero ¡con cuántos tormentos! Todo lo que le rodea, aumenta sus penas. Á alguna distancia de la cruz ve al pueblo que le está mirando y escarneciendo, y á los príncipes de los sacerdotes, los ancianos, los escribas y los fariseos que le animan con sus palabras y ejemplo. Un poco mas distante alcanza á ver una tropa tímida de personas alligadas, entre las cuales descubre á sus apóstoles y fieles discípulos, llenos de turbacion, ahogados de pena y dejando caer en abundancia sus lágrimas á impulsos del sentimiento. Al pié de la cruz ve á su santísima Madre en pié, recibiendo sobre su bendita cabeza la sangre que cae de su santísimo cuerpo, pero sin verter ni una sola lágrima, segun san Agustin, porque el exceso del dolor impide que las vierta. A su lado está el discípulo amado, compañero inseparable de la Madre querida de su adorado Maestro. Allí están llorando Maria, mujer de Cleofás, y Maria Magdalena, la mas fiel y la mas casta amante de las discípulas del Señor. Sobre su divina cabeza experimenta un cielo de bronce, que ni se mueve, ni se interesa en su defensa; y á sus piés unos soldados, que se reparten sus vestidos y sortean la túnica inconsútil que han tejido los dedos virginales de su querida Madre. ¡Mis amados cristianos! Quién puede sostener la vista de tan lastimoso espectáculo sin que vengan las lágrimas á ocultarle! ¡Quién puede contemplarle sin que le ahogue la pena y le acabe el sentimiento! ¡Ó mi querido Jesus! ¡Ó mi adorado Dueño! ¡Quién pudiera bajaros de la cruz, recibiros en sus brazos, mitigar vuestros dolores, suavizar vuestra amargura, y llevaros á los brazos de vuestra querida Madre, para que lavase vuestra sangre con sus virginales lágrimas, os limpiase con su toca, os

cubriese con su manto y os colocase y entregase al descanso aunque fuera en un pesebre! ¡Pero no hay alivio ni consuelo para vos, mi querido Jesus! Vuestro eterno Padre ha decretado que acabeis como un Varon de dolores; el presidente romano ha fijado su sentencia sobre vuestra cruz, declarando que sois Rey de los Judios; y los profetas han dicho que el Rey de los Judios ha de morir crucificado.

Título fijado en ella por orden de Pilatos.

Habia escrito Pilatos un título, y mandado que le pudiesen sobre la cruz. Estaba escrito en hebreo, griego y latino, para que todas estas naciones le entendiesen, y decia :

JESUS NAZARENO, REY DE LOS JUDIOS.

Leyeron este título muchos Judios, porque el lugar donde fué crucificado el Señor estaba cerca de la ciudad, y habian concurrido á él, como hemos dicho, una multitud de pueblo con los príncipes de los sacerdotes, los ancianos, los escribas y los fariseos. Estos se presentaron á Pilatos, diciendo : No escribas Rey de los Judios, sino que Él dijo, Rey soy de los Judios; y respondió Pilatos : *Lo escrito, escrito.* De este modo fijó Pilatos, sin conocerlo, esta verdad importante; á saber: que Jesus era Rey de los Judios, así como Caifás, sin conocerlo, habia anunciado otra, no menos importante; esto es, que convenia que muriese Jesueristo para que no se condenase todo el género humano. Tambien los soldados, sin conocerlo, anunciaron la unidad indivisible de la Iglesia, no dividiendo la túnica del Señor.

Furor de los Judíos contra Jesucristo por causa del título.

Jesucristo pagó bien caro el título de Rey de los Judíos, que le había dado Pilatos y que no quiso mudar por mas que se lo pidieron. Desde este momento el Señor, pendiente como estaba de la cruz, no oyó sino burlas amargas, injurias atroces y horrendas blasfemias. Ellos le miraban penar y verter sangre con una alegría feroz, propia de bárbaros, criados en las selvas; y en señal del horror que les causaba ver al Señor adornado con el título de Rey, y Rey de los Judíos, sacudían sus cabezas, y encogiéndole sus labios, presentaban sus dientes de una manera horrible; cumpliendo así lo que había dicho el profeta: Yo he sido hecho el oprobio de ellos. Viéronme, menearon sus cabezas y hablaron con sus labios. Después de estos primeros insultos, dirigiéndose al Señor, le decían: He, tú que destruyes el templo de Dios y le reedificas en tres dias, sálvate á tú mismo. Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz,; y hablando unos con otros, se decían: Salvó á otros; pues si es Cristo, el escogido de Dios, sálvese á sí mismo. Á otros salvó, decían los príncipes de los sacerdotes, los escribas y ancianos, burlándose del Señor; á otros salvó, y á sí mismo no se puede salvar. Si es Rey de Jsrael, baje ahora de la cruz, y creerémos en Él. Confío en Dios, pues libréle ahora si le ama; pues que dijo: Hijo soy de Dios. Diez siglos se habían cumplido desde que había dicho David: Esperó en el Señor, libréle y sálvele, pues que le ama. ¡Quién no creería que los enemigos del Señor habían copiado esta profecía de los escritos de David!

Le tratan los soldados como rey de burla.

Como los soldados oían dar al Señor por irrisión el nombre de Rey de los Judíos, y leían esto mismo escrito

en el rótulo de la cruz, le insultaban con su reinado, ofreciéndole vinagre con las ceremonias y demostraciones de respeto que los criados ofrecen á los reyes las copas de licores generosos, repitiendo al mismo tiempo: Si eres Rey de los Judíos, sálvate. Esto tambien le echaban en cara los dos ladrones que estaban crucificados á su diestra y siniestra.

Adorables juicios de Dios.

Estos dos hombres eran ambos ladrones, ambos igualmente castigados y ambos blasfemaban del Señor, pero... ¡ó profundidad de los juicios de Dios! El uno se convierte en la cruz, y el otro se endurece en ella. El uno bendice, y el otro blasfema; el uno escucha la voz de la gracia, reconoce al Señor, le adora, le pide perdon y defiende su inocencia; mientras que el otro á nada atiende, ni á los prodigios que obra, ni á la mudanza de su compañero, ni á los gritos de su conciencia. Cada vez se endurece mas y cada vez es mas blasfemo. Uno de los ladrones que estaban colgados, dice el Evangelista, blasfemaba del Señor, diciendo: Si tú eres Cristo, sálvate á tí mismo y á nosotros; mas el otro le reprendía: Ni tú temes á Dios, estando en el mismo suplicio; y en verdad que nosotros padecemos justamente, porque recibimos lo que merecen nuestros hechos; pero este ningún mal ha hecho; y decía á Jesus: Señor, acordaos de mí cuando entráreis en vuestro reino. Hoy, le dijo el Señor, serás conmigo en el paraíso.

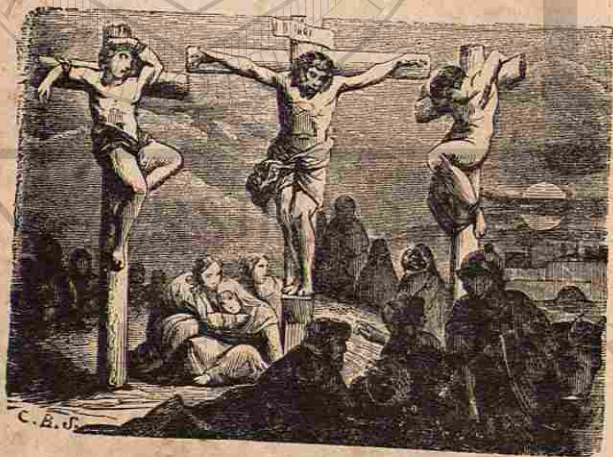
Tinieblas por tres horas en toda la tierra.

Podrían ser como las doce del dia, cuando en esta hora, la mas bella y resplandeciente, sin haber ni una nube en todo el cielo, se había cubierto de tinieblas toda

la tierra. La hora era la misma en que fué crucificado el Señor, porque estuvo tres horas en la cruz y espiró á las tres de la tarde. No eran tan espesas estas tinieblas como las de Egipto, entre las que nada se veía; porque los sucesos que pasaron en el tiempo de la duracion de estas, no podian efectuarse sin alguna claridad; pero no eran ni podian ser efecto de un eclipse natural, ya porque no principiaron ni acabaron por grados, como sucede en los eclipses, sino repentinamente; y ya porque nunca podia estar mas distante de suceder un eclipse de sol que en la luna ó plenilunio, en que se hallaban entonces, y los eclipses de sol no pueden verificarse sino en la luna nueva ó novilunio. Estas tinieblas eran milagrosas, pero atemperadas por el que las enviaba, y debieron parecerse á las de un dia muy oscuro. Acaso creyendo la multitud que se hallaba en un dia osecurísimo, no se conmovió ni se retiraron los soldados, ni temieron los Judíos, sino que todos, incluso los amigos del Señor, se mantuvieron en el Calvario. Maria santísima permaneció al pié de la cruz, como una roca en medio de las avenidas de sangre de su amantísimo Hijo. San Juan no se apartó de su lado; y las piadosas discipulas, Maria Cleofás y Maria Magdalena se mantuvieron inmóviles á la vista de su divino Maestro.

Encomienda el Señor su santísima Madre á san Juan.

Cuando ya estaba para consumarse el sacrificio, mirando el Señor al pié de la cruz á su Madre santísima y á su amado discípulo, dijo á su Madre: Mujer, hé ahí tu hijo. Despues dijo al discípulo: Hé ahí tu Madre, y desde aquella hora el discípulo la recibió por su madre. Aquí el Señor llama mujer á su querida Madre para no aumentar su dolor, llamándola Madre, al quedar sin su querido Hijo. ¡ Qué honor para san Juan ser destinado á ocupar el lugar que va á dejar desamparado el Hijo de



Dios con su muerte y á ser el hijo de la santísima Virgen en vez de Jesucristo! ¡Pero qué cambio tan doloroso para la santísima Virgen! ¡Tomar al discípulo en lugar del Maestro! ¡Á Juan en lugar de Jesus! ¡Al hijo del Zebedeo en lugar del Hijo de Dios! Sin embargo, este era el testamento que ordenaba Jesucristo sobre la cruz. Su santísima Madre era su posesion y su herencia, y de esta santísima herencia deja heredero á san Juan. La tomó este heredero fiel por madre, la tuvo siempre en su compañía, ó por mejor decir, mereció vivir en su compañía, la veneró con el profundo respeto que le inspiraba su amor, y la miró como una madre y como una Madre de su divino Maestro. Tambien la santísima Virgen miró á san Juan como hijo, y como hijo donado por Jesucristo y dejado en su lugar. Bien podemos gloriarnos todos los hijos de la Iglesia de haber sido representados en san Juan y quedado entregados al amparo y cariño de esta amantísima Madre; y tambien esta cariñosa Madre de que no ha habido ni habrá un verdadero cristiano que no la profese el mas tierno cariño, el cariño de hijo.

Espira el Señor.

Despues de este inestimable don de la Madre, ofrecido á los hombres por el Hijo, parecia que solo restaba que se dirigiese á su eterno Padre y le pidiese que cesase ya en el desamparo en que le habia tenido en su penosísima Pasion, le fortaleciese y diese fuerzas para entregar su alma en sus manos. Llegaban las tres de la tarde, y la hora de su tránsito, y entonces exclamó el Señor con una voz grande: *Eli, Eli, lama sabacthani*, que quiere decir: *Dios mio, Dios mio, ¿porqué me has desamparado?* Creyeron algunos de los que estaban allí que llamaba á Elías, porque no entendian estas palabras *Eli, Eli*, que estaban escritas en siríaco, y dijeron: Espere-mos á ver si viene Elías á librarle. Sabiendo el Señor que

todas las cosas estaban ya cumplidas, para que se cumpliera la Escritura, dijo : Sed tengo. Habia allí un vaso lleno de vinagre, y corriendo uno de los circunstantes, tomó una esponja, la empapó en el vinagre, y atándola á la punta de una larga caña, le daba á beber. No encontró este hombre agua para refrigerar al Señor, ni vino para confortarle, sino vinagre para atormentale, ó mas bien para cumplir la profecía de David, que decia : Y en mi sed me dieron á beber vinagre. Habiendo tomado Jesus el vinagre, dijo : Padre mio, en vuestras manos entrego mi espíritu ; y diciendo esto, inclinó su divina cabeza y espiró.

Consideracion y súplica.

Consumóse, en fin, la obra de la redencion ; pero ¿ á cuánta costa ? Tú lo has visto, lector cristiano y piadoso. Recuerda los pasos de tu Redentor desde que suda sangre en el huerto hasta que espira en la cruz. ¡ Cuántos vituperios ! ¡ Cuántas burlas ! ¡ Cuántas afrentas ! ¡ Cuántos dolores ! ¡ Cuántos tormentos ! ¡ Cuántas congojas ! ¡ Cuánta sangre, hasta que se agota el manantial en el Calvario ! ¡ Ó pecado ! ¡ Ó mancha del pecado, que no se borra sino con la sangre, con toda la sangre de un hombre Dios ! ¡ Ó mi adorado Jesus ! ¡ Mi querido Redentor ! ¡ Ó Dios de mi corazón ! ¡ Yo me uno á vos en el camino del Calvario ! ¡ Yo voy con vos al monte del sacrificio ! ¡ Yo me pongo al pié de vuestra cruz á recibir sobre mi pecadora cabeza vuestra misericordiosísima sangre ! ¡ Yo me aflijo, yo lloro al veros espirar ! ¡ Y ojalá que yo espirase con vos en ella ! ¡ Ó mi piadoso Jesus ! ¡ Concededme un corazón tan compadecido de vuestras penas, como arrepentido de mis pecados que fueron la causa de ellas ! ¡ Un corazón afligido por vuestros trabajos, agradecido á vuestros dolores y abrasado en vuestro amor ! ¡ Virgen misericordiosísima ! ¡ Mi Madre

querida ! ¡ Alcanzadme de vuestro piadosísimo Hijo estas gracias ! Alcanzadlas tambien para todos los hijos que vuestro divino Hijo os encomendó en la cruz.

Prodigios en la muerte del Señor.

Eran las tres de la tarde cuando debia ser sacrificado el cordero pascual, y cuando espiró el Cordero divino en la cruz. En este momento el orbe se estremece ; se oscurece el sol ; el velo del templo se rompe y divide de alto á bajo ; el *Sancta Sanctorum* ó Santo de los santos, cerrado por tantos siglos, quedo manifiesto ; las piedras se parten ; la tierra tiembla ; los sepulcros se abren... toda la naturaleza gime y manifiesta su sentimiento en la muerte de su Criador.

Dureza de la sinagoga.

Tantos y tan asombrosos portentos, obrados en el momento de la muerte del Señor, debieran convertir los corazones de todos los que los presenciaban ; pero hay almas tan endurecidas que nada las ablanda. Para convertirse, particularmente un incrédulo, es necesaria la humildad del corazón y la bondad del entendimiento, y estas virtudes no eran comunes en los Judíos, y menos en los principales miembros de la sinagoga. Soberbios y ya muy empeñados, nada era capaz de hacerles volver atrás. Los prodigios que no podian negar, los explicaban con blasfemias contra el Espíritu Santo, y el ascendiente que habian tomado sobre el pueblo, le empleaban en desacreditarlos.

Conversion del centurion.

Sin embargo, no todos los testigos de los portentos del Calvario fueron insensibles. El centurion, cuando oyó el fuerte clamor con que Jesucristo acompañó su último suspiro, y sintió temblar la tierra bajo de sus piés; cuando vió partirse las piedras y abrirse los sepulcros, con todos los demás prodigios que se obraban en la muerte del Señor; sobrecogido de un horror santo, adoró los impenetrables juicios de Dios, que había permitido las humillaciones, los tormentos y la muerte del Justo; y dió testimonio de la verdad, exclamando: Verdaderamente este era el Hijo de Dios. Lo mismo confesaron los soldados, y en verdad que la confesion de estos paganos, al tiempo que era un anuncio muy favorable para el gentilismo, era tambien una profecía muy funesta para la sinagoga, pues manifestaba que los gentiles, que estaban sentados en las sombras de la muerte, se dejaban penetrar de la luz, mientras que los Judíos, hijos de la luz, cerraban los ojos para no verla.

Arrepentidos en el Calvario.

Trabajaban los principales enemigos de Jesucristo en inutilizar las consecuencias que podrian seguirse de estos nuevos portentos; pero no lograron impedir que una parte del pueblo se declarase en favor del Inocente que acababa de espirar en la cruz. El concurso era grande, y por la mayor parte se componia de los que habian gritado en la plaza del pretorio: Que se nos quite de delante á Jesus; que sea crucificado; que caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos; y que sin moverse ni compadecerse, habian visto correr su sangre divina. Con todo eso fué muy provechoso á gran parte de ellos haber ido al Calvario y haberlo visto todo. Tantos prodigios,

obrados en aquel monte santo, ganaron á favor de Jesus á todos aquellos, cuyo corazon no estaba corrompido y que no habian sido crueles, sino por la sorpresa de los que los gobernaban. Asustados ahora al ver tantos portentos y tantas señales de la ira del Cielo, oscurecido el sol, en tinieblas la tierra, temblando el suelo que pisan, haciéndose pedazos las piedras, abriéndose los sepulcros... al ver tantas señales de las venganzas que va á tomar el eterno Padre de la muerte de su santísimo Hijo, huyen del Calvario y se vuelven á sus casas, hiriendo sus pechos y pidiendo misericordia.

Quiebran los soldados las piernas de los ladrones y dan una lanzada al Señor.

Sin inquietud los ministros de la sinagoga sobre el horror del deicidio que acababan de cometer, y muy cuidadosos de preparar todo lo que pedia la celebracion de la Pascua, y de retirar cuanto pudiese profanarla, acudieron que mandase quebrar las piernas de los crucificados para que muriesen, quedase tiempo bastante para quitar los cuerpos de las cruces y no estuviesen colgados en ellas en un dia, tanto mas solemne, cuanto concurrían en él este año las fiestas de la Pascua y la del sábado. Pilatos se lo concedió, y luego vinieron al Calvario los soldados y quebraron las piernas de los dos ladrones; mas cuando vinieron á Jesus, y le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas; pero uno de los soldados le abrió con una profunda lanzada el costado (derecho) y luego salió de él sangre y agua. ®

Todo era divino en estos sucesos. Los soldados llevaban la orden de quebrar las piernas de los tres crucificados, y aunque hubiese muerto el Señor, no estaba, en su facultad, ni era este un motivo para dejar de cumplirla, tanto menos, cuanto debía serles menos repugnante, si no eran enteramente insensibles, quebrarlas al

muerto que á los vivos; pero era preciso que se cumplierse aqui lo que habia dicho Moises, hablando del cordero pascual: *No quebrantaréis alguno de sus huesos.* Dios lo habia mandado asi, y habia querido que esto se observase siempre en aquel cordero, para que se cumplierse ahora en Jesucristo, Cordero de Dios representado en aquel. Tambien era contra la órden, ó á lo menos fuera de ella, que uno de los soldados abriese con un golpe de lanza el sagrado costado del Señor; pero tambien era preciso que se cumplierse otro texto de la sagrada Escritura, que decia, hablando de los Judíos: *Miraron al que traspasaron.* Dios además permitió esta profunda lanzada en la parte mas vital del hombre, para que no quedase duda alguna de la muerte del Señor, y para que saliese de su amante corazon la sangre y el agua con que habia de redimir y lavar las almas de la mancha del pecado; porque en sentir de muchos santos Padres con san Agustin, del costado abierto del Señor manaron dos Sacramentos muy principales para la salvacion del hombre; el de la Eucaristia en la sangre, y el del Bautismo en el agua.

José de Arimatea viene á enterrar el sagrado cadáver.

Mientras que los soldados quebraban las piernas de los dos ladrones, y uno de ellos abria el costado de Jesucristo ya difunto, José, natural de Arimatea, ciudad distante cinco á seis leguas de Jerusalem, varon bueno y justo, noble y distinguido senador del sanedrin, y que no habia consentido, ni en su consejo, ni en sus actos contra el Señor, porque era discipulo de Jesucristo, aunque oculto hasta ahora, y uno de los que esperaban el reino de Dios... José, este noble discipulo, luego que vió espirar á su querido Maestro, vino á Jerusalem, entró animosamente á Pilatos, y le pidió el cuerpo del Señor. Pilatos se admiró de que ya hubiese muerto, y llamando



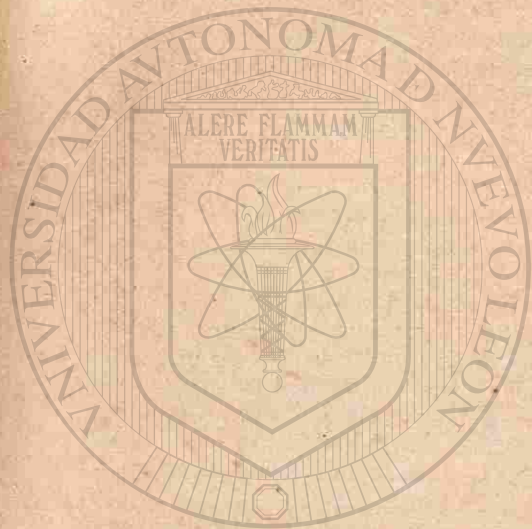
al oficial de la guardia, le preguntó si había ya muerto; y luego que supo que ya había espirado, mandó que se le entregasen. José en el momento que consiguió esta licencia, se volvió presuroso al Calvario á dar honrosa sepultura al sagrado cadáver.

Trae Nicodemo como cien libras de mirra y acibar para embalsamarle.

La muerte del Señor iba juntando, al parecer, cerea de sí á los que había dispersado el temor y hecho que no se atreviesen á llegarse á Él, durante su vida. Nicodemo, Judío tambien de nacimiento, príncipe de los fariseos, maestro en Israel y miembro como José del sanedrín... Aquel Nicodemo que había ido de noche á consultar al Señor; que había tenido con el divino Maestro una larga conferencia; que desde entonces se había hecho su discípulo, aunque sin manifestarse; y que defendió animosamente su inocencia en uno de sus grandes consejos; vino entonces al Calvario, trayendo como unas cien libras de mixtura de mirra y acibar para embalsamar el cuerpo del Señor.

José y Nicodemo desclavaron el sagrado cadáver, le bajaron de la cruz y le entregaron á su santísima Madre, que le esperaba al pié de la cruz con los brazos abiertos para estrecharle en su seno. Lo que pasó aquí en el corazón de la Virgen, solo esta santísima Madre podría explicarlo. Acaso nunca la espada, que la anunció Simeon, penetró mas hondamente su maternal corazón. Los piadosos varones volvieron á tomar el sagrado cadáver de los brazos de su querida Madre para amortajarle.

Hemos dicho que trajo Nicodemo al Calvario como cien libras de una mixtura de mirra y acibar. Esta cantidad ha parecido á algunos muy excesiva para embalsamar un solo cadáver, y así se presenta á primera vista;



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

pero es necesario saber, que esta mixtura, no solo servia para *conservar*, sino que, siendo aromática, servia tambien para *sahumar*, por la fragancia que despedia, y que pudo servir ahora para embalsamar el sagrado cadáver, sahumarle cuando le llevaban á enterrar, y sahumar tambien su monumento, esto es, la bóveda y el sepulero. Embalsamado cumplidamente el sagrado cadáver, le envolvieron en una sábana nueva, que habia comprado el piadoso José; cubrieron su divino rostro con un pedazo de lienzo, que llamaban *sudario*, y fajaron todo el cuerpo, envuelto ya en la sábana, con un ancho vendaje. Es de advertir que tanto la sábana como todos los lienzos habian sido empapados antes en el mismo bálsamo que habia servido para embalsamar el cuerpo del Señor, porque este era el modo con que los Judíos acostumbraban preparar para la sepultura los cadáveres de las personas principales, y así no es extraño que se necesitase una gran cantidad para embalsamar todas estas cosas, y que Nicodemo se previniese de cien libras de unguento para embalsamar, abundantemente y sobre todo, el cuerpo del Señor.

Santo sepulcro.

Faltaba aun el sepulcro en que fuese enterrado, pero habia á ciento y ocho piés ó treinta y seis veras de distancia un huerto y en él un sepulcro nuevo, que José habia mandado abrir en una peña para su enterramiento y el de su familia; y que el eterno Padre habia destinado para el enterramiento de su santísimo Hijo. Mas como no hay cosa en la historia de Jesucristo, segun dejamos dicho, que aun bajo de las apariencias mas comunes no encierre prodigios, también lo fué que este sepulcro, donde habia de ser enterrado el Señor, estuviese cavado en una peña y no se hubiese enterrado todavía en él persona alguna, para que no se pudiese

decir que no era el Señor, sino otro el que salia vivo de su sepulcro. Amortajado el Señor, José y Nicodemo le llevaron al huerto y le pusieron en la sepultura, colocando la cabeza al occidente, para que quedase mirando al oriente, que era la parte del mundo que los Israelitas miraban con predileccion, porque del oriente habia de venir, ó por mejor decir, habia ya venido la misteriosa estrella de Jacob. Los dos piadosos varones cerraron la entrada del sepulcro con una gran piedra, y concluido este honrosísimo ministerio, que les envidiarían los ángeles, si fueran capaces de envidia, se retiraron, llenos de pena, por dejar en un sepulcro á su querido Maestro, y de consuelo, porque esperaban verle luego resucitado de entre los muertos, segun su promesa. En todas estas santísimas ocupaciones habian seguido á José y Nicodemo aquellas piadosas mujeres que vinieron con el Señor de la Galilea, y no se volvieron del huerto hasta ver el sepulcro y el modo con que quedaba colocado el sagrado cadáver; pero María Magdalena, y María, madre de Santiago el Menor, no solamente habian seguido á José y Nicodemo, como las demás mujeres, y estado atentas como ellas á todo lo que se hacia, sino que, cuando todos se retiraron; ellas se quedaron sentadas enfrente del sepulcro, y estando allí pensando en el Señor, las ocurrió que, aun cuando Nicodemo habia llevado cerca de cien libras de mirra y acibar para embalsamar el sagrado cadáver, debian ungrle tambien ellas, no con mayor cantidad de aromas, sino con aromas mas preciosas, y para esto se volvieron luego á la ciudad y compraron unguentos muy exquisitos; pero cuando andaban mas fatigadas en preparar todo lo necesario para ejecutar este segundo embalsamamiento, llegó la hora en que debia principiarse la santificacion de la Pascua, y quedaron en la quietud que mandaba la ley, esperando con una santa impaciencia que pasase la festividad para acabar de hacer sus prevenciones.

Piden los Judíos á Pilatos que mande guardar el sepulcro.

Concluido el viérnes, en que habia muerto el Señor, al principiar el sábado que era luego que se ponía el sol y se veían en cielo sereno á lo menos tres estrellas, los principes de los sacerdotes y los fariseos acudieron juntos á Pilatos, diciendo: Señor, nos acordamos que aquel impostor (tal era el nombre que daban al que era la verdad por esencia), nos acordamos que dijo, cuando todavía estaba en vida: Despues de tres dias resucitaré. Manda, pues, que se guarde el sepulcro hasta que pase el dia tercero, no sea que vayan sus discipulos de noche, le roben y digan á la plebe: Resucitó de entre los muertos, porque este segundo error será peor que el primero. Guardia teneis, les dijo Pilatos. Id y guardadle como sabeis.

En efecto, los Judíos tenían una compañía para guardar el templo, y permitió Dios, segun la reflexion de san Juan Crisóstomo, que Pilatos no quisiese dar sus soldados para guardar el sepulcro, porque entonces habrían dicho los Judíos cuando hubiese resucitado, que los soldados gentiles se habían concertado con los discipulos de Jesucristo y les habían entregado su cuerpo. Eran por otra parte bien inútiles tantos cuidados, porque si Jesucristo resucitaba, no quedaba mas arbitrio que reconocerle como á su verdadero Mesías, y si no resucitaba, los apóstoles no eran capaces de suponer, á costa de su vida, la resurreccion de un hombre que les hubiese engañado. Su timidez se vió en el tiempo de la Pasion, en la que todos huyeron, y en su resurreccion se verá, que si eran medrosos, tampoco eran crédulos. No se fiaron del dicho de Magdalena, aunque era una mujer de tanto crédito, y apenas pudieron creer á su Majestad cuando vieron resucitado delante de sus ojos; pero la sinagoga tiembla solo con pensar que puede ver destruida la obra de su iniquidad por los discipulos de aquel Inocente á

quien habian quitado tan injusta y atrozmente la vida; y el Señor quiere poner la obra de su inmensa misericordia á cubierto de todos los tiros de la incredulidad.

Contribuyen á asegurar la resurreccion del Señor.

No dejaron cosa por hacer los Judíos para asegurarse contra lo que ellos llamaban sorpresa de los discipulos, y acaso nunca contribuyeron mejor á asegurar la obra de Dios. Primero registraron si estaba el Señor en el sepulcro. Diligencia prematura; pues Jesucristo les habia dicho que resucitaria al tercero dia, y era inútil cuanto se practicase para averiguar su resurreccion antes de dicho dia. Luego volvieron á poner la piedra que le cerreba, y la sellaron con el sello público, y últimamente pusieron guardas de su nacion y confianza para que le custodiasen. Todas estas precauciones eran otros tantos testigos de su resurreccion, si esta se verificaba, y no podia quedar el mas remoto motivo para decir que los discipulos le habian robado. Sin embargo este fué el único arbitrio que les quedó para negarla, como veremos despues; pero si Jerusalem aparenta dejarse engañar, la relacion sincera de los hechos basta para dar á conocer á todo el mundo la verdad de la resurreccion, y la poca vergüenza con que la sinagoga se valió de las mentiras mas groseras para negarla.

Dias de su sepultura.

Jesucristo habia muerto á las tres de la tarde del viérnes, y su sagrado cadáver fué puesto en el sepulcro cerca de las seis del mismo dia, esto es, poco antes de principiar las fiestas del sábado y de la Pascua. En él permaneció hasta la media noche, y *este fué el primer dia de su sepultura*, contando la parte por el todo, segun uso

comun. Continuó en él hasta la media noche del sábado, y *este fué el segundo día*, y terminó en la aurora del domingo, y *este fué el día tercero*, en el que salió el Redentor del sepulcro, victorioso de la muerte, dando cumplimiento á tantas profecias, realidad á tantas figuras y existencia á aquella solemne promesa que habia hecho tantas veces de que resucitaria al tercero día de entre los muertos.

Su bajada al limbo.

En el momento que espiró Jesucristo, bajó su alma santísima el seno de Abraham, donde estaban las de los santos Padres esperando su santo advenimiento. ¡Qué bajada tan dichosa para aquellas almas santas! ¡Qué visita tan amable y tan deseada! Todos los justos de la antigua alianza vieron en este venturoso día al divino Libertador, que habia sido deseado por tantos siglos... En el momento que el Hijo de Dios entró en aquella mansion de la esperanza, todos fueron inundados de una inmensa luz y principiaron á ser bienaventurados, para continuar siéndolo despues eternamente en la gloria.

Su resurreccion.

Jesucristo habia bajado á este seno el viénes por la tarde, y el domingo al apuntar el alba, llevando consigo á la multitud de cautivos que habia redimido con su sangre, volvió á tomar en el sepulcro la vida humana, que habia dejado cuando espiró sobre la cruz. Estaba el sagrado cadáver tendido en el sepulcro con aquella lastimosa figura que habia presentado cuando le bajaron de la cruz; agujereados y rasgados sus piés y manos santísimas, abierto su sacratísimo costado, penetrada de espinas su divina cabeza y cubierto todo su cuerpo de sangre cuajada y denegrida. En tan lastimoso estado



entra en Él su alma gloriosa, se une con Él, le da nueva vida, le penetra y llena de su gloria y le vuelve mas hermoso y luminoso que el sol en medio del mas claro día, y siendo ya un cuerpo glorioso, sal del sepulcro en virtud del don de sutileza, sin romper, ni levantar, ni trastornar la enorme piedra con que estaba cerrado.

El alma de Jesucristo era bienaventurada desde el momento que el Hijo de Dios la unió á sí mismo en su Encarnacion, pero no comunicaba al cuerpo su bienaventuranza para dar lugar á los padecimientos y á la muerte que venia á sufrir por la redencion del género humano; mas ahora que ha entrado en la plenitud de su gloria desde que espiró el cuerpo en la cruz, se la comunica tan entera y cumplida, cuanto es capaz de poseerla un cuerpo resucitado.

Hay un gran terremoto y la guardia huye.

Como el Señor habia movido la piedra, ni hecho ruido alguno para salir del sepulcro, nada advirtieron los soldados de la guardia de lo que pasaba tan cerca de ellos. No supieron que habia resucitado aquel, cuya custodia les estaba tan encargada, hasta que bajando un ángel del cielo causó un grande terremoto, y en medio de él se acercó al sepulcro, volvió la piedra de su entrada y se sentó sobre ella. Su semblante era semejante á un relámpago, centelleaban sus ojos y su vestido era mas blanco que la nieve. Los guardias no pudieron sostenerse á su vista y cayeron de espaldas como muertos. Mas luego que poco á poco fueron volviendo en sí y llegaron á recobrar los sentidos y las fuerzas, huyeron asombrados de aquel lugar donde habian tenido su vida por perdida.

Gaminan las Marías al sepulcro en la madrugada del domingo.

Ya dijimos que María Magdalena, y María, madre de Santiago el Menor, estaban comprando en Jerusalem las prevenciones para embalsamar por sí y mas ricamente el cuerpo del Señor, cuando principió la solemnidad de la Pascua, y tuvieron que parar hasta que pasase este día; mas luego que se concluyó en la víspera del domingo, volvieron á continuar haciendo sus prevenciones para ir al sepulcro la mañana siguiente lo mas pronto que las fuese permitido salir de la ciudad. Varias mujeres piadosas, y compañeras ordinarias de los viajes del Señor, quisieron acompañarlas; entre otras, Juana, mujer de Chusas, procurador de Herodes, y María Salomé, madre de Santiago el Mayor y de Juan. Como habian pasado todo el dia de la Pascua en retiro, ignoraban que se hubiese sellado el sepulcro y puesto soldados que le guardasen, y fué una ignorancia feliz para que no desistiesen acaso de su viaje al Calvario.

Sin esta noticia salieron de Jerusalem antes de amanecer para tener tiempo de embalsamar con entera libertad el cuerpo del Señor antes que viniese el dia; pero ya fuese porque reunidas advirtiesen que faltaban algunas de las provisiones necesarias y se viesen precisadas á esperar el dia para volver á comprarlas; ya porque el peso y embarazo de lo que llevaban, las hiciese largo y difícil este viaje; ya porque la oscuridad (y esto es lo mas creíble) las causase temor cuando se hallaron fuera de la ciudad y enteramente solas, ó ya, en fin, por otros motivos que no nos han dicho los Evangelistas; lo cierto es que á pesar de haber salido antes de amanecer de Jerusalem, y de estar el sepulcro tan cerca, no llegaron á él hasta salido ya el sol. Sin embargo, María Magdalena, cuya viveza é intrepidez era incomparable, en nada se detuvo, y llegó al sepulcro cuando todo estaba en

tinieblas. Aunque apenas veía por dónde caminaba, no se extravió, porque el amor habia impreso en su corazon muy profundamente todos los pasos que habia dado por él su querido Maestro. Entró en el huerto, se acercó al sepulcro, y lo primero que alcanzó á ver fué la enorme piedra que le cerraba retirada de su entrada.

Magdalena encuentra abierto el sepulcro y corre á decirlo á Pedro y á Juan.

El ángel que habia volcado la piedra y aterrado á los soldados, no se presentó á Magdalena, y como era tan viva, al ver abierto el sepulcro, creyó que durante la noche habia sido robado el cuerpo de su divino Maestro. Corrió á Jerusalem por el camino mas breve, y sin encontrarse, y acaso sin acordarse de sus compañeras, llegó á la casa de Pedro, cabeza del Apostolado, que vivía con Juan, el discípulo amado, y les dijo: Han llevado al Señor del sepulcro y no sabemos dónde le han puesto. Desde luego conocieron los dos apóstoles las consecuencias de esta novedad, y juzgaron de la mayor importancia asegurarse de ella; pues aunque conocian la veracidad de Magdalena, el temor natural de mujer podía haberla engañado, tanto mas, cuanto era todavía de noche.

Pedro y Juan corren al sepulcro y le encuentran abierto.

Con esta noticia, Pedro y Juan corrieron al sepulcro. Corrían los dos juntos, pero Juan, como mas jóven, corrió mas que Pedro y llegó el primero, y habiéndose inclinado, vió en el suelo los lienzos, esto es, la sábana en que habia sido envuelto el sagrado cadáver, y las fajas con que habia sido ceñido, pero no entró en el sepulcro. Convenia para la autorizacion que Pedro, como cabeza que era

del Colegio apostólico y que iba á ser de la Iglesia de Jesucristo, fuese el primero que le registrase y pudiese dar testimonio de la resurreccion del Señor, viendo las pruebas desde su principio. Llegó, pues, Pedro postrero que Juan, pero entró primero. Vió, como Juan, la mortaja de Jesucristo en el suelo, y vió además, puesto aparte de la mortaja en un lugar separado, el sudario con que habia sido cubierto su divino rostro, y que Juan no habia visto. Pedro quedó lleno de admiracion y alegría. No vió, ni al Señor, ni á los ángeles; pero vió el campo abandonado por la guardia, la piedra del sepulcro volcada, el sepulcro vacío, la mortaja en el suelo, el sudario envuelto y puesto en un lugar separado, dando todos señales y pruebas de la resurreccion del Señor. Entró despues Juan, vió lo mismo que Pedro, hizo las mismas observaciones, y se convenció como él de la resurreccion del Señor. Por lo que acabamos de decir se puede hacer juicio con cuánto consuelo volverian estos dos apóstoles á Jerusalem.

Con la mejor voluntad habrian permanecido al lado del sepulcro, mansion memorable donde acababa de ser vestido de gloria el cuerpo de su divino Maestro; pero el dia llegaba y no convenia, ni á los intereses de la resurreccion, ni á los mismos apóstoles, que fuesen sorprendidos en aquel sitio dos hombres, los mas íntimos del Crucificado, porque no les perdonaria la calumnia este encuentro; y así les fué necesario volverse á Jerusalem. No debía suceder lo mismo con una mujer á la que verian llorar sobre el sepulcro de un difunto, á quien amaba y habia honrado siempre. Tal era Magdalena, que habiendo seguido á los dos apóstoles desde Jerusalem al sepulcro, y que no resolviéndose á desampararle, se quedó llorando á su entrada; mas no tardó en recibir una parte del premio de su constancia. Mientras que así la regaba con sus ardientes lágrimas, miraba á una y otra parte con la inquietud propia de una mujer afligida que busca su tesoro.

Ve Magdalena dos ángeles en el sepulcro.

Dirigia muchas veces sus miradas hácia lo hondo del sepulcro, pero nada descubria, hasta que al fin alcanzó á ver, no á su divino Maestro, pero sí á dos ángeles vestidos de blanco y sentados, uno á la cabecera y otro á los piés, donde habia estado puesto el cuerpo del Señor. ¿Porqué lloras? la dijeron. Lloro, respondió, porque han quitado á mi Señor y no sé dónde le han puesto.

Se la presenta el Señor.

Quando decia esto, ocupada siempre de la inquietud por hallar á su divino Maestro, se volvió á mirar hácia atrás y vió á Jesus de pié, pero no le conoció. Mujer, la dijo el Señor, ¿porqué lloras? ¿á quién buscas? Ella, creyendo que era el hortelano, si tú le has llevado, le dijo (pero sin decir á quién, porque los que aman ardentemente creen que todos piensan en aquello que ellos aman); si tú le has llevado, dime dónde le has puesto y yo me le llevaré. Dicho esto se volvió á mirar al sepulcro, donde su imaginacion la estaba representando siempre el sagrado cadáver en la figura que le habia visto al enterrarle. Entoncees el Señor, á quien habia tenido por hortelano, la dijo; *María*. Conoce Magdalena por la voz al que no habia conocido por la presencia, ó mas bien, conoce Magdalena al Señor, porque el Señor la ilumina, la habla al corazón y la da el conocimiento. Magdalena se vuelve absorta de gozo y exclama: ¡Mi querido Maestro!!! Se arroja á sus divinos piés, baña con lágrimas de una suma alegría aquellos mismos piés que habia lavado en casa del fariseo con lágrimas del mas profundo dolor: Quiere abrazarlos y besarlos, como lo habia hecho cuando era una pecadora; pero la dice el Señor: No me toques; que fué

decirla : no te detengas en manifestar tu amor ; yo le conozco. Aun habrá tiempo, porque todavía no me voy á mi Padre. Lo que ahora quiero es que vayas á decir á mis hermanos (los apóstoles) que he resucitado, que me has visto, y que de aquí á poco subiré á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios.

Desapareció el Señor, y Magdalena corrió otra vez á Jerusalem á los apóstoles, y les dijo: He visto al Señor, y esto me ha dicho : refirió cuanto la habia pasado en el huerto ; pero si Pedro y Juan, ya convencidos, creyeron sin dudar la relacion de Magdalena, ella halló á los otros apóstoles y á los discípulos tan afligidos, que se les caían las lágrimas sin poder contenerlas, y tan incrédulos, que nada les pudo persuadir de que vivia su divino Maestro. Yo he visto, decia Magdalena, dos hermosos ángeles sentados, uno á la cabecera y otro á los piés de la sepultura. Yo he visto al Señor y me ha hablado ; pero ellos miraban las noticias que daba Magdalena, como de una mujer á quien engaña su amor. Todo cuanto habia sucedido desde la primera llegada de Magdalena al sepulcro, habia pasado en poco tiempo. Sus viajes no habian sido otra cosa que rápidas carreras que manifestaban toda su viveza y su amor. Apenas salia el sol, cuando ya estaba en Jerusalem por segunda vez.

Llegan las Marias al sepulcro salido ya el sol.

Sus compañeras, que habian salido tan de mañana como ella, no llegaron al sepulcro hasta salido el sol, al paso que Magdalena habia llegado durante la oscuridad de la noche. Como estas piadosas mujeres no tenían noticia de Magdalena, porque habia tomado otro camino mas breve para ir y venir á los apóstoles, y su objeto principal era embalsamar el cuerpo del Señor, iban muy cuidadosas acerca de la enorme piedra que cerraba el

sepulcro, y se decian unas á otras : ¿Quién nos retirará la piedra que cubre el sepulcro ?

Le encuentran abierto y un ángel en él.

Pero mirando hácia él, luego que entraron en el huerto, vieron volcada la piedra. Su alegría, al verla retirada, fué grande, porque efectivamente la piedra era tan pesada que todas juntas no bastarian retirarla, tanto menos, cuanto no estaba la entrada del sepulcro al costado, sino en el plano de lo alto, y era necesario levantarla á pulso, como suele decirse. Estando ya abierto, entraron desde luego en él, pero no bajaron á su fondo, porque vieron á la derecha un ángel, en figura de un jóven, vestido de un ropaje blanco, y se asustaron. No os atemoriceis, las dijo el ángel. Vosotras buskais á Jesus Nazareno, que fué crucificado : resucitó. No está aquí. Venid y veréis el lugar donde habia sido puesto el Señor. Id luego y decid á sus discípulos y á Pedro que ha resucitado, que va delante de ellos á Galilea, y que allí le verán, como se lo ha prometido. El ángel, fiel ministro del Señor, hace aquí particular mencion de Pedro para honrar á la cabeza del Apostolado, como lo habia hecho muchas veces Jesucristo. El ángel habia dicho á las mujeres que viesen el lugar donde habia sido puesto el Señor ; y antes de partir á Jerusalem, bajaron á lo hondo del sepulcro, le registraron ; pero le hallaron vacío, sin encontrar otra cosa que la mortaja y el sudario de su divino Maestro. Quedaron fuera de sí, porque no hallaron el cuerpo del Señor, y como si nada las hubiera dicho el ángel acerca de su resurreccion, creyeron como Magdalena que le habian hurtado.

Se las presentan dos ángeles.

Se entregaron al sentimiento y las lágrimas; pero cuando estaban mas afligidas, hé aquí que dos varones con vestidos resplandecientes se pusieron junto á ellas, y como temiesen y bajasen sus ojos hácia la tierra por vergüenza, las dijeron: ¿Porqué buscáis entre los muertos al que vive? Ha resucitado. No está aquí. Acordaos de esto que os dijo, estando en Galilea: Conviene que el Hijo del hombre sea entregado en las manos de los pecadores, que sea crucificado y que resucite al tercero dia. Entonces se acordaron de las palabras del Señor, y quedaron convencidas de su resurreccion.

Mas este convencimiento que las colmó de alegría, no las sosegó. Tan sobrecogidas quedaron de la vista de los ángeles, que salieron del sepulcro, no tanto como unas mujeres á quienes han dado una nueva de suma alegría, cuanto como unas mujeres que huyen asustadas de un precipicio. Se unieron estrechamente unas con otras, y unidas en esta disposición, tomaron el camino de Jerusalem para ir, como las habian mandado los ángeles, á dar á los discípulos la noticia de la resurreccion de su divino Maestro. Mucho era para ellas la seguridad que las habian dado los ángeles de haber resucitado Jesucristo, y el recuerdo que las habian hecho de sus predicciones; pero no era bastante para satisfacer el tierno amor que tenian á su divino Maestro si no llegaban á verle y abrazar sus divinos piés; y este deseo es el que las va á cumplir ahora el Señor.

Se las aparece el Señor,

Cuando iban ya mas sósegadas á Jerusalem, sale á su encuentro el Señor, se deja ver en su figura ordinaria, y con su tono de voz acostumbrado, las dice: Dios os

guarde. Como se presentó en traje bien conocido y las habló con el tono de voz acostumbrado, nada tuvieron en que dudar. Corrieron al Señor, se postraron en su divina presencia, le adoraron y se abrazaron estrechamente con sus divinos piés. No las puso el Señor las dificultades que á Magdalena, porque no urgía su viaje, como el de aquella, y las dejó satisfacer su tierna devoción.

De esta manera se entrega nuestro amantísimo Jesus hasta el dia de hoy y se entregará siempre á los fervores de las almas interiores. Las que se hacen dignas de sus visitas, como estas santas mujeres, entenderán lo que decimos; pues si Jesus resucitado no se comunica sino á un pequeño número de almas, es porque la multitud, engañada con la apariencia de este mundo, no busca á Jesucristo; no estudia en Jesucristo; no se ocupa en amar á Jesucristo, ni se cuida de hacerse digna de ser amada de Jesucristo. Pero ¡qué dicha para un alma cristiana ser amada de Jesucristo! ¡Ser visitada de Jesucristo! ¡Hablo de aquellas visitas secretas, en que sin mostrarse el Señor á los ojos del cuerpo, hace que se oiga su voz en lo íntimo del corazón, y que se sienta en él la unción de su divino amor! En estos momentos felices, y siempre breves, es en los que se gusta la religion y la virtud, y en los que todo el mundo parece nada. Tales debieron parecer á las santas mujeres los momentos que estuvieron á los piés de Jesucristo. La dulce escena de estas piadosas discípulas, abrazadas con los piés de su divino Maestro, y regándolos con las mas ardientes lágrimas de alegría, se concluyó con un precioso encargo que las hizo Jesucristo para sus apóstoles y discípulos. No temáis, las dijo. Id, y anunciad á mis hermanos que vayan á Galilea. Allí me verán. Al concluir estas palabras, desapareció el Señor, pero no su memoria que daba alas á los piés de sus siervas para volar á cumplir su divino mandato. Así fué que en pocos momentos llegaron á Jerusalem las que habian tardado horas en ir al sepulcro.

Resistencia de algunos apóstoles y discípulos á creer la resurreccion del Señor.

Entran las fervorosas mujeres en casa de Pedro y Juan, donde la primera noticia de la resurreccion del Señor, traída por la Magdalena, habia juntado los apóstoles y muchos discípulos; refieren individualmente su viaje; cuentan lo que las habian dicho los ángeles; lo que habian visto en el sepulcro; el sumo gozo que habian tenido en ver al Señor resucitado, adorarle, besarle los piés, regarlos con sus lágrimas, hablarle y ser encargadas de darles el aviso de ir á Galilea; y se empeñan en que se cumpla este encargo lo mas pronto posible. Todos los testimonios de la resurreccion del Señor convenian. Magdalena estaba presente y sostenia la verdad del suyo. Pedro y Juan daban cuenta de lo que habian visto. Maria, madre de Santiago el Menor; Juana, mujer del administrador de Herodes; y sus compañeras, conocidas todas por prudentes, sinceras y veraces... todas afirmaban con unánime consentimiento sucesos tan circunstanciados, que ni la imaginación mas fogosa podria figurarlos si no hubieran sucedido, y solo conviniéndose estas santas mujeres en mentir con pleno conocimiento, y en componer y publicar un embuste, podrian asegurarlos. Por otra parte, estos sucesos estaban anunciados repetidas veces por los patriarcas, por los profetas, y por el mismo Jesucristo, y su cumplimiento debia verificarse precisamente en estos dias y circunstancias.

Tantas pruebas y tan claras no bastaron sin embargo á convencer el espíritu de algunos apóstoles y discípulos, que en fuerza de desear la resurreccion de su divino Maestro, ninguna prueba les parecia suficiente para creerla. Estaban fuera de sí de gozo, y á pesar de esto no creian, dice el Evangelista san Lucas. No contradecian la relacion de Pedro. Creian con gusto sobre su palabra, que el sepulcro estaba sin guardia y la piedra

volcada; que el cuerpo de Jesucristo no estaba en él; que los lienzos y el sudario estaban como él decia... pero Pedro no decia que hubiese visto al Señor resucitado y esto era lo que ellos querian, y tambien verle ellos mismos. Las apariciones, ya de Jesucristo, ya de los ángeles, no tenian á Pedro por testigo, sino á algunas mujeres, á cuyo número, calidad, veracidad, virtud y santidad no se hacia por esta vez bastante justicia; y Magdalena vió tratar de visionarias á sus compañeras, del mismo modo que lo habia sido ella. Mas Pedro, convencido como estaba ya por sí mismo de que Jesucristo habia resucitado, no tuvo dificultad en creer las diversas apariciones del Señor y sus ángeles á las santas mujeres, y solo trató del viaje á la Galilea para tener el indecible consuelo de verle resucitado.

Jesucristo les manda muchas veces que vayan á verle resucitado en Galilea.

Siempre que Jesucristo les habia hablado antes de morir de sus primeras apariciones despues que resucitase, les habia señalado, para dejarse ver, la Galilea. Todos vosotros padeceréis escándalo en mí en esta noche, les decia la víspera de su muerte, porque escrito está: Heriré al pastor y se descarriarán las ovejas del rebaño; pero despues que resucitare, iré delante de vosotros á Galilea. Apenas resucita, cuando hace decir, por medio de un ángel, á las santas mujeres que venian á embalsamar su cuerpo en el sepulcro: Ha resucitado: no está aquí. Id, y decid á sus discípulos, y á Pedro: Va delante de vosotros á la Galilea. Allí le veréis, como os lo tiene dicho. Cuando estas piadosas mujeres iban en camino á cumplir el encargo del ángel, Jesus mismo las sale al encuentro, y despues de permitirles que abracen sus divinos piés y le adoren, id; las dice, y decid á mis hermanos que vayan á Galilea, que

allí me verán. En vista de estos pasajes en que Jesucristo mandaba á sus apóstoles y discípulos que fuesen á verle resucitado á la Galilea, se convinieron todos en hacer este viaje; bien fuese á un edificio cercano á Jerusalem, que llamaban *Galilea*, porque era de los Galileos; bien fuese á la provincia de Galilea.

Avisan unos soldados de la guardia á la sinagoga la resurreccion del Señor.

Algunos de los soldados de la guardia, que asustados por el terremoto y la vista del ángel habian huido despavoridos del sepulcro, se volvieron á juntar salido ya el sol, vinieron á Jerusalem y dieron aviso á los príncipes de los sacerdotes de todo lo que habia pasado. En la oscuridad de la noche, les dijeron, tembló la tierra. Un ángel, mas resplandeciente que el sol, volcó la piedra que cerraba el sepulcro y se sentó sobre ella. Sus ojos centelleaban, y las miradas que nos dirigia, eran tan terribles, que caímos de espaldas medio muertos. Ignoramos el tiempo que estuvimos sin sentido; pero al fin volvimos poco á poco de nuestro espanto. Entonces nos entregamos á huir como y por donde pudimos, y vednos aquí sin haber vuelto todavía enteramente de nuestro terror, pero persuadidos de que Jesucristo ha resucitado, y su cuerpo no está en el sepulcro. Á nosotros tocaba hacer una relacion exacta, como la hacemos, de todo lo ocurrido; á vosotros toca ahora averiguar lo que haya sobre este asombroso suceso. Desde luego parecia consiguiente que los príncipes procedieran á registrar el sepulcro, y aunque no hallarian allí el cadáver, á lo menos verian que no estaba allí, y acaso encontrarían la mortaja, los lienzos y el sudario, pues regularmente no habrian sido retirados todavía, habiendo pasado tan poco tiempo, porque la noticia de la resurreccion del Crucificado se les dió por la mañana. Es

verdad que luego juntaron un concilio, compuesto de los príncipes de los sacerdotes y de los ancianos del pueblo; pero en vez de ocuparse de registrar el sepulcro, de averiguar los hechos, de confrontarlos con las profecias y de estudiar en ellas la resurreccion del Mesías, solo pensaron en asegurar su feroz triunfo. No se habló de resurreccion. Jesucristo habia sido crucificado, y el asunto estaba concluido

Les dan mucho dinero para que digan, que estando ellos dormidos, le hurtaron sus discípulos.

Pero ¿cómo ocultar y negar lo que decian los soldados? Les daremos mucho dinero, dijeron, para que callen lo que ha pasado; y publiquen: que estando ellos dormidos, vinieron de noche sus discípulos y le robaron. ¡Miserable recurso! ¿Con que nos traeis, dice aquí san Agustin, burlándose de los príncipes de los sacerdotes y de los ancianos, con que nos traeis por testigos á hombres dormidos? Vosotros sí que estais verdaderamente dormidos cuando soñais tales sueños. Sin embargo, la impostura, á pesar de ser evidente, pasó adelante. Los soldados lo tomaron y publicaron el embuste á pesar de los gritos de su conciencia (¡pero qué no consigue el dinero!), y este embuste continua creyéndose entre los Judíos hasta el dia de hoy, decian san Mateo cuando escribia su Evangelio.

Desde luego se deja conocer que publicado en Jerusalem, por los soldados, que los discípulos del crucificado habian robado su cuerpo, debian atraerse estos el odio público y correr muchos peligros. Se mantuvieron ocultos el resto de aquel dia hasta que llegó la noche, y entonces cada uno por su parte se dirigió á la Galilea, donde pudieron reunirse á favor de la oscuridad. En poco tiempo se hallaron juntos los once apóstoles, excepto Tomás, llamado el Dídimo, que no pareció allí,

sin duda para ser otra prueba de que Jesucristo habia resucitado verdaderamente, como veremos despues. Con los apóstoles habian ido muchos discípulos y todos se encerraron en un edificio de la Galilea, ya por temor de los Judíos, y ya para esperar allí la visita del Señor resucitado. Mas antes que esta se verificase, tuvo lugar un suceso bien interesante y glorioso que habia de servir de última preparacion para la aparicion de Jesucristo resucitado á sus apóstoles y discípulos.

Se aparece el Señor á dos discípulos en Emaús.

Cuando menos lo esperaban, llamaron dos discípulos á la puerta, y como eran conocidos, luego se les dió entrada. Iban como fuera de sí de gozo. Uno se llamaba Cleofás, y acaso era el padre de Santiago el Menor. Se ignora el nombre del otro, aunque algunos presumen que se llamaba Cefás. Estos dos discípulos habian salido de Jerusalem como al medio dia para llegar al fin de la tarde al castillo ó aldea de Emaús, distante dos leguas de la capital, y hé aquí el suceso de su viaje, segun le refirió uno de ellos á Pedro y los demás apóstoles y discípulos y nos lo dejó escrito el Evangelista san Lucas.

En aquel mismo dia (de la resurreccion del Señor) iban dos discípulos á una aldea, llamada Emaús, que distaba de Jerusalem sesenta estadios (dos leguas). Ellos caminaban hablando entre sí de todas estas cosas que habian sucedido; y cuando iban preguntándose el uno al otro, acercándose el mismo Jesus, iba con ellos, pero sus ojos eran detenidos para que no le conociesen. Entonces les dijo el Señor : ¿Qué conversaciones son esas que traéis entre vosotros caminando? ¿y porqué estais tristes? Y respondiendo uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le dijo : ¿Tú solo eres peregrino en Jerusalem para no saber lo que allí ha pasado estos dias? ¿Pues qué ha sucedido? les preguntó el Señor; y ellos le res-

pondieron : (Ha sucedido) acerca de Jesus Nazareno, que fué un varon profeta, poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo; y como le entregaron los sumos sacerdotes y nuestros principes á condenacion de muerte y le crucificaron.

Mas nosotros esperábamos que seria Él quien redimiese á Israel, y ya hoy es el tercero dia que sucedieron estas cosas. Sin embargo unas mujeres de las nuestras nos han sobresaltado; porque habiendo ido antes de amanecer al sepulcro, y no habiendo hallado el cuerpo, han venido diciendo que han visto allí vision de ángeles, los cuales las han dicho que vive, y fueron algunos de los nuestras al sepulcro, y todo lo hallaron como las mujeres lo habian referido, mas no hallaron al Señor. Entonces les dijo Jesus : ¡Ó necios y tardos de corazon para creer todo lo que han dicho los profetas! ¡Pues qué, no convenia que Cristo padeciese y entrase así en su gloria! Y comenzando desde Moisés y desde todos los profetas, les interpretaba todas las Escrituras que hablaban de Él. En esto se acercaron al castillo (de Emaús) adonde iban; y Él dió á entender que iba mas adelante; pero le obligaron (á fuerza de ruegos) á detenerse, diciendo : Quédate con nosotros, porque es ya tarde y el dia ya á acabarse. Entró al fin en su casa ó alojamiento, y sucedió, que estando sentado á la mesa con ellos, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo alargaba. Ellos lo tomaron y lo comieron. Aqui se abrieron sus ojos y le conocieron, y el Señor se desapareció de su vista.

El sentir de los santos Padres es, que Jesucristo les dió su sacralísimo Cuerpo y preciosísima Sangre en el pan consagrado con su bendicion, recompensado con un exceso inmenso la caridad que habian usado con Él, obligándole con ruegos á entrar en su casa y sentarse á su mesa. Nunca podrian estar mejor dispuestos estos dichosos discípulos para recibir el adorable Sacramento, que despues de haber conversado con su divino Autor largo tiempo. ¡Pluguiese al cielo que nos cupiese á todos

los cristianos una conversacion semejante antes de recibirle! Una Comunión tan santa produjo los mas prodigiosos efectos. Se les abrieron los ojos para conocer al Señor, desaparecieron de su entendimiento todas las dudas acerca de su resurrección, y se encendió mas y mas su corazón en su amor.

¿Por ventura, se decían uno á otro, luego que quedaron solos, por ventura no ardía nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras? Diciendo esto, se levantaron en la misma hora, corrieron á Galilea á contar lo que les habia sucedido; y hallaron reunidos á los apóstoles y los discípulos, que estaban diciendo : Ha resucitado el Señor verdaderamente, y se ha aparecido á Simon.

Aparición del Señor á Simon.

Se ignora cuándo hizo Jesucristo esta consoladora visita á su penitente Simon Pedro, que tantas lágrimas habia derramado desde que negó á su divino Maestro; pero no parece que se puede dudar que fué anterior á la de los discípulos de Emaús, por ser la cabeza del Colegio apostólico y de su futura esposa la Iglesia; y por consiguiente, que tambien fué anterior á la de todos los demás apóstoles. Luego contaron estos dos discípulos cuanto les habia sucedido en el camino, y cómo habian conocido al Señor en partir el pan.

Se aparece á los apóstoles reunidos.

Cuando ya se hallaba muy adelantada la noche de aquel día, que era el domingo ó primero de la semana, estando cerradas las puertas donde se hallaban reunidos los apóstoles y discípulos, vino el Señor y se puso en medio de ellos. Como tenían bien cerradas las puertas



por miedo de los Judíos, y nadie las había abierto, todos turbados, juzgaban que veían un espíritu ó fantasma, pues no entendían que un cuerpo pudiese entrar donde no había entrada, porque ignoraban todavía los dotes de los cuerpos gloriosos. Jesucristo en los cuarenta días que mediaron desde su Resurrección hasta su Ascension á los cielos, suspendía en sus apariciones el dote de claridad, pero no el de agilidad, impasibilidad y sutileza; y en virtud de este último entró ahora en el edificio donde estaban congregados sus apóstoles y discípulos, á los que saludó con estas dulces palabras: La paz sea con vosotros. ¿Porqué estais turbados y afligen vuestros corazones pensamientos inquietos? No temais: yo soy, y al verle, le adoraron.

Les muestra las manos, los piés y el costado y les pide de comer.

Mas algunos dudaron todavía, y les dijo el Señor: Ved mis manos y mis piés, que yo mismo soy. Palpad y ved, que el espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo; y habiendo dicho esto, les mostró las manos, los piés y el costado. Mas como aun no lo acabasen de creer y estuviesen como fuera de sí de alegría, les dijo el Señor: ¿Teneis aqui algo que comer? Y ellos le presentaron parte de un pez asado, y un panal de miel. Les pidió de comer para convencerles, porque era tal el exceso de su gozo que les tenia trastornados, y tan fuera de sí, que no creían lo mismo que veían y tocaban; y desconfiando de sus propios sentidos, creían que soñaban. Comió el Señor delante de ellos (y á su vista) el pez y miel que le habian presentado, y para que viesan que habia comido del panal y del pez, sin variar este alimento, ni hacerle aparente, tomó las sobras y se las dió para que las comiesen. Todo esto era ya un exceso de condescendencia, si así puede decirse; sin embargo no pareció á nuestro amorosísimo Redentor

que hacia de mas para asegurar la fe de su resurreccion en los espiritus de aquellos que destinaba y disponia para morir en su defensa.

Les abre el sentido de las sagradas Escrituras.

Despues de unas pruebas tan palpables de su resurreccion, esto, les dijo, es lo que os hablé cuando estaba con vosotros : (á saber) que era necesario que se cumpliese todo lo que estaba escrito de mí en Moises, en los profetas y en los Salmos. Entonces les abrió el sentido de las Escrituras, diciendo : Así está escrito ; y así convenia que Cristo padeciese y resucitase al tercero dia de entre los muertos, y que en su nombre se predicase penitencia y remision de los pecados para todas las gentes, principiando por Jerusalem. Vosotros sois testigos de todas estas cosas ; que fué decirles : vosotros que lo habeis visto todo, lo predicaréis todo, y daréis noticia y testimonio á todo el mundo de mi vida, mi doctrina, mi Pasion, mi muerte y mi resurreccion.

Les autoriza para enseñar y bautizar á todas las gentes.

Toda potestad me ha sido dada en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándolas á guardar todas las cosas que os he mandado ; en cuyo mandamiento se ve, que no basta saber las verdades de la fe y creerlas, sino que es necesario tambien saber las reglas de las buenas costumbres y guardarlas todas, á lo menos en lo esencial y grave ; porque, como dice el apóstol Santiago, cualquiera que hubiese guardado toda la ley y faltase (gravemente) en uno de sus mandamientos, se ha hecho culpable de todos ; y así no basta, dice san Jerónimo, tener fe y haber recibido

el Bautismo, sino que es necesario observar todo lo que el Hijo de Dios ha mandado por sus apóstoles, que fueron los ministros de su divina palabra. Id, pues, por todo el mundo, les dijo el Señor, y predicad el Evangelio á toda criatura (á todos los hombres, á todas las naciones, sin excepcion de Judío, ni gentil, de bárbaro ni de pagano). El que creyere y fuere bautizado (y además guardare la ley) será salvo ; pero el que no, será condenado.

Estas son las señales que seguirán á los que creyeren (con fe viva). En mi nombre lanzarán los demonios ; hablarán nuevas lenguas ; quitarán las serpientes, y si bebiere alguna cosa (dañosa), no les dañará ; pondrán las manos sobre los enfermos, y sanarán. Todos estos milagros, de que nos habla san Márcos al concluir su Evangelio, fueron necesarios en el principio de la Iglesia para plantar la fe ; así como es necesario el riego del arbolito, dice san Agustin, para plantarle y hacer que arraigue y que crezca.

Promete su asistencia á la Iglesia hasta que se acabe el mundo.

San Mateo, apóstol y Evangelista, cuyo Evangelio es el mas largo de todos, le concluye aquí con esta consoladora promesa de su divino Maestro : Hé ahí que yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion del siglo. Promesa sobre la cual está fundada la duracion de la Iglesia, y contra la que en ningun tiempo prevalecerán, ni las potestades del mundo, ni las del infierno ; porque está Jesucristo con ella hasta la consumacion de los siglos.

Da facultad para perdonar los pecados.

Jesucristo habia ya conferido á sus apóstoles parte del sacerdocio quando en la última cena, instituyendo el san-

tísimo Sacramento, les había dado facultad para consagrar su cuerpo y su sangre, haciéndoles sacrificadores de la nueva alianza; también les había establecido ya predicadores de su divina palabra con poder para anunciarla en todo el mundo por sí, por sus sucesores, y por aquellos á quienes tuvieron á bien encargar este sagrado ministerio; y para darles un poder que jamás concedió á sus ángeles, la paz sea con vosotros, les dice. Como me envió mi Padre, así también yo os envío; y dicho esto, sopló sobre ellos, diciendo: Recibid el Espíritu Santo; á los que perdonáreis los pecados, perdonados les quedan; y á los que los retuviéreis, también les quedan retenidos. Soplo divino, que les dió autoridad para perdonar todos los pecados del mundo cometidos después del Bautismo, siempre que los pecadores se presenten al confesor con un corazón penitente, y manifiesten sus pecados según están en su conciencia, como dice el santo Concilio de Trento, á fin de que el confesor pueda juzgar y sentenciar con conocimiento de causa, y poner la pena ó penitencia justa. Soplo divino que produjo el Sacramento que ha descargado y descarga á tantas almas del peso enorme de sus culpas y que las purifica y hace dignas de entrar en el cielo. Finalmente, soplo divino al que deben la mayor parte de los cristianos adultos la gloria que poseen; porque es indudable, que de los que llegan al uso de la razón, lleva más al cielo la penitencia que la inocencia; y ¡ójala que los cristianos nos aprovechésemos con más frecuencia y más fruto de este remedio salvador que dejó Jesucristo en su Iglesia! En esta primera visita que hizo Jesucristo resucitado á sus apóstoles reunidos, no se encontró Tomás, y el Señor, después de formar su Iglesia, concederle facultades propias de su amada Esposa y dejarla autorizada para perdonar los pecados, desapareció y no volvió á aparecerse hasta el domingo siguiente; esto es, á los ocho días.

Acompañan á Jesucristo las almas del limbo.

Nada nos dicen los sagrados Evangelistas acerca de Jesucristo resucitado, por lo que hace á los cuarenta días que estuvo en el mundo hasta que subió á los cielos, más que sus apariciones; pero no hay razón para dudar que los pasó acompañado de los justos que había sacado del limbo hasta que subió con ellos al cielo á sentarse á la diestra de su eterno Padre. Por lo que toca á los apóstoles y discípulos, creemos que debieron pasar estos ocho días después de la Pascua escondidos por causa de la persecución de los Judíos, y esperando que su querido Maestro tuviese la bondad de volver á visitarlos; y en verdad que no fué vana su esperanza. Ya hemos dicho que Tomás no estaba con los demás apóstoles cuando vino Jesús en la noche del primer domingo, y que no se halló en aquella aparición. Tomás se presentó á los apóstoles en uno de los ocho días que mediaron hasta la aparición del domingo siguiente, y luego le dijeron los demás: Hemos visto al Señor; pero Tomás les contestó: Si yo no viere en sus manos la abertura de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de ellos, y mi mano (tan atroz fué la lanzada) en la abertura de su costado, no lo creeré. Recias eran estas condiciones, pero la piedad del Señor le sacó luego de su incredulidad con su condescendencia.

Se aparece al incrédulo Tomás.

El domingo segundo de la Pascua, ocho días después de la aparición, estando otra vez encerrados los apóstoles y discípulos (por miedo de los Judíos) y Tomás con ellos, vino el Señor, cerradas las puertas, y poniéndose en medio de ellos, les dijo: La paz sea con vosotros. Y después dijo á Tomás: Mete aquí tu dedo, y mira mis manos, y dame acá tu mano y métela en mi costado, y no quieras

ser incrédulo, sino fiel. Una condescendencia tan grande de parte de un hombre Dios debió ser para su discípulo una reprensión sumamente severa. No es creíble que Tomás se atreviese á tocar sus manos divinas y sagrado costado. Tomás, estremecido y temblando delante de su divino Maestro, cuya majestad no pudo sostener, solo acertó á articular estas cortadas palabras: ¡Señor mio y Dios mio!!! Confesion viva y fervorosa, pero tardia. Y así le dijo el Señor: Porque me has visto, Tomás, has creído. Bienaventurados los que no vieron y creyeron. Sin embargo Tomás hizo aquí un acto heroico de fe, porque confesando la humanidad que ve, confiesa la divinidad que no ve. Por otra parte la incredulidad de Tomás, dice san Jerónimo, contribuyó para afirmar nuestra fe, aun que la docilidad con que los demás creyeron.

No se habia hallado Tomás en la aparicion del primer domingo, en la que los otros apóstoles recibieron de Jesucristo la comision para predicar el Evangelio por todo el mundo, y la potestad para perdonar los pecados á todos los hombres, y debemos erer que fué ahora cuando se las concedió el Señor, despues de haber confesado con tanto fervor su divinidad. Con esto concluyó Jesucristo una aparicion dirigida, segun se ve, únicamente á la conversion del discípulo incrédulo, y en seguida desapareció.

Varias apariciones.

Volvió despues á aparecerse el Señor, primero á Cefás, y luego á Jacobo, que algunos quieren que fuesen dos discípulos del Señor, pero apenas cabe duda de que eran Pedro y Santiago, y luego se apareció á los once apóstoles reunidos; despues se manifestó otra vez á sus discípulos junto al mar de Tiberiades, y se manifestó así. Estaban juntos Simon Pedro, Tomás, Natanael, que algunos quieren que sea Bartolomé, Santiago y Juan, hijos del Zebedeo, y dos discípulos (que no nos da á conocer el

Evangelista), y le dijo Simon Pedro: Voy á pescar. Tambien vamos nosotros contigo, dijeron los demás.

Y entonces se dirigieron todos juntos al mar, entraron en un barco, y nada cogieron en aquella noche por mas redadas que echaron; pero cuando vino el dia se apareció Jesus en la ribera, mas no conocieron que era Jesus, y el Señor les dijo: Hijos, ¿teneis algo que comer? No, le respondieron; pues echad la red á la derecha del barco y hallaréis. Echaron la red, y ya no podian sacarla por la multitud de peces que traia (eran ciento cincuenta y tres). Entonces aquel discípulo, á quien amaba Jesus, dijo á Pedro: El Señor es. Al oír esto Pedro, se terció su manto (estaba cubierto solo con la túnica) y echó á andar, ó mas bien á correr, por el mar, como podia hacerlo por el terreno mas sólido y llano, y va á postrarse y abrazarse á los piés de su querido Maestro.

Ya en la vida mortal del Señor habian hecho los apóstoles otra pesca milagrosa y muy semejante á esta por su mandado y á su nombre, y aunque no se dice allí, como aquí, el número de peces que pescaron, se dice que fué tan grande que se rompía la red; y que al verlo Pedro, se arroja á los piés de Jesucristo, diciendo: Apartaos, Señor, de mí, porque soy un hombre pecador.

Mientras que abrazaba Pedro los piés de su divino Maestro y le adoraba, los demás apóstoles y discípulos venian con el barco, trayendo la red con los peces, porque el sitio donde se habia hecho la pesca milagrosa no distaba de la ribera sino como doscientos codos (cien varas). Luego que Pedro satisfizo los primeros impulsos de su tierno amor, volvió con prontitud á ayudar á sus compañeros. Tiró con ellos de la red y la trajo á tierra, llena de grandes peces, hasta el número de ciento cincuenta y tres, y por un nuevo prodigio, la red, aunque venia cargada sobre todo lo que naturalmente podia traer sin hacerse pedazos, no se rasgó ni rompió.

Cuando bajaron á tierra, vieron brasas dispuestas, un pez asándose sobre ellas y un pan á su lado. La cariñosa

providencia de Jesucristo habia preparado este desayuno á sus discípulos, porque debian estar muy fatigados, habiendo pasado toda la noche pescando y la mañana tirando del barco y de la red cargada de peces. Venid y comed, les dijo el Señor. Ellos vinieron y se recostaron, segun su costumbre, para comer; pero ninguno se atrevia á preguntar, ¿quién sois? sabiendo que era el Señor. Entonces Jesus se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo hace con el pez.

Pregunta á san Pedro hasta tres veces si le ama.

Era esta ya la tercera vez que se manifestaba Jesucristo á sus apóstolos reunidos, despues que habia resucitado de entre los muertos. El dia de su Resurreccion, ó primer domingo, se manifestó á diez; porque Judas Iseariote se habia ya ahorcado, y Tomás no pareció por allí, como dejamos ya dicho. Ocho dias despues, ó el domingo segundo, se apareció á los once que componian entonces el Colegio apostólico, habiéndose reunido ya Tomás. Y en fin, el dia de hoy se manifestó junto al mar de Tiberiades; mar célebre por la multitud de milagros que el Señor habia hecho en él y sus riberas en los tres años de su predicacion.

No se concluyó esta tercera aparicion con una pesca feliz y milagrosa. Asunto mas elevado iba á tratar el Señor. Acabada la comida, preguntó á Simon Pedro: Simon, hijo de Juan, ¿me amas mas que estos? La pregunta parecia una sorpresa, pero Simon no se sorprendió, sino que respondió con su acostumbrada viveza: Vos, Señor, sabeis que yo os amo. Pues apacienta mis corderos. Muy reconocido debió quedar Pedro á la honra que le dispensaba su divino Maestro encargándole el cuidado de apacentar sus corderos; pero debió quedar tambien muy sorprendido cuando oyó que el Señor le preguntaba segunda vez: Simon, hijo de Juan, ¿me amas?

Sí, Señor, respondió como la primera vez, vos, Señor, sabeis que yo os amo. Pues apacienta mis corderos. No pensaba ya el apóstol fervoroso sino en corresponder á la confianza que de él hacia su querido Maestro, cuando le pregunta por tercera vez: Simon, hijo de Juan, ¿me amas? Era necesario tener todo el amor que profesaba el primero de los discípulos á su divino Maestro para conocer toda la inquietud que debió causar en su pobre corazon una pregunta tantas veces repetida. Los mas tristes pensamientos, las imaginaciones mas melancólicas, la pena y la tristeza mas profunda debieron apoderarse de su alma. Él amaba mucho, pero estas repetidas preguntas le hacian temer que no amaba. Él veía sus flaquezas pasadas, y estas le sumergian en un mar de amargura. Sumamente contristado al oír tercera vez la misma pregunta, vos, Señor, respondió, vos conoceis todas las cosas. Vos sabeis que yo os amo. Pues apacienta, le dijo el Señor, mis ovejas.

Le constituye cabeza de la Iglesia.

Muy breves fueron estas palabras; pero ¡con cuánto exceso no recompensaron las amarguras que acababa de experimentar el pobre apóstol! Muy compendioso era este encargo; pero ¡á cuánto no se extendía! Por él puso Jesucristo al cuidado de Pedro, no solo todo el rebaño, representado en los corderos, sino tambien todos los pastores de este rebaño, representados en las ovejas. Por él constituyó á Pedro Pastor de todos los Pastores, Obispo de todos los Obispos, Principe de todos los Principes de la Iglesia; y en fin, su Vicario ó encargado de hacer sus veces en la tierra. Tal fué constituido aquí Pedro por Jesucristo, y tales serán sus sucesores hasta el fin de los siglos. De aquí nace que todos los fieles al pronunciar el nombre del Principe de la Iglesia, se sientan, por un género de instinto religioso, penetrados de la mas pro-

funda veneracion, y de aquel amor y respeto que los hijos bien nacidos y criados tienen á sus padres; pero si Pedro quedaba constituido por Jesucristo cabeza de la Iglesia y puesto al frente de todo el rebaño, tambien debia defender á la Iglesia y dar hasta la última gota de su sangre por el rebaño; y esto fué lo que le recordó aquí su divino Maestro en las siguientes palabras: En verdad, en verdad te digo, que cuando eras jóven te ceñias tú, é ibas adonde querias; mas cuando fueres anciano, extenderás tus manos, y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras.

Habia preguntado el Señor á san Pedro hasta tres veces si le amaba, no porque desconfiase de su amor, sino para reparar con tres confesiones sus tres negaciones; para disponerle á tomar sobre sí el peso inmenso de cuidar de todo su rebaño, y para hacerle entender que debia amarle hasta la muerte, á la que le llevarian, no la enfermedad, sino los verdugos. Esta profecía, léjos de afligir á san Pedro, solo hizo que suspirase en adelante por el honor de verla cumplida muriendo en una cruz, no cabeza arriba, como su divino Maestro, sino cabeza abajo, como lo pidió su humildad.

Pregunta Pedro á Jesucristo sobre el destino de Juan.

Jesucristo, despues de poner á Pedro al frente de su Iglesia, le dijo: Sígueme; pero volviéndose Pedro, vió que tambien le seguia aquel otro discípulo á quien amaba el Señor, y que en la noche de la Cena estuvo recostado sobre su pecho, y le preguntó, quién era el que le habia de entregar. Sabia Pedro la ternura con que el Señor amaba á este privilegiado discípulo, y se determinó á preguntarle: Señor, y este ¿qué? Como si dijera: me habeis mandado que os siga, ¿y vendrá este conmigo? El Señor no juzgó conveniente satisfacer una curiosidad de su apóstol, aunque fuese motivada por el deseo de que

le acompañase su amado Juan, y contestó: Así quiero que él quede hasta que yo venga; ¿qué te va á tí? tú sígueme. Y luego se corrió la voz entre los hermanos de que aquel discípulo no moriria; y no dijo Jesus á Pedro que no moriria, sino que así queria que quedase hasta que Él viniese. Jesucristo habia prometido en el tiempo de su vida mortal á los dos hermanos Santiago y Juan que beberian el cáliz (de amargura) que Él habia de beber. No queria el Señor revocar estar promesa, privándoles del grande honor de beber su mismo cáliz, y solo intentaba anunciar que Pedro le beberia antes que Juan.

Último siglo de la sinagoga y último siglo del mundo.

Los apóstoles reconocian dos venidas de su divino Maestro. Una cercana y dirigida á destruir, por medio de los Romanos, á los obstinados defensores de un culto abolido por la venida del Mesias y por el cumplimiento de las profecias; y otra distante ordenada á condenar al fin del mundo á todos los malos, y á premiar á todos los buenos. Los apóstoles y discípulos del Señor juzgaron que Juan permaneceria hasta el fin del mundo, que era la segunda venida, y Jesucristo solo hablaba de la primera, y queria decir: que permaneceria hasta la consumacion del siglo, no del siglo del mundo, sino del siglo de la sinagoga, que debia acabar con su Jerusalem y su templo, y así se verificó; porque san Pedro murió como cinco años antes de ser destruida Jerusalem y el templo por los Romanos; y san Juan como treinta despues de esta destruccion, que acabó con el siglo de la sinagoga, su Jerusalem, su templo y su culto.

Aparicion de Jesucristo á los once apóstoles y mas de quinientos discipulos.

Estos notables modos de pensar, acerca de la vida del discipulo amado, se dispararon luego que la luz celestial fué comunicada á los apóstoles por el Espíritu Santo, cuando vino sobre ellos. Con la manifestacion de la predileccion que Jesucristo profesaba á este discipulo, se concluyó esta aparicion, en la que el Señor habia constituido á san Pedro cabeza de la Iglesia y su Vicario en la tierra. Estaban los apóstoles y discipulos en la Galilea, en cuyo mar se habia verificado la pesca milagrosa, y en aquella provincia quiso dejarse ver el Señor de los once apóstoles y de mas de quinientos hermanos ó discipulos. Ninguna circunstancia nos dicen los Evangelistas de esta aparicion mas que el crecido número de discipulos á quienes se apareció, porque el Padre eterno, segun se puede conjeturar de su profundísima y altísima providencia, quiso multiplicar los testigos de la gloriosa Resurreccion de su santísimo Hijo; de esta verdad tan superior á la razon humana, que jamás habia tenido ejemplo en el mundo; pues, aunque habian sido resucitados algunos muertos en el discurso de los siglos, nunca se vió que algun muerto se resucitase á sí mismo.

Aparicion á Santiago y otras que no se expresan.

Despues de esta aparicion, se se siguió otra á Santiago el Menor, hijo de Cleofás, por otro nombre Alfeo, y uno de los apóstoles. Tampoco se dice circunstancia alguna de esta aparicion, y con ella se concluyeron las particulares de Jesucristo, excepto la del dia de su triunfante Ascension á los cielos, de la que hablaremos á su tiempo; pero es necesario tener presente que hubo otras muchas

apariciones, que solo se nos han anunciado en términos generales, como lo vemos en los *Hechos apostólicos*. He hablado, dice san Lucas escribiendo á Teófilo, en mi primer sermón (mi Evangelio) de todas las cosas que comenzó Jesus á hacer y enseñar hasta el dia en que fué llevado, despues de haber instruido por el Espíritu Santo á los apóstoles que habia elegido, á los cuales se mostró tambien vivo en muchas pruebas (apariciones), hablándoles del reino de Dios.

Aparicion á la santísima Virgen.

Nos resta hablar de una aparicion la mas tierna, la mas amable, la mas frecuente y la mas interesante, que fué la del benditísimo Hijo á su benditísima Madre. No se puede dudar por un alma cristiana sin una manifesta impiedad, que la santísima Virgen fué la primera á quien se presentó su santísimo Hijo resucitado. Si la Magdalena mereció por su amor ser el primer testigo de la resurreccion de Jesucristo, ¡qué no mereceria por su amor la Madre del divino Amor! Maria santísima no solo fué la primera criatura del mundo á quien se presentó Jesucristo resucitado, sino que fué visitada continuamente de su santísimo Hijo en los cuarenta dias que estuvo en la tierra desde su gloriosa Resurreccion hasta su triunfante Ascension á los cielos. Se presentaba este amantísimo Hijo á su amantísima Madre, y la daba los testimonios mas tiernos de su divino amor, para hacerla en la tierra tan dichosa, cuanto podia serlo antes de entrar á reinar con Él en el cielo. Pensar de otro modo es rebajar el amor del Hijo y la felicidad de la Madre, y si un estado de tanta felicidad no se manifestaba, era porque el divino Hijo le concedia á su querida Madre, no para que sirviese, como las apariciones hechas á los apóstoles, discipulos y mujeres, de prueba de su Resurreccion, sino para hacerla dichosa.

Aparición á los apóstoles y discípulos en el Cenáculo.

Pero la obra de la salvacion del género humano se adelantaba y tocaba en su fin ; y cuando el Señor la consideró concluida por su parte y que solo faltaba que el Espíritu Santo viniese sobre ella, trató de volverse á los cielos, de donde habia venido, y enviar este soberano Paráclito, ó Espíritu consolador, como lo tenia prometido, y quedarse reinando para siempre á la diestra de su eterno Padre. Para esto ordenó á sus apóstoles y discípulos que se hallasen en Jerusalem el día cuarenta de su Resurreccion. Ellos lo hicieron como lo ordenaba su divino Maestro, y cuando en la mañana de aquel día se hallaban reunidos en el Cenáculo, se les apareció, les dió la paz, comió por última vez con ellos, y estando comiendo, les dijo : Voy á enviar sobre vosotros al Prometido de mi Padre. Vosotros estáis en la ciudad hasta que seais revestidos de la virtud de lo alto. Esperad en ella la promesa del Padre que oísteis de mi boca ; porque Juan, en verdad, bautizó en agua, mas vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo no mucho despues de estos días. Entonces los que se hallaban congregados le preguntaban, diciendo : Señor, ¿ si restituiréis en este tiempo el reino de Israel ? Aun continuaban prevenidos de sus terrenas esperanzas acerca del restablecimiento del reino temporal de Israel, y no se desprendieron de ellas hasta que fueron alumbrados por el Espíritu Santo el día de su venida. No os toca á vosotros, les dijo el Señor, saber los tiempos ni los momentos que el Padre puso en su potestad ; pero recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y entonces me seréis testigos (de todo) en Jerusalem, en la Judea y Samaria y hasta en lo último de la tierra. Concluido este último encargo, salió con ellos del Cenáculo, y se dirigió por Betania al Monte Olivete, que llamaban Monte inclito y *Monte santo* ; á aquel monte

famoso por su frondosidad, altura y hermosura; mas famoso por el memorable huerto que habia en su ladera, en el que sudó sangre el Señor, y donde fué preso para ser crucificado, y que iba á hacerse mas famoso desde este dia por su Ascension desde él á los cielos. Acompañado, pues, el Señor de su santísima Madre, rodeado de sus apóstoles y seguido de sus discípulos hasta el número de ciento y veinte, salió de Jerusalem cerca de las doce del juéves, que era el cuarenta de su Resurreccion; y formando una procesion la mas santa del mundo, porque la presidia el Hijo de Dios, y la adornaban su santísima Madre y los once Principes de la Iglesia, caminaron al Monte Olivete, adonde llegaron á las doce, hora señalada por el Señor para subir á los cielos.

Ascension del Señor á los cielos.

En este momento levanta sus manos divinas, les bendice, y bendiciéndoles comienza á elevarse delante de ellos. Le veian subir con un movimiento majestuoso y pausado, á fin de que todos quedasen bien convencidos de su triunfante Ascension; así como lo estaban de su gloriosa Resurreccion por las frecuentes apariciones y comunicaciones que en los cuarenta dias tuvo con ellos. Al verle elevarse, todos se arrodillan, le adoran, y clavados en Él sus ojos, le siguen hasta que una hermosa y resplandeciente nube, poniéndose bajo de sus divinos piés, comienza á ocultarle. Era esta nube al principio como un velo trasparente para no privarles de su vista de repente, pero se fué condensando hasta que le ocultó enteramente. Entonces el divino Triunfador del infierno penetró en un momento por todos los cielos y fué á sentarse á la diestra de Dios su eterno Padre.

¡Qué espectáculo para unas almas que le aman tiernamente! ¡Y sobre todo para la santísima Virgen, que ve al Hijo de sus entrañas subir triunfante á los cielos!



¡Qué encuentro de sentimientos para esta amabilísima compañía! La ausencia del Señor pedía lágrimas de pena, y su gloria las pedía de alegría. Suspensos entre estos dos poderosos afectos, ni pueden hablar, ni aciertan á separarse del lugar desde donde le han adorado. Poseídos de un género de éxtasis, solo se ocupan en mirar el camino por donde se les ha subido y ausentado su Amado; y en dirigir sus bendiciones y sus alabanzas al Triunfador del pecado y de la muerte.

Permanecían inmóviles mirando al cielo, aunque había ya bastante tiempo que la nube le había ocultado á sus ojos, y no es fácil conjeturar cuál habría sido el término de su enajenamiento, si dos ángeles, vestidos de blanco, y bajo la forma de figuras humanas, no se hubieran presentado y les hubieran hecho volver en sí mismos, diciéndoles: Varones de Galilea, ¿porqué estais mirando al cielo? Este Jesus que habeis visto subir al cielo, así vendrá (á juzgar al mundo) como le habeis visto subir al cielo; entonces, adorándole, se volvieron á Jerusalem con grande gozo, y habiendo entrado en el Cenáculo, subieron á la parte superior y allí permanecieron Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago, hijo de Alfeo, y Simon, el celoso, y Judas (hermano de Santiago el Menor). Todos estos perseveraban unánimes en la oracion con las mujeres y con los que se llamaban parientes del Señor, y tambien con Maria, Madre del Señor, á la que cuida de nombrar separadamente el sagrado Evangelista por causa de su dignidad incomparable. Allí esperaban al divino Paráclito, ó Espíritu consolador, en continua oracion, que no interrumpian sino para hacerla en el templo, en donde estaban siempre, dice san Lucas, alabando y bendiciendo á Dios.

Amen.

Aquí concluyó este escritor sagrado el Libro divino de su Evangelio, dándonos en seguida otro libro divino con el título de *Hechos de los Apóstoles*, que es el siguiente:

pero antes de principiar su compendio, es indispensable copiar las palabras con que cierra san Juan su Evangelio, porque son aquí muy considerables. *Otras muchas cosas hay tambien que hizo Jesus*, dice este sagrado Evangelista al concluir, *las cuales, si se escribiesen una por una, me parece que ni aun en el mundo cabrian los libros que habrian de escribirse.*

Amen.



HECHOS APOSTÓLICOS.

Con la subida de Jesucristo á los cielos se habia concluida la obra de la redencion del género humano. En su Encarnacion habia tenido principio; en su vida se habia preparado; en su dolorisima Pasion y santísima muerte se habia obrado, y en su gloriosa Resurreccion y triunfante Ascension á los cielos se habia testimoniado y firmado. Solo faltaba anunciar al mundo su felicidad, y esta era la obra de que iban á encargarse los apóstoles. Pero ¿y cómo ejecutarla? El Evangelio era para los Judios un escándalo, y para los gentiles una locura. Sin embargo ella habia de anunciarse, y esto era á lo que se daba principio hoy en el Cenáculo.

Faltaba un apóstol para componer el número de los doce que habian de tomar sobre sí la conversion del universo; y san Pedro, como cabeza de la Iglesia, se levantó en medio de los hermanos (eran como ciento y veinte) y les dijo: Conviene que se cumpla la Escritura que predijo el Espíritu Santo por boca de David, acerca de Judas que fué el capitán de aquellos que prendieron á Jesus, el cual era contado con nosotros y tenia parte en nuestro ministerio. Este, pues, poseyó un campo del

precio de la iniquidad, y colgándose, reventó por medio y se derramaron todas sus entrañas; lo cual se hizo tan público á todos los habitantes de Jerusalem, que aquel campo fué llamado en su lengua *Hacéldama*, que quiere decir Campo de sangre, porque fué comprado con el precio que entregaron á Judas los hijos de Israel por la sangre de Jesucristo. Por eso está escrito de Judas en el libro de los Salmos : Quede su habitacion desierta; no haya quien more en ella, y tome otro su obispado.

Es elegido apóstol san Matias en lugar de Judas el traidor.

Conviene, pues, dijo san Pedro, que de estos varones que han estado en nuestra compañía todo el tiempo que entró y salió entre nosotros el Señor Jesus, desde el bautismo de Juan hasta el dia en que fué tomado de nosotros y se subió al cielo, sea uno testigo de su Resurreccion con nosotros; y señalaron á dos : á José, que se llamaba *Barsabas*, y tenía el sobrenombre de *Justo*, y á *Matias*; y orando, dijeron : Vos, Señor, que conocéis los corazones de todos, mostradnos á cuál de estos dos habeis escogido para que ocupe el lugar del ministerio y apostolado de Judas que, por su prevaricacion, cayó parar ir á su lugar (que era el infierno); porque, como dice san Bernardo, este alevoso, que habia vendido al Hijo de Dios, no podía ser admitido en el cielo, ni sostenerle la tierra, y solo el infierno podia recibirle y encerrarle. Hecha la oración, esperaban todos la declaracion del Señor, pero el Señor no se declaraba. Entonces los apóstoles recurrieron á las suertes. Veían en la sagrada Escritura varios ejemplares de haberse acudido á este medio para saber la voluntad del Señor, cuando era muy importante el asunto, y tambien leían en ella, que puestas las suertes en el cántaro de un modo legitimo, Dios las dirigia. Fundados en estas verdades, pu-

sieron las bolas en el cántaro y cayó la suerte sobre Matias, y desde aquel momento Matias, que solo era un discípulo, fué contado entre los doce apóstoles.

Es verdad que no se eligieron por este medio los Obispos y ministros de la Iglesia en lo sucesivo; pero, como aquí se trataba de elevar á un puro discípulo á la dignidad de apóstol, y no se tenía ejemplar, san Pedro y sus compañeros convinieron en poner esta eleccion en manos del Señor, y contando con su divina voluntad, entregarla á la decision de la suerte. Con esta eleccion quedó lleno el número de los apóstoles, y completo el Colegio apostólico. Entonces la santísima Virgen, los apóstoles, los discípulos y las mujeres, que componian toda la Iglesia de Jesucristo, se prepararon, como buenos Israelitas, á celebrar la fiesta de las *Semanas*, que eran siete y componian los cincuenta dias que mediaron desde la Pascua ó salida de Egipto, hasta la publicacion de la ley sobre el monte Siná. Esta fiesta se llamó despues *Pentecostes*, que en griego significa cincuenta; esto es, los cincuenta dias que pasaron desde la Resurreccion de Jesucristo hasta la venida del Espíritu Santo. Celebraban los Judíos tres grandes fiestas; á saber : la del sábado ó descanso, la de la Pascua, ó salida de Egipto, y las de las siete Semanas ó los cincuenta dias, y en esta vino el Espíritu Santo, esto es, cuando se cumplian los cincuenta dias de la Resurreccion de Jesucristo.

Venida del Espíritu Santo. ®

Estando la santísima Virgen, los apóstoles, los discípulos y las mujeres reunidos en el Cenáculo, en número de ciento y veinte, como hemos dicho, celebrando ya la Pascua con la oracion y reposo que pedia la santificación de la fiesta; á las nueve de la mañana, que era la hora en que se ofrecían los panes de trigo nuevo y las víctimas que ordenaba la ley, se oyó de repente un ruido

del cielo, como de un viento que soplaba con ímpetu, y conmovía toda la casa, donde estaban sentados. Esté viento impetuoso era simbolo de la presencia del Espíritu Santo, como los truenos del monte Sinai lo habian sido en otro tiempo de la presencia del Señor. En seguida de este viento impetuoso aparecieron unas lenguas repartidas, como de fuego, que reposó sobre cada uno de ellos. Entonces todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron á hablar en varias lenguas, segun el Espíritu Santo les daba que hablasen. Habia en aquellos dias en Jerusalem, con motivo de la Pascua, una multitud de hijos de Abraham, varones religiosos que habian venido de todas las naciones que hay bajo del cielo, dice el texto sagrado, á celebrarla. Tambien habia gentiles en gran número que habian concurrido á la fiesta. Oido este ruido por toda la ciudad, se reunió la multitud y quedó pasmada porque les oían hablar cada uno en su propia lengua. Estaban todos atónitos, y se decian llenos de asombro, ¿por ventura, estos que nos hablan, no son todos Galileos? ¿pues cómo les oimos nosotros hablar cada uno en la lengua en que hemos nacido? Aqui nos hallamos Partos, Medos y Elamitas; de los que moran en Mesopotamia y Capadocia; en Ponto y en Asia; en Frigia y en Panfilia; en Egipto y las tierras de la Libia; y los que han venido de Roma; y tambien de los Judíos y prosélitos; y de los Cretenses y Árabes... y todos les oimos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios. Todos se pasmaban, y todos se asombraban, diciendo, ¡qué quiere ser esto! Mas algunos (los escribas y fariseos) dijeron, burlándose: Estan llenos de mosto.

Ceguedad de los escribas y fariseos.

Quando los escribas y fariseos no podian negar los milagros de Jesucristo, los atribuian, como ya hemos visto, á operacion del príncipe de los demonios; ahora

que tampoco pueden negar los portentos del Espíritu Santo, los atribuyen á una operacion todavía mas injuriosa, á la operacion del mosto. ¿No veian estos ciegos voluntarios que no habia mosto en la estacion en que se hallaban, que era la primavera? ¿No sabian ó mas bien no querian recordar que no era permitido á los hijos de Abraham desayunarse hasta pasada la hora de la oracion y del sacrificio que se ofrecia á las nueve de la mañana? ¿No les convence ver asombrada una multitud innumerable, compuesta de su nacion y de todas las naciones del mundo, al presenciar un portento inaudito, que solo visto podia ser creído? ¡Hablar en todas las lenguas con claridad y perfeccion unos Galileos que apenas saben la suya, entender cuanto les dicen los hombres de todas las naciones, y hacer entender á todos los hombres de todas las naciones cuanto ellos les dicen!!! Esto, repito, solo visto, puede ser creído. Sin embargo estos incrédulos tienen el atrevimiento ó mas bien la desvergüenza de negar tantos y tan asombrosos portentos delante de la multitud que les está presenciando.

Se convierten en el primer sermón de san Pedro cerca de tres mil personas.

San Pedro no juzgó conveniente dejar que pasase tan buena ocasion, no solo para confundir á los incrédulos, sino tambien para confirmar á los fieles en la fe. Rodeado de apóstoles y discípulos, como en otro tiempo su divino Maestro, cuyo lugar ocupaba, se levanta, y esforzando su voz, principia un largo discurso, que vamos á dar solo en compendio, consultando á la brevedad. Varones de Judea, dijo, y vosotros los que habitais en Jerusalem, séaos esto notorio y sean oídas con atencion mis palabras. No por cierto, no estan embriagados estos mis compañeros, como vosotros pensais, porque aun son

las nueve del día y no se han desayunado; sino que esto que estais viendo y oyendo es lo que dijo el profeta Joel : Y sucederá en los últimos días (de la sinagoga), dice el Señor, que yo derramaré de mi Espíritu sobre toda carne; y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y verán visiones vuestros jóvenes, y soñarán sueños vuestros ancianos. Derramaré de mi Espíritu en aquellos días sobre mis siervos y sobre mis siervas y profetizarán. Este es lo que estais viendo y oyendo en este día, y sucederá que cualquiera que invocare el nombre del Señor será salvo.

Varones de Israel, oid estas palabras. Á Jesus Nazareno, Varon aprobado por Dios entre vosotros con virtudes, prodigios y señales que Dios obró por su poder en medio de vosotros, como vosotros tambien sabeis... á este Jesus, que por decretos de Dios fué entregado á la muerte en remision de nuestros pecados... á este Varon... vosotros le matéis, crucificándole por mano de los malvados (Judas, Pilatos, escribas, fariseos, doctores de la ley y soldados romanos). Pues á este (Jesus) ha resucitado Dios, sueltas las ataduras del sepulcro, por cuanto era imposible que fuese detenido en él. Dios le resucitó, de lo cual somos testigos todos nosotros. Por esto sepa ciertísimamente toda la casa de Israel, que Dios ha hecho Señor (de todas las cosas) y Cristo, á este Jesus, á quien vosotros crucificásteis.... Y oidas estas cosas la multitud, penetrada de dolor y arrepentimiento, dijo á san Pedro y á los otros apóstoles : ¿Y qué haremos, varones hermanos? Entonces les dijo san Pedro : Haced penitencia y bauticese cada uno de vosotros en nombre de Jesucristo para la remision de vuestros pecados y recibiréis el don del Espíritu Santo; porque á vosotros ha sido hecha la promesa, y á vuestros hijos y á todos los que estan léjos, cuantos quisiere llamar á sí el Señor, nuestro Dios. Esto lo atestiguó san Pedro con otras muchísimas razones, y les exhortaba diciendo : Salvaos de esta generacion perversa. Los que recibieron

su sermón fueron bautizados y agregados á la Iglesia de Jesucristo en número de cerca de tres mil personas.

Breve pintura de las costumbres de los primeros cristianos.

Hacian los apóstoles muchos prodigios y señales en Jerusalem, y en todos los fieles habia gran temor á vista de los portentos que obraban. Todos perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión de la fracción del pan y en la oración, tanto en las casas particulares como en el templo á las horas de la oración pública y otras que les dictaba su devoción. Todos los que creían, vivían unidos, no precisamente en una habitación, sino en un mismo corazón, en un mismo espíritu y en una misma voluntad. Tenían todas las cosas comunes. Vendían sus posesiones y haciendas y las repartían entre todos, conforme á la necesidad de cada uno. Todos poseían lo de todos, y cada uno lo de cada uno, desterrando así de su corazón *el tuyo y el mio*, que es la raíz de todos los males, é imitando así en la tierra, dice san Juan Crisóstomo, la vida de los ángeles en el cielo. Todos los días estaban mucho tiempo en el templo, orando unánimemente, y todos los días se repartía el pan por las casas, tomando cada uno el alimento y la comida en alegría y sencillez de su corazón, alabando á Dios y hablando gracia en todo el pueblo con su vida admirable, y con sus heroicas virtudes se arrebatában hácia sí los corazones de todos. Y el Señor aumentaba cada día los que se habían de salvar en esta preciosa unidad.

¡ Dichosos por cierto aquellos primeros tiempos de la Iglesia en los que aun el comun de los fieles dejaba envidiar á los que en los tiempos sucesivos han hecho profesion de la vida mas perfecta! ¡ Dichosos aquellos tiempos en los que todos los cristianos se aplicaban con el mayor fervor á cumplir las obligaciones que habían

contraído en el Bautismo, en cuyo cumplimiento consiste la vida eterna! Es verdad que los usos y costumbres de los primeros cristianos eran, no en lo esencial, sino en lo accidental, diferentes de los de nuestros días; pero debían serlo ciertamente, pues de otro modo convenía que se gobernase en muchas cosas la Iglesia cuando nacía y empezaba á formarse en medio de reinos idólatras, que cuando llegó á estar sólidamente establecida en medio de reinos cristianos, y reinando como Esposa del Cordero sobre los mismos reyes que reinan.

San Pedro y san Juan curan á un cojo de nacimiento.

El primer suceso de gran consideracion que nos refiere la sagrada Escritura, despues de habernos hecho la pintura del nacimiento de la Iglesia, de su prodigioso aumento y de sus admirables costumbres, es el milagro del cojo, curado á la entrada del templo. San Pedro y san Juan, compañeros inseparables hasta que les obligaron á tomar distintos caminos sus respectivos destinos, subían al templo á la oracion pública de la hora de nona. Mientras que subsistía en su autoridad la sinagoga, los discípulos de Jesucristo no tenían inconveniente, y aun miraban como una obligacion, asistir á los ejercicios de religion con los discípulos de Moises. Un hombre, que era tan cojo desde el vientre de su madre que no podia valerse en manera alguna de sus piés, se hacia llevar todos los días á la puerta del templo, llamada *Especiosa*, para pedir limosna á los que entraban por ella. Este hombre, cuando vió á san Pedro y san Juan, que iban á entrar, pedia que le diesen limosna; mas san Pedro, fijando en él los ojos juntamente con san Juan, le dijo: Miranos; y él los miraba atentamente, esperando que iba á recibir de ellos alguna cosa; pero le dijo san Pedro: No tengo oro ni plata, mas lo que tengo, eso te doy. En nombre de Jesucristo Nazareno levántate y

anda; y tomándole de la mano derecha, le ayudó á levantarse. En este momento se consolidaron sus tobillos y sus plantas, y dando un salto para probar su salud, se puso de pié, echó á andar y á brincar y entró con ellos en el templo andando y saltando y alabando al Señor. Su alegría era tal que no acertaba á andar, sino á brincar y saltar, y con estos trasportes de gozo hasta parecía faltar al decoro del templo, ¡falta bien perdonable!

La multitud que entraba y salía con motivo de ser la hora de la nacion, veía al cojo andando y saltando y alabando á Dios delante de sus bienhechores. Tenía ya este hombre mas de cuarenta años y era muy conocido de todos despues de tanto tiempo que pedia limosna á la puerta del templo, y todos quedaron atónitos y como fuera de sí, por lo que le habia sucedido. Estando el curado asido de san Pedro y san Juan, corrió á ellos todo el pueblo. La noticia de este portento se extendió por toda la ciudad y todos acudieron atónitos al pórtico de Salomon, donde se encontraba el cojo con san Pedro y con san Juan, sus bienhechores.

Otro sermón de san Pedro en el que se convierten cinco mil hombres.

Cuando san Pedro vió reunida delante de sí aquella multitud, tomó la palabra, y respondiendo á la admiracion de todos, les dijo: Hijos de Israel, ¿porqué os admirais de esto, y porqué poneis vuestros ojos en nosotros, como si por nuestra virtud ó poder hubiéramos hecho andar á este hombre? El Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob, el Dios de nuestros padres ha glorificado á su Hijo Jesus, á quien vosotros, en verdad, entregásteis, y á quien negásteis delante de Pilatos, juzgando Pilatos que debia ser suelto. Mas vosotros negásteis al Santo y Justo, y pedísteis que se os concediese un hombre homicida (pedísteis la vida del

que mataba á los hombres, é hicisteis morir al que les daba la vida). Pues á este Autor de la vida que vosotros matásteis, resucitó Dios de entre los muertos, de lo que somos nosotros testigos; y en la fe é invocacion de su santísimo Nombre se han consolidado los piés á este hombre á quien vosotros habeis visto y conocido (cojo por tantos años) y ha recibido entera salud á la vista de todos vosotros. Ahora, pues, hermanos, yo sé que lo hicisteis por ignorancia, como tambien vuestros príncipes. (Esta ignorancia era inexcusable; pero san Pedro disminuye cuanto le es posible el horror del delito para no ponerlos en desesperacion. Así lo habia aprendido de su divino Maestro, que dijo al espirar: Perdonadlos, Padre mio, porque no saben lo que hacen). Dios habia anunciado por boca de todos sus profetas, continuó san Pedro, que padecería Jesucristo, y así lo ha cumplido. Arrepentíos, pues, y convertíos para que vuestros pecados os sean perdonados. Vosotros sois los hijos de los profetas y del Testamento que ordenó Dios á vuestros padres, diciendo á Abraham: Todas las generaciones serán benditas en tu descendencia. Dios resucitando á su Hijo, le ha enviado, primeramente á vosotros, bendiciéndoos para que cada uno se convierta de su iniquidad... Aquí cesó de hablar el apóstol; y creyeron muchos, y fué el número solo de los varones hasta cinco mil.

Prision de los apóstoles y del cojo.

Una conversion tan numerosa llamó la atencion de los enemigos de los apóstoles, y estando estos hablando á la multitud, despues del discurso de san Pedro, sobrevinieron los sacerdotes, el magistrado del templo y los saduceos, quejándose de que enseñasen al pueblo y predicasen con el ejemplo de la Resurreccion de Jesucristo la resurreccion de los muertos. Estaba ya muy cercana

la noche, y no habia tiempo para formar un proceso contra los apóstoles, y así se contentaron con dispersar las gentes que habian visto el milagro del cojo y oido el sermón de san Pedro, con poner en prision á los apóstoles y al cojo y con juntar para la mañana siguiente un concilio, compuesto de Anás y su yerno Caifás, sumos pontífices; de Juan y de Alejandro, sus vicarios; de todos los que eran del género sacerdotal; de todos los príncipes; de todos los ancianos, y de todos los escribas ó doctores de la ley. El concilio era muy numeroso, y sin duda se quiso imponer con él á los apóstoles, pero no eran ya estos unos hombres á quienes hacia temblar la voz de una criada; eran ya los fuertes de Israel que, llenos del Espíritu Santo, iban á vencer el mundo y sus iniquidades.

Acompañados del cojo los apóstoles, fueron presentados en la mañana siguiente ante aquella imponente reunion, y preguntados: ¿En qué poder ó en nombre de quién habian curado aquel cojo? Lleno entonces san Pedro del Espíritu Santo, oid, príncipes del pueblo y ancianos, les dijo; puesto que hoy somos juzgados acerca del bien hecho á un hombre enfermo, y que se nos pregunta, ¿por virtud de quién ha sido sano? Sea notorio á todos vosotros y á todo el pueblo de Israel: que está sano este hombre delante de vosotros en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, á quien vosotros crucificásteis, y á quien Dios resucitó de entre los muertos. Este Jesus es la piedra que ha sido reprobada por vosotros los edificadores y puesta por cabeza y atadura del ángulo, y no hay salud en algun otro nombre, porque no hay otro nombre bajo del cielo, dado á los hombres, en que nos sea concedido salvarnos.

Su libertad.

Viendo el concilio la constancia de los apóstoles, y

sabiendo que eran unos hombres tímidos y sin letras, se maravillaban y llenaban de asombro. Oían hablar á estos ignorantes como doctores y veían á estos tímidos presentar una firmeza de héroes, y no sabían á qué atribuir tan pasmosa mudanza. El enfermo curado estaba presente y no habia réplica que hacer, porque todos le conocían y le habían visto cojo por cerca de cuarenta años. Este caso en que se hallaba el concilio, era capaz de desconcertar á todo hombre, á quien la vergüenza de volver atrás en presencia del público, no detuviera en la incredulidad, como sucede generalmente á los incrédulos; sin embargo ninguna impresión hizo este lance bochornoso, ni sobre los pontífices, ni sobre el resto del concilio. Mandaron retirar á los apóstoles, y se pusieron á conferenciar y deliberar sobre el asunto. ¿Qué harémos con estos hombres? Se decían. Porque es cierto y no puede negarse que han hecho un prodigio, y que este prodigio es notorio á cuantos habitan en Jerusalem. Mas para que no siga divulgándose en el pueblo, amenámosles que en adelante no hablen mas á hombre alguno en nombre de Jesucristo, y tomada esta determinación, les llamaron y les intimaron que nunca mas hablasen ni enseñasen en nombre de Jesus; pero ellos les respondieron, diciendo: Si es justo, delante de Dios, oír, primero á vosotros que al Señor, juzgadlo vosotros; pues nosotros no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído. Ellos entonces amenazándolos de nuevo, les dejaron ir libres, no hallando modo de castigarlos por miedo del pueblo, que ensalzaba este glorioso hecho de la curativa del cojo.

Oran los fieles y el Cenáculo se commueve.

Puestos en libertad, vinieron á los suyos, que estaban en el Cenáculo, y les contaron cuanto les habia sucedido con los principes de los sacerdotes y los ancianos,

y cuando lo oyeron, todos unánimes levantaron á Dios su voz; y dijeron: Señor, vos hicisteis el cielo, la tierra, el mar y todo cuanto hay en ellos; y dijisteis por boca de nuestro padre David, vuestro siervo, ¿porqué bramaron las gentes y meditaron cosas vanas los pueblos? ¿porqué se levantaron los reyes de la tierra, y los principes convinieron (en un mismo odio) contra el Señor y su Cristo? Porque verdaderamente Señor, Herodes y Poncio Pilatos, unidos con los gentiles y los pueblos de Israel, se coligaron á una en esta ciudad contra vuestro Ungido y santo Hijo Jesus. Ahora pues, mirad, Señor, con desprecio sus amenazas, y conceded á vuestros siervos que con toda libertad hablen vuestra palabra, extendiendo vuestra mano á sanar enfermedades y á obrar milagros y prodigios en el nombre de vuestro santo Hijo Jesus; y cuando así oraron, tembló el Cenáculo, en donde estaban congregados, y todos fueron llenos del Espíritu Santo y hablaban la palabra de Dios con toda confianza.

Desprendimiento de san Bernabé.

Con una resolucion valerosa daban los apóstoles testimonio de la Resurreccion de nuestro Señor Jesucristo, entregaban sus bienes y habia mucha gracia en todos ellos. Aunque el desprendimiento real de los bienes no era de una necesidad absoluta para ser discipulo de Jesucristo y entrar en el cielo, lo era el desprendimiento efectivo, como lo ha sido y será en todos los tiempos. Sin embargo habia entonces un motivo muy particular para que los cristianos manifestasen su desprendimiento real y efectivo, entregando á la Iglesia todos ó parte de sus bienes, cual era el establecer aquella vida comun que tanto habia de edificar á los hombres y tantas almas habia de atraer al Evangelio. Habia cristianos de fervor admirable, y tal era uno, cuyo hecho nos ha

conservado san Lucas. Se llamaba José y los apóstoles le pusieron el nombre de Bernabé, que quiere decir Hijo de consuelo. Era levita y natural de la isla de Chipre. Tenia un campo ó posesion muy rica, y la vendió y presentó el precio á los piés de los apóstoles para que lo distribuyesen entre los pobres. Esto era cuanto poseía el caritativo levita, y nunca se juzgó mas rico con respecto al cielo, que cuando nada poseía ya en la tierra. Esta relacion singular que nos hace aqui el historiador sagrado entre tantas otras que pudiera habernos dejado de aquellos hermosos tiempos, sobre ser en sí tan bella, parece que quiso proponerla principalmente para hacer mas odiosa la que iba á descubrir en seguida.

Castigo terrible de Ananias y su mujer Safira.

Un hombre llamado Ananias, de concierto con su mujer Safira, vendió tambien un campo, como Bernabé, para poner su precio á los piés de los apóstoles, y que estos le distribuyesen á los pobres; pero, tentado del diablo, defraudó del precio á sabiendas de su mujer, y llevó solo una parte á los piés de los apóstoles. Ananias, le dijo san Pedro, ¿porqué tentó Satanás tu corazon para que mintieses al Espíritu Santo y defraudases del precio del campo? ¿pues qué, no permanecia tuyo si no le vendias? y si le vendias, ¿no era tuyo su valor? Qué fué decirle: ¿quién te ha obligado á que vendieses el campo, ni á que entregases el precio? Pero ¿quién puede sufrir que hagas el papel de un hipócrita? ¿Que quieras pasar á la faz de la Iglesia por un discípulo heroico que vende cuanto tiene y lo da para los pobres, quedándote al mismo tiempo con una parte escondida de lo mismo que ofreces? ¿y quién sobre todo puede sufrir que se mienta al Espíritu Santo? ¿Porqué, pues, continuó el apóstol, porqué pusiste en tu corazon esta maldad? Tú no has mentido á los hombres, sino á Dios.

Al oír Ananias estas palabras, cayó y espiró; y vino un gran temor sobre todos los que lo vieron y oyeron. Luego se levantaron unos jóvenes que se hallaban presentes, le retiraron, y llevándosele, lo enterraron.

De allí como al cabo de tres horas entró tambien su mujer sin saber lo que habia acaecido á su marido, y la preguntó san Pedro: ¿Dime, mujer, si vendiste por tanto la heredad? Sí, dijo ella, por tanto. Esto es, por lo mismo que mi marido ha puesto á vuestros piés; y san Pedro la dijo: ¿Porqué os habeis concertado para tentar al Espíritu del Señor? Hé ahí á la puerta los piés de los que han enterrado á tu marido y te llevarán á ti. Al momento cayó la mujer ante los piés de san Pedro y espiró. Luego entraron los jóvenes, y hallándola muerta, la llevaron á enterrar con su marido. Y sobrevino, dice san Lucas, un gran temor en toda la Iglesia y en todos los que oyeron estas cosas; y se hacian muchos prodigios en la plebe por manos de los apóstoles. El lugar del templo donde acostumbraban juntarse los fieles para ofrecer á Dios sus oraciones con un mismo espíritu, era el pórtico de Salomon, que estaba en el atrio de los Judíos. Allí los miraba el pueblo con gusto, pero no se atrevia á juntarse con ellos al ver tanta santidad y tantas virtudes, y se contentaba con llenarlos de bendiciones. Ninguno de los que no eran de esta congregacion de justos, se atrevia, dice san Lucas, á juntarse con ellos, pero los magnificaba. No era solamente admirable su santidad, los prodigios se multiplicaban, los apóstoles mandaban á la naturaleza en nombre de Jesucristo, la gracia obraba en virtud de este divino Nombre, y tropas numerosas de hombres y mujeres se convertian y aumentaban el número de los fieles. Eran tantos los milagros que obraban los apóstoles, y particularmente san Pedro, que llevaban los enfermos á las calles y los ponian en lechos y camillas para que, cuando pasase san Pedro, á lo menos su sombra les tocara y quedasen libres de sus enfermedades; y acudia tambien á Jerusalem mucha

gente de las ciudades vecinas, trayendo los enfermos y los atormentados por los espíritus inmundos, los cuales eran curados.

Los Judíos ponen en la cárcel pública á los apóstoles y un ángel los saca de ella.

En vista de tantas virtudes, tanta santidad y tantos portentos, Jerusalem mudaba de semblante de un modo prodigioso, y habria llegado á ser toda cristiana, si los que la gobernaban, no hubieran sido, en mucha parte, unos hombres sin religion. Al ver el príncipe de los sacerdotes y los que estaban con él, que eran de la secta de los saduceos, este abandono de la ley de Moisés para seguir el Evangelio, se llenaron de un celo amargo; prendieron á los apóstoles, y les pusieron en la cárcel pública; mas el ángel del Señor, abriendo de noche las puertas y sacándoles de ella, id, les dijo, presentaos en el templo y predicad al pueblo todas las palabras de esta vida. Los apóstoles, cumpliendo con este encargo del ángel, fueron muy temprano al templo y enseñaban sin temor ni reserva á cuantos se presentaban á oírlos.

Vuelven á prenderlos y quieren matarlos.

Mientras que los apóstoles predicaban en el templo, el príncipe de los sacerdotes y los que le acompañaban, creyendo que estaban en la prision, convocaron el concilio y determinaron enviar por ellos para que fuesen juzgados; pero los ministros, abierta la cárcel, no los hallaron, y volvieron acelerados á dar aviso, diciendo: Hemos encontrado la cárcel muy bien cerrada, y visto los guardias que estaban delante de las puertas; mas habiéndolas abierto, á ninguno hallámos dentro. Cuando oyeron esto el magistrado del templo y los príncipes de

los sacerdotes, no sabian que decir; pero no tardaron en salir de esta incertidumbre, porque luego vino uno, diciendo: Mirad que aquellos hombres que metisteis en la cárcel, estan en el templo y enseñan al pueblo.

Entonces el magistrado fué al templo con sus ministros y los trajeron al concilio, pero sin violencia ni mal tratamiento, porque temian que el pueblo les apedrease, por el grande amor que les tenian. Luego que fueron presentados en el concilio, el príncipe de los sacerdotes les dijo: Mandando os mandámos, que no enseñáteis en este nombre (era el de Jesus, y no se dignaron nombrarle), y á pesar de este mandato tan expreso, vosotros habeis llenado á Jerusalem de vuestra doctrina, y queréis echar sobre nosotros la sangre de este hombre; y consultaban cómo les darian la muerte.

Gamaliel procura contenerlos.

Mas levantándose en el concilio un fariseo, llamado Gamaliel, doctor de la ley y hombre de mucho respeto en todo el pueblo, mandó que saliesen fuera los apóstoles por un breve rato, y dijo al concilio: Varones de Israel, mirad bien por vosotros y atended á lo que vais á hacer con esos hombres. Antes de ahora apareció un cierto Teodas, diciendo: que él era álguien, esto es, un gran personaje, y hubo como unos cuatrocientos hombres que le siguieron; pero fué muerto y los que le habian dado crédito, fueron disipados y reducidos á nada. Despues de Teodas se levantó Judas el Galileo, y arrastró trás de sí al pueblo, mas él pereció tambien y fueron dispersados todos los que le siguieron: en todo lo cual quiso decirles Gamaliel, que considerasen atentamente la diversidad del caso presente á los que acababa de referir; pues aquellas facciones desaparecieron con la muerte de sus caudillos; y la congregacion cristiana por el contrario se aumentaba con la muerte de su

Autor, á pesar de haberle quitado la vida con tanta ignominia, y que sus discípulos en vez de dispersarse y desaparecer, como los de Teodas y Judas con la muerte de estos, se aumentaban mas y mas con la muerte de Jesucristo.

Consejo prudente de Gamaliel.

Esto supuesto, continuó Gamaliel, escuchad mi consejo. Dejad de inquietar á estas gentes. Si su obra es cosa de los hombres, ella se disipará por sí misma, y si al contrario, es obra de Dios, en vano trabajaréis en detener sus progresos, y no ganaréis otra cosa, oponiéndos, que haceros enemigos del Señor; y ¡qué cosa mas terrible que tener al Señor por enemigo! El consejo de Gamaliel era muy prudente y convenia seguirle. Con todo eso no tuvieron la condescendencia de conformarse en todo con él. Solamente cedieron sobre la sentencia de muerte que estaban para pronunciar contra doce hombres inocentes.

Después del consejo de Gamaliel mandaron entrar á los apóstoles, hicieron que les azotasen vergonzosamente delante del concilio, les prohibieron con la mayor severidad que volviesen á hablar en el nombre de Jesus, y les dejaron ir. Creyó el concilio que sacaria grandes ventajas de su castigo, que amedrentados los apóstoles no se atreverian á seguir predicando el Evangelio; y que aun cuando se arrojasen á predicarle, no encontrarían oyentes que quisiesen escuchar á unos maestros azotados públicamente; pero se engañaron. Los apóstoles, lejos de juzgarse deshonrados, se tuvieron por muy dichosos en haber sido dignos de padecer por el nombre de Jesus, y salieron muy contentos del concilio. Se volvieron á juntar llenos de consuelo y de gloria con los discípulos, y no cesaban de enseñar todos los dias en el templo y en las casas la doctrina del Señor,

y de evangelizar en nombre de su santísimo Hijo Jesucristo. La imaginada infamia con que habian procurado cubrirles, no les quitó ni uno solo de sus antiguos discípulos; al contrario, su celo hizo con ella tantos nuevos, que creciendo la multitud, estuvo para causarse alguna confusion en la Iglesia de Jerusalem.

Eleccion de siete diáconos para recibir y repartir las limosnas.

Hasta aquí (como medio año después de la subida de Jesucristo á los cielos) habian corrido los apóstoles con el encargo de recibir y repartir entre los fieles las limosnas de que se les hacia depositarios; pero creciendo prodigiosamente el número de los que creían, ya no les fué dado distribuir á tiempo y en justa medida las numerosas limosnas, que recibían, á la multitud que las necesitaba, particularmente á las viudas; y era necesario tratar de elegir personas religiosas y virtuosas que, aliviando á los apóstoles de tan grave peso, las repartiesen en virtud y justicia. Se añadía á esto, que las viudas de los Griegos no podían ser tan atendidas como las de los Hebreos, ya por su multitud, y ya por la distancia de muchas de la capital; y de aquí se habia originado un principio de murmuracion, que era preciso cortar. Para todo esto reunieron los apóstoles la multitud de los fieles, y les dijeron: No está en razon que nosotros desatendamos la predicacion de la palabra de Dios por atender á las mesas. Escoged, pues, de entre vosotros siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría para que les confiemos este ministerio. Nosotros, á imitacion de nuestro divino Maestro, nos entregaremos á la oracion y á la predicacion de la divina palabra, y en esto nos ocuparemos incesantemente. Agradó á toda la multitud la proposicion de los apóstoles, y sin perder momento, proce-

dieron á la eleccion, que como se hacia entre almas de tanta virtud, luego se encontraron las que se deseaban. Cayó la eleccion en Estéban, varon lleno de fe y del Espíritu Santo, en Felipe, Procoro, Nicanor, Timon, Parmenas y Nicolas, prosélito de Antioquia, y orando los apóstoles, pusieron las manos sobre ellos, y con esto recibieron el ministerio ú orden que se llamó *Diaconado*. Crecia la palabra del Señor, y se multiplicaba en gran manera el número de los discípulos de Jesucristo, particularmente en Jerusalem. Tambien se convertia y obedecia á la fe una multitud de sacerdotes descendientes de la familia de Aaron, y esto era en gran manera apreciable.

El diácono Estéban hace muchas conversiones y es arrastrado al concilio.

Hemos dicho que Estéban era un varon lleno de fe y del Espíritu Santo; y que fué uno de los siete escogidos para suplir á los apóstoles, en cuanto á las limosnas, y ordenado por ellos de diácono con los demás compañeros. Estéban, pues, lleno de gracia y fortaleza, hacia grandes prodigios y milagros en el pueblo, y conseguia muchas conversiones. Entoncees algunos de la sinagoga, que se llamaba de los Libertinos, Cireneses, Alejandrinos y de aquellos que eran de Cilicia y Asia, se levantaron á disputar con Estéban; pero no podian resistir al Espíritu que hablaba en él, cumpliéndose así lo que Jesucristo habia prometido á todos sus discípulos, diciendo: Yo os daré palabras y sabiduría á que no podrán resistir todos vuestros adversarios. Las disputas de Estéban tenian por objeto principal probar la divinidad de Jesucristo, y como esto era para ellos una blasfemia, acusaron á Estéban de blasfemo. El santo diácono les habia convencido de que Jesucristo era Dios, pero no les habia convertido. Trataron de vengarse, y

para esto enviaron por todas partes gentes sobornadas, que dijesen: Nosotros le hemos oido decir blasfemias contra Moises y contra Dios. La acusacion no podia ser mas fuerte, si hubiera sido verdadera; sin embargo ellos consiguieron con su impostura el deseo que tenian de acabar con Estéban. Conmovieron no solo á la plebe, sino tambien á los ancianos y escribas, que acudiendo al lugar en que se encontraba Estéban disputando, le arrebataron y arrastraron al concilio que se habia reunido. Presentaron en él testigos falsos, que dijesen: Este hombre no cesa de hablar contra el lugar santo y la ley. Nosotros le hemos oido decir: que este Jesus Nazareno (á quien crucificásteis) destruirá este santo lugar y mudará las tradiciones que nos dió Moises.

Estaba llena de jueces, de acusadores y de pueblo la audiencia, en que declaraban los testigos, y al oír acusaciones tan graves, todos pusieron los ojos en Estéban para ver con qué semblante recibia unas declaraciones que le llevaban á la pública indignacion y á la muerte; pero Estéban se conservaba tranquilo. La alegría interior en que rebosaba su alma, al verse tratado como Jesucristo por Jesucristo, saltaba á su rostro; el resplandor y la gracia brillaban en sus ojos, y toda su presencia manifestaba una tranquilidad y dulzura admirable. Era inocente, y aunque miraba cercana la muerte, no la temia. Jesucristo, por quien iba á pelear y morir, realzó aquí por un milagro su natural hermosura. Todos los presentes quedaron deslumbrados al mirarle, y les parecia ver un ángel del cielo revestido de un cuerpo humano. Entoncees el principe de los sacerdotes, deseando librar á un hombre tan hermoso, le preguntó si tenia alguna cosa que alegar en su defensa, y el santo diácono pronunció un discurso lleno de majestad y grandeza, adornado de los mas bellos rasgos de la Historia santa, y animado con aquellas exclamaciones que sorprenden los espíritus y encienden los corazones.

Discurso de Estéban,

Hermanos y padres míos, dijo, esforzando su voz en medio del concilio. El Dios de la gloria apareció á nuestro padre Abraham cuando estaba en la Mesopotamia, antes que morase en Charan, y le dijo : Sal de tu tierra y de tu parentela, y ven á la tierra que te mostraré. Y salió (Abraham) de la tierra de los Caldeos, y moró en Charan, y despues que murió su padre, le trasladó (el Señor) á esta tierra en que vosotros morais ahora. Mas no le dió por entonces heredad en ella, ni aun el espacio de un pié; pero le prometió que la daría en posesion á él y á su posteridad, despues de él... Aquí sigue el santo diácono haciendo la historia de su nacion con una exactitud, una precision y una elocuencia que admira. Pinta su carácter, refiere sus rebeldías; y aplicando esta pintura á los que tiene presentes, vosotros, les dice con unas expresiones llenas de fuego, vosotros, hombres de dura cerviz y de oídos, y corazones incircuncisos, resistis siempre al Espíritu Santo. Así como lo hicieron vuestros padres, así tambien lo haceis vosotros. Porque ¿ á cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Ellos mataron á los que anunciaban la venida del Justo (por esencia), y vosotros ahora habeis sido traidores y homicidas entregando este Justo á Pilatos para la muerte. Vosotros que recibisteis la ley por ministerio de ángeles y no la guardásteis... Al oír estas cosas sus enemigos, reventaban de rabia y rechinaban los dientes contra Estéban; pero el santo diácono, lleno del Espíritu de Dios, solo suspiraba por la patria celestial adonde habia subido su querido Maestro por los tormentos de la cruz; y no encontraba mas bello y pronto camino que el del martirio para juntarse con Él en el cielo. Miraba con ansia la patria, cuya posesion deseaba, y viendo la gloria de Dios y á Jesus, su santísimo Hijo, de pié á su

derecha, exclamó : ¡ Hé ahí que veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre de pié á la diestra de Dios !

Muere apedreado.

Cuando oyeron esto los enemigos del santo, se taparon los oídos, se arrojaron sobre él, dando gritos espantosos, y arrastrándole fuera de la ciudad, principiaron á apedrearle furiosamente. Los testigos debian ser los primeros que apedreasen; para hacerlo con mas desembarazo, se quitaron las capas y las pusieron á los piés de un jóven que se llamaba Saulo, y que era consentidor en la muerte de Estéban. Tenia este ardiente discípulo de Jesucristo profundamente grabadas en su corazon las palabras que habia oído á su divino Maestro pendiente de la cruz, y quiso morir pronunciándolas y haciendo á este divino Hijo la misma peticion que este divino Hijo habia hecho á su eterno Padre, diciendo : Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Golpeado el fervoroso diácono por una nube de piedras, plagado de heridas, bañado en su propia sangre, falto de fuerzas y sintiendo que se acercaba su muerte, invocaba al Señor y decía : Mi Señor Jesus, recibid mi espíritu. Estando ya para espirar, recogió sus últimas fuerzas, reanimó su espíritu, se puso de rodillas, volvió á levantar sus ojos al cielo, y exclamó : ¡ Señor! no les imputeis este pecado; y cuando hubo dicho esto, durmió en el Señor y concluyó su heroica vida pidiendo por sus enemigos.

Gamaliel le entierra en su sepultura.

Á pesar de cuanto habia que temer del furor de la sinagoga, no faltaron en Jerusalem Josés y Nicodemos, hombres temerosos de Dios, que recogieron el cuerpo del santo Protomártir ó primer mártir, le lavaron, le embal-

samaritanos, segun la costumbre del país, y le dieron muy honrosa sepultura. Hicieron gran llanto sobre él y dieron á su memoria los testimonios mas tiernos de su veneracion y á su amor. El piadoso Gamaliel hizo conducir secretamente el cadáver del santo diácono, en la noche siguiente de su martirio, á un monumento nuevo que habia hecho abrir en una heredad que tenia á siete leguas de Jerusalem. En él enterró el cadáver del santo mártir, y á su tiempo fueron enterrados allí el mismo Gamaliel, su hijo Abibon y el piadoso varon Nicodemo, que con José de Arimatea habia bajado al Señor de la cruz.

Persecucion de la Iglesia desde la muerte de san Estéban.

Con la muerte de san Estéban dieron principio las persecuciones de la Iglesia, pues aunque habia sido ya presos y azotados los apóstoles, aquella persecucion se limitó al Colegio apostólico, y á poco mas de un dia; pero ahora la persecucion se hizo general y duró algunos meses, particularmente en la floreciente Iglesia de Jerusalem. Saulo, que habia asistido al martirio de san Estéban y cuidado de la ropa de los que le apedreaban, para apedrearle, dice san Agustin, por las manos de todos, fué uno de los principales perseguidores. El mismo confiesa, despues de su conversion, que era el que encerraba en la cárceles á los cristianos y hacia azotar en las sinagogas á los que creian en el Señor; y encerré, dice, en cárceles á muchos santos, habiendo recibido poder para ello de los principes de los sacerdotes; y cuando los hacian morir, yo lo aprobaba y me alegraba, y muchas veces castigándolos por todas las sinagogas, les estrechaba para que blasfemasen (renegando de Jesucristo), y enfureciéndome mas y mas contra ellos, les perseguia hasta en las ciudades extranjeras.

Tal es la pintura que él mismo nos hace del furor con

que perseguia á los fieles, particularmente en Jerusalem. Podrá ser que no hubiese en la capital quien le excediese, pero no faltarian otros falsos celosos que le igualasen; pues san Lúcas nos dice: que la persecucion en Jerusalem era grande. Con este motivo los ministros del Señor, exceptuando los apóstoles, se derramaron por las ciudades de Judea y Samaria, y las corrian predicando la palabra de Dios por todas partes. Así es que la persecucion trajo tanto bien á la Iglesia que pudiera haberse deseado, á pesar de la mucha sangre que derramaba, y de los muchos y preciosos hijos de que la privaba, que se hiciese mas general y duradera. Los apóstoles, á manera de los robustos de Israel y defensores del trono de Salomon, se quedaron en Jerusalem haciendo frente á la persecucion, y cuidando de aquella multitud de cordeiros que estaban tan expuestos á ser presa de los lobos.

Conversion de los Siquimitas y noticia de Simon mago.

Felipe, otro de los siete diáconos, y compañero muy amado del mártir san Estéban, fué á parar á una ciudad de Samaria, que se cree era Siquem ó Sicar, patria de la Samaritana que convirtió Jesucristo, y capital de aquella provincia. En ella predicó Felipe á Jesucristo resucitado, no tanto con sus discursos, como con sus milagros; porque eran muchos los que obraba en el santísimo nombre del Señor. Habia en esta ciudad un hombre llamado Simon, que antes habia sido mago ó hechicero y engañado á las gentes, diciendo como Teodas: que él era una cierta grandeza, y todos le escuchaban desde el menor al mayor, y decian: Este es la virtud de Dios, llamada la grande, y le atendian; porque con sus magias les habia entontecido por mucho tiempo, dice el texto sagrado; mas ahora habiendo los Siquimitas creído lo que Felipe les predicaba del reino de Dios, abandonaron á Simon y se bautizaban todos, hombres, mujeres y niños

en nombre de Jesucristo; y tambien el mismo Simon creyó, y despues de haber sido bautizado, se adhirió á Felipe y estaba atónito de admiracion al ver los grandes prodigios que obraba.

Avisa Felipe esta conversion á los apóstoles.

Como Felipe no era mas que diácono, solo podia conferirles el Sacramento del Bautismo, y para que recibiesen los demás Sacramentos, y principalmente el de la Confirmacion, por el que en aquellos primeros tiempos venia el Espiritu Santo sobre los confirmados, no solo invisiblemente como siempre, sino tambien visiblemente, dió aviso á los apóstoles, que aun permanecian en Jerusalem, que la Samaria habia recibido la palabra de Dios. Oida una noticia de tanto consuelo, todos convinieron en que fuesen cuanto antes algunos apóstoles á dar el pasto necesario á las ovejas de aquella provincia. Tambien convinieron en que debian manifestar alguna consideracion particular á estos fieles Samaritanos, que mas apartados, al parecer, del reino de Dios que los otros habitantes de la Palestina, manifestaban tanto deseo de ser recibidos en él.

Pedro y Juan van de Jerusalem á confirmar en Samaria.

Por esto se rogó á Pedro y Juan, los dos primeros testigos de la Resurreccion de Jesucristo, en la que principalmente iban á confirmar á los Samaritanos, que se encargasen de esta gloriosa mision. Los dos apóstoles la tomaron con alegria y luego emprendieron su viaje, que era camino de un dia, y fueron recibidos por los Samaritanos con aquel gozo que correspondia á la grande idea que Felipe les habia hecho formar de los padres y fundadores de la Iglesia. Reunidos los nuevos hijos en

rededor de los apóstoles, hicieron estos oracion para que recibiesen el Espiritu Santo, porque aun no habia bajado sobre alguno de ellos. Les ponian las manos, esto es, les confirmaban, y todos, hombres, mujeres y niños recibian visiblemente el Espiritu Santo.

Ofrece Simon dinero á los apóstoles porque le concedan el don celestial.

Viendo Simon que por la imposicion de las manos de los apóstoles bajaba el Espiritu Santo, les ofreció dinero, diciendo: Dadme á mí tambien esa potestad, de que á cualquiera que yo imponga las manos, reciba el Espiritu Santo. Poner en comercio las cosas santas, como queria aquí Simon, dando ó recibiendo un bien temporal por un bien espiritual, es un sacrilegio, que del nombre de Simon se llamó despues *Simonía*. Las cosas espirituales y celestiales son de un orden superior al de las cosas corporales y terrenas, y no pueden apreciarse por dinero ni por cosa que valga.

Terrible repension de san Pedro á Simon.

Tu dinero, dijo san Pedro á Simon, tu dinero sea contigo en perdicion, porque juzgaste que el don de Dios podia poseerse por dinero. No tienes tú parte ni suerte en este ministerio, porque tu corazon no es recto delante de Dios. Haz, pues, penitencia de esta tu iniquidad, y ruega á Dios si por ventura te sea perdonado este pensamiento de tu corazon; porque veo que tú estás en hiel de amargura y en lazo de iniquidad. No dudaba san Pedro que Simon pudiese conseguir el perdon de su pecado, haciendo verdadera penitencia, pero dudaba que la hiciese, porque veía que su corazon estaba en una hiel de amargura muy dificil de dulcificar, y en un lazo

de iniquidad muy difícil de romper: Simon, sin embargo, respondió á san Pedro diciendo : Rogad vosotros por mí al Señor para que no venga sobre mí ninguna de las cosas que habeis dicho.

Deplorable fin de Simon.

No nos dice el historiador sagrado si el arrepentimiento de Simon fué verdadero; pero san Juan Crisóstomo, san Cirilo, san Jerónimo y san Agustin escriben : que hallándose Simon en Roma en tiempo de Neron, prometió á este emperador subir volando al cielo, y que en efecto los demonios le levantaron en el aire hasta cierta altura, pero que los apóstoles san Pedro y san Pablo, que se hallaban á la sazón en aquella capital del mundo, puestos de rodillas, invocaron el nombre de Jesus, y desamparado entonces Simon de los demonios, cayó y pereció miserablemente.

Se vuelven los apóstoles á Jerusalem, y Felipe, avisado de un ángel, va al encuentro del Etiope de la reina Candace.

Los dos apóstoles san Pedro y san Juan, despues de haber administrado á los Somaritanos la Confirmacion, de haberles dado testimonio de la Resurreccion de Jesucristo, de haber cumplido el ministerio á que habian sido enviados por el Colegio apostólico, y en fin, despues de haber predicado en aquella ciudad la palabra de Dios, que Felipe habia anunciado, se volvieron á Jerusalem, predicándola tambien en muchos lugares de los Samaritanos que se hallaban al paso.

Por lo que toca al diácono Felipe, luego que se retiraron los apóstoles, se le apareció un ángel del Señor, y le dijo : Levántate y vé hacia el mediodia por el camino

que baja de Jerusalem á Gaza la desierta ; y levantándose Felipe, emprendió su viaje, y hé aquí que luego se encontró con un varon etiope, eunuco ó ministro de la reina Candace, y superintendente de todos sus tesoros, el cual habia venido á adorar (al Señor) en Jerusalem. Este Etiope era prosélito, ó gentil, convertido al judaismo, y natural de la isla de Moroe, país de la Etiopia, donde reinaban las mujeres con el nombre de Candaces; como los reyes de Egipto, con el de Faraones; los de Sira, con el de Antiochos, y los emperadores romanos, con el de Césares.

Se volvia el Etiope á su tierra, sentado en su carro, y caminaba leyendo en el profeta Isaías. Entonces el Espíritu del Señor dijo á Felipe : Acéreate y júntate á ese carro ; y acercándose Felipe, le oyó que leía en el profeta Isaías, y le dijo : ¿ Entiendes lo que lees ? ¿ Y cómo puedo yo entenderlo, le respondió el Etiope, si no hay alguno que me lo explique ?

Espíritus ilustrados de estos últimos tiempos, que pretendéis entender por vosotros mismos lo que se comprende en las santas Escrituras, ¿ dónde está aquí ese espíritu que, segun vosotros, da á todos la inteligencia de los Libros santos ? ¿ dónde está aquí el espíritu privado del Etiope ? Yo no soy, decia san Jerónimo, ni mas santo, ni mas estudioso que este eunuco, y no obstante que lee las palabras del Señor y las medita, confiesa ingenuamente que no entiende lo que lee y que necesita de alguno que se lo explique, y el Señor le envía á Felipe para que le descubra á Jesus, que se oculta bajo del velo de aquello que lee, para que entendáis por este ejemplo, añade el santo, que no podeis entrar en la inteligencia de los Libros sagrados sin guía y sin que alguno os muestre el camino, esta es la causa porque no es lícito á un cristiano leer la Biblia ó sagrada Escritura sin notas de los santos Padres ó Doctores católicos, que deben ser los Felipes que enseñen á los Etiopes cristianos su verdadero sentido.

Bautiza Felipe al Etiope y luego se encuentra en Azoto.

Rogó este eunuco á Felipe que subiese á su carro y se sentase con él, y así lo hizo. El lugar de la sagrada Escritura que leía, era este : Como oveja fué llevado al matadero ; y como un cordero delante del que le esquila, estuvo mudo y no abrió su boca. Su justicia fué ensalzada en su humildad, ¿quién contará su generacion? porque su vida quitada será de la tierra... ¿De quién, dijo aquí el eunuco á Felipe, de quién, dime, dijo esto el profeta? ¿de sí mismo ó de algun otro? Y contestando Felipe, y dando principio por esta Escritura, le evangelizó á Jesus. Continuando su camino llegaron á un sitio donde habia agua, y dijo el eunuco : Hé aquí agua, ¿qué prohibe que yo sea bautizado? Si crees de todo corazon, dijo Felipe, bien puedes ser bautizado; y respondiendo el eunuco, dijo : Creo que Jesucristo es Hijo de Dios. Entonces mandó parar el carro y ambos bajaron al agua, y Felipe le bautizo. Cuando subieron del agua, el Espiritu Santo arrebató á Felipe y no le vió mas el eunuco. Este volvió á subir en su carro y seguia su camino inundado de gozo. Escribe Eusebio en su *Historia eclesiástica* : que este célebre Etiope fué el apóstol de su nacion; y los Abisinos se glorian de haber recibido de este apóstol la fe. Por lo que toca á Felipe, luego se encontró en Azoto, ciudad de los Filisteos, y desde allí fué predicando el Evangelio en todas las ciudades, hasta que llegó á Cesárea, que era su patria.

Toma Saulo cartas para perseguir á los cristianos en Damasco.

No dejaba de gozar la Iglesia de alguna tranquilidad en las provincias distantes de Jerusalem, y los predicadores del Evangelio que habian derramado por ellas con

motivo de la persecucion, ejercian en ellas su ministerio con bastante sosiego. Mas no sucedia así en Jerusalem, donde continuaban la sangre y los martirios. Saulo, que con tanta furia persiguió á los discípulos del Señor desde que fué el depositario de la ropa de los testigos que apedreaban á san Estéban, y cuyos furros dejamos ya pintados con sus mismas palabras, en nada habia cedido. Saulo, nos dice san Lucas, respirando aun amenazas y castigos contra los discípulos del Señor, se presentó al príncipe de los sacerdotes pidiendo cartas para las sinagogas de Damasco á fin de llevar presos á Jerusalem á cuantos cristianos hallase, hombres y mujeres.

Carácter de Saulo.

Era Saulo de un natural vivo, ardiente, impetuoso, enemigo de contemplar é incapaz de cobardía. Era un jóven activo, arrojado, de una intrepidez que no conocia peligros, y de una fortaleza superior á todas las fatigas. Tenia un espíritu grande, mucha elevacion en sus pensamientos, un corazon naturalmente bueno y mucha constancia en su conducta. Era muy respetado entre los emuladores de la ley de Moises, por su celo, su estudio y su capacidad. Estaba bien persuadido de la próxima venida del Mesías y se hallaba en la mejor disposicion para preparar á sus paisanos á esta venida; pero extraviado por malos maestros que no pintaban al Mesías sino como un rey poderoso, rico y de una autoridad universal sobre todas las naciones del mundo... Saulo, que nada de esto habia descubierto en Jesucristo, venia á ser el mas terrible enemigo de sus discípulos.

Su conversion.

Caminaba á Damasco lleno de coraje contra los que

él miraba como unos desertores de la ley de Moisés, y todo le parecía poco para castigarlos; pero el Señor tiene prevenidos sus tiempos y decretadas sus mudanzas. Cuando mas ansioso de ejecutar su comision se acercaba á Damasco, se halló de repente rodeado de una luz del cielo, y cayendo en tierra, oyó una voz que le decia: Saulo, Saulo, ¿porqué me persigues? ¿Quién sois, Señor? dijo Saulo. Yo soy Jesus, á quien tú persigues. Dura cosa es para ti cocear contra el aguijon. Despavorido Saulo y temblando, ¿qué quereis, Señor, preguntó, qué quereis que yo haga? Entra en la ciudad, le dijo el Señor, y allí se te dirá lo que te conviene que hagas. Los varones que le acompañaban, estaban atónitos, oyendo claramente la voz, y no viendo á nadie. Ojan hablar á Saulo, pero no veian con quién hablaba, ni entendian lo que se le decia.

Ciega, y Ananias le cura y bautiza.

Saulo se levantó, y abiertos los ojos, nada veía. Entonces los compañeros, llevándole de la mano, le entraron en Damasco. Tres dias estuvo allí sin ver, y sin comer ni beber. Habia en Damasco un discipulo de Jesus, llamado Ananias, y le dijo el Señor: Ananias; y este respondió: Héme aqui, Señor; y el Señor le dijo: Anda al barrio que se llama *Recto*, y busca en casa de Judas á uno de Tarso, llamado Saulo. Hé aqui que ora. Tres dias habia que estaba Saulo sin ver, y sin comer ni beber, ocupado todo en orar, en reconocer sus extravíos, admirar la bondad infinita del Señor para con él, implorar sus misericordias y prepararse para cumplir las órdenes que el Señor le habia anunciado que se le darian en aquella ciudad. Al fin de los tres dias, vió Saulo en vision á un hombre, llamado Ananias, que entraba y le ponía las manos para que recobrase la vista. Cuando el Señor mandó á Ananias que buscase á Saulo, Ananias se asustó,

y respondió: Señor, he oido decir á muchos de este hombre los grandes males que ha hecho en Jerusalem á vuestros santos, y tiene poder de los principes de los sacerdotes para prender á cuantos invocan vuestro nombre. Anda, le dijo el Señor, porque este me es un vaso (un apóstol) escogido para llevar mi nombre delante de las gentes y de los reyes y de los hijos de Israel, y yo le mostraré cuantas cosas conviene que padezca por mi nombre. Entonces fué Ananias y entró en la casa donde estaba Saulo, y poniendo las manos sobre él, dijo: Saulo, hermano, el Señor Jesus, que te apareció en el camino por donde venias, me ha enviado para que recobres la vista, y seas lleno del Espíritu Santo; y al instante cayeron de sus ojos unas como escamas, y recobró la vista, y levantándose, fué bautizado, y con el Bautismo recibió la gracia de un apóstol consumado. Algunos creen que en el Bautismo se le mudó el nombre de Saulo en el de Pablo, y con este le nombrarémus desde ahora. Despues que el fatigado Pablo tomó alimento y recobró las fuerzas, estuvo algunos dias con los discipulos del Señor que habia en Damasco.

Predica á Jesucristo y los Judíos quieren matarle.

Ananias, cumplido lo que le habia ordenado el Señor, se retiró; y Pablo quedó ocupado en los mas tiernos afectos de reconocimiento á los grandes favores y beneficios que le dispensaba el Señor. Hecho ya, no solo un cristiano, sino un apóstol de las gentes, se le vió luego tan celoso de los progresos del Evangelio, como ardiente y arrebatado habia sido en procurar su ruina; tan amante de los discipulos del Señor, como enemigo y perseguidor habia sido de ellos; y tan inflamado en el deseo de anunciar el adorable Nombre de Jesus á todo el mundo, como empeñado estaba pocos dias antes en horrarle de sobre la tierra. Permaneció Pablo por

algunos dias en Damasco, y luego principió á predicar en las sinagogas de la ciudad que Jesus era el Hijo de Dios. Todos cuantos le oían, se pasmaban y decían : ¿Pues qué, no es este el que perseguía en Jerusalem á los que invocaban el nombre de Jesus y vino acá para llevarlos presos á los príncipes de los sacerdotes? Pero Pablo al oírlo, mucho mas se esforzaba y confundía á los Judíos que moraban en Damasco, afirmando que Jesus era el Cristo, el Mesías prometido y esperado. Los Judíos de Damasco no podían, ni responderle, ni resistirle, y se veían públicamente confundidos, mas no por eso se convertían. Acaso intentarían quitarle la vida, que era el medio de que acostumbraban valerse en semejantes apuros; pero nada nos dice el historiador sagrado.

Huye á la Arabia, y cuando vuelve á los tres años,
es perseguido de nuevo.

Sabemos por el mismo san Pablo que entonces se ausentó de Damasco y fué á parar á la Arabia, país gentil, donde no habia alumbrado la luz del Evangelio. Allí estuvo tres años, y tambien ignoramos los frutos que produjeron sus trabajos apóstolicos, porque nada nos dice el mismo san Pablo, que es quien nos da la noticia de este viaje. Al cabo de los tres años volvió á Damasco, donde esperaba encontrar mejores disposiciones que las que dejó en su salida, pero se engañó mucho. Los Judíos de Damasco habian considerado que un hombre del carácter de Pablo habia de ser tan terrible enemigo de la ley de Moisés, como habia sido de la de Jesucristo antes de su conversion, y solo pensaban en deshacerse de él. San Pablo empezó á predicar el Evangelio con la libertad propia de su ardiente celo. Mas llegó esto á noticia de los principales de la sinagoga, y luego juntaron un concilio, en el que se decretó su

muerte. En su consecuencia procuraron que el gobernador de Damasco, nombrado por Aretas rey de los Árabes, pusiese guardias á las puertas de la ciudad para prenderle. Supo el apóstol las diligencias que se hacían para apoderarse de su persona, y consultó su situación con los principales discípulos del Señor que habia en la ciudad. Todos convinieron en que se trasladase á la casa de uno de ellos que, como la de otra Rahab, estaba pegada al muro. Así se ejecutó, y san Pablo, metido en una espuerta, fué descolgado por el muro en el silencio de la noche y puesto fuera de la ciudad y del peligro.

Pasa de Damasco á Jerusalem á visitar á san Pedro.

No era conocido aun san Pablo de san Pedro, cuya dignidad honraba aquel sobremanera, y cuya preeminencia miraba con el mas profundo respeto. Creyó que esta era una ocasion muy oportuna para cumplir con el deseo y deber de presentarse al Vicario de Jesucristo, darle cuenta de la mudanza que la divina gracia habia obrado en su corazon, de las misericordias que habia usado con él y de las órdenes que habia recibido del Cielo. Tomó el camino de Damasco á Jerusalem, y luego que llegó á esta capital de la Judea, se presentó al santo apóstol. Recibió el Príncipe de la Iglesia á san Pablo con aquel cariño que un padre tierno recibe á un hijo convertido. Refirió san Pablo á san Pedro su conversion. Le dijo que se le habia aparecido el Señor en el camino de Damasco, y que le habia hablado... en suma, le contó cuanto le habia sucedido en su conversion y antes y despues de ella, y san Pedro la oyó con el mayor consuelo. Quince dias estuvo san Pablo en Jerusalem, y en ellos á ninguno de los apóstoles vió mas que á san Pedro y á Santiago el Menor, hijo de Alfeo; los demás se habian derramado por la Judea á predicar el Evangelio. San Pablo en estos quince dias hablaba con los

gentiles y disputaba con los Judíos que sabia el griego, y estos trataron de matarle, porque no podian conven- cerle.

Baja á Tarso, su patria.

Se cree que por causa de esta persecucion no estuvo san Pablo con san Pedro mas que quince dias en Jeru- salen, de donde salió al fin de ellos, no porque temiese la persecucion, sino porque, destinado por Dios para apóstol de las gentes, le prohibía el Señor exponerse á una muerte temprana. Cuando entendieron los herma- nos en Jesucristo su marcha, fueron acompañándole hasta Cesárea, que estaba en el camino de Cilicia, y le enviaron á Tarso, su patria, para que entre sus parien- tes, amigos y conocidos estuviese menos expuesto á las asechanzas y persecuciones de los Judíos. San Pablo era desconocido para aquellas Iglesias de la Judea, que se habian fundado desde la venida del Espiritu Santo hasta entonces, y estas Iglesias, dice el mismo apóstol, ninguna otra noticia tenían de mí, sino que las perseguia en otro tiempo, y que ahora predicaba la fe que antes combatía; y glorificaban á Dios por la mudanza tan maravillosa que habia obrado en mí. San Pablo perma- neció en su patria y ciudades comarcanas acaso tres años, y su fogoso celo trabajaba incansable en la obra de la conversion de los gentiles, para la que habia sido elegido por Dios, aunque todavía no habia sido enviado con toda la plenitud de poder, con que habia de ser au- torizado despues, como veremos mas adelante. Por este tiempo la Iglesia de Jesucristo, extendida por la Judea, la Galilea y la Samaria, se propagaba caminando en el temor del Señor y estaba llena del consuelo del Espiritu Santo, dice san Lúcas.

Visita san Pedro las Iglesias de Judea, Galilea y Samaria.

Un tanto de calma que habia sobrevenido en la capi- tal, y el interesante estado de la Iglesia naciente en las provincias de la Palestina y poblaciones considerables de sus cercanias determinaron á san Pedro á hacer, como Pastor de todo el rebaño, una visita general á las mana- das que conducian los pastores particulares. Con este designio salió de Jerusalem y recorrió las ciudades de la Judea, Samaria y Galilea, donde crecia la Iglesia de Jesucristo. La historia sagrada ninguna particularidad nos dice de esta visita, sino que habiendo recorrido to- das la Iglesias, vino á los *Santos* que habitaban en Lida. Con este nombre de Santos se designaban en aquel tiempo los discípulos de Jesucristo por la santidad de su vida, aunque no se pretendia significar con esto que estuviesen ya confirmados en la gracia que hace los santos. Era Lida una ciudad muy considerable, situada á dos leguas del mar Mediterráneo, y la quinta de las diez toparquías ó señoríos en que estaba dividida por este tiempo la Judea. San Pedro en su visita, despues de dar las instrucciones propias del Maestro de toda la Iglesia y de ordenar Obispos y ministros que ayudasen á los fundadores de las Iglesias particulares en su gobierno, confirmaba á todos en la fe con sus exhortaciones.

Sana el paralítico Eneas.

Como los enfermos estaban por lo comun privados de oír á san Pedro cuando hablaba á los fieles reunidos, iba despues á sus casas y les dispensaba en ellas este consuelo. Continuando en Lida esta obra de caridad pastoral, halló un hombre, llamado Eneas, que habia ya ocho años que estaba paralítico y postrado en cama, y le dijo: Eneas, el Señor Jesus te sana. Levántate y

dobra tu cama. Eneas se levantó al momento y dobló su cama para que se viese que se hallaba enteramente sano. Eneas estaba reconocido hacia ya ocho años por un enfermo incurable. La noticia de esta salud repentina y entera, concedida por Jesucristo, se extendió luego en la ciudad y aldeas del valle de Saroná, en que estaba situada, y todos sus moradores se convirtieron. Un milagro tan auténtico y público, y una conversión tan general, tuvo luego su eco en Jope.

Resucita san Pedro á la viuda Tabita.

Era Jope otra ciudad no menos considerable que Lida. Estaba situada en la ribera del mismo Mediterráneo y sobre un promontorio tan alto que se descubria desde Jerusalem, á pesar de distar mas de doce leguas. Era tambien toparquía, y fué el puerto famoso adonde se llevaban en navés y de donde se trasportaban en carros en Jerusalem las maderas del Libano para hacer el templo de Salomon. Tambien fué á la vista de Jope donde arrojaron los marineros al agua á Jonás, que fué tragado por una ballena y vomitado vivo en la playa. Como Lida solo distaba dos leguas de Jope, luego se supo en esta ciudad el milagro de la curacion de Eneas y la conversión de aquellos moradores.

Habia en Jope una viuda, discípula del Señor, llamada Tabita, que quiera decir Dorcas ó Dama. Era de una virtud ejemplar, vivia entregada á la piedad y á todo género de buenas obras, y era tan limosnera, que se la miraba en la ciudad como la madre de todos los pobres. Personas de este carácter no temen morir, pero todo el mundo teme que mueran. Cayó enferma Tabita y murió. El sentimiento fué grande y general, y solo podia suavizarse tributándola las honores mas esmerados de la sepultura. Lavaron su cuerpo y le ungieron con exquisitos aromas, le adornaron con preciosos vestidos y le expusieron en

un gran cenáculo á la veneracion de todos, especialmente de los pobres, que no cesaban de llorar en su rededor y de publicar sus obras de misericordia.

Como Lida era tan cerca de Jope, segun dejamos ya dicho, sabiendo los discípulos del Señor que san Pedro permanecia en Lida, le enviaron dos de ellos, rogándole que viniese á Jope y que no se detuviese en venir; y aunque nada se decia á san Pedro del motivo de una súplica tan urgente, luego marchó con ellos. Cuando llegaron á la ciudad, le llevaron al cenáculo, donde estaba el cadáver de Tabita; mas apenas hubo entrado en él, cuando se halló rodeado de una multitud de viudas, llorando y mostrando las túnicas y vestidos que les hacia Dorcas con sus propias manos, y pagaba con su dinero para que hiciesen las manos ajenas. Todas pedian á san Pedro la resurrección de su comun bienhechora, y á la verdad que no podia darse un medio mas eficaz que su gran caridad y abundantes limosnas para conseguir un milagro semejante. San Pedro, para orar con mas intension y fervor, quiso quedar solo. Mandó á todos salir del cenáculo, se acercó al cuerpo, se puso de rodillas, oró al Señor, y dirigiendo su palabra á la difunta Tabita, la dijo: Levántate; y ella abrió los ojos, y viendo á san Pedro, se sentó, la dió la mano y se levantó; y habiendo llamado entouces san Pedro á los santos (á los discípulos) y á las viudas, se la entregó resucitada y llena de vida y salud.

Despues de semejantes prodigios, no tiene necesidad un apóstol de exhortaciones para convertir. La noticia de la resurrección de Tabita se extendió luego por toda la ciudad, y quedaron en ella muy pocos, aun de los descendientes de Abraham, que no se convirtiesen. San Pedro con este motivo permaneció algun tiempo en Jope en casa de un tal Simon, de oficio curtidor. Notable humildad con que el Principe de la Iglesia quita á los grandes y ricos el motivo de ensoberbecerse, y á los pequeños y pobres el de avergonzarse.

Un ángel manda á Cornelio que llame á san Pedro.

Mientras que el Pastor universal se ocupaba en cuidar por sí mismo del rebaño particular de Jope, el Señor le preparaba otra ocupacion mas considerable en Cesárea, ciudad muy populosa y puerto tambien del mar Mediterráneo. Habia en ella un hombre, llamado Cornelio, centurion ó comandante de los cien hombres de que constaba la compañía que llamaban Itálica. Era religioso y temeroso de Dios, y tambien toda su casa. Hacia muchas limosnas y oraba á Dios incesantemente. Un día, como á la hora de nona, ó tres de la tarde, vió en vision que un ángel se acercaba á él y le decia : Cornelio ; y fijando Cornelio los ojos en el ángel, preguntó : ¿Qué es esto, Señor, ? Y el ángel le dijo : Tus oraciones y tus limosnas han subido para memoria delante de Dios. Envía hombres á Jope y llama á un cierto Simon, por sobrenombre Pedro, que vive en casa de un curtidor, que tambien se llama Simon, y tiene su habitacion junto al mar. Pedro te dirá lo que te conviene hacer ; y al momento que se retiró el ángel, llamó Cornelio á dos de sus domésticos y á un soldado, todos temerosos de Dios, y de aquellos que estaban á sus órdenes, y les envió á Jope. El dia siguiente, yendo ellos su camino y hallándose ya cerca de la ciudad, subió san Pedro á lo alto de la casa á hacer oracion, cerca de las doce, y sintiéndose con hambre, quiso comer.

Baja del cielo un vaso lleno de toda especie de animales para que coma Pedro.

Entretanto que le preparaban el alimento, le sobrevino un exceso de espíritu (un éxtasis) y vió el cielo abierto y que descendia un vaso, formado de un gran lienzo, que atado por las cuatro puntas, bajaba del cielo á la tierra.

En él venian de todos los animales de cuatro piés, y de todos los que arrastran sobre la tierra, y de todas las aves del cielo, y oyó una voz que le dijo : Levántate Pedro, mata y come ; y dijo Pedro : Léjos de mí eso, Señor, porque yo jamás comí cosa impura. Y otra vez le dijo la voz : Lo que Dios ha purificado, tú no lo llames impuro. Esto se repitió hasta tres veces, y á la tercera fué recibido el vaso en el cielo. Mientras que san Pedro dudaba entre sí, qué seria la vision que acababa de ver, hé aquí que los hombres que habia enviado Cornelio, llegaron á la puerta, y habiendo llamado, preguntaban si estuviere allí hospedado un tal Simon, por sobrenombre Pedro. Estando aun pensando san Pedro en la vision, le dijo el Espíritu del Señor : Ahí estan tres hombres que te buscan. Levántate, pues, y vé con ellos sin recelo, porque yo les he enviado ; y descendiendo san Pedro al encuentro de los hombres, les dijo : Yo soy el que buskais, ¿qué quereis ? El centurion Cornelio, dijeron ellos, hombre justo y temeroso de Dios, y que tiene á su favor la opinion de todos los Judíos, recibió mandamiento del santo ángel para que te hiciese llamar á su casa y que escuchase tus palabras.

Va san Pedro á Cesárea á verse con el centurion.

San Pedro, pues, haciéndoles entrar, les hospedó, y el dia siguiente fué con ellos á Cesárea, acompañándole desde Jope seis discípulos del Señor. Al otro dia llegaron á Cesárea, donde los esperaba Cornelio con sus parientes y amigos. Cuando san Pedro estaba ya para entrar en casa de Cornelio, este salió á recibirle, y arrojándose á sus piés, le adoró, esto es, le veneró. Mas san Pedro le dijo : Levántate, que yo tambien soy hombre ; y entraron san Pedro y Cornelio en la pieza donde se hallaban reunidos los parientes y amigos de Cornelio ; y como ninguno se atreviese á preguntar á san Pedro, aunque de-

seaban mucho oírle y ser instruidos, san Pedro, tomando la palabra, les dijo: Vosotros sabéis que es cosa abominable para un Judío juntarse con un extranjero; pero Dios me ha manifestado en vision que ningun hombre debe ser llamado inmundo, ni tenido por impuro; y por esto no he tenido inconveniente en venir, luego que me habeis llamado (aunque yo soy Judío y vosotros gentiles). Entonces Cornelio, despues de referir el encargo que le habia hecho el ángel de enviar por él á Jope, le dijo: Ahora nosotros todos estamos en tu presencia para oír todas las cosas que el Señor te ha mandado que nos digas.

En verdad, dijo san Pedro, que Dios no es aceptador de personas, sino que se agrada en toda gente que le teme y obra justicia. Dios envió su palabra á los hijos de Israel anunciándoles paz por Jesus, que es el Señor de todos... Aquí les predica san Pedro á Jesucristo, su vida, su muerte y su Resurreccion y Ascension, y estando aun predicando, bajó el Espíritu Santo sobre todos los que le oían, y se asombraron los fieles de la circuncision que habian venido de Jope con san Pedro de que la gracia del Espíritu Santo se derramase tambien sobre los gentiles, porque les oían hablar en muchas lenguas y decir grandes cosas de Dios. Entonces dijo san Pedro: ¿Por ventura puede alguno impedir que sean bautizados estos que han recibido, como nosotros el Espíritu Santo? Y mandó á sus compañeros de Jope que los bautizasen (en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo) invocando á Jesus. Verisimilmente Cornelio seria bautizado el primero y por el mismo san Pedro, en obsequio de su autoridad y virtud singular. Los nuevos cristianos rogaron á san Pedro que se quedase algunos dias con ellos, y el santo apóstol condescendió con sus deseos; pero su calidad de cabeza de la Iglesia solo le permitió estar en su compañía un breve tiempo, cuya duracion no sabemos y cuyos frutos evangélicos tambien ignoramos.

Defiende san Pedro en Jerusalem la vocacion de los gentiles.

Abierta ya á los gentiles la puerta del Evangelio, volvió san Pedro á tomar el camino de Jerusalem, llevando consigo los seis discipulos que habia traído de Jope á Cesárea. Antes que llegase á la capital, supieron los apóstoles y los hermanos circuncisos que los gentiles habian recibido la palabra de Dios, y cuando san Pedro llegó á Jerusalem, disputaban contra él los que eran de la circuncision. ¿Porqué, le decían, habeis entrado en casa de los incircuncisos y comido con ellos, sabiendo que esta comunicacion nos está prohibida? Y san Pedro, aunque como cabeza de la Iglesia, podia responder con sola su autoridad, no se negó á hacer su defensa, y principiando por la vista que le habia hecho el ángel, contó todo lo que le habia sucedido y que dejamos ya referido; y cuando llegó á decir que el Espíritu Santo habia bajado sobre todos los gentiles que se hallaban congregados en casa de Cornelio, y que todos hablaban diversas lenguas, magnificando á Dios y ensalzando sus grandezas y bondades (porque se acordaba de los que estaban sentados en las tinieblas y sombras de la muerte), inundado de gozo; exclamó: ¿Y quién era yo, hombre miserable, para impedir á Dios (que los recibiese en su iglesia)? Oidas todas estas cosas, nadie volvió á disputar, y todos glorificaban á Dios, diciendo: Luego Dios tambien ha concedido á los gentiles, como á nosotros, ereer en Jesucristo, hacer penitencia, recibir el Bautismo, y merecer la vida eterna. ¡Tan felizmente terminó san Pedro el gravísimo asunto sobre la vocacion de los gentiles!

La semilla de la divina palabra produce gran fruto en Antioquia.

Algunos discípulos, naturales de Chipre y Cirene, del número de aquellos que se derramaron por las provincias con motivo de la persecucion que se siguió al martirio de san Estéban, fueron á Antioquia, y habiendo sabido el bautismo de Cornelio, de sus parientes, amigos y demás convertidos en Cesárea, y la declaracion que habia hecho san Pedro acerca de la vocacion de los gentiles, emprendieron en aquella gran ciudad la predicacion del Evangelio, principiando por los descendientes de Abraham, Isaac y Jacob, como pedia el buen orden de la caridad y la sangre, y predicando tambien á los gentiles, particularmente cuando veian que no sacaban fruto de sus hermanos los Judíos. No se oponian los magistrados á los progresos del Evangelio, porque veian, que léjos de perturbar el orden público, conducian á la práctica de todas las obligaciones que impone la sociedad; y así era que los ciudadanos, sin riesgo en sus bienes, ni en sus dignidades, y menos en sus vidas, seguían las impresiones de la gracia que se derramaba en abundancia sobre ellos.

Mision de san Bernabé á Antioquia.

No tardó en llegar á Jerusalem la noticia de lo que pasaba en Antioquia. San Pedro, que gobernaba en persona la Iglesia de la capital, supo con gran consuelo las conquistas que hacia la religion de Jesucristo en aquella populosa ciudad, y le pareció, como tambien á los demás apóstoles y principales discípulos, que tan abundante cosecha pedia grandes atenciones. Se juntaron á tratar de este asunto y determinaron enviar á san Bernabé para que ayudase á los discípulos de Chipre y Cirene y su-

pliese lo que estos no pudiesen cumplir por falta del carácter episcopal, porque ninguno era todavía Obispo. San Bernabé lo era ya de algun tiempo, y la eleccion no pudo ser mas acertada.

Sus bellas calidades.

Era san Bernabé Griego de origen, y habiendo nacido en Chipre, sabía perfectamente la lengua que se hablaba en Antioquia. Descendia de la sangre de Levi y se llamaba José. Los apóstoles, al bautizarle, ó acaso al ordenarle de Obispo, le habian mudado este nombre en el de Bernabé, que quiere decir, *Hijo de consolacion*, y con él fué conocido ya siempre. Era un hombre de gran fe, de sumo desinterés, como lo habia hecho ver, trayendo, como ya hemos dicho, todos sus bienes á los piés de los apóstoles, y estaba lleno del Espiritu Santo. Se distinguía por aquella tierna caridad que hace á un pastor tan á propósito para arrebatarse el amor de sus ovejas, y todo el mundo se regocijó en su eleccion. Aceptó el apóstol gustoso este precioso, aunque trabajoso encargo, y partió luego á Antioquia.

Reconoció el estado de aquella naciente Iglesia, y quedó enamorado de la inocencia, fervor y buen orden que reinaban en ella. Bendijo á Dios por las lluvias de gracias que habia derramado sobre aquella tierra extraña. Manifestó su consuelo y agradecimiento á los discípulos que con tanto desvelo la habian formado, y exhortó á los fieles que la componian, á conservar el precioso depósito de la fe y la pureza de las costumbres. San Bernabé tenia bellas disposiciones para aprender y conseguir con felicidad, y en un año que estuvo trabajando en Antioquia con sus amados compañeros los Cipros y Cirenenses, se aumentó tanto el número de los fieles, que juzgó necesario buscar quien le ayudase á

cultivar un campo tan espacioso y abundante, y puso sus miras en su antiguo amigo san Pablo.

Elige por compañero á san Pablo.

Ya dijimos que san Pablo se habia fijado en Tarso, pueblo de su naturaleza, y que desde allí salia á recorrer las poblaciones del pais y predicar el Evangelio á los hijos de la circuncision por no estar aun abierta en aquel tiempo la puerta á los incircuncisos. No podia san Bernabé haber pensado en eleccion más acertada. Hemos visto el celo y actividad extraordinaria de este apóstol. Él solo era capaz de llevar, no ya parte, sino todo el peso de la Iglesia de Antioquia. Salió, pues, san Bernabé á Tarso en busca de su compañero; le halló ocupado en sus tareas evangélicas, y ambos partieron para Antioquia. Como se habia dado ya entrada en la Iglesia á los gentiles, desde la vocación de Cornelio, la predicación de san Bernabé y de san Pablo se hizo general. Un año estuvieron estos dos apóstoles en Antioquia, y fué tal la conversión de los gentiles á la fe, que Antioquia tuvo la gloria de ser la primera ciudad donde los discípulos del Señor se llamaron *Cristianos*. Un estado tan floreciente hizo que muchos de los principales discípulos de la circuncision viniesen á visitar una Iglesia que se principiaba á mirar, con muchísima razón, como la puerta de los gentiles al cristianismo. Entre ellos vinieron varios profetas y doctores, como Simon, por sobrenombre Níger, Lucio, natural de Cirene, Manahen, hermano de leche de Herodes, y algunos otros.

Profetiza Agabo un hambre general en el imperio romano.

Agabo, que tambien era profeta, conoció en una vision que tuvo del Señor, de que habria una grande hambre

en todo el mundo (en todo el imperio romano), la cual se verificó el año siguiente en el imperio de Claudio. Con este conocimiento los discípulos de Antioquia, como era tan virtuosos y caritativos, determinaron enviar cada uno, segun sus facultades, socorros á los hermanos que moraban en la Judea. Estos eran generalmente pobres; ya porque su desprendimiento de los bienes habia hecho que los llevasen á los piés de los apóstoles, para que los pusiesen en las manos de los pobres, y ya por la persecucion que se movió en toda la Judea desde la muerte de san Estéban, en la que se causaron grandes violencias contra los que profesaban la fe, y grandes destrozos en sus bienes.

San Pablo y san Bernabé recogen limosnas para remediarla.

El órden que los apóstoles habian establecido en general, socorria las necesidades ordinarias, pero no bastaba para tiempos de hambre. Los Judios acomodados, tanto en la capital como en toda la Judea, léjos de socorrer á sus hermanos segun la carne, los aborrecian y solo deseaban acabar con los que ellos llamaban enemigos de la ley y de las tradiciones. En atencion á todo esto, se determinó hacer un esfuerzo para socorrer á los discípulos de la Judea y su capital, de los que los Antioquenos habian recibido la fe y á los que amaban como hermanos. Se recogieron limosnas en mucha abundancia, y se determinó enviarlas á los diáconos y ancianos de Jerusalem y de todos los pueblos, para socorrer á los necesitados de cada uno de ellos cuando llegase el tiempo del hambre, y para llevar este socorro fueron destinados san Pablo y san Bernabé, cuya presencia no era entonces de la mayor necesidad en Antioquia, atendiendo á que esta Iglesia se hallaba bien provista de pastores, maestros y doctores, y estos dos apóstoles tomaron y cumplieron

con el mayor gusto este encargo, tanto en Jerusalem como en toda la Judea.

Viene Herodes á Jerusalem, y la sinagoga le incita contra los apóstoles.

Por este tiempo en que san Pablo y san Bernabé recorrían la Judea repartiendo limosnas, vino Herodes, no Anipás, sino Agripa, rey de Galilea, á Jerusalem, antes que llegase el hambre pronosticada por Agabo. Este año, que era el cuarenta y tres del nacimiento de Jesucristo, coincidía con el año treinta y tres en que habia sido crucificado. Herodes, que habia llegado á Jerusalem pocos días antes de la Pascua, debia partir despues de ella. Él no tenia interés en perseguir á los cristianos, ni les perseguía en sus Estados de Galilea; pero la sinagoga deseaba con ansia deshacerse de ellos, principalmente de los apóstoles. Con este deseo procuró persuadirle que entraba en sus intereses deshacerse de ellos, ya para atraerse la estimacion de los Judíos, y ya para tener en estos unos poderosos defensores contra los Romanos en cualquier encuentro con ellos, á lo que estaba muy expuesto. Herodes se dejó llevar de sus instigaciones, y como era un hombre á quien costaba muy poco quitar la vida á un súbdito, aunque fuese el mas inocente y el mas virtuoso, determinó dar gusto á los Judíos sacrificando á los apóstoles. No se sabe cuántos de estos estaban á la sazón en Jerusalem, porque no solian separarse de ella todos á un tiempo, ni tampoco estar todos juntos en ella. Lo cierto es que san Pedro, cabeza de todos, Santiago el Mayor, hijo del Zebedeo, san Juan, su hermano, y Santiago el Menor, hijo de Alfeo, se hallaron en Jerusalem en esta Pascua. Herodes, pues, tenia á su disposicion estas cuatro preciosísimas víctimas para sacrificarlas á su placer y eleccion, ó todas á un tiempo, ó una despues de otra.

Sacrifica Herodes á Santiago el Mayor.

Tomó este segundo partido y echó mano para el primer sacrificio de Santiago el Mayor. No sabemos porqué no principió por san Pedro, cabeza de todos, y por consiguiente primer enemigo de los Judíos. Acaso la fogosidad de Santiago dió motivo á que principiasse apagando este rayo del celo apostólico. Santiago fué aprisionado y atado, como lo habia sido su divino Maestro, la noche antes de aquella en que los Galileos debían comer el cordero pascual. Todo el día siguiente era de fiesta para estos, pero no para los Judíos, cuya Pascua principiaba, como lo hemos dicho y explicado, en la tarde del viérnes, y hasta aquella hora se podían formar los procesos, sentenciar las causas y ejecutar las sentencias. No tardó mucho en formarse el de nuestro querido apóstol. Su delito delante de Herodes era ninguno, y delante de la sinagoga no era otro que predicar á Jesucristo y ser su apóstol. Santiago, para sostenerse y aumentar su fervor, tenia muy presentes estas divinas palabras que á él y su hermano Juan habia dirigido Jesucristo. ¿Podéis beber, les habia dicho, el cáliz que yo he de beber? Y habiendo respondido ellos que podían, Jesucristo les dijo: Pues beberéis mi cáliz. Y el primero de los dos apóstoles que mereció beber este cáliz, derramando su sangre para sellar con ella la divinidad de la religion, fué Santiago. Llevado al tribunal, en nada contradijo á la acusacion que se le hacia; dobló su cuello, presentó su cerviz y recibió el golpe que separó de su cuerpo su preciosa cabeza. Fué martirizado, si no va errado algun cálculo, en el mismo día que Jesucristo fué crucificado, aunque diez años despues. Grande fué el desconsuelo de los cristianos, que miraban á los apóstoles como á sus padres en la fe, y solo se consolaron, considerando que la religion, fundada sobre la muerte del hombre Dios, habia de ser

regada con la sangre de sus apóstoles para que creciese. Recogieron ansiosos el cuerpo y cabeza del apóstol y le hicieron las exequias con la magnificencia que permitían las circunstancias, quedando preciosa su memoria en el amor de todos los fieles y de todos los siglos.

Se fundan muchas Iglesias desde el martirio de san Estéban hasta el de Santiago.

Apenas se puede dudar sin herir la tradición de las Iglesias mas respetables, y aun de la Iglesia universal, que en el tiempo que medió entre el martirio de san Estéban y el de Santiago fué cuando los apóstoles y principales discípulos de Jesucristo se derramaron por las diversas regiones del mundo conocido, y formaron en los pueblos las Iglesias cristianas, que se glorian de tenerlos por sus fundadores. Es verdad que no consta esto de los Libros santos, pero consta de la tradición y esto debe bastar, pues el contar tan poco con ella, ha hecho en estos últimos tiempos y hace en el día que se cometan tantos yerros.

Nuestra España fué favorecida en esta época con la visita de un Boanerges, ó hijo del trueno, que fué Santiago el Mayor. No sabemos precisamente las provincias que recorrió; pero el santo apóstol la cruzó de oriente á poniente y de mediodía á norte con aquella rapidez que era tan propia de su fogoso carácter. Derramó por todas partes la semilla del santo Evangelio y se volvió á Jerusalem, llevando consigo, como primicias de este piadoso reino, siete discípulos escogidos, que fueron: Torcuato, Tesifonte, Segundo, Indalecio, Cecilio, Hesiquio y Eufrasio, todos los cuales fueron ordenados de obispos.

Traslado del cuerpo de Santiago el Mayor á Galicia, provincia de España.

Luego que estos siete discípulos pudieron recoger el cuerpo de su querido Maestro, sacrificado por Herodes, trataron de volverse á su patria con esta prenda inestimable. Se embarcaron en un puerto del mar Mediterráneo, y rodeando gran parte de la Europa, vinieron á desembarcar en otro del Océano, perteneciente á la España en la provincia de Galicia, y á parar en un pueblo llamado Iria-Flavia, donde estuvo enterrado este precioso tesoro con motivo de las guerras que habia por aquellas provincias entre Romanos y Españoles, y de las inundaciones de los Bárbaros, hasta que por el año de ochocientos y trece fué descubierto en tiempo del piadoso Alfonso el Casto, rey de Leon, y aliado del no menos piadoso Carlo Magno, rey de Francia. Alfonso le hizo trasladar á Compostela, ciudad de la misma Galicia y muy cercana á Iria-Flavia, con el nombre de ciudad de Santiago, el cual nombre ha conservado desde entonces, siendo en los últimos tiempos la concurrencia á esta célebre ciudad la mas grande que se ha conocido despues de la de Jerusalem y de Roma. Nuestro apóstol Santiago ha sido en todos tiempos el muro de defensa de la España, que le ha mirado siempre como su escudo contra todos los enemigos, no solo de su fe y bienes eternos, sino tambien de sus glorias y bienes temporales. Sí, Santiago ha sido y será siempre nuestro gran consuelo, nuestra dulce esperanza, nuestro refugio y amparo y el apóstol de nuestro especial cariño y amor.

Prision de san Pedro.

Viendo Herodes el gran placer que habia causado en los Judíos la muerte de nuestro querido Santiago, se

propuso prender y quitar también la vida á san Pedro, que siendo el Príncipe de los apóstoles, causaría mucho mayor contento á los enemigos del Evangelio. Creyó que sacrificando esta gran víctima, tendría á su favor todo el grueso de los Judíos rebeldes. Tomó esta determinacion cuando llegaba la Pascua. El plazo era muy breve, porque se acercaba la tarde del viérnes en la que principiaba la fiesta, y solo hubo tiempo para prenderle y encerrarle en una rigurosa prision. Como estaba resuelto á sacrificarle y dar al pueblo este agradable espectáculo al momento que pasase la Pascua, trató de asegurarle de un modo que no hubiese peligro que se le huyese, ni de que se hallase privado del placer de presenciar por sí mismo el sacrificio.

Estaba la cárcel fuera de la ciudad. Herodes puso en ella una guardia extraordinaria de diez y seis soldados, divididos en cuatro compañías, cada una de cuatro hombres, de manera que á todas las horas del día y de la noche hubiese cuatro soldados de centinela; dos á los lados de san Pedro en el calabozo, y dos á la puerta de la cárcel. Á los unos llamaban primera guardia y á los otros segunda, siendo todos relevados de tiempo en tiempo por guardias de refresco. La vigilancia de tantos hombres para custodiar uno solo, aun no pareció á Herodes suficiente, y mandó que fuesen atadas sus manos con dos cadenas de hierro. Todas las precauciones que tomó Herodes acerca de su prisionero, vinieron á ser como las que tomó Pilatos y la sinagoga acerca de la Resurreccion de Jesucristo. Unas y otras sirvieron para hacer mas incontestables la Resurreccion del Señor y la milagrosa libertad de san Pedro. No conocia Herodes el espíritu de la religion que profesaban los cristianos. Este no les permitia, ni forzar las prisiones, ni menos romper las guardas. Es verdad que tenian muy en su corazon la libertad de este gran prisionero porque él era su Jefe, su Guía, su Pastor, su Oráculo... era aquel á quien habia dicho Jesucristo : Apacienta mis corderos,

apacienta mis ovejas. Sin embargo para librarle de sus perseguidores, jamás pensaron en la fuerza; bien es verdad que ellos tenian otras armas en la oracion, cuya fuerza ignoraba Herodes, y cuyo poder no alcanzan á resistir todas las potestades del mundo.

Oracion de la Iglesia por san Pedro.

Luego que se supo la prision de san Pedro, se congregaron asustados los fieles á pedir al Señor su vida y su libertad. Desde entonces no hubo momento en que no subiesen una multitud de ruegos al trono del Altísimo pidiendo por su Pastor. Entretanto que los guardas se sucedian unos á otros para no perder de vista á su prisionero, los fieles, juntándose por familias, velaban á su vez y cuidaban que en ninguna hora del día y de la noche faltase una multitud de suplicantes, que en sus causas (por no poderse reunir en el templo á causa de la persecucion) pidiesen sin cesar el socorro del Cielo. Esperaba Herodes con impaciencia que pasase la Pascua para pronunciar la sentencia de muerte contra la cabeza de la Iglesia, y con mas ansia lo esperaba la sinagoga y el pueblo inflamado por esta; pero el que se burla de los designios de los hombres malvados, hizo que se desvaneciesen en un momento todas sus esperanzas.

Un ángel saca de la prision á san Pedro.

Custodiado san Pedro por dos soldados tan de cerca que tocaban en sus costados, atadas sus manos con dos cadenas de hierro, y estando para oír la sentencia de su muerte, se durmió con aquel sueño tranquilo que produce una buena conciencia y que se sobrepone á los acontecimientos humanos. Velaban con gran cuidado los dos primeros soldados á un dormido que tenian á

la vista, y no era menor la vigilancia de los otros dos que cuidaban de la puerta. Ningun hombre podia entrar en la cárcel; pero ningun hombre podia impedir la entrada á los ministros del Omnipotente. Un ángel del Señor vino de repente y llenó de una resplandeciente luz toda la cárcel. Se acercó á san Pedro, y tocando su costado, le despertó diciendo: Levántate pronto; y luego cayeron las cadenas de sus manos: ciñete tu ceñidor y cálzate tus sandalias; y lo hizo así. Cúbrete con tu capa y sígneme; y saliendo san Pedro de su prisión, le seguía sin conocer que fuese verdad lo que el ángel hacia; porque pensaba que era vision lo que veía. Pasaron la primera y segunda guardia y llegaron á la puerta de hierro, por donde se entraba en la ciudad, la cual se les abrió por sí misma, y habiendo entrado en ella, pasaron juntos un barrio, y luego desapareció el ángel. Entonces volviendo san Pedro en sí (del enajenamiento en que se hallaba) dijo: Ahora sé verdaderamente que el Señor ha enviado su ángel y me ha librado de la mano de Herodes y de las miradas de toda la plebe de los Judios.

Se dirige san Pedro á la casa donde estaban reunidos los fieles.

Luego se dirigió san Pedro á la casa de una viuda cristiana, llamada Maria Cleofás, madre de Juan, por sobrenombre Márcos, el cual era primo de san Bernabé y uno de los setenta y dos discipulos que habia enviado el Señor delante de sí á preparar su predicacion. Era esta viuda una mujer muy piadosa, y su casa á este tiempo estaba llena de fieles que se habian reunido en ella para pedir á Dios que librase á su amado Pastor de las manos de Herodes. Tocando san Pedro á la puerta de Maria, una jovencita, llamada Rode ó Rosa, se acercó á la puerta á escuchar, y cuando conoció que era san

Pedro, fué tal su gozo y enajenamiento que no se acordó de abrir la puerta, y dejándole en la calle, se dió á correr adonde estaban los fieles y entró gritando: Pedro está á la puerta, Pedro está á la puerta. Tú estás loca, la dijeron; mas ella afirmaba mas y mas que así era: que Pedro estaba á la puerta. Viendo que la jovencita se aseguraba en ello, dijeron: Ese es sin duda su ángel. Entretanto san Pedro continuaba llamando, hasta que abriendo la puerta, le vieron, y al verle, quedaron todos como fuera de sí de alegría. ¡Cuántas lágrimas de gozo y consuelo no derramarían ahora los que habian derramado antes tantas de pena y desconsuelo! ¡Con cuánto respeto, con cuánto cariño, con cuánta ternura no besarian aquellas ancianas manos que habian estado atadas con cadenas de hierro por la fe! ¡Cuántas preguntas no le harian sobre su prisión, sobre su calabozo, sobre sus centinelas, y sobre el modo con que habia sido puesto en libertad por el ángel! Esta escena debió ser en gran manera tierna. San Pedro, despues de satisfacer con una benignidad suma á todas sus preguntas, les refirió cuanto le habia sucedido y dejamos ya dicho, y concluyó diciendo: que el Señor, atendiendo á sus oraciones, y modivo al ver correr tantas lágrimas, le habia sacado de la cárcel por mano de su ángel y le habia restituido, como veían, al seno de sus amados hijos.

Con muchísimo gusto habrian seguido hablando san Pedro, y escuchando los fieles, porque hay relaciones tan gustosas que jamás llegan á cansar al que habla ni á satisfacer á los que oyen, y tal era la presente; pero san Pedro no podia estar con seguridad en Jerusalem entre unos enemigos tan empeñados en perderle, que cuando no le hallasen en la cárcel, no dejarían rincon sin registrar hasta encontrarle.

Se retira san Pedro á Antioquia.

Dad de todo noticia á Santiago, único apóstol que queda con vosotros, les dijo. Consolad á todos los hermanos y contadles las grandes misericordias que Dios ha usado con nosotros. Yo me retiro por ahora. Los tiempos se mudan y yo volveré á veros. Dicho esto, salió de la casa de Maria entre las tinieblas de la noche y las lágrimas de sus hijos; pero era preciso ó retirarse ó morir, y puesto que el Señor no le habia indicado que era llegada su hora, debia tomar el segundo partido; y así lo hizo, bajando acompañado de cariñosos discípulos á Antioquia, capital de la Siria, donde se habian refugiado ya un gran número de cristianos, porque estaba fuera de la jurisdiccion de Herodes.

Hace matar Herodes á los soldados de la guardia.

Quando amaneció el día siguiente, ya no encontraron los soldados á Pedro y nadie daba razon de él. La cárcel desde este momento era un lugar de confusion. Nadie sabia lo que habia sucedido, y lo mas terrible fué que, cuando estaban en estas averiguaciones y sustos, llevo la orden del rey para que los soldados presentasen al preso en el lugar del suplicio. Herodes, al saber la falta de Pedro, se puso furioso, le hizo buscar por todas partes y con toda diligencia, y no hallándole ni dando razon de él, los soldados de la guardia fueron condenados á muerte. En vano protestaron estos infelices su vigilancia y cuidado. No fueron oídos, y sin ser culpables, murieron como reos en un suplicio. El cruel Herodes habia consentido en dar á los Judíos la bárbara satisfaccion de matar á san Pedro delante de sus ojos, y no pudiendo verificarlo, quiso hacer ver á la sinagoga, con la sangrienta ejecucion de estos inocentes, que lo

habia querido de veras. No juzgó Herodes que le convenia seguir la guerra que habia declarado á los apóstoles, porque el número de los discípulos del Señor era ya muy grande y de mucha consideracion.

Baja á Cesárea, donde permite ser tratado como una deidad.

Entonces dejó repentinamente á Jerusalem y pasó á Cesárea de Palestina. Estaba muy irritado con los de Tiro y Sidon, y no dejaron estos pasar la ocasion de ver al rey en Cesárea, ciudad muy cercana á las suyas, y de procurar reconciliarse con él. Para esto ganaron á Blasto, su camarero, y consiguieron del rey la audiencia que deseaban. Herodes, que era vano en extremo, y se preciaba de hablar con finura, quiso aprovecharse de esta ocurrencia para lucir su vanidad. Se adornó con sus mas preciosas vestiduras, se puso el manto real y la corona, tomó el cetro en su mano, se sentó en el trono, y con este ostentoso aparato, recibió á los embajadores de las dos ciudades, las mas ricas y poderosas de aquellos países. Para recibirlos, habia compuesto una arenga ó discurso que, con su modo de decir, lleno de pulcritud y atractivo, tenia á todo el auditorio emblesado desde el momento que principió á pronunciarle. En lo mas encantador de él, exclamó de repente todo el auditorio: Palabras de dios y no de hombre son estas.

Muere roido de gusanos.

Gustaba indeciblemente Herodes de este incienso sacrilego, y léjos de oponerse á semejantes blasfemias, se embriagaba con ellas; mas el Señor del cielo y de la tierra, celoso de su honor y su gloria, castigó inmediatamente este delito de un modo ruidoso y terrible. En-

vió un ángel, que sin cortar de repente el hilo de su vida, para que sirviese de espectáculo y escarmiento, le hirió con llagas terribles, y cubierto y roído de asquerosos gusanos, espiró á pocos dias en medio de la confusion y de los mas terribles dolores. Menos grande este nuevo Antioeo que el antiguo perseguidor de la nacion santa, però tan soberbio, y acaso mas orgulloso é impió que aquel, fué á dar cuenta ante el tribunal del Juez soberano de la sangre del apóstol Santiago que acababa de derramar, del intento sacrilego de hacer correr la del Principe de la Iglesia, de la de los infelices soldados que mandó degollar, estando enterramente inocentes, y del blasfemo deseo de querer ser tenido por dios pocos dias antes de ir á dar á Dios esta terrible cuenta. Así se verificó en este famoso eriminal, que la muerte del pecador es una muerte pésima.

Cesa la segunda persecucion.

Con la muerte de Herodes cesó la segunda persecucion, en la que Santiago el Mayor entregó su garganta al cuchillo, y san Pedro estuvo atado con cadenas para ser llevado como un cordero al matadero.

No teniendo ya que temer los predicadores del Evangelio sino á la sinagoga, cuyas violencias contenian los Romanos, volvieron á predicar con mas celo que nunca la divina palabra en toda la Palestina, particularmente en la Judea y hasta en Jerusalem, donde habian sido tan perseguidos, haciendo en todas partes numerosas conquistas. En el discurso de veinte y cinco años que pasaron desde el cuarenta y cuatro de Jesucristo hasta el sesenta y ocho en que ya principiaron las divisiones de la Judea y de Jerusalem, apenas hubo suceso notable en toda la Palestina con respecto á religion, y á pesar de la oposicion de la sinagoga, se continuó en predicar á Jesucristo y hacer multitud de discípulos.

San Pablo y san Bernabé son destinados por el Espíritu Santo á la conversion de los gentiles con toda plenitud.

Habia tiempo que Dios preparaba los que habia escogido para rozar y desmontar el fragoso terreno que se extendia por el Asia, la Grecia y todo el imperio romano, cuyo campo era inmenso. Con este designio habia conducido á san Pablo y san Bernabé á la Iglesia de Antioquía, los cuales con sus continuos desvelos contribuyeron á poner aquella Iglesia en un estado tan floreciente, que mereció ser Cátedra de san Pedro aun antes que Roma.

Un dia que estos dos apóstoles y otros muchos ministros del Evangelio se hallaban congregados, sirviendo al Señor, les dijo el Espíritu Santo : Separadme á Pablo y Bernabé para la obra á que les he destinado (que era la predicacion á los gentiles); y entonces los ministros del Señor, ayunando y orando, les impusieron las manos y les enviaron á predicar á las gentes. Tenia ya entonces san Pablo cerca de cuarenta años de edad y once de discípulo de Jesucristo; san Bernabé era de mas edad y tenia mas años de cristiano y de Obispo. Dios habia preferido á san Pablo para la obra de la instruccion de los gentiles, y san Bernabé era un segundo Pablo en esta obra inmensa.

Van á Seleucia y pasan á Salamina, donde principia su predicacion.

Enviados así por el Espíritu Santo, fueron á Seleucia de Siria, edificada por Seleuco, sucesor de Alejandro el Grande. Tenia esta ciudad un puerto sobre el Mediterraneo, y embarcándose en él, navegaron á la isla de Chipre, patria de san Bernabé, se internaron en ella hasta

Salamina, que era su capital, y aquí principiaron á predicar la palabra de Dios en las sinagogas.

El método constante de san Pablo, desde que principió su apostolado, era ofrecer la luz del Evangelio á los hijos de Abraham, y si estos no la recibían, llevarla á las gentes. La ceguera de los primeros ofrecía continuamente ocasiones á los apóstolos para alumbrar á los segundos, y así el fruto de sus trabajos evangélicos venía á ser casi todo de los gentiles. No sabemos cuál fué el de esta primera misión, ni las conquistas que hicieron en ella. Solo sabemos que habiendo predicado en toda la isla, vinieron hasta Pafos.

Castigo del mago Elimas, y conversion del procónsul romano.

Era esta ciudad el asiento del procónsul romano, llamado Sergio Pablo. Informado este del arribo de Pablo y Bernabé, deseó verlos. Quería ser instruido en la religion que predicaban, oír de su misma boca la palabra de Dios, y rendirse á la verdad, que buscaba con buena intencion; pero tenia la desgracia, no solo de faltarle la luz, sino de tener en su misma casa, y al lado de su persona, un criado perverso que se oponia con todas sus fuerzas á los buenos sentimientos del corazón de su amo. ¡Comun desgracia de los poderosos de la tierra! ¡Cuántos serian el ornamento y apoyo de la religion, que estan obligados á defender, si no fueran trastornados por hombres infieles á cuya confianza se entregan!

Este hombre malvado se llamaba Elimas, que significa adivino, y era un mago de profesion que tenia comercio con el diablo. El procónsul por el contrario era un hombre prudente, dice san Lúcas, y muy circospecto. Este buen pagano rogó á Pablo y á Bernabé que le predicasen la palabra de Dios. Ellos lo hicieron con claridad y con celo, y el procónsul les oía con atencion y con gusto.

Estaba presente el adivino y procuraba apartar al procónsul de la fe. Entonces san Pablo, lleno del Espíritu Santo, fijando en él los ojos, le dijo: ¡Ó hombre lleno de todo engaño y de toda falacia! ¡Hijo del diablo! ¡Enemigo de toda justicia! Tú no cesas de trastornar los caminos derechos de Dios. Pues hé aquí ahora la mano del Señor sobre tí. Ciego quedarás y no verás el sol hasta cierto tiempo; y luego cayó sobre él oscuridad y tinieblas, y volviéndose á todas partes, buscaba quien le diera la mano. Este castigo temporal, que le privó de vista del cuerpo, sirvió, segun san Juan Crisóstomo, para ver la verdad. Sin embargo no sabemos si su castigo logró hacer de este escandaloso pecador un constante penitente. Por lo que toca al procónsul, cuando vió el terrible castigo de su criado, abrazó la fe, maravillado no solo del prodigio sino de la bondad del Señor que obraba tan grandes portentos para plantar la luz de la fe en las tinieblas del gentilismo. Sergio fué uno de los discípulos mas amantes de san Pablo y mas amado del santo. No se puede dudar que otros muchos gentiles siguieron el ejemplo del procónsul; pero la sagrada Escritura solo de este nos conserva la memoria y el nombre.

Juan Márcos se vuelve á Jerusalem á vivir con su madre.

Salieron los apóstoles de Pafos y se embarcaron para Perge, ciudad de Panfilia, en el Asia menor. Aquí perdieron á su compañero Juan Márcos, al que, con beneplácito de su madre, Maria Cleofás, habian llevado consigo cuando volvieron de Jerusalem á Antioquía, y que, siendo aun muy jóven, no se creyó con fuerzas bastantes para llevar la carga del ministerio. Acaso su complexion delicada no seria á propósito para seguir á unos hombres de la valentía, altura, robustez y carácter de un san Pablo y un san Bernabé. La prueba que habia hecho en las primeras fatigas, pudo desalentarle. Tenia á su ma-

dre en Jerusalem. San Pedro le habia instruido en la fe, y creyó que le convenia volver á la capital á unirse con su madre y su maestro. Su primo san Bernabé hubiera querido detenerle en su compañía; pero san Pablo no queria, en los que asociaba, sino valor, intrepidez y constancia. Juan Márco se volvió en efecto á Jerusalem, y los dos apóstolos perdieron este jóven amable y de bellas inclinaciones; pero en cambio dejaron en Páfos un militar piadoso, valiente y distinguido en el procónsul Sergio Paulo, y llevaron consigo nuevos discípulos de los convertidos en aquella ciudad, que no quisieron separarse de los padres de su fe.

Predican los dos apóstoles en Antioquía de Pisidia.

Después de la partida de Juan Márco, los dos apóstoles se internaron en el Asia menor y llegaron á Antioquía de Pisidia, distinta de la Antioquía de Siria, y habitada por un gran número de fieles. Se detuvieron en ella y concurrieron el sábado á la sinagoga, donde se juntaban no solamente los Judíos, sino tambien los gentiles, que sin profesar la ley de Moisés, creían en un solo Dios verdadero. Allí asistieron á los ejercicios piadosos, y concluida la leccion de la ley y los profetas, los príncipes de la sinagoga les dijeron: Varones hermanos, si teneis que hacer alguna exhortacion al pueblo, hablad. Entonces levantándose san Pablo y haciendo señal de silencio con la mano, pronunció, en un estilo sublime, un discurso muy semejante al de san Estéban en el día de su martirio. El discurso de san Pablo hizo tan profunda impresion en el concurso, que al salir de la sinagoga les rogaban las gentes que el sábado siguiente volvisen á decirles las mismas palabras. Muchos de los Judíos y prosélitos, temerosos de Dios, siguieron á san Pablo y san Bernabé á su posada con el fin de oír nuevas instrucciones de su boca, y los apóstoles les persua-

dian con la eficacia de sus razones á que creyesen y perseverasen en la fe. El sábado siguiente concurrió casi toda la ciudad á oír la palabra de Dios, y cuando los Judíos vieron tantas gentes, se llenaron de indignacion y contradecian á san Pablo con blasfemias (á falta de razones). Entonces san Pablo y san Bernabé les dijeron con firmeza y enojo: Á vosotros convenia que se predicase primero la palabra de Dios; mas porque la desechais y os haceis indignos de la vida, hé aquí que nosotros nos vamos á las gentes. Así nos lo ha mandado el Señor, porque discípulos somos de aquel divino Maestro, á quien dijo su eterno Padre: Te he puesto para luz de las gentes y para que seas la salud hasta lo último de la tierra. Los gentiles que se hallaban presentes, rebotaban de gozo al oír estas cosas y glorificaban á Dios.

Sacuden el polvo de sus piés en Antioquía y se marchan á Iconio.

Se fueron á Iconio, ciudad célebre de la Licaonia y poco distante de Antioquía de Pisidia. Con sacudir los apóstoles el polvo de sus piés contra los incrédulos, querian manifestar que detestaban su incredulidad y que no querian tener comunicacion con ellos en cumplimiento de la orden del Señor, que les habia mandado usar de este género de execracion contra los que cerrasen sus oídos á la divina palabra. El fervor de los nuevos discípulos de Antioquía no se entibió por la ausencia de los apóstoles. La fe en las divinas promesas, la esperanza de los bienes eternos, la caridad que les unia á todos entre sí, los dones del Espíritu Santo que animaban su nueva vida... todo hacia que llevasen con tranquilidad la ausencia de sus padres en la fe y manifestasen en sus semblantes aquel gozo de que estaban llenos, como nos dice san Lucas.

Entraron luego los dos apóstoles en la sinagoga de Ico-

nio, y hablaron con tanta elocuencia sobre la necesidad de la fe en Jesucristo, que creyó una gran multitud de Judíos, y tambien de gentiles; mas no todos los Judíos creyeron, y los que permanecieron incrédulos, conmovieron y provocaron á ira los ánimos contra los apóstolos. No fué tan general la persecucion ni tan recia que no pudiesen permanecer los apóstoles en Iconio mas de medio año predicando la divina palabra y trabajando en el Señor, que daba testimonio á la verdad, concediendo en su confirmacion, que se hiciesen prodigios y milagros por las manos de los apóstoles; pero al fin sus enemigos consiguieron ganar aqui á los magistrados, y todos unidos, les cargaron de oprobios y se pusieron en disposicion hasta de apedrearlos.

Perseguidos en Iconio, huyen á las ciudades de Listria y Derbe.

Entonces guiados por la doctrina de su divino Maestro, que les habia dicho: Si os persiguieren en una ciudad, huid á otra; salieron de Iconio con el consuelo de haber hecho en ella mucho fruto, y pasaron á las cercanas ciudades de Listria y Derbe, situadas tambien en la provincia de Licaonia, y evangelizaban en ellas.

Cura san Pablo un cojo en Listria.

Habia en Listria un hombre enfermo de los piés, cojo desde el vientre de su madre y que nunca habia andado. Este se habia hecho llevar al lugar donde predicaba san Pablo, y sentado, le estaba escuchando con mucha atencion. San Pablo habiendo puesto los ojos en él, levántate, le dijo en alta voz, y ponte derecho sobre tus piés. El enfermo se levantó, y despues de mantenerse algun tanto sobre sus piés, como para probar su firmeza, prin-

cipió á saltar y brincar delante de todos como un hombre loco de alegría.

Tratan de dioses los Listrios á san Pablo y san Bernabé.

Mas si el curado estaba como loco de gozo, no lo estaban menos las turbas que le veían, las cuales gritaban en lengua licaonia: No hombres, sino dioses en forma de hombres, han bajado á nosotros; y llamaban Júpiter á san Bernabé por su hermosura, y Mercurio á san Pablo por su elocuencia. El sacerdote de Júpiter, cuyo templo estaba á la entrada de la ciudad, trayendo á las puertas de la casa, donde se hallaban los apóstoles, toros y guirnaldas, queria ofrecerles con el pueblo sacrificios, como á dioses, y coronarlos de flores. Cuando san Pablo y san Bernabé vieron estas idolatrias, rasgaron sus vestidos, y arrojándose en medio de la multitud, decian á gritos: ¡Hombres, qué haceis!!! Tambien nosotros somos mortales como vosotros. No hay sino un solo Dios verdadero, eterno, infinitamente bueno, sábio, justo y poderoso, que crió, cuando fué su voluntad, el cielo, la tierra, el mar y cuanto se contiene en el cielo, en el mar y en la tierra. Á este Criador de todas las cosas es á quien deben todas las cosas sus cultos, obsequios y adoraciones, y cuando así procuraban desenganarles, apenas podian contener á la multitud para que no les ofreciesen sacrificios y les coronasen de flores como á sus dioses. Pero estando en lo mas fuerte de su apuro, un suceso, al parecer casual, mas en la realidad ordenado por Dios, acudió á sacarles de él.

Hizo el Señor que sus pasadas persecuciones viniesen á librarles de una adoracion que les horrorizaba. Los Judíos que les habian perseguido en Antioquia de Pisidia y en Iconio, noticiosos de los frutos que hacian en Listria y en Derbe, vinieron á perseguirles tambien en estas ciudades, y llegaron tan á tiempo á la escena que

se quería representar en Listria, que no solo la trastornaron, sino que presentaron, como era de esperar de unos enemigos encarnizados, otra enteramente contraria. Hicieron creer á la multitud que Pablo y Bernabé eran unos hombres poseidos del demonio, y que en virtud del demonio, habian hecho el prodigio que habian visto. No pararon aquí, sino que la provocaron á que los apedrease; y la multitud, que puesta en alboroto en nada se detiene, cargó luego, particularmente sobre san Pablo y le apedreó sin cesar, hasta que le tuvo por muerto. Entonces le sacó de la ciudad y le arrojó en el campo, como á un criminal indigno de sepultura. Sin embargo este tratamiento, que era la última señal de su furor contra san Pablo, fué una especial providencia para conservar su vida. Sus discípulos, que le habian seguido hasta el campo adonde le arrojaron, advirtieron que aun respiraba, ¡cuál fué aquí su alegría! Le tomaron en sus brazos, le fomentaron con mucho tiento y cariño, y le curaron con tanto acierto y tan feliz suceso, que pudo entrar por su pié en Listria y pasar á Derbe el día siguiente con su compañero san Bernabé. Allí fué san Pablo enteramente curado, y luego volvió á predicar con san Bernabé la palabra del Señor sin que nadie les turbase; prueba clara de que la ida de los Judíos á Listria fué mas bien á impedir el sacrificio nefando, que los idólatras de esta ciudad pretendian ofrecerles, que á perseguirles.

Visitan la Iglesia de Antioquia de Siria y suben á Jerusalem.

De Derbe se volvieron á su amada Antioquia de Siria, predicando al paso en la ciudad de Perges, donde convirtieron á muchos, particularmente paganos, y recogido este fruto, se embarcaron, y despues de una feliz navegacion, vinieron á Antioquia. De aquí les habia enviado

el Espíritu Santo para abrir la puerta de la fe á los gentiles, y el primer cuidado de san Pablo y san Bernabé fué juntar todos los pastores y todas las ovejas de este amado rebaño, y darles parte de las maravillas que por su ministerio habia obrado Dios entre los gentiles; lo que hicieron cumplidamente en una bella relacion de todo lo que les habia ocurrido. No se puede explicar cuánto fué el gozo de los habitantes de Antioquia cuando, despues de dos años, volvieron á ver á sus primeros maestros en la fe, y á oír de su boca los consoladores sucesos de su ministerio. Los detuvieron cerca de si lo mas que pudieron; pero estaba san Pablo muy ansioso de subir á Jerusalem para hablar con aquella Iglesia, y principalmente con san Pedro acerca de su ministerio. Habian pasado ya catorce años desde su conversion, y en todo este tiempo solamente dos veces habia estado en Jerusalem; una á los tres años de convertido, y entonces solo fueron quince días que estuvo con san Pedro, sin que tuviese ocasion de ver ningun otro apóstol que á Santiago el Menor; y otra, cuando fué á llevar las limosnas de los cristianos de Antioquia y sus contornos. Era esta la tercera, exigida por su ministerio, y ordenada por el Señor.

Primera noticia del jóven Tito.

Tomaron consigo en este viaje un jóven gentil, llamado Tito, que habia abrazado la fe, y que mereció por sus virtudes que le escribiese san Pablo una carta, que se conserva entre las canónicas ó sagradas. Llegaron los tres á Jerusalem, y el primer cuidado de san Pablo y san Bernabé fué reunir cuantos pudieron de los apóstoles, discípulos, y antiguos cristianos, que habian sido testigos de la gloriosa Resurreccion del Señor en muchas apariciones hasta su triunfante ascencion á los cielos. Con estos consultó san Pablo, y principalmente con san Pedro, el Evangelio que predicaba á los gentiles.

Deseaba este apóstol de las gentes que la Iglesia de Jerusalem diese su aprobacion á la doctrina que predicaba, no porque temiese que no fuese verdadera, habiéndola recibido del mismo Jesucristo, sino para que su aprobacion contribuyese á aumentar la conversion de los gentiles.

Reconoce la Iglesia de Jerusalem la mision de san Pablo á los gentiles.

Visto por la Iglesia de Jerusalem, dice el mismo san Pablo, que á mí se me habia encomendado la predicacion del Evangelio á los incircuncisos, como á Pedro la de los circuncidados; porque el que obró en Pedro para el apostolado de la circuncision, obró tambien en mí para el apostolado de las gentes, Pedro, Juan y Santiago nos dieron las manos derechas á mí y á Bernabé en señal de una cariñosa despedida, quedándose ellos en la Iglesia de la circuncision en Jerusalem, y volviendo nosotros á la de los incircuncisos en Antioquia. Tito, siempre al lado de sus amados maestros, fué con ellos á aquella tan populosa como cristiana ciudad. Todos y en todas partes sabian que no estaba circuncidado, pero san Pablo queria hacer ver con este testigo presencial y continuo, que ni la circuncision, ni alguno de los legales de Moises, obligaba á los gentiles que se convertian.

Disputa sobre la necesidad de la circuncision.

Todo seguía bien en la Iglesia de Antioquia, tanto mas, cuanto tenia dos apóstoles á su frente; mas bajaron de Judea y Jerusalem algunos cristianos de la circuncision negando que pudiesen salvarse los gentiles convertidos, si no se circuncidaban segun la ley de Moises. Y bajando algunos de la Judea, dice san Lucas,

enseñaban á los hermanos, diciendo: Si no os circuncidais, segun el rito de Moises, no podeis salvaros. Al oír esto los cristianos gentiles, que componian casi toda esta floreciente Iglesia, y vivian en una gran paz sobre la fe de sus apóstoles, turbados de repente y sumergidos en la confusion, corrieron en tropas á buscar á san Pablo y san Bernabé, y les dijeron afligidos: que los cristianos que habian venido de Jerusalem les trataban como excomulgados y perdidos, porque no se habian circuncidado, y que no era eso lo que se les habia enseñado al tiempo de su conversion y su Bautismo; que como padres de su fe en Jesucristo, mirasen por el consuelo de estos sus hijos y tratasen del remedio.

Los dos apóstoles se presentaron á los cristianos recién venidos y les hicieron ver: que los cristianos convertidos del paganismo no estaban sujetos, despues de su conversion, á la circuncision, ni á la demás leyes ceremoniales de Moises, como no lo habian estado antes: que estas solo habian obligado á los hijos de Jacob, á quienes se habian impuesto; y en fin que estaban tan léjos de obligar á los gentiles convertidos, que los mismos Judíos convertidos debian quedar libres de ellas por la gracia de Jesucristo. Disputaron reciamente los dos apóstoles con los recién venidos (segun san Epifanio eran el hereje Cerinto y sus secuaces) y no pudieron convertirlos. No era extraño siendo herejes. Bastaba san Pablo, instruido hasta en el tercer cielo por Jesucristo, para decidir y dar por concluida con su autoridad la disputa; pero podia mirársele como parte interesada por sus amados gentiles, y quiso que la cuestion se llevase á la Iglesia de Jerusalem, de la que no hubiese apelacion. Se convinieron unos y otros en ello, y los defensores de la necesidad de que observasen los gentiles la ley de Moises nombraron dos de los cristianos de la circuncision, y san Pablo y san Bernabé fueron los encargados por parte de los gentiles ó incircuncisos. La Iglesia ó Concilio de Jerusalem, al que presidia san Pedro, como

cabeza de todos los fieles, se componia de todos los apóstoles, exceptuando á Santiago el Mayor, á quien habia hecho quitar Herodes la vida, y á Judas Iscariote que se habia ahorcado. No sabemos los que en esta ocasion se hallaban en Jerusalem; pero sí que se reunieron todos los que se encontraban en ella, ó en lugar y situacion de poder asistir al concilio. Tambien asistieron aquellos discipulos ancianos que habian conocido á Jesucristo y que gozaban de mayor reputacion entre los hermanos. A este tribunal excelso fueron los encargados á exponer sus pretensiones recíprocas.

Los mas antiguos y considerables cristianos de la floreciente Iglesia de Antioquia acompañaron á los dos apóstoles san Pablo y san Bernabé hasta mas allá del término de su ciudad, y aunque fué inevitable su sentimiento al separarse de los padres que les habian engendrado en Jesucristo, no lo fué tanto como en otras ocasiones, porque esperaban que seria breve su ausencia y muy provechoso su viaje para la tranquilidad de sus almas. Pasaron san Pablo y san Bernabé por las provincias de Fenicia y Samaria, donde habia ya mucho tiempo que el Evangelio producía frutos abundantes. En todas las ciudades y pueblos en que se veían precisados á detenerse, juntaban á los fieles, no tanto para predicarles, como para decirles cuanto habia obrado el Señor por su ministerio para la conversion de los gentiles; y con estas noticias llenaban sus corazones de un gozo indecible. Cuando llegaron á Jerusalem fueron recibidos con la mas profunda veneracion por los apóstoles, los obispos, los ancianos, y por toda la Iglesia de aquella gran ciudad, donde con una alegría universal se habia sabido la eleccion que Dios habia hecho de estos dos grandes hombres para apóstoles de las gentes, y la fidelidad y exactitud con que correspondian á ella. Se les dieron todos los testimonios posibles de aprobacion de su conducta y todos los elogios que merecía la grandeza de su empeño. San Pablo y san Bernabé no necesitaban

alegar razones en favor de su causa. Les bastaba referir lo que habian hecho, ó por mejor decir, lo que Dios habia hecho por ellos y con ellos. Esta narracion sencilla era la prueba mas convincente que podia presentarse. Así lo hicieron estos defensores de la incircuncision, dejando á los diputados contrarios todo el tiempo que quisieron emplear en exponer sus razones en favor de la circuncision; y cuando hubieron acabado, se levantaron algunos fariseos (secuaces de Cerinto) y dijeron: No basta lo que han hecho y dicho Pablo y Bernabé; es necesario que los gentiles convertidos se circunciden y que guarden la ley de Moisés.

San Pedro decide, y todos se conforman.

Entonces los apóstoles y los obispos, como miembros del concilio, y los presbíteros ó ancianos, como consejeros y como discipulos que habian aprendido del Señor y de los primeros cristianos las verdades de la religion, confirieron sobre ello; y cuando con mas ardor se buscaba la verdad, se levantó san Pedro, y tomando aquel tono de autoridad, propio del Pastor universal, cuando habla para enseñar á los fieles, dijo: Varones hermanos, vosotros sabeis que desde los primeros dias que entró y salió con nosotros el Señor Jesus, ordenó que de mi boca oyeseis los gentiles la palabra del Evangelio y creyeseis, y Dios, que conoce los corazones de los hombres dió un testimonio patente de esto, concediendo tambien á ellos el Espíritu Santo, como á nosotros; y habiendo purificado con la fe sus corazones, no hizo ya diferencia entre ellos y nosotros. ¿Porqué, pues, tentais ahora vosotros á Dios, queriendo poner sobre los cuellos de los gentiles convertidos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar? Mas nosotros creemos ser salvos, no por la ley de Moisés que á ninguno ha podido salvar, sino por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, por la que

tambien fueron ellos salvados. Aquí calló toda la multitud, aprobando cuanto habia dicho la cabeza de la Iglesia, y la cuestion quedó concluida, ó como dice san Agustin, habló Pedro y la causa quedó finalizada.

Carta del Concilio de Jerusalem á los gentiles de Antioquia.

Entonces pareció bien á los apóstoles y á los ancianos, con toda la Iglesia, elegir á Judas y á Silas, varones principales entre los hermanos, y enviarlos á Antioquia con una carta que decia: Los apóstoles y los hermanos presbiteros, á los hermanos gentiles, que estan en Antioquia, en Siria y en Cilicia, salud. Por cuanto hemos sabido que algunos, que han salido de entre nosotros, os han trastornado y turbado vuestras almas con palabras que nosotros no les hemos mandado, habiéndonos congregado, como si fuéramos uno solo, nos ha parecido escoger varones y enviarlos á vosotros con nuestros carísimos Pablo y Bernabé, que han puesto sus vidas por el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Enviamos, pues, á Judas y á Silas, que os dirán de palabra esto mismo. Ha parecido, pues, al Espíritu Santo y á nosotros no imponer sobre vosotros mas cargas que estas cosas necesarias: que os abstengais de las casas sacrificadas á los ídolos, de la sangre del sofocado y de la fornicacion; de las cuales guardándoos, haréis bien. Quedad con Dios.

San Pablo y san Bernabé partieron luego para Antioquia, colmados de gozo con el pensamiento de que el feliz suceso de su comision iba á llenar de alegría á sus amados Antioquenos y á sosegar sus conciencias. Con ellos se unieron Judas y Silas, diputados de la Iglesia de Jerusalem y portadores de la carta del concilio, y caminaron juntos hasta la ciudad. Un ansia, una santa impaciencia de saber las resultas del viaje, ocupaba á todos. Luego que se supo el arribo de san Pablo, san

Bernabé y los dos enviados del concilio que les acompañaban, se juntó la multitud, y conducida por sus doctores y obispos, salieron á su encuentro y los condujeron á la ciudad. Fueron recibidos con la profunda veneracion que correspondia al carácter de enviados de una Congregacion reunida en el Espíritu Santo. Entregaron la carta del concilio, que fué leida en presencia de todos y causó en todos los corazones una alegría indecible. Judas y Silas, testigos del gozo que ocupaba á los Antioquenos, echaban el colmo á la alegría con sus fervorosos discursos, y confirmaban en la fe á los hermanos con la unción propia de su carácter de profetas y doctores de que estaban revestidos. Cuando hubieron pasado algun tiempo disfrutando de la comun alegría, se les permitió volver á Jerusalem á hacer participantes de ella á los que les habian enviado: pero Silas tuvo por mas conveniente quedarse en Antioquia, y solo Judas subió á Jerusalem, donde hizo relacion á los apóstoles y Padres del concilio, á los ancianos y presbiteros, y á todos los cristianos de su feliz viaje, del gozo con que habian sido recibidos por los cristianos de Antioquia, y sobre todo, del júbilo con que habia sido leida y oida la carta.

San Pablo y san Bernabé se estaban en Antioquia enseñando y evangelizando la palabra del Señor, teniendo en su compañía á Silas y otros muchos cooperadores y ministros que esta dichosa Iglesia habia poseido en abundancia desde el principio. Esta multitud de operarios de que estaba provisto, hizo creer á san Pablo que podia pasar ya sin su presencia y la de su compañero, y así despues de algun tiempo, dijo á san Bernabé: Volvamos á visitar á nuestros hermanos, recorriendo las ciudades en que hemos predicado la palabra del Señor, y veamos cómo les va y el estado en que se encuentra su fe y sus costumbres.

No se avienen san Pablo y san Bernabé sobre llevar consigo á Juan Márcos.

Bernabé convino con mucho gusto en ello; pero queria llevar en su compañía á Juan Márcos, su primo; más san Pablo hizo presente á san Bernabé que no les convenia llevar consigo este discípulo, que ya sabia que les habia dejado en Panfilia, volviéndose á Jerusalem á vivir con su madre; que su delicada complexion no habia podido sobrellevar las fatigas evangélicas; y que no era prudente exponerle á una segunda prueba. San Bernabé formaba otras esperanzas de Márcos, en lo que fácilmente pudo tener su parte la carne y la sangre. Contaba con hacer de este jóven un excelente operario, y no se determinaba á pasarse sin él. No se avinieron, ó por decirlo mejor, no quiso el Señor que se avinieran, porque así convenia á los intereses del Evangelio. Separándose los dos apóstoles y tomando cada uno compañeros que les ayudasen, podian llevar á un mismo tiempo la palabra de Dios á muchos pueblos y adelantar esta divina obra, durante los pocos años que faltaban hasta la ruina entera de Jerusalem y de la sinagoga, y así en efecto lo hicieron.

Historia de san Bernabé.

San Bernabé partió de Antioquia llevando consigo á Juan Márcos, que habia vuelto de Jerusalem, y se embarcaron juntos para la isla de Chipre, de donde era natural el primero, como ya hemos dicho, y es todo lo que sabemos por la historia sagrada del apostolado de san Bernabé; mas por las historias eclesiásticas, mas antiguas y mejor acreditadas, sabemos que san Bernabé trabajó con gran celo y con gran fruto en su isla de Chipre; que tuvo el consuelo de verla convertida á la

fe; que pasó á Italia y á Milan, cuya Iglesia se gloria de haberle tenido por su primer padre en la fe: y que volviendo á su patria, combatió con tanto celo la doctrina de la circuncision y los legales, que la sinagoga suscitó contra él un alboroto popular, en el que recibió la corona del martirio, muriendo apedreado como san Estéban. Quisieron los circuncisos quemar su cadáver; pero su pariente y discípulo Juan Márcos, ayudado de otros discipulos, le recogió en la oscuridad de la noche inmediata y le enterró cerca de la ciudad con todo el honor que le permitieron las circunstancias. El furor de las persecuciones de los primeros siglos hizo que se perdiese la noticia de su sepulcro, hasta que, convertidos á la fe los emperadores, se volvió á adquirir en el siglo quinto y tiempo de Zenon. Antimo, obispo de Salamina (capital de la isla de Chipre), tuvo una revelacion del sitio donde se hallaba el sagrado depósito, y luego se formó una procesion religiosa y se caminó á descubrirle. Se cavó en el sitio designado y se halló el cadáver del santo apóstol, con un ejemplar del Evangelio de san Mateo sobre el pecho, escrito por mano del mismo san Bernabé. El santo obispo Antimo envió este ejemplar al emperador Zenon, quien mandó guarnecerle con láminas de oro y custodiarle en su palacio imperial con el mas profundo respeto. Hizo tambien edificar una magnífica iglesia en el sitio donde se habia encontrado el sagrado cadáver, colocando en el centro el sepulcro del santo entre hermosas columnas de mármol guarnecidas de magníficos relieves de plata.

San Pablo asocia consigo á Silas.

San Pablo, separado de san Bernabé, asoció consigo á Silas, uno de los dos diputados que habian bajado de Jerusalem á Antioquia á traer la carta del concilio, y que se habia quedado en esta ciudad cuando su compa-

nero Judas se volvió á Jerusalem, como dejamos ya dicho. Silas, aunque profeta y obispo, se dió por muy contento y honrado con esta eleccion que hacia de él un san Pablo, el vaso escogido por Dios para llevar su santísimo Nombre á las gentes. San Pablo y Silas salieron de Antioquia y recorrían la Siria y la Cilicia, animando y confirmando á las Iglesias en la fe y mandando que se guardasen los preceptos de los apóstoles y de los ancianos, decretados en Jerusalem; y las Iglesias se afirmaban en su fe y se aumentaba todos los dias. Llegaron á Derbe y á Listria, ciudades en las que habia trabajado mucho san Pablo con san Bernabé en su primer viaje y donde veía ahora los mas hermosos frutos.

Encuentran en Listria á Timoteo.

Hallaron en Listria un jóven cristiano, llamado Timoteo, hijo de padre gentil y de madre judía de nacimiento, y cristiana de profesion, del que ninguna noticia nos da san Pablo en su primer viaje. Era el padre de Timoteo uno de aquellos Griegos que, como el centurion antes de su Bautismo, sin ser discípulo de Moises, creía en un solo Dios verdadero; y su madre, llamada Eunice, vivía con un hombre de este carácter sin peligro que la pervirtiera. Había criado á su hijo Timoteo en la religion cristiana que ella profesaba, y en preciosas costumbres. Siendo hijo de padre gentil y de madre judía, podía circuncidarse ó permanecer incircunciso, y en este último estado habia vivido hasta ahora. Los cristianos de esta ciudad, y tambien los de Iconio, daban de Timoteo el mas glorioso testimonio. San Pablo quiso conocerle por sí mismo y luego penetró lo mucho que valia este jóven.

No permite san Pablo la circuncision de Tito, y quiere la de Timoteo.

San Pablo se habia asociado, como ya hemos dicho, á Tito para servirse de él en la instruccion de los gentiles, y ahora quiso tomar á Timoteo para la de los Judios. Siendo Tito hijo de padre y madre gentiles, creyó el apóstol que seria un gran inconveniente para la conversion de los gentiles circuncidarle, y nadie pudo vencerle á que lo permitiese. Lo contrario sucedió con respecto á Timoteo. Siendo hijo de padre gentil y de madre judía, y pudiendo continuar incircunciso, siguiendo la ley del padre, ó circuncidarse siguiendo la de la madre, el apóstol quiso que se circuncidase para que coadyuvase mejor á la conversion de los Judios. Convinieron en ello los padres de Timoteo, y este se sujetó á la ley para seguir á san Pablo, á quien habia cobrado ya aquel tierno amor que le profesó siempre.

Se dirige san Pablo con sus compañeros á Bitinia.

Despues de haber visitado el apóstol las tres Iglesias de la Licaonia, que eran Iconio, Derbe y Listria, y de haber aumentado con sus fervorosos discursos la piedad y virtudes de aquellas florecientes Iglesias, salió de ellas acompañado de Silas, de Tito y de Timoteo, su nuevo cooperador y discípulo, y pasando las provincias de Frigia y de Galacia, trataron de ir á Bitinia, provincia del Asia menor, cuya capital era Efeso, y no se lo permitió el Espíritu de Jesus. No se nos dice la causa que hubo para esto. Dios es árbitro de hacer gracia á quien quiere y cuando quiere. San Juan Crisóstomo y otros santos Padres creen que el motivo fué tener el Señor reservadas estas provincias al ministerio de san Juan, y en efecto en ellas le ejerció cumplidamente.

Tambien pudo ser porque ya san Pedro habia predicado el Evangelio en el Asia y la Bitinia, y queria el Señor que san Pablo y sus compañeros fuesen á predicarle en la Macedonia, como puede inferirse del pasaje siguiente. San Pablo y sus compañeros, despues de haber cruzado la Misia, bajaron á Troade, llamada Alejandria. En esta ciudad tuvo san Pablo una vision celestial. Se le puso delante un hombre macedonio que le rogaba y decia: Pasa á Macedonia y ayúdanos. Se cree que este hombre, que se habia presentado á san Pablo en traje macedonio, era el ángel tutelar de la provincia, que pedia por ella. Luego que san Pablo tuvo la vision, procurámos, dicen estos misioneros, ir á Macedonia, asegurados de que Dios nos habia llamado para que predicásemos el Evangelio, y embarcándonos en Troade, vinimos á Somotracia, última ciudad de la Tracia, y el dia siguiente llegamos á Nápoles, situado sobre las fronteras de Tracia y Macedonia. De allí pasamos á Filipos, llamada así de Filipo, padre de Alejandro Magno, y en esta ciudad nos detuvimos algunos dias á conferenciar sobre el modo de derramar en aquel país, enteramente desconocido, la semilla del santo Evangelio.

Se detienen en Filipos.

No habia en Filipos sinagogas, como en las otras ciudades del Asia, y los pocos Judíos que se toleraban allí, se juntaban para hacer su oracion comun en un lugar apartado de la ciudad sobre la ribera de un rio. Habiendo llegado el sábado, salimos de la ciudad y fuimos á la ribera del rio, donde nos parecía que se hacia la oracion comun, y sentándonos, hablábamos con las mujeres que se hallaban ya allí reunidas.

Conversion de Lidia.

Entre ellas habia una de Tiatira, llamada Lidia, que tenia un gran comercio de grana en Filipos, y adoraba á un solo Dios. Cuando oyó hablar de Jesucristo, el Señor abrió su corazon y escuchaba con mucha atencion las cosas que san Pablo decia. Advirtió el apóstol la atencion y piedad de Lidia, y dirigiéndose á ella particularmente, la habló de Dios y de su santísimo Hijo Jesucristo, de sus misterios y de la santidad de su doctrina. Entonces esta piadosa mujer creyó y fué bautizada con toda su casa. Fué desde luego muy viva su fe, y su caridad muy fervorosa. Si juzgais, nos dijo, que yo sea fiel al Señor, y digna de tener en mi casa á sus ministros, entrad en ella; y nos obligaba á que entrásemos. No queremos comparar á esta fervorosa mujer con los dos discípulos de Emaús que obligaron á Jesucristo á que entrase en su casa; pero no se la pueden negar unos rasgos de semejanza que la honran mucho.

Curacion de la pitonisa ó adivina.

Sucedió, pues, otro dia, que yendo nosotros á la oracion, nos encontró una muchacha, que tenia espíritu de Piton ó de diablo, como la adivina ó pitonisa que consultó el rey Saul en la noche anterior al dia de la batalla en que murió. Esta muchacha daba mucho que ganar á sus amos adivinando. El diablo conoce lo presente y lo pasado, y por la sutileza de su espíritu, dice santo Tomás, conjetura ordinariamente lo que está por venir. Así daba el demonio sus respuestas por medio de esta muchacha á los que venian á consultarla. Ella siguiéndonos daba grandes voces, diciendo: Estos hombres son siervos del Dios excelso, que os anuncian el camino de la salud, y esto lo hacia por muchos dias.

Condolido san Pablo de la pobre muchacha, cansado de oír unas alabanzas que les daba el padre de la mentira, y siguiendo el ejemplo de su divino Maestro, que mandó salir de un hombre poseído al espíritu inmundo que le llamaba Santo de Dios, dijo al espíritu de adivinación : Te mando en nombre de Jesucristo que salgas de ella, y salió en la misma hora.

Son azotados y encarcelados.

Viendo sus amos que se había acabado su ganancia, echando mano de san Pablo y de Silas, los arrojaron al tribunal, donde los presentaron á los magistrados, diciendo : Estos hombres son Judíos turban nuestra ciudad y predicán unas costumbres que nosotros no podemos recibir ni ejecutar, siendo Romanos. Al oír el nombre de Judíos, á los que tanto horror tenían los Romanos por causa de la circuncision, todo el pueblo se alborotó contra ellos, y los magistrados, haciendo que les rasgasen las túnicas y quedasen descubiertas sus carnes, mandaron que les azotasen con varas, y despues de haberles azotado largamente, les metieron en la cárcel, mandando al carcelero que los custodiase con toda diligencia. El carcelero, luego que recibió esta órden, los metió en un calabozo y les puso los piés en un cepo.

Mas á la media noche, puestos en oración san Pablo y Silas, alababan á Dios, oyéndolos cuantos estaban en la cárcel, y luego se sintió un terremoto tan grande, que se conmovieron hasta los cimientos del edificio, se abrieron todas las puertas y se soltaron todas las prisiones. Cuando el carcelero vió sueltos los presos y abiertas las puertas, desenvainó la espada y se quiso matar. Pero san Pablo exclamó con todas sus fuerzas, diciendo : No te hagas mal, porque todos estamos aquí. San Pablo y Silas no se movieron para no exponer al pobre carce-

lero ; y los demás tampoco dejaron sus puestos, sin duda sobrecogidos del espanto que les causó el terremoto. El carcelero registró la cárcel para asegurarse de la permanencia de los presos, y ninguno faltaba ; mas cuando vió á san Pablo y Silas que con sus gritos le habian librado de matarse á sí mismo, se arrojó temblando á sus piés, y conociendo que aquellos hombres eran unos ministros de Dios, les preguntó : ¿ Y qué es lo que debo yo hacer para salvarme ? Y ellos le dijeron : Cree en el Señor Jesus, y serás salvo tú y toda tu casa ; y tomando el carcelero á san Pablo y á Silas en aquella misma hora de la noche, les lavó las llagas. Ellos predicaron al carcelero y á toda su familia la palabra del Señor y todos fueron bautizados. Supieron las autoridades que Pablo y Silas eran Romanos, y luego se apresuraron á sacarles de la cárcel.

Vienen á la casa de Lidia y causan una extraordinaria alegría.

Luego que san Pablo y Silas salieron de la cárcel, vinieron á la casa de la piadosa y amable Lidia, donde estaban reunidos Lucas, Tito y Timoteo y un gran número de cristianos de los convertidos de Filipo. Todos se hallaban en el mayor desconsuelo, porque no sabian en qué vendrían á parar su grande y grandemente amable san Pablo y su precioso compañero Silas. Cuando les vieron entrar, debieron experimentar un regocijo muy semejante al de los discípulos de Jerusalem cuando se presentó san Pedro á la puerta de la casa de María, madre de Márcos. Los dos mártires de Jesucristo, y compañeros en el calabozo de Filipo, hicieron una relación tan tierna y circunstanciada, cual convenia á su glorioso triunfo, y los fieles les oyeron con aquel consuelo y alegría que hace alabar al Dios de todo consuelo.

Pasan de Filipos á Tesalónica, donde son tambien perseguidos.

San Pablo y Silas, despues de animar á los hermanos á que perseverasen firmes en la fe y fervorosos en la caridad, salieron con Timoteo de Filipos. Dejaba el apóstol á los fieles Filipenses con sentimiento, porque preveía las persecuciones que iban á padecer en su ausencia, y creemos que, para sostenerlos, dejó con ellos á su amado Tito. No hizo sino pasar por Amfipolis y por Apolonia, ciudades de la Macedonia, bastantemente vecinas, pero no juzgó á propósito detenerse en ellas, porque no habia sinagogas, ni acaso un retiro donde se reuniesen los Judíos, como en Filipos. Era san Pablo el apóstol destinado por Dios para la conversion de las gentes, y la experiencia le habia enseñado, que su entrada para conseguirlo eran las sinagogas, en las que, al paso que conquistaba algunos hijos de Israel, lograba llamar la atención de los gentiles al desprecio de la idolatría y á la adoracion de un solo Dios. Guiado por sus experiencias pasó á Tesalónica, capital de la provincia, en la que habia una sinagoga. Luego que llegó á la ciudad, fué á la sinagoga, y por tres sábados disputaba con los Judíos sobre las sagradas Escrituras, haciéndoles ver que habia sido necesario que Jesucristo padeciese (muriese) y resucitase de entre los muertos; y creyeron algunos Judíos y se unieron con Pablo y con Silas. Tambien creyó una multitud de gentiles, adoradores de un solo Dios, y otra multitud de idólatras, que renunciaron sus idolatrías, y no pocas mujeres ilustres.

No esperaba san Pablo conseguir tan prontos y felices sucesos sin contradiccion. Los Judíos incrédulos tomaron de la plebe un número de hombres malos, y formaron con ellos un tropel que causó en la ciudad un tumulto casi general. Su intento era arrebatár á Pablo y á Silas y

hacer que el pueblo alborotado les matase á pedradas sin forma de juicio, porque en él necesariamente habian de salir mal. No lo consiguieron. Pablo y Silas estaban en casa de su discípulo Jason, pero tuvieron tiempo de ocultarse antes que llegasen los amotinados. Estos registraron la casa, y no encontrándolos, se apoderaron de Jason y algunos otros cristianos que se hallaban en ella, y los llevaron á los magistrados, diciendo: Estos son unos hombres recién venidos, que Jason ha recibido en su casa, y perturban la ciudad; van contra los decretos del César, y enseñan que tenemos otro Rey, que se llama Jesus. Los magistrados oyeron á Jason y á sus compañeros, y todos dieron tan buena cuenta de sus personas, que los dejaron ir libres; pero la libertad de los discípulos no ponía en seguridad á sus maestros.

De Tesalónica van á Berea.

Aunque la Iglesia de Tesalónica apenas habia tenido tiempo para formarse, juzgaron los fieles que sus cimientos eran bastante sólidos para poder sostenerse sin sus fundadores hasta que pluguiese al Señor consolarles con su vuelta. Esperaron san Pablo y Silas la oscuridad de la noche, y algunos discípulos prácticos en el terreno, y muy amantes de sus maestros, los sacaron secretamente de la ciudad y los condujeron á Berea, otra ciudad de Macedonia, poco distante de Tesalónica. Tambien tenian los Judíos una sinagoga en Berea. San Pablo y Silas fueron á esta sinagoga, y vieron que los concurrentes recibian la divina palabra con ansia, leyendo diariamente las sagradas Escrituras; y así muchos Judíos creyeron, y tambien muchas mujeres gentiles de calidad, y no pocos hombres. Desde el principio de su mision no habia visto san Pablo progresos semejantes á los que hacia el Evangelio en Berea y á la profunda paz que los acompañaba. No gozó de ella por mucho tiempo esta

Iglesia. La obra de Dios es siempre la misma. Fundada en todas partes sobre la cruz, se hacia fecunda, particularmente en aquellos tiempos, con las contradicciones, y estéril luego que no era combatida. No tardó en llegar á Tesalónica la noticia de que Pablo predicaba en Berea la palabra de Dios con una aceptación extraordinaria: que los Judíos le escuchaban con mucha atención; y que se dejaba ganar para Jesus un crecido número. Fué grande la indignación que esta noticia causó en los amotinados, y luego salieron los mas furiosos á perseguir á san Pablo en Berea. No se dirigieron á las autoridades para pedir justicia, sino á la multitud, á la que conmovieron con sus discursos sediciosos.

Llevar á san Pablo sus discípulos á Atenas.

Tenia san Pablo en Berea muchos y muy amantes discípulos que, viendo el peligro, se dieron prisa á sacarle de la ciudad, y no contentos con llevarle hasta el mar y embarcarse con él, le condujeron hasta Atenas. Silas y Timoteo no se embarcaron con el apóstol. Fuese porque creyese este muy breve su viaje y quisiese que permaneciesen por aquel poco tiempo en Berea, ó fuese que la precipitación de la salida no diese lugar para avisarlos, san Pablo se encontró solo en Atenas.

Carácter de los Atenieses.

Era Atenas una ciudad célebre por su ciencia y su idolatría. Tenia un senado que llamaban Areopago, compuesto de los hombres mas sabios de aquel tiempo, pero tan supersticiosos que, segun su historiador Pausanias, tenían mas ídolos que toda la Grecia. Habia en Atenas una secta numerosa de epicúreos, gente delicada, ociosa y dada á las delicias; y habia tambien otra, no

menos numerosa, de estóicos, que se preciaban de filósofos, y despreciaban en su orgullo á todos los demás hombres. Lleno san Pablo en el mismo cielo de la sabiduría de Dios, tenia bastantes armas para confundir la voluptuosidad de los unos, y para humillar la soberbia de los otros. Se llegó á ellos sucesivamente, pero solo pudo conseguir que le escuchasen sin sacar fruto alguno. Al ver que nada les movia, les habló de la resurrección de los muertos. Esta para ellos era una novedad, y por esto les llamó la atención hácia ella. Disputaban con él porque predicaba á Jesucristo resucitado, y en esto mismo la resurrección de los muertos. ¿Qué nos quiere anunciar este sembrador de palabras? decían unos. Parece que quiere ser predicador de dioses nuevos, decían otros; y por estas disputas le llevaron al areopago, al que pertenecia la decisión de las causas mas importantes, y principalmente las de la religion. Tal creyeron que era la de san Pablo, y por eso le llevaron á este tribunal á dar cuenta de su doctrina. ¿No podemos saber, le dijeron, qué es esa nueva doctrina que predicas? Porque pones en nuestros oídos ciertas novedades, y queremos saber qué es esto. Estas preguntas no nacian, como se vió por el efecto, de deseo que tuviesen de abrazar la verdad, si se les manifestaba con bastantes pruebas y á buenas luces. Nacian de la curiosidad que tenían de oír algo de nuevo, porque la ocupación de los Atenieses era, dice el texto sagrado, ó decir ú oír algo nuevo. Esto prueba la ligereza de su espíritu, con que les dan en cara sus mismos oradores.

Discurso que les hace san Pablo.

San Pablo, pues, presentado en medio del areopago, y rodeado de una multitud innumerable, le hizo este elocuente discurso: Varones atenienses, en todas las cosas os veo como los hombres mas supersticiosos, por-

que pasando y viendo vuestros simulacros, hallé tambien uno en que estaba escrito : *Al Dios desconocido*. Aquel, pues, que vosotros adorais sin conocerle, es el mismo que vengo yo á anunciaros.

Algunos creen que el honor y culto que los Atenienses daban al Dios desconocido, le daban al Dios verdadero, y que tenían de Él algun conocimiento por las sibilas y por lo que leían en sus autores, tomado de los Judíos, pero que ignoraban su nombre, y se ve esto en que los gentiles daban alguna vez al Dios verdadero de los Judíos el nombre de *Dios desconocido*. Luciano entiende por el Dios desconocido de Aténas el Dios que adoraban los cristianos, porque san Pablo dice terminantemente, que viene á predicarles el mismo Dios que ellos adoran sin conocerle, y que llaman Dios desconocido, porque ignoran su nombre que es inefable é incomprensible.

San Pablo continuó su elocuente discurso en estos términos : El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él, siendo el Señor de los cielos y la tierra, no mora en templos hechos de mano, ni es servido por manos de hombres como si necesitase de algo, cuando Él mismo da á todos vida, respiracion, y todas las cosas, y de uno solo hizo todo el linaje humano para que habitase toda la haz de la tierra, señalando el orden de los tiempos y los términos de su habitacion para que busquen á Dios, si por ventura le toquen ó hallen, aunque no está léjos de cada uno de nosotros ; porque en Él mismo vivimos, y nos movemos, y somos, como dijeron tambien algunos de vuestros poetas : Porque de Él somos linaje. Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que lo divino es semejante á oro, ó plata, ó piedra labrada por arte ó astucia del hombre. Dios, despreciando los tiempos de esta ignorancia, anuncia ahora á los hombres que todos hagan penitencia en todo lugar, porque ha señalado un dia en el cual ha de ser juzgado el mundo, segun justicia por aquel Varon (Jesucristo) que ha determinado, dando seguridad á todos resucitan-

dole de entre los muertos. Cuando oyeron la resurreccion de los muertos, unos se burlaban, y otros dijeron : Otra vez te oirémos de esto. Así salió san Pablo de en medio de ellos. Mas algunos creyeron y se unieron á él, entre los cuales fueron Dionisio Areopagita, una mujer llamada Dámaris, y otros con ellos. No dejó san Pablo de recoger una preciosa cosecha, aunque no fué abundante, acaso porque tuvo poco de padecer ; pero no tardó el Señor en volverle á sus primeras batallas y antiguas victorias.

Pasa de Aténas á Corinto y se aloja en casa de Aquila.

De Aténas pasó á Corinto, ciudad grande y hermosa, capital de la Acaya, honrada con el título y privilegio de colonia romana, situada entre los dos golfos Helesponto y Engía, y célebre en toda la Grecia, desde que fué reedificada por César. En ella encontró san Pablo Judíos obstinados que le persiguieron, y gentiles dóciles que, convirtiéndose, le consolaron. Tal habia sido la situacion ordinaria de san Pablo en todos sus trabajos apostólicos. Desde que partió de Antioquia, no habia hecho, en pueblo alguno, mansion tan larga como la que iba á hacer en Corinto, donde quiso Dios que permaneciese año y medio, dándole tiempo para fundar una Iglesia muy floreciente.

En este año euarenta y nueve de Jesucristo promulgó el emperador Claudió un edicto, mandando que todos los Judíos saliesen de Roma. Esta orden precisó á un Judío de consideracion, originario del Ponto, y llamado Aquila, á retirarse y embarcarse con su mujer Priscila á Corinto. Habiendo desembarcado, entraron en la ciudad casi al mismo tiempo que el apóstol. Con esta familia tomó san Pablo conocimiento, y la encontró muy dispuesta á recibir la fe. Desde luego trabajó en instruirla y tardó poco en ganarla para Jesucristo. El oficio de

Aquila (pues todos los Judíos tenían alguno) era hacer tiendas, y este era también el de san Pablo. La conformidad de profesiones, y mucho más la de sentimientos, empeñó al apóstol á elegir su morada en casa de Aquila, donde trabajaba, según costumbre, con sus propias manos para no servir á nadie de carga.

Cuando una persona sabe reducirse á lo preciso, fácilmente adquiere para sus necesidades, y la queda tiempo para emplearle en las cosas de Dios; y esto sucedía á san Pablo. Tenía diariamente su tiempo para trabajar y ocuparse del Evangelio, y nunca dejaba de asistir los sábados á la sinagoga, donde se juntaban, no solamente los Judíos, sino también los gentiles en gran número. Siempre procuraba hablar de nuestro Señor Jesucristo con el ansia de darle á conocer á Judíos y gentiles, y siempre persuadía á muchos, particularmente de los últimos, que no teniendo que combatir, ni con las prevenciones de una vana ascendencia, ni con las falsas tradiciones, resistían menos que los Judíos. Cuando el apóstol, continuando sus trabajos, se hallaba en lo más fuerte de sus tareas, le concedió el Señor un singular alivio. Sus amados discípulos Timoteo y Silas, que se quedaron en Berea cuando san Pablo salió para Atenas, vinieron á presentarse á su querido maestro. La alegría fué grande al recibir á sus queridos hijos, y saber de sus amados Tesalonicenses.

Carta de san Pablo á los Tesalonicenses.

Lleno de gozo con lo que le contaban de su fe, su constancia y su fervor, les escribió una cariñosa carta; mas como entendiesen mal algunas de sus expresiones, les escribió otra poco después, para tranquilizarlos, y son las dos cartas de san Pablo á los Tesalonicenses, contenidas entre las canónicas ó sagradas.

Blasfeman los Judíos en la sinagoga y san Pablo no vuelve á ella.

La llegada de los dos discípulos proporcionó la extensión de los trabajos del maestro, y aumentó su fervor. Empleaba, particularmente contra los Judíos, las profecías, y les hacía ver que Jesús Nazareno era el Cristo, el Mesías prometido, y que en Él se había cumplido total y literalmente cuanto habían anunciado los Libros santos. Un día que el apóstol, lleno de ardor, les estrechaba en gran manera con los testimonios de la sagrada Escritura, y les pedía que contestasen, ofreciéndose á satisfacer á todas sus dificultades, no oyó por toda respuesta sino blasfemias que los hijos de Jacob profirían contra la adorable persona del Hijo de Dios. Había en la sinagoga multitud de gentiles que oían estas blasfemias. Temió san Pablo su escándalo, y levantándose en medio de todos, dijo sacudiendo sus ropas contra ellos: Vuestra sangre sobre vuestra cabeza, desde ahora me voy á los gentiles. Los Judíos no se conmovieron al oír tan terrible amenaza de la boca de un enviado de Dios, y este la puso luego en ejecución, pasándose á vivir en la casa de un gentil convertido, llamado el Justo Tito, que servía mucho á Dios y tenía su casa junto á la sinagoga. La resolución de san Pablo, que podía tener enfadosas consecuencias, no las tuvo, sino de mucho consuelo.

Conversion del príncipe de la sinagoga con toda su familia

Crispo, que era el príncipe de la sinagoga, creyó en el Señor con toda su casa. Vino á la de Tito con toda su familia á presentarse al apóstol. Hicieron delante de él su profesión de fe en Jesucristo y fueron bautizados. Á su imitación una multitud de Corintios, que venían

todos los días á la casa de Tito á oír la palabra de Dios, creían, y eran bautizados. Temía san Pablo que los Judíos se irritasen y moviesen algun alboroto que le obligase á dejar á Corinto, como le habia sucedido en Filipos, Tesalónica y Berea, y á perder las grandes esperanzas que le daban las buenas disposiciones de los gentiles de Corinto.

Se aparece el Señor á san Pablo y le asegura contra su temor.

Pero cuando mas afligido se hallaba por este temor, se le apareció el Señor en vision, y le dijo : No temas. Habla y no calles ; porque yo estoy contigo, y nadie se acercará á ti para dañarte. Sabe que tengo mucho pueblo en esta ciudad. No dijo el Señor al apóstol el tiempo que habia de trabajar en Corinto ; pero por lo que se vió era de año y medio que permaneció en esta ciudad predicando la palabra de Dios con gran fruto. En tan largo tiempo tuvo lugar para formar esta Iglesia, que vino á ser de las mas florecientes de toda la Grecia. Era mucho para san Pablo la mansion de año y medio en una misma ciudad ; pero el santo apóstol permanecía tranquilo en ella adelantando su obra, y sin cuidado de pasar á cultivar otra viña hasta que el Señor le avisase y mandase dejar la presente. Al año y medio se verificó este aviso, que no fué por vision, como habia sido el de su permanencia. La persecucion habia sido desde el principio de su apostolado el ángel que guiaba á san Pablo y hacia que mudase de campo para recoger la mies. No tuvo otra guía para llevar sucesivamente la luz del Evangelio al Asia, la Macedonia y la Grecia, y ahora ya vino la misma á trasladarle de Corinto á la Siria.

Viene á Corinto un nuevo procónsul y los Judíos acusan delante de él á san Pablo.

Galion, nombrado por el senado de Roma procónsul de toda la Acaya, vino á fijar su residencia en Corinto, que era la capital, y no perdieron tiempo los Judíos sin aprovecharse de un gobierno que empezaba, para sacar una sentencia contra san Pablo, cuya ejecucion prevenian. Ya pudiera haber sido oprinido el apóstol cien veces por sus enemigos en el discurso de año y medio ; pero aquella promesa que se le habia hecho en su vision, se cumplia siempre. Al arribo de Galion se reunieron los Judíos contra san Pablo, le prendieron y le llevaron al tribunal del procónsul. Era Galion un juez prudente y moderado, y hombre de bien al modo que lo eran los Romanos de su tiempo. El senado le encargó la administracion de justicia, pero no que terminase las disputas que en su distrito se originasen sobre religion y culto. Roma, que en medio de su saber, ignoraba cuál era el Dios que habia de adorar, porque hacia vanidad de dar culto á todos los dioses del mundo, dejaba á cada uno de sus ciudadanos que adorase el que quisiese y hasta la libertad de fabricarse cada uno el suyo.

Los Judíos, cuando presentaron á san Pablo en el tribunal, clamaron todos á un tiempo : Este hombre persuade á las gentes que adoren á Dios de un modo contrario á nuestra ley, usos y costumbres ; y principiando san Pablo á hablar en su defensa, fué interrumpido por procónsul, que, dirigiéndose á los Judíos, les dijo : Si se tratase de alguna maldad ó crimen enorme, yo os oiria, ¡ ó Judíos ! segun derecho ; mas si son cuestiones sobre vuestra ley, entendeos allá vosotros. Yo no quiero ser juez de esas cosas ; y con esto los hizo salir del tribunal.

No contaban los Judíos con semejante contestacion : se desesperaron al oirla ; y para colmo de su desazon,

san Pablo desapareció entre el bullicio. Sóstenes, Griego de origen, Judío prosélito, jefe antiguamente de la sinagoga, y discípulo últimamente de Jesucristo, había acompañado á san Pablo al tribunal de Galion. Á falta del apóstol descargaron su ira los furiosos sobre Sóstenes, su discípulo, y le golpearon delante del tribunal, sin que el procónsul se cuidase de esta injusticia y desacato. Sóstenes, golpeado con tanta sinrazon, buscó á san Pablo y pudo unirse con él. Conocía ya este discípulo el valor de los trabajos, sufridos por la causa de Dios, y tomó la mas acertada resolución para que nunca le faltasen. Desde este dia se ofreció al santo apóstol para acompañarle en sus misiones, que no dejaban de ser un seminario seguro de padecimientos, y fué siempre uno de sus mas fieles é ilustres discípulos, de cuya compañía se honraba el apóstol hasta el punto de hacer que firmase con él la primera carta que escribió poco tiempo despues á los Corintios.

Pasa san Pablo de Corinto á Efeso.

San Pablo, habiendo permanecido todavía muchos dias en Corinto (aunque oculto) para dejar arreglado el órden de aquella numerosa Iglesia, despidiéndose de los hermanos, se fué por mar á Siria con Aquila y Priscila y desembarcaron en Efeso, ciudad la mas célebre de toda el Asia menor, y su capital. Pensaba san Pablo fundar en Efeso una Iglesia considerable, como lo era la ciudad, pero no habia llegado su tiempo, y así no se detuvo sino algunos dias en ella. Sus amables compañeros Aquila y Priscila, que estaban abrasados de celo por la propagacion del Evangelio, le suplicaron que se detuviese allí el mas tiempo posible; pero el apóstol, que se gobernaba por un impulso superior, les contestó: que no podía por entonces detenerse en Efeso; que se quedasen ellos allí, y preparasen los ánimos para recibir

la divina palabra. Yo volveré á vosotros, añadió, queriéndolo Dios; y con esto se despidió, y salió de Efeso para el Asia menor.

El objeto de san Pablo en esta mision era visitar un número de Iglesias que habia creado en las provincias superiores del Asia menor, y que miraba como las primeras piedras que habia fijado para construir el grande edificio que algun dia se habia de levantar sobre estos cimientos. Los visitó y recorrió todas como un relámpago. Alumbró su fe, animó su esperanza y encendió su caridad con el fuego de su celo. No sabemos que en este rápido viaje llevase consigo mas que á Tito, al que dejó en la isla de Creta para cuidar de aquella Iglesia. Despues de este precioso viaje subió á saludar á la Iglesia, que así se llamaba por excelencia la de Jerusalem en aquellos primeros tiempos, como ciudad la de Roma. De Jerusalem pasó hasta las cercanias de Damasco, y de allí bajó por el camino mas breve á Antioquía. Amaba muy singularmente el apóstol á esta Iglesia, que habia sidó como la cuna donde se habia mecido para robustecerse y emprender su apostolado entre las gentes. No era menos amado de sus queridos Antioquenos, que le miraban como á su amado padre. So habria detenido largo tiempo en Antioquía, si le fuera permitido gobernarse por los movimientos de su corazon; pero el Espíritu del Señor le ordenaba que recorriese la region de Galacia y de Frigia, que esperaban su visita y socorro. San Pablo entró luego en estas provincias, recorrió sus Iglesias, y confirmando en la fe á los discípulos, les dió las pruebas mas tiernas del celo en que se abrasaba por su salud.

Apolo, cristiano célebre, viene á Efeso.

Durante la ausencia de san Pablo, Dios habia preparado los caminos en Efeso para el establecimiento de una

Iglesia que habia de ser de las mas florecientes. Pocos dias despues de la salida del apóstol de esta ciudad, llegó á ella un tal Apolo, natural de Alejandria, Judío de nacimiento y convertido al cristianismo. Era hombre de mucho espiritu, naturalmente elocuente, y lleno de ardor, de actividad y de aliento. Estaba muy versado en las sagradas Escrituras, y tenia un raro talento para explicar su sentido, resolver sus dificultades, y hacer valer sus testimonios contra los Judíos que afectaban desoñerlos. Además se hallaba muy instruido en todo lo que miraba á la persona de Jesucristo, á su nacimiento, vida, milagros, trabajos, Pasion, muerte, Resurreccion, y Ascension á los cielos. Sabia lo que habia pasado con respecto al Salvador en Galilea y Judea, y sobre todo en Jerusalem. Habia confrontado cuidadosamente estos hechos con los textos de Moises, de los profetas y los Salmos; y sus argumentos y pruebas eran irresistibles. Apolo principió á predicar á Jesucristo en la sinagoga con una libertad semejante á la de san Pablo. Como poseia con gran perfeccion las sagradas Escrituras, provocaba á los Judíos á la disputa, y siempre los vencía y confundía. Aquila y Priscila, que por disposicion de san Pablo habian quedado en Efeso, luego que supieron lo que pasaba, fueron á verse con Apolo, y se le llevaron consigo. Tuvieron los tres largas y gustosas conferencias espirituales, y si no podía negarse que Apolo era mas hábil en la religion, Aquila y Priscila estaban mas impuestos en su práctica, verificándose aquí lo que sucede no pocas veces, que los maestros hallan mucho que aprender en la fe rendida y sabiamente ilustrada de sus discípulos.

Es ordenado de Obispo en Corinto.

Queriendo Apolo ir á Corinto, los hermanos de Efeso le animaron á este viaje, y escribieron á los discípulos de esta floreciente Iglesia. Apolo le hizo, y contribuyó

mucho al provecho y adelantamiento de los que habian creido. Habiendo vuelto san Pablo á Efeso, y sabido en esta ciudad los grandes progresos que Apolo hacia en la Iglesia de Corinto, ordenó á los Obispos que habia dejado en ella que consagrasen á Apolo de Obispo para dar mas crédito y autoridad á su ministerio. Era bien acreedor Apolo á esta honra por su sabiduría y su piedad, y los fieles de Corinto reportaron grandes provechos de este carácter episcopal en el tiempo que Apolo estuvo entre ellos, que no dejó de ser largo. El Espiritu Santo, que habia recibido con el episcopado, aumentaba maravillosamente su sabiduría y su celo. Confirmaba admirablemente en la fe y la esperanza á los cristianos que san Pablo habia convertido, y confundia públicamente á los maestros de la sinagoga con los testimonios de la sagrada Escritura, haciéndoles ver con ellos que Jesus Nazareno era el verdadero Mesias.

Estando Apolo en Corinto, san Pablo salió á recorrer las provincias superiores, esto es, las mas setentrionales del Asia menor, y concluido este viaje apóstolico, volvió á Efeso, donde predicó diariamente por dos años, y fueron tantos los que oyeron la palabra de Dios, cuantos habitaban en el Asia, tanto Judíos como gentiles; y Dios hacia tantos milagros por medio de san Pablo, que bastaba aplicar sus pañuelos y ceñidores á los enfermos para que les dejasen las enfermedades.

Exorcistas judíos castigados por un energúmeno. ®

El poder que Dios concedia al predicador del Evangelio, dió ocasion á un suceso notable, del que resultó mucha gloria á su santísimo Hijo. Tenian los Judíos sus exorcistas, que andaban de una á otra parte curando energúmenos. Hallándose algunos en Efeso, y viendo que jamás invocaba san Pablo el nombre de Jesus para arrojar de los poseidos á los espíritus malos sin que

fuese obedecido, tentaron tambien ellos á arrojarlos en el nombre del Señor, diciendo : Os conjuramos en nombre de Jesus, á quien Pablo predica. Eran los que hacian esto siete hijos de Esceva, principe de una de las familias sacerdotales. Cierta dia que exorcizaban á un energúmeno, invocando el nombre de aquel Jesus á quien predica san Pablo, les dijo el espiritu malo : Conozco á Jesus y tambien á Pablo; mas vosotros ¿quiénes sois? Y arrojándose sobre ellos el hombre en quien estaba el espiritu pésimo, prevaleció contra ellos, y apoderándose de dos, de tal manera los maltrató, que apenas pudieron salir de aquella casa desnudos y heridos. Esto se hizo manifiesto á todos los Judíos y gentiles que habitaban en Efeso, y cayó el temor del Señor sobre todos, y el nombre del Señor Jesus era muy glorificado.

Confesion voluntaria de los pecados.

Entonces creyeron muchísimos, y recibieron el Bautismo; y un gran número de los que creyeron y fueron bautizados, vinieron á arrojarse á los piés de san Pablo, confesando sus pecados, y aunque estaban ya instruidos de que no tenian obligacion á esta confesion, con respecto á los pecados cometidos antes del Bautismo, porque todos habian quedado perdonados por este Sacramento, no quisieron excusar esta confusion para serenar sus agitadas conciencias, y asegurar á los apóstoles de su arrepentimiento. Lo que no podian dejar de hacer era renunciar para en adelante á sus pecados con un firme propósito de la enmienda, y cortar todas las ocasiones próximas de volver á cometerlos; y esto lo hicieron de un modo muy edificante.

Quema de los malos libros.

Aquellos que habia seguido la ciencia de los encantamientos (que era entonces un estudio muy comun), trajeron sus libros y los quemaron en la plaza pública, ascendiendo su valor á cincuenta mil denarios. Lo mismo hicieron con los demás que podian ser perjudiciales á sus conciencias y con las cosas que podian exponerlos á repetir sus delitos.

¡Cuándo será servido el Señor que veamos nosotros un fuego expiatorio que purifique nuestras bibliotecas públicas y privadas, y haga arrojar de las manos españolas esos libros de fuego, que sin quemar los cuerpos, consumen lastimosamente las almas! Entonces tendríamos los Españoles el consuelo de ver desaparecer de la España, como san Pablo de Efeso, esas perversas doctrinas que la corrompen, y extenderse por ella las sanas y santas que produjeron tantas virtudes en Efeso.

Tumulto del platero Demetrio.

Concluidas tan felizmente estas cosas en Efeso, pensó san Pablo en ir á Jerusalem, atravesando la Macedonia y la Acaya, porque despues que yo estuviere en Jerusalem, decia á sus discípulos, es necesario tambien que yo vea á Roma; y habiendo enviando á Macedonia á dos de los que mas amaba, que eran Timoteo, su antiguo discípulo, y Erasto de Corinto, que habia unido consigo en sus misiones, él se quedó por algun tiempo en el Asia. Pero sobrevino un alboroto pequeño en Efeso por causa de la doctrina de san Pablo que condenaba la idolatria ó adoracion de los dioses. Era muy célebre en Asia el templo de la diosa Diana, que habia en Efeso; y los que de diferentes partes venian á adorar á la mentida deidad, acostumbraban comprar y llevar á

sus casas unos templillos de plata, en cuyo centro iba colocada la estatua de la diosa. Un tal Demetrio, platero de profesion, que tenia mucho despacho de estos templillos, y que empleaba en estas obras un gran número de oficiales que se mantenian de este trabajo, conoció que si la doctrina de Pablo se generalizaba, como él lo temia, cesaria esta ganancia, y tanto él como sus obreros se hallarian sin trabajo y perecerian de hambre. Para conjurar la que él miraba como una tempestad, los reunió, hizo presente el peligro en que se hallaban, y todos convinieron en que era grande, y que Pablo era la causa de su desgracia. Vosotros sabeis, les dijo, que nosotros nos mantenemos de esto, y no ignorais que este Pablo, en casi toda el Asia, persuade y convence á la multitud de que no son dioses los que se hacen por las manos de los hombres, por lo cual, no solo hay peligro de que nuestra profesion pare en descrédito, sino de que sea tenido en nada el templo de la gran Diana, y venga por tierra la majestad de aquella á quien adoran el Asia y todo el mundo.

Cuando oyeron esto los oficiales, se llenaron de furor, y gritaron diciendo y repitiendo : ¡ Gran Diana de Efeso ! Y toda la ciudad se puso en confusion. Todos corrieron en tumulto al teatro, llevándose por delante á Gayo y Aristarco, dos compañeros de san Pablo que encontraron en el camino. San Pablo, que luego supo lo que pasaba, corrió al teatro y quiso hablar al pueblo, ¡ tanta confianza tenia en la virtud de sus Efesenos ! pero no se lo permitieron los discípulos, temiendo que le despedazase el tumulto ; tambien algunos de los príncipes del Asia, que eran sus amigos, le enviaron á decir con ruegos : que no se dejase ver en el teatro, porque era grande la confusion, y lo mas no sabian porqué se habian juntado. Los Judíos quisieron que hablase á los alborotados un tal Alejandro de su nacion, hombre elocuente y de consideracion entre ellos, para que cesase el motin. Este pidió silencio con la mano y trataba de apaciguar al

pueblo, pero luego que supieron que era Judío, todos á una gritaron mas alto que antes, casi por dos horas : ¡ Gran Diana de Efeso !!! ¡ Gran Diana de Efeso !!! Al cabo de este tiempo, el procurador de la ciudad, habiendo conseguido sosegar las turbas, les dijo : Varones de Efeso, lo que os importa es aquietaros y no hacer alguna temeridad. Habeis traído á estos hombres, que ni son sacrilegos, ni han blasfemado contra vuestra diosa ; y si Demetrio y sus oficiales tienen alguna cosa contra alguno, audiencia pública hay, acúsenle ante ella los unos á los otros ; y si teneis que demandar alguna otra cosa, se podrá despachar en legitimo ayuntamiento. Y con esto cesó el alboroto y se deshizo el tumulto.

Va san Pablo á llevar limosnas á Jerusalem.

Aunque era muy grande el número de los cristianos de Efeso, como en los motines, segun hemos dicho otras muchas veces, son los malos los que mas figuran, parecia que toda la ciudad estaba tumultuada, aunque no fuese sino un corto número. Los amigos de san Pablo no quisieron exponer á su querido maestro al furor de los alborotados, y no solo se opusieron á que se presentase en el teatro, sino que procuraron que saliese de Efeso. En efecto el santo apóstol salió de esta ciudad hácia la fiesta de Pentecostes, por principios de junio de este año, que era el cincuenta y cuatro de Jesucristo ; recorrió y visitó sus queridas Iglesias de Macedonia, Tesalónica, Berea y Filipos, y gastó en esta visita casi seis meses, llevándose consigo á Lúcas, que habia dejado en Filipos hacia ya algun tiempo. Su principal consuelo en este viaje fué encontrar á los cristianos de estas antiguas Iglesias llenos de paz y de fervor, y tan dispuestos como siempre á sacrificar sus bienes á las necesidades de los pobres. Recogió cuantiosas limosnas que le ofreció la caridad de los fieles, y se dirigió (ejerciendo tambien

en el camino esta obra de misericordia) á Jerusalem, adonde llevó un considerable socorro á los hermanos que vivian en aquella Iglesia á expensas de la caridad.

Carta segunda de san Pablo á los Corintios.

Miraba san Pablo á su Iglesia de Corinto, como una casta Esposa destinada á ser de las mas amadas del Cordero. Estaba santamente celoso de su hermosura, y cuidaba de ella con gran desvelo. Hallándose ausente, y no pudiendo dirigirla personalmente, hizo tiempo bastante, entre los muchos afanes que le ocupaban en la visita de tantas y tan numerosas Iglesias, para dirigirla, como hemos dicho, una segunda carta que hablase por él en su ausencia. Esta carta es tierna, viva y elocuente; es respetuosa y sumisa, pero algunas veces es tambien alta y amenazadora. Jamás es soberbia, pero tampoco es baja. En ella se conoce que es un maestro y un padre el que escribe, pero un maestro que quiere enseñar y corregir, y un padre que no quiere contristar. Un maestro que no toma en su carta el tono de autoridad sino para no tener que manifestar, cuando esté presente, otro carácter que el del mas indulgente y tierno de todos los padres. No, no saben los hombres escribir de este modo. Solo el Espíritu de Dios, cuando anima á sus ministros, es el que puede enseñar este estilo y sugerir este lenguaje.

Carta á los Romanos, en la que dice que ha de ir á España.

Aunque la edad de san Pablo no llegaba todavía á los cincuenta años, estaba tan consumido con la multitud de las fatigas y trabajos de su ministerio, que no contaba con mucho tiempo de vida, y como tenia siempre en su memoria el viaje á Roma, á aquella numerosa y dichosa ciudad que habia de ser la capital del orbe cristiano, ya

que al presente no podia verla, determinó escribir una carta á los cristianos que ya habia en ella. Muchos amigos y discípulos del apóstol, como Aquila y Priscila; sus muy amados compañeros, Andrónico y Junias, que habian sido sus concuervos por la fe, y que eran cristianos mas antiguos que él mismo; un número considerable de mujeres virtuosas que habian servido á la religion segun su disposicion y sus facultades... todos estos se habian trasladado ya á Roma, aprovechándose de las ocasiones que se presentaban para ir á establecerse en ella. La carta del apóstol fué dirigida á todos los Romanos, ya fuesen convertidos del judaismo, ó ya del gentilismo, pero principalmente á sus antiguos amigos. Está escrita en Corinto por su amanuense Tercio, al partir para Macedonia. Cuando hiciere, les dice en ella, mi camino para España, espero veros al paso, y que despues de haber disfrutado algun tanto de vuestra vista, me acompañaréis hasta allá (hasta España).

Pruebas de este viaje.

De esta carta de san Pablo á los Romanos, y de la de san Clemente á los Corintios, en la que dice este santo pontífice que san Pablo predicó el Evangelio en el oriente y en las extremidades del occidente, resulta que san Pablo vino á predicar á España la fe de Jesucristo, y así lo afirma san Atanasio, san Cirilo de Jerusalem, san Epifanio, el Crisóstomo, san Jerónimo y otros muchos santos Padres. Mas ahora, continúa san Pablo diciendo á los Romanos, me dirijo á Jerusalem á servir á los santos (á los fieles que se habian empobrecido voluntariamente, vendiendo sus bienes, como queda dicho), porque en Macedonia y Acaya han tenido á bien hacer una colecta ó coleccion de limosnas para los pobres de entre los santos que estan en Jerusalem; y cuando yo haya cumplido con esto, y entregado este fruto precioso de la caridad,

iré á España, pasando por ahí; y vendré á vosotros en abundancia de bendicion del Evangelio de Cristo. Os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo, y por el amor del Espíritu Santo, que me ayudeis con vuestras oraciones por mí á Dios, para que me libre de los enemigos que hay en Judea, y llegue aceptable á los santos de Jerusalem la ofrenda de mi servicio para que yo venga á vosotros con gozo por la voluntad de Dios y sea recreado con vosotros. El Dios de la paz sea con todos vosotros. Amen. San Pablo concluyó su carta á los Romanos con este modo que debia servir de modelo á todos los cristianos, en vez de esos modos paganos con que generalmente principian y concluyen las suyas en el dia.

Dificultad del viaje de san Pablo de Corinto á Jerusalem y á Roma.

El célebre viaje del apóstol de las gentes á Jerusalem y de Jerusalem á Roma estaba ya dispuesto y nada parecia que le estorbaba. Sin embargo los enemigos de san Pablo trataron de trastornarle, y estuvo en poco que no lo consiguiesen. Iban con san Pablo Sopatro de Berea, Aristarco y Segundo de Tesalónica, Cayo de Derbe, Tichico y Trofimo de Efeso, diputados todos de sus respectivas ciudades y portadores de las limosnas de sus distritos. Todos acudieron á Corinto, donde tenian determinado embarcarse, y cuando estaban ya para hacerse á la vela, fueron avisados, que los Judíos, enemigos irreconciliables de san Pablo, trataban de aprovechar esta ocasion para deshacerse de él. Habian dispuesto embarcar en la misma nave asesinos que le matasen allí mismo, y en el caso de no conseguirlo, esperaban lograrlo por medio de otros asesinos que habian enviado á los puertos por donde habia de pasar el apóstol. Era san Pablo muy firme en sus resoluciones, y no se presentaba fácil hacerle volver atrás, pero tampoco era temerario. Persistia en la resolu-

cion de llevar adelante su camino, mas sus amigos le persuadieron que debia variarle, trastornando así los proyectos homicidas de sus enemigos. Una vez persuadido, hizo que sus compañeros tomasen la delantera y le esperasen en Troade; y él acompañado solamente de su amado Lucas, volvió á atravesar toda la Macedonia, y huyendo el encuentro de sus enemigos, arribó á Filipos. Luego que formó su resolucion de rodear la Macedonia, creyó que podia ver á Timoteo, su hijo amado en Jesucristo, y tener el consuelo de hablarle y darle las reglas que en general forman un obispo perfecto. No le proporcionó este placer su viaje, y entonces determinó escribirle una carta, que fué la primera de las dos con que honró á este su querido discípulo, para suplir por ella las dulces y edificantes conversaciones que pensaba tener con él en su visita. Estaba destinado san Pablo, no solo para ser el Doctor de los gentiles, sino tambien para ser el ejemplar de los obispos, y la carta que escribió á Timoteo es una obra consumada para esto.

Llega san Pablo con san Lucas á Troade.

Habiendo llegado el apóstol á Filipos, creyó que á pesar de las continuas calumnias, que no cesaban de publicar contra él los discipulos de Moises, debia permanecer allí y guardar reposo por respeto á la fiesta de los Azimos, hasta que se concluyese, para que no tuviesen que decirle que no guardaba la ley, en cuanto podia hacerlo sin perjuicio de su conciencia y sin extraviar á los cristianos de la gentilidad. Despues de concluidos los Azimos, se embarcó san Pablo con Lucas, y en cinco dias llegaron á Troade, donde encontró el resto de los compañeros, que le esperaban allí segun habian convenido. Siete dias pasaron reunidos en Troade, no pudiendo negarse á las instancias de los fieles que deseaban con ansia retenerlos en su compañía; pero el apóstol queria llegar á Jerusa-

len antes de la Pascua de Pentecostes, y á este fin señaló el día veinte y uno de abril para la salida de Troade, y todos sus compañeros se juntaron en la casa donde se habia alojado el apóstol para seguir reunidos su viaje. Los cristianos de Troade, luego que supieron que el apóstol y sus compañeros habian de salir para Jerusalem la mañana siguiente, se reunieron en gran número en el alojamiento de san Pablo, ya para la fraccion del pan, y ya para despedirse de su querido apóstol. Este, lleno de fervor, hizo en aquella noche exhortaciones muy tiernas para prepararles á la sagrada Comunion, y dejándose llevar de su celo, alargó sus lecciones hasta la media noche. Habia una multitud de lámparas en el cenáculo en que estaban congregados (no tanto para la comodidad de los presentes, cuanto para el adorno del cenáculo y decoro del santísimo Sacramento).

**Cayendo el jóven Eutiquio de una ventana se matá,
y san Pablo le resucita.**

Un jóven, llamado Eutiquio, se habia sentado sobre una ventana para oír á san Pablo; pero como se alargase el sermón, se apoderó el sueño de él, y cayendo desde el tercer alto de la casa en el patio, quedó muerto del golpe. El caso era demasiado lastimoso, y la pena de los concurrentes fué grande. Todos estaban llenos de sentimiento, y san Pablo, como principal interesado en este triste suceso, era el mas afligido. Todos corrieron á socorrerle, mas san Pablo voló en alas de su caridad á registrar su lastimosa vietima y favorecerla si aun podia ser socorrida. Abrazó y besó el desgraciado jóven y registró sus heridas; y lo mismo hicieron los demás concurrentes, pero no les quedó la menor esperanza de poder favorecerle con las medicinas de la tierra, porque le hallaron muerto. Entonces recurrió san Pablo á las del Cielo. Puso en él su confianza, y por una inspiracion del Señor, se arrojó,

como otro Eliséo, sobre el cadáver, se midió con él, y levantándose, dijo: Nadie se turbe, que su alma está ya en él. Y luego se levantó el jóven enteramente sano. El apóstol habia de hacer la fraccion del pan antes de su salida, que ya se llegaba. ¿Y quién podrá explicar el fervor con que los cristianos harian esta Comunion que recibian de la mano de un apóstol que resucitaba los muertos? Estaba este ardiendo en el fuego del agradecimiento al Señor, y despues de haberles preparado por tanto tiempo para la Comunion, no cesó de exhortarles á las acciones de gracias mas fervorosas hasta el momento de su partida, que fué en la mañana siguiente, de modo que pasaron media noche en prepararse para la Comunion, y otra media en dar gracias. ¡Feliz Comunion!

Caminando ya el apóstol desde Troade al puerto de Ason, fué detenido por uno de los mas tiernos espectáculos que pueden presentarse á un corazon bienhechor. El piadoso Eutiquio, que vencido del sueño cayó del tercer alto de la casa donde estaba la cengregacion de los fieles, y habia quedado muerto en caida, y resucitado por san Pablo, fué presentado al apóstol por toda su familia, que derramando con el jóven las mas tiernas lágrimas de agradecimiento, habian venido á presentarle aquel hijo de su intercesion y su amor. Debió ser de mucho consuelo al apóstol esta presentacion; y se cree que el hijo resucitado siguió á su segundo padre, como uno de los mas fervorosos discipulos.

Despedida de san Pablo de la Iglesia de Efeso.

Cuando hubo llegado san Pablo al puerto de Ason, se entró en el navío con los demás compañeros y dirigieron su rumbo á Mitilene, capital de la isla de Lesbos; continuaron á Chio, y pasando al lado de esta plaza el día tercero de haberse embarcado, llegaron el cuarto á Samos, y el siguiente á Mileto, que era el término de su

desembarque. Con la mayor facilidad pudieran hacerle en Efeso, pero llevaba san Pablo muy en su corazón llegar á Jerusalem antes de la Pascua y celebrarla en ella. Sin embargo, por limitado que fuese su tiempo, no quiso privarse del consuelo de despedirse de los obispos y presbíteros de la floreciente Iglesia de Efeso y de dar un tierno y acaso último *á Dios* á los que habia engendrado en Jesucristo y alimentado con sus trabajos y lágrimas. Para esto envió desde Mileto á Efeso una comision, compuesta de sus principales discípulos, suplicando á los obispos, á los ancianos y demás de aquella preciosa Iglesia, que viniesen á despedirse del padre de su fe y del pastor de su alma. Era esta una de aquellas despedidas que hace de sus hijos un padre lleno de ternura en los últimos momentos de su vida, en la que dice cosas que se imprimen profundamente en el alma y que jamás se olvidan.

Cuando tuvo en rededor de sí aquella hermosa Iglesia, sabeis les dijo, la conducta que he guardado con vosotros desde el primer dia que entré en Asia, sirviendo al Señor con humildad y con lágrimas, y con tentaciones que han venido sobre mí por parte de los Judíos; y que nada he dejado de advertiros de cuanto os pudiera ser útil, enseñándoos en público y hasta en vuestras mismas casas, y predicando á todos, Judíos y gentiles, la conversion á Dios por la penitencia y la fe en nuestro Señor Jesucristo; y ahora ved que voy, como atado por espíritu, á Jerusalem, sin saber las cosas que halli me han de suceder, sino que el Espíritu Santo me protesta por todas las ciudades, diciendo : que en Jerusalem me esperan prisiones y tribulaciones. Mas nada de esto temo, ni hago mi vida mas preciosa que á mí, con tal que concluya mi carrera y el ministerio de la predicacion, el que recibí del Señor Jesus, para dar testimonio del Evangelio de la gracia de Dios.

Y ahora yo sé que no veréis mas mi cara todos vosotros, por quienes he pasado predicando el reino de

Dios, por lo cual os protesto en este dia, que estoy limpio de la sangre de todos, porque no he rehusado anunciaros todo el consejo de Dios. Mirad cada uno por vosotros, y los obispos por todo el rebaño en que el Espíritu Santo les ha puesto para gobernar la Iglesia de Dios, la cual ganó el Señor Jesus con su sangre. Yo sé que despues de mi partida, entrarán lobos rapaces entre vosotros, que no perdonarán al rebaño; y aun de vosotros mismos se levantarán hombres que dirán cosas perversas para llevar discípulos tras de sí. Por tanto velad, teniendo en memoria que por tres años no he cesado de amonestar con lágrimas á cada uno de vosotros. Y ahora yo os encomiendo á Dios, y á la palabra de su gracia, y á aquel que es poderoso, á Jesucristo, para edificar y daros heredad entre todos los santos... Y habiéndose arrodillado, hizo oracion con todos ellos.

Entonces se levantó grande llanto entre todos, y arrojándose sobre el cuello de san Pablo, le besaban afligidos en gran manera, porque habia dicho que no verian mas su cara. Era muy dificil separar este amable rebaño del pastor; pero san Pablo, despues de muchas lágrimas, logró, por decirlo así, arrancarse de sus ovejas; se entró en la nave, y mandando levantar anclas, se ocultó en ella sin permitir á sus ojos que se volviesen hácia su afligido rebaño, que le lloraba en la playa y se empeñaba en seguirle con la vista, único consuelo que le quedaba.

Sale con sus compañeros de Mileto, y llegan por mar á Tiro.

El primer dia dirigieron su rumbo á Cos, el segundo á Rodas, y el tercero á Patara de Licia. Aquí hallaron un navío que iba á Tiro en Fenicia. Entraron en él, pasaron cerca de Chipre, y en cuatro dias llegaron á Tiro. Esta dichosa navegacion se hizo en catorce dias desde

Troade hasta Tiro, que era de mas de doscientas leguas de mar. Ya solo distaba Jerusalem treinta y seis, y aun faltaban diez y siete dias para la Pascua, de modo que ya nada precisaba á san Pablo á precipitar sus marchas; antes por el contrario, se hallaba con tiempo para respirar de sus fatigas y viajes. Era Tiro una ciudad de mucho comercio, donde habia una Iglesia considerable de fervorosos cristianos. San Pablo se detuvo allí siete dias, y los discipulos del Señor, que habia en Tiro, decian á Pablo por espíritu : que no subiese á Jerusalem ; pero nada hacia balancear á san Pablo en su viaje. Cuando los cristianos de Tiro vieron á san Pablo determinado á partir, fueron á su posada con sus mujeres é hijos á manifestarle su veneracion y cariño, y le acompañaron hasta fuera de la ciudad y entrada del puerto. Allí todos se arrodillaron para pedir á Dios la felicidad de la conclusion de su viaje. Acabada la oracion, san Pablo les bendijo y se embarcó con los suyos, y ellos sin dejar el puerto hasta perder de vista al navio, en que iba el hombre de Dios, se volvieron á sus casas. San Pablo desembarcó en Tolemaida, y estuvo allí un dia visitando á los cristianos; y al siguiente, caminaron todos por tierra á Cesárea. De esta ciudad habia salido el apóstol casi veinte años antes, huyendo de los lazos que los Judios de Jerusalem empezaban á amarle en los primeros dias de su conversion, y de ella va á pasar ahora á Jerusalem á experimentar los furios de un aborrecimiento que se aumentaba con el tiempo.

Pasan á Cesárea y encuentran allí al diácono Felipe y sus cuatro hijas profetisas.

Estaba en Cesárea Felipe, uno de los siete discipulos que los apóstoles habian ordenado de diáconos para la distribucion de las limosnas. Este celoso predicador del Evangelio se habia adquirido por esto el nombre de

Evangelista, y á su casa fué san Pablo á hospedarse con sus compañeros. Tenia cuatro hijas, que todas habian hecho profesion pública de virginidad, y que profetizaban.

El profeta Agabo anuncia la prision de san Pablo.

Muy cerca estaba ya san Pablo de sus cadenas para no ser preparado para ellas. El Señor no se sirvió ni de Felipe ni de sus hijas, á pesar de ser todos tan distinguidos en los caminos de Dios, sino que quizo representarlas en un símbolo de ellas. Cuando san Pablo y sus compañeros descansaban en casa de Felipe de las fatigas de su viaje, vino de Jerusalem un profeta, llamado Agabo, el mismo que habia anunciado el hambre del tiempo de Claudio, y acercándose á san Pablo, desató el ceñidor que llevaba el apóstol, y atándose con él los piés y las manos, gritó : Esto dice el Espíritu Santo : El varon de quien es este ceñidor, así le atarán los Judios en Jerusalem y le entregarán en manos de los gentiles. El hecho de Agabo venia á ser uno de aquellos espectáculos simbólicos que se habian visto en los tiempos de los Elias, Ezequieles y Jeremias, y que tuvo como aquellos su entero cumplimiento. Cuando vieron esto Felipe y sus hijas, y los cristianos de Cesárea, todos rogaban á san Pablo que no subiese á Jerusalem ; pero el apóstol no habia de dejar su viaje entretanto que no tuviese para ello una orden expresa del Cielo. ¿Qué haceis, mis queridos hermanos, qué haceis con esto? les decia. Nada, sino afligir mi corazon con vuestras lágrimas. Yo no solo estoy dispuesto á ser atado, sino tambien á morir en Jerusalem por el nombre de Jesucristo. Y viendo que no podian persuadirle, cesaron, y dijeron : Hágase la voluntad del Señor.

San Pablo y demás van de Cesárea á Jerusalem y se hospedan en casa de Nason.

Ya no se trató sino de la llegada á Jerusalem. Salieron de Cesárea san Pablo, los compañeros y varios discípulos que deseaban acompañarle; entre ellos se halló un tal Nason de la isla de Chipre, y discípulo antiguo. Su casa en Jerusalem era uno de los oratorios de los cristianos, adonde acudian á la explicacion de la doctrina, á la oracion y á la fraccion del pan. En esta casa, que era muy capaz, se hospedaron san Pablo y sus compañeros con gran júbilo del piadoso Nason. Los cristianos de Jerusalem los recibieron con mucho consuelo, y al día siguiente san Pablo fué á visitar á Santiago, su obispo, en cuya casa se juntaron todos los ancianos. San Pedro, ó se hallaba ausente y ocupado en su ministerio, ó habia pasado ya á Roma. La reunion fué de las mas agradables que en aquellos principios podian tener los ancianos de Jerusalem. Ocho años antes les habia referido san Pablo los sucesos de su apostolado, durante sus primeras misiones hechas entre los gentiles y acompañado de Bernabé; y ahora continuó su relacion desde donde la dejó entonces. Entró desde luego en la individualidad de lo que el Señor habia obrado por su ministerio en Asia, Frigia, Galacia, Macedonia y la Grecia, porque en todas estas provincias habia predicado el Evangelio y fundado muchas Iglesias, y los ancianos, oyendo la relacion de san Pablo, magnificaban á Dios. Pero las predicciones del Espíritu Santo, hechas á san Pablo en todo su viaje, principiaron á cumplirse. Andaba el apóstol repartiendo en los primeros días el precioso tesoro de las limosnas, que habia reunido con tanto celo y que deseaba tanto depositar en el seno de sus santos pobres, sin que esto le impidiese pasar orando largos ratos en la casa de Dios; pero aquí fué precisamente donde se encontró con las

cadena anunciada tantas veces y representada por el profeta Agabo.

Vienen Judios del Asia á Jerusalem y excitan una sedicion contra san Pablo.

Los Judios incrédulos, que habian venido del Asia á celebrar la Pascua en Jerusalem, vieron á san Pablo en el templo, y alborotando al pueblo, echaron mano de él, gritando: Varones de Israel, favor. Este es el hombre que en todas partes enseña á todos contra el pueblo, contra la ley, y contra este lugar santo. Además ha introducido gentiles en el atrio del templo, en que no deben entrar, y ha profanado este santo lugar. Decian esto, porque habian visto andar con san Pablo por la ciudad á Trofimo de Efeso, que era gentil, y creyeron falsamente que Pablo le habia metido en el templo. Toda la ciudad se conmovió, y corriendo todo el pueblo, se apoderó de san Pablo, le echó fuera del templo, y al momento fueron cerradas las puertas, para que no pudiese volver á entrar en él, porque era lugar de asilo; como si no lo hubiera sido al prenderle. Quisieron matarle en aquel momento, pero fué avisado el tribuno de la cohorte que toda Jerusalem estaba en alboroto, y este, tomando soldados y centuriones, corrió allá, y los alborotados, luego que vieron venir al tribuno y los soldados, dejaron de golpear á san Pablo. Entonces se llegó á san Pablo el tribuno, le mandó atar con cadenas (cumpliéndose así la profecía de Agabo), y preguntó quién era aquel hombre, y qué habia hecho; pero en la turba, unos gratiban uno, y otros otro, y no pudiendo saber cosa cierta por causa del tumulto, mandó que le llevasen á la fortaleza. Mas cuando llegó á las gradas de la entrada, fué necesario que los soldados le subiesen en peso por causa de la violencia del pueblo; pues le seguía gritando (como habia hecho con su divino

Maestro), quitale de delante, quitale la vida; y cuando principiaban á meter á san Pablo en la fortaleza, dijo este al tribuno: ¿Me es permitido hablarte dos palabras? ¿Sabes griego? le preguntó el tribuno, ¿ó eres quizás aquel Egipcio que moviste hace pocos días un alboroto, y llevaste al desierto cuatro mil salteadores? (Esta faccion habia sido deshecha por el gobernador Félix, segun Josefo.) Yo, dijo Pablo, soy en verdad un hombre judío, ciudadano de Tarso, noble ciudad de Cilicia, pero te ruego que me permitas hablar al pueblo; y habiéndoselo permitido el tribuno, poniéndose Pablo sobre las gradas, hizo señal con la mano, y habiendo quedado todo en silencio, les habló en lengua hebrea, diciendo:

Discurso de san Pablo á los Judios.

Varones, hermanos y padres (les daba este tratamiento por causa de los sacerdotes, senadores, y otras personas distinguidas que habia en aquella confusion reunida), hermanos y padres, oid mis razones. Y cuando oyeron que hablaba en lengua hebrea, le escucharon con mas atencion y silencio. Yo soy Judío, dijo, que he nacido en Tarso, ciudad de Cilicia, pero me he criado en esta ciudad de Jerusalem. He sido instruido á los piés de Gamaliel, segun la ley de nuestros padres: fui celador de la ley, así como todos vosotros lo sois en el dia de hoy; y perseguí de muerte este camino (esta religion de los cristianos), prendiendo y metiendo en cárceles hombres y mujeres. El príncipe de los sacerdotes y los ancianos me son testigos, de los cuales, habiendo tomado cartas para los hermanos, iba á Damasco con el fin de traerlos de allí atados á Jerusalem para que fuesen castigados; pero acaeció, que cuando yo iba y me hallaba ya cerca de la ciudad, al medio dia, me vi rodeado repentinamente de una gran luz del cielo, y

cayendo yo en tierra, oí una voz que me decia: Saulo, Saulo, ¿porqué me persigues? Y yo respondí: ¿Quién sois, Señor? Y me dijo: Y me dijo: Yo soy Jesus Nazareno, á quién tú persigues. Y los que estaban conmigo vieron la luz, mas no oyeron la voz del que hablaba conmigo. Y dije: ¿Qué haré, Señor? Y me dijo el Señor: Levántate, y vé á Damasco. Allí te será dicho todo lo que conviene que hagas. Y como hubiese quedado deslumbrado por la claridad de aquella luz y no viese, me llevaron de la mano los compañeros y me condujeron á Damasco.

Un cierto Ananías, varon segun la ley, de quien daban buen informe todos los Judios que moraban en Damasco, viniendo á mí, y poniéndoseme delante, me dijo: Saulo, hermano, recibe la vista; y en el mismo instante le ví, y me dijo: El Dios de nuestros padres te he preordenado para que conocieses su voluntad, vieses al Justo (por esencia), y oyese la voz de su boca, porque tú serás su testigo delante de todos los hombres, de las cosas que has visto y oido. Y ahora, ¿porqué te detienes? Levántate, y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre; y así fué, que cuando volví á Jerusalem, y estaba orando en el templo, fui arrebatado fuero de mí, y le ví (á Jesucristo) y oí que me decia: Dáte prisa y sal luego de Jerusalem, porque no recibirán tu testimonio acerca de mí. Yo dije: Señor, ellos mismos saben que yo era el que encerraba en cárceles, y azotaba por las sinagogas á los que creían en vos, y que cuando se derramaba la sangre de Estéban, vuestro primer mártir, yo estaba presente, lo consentia, y guardaba la ropa de los que le mataban; ¿pues cómo no han de recibir un testimonio como el mio? Y me dijo el Señor: Parte de aquí porque á naciones lejanas te enviaré.

Habian escuchado á san Pablo hasta aquí con su silencio que no podia esperarse de un pueblo alborotado, pero luego que oyeron esta palabra *naciones*, á las que profesaban un odio irreconciliable, y que san Pablo iba

á ser enviado á predicarlas la palabra de Dios, volvieron á levantar el grito, diciendo al tribuno: Quita de sobre la tierra á este hombre, porque no es justo que viva. Y como diesen alaridos, y arrojasen sus capas, y echasen polvo al aire, el tribuno mandó meter á Pablo en el campamento y que le azotasen y diesen tormento, á fin de saber por qué causa clamaban así los Judíos contra él. Mandó que le atasen á un poste y apretasen con correas, como hacían los Romanos con los esclavos, y cuando iba á ser tratado como estos, no permitió que se llegase á un extremo que, mas que cruel, era ignominioso. Se volvió muy sereno al centurion, y le dijo: ¿Os es licito azotar á un ciudadano romano, y sin ser condenado? Cuando lo oyó el centurion, fué al tribuno y le dió aviso, diciendo: Mira lo que vas á hacer, porque este hombre es un ciudadano romano.

Entonces vino á san Pablo el tribuno y le preguntó: ¿Dime si eres tú ciudadano romano? Sí, le dijo san Pablo. Yo, dijo entonces el tribuno, no alcancé este privilegio de ciudadano sino por una gran suma de dinero. Pues yo, contestó san Pablo, lo soy por nacimiento. Á punto se apartaron de él los que le habian de dar el tormento, y aun el tribuno entró en temor luego que supo que era ciudadano romano, por haberle mandado atar y azotar.

Mas de cuarenta Judios hacen voto de no comer ni beber hasta matar á san Pablo.

Desesperados los Judíos al verse en visperas de perder su presa por la resolución que habia formado el tribuno de conservar á san Pablo en el campamento, tomaron una determinacion que solo inspira un celo feroz. Hicieron voto mas de cuarenta de no comer ni beber hasta matar á san Pablo. El voto era de los mas execrables que podian hacerse. En su pronto cumplimiento estaban

interesadas las vidas de todos, pues á pocos dias que pasasen sin cumplirle morirían todos de sed y de hambre; pero ¿y cómo ejecutar esta muerte? No les era posible forzar la ciudadela donde estaba custodiado el apóstol, y hé aquí el medio que discurrieron para vencer este obstáculo. Fueron á hablar á los príncipes de los sacerdotes, y les dijeron: Nosotros hemos hecho un voto de no gustar cosa alguna que hayamos muerto á Pablo. La dificultad está en sacarle de la ciudadela, donde está custodiado, y á vosotros toca vencer este obstáculo. Haced entender al tribuno que os le saque á fuera, como que quereis conocer alguna cosa mas cierta acerca de él, y nosotros estaremos esperando para matarle antes que llegue á vosotros. San Pablo, que ignoraba la terrible conspiracion que se armaba contra su vida, no podia evitarla; pero Dios, que no queria que se lograse tan perverso intento, hizo que se desconcertase. Era esta una de aquellas ocasiones en que nunca falta la divina Providencia á sus fieles siervos, que ponen sus intereses en sus divinas manos. Hagan ellos lo que dicta una prudencia cristiana, y la mano del Señor hará sin manifestarse lo que no alcanzan á hacer sus fuerzas.

Tenia san Pablo una hermana, cuyo hijo estaba en Jerusalem, y supo este con tiempo la horrible conspiracion contra la vida de su tio. En el momento corrió á la ciudadela, y la hizo saber á san Pablo, quien llamando á uno de los centuriones, le dijo: Lleva este jóven al tribuno, porque tiene un aviso importante que darle. Y tomándole el centurion le llevó al tribuno, y le dijo: El preso Pablo me ha rogado que traiga á ti este jóven, porque tiene que hablarte. Entonces llevándole el tribuno de la mano y retirándose con él, le preguntó: ¿Qué es lo que tienes que decirme? Y el jóven le dijo: Les Judíos han concertado rogarte que presentes mañana á Pablo en el concilio, como que quieren saber de él alguna cosa mas cierta; pero tú no les creas, porque hay mas de cuarenta de ellos que le asechan y han vo-

tado no comer ni beber hasta que le maten, y ya estan prevenidos esperando que accedas á su súplica. Entonces el tribuno despidió al jóven, encargándole que á nadie dijese que le habia dado este aviso, y llamando á dos centuriones, les dijo : Aprestad doscientos soldados (que eran la fuerza de los dos centuriones), para que vayan hasta Cesárea. Tambien irán setenta de á caballo con doscientas lanzas; preparad cuanto antes caballería para que vaya Pablo en ella y sea conducido con toda seguridad al gobernador Félix, pues vuestra salida de aquí ha de ser á las nueve de esta noche. Temió el tribuno que se arrebatasen los Judíos, y despues le calumniasen de haber recibido dinero (por dejar que le matasen). Dispuestas así las cosas, el tribuno de Jerusalem acompañó al gobernador de Cesáreo una carta escrita en estos términos :

Carta de Lisias, tribuno de Jerusalem, á Félix,
gobernador de Cesárea.

Claudio Lisias al óptimo gobernador Félix, salud. Á este hombre que prendieron los Judíos, y estaban á punto de matarle, sobreviniende con mi tropa, le libré entendiendo que Romano; y queriendo saber el delito de que le acusaban, hallé que era sobre cuestiones de su ley, sin haber él delito alguno que mereciese muerte ó prision. Mas habiéndoseme avisado que los Judíos le preparaban asechanzas, le envié á ti, intimando tambien á sus acusadores que vayan á acusarle delante de ti. Ten salud. Los soldados tomaron á san Pablo, segun la órden que se les habia dado, y lo llevaron de noche á Antipatride, ciudad marítima de la Palestina, edificada por Herodes el Grande en honor de Antípatro, su padre, y bastante distante de Jerusalem. El dia siguiente se volvieron los soldados de á pié á la guarnicion (por no juzgarlos ya necesarios), y dejaron á los de á caballo que fue-

sen con él. Cuando llegaron á Cesárea, entregaron la carta al gobernador y presentaron á san Pablo delante de él. Habiéndola leído, le preguntó de qué provincia era, y sabido que era de Cilicia, le dijo : Te oiré mañana cuando vinieron tus acusadores. Y dió órden para que fuese custodiado en el pretorio de Herodes, que era un palacio magnífico, mandado edificar por este príncipe.

Acusacion de los Judíos contra san Pablo delante de Félix.

Despues de cinco dias vino Ananías, príncipe de los sacerdotes, con algunos ancianos, y un cierto Tertulo, grande orador, y comparecieron ante el gobernador contra san Pablo. Este fué presentado por sus guardas para ser acusado. Tertulo habló el primero, y dió principio á su arenga con este cumplimiento. Muy excelente ¡ó ilustre Félix! dijo : gozando por vuestra vigilancia y cuidados de gran paz, vivimos siempre muy reconocidos á vuestros beneficios. Mas sabiendo que no es justo quitarnos el tiempo que tanto necesitais para el desempeño de las grandes obligaciones que pesan sobre vos, vengo desde luego á la acusacion de que estoy encargado.

Hallamos que este (señalando á Pablo) es un hombre pestífero, que mueve sediciones entre los Judíos en todo el mundo, y que es el autor de esa secta que llaman de los Nazarenos. Ha querido profanar el templo y habiéndole prendido en él, tratámos de juzgarle segun nuestra ley, pero vino el tribuno Lisias con gran fuerza de soldados y le arrancó de nuestras manos, mandando que sus acusadores viniesen á ti. De Lisias podrás conocer en juicio todas las cosas de que le acusámos; y añadieron los Judíos que estaban presentes : Todo eso es cierto. Entonces el presidente hizo señal á Pablo que contestase.

Defensa de san Pablo.

Hace muchos años, dijo Pablo, que eres el juez de esta gente, y con este conocimiento satisfaré á las acusaciones que se me hacen. Puedes tener noticia que no hace sino doce días que subí á adorar en Jerusalem, y nadie en este tiempo me ha encontrado disputando con alguno ó reuniendo la turba, ni en el templo, ni en las sinagogas, ni en la ciudad; y nada pueden probar de todo cuanto me acusan. Mas te confieso, que segun mi doctrina, á la que llaman herejía, sirvo á Dios mi Padre. creyendo todas las cosas que estan escritas en la ley y los profetas, teniendo en Dios mi esperanza de la resurreccion futura de los justos y los inicuos, como la esperan tambien ellos. En esto procuro tener limpia mi conciencia delante de Dios, y sin ofensa delante de los hombres. Despues de muchos años vine á Jerusalem para hacer limosnas y presentar mis ofrendas. Ellos me hallaron purificado en el templo ocupado en estas obras piadosas, y léjos de todo tumulto; pero ciertos Judíos que subieron del Asia, y que convenia que estuviesen presentes para acusarme, podrian decir si tenian algo contra mí y si han hallado iniquidad en mí.

Félix estaba íntimamente convencido por esta relacion, y las noticias que ya él tenia despues de tantos años que gobernaba en la Judea, de que el género de vida que hacia su preso, era el camino de la verdadera inocencia y de las costumbres puras, y el lazo mas estrecho que unia la sociedad con las potestades legítimas; pero no tuvo el valor de absolver á san Pablo, aunque tampoco la flaqueza de condenarle, y tomó el partido de remitir el negocio para mejor tiempo. Cuando el tribuno Lisias, dijo, bajare acá, os oiré. Los Judíos salieron despechados de la presencia de Félix, y tuvieron la mortificacion de esperar á que bajase Lisias, bien que siempre dispuestos á concluir con san Pablo si se presentaba oca-

sion; pero Dios no la permitió. El interés de su gloria y la seguridad de su siervo pedían que san Pablo permaneciese preso y bajo de la seguridad pública hasta que pasase á Italia; mas no queria el Señor que la prision de su siervo fuese ya penosa. Las disposiciones del gobernador sirvieron á los designios de la divina Providencia. Mandó llamar al centurion bajo de cuya custodia ponía á san Pablo; y le advirtió que en nada se le molestase y que se le dejase vivir en paz; añadiendo: que se permitiese entrada franca á todos aquellos de los suyos que quisiesen visitarle, acompañarle, ó socorrerle.

Viene Félix á la prision de san Pablo con su esposa Drusila.

Á pocos dias vino á la prision Félix con su esposa Drusila, que era Judía, y llamando á san Pablo, oyó de él la fe de Jesucristo. Mas habló san Pablo con tanta eficacia y fervor acerca de la justicia, de la castidad, y sobre todo del juicio tremendo que á todos nos espera, que estremecido Félix, le dijo: En cuanto á eso que dices, basta por ahora, yo te llamaré en tiempo oportuno. Mas parece que este tiempo oportuno, que era el de la gracia y estaba para llegar, ya no llegó por no haber sido recibido cuando se presentaba. ¡ Cosa terrible es no responder á los llamamientos de la gracia! Félix volvió muchas veces á hablar con san Pablo, pero en vez de continuar hablando con él de aquel juicio espantoso que le habia hecho temblar, no hablaba sino de los intereses que esperaba de san Pablo para concederle la libertad. Mas el apóstol estaba muy léjos de este pensamiento, y Félix perdía el tiempo. Dos años pasaron recibiendo el buen apóstol estas visitas, y habrian pasado mas si Félix no hubiera recibido un sucesor en Porcio-Festo. Era natural que Félix, al dejar su gobierno, diese libertad á

un preso cuya inocencia y virtud conocia, y que habia sido bastantemente castigado con dos años de prision, aun cuando se le quisiera mirar como un delincuente; pero á la pasion del dinero, sucedió en Félix la pasion de la ambicion y el deseo del favor, y á fin de quedar con-
graciado con los Judíos que podian favorecerle en Roma con sus buenos informes, dejó en la cárcel al inocente.

Apela san Pablo al César.

Festo, habiendo llegado á Cesárea, salió de esta ciudad para Jerusalem á los tres dias, y luego se le presentaron en aquella capital los príncipes de los sacerdotes y los primeros de los Judíos contra san Pablo, pidiéndole la gracia de que mandase traerle á Jerusalem, teniendo siempre tendidos sus lazos para matarle en el camino. Dios gobernó aquí la lengua de Festo para la salud de su siervo Pablo, les respondió, se conserva en Cesárea. Yo salgo luego para aquella ciudad, vengan conmigo los principales de vosotros, y si hay algun delito en este hombre, acúsenle allí. Festo solo se detuvo en Jerusalem de ocho á diez dias, y al cabo de ellos bajó á Cesárea. El dia siguiente á la llegada se sentó en su tribunal y mandó que le trajesen á Pablo. Cuando fué presentado, le rodearon los Judíos que habian bajado ya de Jerusalem, segun la invitacion de Festo, y le acusaban de muchos y graves delitos, que no podian probar; mas san Pablo se defendia, diciendo: En nada he pecado, ni contra la ley de los Judíos, ni contra el templo, ni contra el César, Entonces Festo, queriendo congraciarse con los Judíos, preguntó á Pablo, ¿quieres subir á Jerusalem y ser juzgado allí de estas cosas delante de mí? y san Pablo respondió: Estoy ante el tribunal del César, en el cual me conviene ser juzgado, Ningun mal he hecho á los Judíos, como tú mejor lo sabes, y si les he hecho algun agravio, ó alguna cosa digna de muerte, no rehusó morir. Mas si

nada hay en mí de lo que estos me acusan, nadie puede entregarme á ellos. Al César apelo. Entonces Festo, despues de hablar con sus consejeros, respondió: Al César apelaste, pues al César irás. Pasados algunos dias el rey Agripa y Berenice, su hermana, vinieron á Cesárea á visitar á Festo, y deteniéndose allí muchos dias, Festo dió noticia de san Pablo al rey, y le refirió, segun queda dicho, todo lo que habia hecho con él y con los Judíos desde que entró en el gobierno hasta el dia. Pues yo tambien queria oir á ese hombre, dijo el rey. Mañana le oiréis, dijo Festo.

Es presentado san Pablo al rey Agripa y á su hermana Berenice.

Y al otro dia, viniendo Agripa y Berenice con grande ostentacion, y habiendo entrado en la audiencia acompañados de los tribunos y personas principales de la ciudad, san Pablo les fué presentado por Festo, diciendo: Ved aquí este hombre contra quien todo el pueblo de los Judíos recurrió á mí en Jerusalem, pidiendo á grandes voces que no convenia que viviese mas tiempo, pero habiéndole yo examinado, no hallé que haya hecho cosa digna de muerte, y preguntándole si queria ir á Jerusalem y que le juzgasen los Judíos delante de mí, me contestó que se hallaba en el tribunal del César, que en él convenia que se le juzgase; y como él mismo ha apelado á Augusto, he determinado enviársele; pero no tengo cosa cierta que escribir al emperador, y quisiera que vosotros, y particularmente el rey, le examináseis para tener que decirle; porque me parece sin razon enviar un hombre preso y no informar de las acusaciones que se le hacen.

Hace su defensa delante del rey.

Entonces el rey, dirigiéndose á san Pablo, le dijo: Se te permite hablar y hacer tu defensa por tí mismo; y san Pablo, haciendo con la mano señal de silencio, dijo: Debiendo yo hacer hoy mi defensa en tu presencia ¡ó rey Agripa! de cuanto me acusan los Judíos, me tengo por dichoso; tanto mas, cuanto tú, siendo Judío y rey de Judíos, sabes mejor las cosas, las costumbres y las cuestiones que hay entre ellos; por lo cual yo os suplico que me oigais con paciencia.

La vida que yo hice en Jerusalem entre los de mi nacion desde el principio de mi juventud la saben todos los Judíos, los cuales me conocen desde mis principios, si quieren dar de ello testimonio; porque yo, segun la doctrina mas segura y severa de nuestra religion, viví fariseo; y ahora soy acusado en juicio por esperar la promesa que fué hecha por Dios á nuestros padres, la cual nuestras doce tribus, sirviendo á Dios de noche y de día, esperan ver cumplida. Por esta esperanza ¡ó rey! soy acusado de los Judíos; pues yo á la verdad habia pensado en aquel tiempo que debia hacer la mayor resistencia contra el nombre de Jesus Nazareno; y así lo hice en Jerusalem, encerrando en cárceles á muchos santos, habiendo recibido poderes de los príncipes de los sacerdotes para perseguirlos, y cuando los hacían morir, yo consentia tambien en estas muertes; y castigándoles cruelmente en las sinagogas, les obligaba á blasfemar; y enfureciéndome mas y mas contra ellos, los perseguía hasta en las ciudades extrañas. Pero un día que corría yo á Damasco con los poderes de los príncipes de los sacerdotes, ví al medio del día ¡ó rey! en el camino una luz del cielo que sobrepujaba á la luz del sol, la cual me rodeó y á todos los que iban conmigo, y habiendo caido todos en tierra, oí una voz que me decia: ¡ Saulo! Saulo! ¿Porqué me

persigues? Dura cosa es para tí dar coces contra el aguijon; y yo dije: ¿Quién sois, Señor? Y el Señor dijo: Yo soy Jesus, á quien tú persigues. Mas levántate y está sobre tus piés. Por esto me he aparecido á tí, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto y que verás en mis apariciones.

De este lugar se infiere que Jesucristo se apareció muchas veces al santo apóstol y le reveló grandes y profundos misterios. Y aunque no tenemos una relacion circunstanciada de todas, la tenemos de algunas, y muy particularmente de la que nos refiere él mismo en la carta segunda á los Corintios, donde nos dice que fué arrebatado hasta el tercer cielo y que oyó arcanos que ni él puede decir, ni los hombres entender. Mas yo ¡ó rey Agripa! continuó san Pablo, no fui desobediente á la vision, sino que prediqué primero en Damasco, y despues en Jerusalem y en toda la tierra de Judea, y á los gentiles, que se convirtiesen á Dios é hiciesen obras dignas de penitencia. Por esta causa estando yo en el templo, me prendieron los Judíos y me quisieron matar; mas asistido del auxilio de Dios permanezco hasta el día de hoy dando testimonio á chicos y á grandes, y no diciendo otras cosas fuera de las que dijeron los profetas y Moisés que habian de suceder. Esto es, que Cristo habia de padecer y morir, y que habia de resucitar de entre los muertos para no volver á morir. Diciendo san Pablo estas cosas en su defensa, dijo Festo en alta voz: Pablo, estás fuera de tí. Tus muchas letras te han sacado de sentido; y san Pablo le contestó: No estoy fuera de mí ¡óptimo Festo! sino que hablo palabras de verdad y sobriedad; porque estas cosas son del conocimiento del rey, en cuya presencia hablo con toda libertad, pues creo que nada de esto se le oculta, porque no han pasado estas cosas de Jesucristo en algun rincón, sino en Jerusalem, en Judea y en toda la Palestina, y han sido anunciadas y escritas por Moisés y los profetas. ¡Ó rey Agripa! ¿Tú crees á los profetas?

¡ Ah! Yo sé que los crees. Entonces Agripa dijo á san Pablo : Por poco me persuades á hacerme cristiano. Pluguiése á Dios, dijo entonces san Pablo, que por poco y por mucho, no solamente tú, sino tambien cuantos me oyen, fuéseis hechos hoy tales cual yo soy, esto es, cristianos.

Habiendo oído á san Pablo, se retiraron el rey, su hermana y el gobernador Festo.

Luego que concluyó san Pablo, el rey, el presidente y Berenice se levantaron y los que estaban con ellos, y aunque por desgracia no se habian convertido, como no eran Judíos enemigos de san Pablo, no creyeron que san Pablo era culpable. Festo, que lo habia tratado de enajenado, conoció su error, viendo que el rey y la princesa, mejor instruidos que él de las cosas de los Judíos, no pensaban como él. Habiéndose retirado los tres, hablaron del asunto y convinieron en que san Pablo nada habia hecho digno de muerte, ni de prisiones. Este hombre, dijo Agripa á Festo, podia ser puesto en libertad si no hubiera apelado al César; pero su apelacion es pública y nada puede hacerse en su favor. ¡ Consejo poco digno de una persona real que tenia tantos medios para dar alivios y dispensar favores á un inocente, ya que no hubiese rendido su corazon á un discurso que le hacia balancear y debia convencerle! Declarado Pablo inocente, ya solo se trataba de que fuese conducido á Roma, adonde le llamaba su divino Maestro, y adonde era preciso que fuese preso y custodiado por una escolta de tropa suficiente para evitar las emboscadas y sorpresas de sus enemigos, y que llevase sus cadenas para el cumplimiento de los divinos oráculos.

Viaje de san Pablo de Cesárea á Roma.

Casi un mes despues del pasaje que acabamos de referir, el gobernador determinó enviar á san Pablo por mar á Roma con otros presos, á la orden de un centurion, llamado Julio, de la cohorte Augusta. Lúcas, compañero inseparable de san Pablo, desde su prision en Jerusalem, quiso acompañarle, y tambien Aristarco, aquel discípulo fiel que estuvo para ser victima en Efeso de la sedicion del platero Demetrio. Reunidos todos en Cesárea, se embarcaron en su puerto. El dia siguiente arribaron á Sidon, poco distante de Cesárea, pero ya en esta corta distancia san Pablo se habia ganado la estimacion del oficial Julio. Un santo, aunque vaya confundido con los delincuentes, lleva en su semblante y en todas sus acciones un no sé qué de respetable y venerable que luego le descubre. Bien presto conoció Julio la diferencia que debia hacer entré Pablo y los otros presos. La navegacion fué larga y de continuas borrascas, y solo despues de seis meses pudieron arribar á la isla de Malta ó Melita; pero sin navío ni cosa alguna de cuanto llevaban, porque todo fué presa del furioso elemento. Solamente las personas, que eran doscientas y setenta y seis, se salvaron del naufragio, y eso por atencion á san Pablo, que fué el ángel tutelar de todas estas personas durante el viaje, y á quien debieron su vida.

Toman tierra en la isla de Malta, donde son fomentados con toda caridad por aquellos isleños.

Estaba situada la isla entre Sicilia, que pertenecia á la Italia, y aquella punta del Africa que llamaban Berberia; porque los Romanos trataban de bárbaros á todos aquellos que no tenian las costumbres de Roma, y

no hablaban la lengua romana. Sin embargo estos bárbaros acaso eran mas humanos que los políticos y finos Romanos. Movidos de la desgracia de tantos infelices que, despues de haberse librado de tan larga y deshecha tormenta, iban á perecer de frio y de miseria, nada perdonaron para su socorro. Lo primero que vieron fué, que estaban penetrados y tiritando de frio, porque una lluvia helada habia sobrevenido á sus demás trabajos. Juntaron mucha leña, y encendiendo una grande hoguera, hicieron que todos se sentasen al rededor de ella.

Una vibora se clava de una mano de san Pablo y no le hace daño.

San Pablo, mas ocupado de la necesidad ajena que de la suya propia, acudió de los primeros á recoger y traer leña; mas entre la que trajo, vino una vibora como muerta, y reanimada del calor, se clavó de la mano de san Pablo y quedó colgada de ella. Cuando vieron los isleños colgada la vibora de la mano de Pablo, se decian unos á otros: Sin duda este hombre es un homicida, pues habiendo salido de la tormenta, su delito no le deja que viva. Pero san Pablo, sacudiendo la vibora en la lumbre, se halló sin daño alguno. Ellos esperaban que Pablo se iria hinchando y caeria muerto de repente. Mas despues de haber esperado largo rato; cuando vieron que ningun mal le sobrevenia, mudando de sentimientos, dijeron que Pablo era dios. San Pablo no podia permitir esta nueva é idolátrica idea y procuró desengañarles, haciéndoles ver que solo podia tenerse y adorarse por Dios al Criador del cielo y la tierra. Desde entonces las viboras de esta isla no son venenosas, y este prodigio se atribuye á san Pablo.

El principe de la isla, llamado Publio, tenia sus haciendas en la ribera en que habian tomado tierra los

pobres náufragos. Supo luego todo lo ocurrido y lo que habia sucedido á san Pablo con la vibora, y deseó verle en su casa. San Pablo se presentó gustoso en ella con sus dos compañeros, Lucas y Aristarco, y estuvo allí tres dias muy obsequiado por Publio, quien recibió un premio abundante por su hospitalidad.

Sana san Pablo al padre del principe de la isla, y toda se convierte.

Era Publio gentil, y tenia en casa á su padre hacia ya mucho tiempo con calentura continua y sufriendo una molesta disenteria. San Pablo entró á visitarle, y despues de hacer oracion, le impuso las manos y le sanó. Este milagro se divulgó luego por toda la isla, y todos traian á san Pablo sus enfermos. El apóstol oraba por ellos, les ponía las manos y todos quedaban sanos. La conversion fué rápida y general, y estos nuevos cristianos cuidaron con esmero en este tiempo de sus doscientos setenta y seis extranjeros. No creyeren conseguir, aunque lo deseaban con ansia, que un san Pablo, destinado á llevar el nombre de Jesucristo á la capital del mundo, se quedase, ni aun se estuviese por mas tiempo con ellos; pero se consolaron con proveerles en abundancia de todo lo necesario para su viaje. Habia invernado en Malta el navio *Castor*, procedente de Alejandria. El centurion Julio ajustó con su capitan el embarque para Roma, y los navegantes dieron un tierno á Dios á sus bienhechores isleños y estos á sus buenos huéspedes, particularmente á Julio, y sobre todo á san Pablo, á quien miraban como su padre en la fe y su amado apóstol.

Salen de la isla, y con una navegacion feliz llegan á Regio, pasan á Puzol y caminan á Roma.

Salieron de Malta, mediado abril, y llegaron felizmente á Siracusa, puerto de Sicilia, de donde se dirigieron á Regio, ciudad de la Calabria. Allí pararon un día, y al siguiente salieron con viento favorable y llegaron en dos á Puzol, ciudad de la Campania. En Puzol tuvieron el gran consuelo de encontrar los primeros cristianos, despues de una navegacion tan borrascosa. San Pablo, que era ya tan conocido por sus cartas, y tan amado de cuantos amaban á Jesucristo, fué recibido con unas demostraciones de cariño extraordinarias. Aun llevaba sus cadenas, y estas eran un objeto de su veneracion y tambien de sus besos. Suplicaron á san Pablo que se detuviese con ellos á lo menos siete dias, y el santo apóstol accedió á sus deseos. Estos dias debieron ser de mucho consuelo para los fieles de la gentilidad, que penetrados hacia mucho tiempo de una profunda veneracion para con su apóstol, aspiraban á la dicha de verle y oírle.

Vienen los cristianos de Roma á recibir al apóstol, unos hasta la plaza de Apio, y otros hasta las tres posadas.

Á los siete dias salieron para Roma, y avisados los cristianos de aquella capital del mundo de que venia san Pablo, bajaron á recibirle; unos hasta la plaza de Apio, que distaba diez y ocho leguas, y otros hasta las tres posadas, que aun distaban once. Los trasportes de gozo con que los cristianos de Roma recibieron á este vaso escogido por Jesucristo para llevarles su santísimo Nombre, solo ellos podrian explicarlos. San Pablo por su parte, san Lucas y Aristarco no se mostraron menos gozosos; y todos dieron á Dios las mas humildes y fer-

vorosas gracias. Los compañeros de su navegacion no pudieron dejar de manifestarse reconocidos al Señor por el modo admirable con que habia conservado sus vidas, y sobre todos el centurion Julio, que en el discurso del viaje habia concebido, oyendo á san Pablo, una idea tan grande de Jesucristo, á quien predicaba, que no se puede dudar, ó que se hubiese ya bautizado, ó que luego se bautizase.

Llegan á Roma.

Entraron en Roma en fin de abril ó principio de mayo, y el centurion habia formado tan gran concepto y tanta confianza de san Pablo, que entregando á los demás presos en la cárcel, dejó libre al apóstol sin otra custodia que un soldado, que en vez de ser su centinela, fuese su compañero. Por primera gracia del Cielo recibida en Roma, encontró san Pablo en el tribunal del César las mismas atenciones y miramientos que habia recibido del centurion durante su viaje. Ya habian llegado las cartas de Festo, presidente de la Judea, en las que participaba al emperador: que el proceso intentado por los Judíos contra Pablo no era de gravedad: que el presunto reo era un hombre de bien, acusado con pretextos frívolos: que así lo habia juzgado tambien el rey Agripa, á quien le habia presentado; y que si Pablo no se hubiera adelantado en apelar al César él por sí le hubiera dado libertad. Por otra parte el centurion referia todos los prodigios que san Pablo habia obrado durante su viaje, y el porte tan admirable que habia tenido con todos, y esto mismo confirmarian necesariamente los viajeros. Estos antecedentes facilitaron á san Pablo su entrada en el pretorio, en el que hizo una cumplida defensa de su proceder, y si no se le declaró desde luego inocente, fué por esperar que llegasen sus acusadores de Jerusalem á Roma para guardar la formalidad del proceso; y fuese que estos tardaron en presentarse, dila-

tando así la prision de san Pablo que miraban como concluida en el momento que su causa fuese sentenciada, ó que se verificase para con san Pablo aquel dicho comun, de que las cosas de palacio van despacio, su sentencia se dilató hasta haber pasado dos años. Es verdad que entretanto san Pablo tuvo toda la libertad que deseaba para la predicacion del Evangelio, y que si llevaba cadenas, estas no hacian otra cosa que ayudar á coger grandes frutos. Ellas señalaban por todas partes en Roma al apóstol de las gentes encadenado por amor á Jesucristo. Se le dió permiso para elegir su posada donde quisiese, y el apóstol la eligió en el punto que le pareció á propósito para hacer con mas facilidad, mas rapidez y mayor fruto sus misiones.

Da rason á los Judios de su conducta y les predica el reino de Dios.

Á los tres dias de su llegada á Roma rogó san Pablo á los mas considerables Judios que fuesen á su alojamiento, donde podria darles noticias de las causas de su prision y de los motivos que habia tenido para apelar al César, con todo lo demás que deseaba comunicarles. Ellos concurrieron en gran número, y el apóstol les habló en estos términos : Mis hermanos, sin que yo hiciese cosa contra la plebe ni contra las costumbres de nuestros padres, fui preso en Jerusalem y puesto en manos de los Romanos, los que habiéndome examinado y tomado informes, quisieron soltarme, porque ninguna causa de muerte hallaron en mí. Mas oponiéndose los Judios, me vi en la necesidad de apelar al César, no para acusar de cosa alguna á mi nacion sino para mi defensa. Por esta causa os he suplicado que vengais y me oigais. Si me veis rodeado de esta cadena, no me juzgueis por eso delincuente de alguna sedicion. La llevo porque predico la esperanza de Israel, que es Jesucristo, sobre

lo cual me es imposible callar; pero ellos le dijeron : Nosotros, ni carta hemos recibido de la Judea, ni alguno de los hermanos ha venido á nosotros anunciado ó hablando mal de ti.

Te rogamos, pues, que nos digas lo que sientes, porque sabemos que en todas partes se contradice á esta secta (de que nos hablas bajo el nombre de esperanza de Israel); y habiéndoles señalado dia, vinieron en mucho mayor número á su alojamiento, y el apóstol les predicaba desde la mañana hasta la tarde, dando testimonio del reino de Dios, y les persuadia de lo que está escrito de Jesucristo por Moises y los profetas; y unos creían lo que se les decia y otros no lo creían (lo mismo sucedia en tiempo de Jesucristo), y no estando concordes entre sí, se marchaban, diciéndoles san Pablo esta sola palabra : Bien habló el Espíritu Santo por el profeta Isaías á nuestros padres, diciendo : Vé á ese pueblo y díles : De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo véreis, y no percibiréis; porque se ha engrosado el corazon de este pueblo, y han oído pesadamente, y apretado sus ojos, porque no vean; y sus oídos, porque no oigan; y su corazon, porque no entienda; no sea que se conviertan y los sane. Pues tened entendido que á los gentiles va á ser enviada esta salud de Dios y que ellos oirán.

Predica dos años en Roma á toda clase de gentes.

En los dos años que, como se ha dicho, pasaron hasta que san Pablo fué declarado inocente en el tribunal del emperador por los ministros del pretorio, recibia el apóstol en su casa con el cariño de un padre á cuantos venian á verle, predicando á todos el reino de Dios y enseñando las cosas que son del Señor Jesucristo con toda confianza y sin prohibicion. Aquí concluye san Lucas su historia de los *Hechos apóstolicos*, sin decirnos

por nuestra desgracia otra cosa de lo que hizo san Pablo hasta el fin de su vida.

Libre de sus cadenas, recorre muchas regiones predicando, vuelve á Roma y concluye en ella su carrera.

Sin embargo sabemos por sus cartas y por la tradición : que consiguió grandes conversiones en Roma, hasta en el palacio de un emperador como Neron, y que despues de quedar libre de las cadenas, que habia traído por cuatro años, emprendió muchos viajes : que vino á España y recorrió otras muchas regiones, predicando el Evangelio y llevando como vaso escogido el nombre de Jesucristo á los gentiles de todo el mundo conocido ; y que terminó en Roma su carrera con un ilustre martirio en compañía del Príncipe de los apóstoles, á los sesenta y seis años de su edad.

Cartas que escribió durante su prision.

Es cosa bien sensible que el historiador sagrado no nos haya dejado la relacion individual de los frutos de sus trabajos en estos últimos tiempos de los cuales nos habla con tanta frecuencia el apóstol, como de los mas bellos de su vida.

Lo poco que nos queda en las cartas que escribió durante su prision á diversas Iglesias, y aun á algunos particulares, no recompensan lo mucho que nos falta. Estas cartas son la segunda á Timoteo, aquel su antiguo discípulo tan amado del apóstol, y tan digno de serlo. En ella san Pablo, despues de darle aquellas admirables lecciones que deben tener presentes siempre los Príncipes de las Iglesias para su buen gobierno, le dice entre otras cosas : que necesita de muchos y buenos operarios para recoger la abundante cosecha que se presentaba

por todas partes. La segunda es dirigida á los Hebreos ; esto es, á los Judíos convertidos de la Grecia, del Asia y de la Macedonia, á los cuales promete volver á ver dentro de poco tiempo. La misma promesa hace á los Filipenses, á los Colosenses y á Filemon. Las dos primeras escritas á Timoteo y á los Hebreos, parece que son del primer año de su prision. En el siguiente escribió á sus queridos los Filipenses y Efesinos, cuyas Iglesias habia fundado por sí, y á los Colosenses, á quienes amaba mucho, aunque no habia sido el fundador inmediato de su Iglesia ; y en fin escribió una muy breve á Filemon, vecino de Colosas, suplicando por la libertad de un esclavo que se habia huido, y se le volvia libre. En sus cartas vemos que no teniendo aun sesenta años, se pinta ya como un hombre oprimido de achaques y cargado de los trabajos de la vejez. Yo me debilito, escribia á Timoteo en su carta segunda, y el tiempo de mi muerte se acerca. Buena pelea he peleado. He acabado mi carrera. He guardado la fe. En lo demás, reservada me está la corona de justicia, que el Señor, justo Juez, me concederá en aquel dia, y no solamente á mí, sino tambien á todos aquellos que desean su venida.

Á pesar de las enfermedades y especie de vejez á que los muchos trabajos, fatigas y persecuciones habian reducido al apóstol, todavia se preparaba para hacer la última visita á sus amadas Iglesias de Macedonia, Grecia, Asia, Filipos y Colosas, segun lo habia anunciado en sus cartas, y no se puede dudar, aunque nada nos dice san Lucas, que luego que se halló libre de sus cadenas, volvió á visitar todas estas Iglesias ; ¡ y cuál seria la alegría de estos amantes hijos al volver á ver á su amado padre despues de haber llevado cuatro años sus cadenas por la fe !

Se contaba ya á este tiempo el año sesenta del nacimiento de Jesucristo, y no quedaban á los hijos de Israel, amenazados tantas veces por el Juez soberano con el último castigo, sino solos diez años de vida en cuerpo

de nacion. Desde la venida del Espiritu Santo trabajaban sin cesar los apóstoles y discípulos del Señor en su conversion; pero no conseguian aquella penitencia que desarma el brazo de Dios y hace mudar, como en Nínive, sus sentencias. Mientras que san Pablo y sus compañeros establecian entre los incircuncisos numerosas Iglesias, los apóstoles y sus discípulos solo conseguian formar pequeños rebaños que se veian precisados á mantener sin ruido por causa de la persecucion de sus hermanos. Estos diez últimos años no fueron ya otra cosa que una preparacion de la escena de su total exterminio. Luego rompieron aquellas disensiones domésticas que habia anunciado el Señor como principio de los males. Tambien se declaró en toda la Judea una persecucion general contra las ovejas de Jesucristo, y principalmente contra sus pastores; murieron muchos de estos en ella, porque no pudieron conservar el ganado sino á expensas de su vida. Se libraron algunos, pero fué por una providencia particular del Señor para que juntasen y sostuviesen las ovejas dispersas.

Se acerca el tiempo de la abominacion.

Aun vivia Neron cuando san Pablo salió de Roma libre de sus cadenas, y todavia vivió tiempo bastante para hacer muchos mártires, y entre ellos al mismo san Pablo y á la cabeza de la Iglesia san Pedro. Le sucedieron Oton, Galva y Vitelio, cuyos reinados no fueron largos. Las maldades de la Judea se aumentaban en este tiempo, y los pecados de sus habitantes se multiplicaban sin número. Segun se iba acreciendo el castigo, se presentaban los seductores, no oyéndose ya hablar sino de falsos Mesías y de Anticristos. La abominacion de la desolacion daba muestras de querer subir á colocarse en el lugar santo. Satanás extendia su dominacion con falsas señales, y este tiempo funesto fué precisamente el

que eligieron los Judíos para declararse contra los Césares, cuyo yugo habian llevado ya tantos años y cuya dominacion habian reconocido tantas veces.

Se rebelan los Judíos, y Roma les hace la guerra y les extermina.

Elevado Vespasiano al imperio, determinó destruir enteramente un pueblo indómito, al que, ni los beneficios, ni los castigos contenian en la dependencia y la paz. Desesperó Roma de dominar sobre la Judea, mientras tuviesen los Judíos una ciudad, un templo, un culto y las pretensiones de un reinado sobre todo el universo. Su total ruina, decretada por Dios en el cielo á causa de su obstinacion, se determinó por los Romanos en la tierra con motivo de su rebelion. Tito, hijo de Vespasiano, fué el encargado de esta famosa guerra. Escogido por Dios para la ejecucion de este castigo, y armado con su divina espada, nada pudo resistirle. Sus ejércitos sitiaron la ciudad, Jerusalem fué tomada y destruida, y la multitud de sus habitantes pasados á filo de espada. El templo fué quemado y no quedó piedra sobre piedra, como lo habia dicho Jesucristo. Gobernado siempre Tito por órdenes superiores, que no conocia, aun cuando las estaba cumpliendo, usó de la misma severidad con las demás ciudades, villas y lugares de la Judea. Los hijos de Israel reprobados de Dios, estaban como cadáveres sin sepultura, entregados á las aves carnívoras. Á todas partes adonde huian estas infelices víctimas de su obstinacion, volaban sobre ellas las águilas para hacerlas su pasto. Los que no perecian á los filos de las espadas, á los rigores del hambre, ó á la voracidad de las llamas, eran llevados en cautiverio y derramados por todas las naciones del mundo para testimonio de los castigos del Cielo. El pueblo de Dios, que habia desconocido á su santísimo Hijo, ya no fué pueblo de Dios.

La desolacion fué total. La ley de Moisés quedó abolida para siempre. Jerusalem no fué ya la ciudad sábia que dictaba sus leyes á los hijos de Abraham. Los sacrificios de los corderos de la tierra cedieron su lugar á los sacrificios del Cordero del cielo; y la sinagoga, tolerada inútilmente en sus últimos dias con la esperanza de su conversion, concluyó su carrera de una manera espantosa.

Anuncios de Jesucristo.

Treinta y ocho años antes anunciaba el Señor á sus discipulos estos sucesos terribles, como cosas que no estaban léjos. De verdad, de verdad os digo, que no pasará esta generacion sin que todas estas cosas se cumplan. Hijas de Jerusalem, decia subiéndolo al Calvario, no lloréis sobre mí, sino llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos, porque vendrán dias en que dirán: Dichosas las estériles y los vientres que no concibieron, y los pechos que no dieron de mamar; pero estas terribles amenazas fueron inútiles para esta nacion perversa, y en el tiempo señalado por los profetas se convirtieron en los sucesos espantosos que acabaron con este pueblo tan prodigioso y famoso, como finalmente desgraciado.

ADVERTENCIA.

No he hablado en este compendio sino rara vez del obispado de Santiago el Menor en Jerusalem, ni de la Silla patriarcal de Alejandria, ni de la Cátedra de san Pedro por siete años en Antioquia, ni de su traslado á Roma para ser allí el centro de la fe, la Maestra de la verdad, la Cabeza de la religion y la Madre comun de todas las Iglesias. Tampoco he hablado del martirio de los dos grandes apóstoles san Pedro y san Pablo en la misma Roma bajo el imperio de Neron, ni del reparti-

miento que de todo el mundo hicieron entre sí los doce pescadores para llevar por todas partes el Evangelio de Dios, ni de sus trabajos apostólicos, ni de sus martirios... No he hecho relacion individual y circunstanciada de la guerra de los Romanos, ni de la desolacion de la nacion judia, porque estos grandes sucesos pedian, no un compendio, como es este, sino una grande obra compuesta de muchos libros; y por otra parte, no los hallo en la sagrada Escritura, sino á lo mas en profecias, alusiones y sombras; y por consiguiente no pertenecen á mi idea, que es escribir un compendio de la historia de la religion sacado de los Libros santos del nuevo Testamento, como el que tengo escrito de los del antiguo. Mas no se crea por esto que pretendo con mi silencio rebajar cosa alguna de lo que se debe creer y que yo creo firmemente con el comun de los fieles sobre la fe de los monumentos y testimonios de la historia eclesiástica, sino solamente seguir el silencio de los Libros santos.

CONCLUSION.

He concluido con lo que me propuse, reuniendo y explicando á lo menos lo que nos dicen historialmente los Libros sagrados del nuevo Testamento. He acabado la relacion del pueblo escogido por Dios para que fuese el depositario de sus promesas y preparase la venida de su santísimo Hijo encarnado; y presentado en su lugar un pueblo nuevo, mas espiritual, mas perfecto... un pueblo formado de todos los hombres del mundo, que creen en Jesucristo, sin distincion de gentil ni Judío. En fin he presentado, naciendo y creciendo, esta preciosísima Iglesia en que militamos, que no ha de tener fin sino con el fin de los siglos, y que en su duracion viene formando y ha de completar la Iglesia de los bienaventu-

rados. El Señor por las entrañas de su infinita piedad y misericordia nos conceda ser de esta Iglesia *triumfante*, como nos ha concedido ser de la *militante*.

Amado Lector. Con cuánto anhelo haya yo deseado allanarte el camino del cielo, puedes conocerlo por las materias que han sido el objeto de mis tareas. Mis primeros trabajos se dirigieron á proporcionarte el *Catecismo explicado*. Esto es, unas explicaciones de la doctrina cristiana que presentasen con claridad las verdades de la religion que debe saber y entender el cristiano cuando llega al uso de la razon, porque en los muchos años de ministerio parroquial habia visto la gran necesidad de estas explicaciones; pues aunque los *Catecismos* de los sabios Ástete y Ripalda, que son los que se usan en casi todo el reino, no pueden mejorarse en la clase de elementales, ellos solos no bastan para dar las ideas religiosas que debe tener un cristiano; y si bien el señor Luarea, penitenciario de Segovia, puso sus adiciones al primero, y el señor Riva, doctoral de Cartagena, al segundo, consultaron tanto con la brevedad que no los sacaron de la clase de elementales. Los del V. Granada, del Pouget... y principalmente el de san Pio V, son llenos y completos, pero mas á propósito para el uso de los párrocos que para la instruccion del comun de los fieles. Acaso por estos motivos ha tenido el *Catecismo explicado* una salida tan rápida, pues en menos de ocho años se han expendido, y estan para concluirse, los treinta mil ejemplares de las seis ediciones que se han hecho en tan corto tiempo.

Mis segundos trabajos tuvieron por objeto presentarte un compendio de la historia de la religion, sacado de los Libros santos del antiguo Testamento, porque tambien habia visto la grande ignorancia que habia de ella en los cristianos, no sabiendo comunmente, ni los principios, ni los medios, ni el fin de esta religion divina, ni los portentos sobre que está fundada, ni el término adonde lleva, que es el cielo, ni los medios con que se

consigue el cielo, que son el cumplimiento de los Mandamientos y la práctica de las virtudes.

Por último te presento ahora mis terceros trabajos, empleados en el compendio de la historia de la religion, sacado de los Libros santos del nuevo Testamento; compendio el mas propio del cristiano, porque contiene la historia de su amado Redentor Jesucristo, no ya en los anuncios de los profetas, sino escrita por los Evangelistas, ni en pasajes y doctrinas sueltas y separadas, como por necesidad tiene que hacerse en el templo, sino en una historia seguida y enlazada que contribuye en gran manera á su inteligencia.

En estos tres trabajos ó escritos tienes, amado Lector, seas quien fueres, los libros que necesitas para tu instruccion religiosa. He dicho: seas quien fueres, porque se encuentran muchos cristianos que, llenos de ciencia humana, ignoran la ciencia de su salvacion. Yo he deseado allanar á todos el camino del cielo con mis trabajos, pero trabajos perdidos para todos los que no se aprovechen de ellos. Aprende, mi querido Lector, aprende bien en ellos la ciencia de tu salvacion;

Porque es la ciencia del hombre,
Que su vida en gracia acabe,
Pues al fin de la jornada
Aquel que se salva, sabe,
Los demás no saben nada.

El Señor Jesus, el piadoso y cariñoso Redentor de nuestras almas se digne por su infinita bondad y misericordia concedernos las gracias de salvacion en esta vida y despues en la otra el reino de los cielos, donde vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos.

Amen.

O. S. E. C. A. R. C. S.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE HISTÓRICO

de la

HISTORIA DE LA RELIGION

Desde la promesa del Mesías hasta los anuncios de Jesucristo.

TOMO CUARTO.

Promesa del Mesías.

	<i>Páginas.</i>
Pueblo escogido	2
Venida del Mesías	<i>ib.</i>
Nacimiento de Juan su Precursor	3
Zacarías é Isabel padres de Juan	<i>ib.</i>
Servicio de Zacarías en el templo	4
Un ángel le anuncia el nacimiento de Juan	5
Queda mudo Zacarías por no creer al ángel	<i>ib.</i>
Concibe Isabel, mujer de Zacarías	6
El arcángel san Gabriel anuncia á la santísima Virgen su concepcion	<i>ib.</i>
Turbacion de la santísima Virgen	7
Profecías de Daniel é Isaías	<i>ib.</i>
Consentimiento de la santísima Virgen	8
Encarnacion del Hijo de Dios	<i>ib.</i>
Visita de la santísima Virgen á su prima santa Isabel	9
Salutacion de la santísima Virgen á santa Isabel	10

Cántico de la santísima Virgen que principia Magnificat.	10
Vuelta de la santísima Virgen á su ciudad de Nazareth.	11
Nacimiento de san Juan	12
Recobra Zacarías el habla	<i>ib.</i>
Cántico de Zacarías que principia : Benedictus.	13
Se retira san Juan al desierto	14
Vida de la santísima Virgen en Nazareth.	<i>ib.</i>
Sospechas de san José acerca de la santísima Virgen.	15
Trata de dejarla	<i>ib.</i>
Un ángel le descubre en sueños el estado de su Esposa.	16
Edicto de César, mandando un empadronamiento.	17
Nace en Belén el Hijo de Dios hecho hombre	<i>ib.</i>
Visita de los pastores.	19
Circuncision del Niño Dios	20
Visita de los reyes	<i>ib.</i>
Purificacion de la santísima Virgen y presentacion de su divino Hijo	22
Visita del anciano Simeon y Ana la profetisa	23
Manda Herodes degollar los niños de dos años y abajo.	24
Huida de la sagrada Familia á Egipto	<i>ib.</i>
Degollacion de los niños.	25
Muerte de Herodes.	<i>ib.</i>
Vuelta de la sagrada Familia	<i>ib.</i>
Pierden al Niño sus padres y le hallan en el templo.	26
Porqué no principió Jesucristo su predicacion hasta los treinta años de su vida	27
Su principal mision era á los hijos de Israel	28
Como se conocian Jesucristo y Juan antes de la predicacion	<i>ib.</i>
Principia Juan su ministerio	29
Su comida, bebida y vestido	<i>ib.</i>
Su predicacion y bautismo	30
Su sobrenombre de Bautista	31
Dirige una correccion terrible á los fariseos y saduceos.	<i>ib.</i>
Toda clase de gentes viene á perderle reglas para vivir bien	32

Sospecha el pueblo que Juan es Jesucristo, y Juan le desengaña.	33
Á este tiempo aun estaba Jesucristo en casa de sus padres	34
Va al Jordán y es bautizado por san Juan.	<i>ib.</i>
Se retira á un desierto, ora y ayuna	35
El diablo desea saber si es Hijo de Dios.	<i>ib.</i>
Para esto le tienta	36
Huye el diablo confundido, y los ángeles vienen y le sirven	37
El Bautista, perseguido por los escribas y fariseos, pasa el Jordán, y Jesucristo sale del desierto y va á Cafarnaun	38
Jesucristo principia á leer y explicar las sagradas Escrituras en las sinagogas.	<i>ib.</i>
Las lee y explica en Nazareth, su patria	39
Su explicacion llena á todos de asombro, y piensan si será el Mesías.	40
Pero no era rico y poderoso, y por eso le desconocen.	41
Ninguno es profeta en su patria	<i>ib.</i>
Celo falso y arrebatado de los Nazareos.	42
Se aumenta la fama del Bautista y se duda si será el Mesías	43
Envian los escribas y fariseos á averiguar quién es el Bautista	44
Se muestra Jesucristo á san Juan, quien da testimonio de su divinidad.	45
Dos discipulos de san Juan siguen á Jesucristo	46
Eran Andrés y Juan el Evangelista	<i>ib.</i>
Les imita Simon, y Jesucristo le pone el nombre de Pedro	47
Jesucristo encuentra á Felipe, paisano de Andrés y Pedro, y dice que le siga.	<i>ib.</i>
Tambien Natanael, amigo de Felipe, sigue á Jesucristo	48
Jesucristo y su santísima Madre son convidados á las bodas de Caná	49

Falta el vino en las bodas	50
Jesucristo suple la falta convirtiendo el agua en vino.	51
Jesucristo se vuelve á Cafarnaun, y los discípulos á sus tareas domésticas	52
Llama á Pedro, Andrés, Santiago y Juan para que le acompañen á Jerusalem.	<i>ib.</i>
Llega á la ciudad pocos dias antes de la Pascua.	53
Téngase presente que los Galileos celebraban la Pascua el dia catorce y los Judios el quince	54
Jesucristo echa de los atrios del templo á los que negociaban en ellos	<i>ib.</i>
Dice que puede reedificar el templo en tres dias.	55
Hace multitud de milagros en la Pascua.	56
Nicodemo va á ver á Jesus de noche, y el Señor le instruye largamente	57
Sale Jesucristo de Jerusalem y va á predicar en los pueblos de sus contornos.	60
Institucion del Sacramento del Bautismo.	<i>ib.</i>
La humildad afirma la fe y la soberbia la derriba.	61
Jesucristo catequiza y predica, y los discípulos bautizan	<i>ib.</i>
Disputa entre los discípulos de Jesucristo y san Juan sobre los dos Bautismos	62
Discurso elevado y misterioso de san Juan	63
Jesucristo se retira á la Galilea para evitar la persecucion de los escribas y fariseos	64
Descripcion de los Samaritanos.	<i>ib.</i>
La Samaritana halla á Jesucristo.	65
La desubre que es el Mesias	67
Anuncia á Jesucristo la Samaritana en su ciudad de Sicar, y creen muchos por su dicho	68
Continua su camino el Señor á la Galilea	69
Llega á Caná y sana al hijo de un régulo que estaba espirando en Cafarnaun	70
Sana á un endemoniado	71
Sana á la suegra de san Pedro.	72
Sigue sanando á toda clase de enfermos.	73

Bienaventuranzas	75
Primera	<i>ib.</i>
Segunda	<i>ib.</i>
Tercera	<i>ib.</i>
Cuarta	<i>ib.</i>
Quinta	<i>ib.</i>
Sexta	76
Sétima	<i>ib.</i>
Octava	<i>ib.</i>
En ellas consiste la felicidad verdadera.	77
Jesucristo da instrucciones á los ministros y predicadores del Evangelio.	<i>ib.</i>
Las da tambien á todos los fieles	78
Habla de la reconciliacion, del deseo impuro, del adulterio, del repudio y del divorcio.	79
Habla del juramento	80
De los preceptos	81
De los consejos.	82
Del amor á los enemigos.	<i>ib.</i>
De la limosna y oracion	84
Del modo de orar	85
Del ayuno	<i>ib.</i>
De la comida y vestido	86
Del juicio temerario y del porte con los prójimos.	87
Es estrecha la puerta del cielo y entran pocos por ella.	88
Cura á un leproso volviendo del monte á Cafarnaun.	90
Publica el leproso su curacion	<i>ib.</i>
Noticia de lo que era la lepra	91
Cura Jesucristo á un paralítico en Cafarnaun	92
Sale de la ciudad, se embarca y predica desde la nave á las turbas	93
Manda pescar á sus discípulos, y casi se rompe la red de Pedro con la multitud de los peces	94
Se asombra Pedro y el Señor le hace pescador de hombres	95
Los discípulos dejan los barcos, y van con Jesucristo á Cafarnaun	<i>ib.</i>

Un escriba quiere seguir á Jesucristo, pero no se atreve á seguir su vida	96
Llama Jesucristo á otro de la multitud y no permite ir á enterrar á su padre	<i>ib.</i>
Otro quiere seguirle si le permite ir á disponer de sus bienes, y no le recibe	97
Se embarca Jesucristo con su discipulos.	<i>ib.</i>
Una tempestad pone á la nave en peligro y Jesucristo la salva	98
Describeion lastimosa de dos endemoniados	99
Jesucristo los cura arrojande del mas desdichado una legión de seis mil diablos	100
Los permite entrar en una piara de puercos, que al momento se arrojan al mar	<i>ib.</i>
Espantosa ingratitud de los Gerasenos	101
Los dos energúmenos quieren seguir á Jesucristo, pero el Señor no se lo permite	102
Jesucristo se vuelve á Cafarnaun, y la multitud le sigue	103
Observan á Jesucristo los fariseos y doctores de la ley	104
Cuatro hombres rompen el tejado de la casa en que estaba Jesucristo, bajan por la rotura un paralítico, le ponen á sus piés y Jesucristo le sana	<i>ib.</i>
Llama Jesucristo al publicano Mateo, y este le sigue.	106
Hace Mateo á Jesucristo un gran convite, al que asisten muchos publicanos y pecadores, y los fariseos le censuran.	<i>ib.</i>
Los discipulos del Bautista preguntan á Jesucristo porque no ayunan sus discipulos.	107
El arquisinagogo Jairo viene á pedir á Jesucristo por su hija moribunda	108
Una mujer que paeidia flujo de sangre, toca el vestido de Jesucristo y quedo sana.	109
Muere la hija de Jairo, y Jesucristo la resucita.	110
Da vista á dos ciegos.	111
Cura á un mudo y poseido del demonio.	112

Perseguido el Bautista en la Judea, se retira á la Galilea.	113
Prision del Bautista.	114
Cura Jesucristo al paralítico de la piscina.	115
Los escribas y fariseos reprueban esta curacion milagrosa.	116
Falsa idea que tenian formada del Mesías.	118
Eleccion de los doce apóstoles sobre el monte.	120
Sus nombres y varias noticias de ellos.	<i>ib.</i>
Su apostolado y mision en vida de Jesucristo.	121
Su mision despues de la muerte de Jesucristo.	123
Baja del monte y luego se halla rodeado de enfermos.	126
Entra en Cafarnaun y cura otra multitud.	<i>ib.</i>
Envia de dos en dos sus apóstoles á predicar por la Galilea.	127
Resucita al hijo de la viuda de Nain.	<i>ib.</i>
Envia san Juan dos discipulos á saber de Jesucristo quién era.	128
Hace Jesucristo el elogio de san Juan.	<i>ib.</i>
Los preceptos de la ley de Jesucristo son difíciles para la naturaleza, pero fáciles para la gracia.	130
Convida á Jesucristo el fariseo Simon á comer en su casa.	<i>ib.</i>
Conversion de la Magdalena	131
Llama Jesucristo á sus misioneros los apóstoles	135
Permite que le sigan algunas mujeres piadosas.	<i>ib.</i>
Manda Herodes cortar la cabeza al Bautista.	136
Muerte de Herodes, Herodías y su hija.	138
Casi á un tiempo se presentan á Jesucristo sus apóstoles y los discipulos del Bautista.	139
Da de comer á cinco mil hombres con cinco panes y dos peces.	140
Quiere la multitud proclamar rey al Señor, y el Señor lo impide.	142
Peligran los apóstoles en el mar, y Jesucristo les saca del peligro.	<i>ib.</i>
Sanan los enfermos con solo tocar la punta del ves-	

tido del Señor	144
Les habla del alimento espiritual	145
Inconstancia de algunos discípulos y firmeza de los apóstoles.	146
Los apóstoles toman espigas en día de fiesta, y los fariseos se escandalizan	147
Cura á un manco en día de fiesta y confunde á los fariseos.	149
Jesucristo se encamina á la ribera del mar y la multitud le sigue.	150
Mansedumbre de Jesucristo.	<i>ib.</i>
Cura á un endemoniado, ciego y mudo.	151
Atribuyen los escribas y fariseos al demonio los milagros de Jesucristo.	152
Dificultad del perdón de la blasfemia.	153
Piden los escribas y fariseos un milagro á Jesucristo y el Señor se le niega.	154
Vienen á Cafarnaun á ver á Jesucristo su santísima Madre y parientes.	155
Habla Jesucristo á las turbas en parábolas.	156
Primera, sobre la semilla.	157
Su explicacion.	<i>ib.</i>
Segunda, sobre el trigo y la zizaña.	158
Tercera, sobre la siembra y la siega.	159
Cuarta, sobre el grano de mostaza.	<i>ib.</i>
Quinta, sobre la levadura.	160
Explicacion de la parábola de la zizaña.	161
Tres parábolas sobre el tesoro, la margarita y los peces.	<i>ib.</i>
Va Jesucristo á despedirse de Nazareth, su patria.	162
Temores de Herodes.	163
Los escribas y fariseos ácusan á Jesucristo porque sus discípulos no se lavan las manos para comer.	164
Los pecados son los que manchan al hombre, y no el comer sin lavarse las manos.	165
Viaje de Jesucristo á predicar en la Fenicia.	167
Admirable constancia de una mujer canánea.	168

Curacion de un sordo y mudo.	169
Ceremonia del Bautismo.	170
Otras curaciones milagrosas.	<i>ib.</i>
Da de comer á cuatro mil hombres con siete panes y algunos peces	171
Visita de las fariseos y saduceos á Jesucristo.	172
Curacion singular de un ciego.	173
Confiesa san Pedro la divinidad de Jesucristo, y Jesucristo le declara cabeza de la Iglesia.	174
Prohíbe Jesucristo á los apóstoles que publiquen su divinidad durante su vida mortal, porque esto pertenece al Señor.	175
Les declara que conviene que padezca y muera en Jerusalem.	176
El que quiera venir en pos de mí, decia aqui Jesucristo, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame.	177
Transfiguracion del Señor.	178
Baja Jesucristo del monte y cura á un poseído que no habian podido curar los apóstoles.	181
Porqué los apóstoles no habian podido curarle.	182
Vuelve Jesucristo de Cesárea á Cafarnaun con sus discípulos.	183
Pago del tributo en Cafarnaun.	184
Ambicion de los apóstoles	185
Sencillez de los niños.	186
Habla Jesucristo sobre el escándalo	187
Breve explicacion del escándalo.	188
Parábola que representa al pobre pecador en la oveja perdida.	<i>ib.</i>
Correccion fraterna.	189
Parábola del deudor.	<i>ib.</i>
Sigue Jesucristo su camino á Jerusalem.	190
Juan y Santiago quieren que baje fuego del cielo y consuma á una ciudad samaritana.	191
Mision de los setenta y dos discípulos.	192
Tienta al Señor un doctor de la ley	193

Parábola del hombre que cayó en manos de ladrones.	194
Una mujer llama bienaventurados los pechos y el vientre de la Virgen.	<i>ib.</i>
Convida un fariseo á comer al Señor.	195
Parábola del rico que ensancha sus paneras.	197
Vuelven los setenta y dos discipulos á reunirse con Jesucristo.	198
Cura á una mujer enferma y encorvada hacia ya diez y ocho años.	<i>ib.</i>
Predica Jesucristo en Jerusalem y creen muchos en Él.	200
Envian los Judíos á prenderle; pero no ha llegado su hora.	201
Idea que tenían los Judíos sobre la llegada del Mesías.	202
Admiracion de la multitud al oír á Jesucristo.	203
Concilio contra Jesucristo.	204
Sale á la defensa de Jesucristo el famoso Nicodemo.	<i>ib.</i>
Presentacion á Jesucristo de una mujer sorprendida en adulterio.	205
Curacion del ciego de nacimiento lavándose en la piscina de Siloe.	206
Exámen de este milagro.	207
El principe de los fariseos convida á comer á Jesucristo.	210
Cura el Señor á un hidrópico.	<i>ib.</i>
Asiento que debe tomarse en los convites.	211
Parábola de los convidados á la cena.	212
Parábola de la mujer que encuentra la draema que habia perdido.	214
Parábola del hijo pródigo.	<i>ib.</i>
Otra del mayordomo infiel.	216
Otra del rico gloton y de Lázaro mendigo.	217
Vuelve á hablar Jesucristo de la importancia de orar y perseverar en la oracion.	219
Parábola de un juez injusto y de una viuda importuna.	220
Otra de un fariseo y un publicano que oran en el templo.	<i>ib.</i>

Cura el Señor á diez leprosos.	221
Sube á Jerusalem en la fiesta de las Encenías.	<i>ib.</i>
Pasa de Jerusalem á la Betania del otro lado del Jordán.	222
Prohíbe el repudio y restablece el vínculo del matrimonio.	223
Vuelve á abrazar á los niños y pronuncia una sentencia de suma importancia.	<i>ib.</i>
Un jóven rico quiere seguir al Señor y no se atreve.	224
Dificultad de entrar los ricos en el cielo.	225
Parábola de los jornaleros.	226
Division de las horas del dia y la noche entre los Judíos.	<i>ib.</i>
Vuelve Jesucristo de Betania á Jerusalem.	228
Pretension de Juan y Santiago á los primeros puestos en el reino de Jesucristo.	229
Da Jesucristo vista á un ciego al llegar á Jericó.	230
Avisan á Jesucristo las hermanas de Lázaro que está enfermo gravemente su hermano.	231
Santifica Jesucristo la casa del publicano Zaqueo.	232
Sabe Marta la venida de Jesucristo y corre á su encuentro.	233
María, avisada por su hermana, corre á postrarse á sus piés.	<i>ib.</i>
Resurreccion de Lázaro.	234
Profetiza Caifás, pontífice de aquel año.	236
Jesucristo se retira á Efen y vuelve á Betania.	237
Cena de los tres hermanos para obsequiar á Jesucristo.	238
Murmuraciones impías sobre lo que se ofrece para el culto del Señor.	239
Proyectan los principes de los sacerdotes matar á Lázaro.	240
Domingo de Ramos.	<i>ib.</i>
Subida del Señor al templo y prediccion de la ruina de Jerusalem.	242
Hace Jesucristo nuevos prodigios en Jerusalem.	243
Parábola del grano que se siembra.	244

Una voz del cielo glorifica el nombre del Señor . . .	245
Parábola de los colonos que matan á los siervos y al hijo del dueño de la viña.	246
Otra parábola del banquete preparado por un rey para las bodas de su hijo.	247
Parábola de las vírgenes fátuas y prudentes	249
Otra parábola sobre los talentos	250
Explicacion de esta parábola	251
Juicio final	252
Consideracion antes de entrar en la relacion de la Pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo.	254
Gran consejo en casa de Caifás.	255
Jesucristo es convidado á cenar en casa de Simon el leproso.	256
Venta de Jeaucristo.	<i>ib.</i>
Preparacion para celebrar la Pascua	258
Su celebracion	259
Anuncia Jesucristo que uno de sus apóstoles le ha de entregar, y todos se turban	261
Piensa el Señor en instituir el santísimo Sacramento.	<i>ib.</i>
Lava Jesucristo los piés á sus apóstoles	262
Da Jesucristo á sus apóstoles lecciones de la mas profunda humildad.	263
Se queja Jesucristo por tercera vez del traidor, y Pedro desea descubrirle	264
Institucion del santísimo Sacramento del Altar	<i>ib.</i>
Se dirige Jesucristo con sus apóstoles al Huerto de las Olivas.	266
Les habla en el camino de su desercion	<i>ib.</i>
Les manda que compren espadas.	267
Oracion del huerto.	268
Un ángel se presenta al Señor para confortarle.	269
Prision del Señor.	<i>ib.</i>
Beso de Judas	270
Caen de espaldas los que vienen á prender al Señor.	271
Corta Pedro á Malco una oreja, y el Señor la sana.	272
Manda á Pedro que vuelva la espada á su vaina,	

porque el que á hierro mata, á hierro morirá.	<i>ib.</i>
Huyen los apóstoles, y prenden á Jesus sus enemigos.	273
Es llevado el Señor á la casa de Anás.	274
De la casa de Anás es llevado á la de Caifás.	275
Pedro y Juan le siguen de léjos y llegan á entrar en la casa de Caifás.	<i>ib.</i>
Pregunta Caifás al Señor sobre sus discipulos y doctrina.	276
Recibe el Señor una bofetada por tan justa respuesta.	<i>ib.</i>
Exámen de testigos.	277
Caifás conjura al Señor á que diga la verdad.	<i>ib.</i>
El Señor la dice y es tratado por esto de blasfemo y declarado reo de muerte.	278
Desea la sinagoga sacrificarle al momento.	279
Sacan al Señor de la audiencia y le bajan al atrio.	280
Negacion de Pedro.	<i>ib.</i>
Su conversion	282
Tormentos y ultrajes que sufre el Señor en el atrio.	<i>ib.</i>
Vuelve el concilio á preguntar al Señor.	283
El Señor responde lo mismo y la sentencia se confirma.	284
Llevan al Señor al palacio del presidente Pilatos, y viéndolo Judas se desespera y ahorca.	285
Compran con el dinero en que fué vendido el Señor un campo para sepultura de peregrinos.	286
Van el concilio y la multitud á acusar al Señor delante de Pilatos.	<i>ib.</i>
Pilatos se inclina á favor del Señor.	287
Confiesan los Judíos que no tienen autoridad para quitar la vida y por consiguiente que no tienen ya rey	288
Se ve precisado Pilatos á preguntar á Jesucristo.	289
Pilatos envia á Jesucristo á Herodes.	290
Noticia de Herodes y de su carácter.	291
Su contento cuando le presentaron al Señor.	<i>ib.</i>
Vuelve Herodes á enviar á Jesucristo á Pilatos y se hacen amigos.	292

Propone Pilatos á Jesus y á Barrabás para que elija el pueblo	<i>ib.</i>
Aviso que da á Pilatos su mujer	293
El pueblo pide á Barrabás	<i>ib.</i>
Se lava Pilatos las manos para significar su inocencia	294
Manda azotar al Señor	295
Es atado el Señor á una columna y azotado cruelmente	<i>ib.</i>
Es tratado de rey de burlas	296
Es presentado en el balcon de Pilatos, quien dice : <i>Ecce Homo.</i>	<i>ib.</i>
Dan voces los pontifices y ministros, diciendo : Crucifícale	297
Pilatos sentencia á Jesucristo á muerte de cruz	298
Camina Jesucristo al Calvario cargado con ella	299
Pasa con ella por medio de Jerusalem	300
Cae con ella la primera vez	301
Sale al encuentro del Señor su santísima Madre	<i>ib.</i>
Limpia la Verónica su sacratísimo rostro	<i>ib.</i>
Cae la segunda vez y Simon Cireneo le ayuda á llevarla	302
Dicha del Cireneo	<i>ib.</i>
Habla el Señor á las hijas de Jerusalem	303
Cae el Señor con la cruz tercera vez	304
Es clavado en ella	<i>ib.</i>
Dan los soldados á beber al Señor vino mezclado con mirra y con hiel	305
Ruega el Señor por sus enemigos	<i>ib.</i>
El Señor en la cruz	306
Título fijado en ella por orden de Pilatos	307
Furor de los Judíos contra Jesucristo por causa del título	308
Le tratan los soldados como rey de burla	<i>ib.</i>
Adorables juicios de Dios	309
Tinieblas por tres horas en toda la tierra	<i>ib.</i>
Encomienda el Señor su santísima Madre á san Juan	310
Espira el Señor	311

Consideracion y súplica	312
Prodigios en la muerte del Señor	313
Dureza de la sinagoga	<i>ib.</i>
Conversion del centurion	314
Arrepentidos en el Calvario	<i>ib.</i>
Quiebran los soldados las piernas de los ladrones y dan una lanzada al Señor	315
José de Arimatea viene á enterrar el sagrado cadáver	316
Trae Nicodemo como cien libras de mirra y acibar para embalsamarle	317
Santo sepulcro	318
Piden los Judíos á Pilatos que mande guardar el sepulcro	320
Contribuyen á asegurar la resurreccion del Señor	321
Dias de su sepultura	<i>ib.</i>
Su bajada al limbo	322
Su resurreccion	<i>ib.</i>
Hay un gran terremoto y la guardia huye	323
Caminan las Marias al sepulcro en la madrugada del domingo	324
Magdalena encuentra abierto el sepulcro y corre á decirlo á Pedro y á Juan	325
Pedro y Juan corren al sepulcro y le encuentran abierto	<i>ib.</i>
Ve Magdalena dos ángeles en el sepulcro	327
Se la presenta el Señor	<i>ib.</i>
Llegan las Marias al sepulcro salido ya el sol	328
Le encuentran abierto y un ángel en él	329
Se las presentan dos ángeles	330
Se las aparece el Señor	<i>ib.</i>
Resistencia de algunos apóstoles y discipulos á creer la resurreccion del Señor	332
Jesucristo les manda muchas veces que vayan á verle resucitado en Galilea	333
Avisan unos soldados de la guardia á la sinagoga la resurreccion del Señor	334
Les dan mucho dinero para que digan, que estando	

ellos dormidos, le hurtaron sus discípulos.	335
Se aparece el Señor á dos discípulos en Emaús.	336
Aparicion del Señor á Simon.	338
Se aparece á los apóstoles reunidos.	<i>ib.</i>
Les muestra las manos, los piés y el el costado y les pide de comer.	339
Les abre el sentido de las sagradas Escrituras.	340
Les autoriza para enseñar y bautizar á todas las gentes.	<i>ib.</i>
Promete su asistencia á la Iglesia hasta que se acabe el mundo.	341
Da facultad para perdonar los pecados.	<i>ib.</i>
Acompañan á Jesucristo las almas del limbo.	343
Se aparece al incrédulo Tomás.	<i>ib.</i>
Varias apariciones.	344
Pregunta á san Pedro hasta tres veces si le ama.	346
Le constituye cabeza de la Iglesia.	347
Pregunta Pedro á Jesucristo sobre el destino de Juan.	348
Último siglo de la sinagoga y último siglo del mundo.	349
Aparicion de Jesucristo á los once apóstoles y mas de quinientos discípulos.	350
Aparicion á Santiago y otras que no se expresan.	<i>ib.</i>
Aparicion á la santísima Virgen.	351
Aparicion á los apóstoles y discípulos eu el Cenáculo.	352
Ascension del Señor á los cielos.	353

Hechos Apostólicos.

Es elegido apóstol san Matías en lugar de Judas el traidor.	358
Venida del Espíritu Santo.	359
Ceguedad de los escribas y fariseos.	360
Se convierten en el primer sermón de san Pedro cerca de tres mil personas.	361

Breve pintura de las costumbres de los primeros cristianos.	363
San Pedro y san Juan curan á un cojo de nacimiento.	364
Otro sermón de san Pedro en el que se convierten cinco mil hombres.	365
Prision de la apóstoles y del cojo	366
Su libertad.	367
Oran los fieles y el Cenáculo se commueve	368
Desprendimiento de san Bernabé.	369
Castigo terrible de Ananías y su mujer Safira.	370
Los Judios ponen en la cárcel pública á los apóstoles y un ángel los saca de ella.	372
Vuelven á prenderlos y quieren matarlos.	<i>ib.</i>
Gamaliel procura contenerlos.	273
Consejo prudente de Gamaliel.	374
Eleccion de siete diaconos para recibir y repartir las limosnas.	375
El diacono Estéban hace muchas conversiones y es arrastrado al concilio.	376
Discurso de Estéban	378
Muere apedreado.	379
Gamaliel le entierra en su sepultura.	<i>ib.</i>
Persecucion de la Iglesia desde la muerte de san Estéban.	380
Conversion de los Siquimitas y noticia de Simon mago.	381
Avisa Felipe esta conversion á los apóstoles.	382
Pedro y Juan van de Jerusalem á confirmar en Samaria	<i>ib.</i>
Ofrece Simon dinero á los apóstoles porque le cedan el don celestial	383
Terrible represion de san Pedro á Simon.	<i>ib.</i>
Deplorable fin de Simon	384
Se vuelven los apóstoles á Jerusalem, y Felipe, avisado de un ángel, va al encuentro del Etíope de la reina Candace.	<i>ib.</i>
Bautiza Felipe al Etíope y luego se encuentra en	

Azoto	386
Toma Saulo cartas para perseguir á los cristianos en Damasco.	<i>ib.</i>
Carácter de Saulo.	387
Su conversion	<i>ib.</i>
Ciega, y Ananías le cura y bautiza	388
Predica á Jesucristo y los Judíos quieren matarle.	389
Huye á la Arabia, y cuando vuelve á los tres años, es perseguido de nuevo.	390
Pasa de Damasco á Jerusalem á visitar á san Pedro.	391
Baja á Tarso su patria.	392
Visita san Pedro las Iglesias de Judea, Galilea y Samaria	393
Sana el paralítico Eneas.	<i>ib.</i>
Resucita san Pedro á la viuda Tabita.	394
Un ángel manda á Cornelio que llame á san Pedro.	396
Baja del cielo un vaso lleno de toda especie de animales para que coma Pedro	<i>ib.</i>
Va san Pedro á Cesárea á verse con el centurion.	397
Defiende san Pedro en Jerusalem la vocacion de los gentiles.	399
La semilla de la divina palabra produce gran fruto en Antioquia	400
Mision de san Bernabé á Antioquia	<i>ib.</i>
Sus bellas calidades	401
Elige por compañero á san Pablo.	402
Profetiza Agabo un hambre general en el imperio romano	<i>ib.</i>
San Pablo y san Bernabé recogen limosnas para remediarla	403
Viene Herodes á Jerusalem, y la sinagoga le incita contra los apóstoles.	404
Sacrifica Herodes á Santiago el Mayor	405
Se fundan muchas Iglesias desde el martirio de san Estéban hasta el de Santiago.	406
Traslado del cuerpo de Santiago el Mayor á Galicia, provincia de España	407

Prision de san Pedro	<i>ib.</i>
Oracion de la Iglesia por san Pedro	409
Un ángel saca de la prision á san Pedro	<i>ib.</i>
Se dirige san Pedro á la casa donde estaban reunidos los fieles	410
Se retira san Pedro á Antioquia.	412
Hace matar Herodes á los soldados de la guardia.	<i>ib.</i>
Baja á Cesárea, donde permite ser tratado como una deidad.	413
Muere roido de gusanos	<i>ib.</i>
Cesa la segunda persecucion.	414
San Pablo y san Bernabé son destinados por el Espíritu Santo á la conversion de los gentiles con toda plenitud	415
Van á Seleucia y pasan á Salamina, donde principia su predicacion.	<i>ib.</i>
Castigo del mago Elimas, y conversion del procónsul romano.	416
Juan Márcos se vuelve á Jerusalem á vivir con su madre	417
Predican los dos apóstoles en Antioquia de Pisidia.	418
Sacuden el polvo de sus piés en Antioquia y se marchan á Iconio.	419
Perseguidos en Iconio, huyen á las ciudades de Listria y Derbe	420
Cura san Pablo un cojo en Listria.	<i>ib.</i>
Tratan de dioses los Listrios á san Pablo y san Bernabé	421
Visitan la Iglesia de Antioquia de Siria y suben á Jerusalem	422
Primera noticia del jóven Tito	423
Reconoce la Iglesia de Jerusalem la mision de san Pablo á los gentiles.	424
Disputa sobre la necesidad de la circuncision	<i>ib.</i>
San Pedro decide, y todos se conforman.	427
Carta del Concilio de Jerusalem á los gentiles de Antioquia.	428

No se avienen san Pablo y san Bernabé sobre llevar consigo á Juan Márcos.	430
Historia de san Bernabé.	<i>ib.</i>
San Pablo asocia consigo á Silas	431
Encuentran en Listria á Timoteo	432
No permite san Pablo la circuncision de Tito, y quiere la de Timoteo.	433
Se dirige san Pablo con sus compañeros á Bitinia.	<i>ib.</i>
Se detienen en Filipos.	434
Conversion de Lidia	435
Curacion de la pitonisa ó adivina.	<i>ib.</i>
Son azotados y encarcelados	436
Vienen á la casa de Lidia y causan una extraordinaria alegría.	437
Pasan de Filipos á Tesalónica, donde son tambien perseguidos.	438
De Tesalónica van á Berea.	439
Llevan á san Pablo sus discipulos á Atenas.	440
Carácter de los Atenienses	<i>ib.</i>
Discurso que les hace san Pablo.	441
Pasa de Atenas á Corinto y se aloja en casa de Aquila.	443
Carta de san Pablo á los Tesalonicenses.	444
Blasfeman los Judíos en la sinagoga y san Pablo no vuelve á ella.	445
Conversion del príncipe de la sinagoga con toda su familia.	<i>ib.</i>
Se aparece el Señor á san Pablo y le asegura contra su temor.	446
Viene á Corinto un nuevo procónsul y los Judíos acusan delante de él á san Pablo.	447
Pasa san Pablo de Corinto á Efeso.	448
Apolo, cristiano célebre, viene á Efeso.	449
Es ordenado de Obispo en Corinto.	450
Exorcistas judíos castigados por un energúmeno.	451
Confesion voluntaria de los pecados.	452
Quema de los malos libros.	453

Tumulto del platero Demetrio.	453
Va san Pablo á llevar limosnas á Jerusalem.	455
Carta segunda de san Pablo á los Corintios.	456
Carta á los Romanos, en la que dice que ha de ir á España.	<i>ib.</i>
Pruebas de este viaje.	457
Dificultad del viaje de san Pablo de Corinto á Jerusalem y á Roma	458
Llega san Pablo con san Lucas á Troade.	459
Cayendo el jóven Eutiquio de una ventana se mata, y san Pablo le resucita.	460
Despedida de san Pablo de la Iglesia de Efeso.	461
Sale con sus compañeros de Mileto, y llegan por mar á Tiro	463
Pasan á Cesárea y encuentran allí al diácono Felipe y sus cuatro hijas profetisas.	464
El profeta Agabo anuncia la prision de san Pablo.	465
San Pablo y demás van de Cesárea á Jerusalem y se hospedan en casa de Nason.	466
Vienen Judíos del Asia á Jerusalem y excitan una sedicion contra san Pablo.	467
Discurso de san Pablo á los Judíos.	468
Mas de cuarenta Judíos hacen voto de no comer ni beber hasta matar á san Pablo	470
Carta de Lisias, tribuno de Jerusalem, á Felix, gobernador de Cesárea.	472
Acusacion de los Judíos contra san Pablo delante de Félix	473
Defensa de san Pablo	474
Viene Félix á la prision de san Pablo con su esposa Drusila.	475
Apela san Pablo al César.	476
Es presentado san Pablo al rey Agripa y á su hermana Berenice	477
Hace su defensa delante del rey.	478
Habiendo oido á san Pablo, se retiraron el rey, su hermana y el gobernador Festo.	480

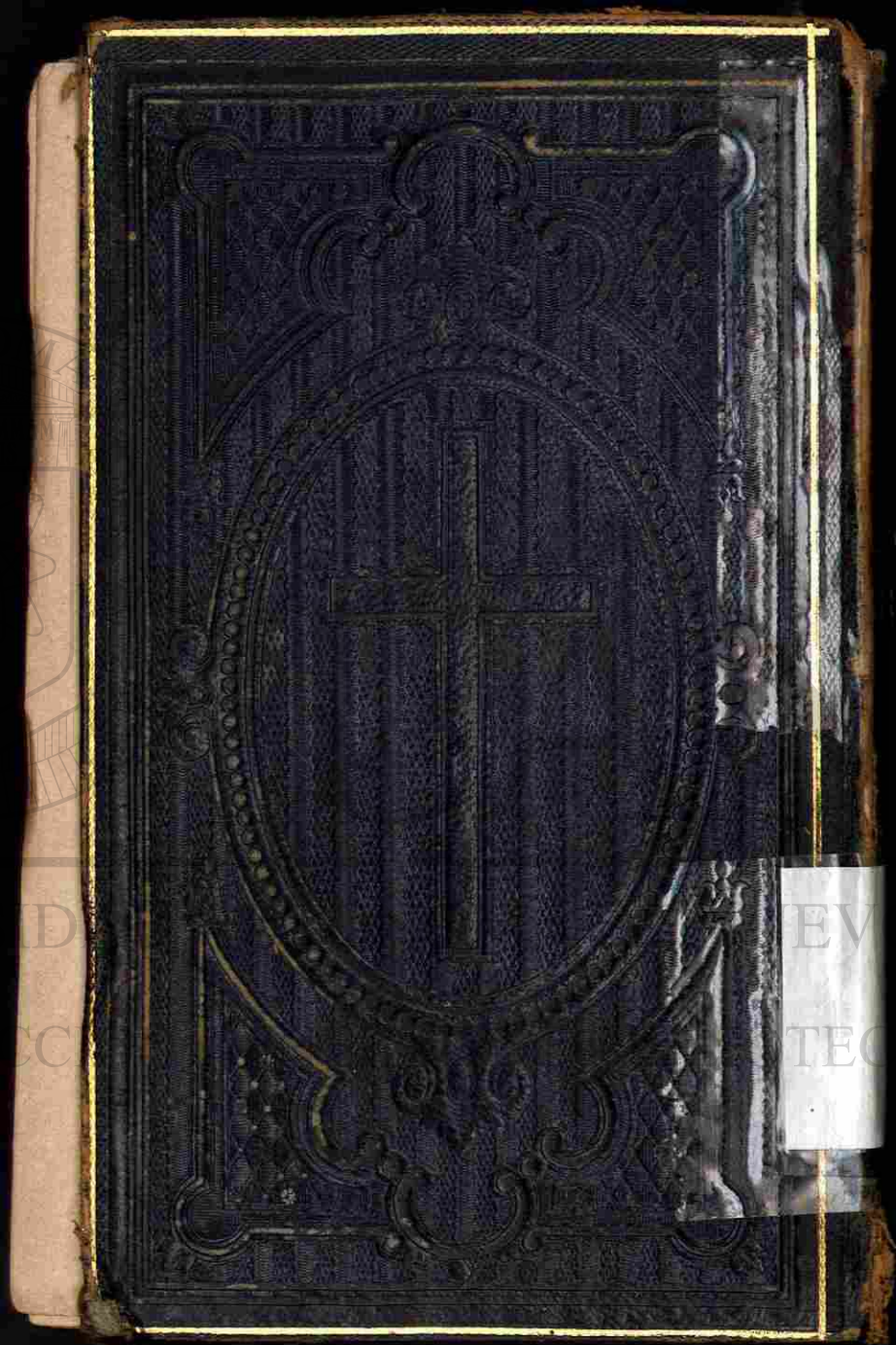
Viaje de san Pablo de Cesárea á Roma	481
Toman tierra en la isla de Malta, donde son fomentados con toda caridad por aquellos isleños	<i>ib.</i>
Una víbora se clava de una mano de san Pablo y no le hace daño	482
Sana san Pablo al padre del príncipe de la isla, y toda se convierte	483
Salen de la isla, y con una navegacion feliz llegan á Regio, pasan á Puzol y caminan á Roma.	484
Vienen los cristianos de Roma á recibir al apóstol, unos hasta la plaza de Apio, y otros hasta las tres poses	<i>ib.</i>
Llegan	485
Da rason á los Judios de su conducta y les predica el reino de Dios	486
Predica dos años en Roma á toda clase de gentes	487
Libre de sus cadenas, recorre muchas regiones predicando, vuelve á Roma y concluye en ella su carrera	488
Cartas que escribió durante su prision	<i>ib.</i>
Se acerca el tiempo de la abominacion	490
Se rebelan los Judios, y Roma les hace la guerra y les extermina	491
Anuncios de Jesueristo	492
Advertencia	<i>ib.</i>
Conclusion	493

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



Vannes. — Imprenta de G. DE LAMARZELLE, dirigida por A.-E. Rochette.

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



EV
TEC